La canción más bella para mi enemigo

Beatriz Naveira

La canción más bella para mi enemigo

-Canciones de sangre #1-

Beatriz Naveira

Título: La canción más bella para mi enemigo
© 2015, Beatriz Naveira
©De los textos: Beatriz Naveira
Ilustración de portada: CanStockphoto
Vectores: Freepik y Vectorpack
Diseño de portada: Itsy Pozuelo y Azel Highwind
2ª edición
Todos los derechos reservados.

1 Aresha

Nunca en su larga vida se habría imaginado esa algarabía. Se había apartado, colocándose en una esquina mientras la presentadora corría de un lado a otro aprovechando hasta el último minuto de publicidad. Estaba tan alterada que podía escuchar su sangre desde allí. No, debía controlarse, era alguien demasiado conocido para convertirlo en su cena. Por fin volvía a comenzar, y el público gritaba poseído. La presentadora se colocó el escote, sacó su mejor sonrisa y se dirigió a amansar a las fieras.

—Bienvenidos otra vez a «La Hora de las Bestias». Hoy tenemos una actuación de lujo. Sí, la que todos esperabais. La hemos traído, la voz que os enloquece, el ser oscuro de moda. —Se acercaba su momento —. Aquí y ahora, disfrutad con la voz de… ¡Aresha!

En cuanto gritó su nombre, el público se puso a chillar completamente histérico. Y todo empeoró al salir. No quería defraudar a sus fans, así que llevaba la vestimenta que se esperaba de un vampiro moderno, decantándose por unos pantalones de cuero negro con un cinturón lleno de cadenas. También eran negros su chaleco y sus botas, solo relucían su top rojo intenso y el gran collar que llevaba al cuello. Empezó a sonar la música y decidió dejarse llevar, como hacían todos al escucharla.

«Sabes que veo un mundo muerto, dispuesto a salir
Coge mi mano y déjate llevar. No queda nada aquí.
¿Por qué vas a vivir?
No seas idiota, estás enfermo, si piensas que eres algo mejor.
Solo eres lo que yo deseo. Déjate morir,
Nada te salvará, ya no»

Era increíble como todos la adoraban, ahora era su diosa. Y para qué mentir, le encantaba. Nadie sabía qué escondía, aunque lo mostrase constantemente. Desplegaba sus colmillos y, en vez de correr, pedían más. Inocentes humanos. Probablemente alguno de ellos se convertiría en su cena. No era momento de preocuparse, solo de disfrutar. El estridente ruido de las guitarras y los enloquecedores compases de su canción agotaron a todos cuando acabó. A todos menos a ella, tenía fuerza suficiente para mucho más, pero debía ajustarse a los humanos.

Tras acabar su melodía, saludó al público y se fue del escenario. Ellos pedían más, pero Aresha sabía a la perfección que no lo

soportarían. Además, estaba hambrienta su mente pensaba más en cazar que en sus desvividos fans. No tenía ganas de ir a los barrios bajos, al final uno de sus queridos admiradores iba a sufrir un desgraciado accidente. Cuando se estaba despidiendo de sus chicos, apareció Klaus. Ese día iba ligeramente más elegante que de costumbre. Le gustaba mucho vestir como todo un hombre de negocios, cosa que en verdad era. Llevaba combinado un traje azul marino con una camisa de seda. Los zapatos tenían pinta de ser caros, se podría asegurar que eran de Prada, y una divertida corbata con cientos de pequeños *Ferraris* se sujetaba a la camisa con un alfiler dorado, le gustaba llevar un punto inusual y extravagante. En la mano portaba a su inseparable amiga, Lucy, su *Smartphone*.

—Esa corbata es horrorosa.

—Gracias —le sonrió.

Klaus no creía en el gusto por la moda de Aresha, es más, la mayoría de las veces era él quien escogía su atuendo para televisión. No es que vistiera mal, pero en su opinión parecía, o demasiado humana o demasiado antigua. Gracias a los dioses había conseguido un cambio en su actitud huraña y solitaria antes de lanzarla al estrellato. Volvió a sonreírle sin disimular sus colmillos. Aresha le miró, extrañada.

—Soy tu mánager, cielo. Piensan que voy a tu onda, que somos un adorable conjunto —le explicó. Ambos se miraron y sonrieron.

Llevaban tantos años juntos, casi los mismos que tenía él como vampiro, que eran uña y carne. Klaus había sido herido a finales de la Primera Guerra Mundial y llevado al hospital, donde una de sus heridas se infectó. No le daban más de dos días, hasta que una bella enfermera lo convirtió. Por desgracia, un accidente se la arrebató demasiado pronto. Solo y despojado de su sire, vagó durante días hasta que la encontró a ella, en un callejón de París. Aresha le enseñó todo lo que necesitaba para sobrevivir, para recompensarla, él había decidido que iba a solucionarle la vida, no la dejaría vagar sufriendo penurias. La forma de conseguirlo se le ocurrió tras llegar a esta época, viendo en la música una gran forma de establecerse. Conocía la potente característica de Aresha, el canto de sirena y cómo podía utilizar su voz para hipnotizar a cualquiera, así que decidió establecerse en la bella ciudad noctámbula. Ahora ambos eran más ricos que antes y con las mínimas preocupaciones.

—Hoy vas demasiado arreglado, incluso para ti. ¿Qué se celebra? —le preguntó Aresha. Klaus simplemente enrojeció, bajó la cabeza hacia Lucy y habló en voz baja.

—Tengo una cita.

—Ya veo. —Rió—. Y me dirás el nombre de la afortunada ¿No?

—Es la presentadora —dijo mirando hacia ella. Al darse cuenta de

que estaba siendo observada, le guiñó un ojo y saludó brevemente.

—Sabes que sale contigo por el dinero.

—Más bien por si puede tenerte aquí todos los días. Pero no recordará nada cuando acabemos.

—Recuerda no pasarte —le advirtió—, no creo que merezca la pena cargarse a una famosa por una noche de lujuria y sangre.

—No te preocupes por mí, solo será un mordisquito, o dos… —se rió—.Solo dime a cuál de las casas vas a ir hoy, por si necesitó localizarte.

Aresha y Klaus habían comprado bastantes viviendas por seguridad, aunque la que más se movía era ella. Klaus había optado por un elegante y ostentoso apartamento en un rascacielos en medio de la ciudad. Justo debajo tenía la oficina y había unido las dos plantas con un ascensor personal.

—No sé, quizá la de la ciudad. Me apetece estar sola pero también sentir la vida humana cerca de mí. Sí, creo que me quedaré en la principal. —Así llamaba a la casa que estaba en medio de la ciudad, cerca de la de Klaus. Era su hogar original, donde solía vivir normalmente—. ¿Me necesitas para algo más?

—¿Dónde vas?

—Tengo hambre. Con tanto ajetreo llevo dos semanas sin probar bocado.

—Pues has ido a elegir la peor ubicación para la caza. Los barrios bajos están en la otra punta.

—Klaus —Lo miró y en su rostro se dibujó una sonrisa siniestra—, ¿cuándo he mencionado yo que voy a los barrios bajos?

El vampiro le dedicó una mirada de desaprobación. No le gustaba que fuera por ahí matando a sus fans. Eran los que les hacían ganar dinero, y aunque niñatos descerebrados, la mayoría debajo de sus disfraces de rebeldes sin causa y de parecer vagabundos, eran humanos útiles. De los que causaban problemas al matarlos.

—Me reprendes para que tenga cuidado de no matar a una tía y vas tú y… ¡Hala! Te quedas con una presa de las problemáticas.

—Lo tuyo es una famosa y no se olvida fácilmente. Lo mío son unos chavales, aunque sean útiles nadie se extrañará de que no aparezcan por casa. Por eso me encanta esta época. Creo que tu chica te espera. —Le señaló a la presentadora, que estaba fuera de antena sin dejar de mirarlos—. No te preocupes por mí, ya me las apañaré.

—Pero, ¿y la limusina?

—Úsala para tu ligue, seguro que así la impresionas aún más. Procura no enseñar demasiado los colmillos mientras se mantenga sobria.

Riendo, salió del lugar. En la bella ciudad hacía frío esa noche. Sabía que lo hacía aunque no lo notase, no llegaba a sentir la

necesidad de ponerse algo más caliente. Ella había sido la última actuación de la noche, a los cinco minutos de salir, empezó a desalojarse el local. Aresha los observó en silencio desde una esquina, lo suficientemente lejos como para que no se percataran, pero bastante cerca para poder mirarlos con atención. Aunque odiaba a los mortales, no era su naturaleza atacar a los miembros útiles, a los inocentes. Estos eran todos aquellos humanos que hacían o podían hacer algún bien, personas de provecho para la sociedad imperante. Lo que le dejaba de aperitivo a los vagabundos, los yonquis, pandilleros y con un buen seguimiento, incluso podía matar a alguna prostituta de vez en cuando. Pero con ellas había que andar con cuidado, si eras un vampiro y querías sobrevivir durante mucho tiempo, era mejor que antes lo supieses todo de ella. Muchos ya habían sido convertidos en polvo, por culpa de sus retoños. Nadie sabía la razón, pero si te cargabas a una meretriz que tuviese un niño a su cargo, este acababa convirtiéndose en cazador y tarde o temprano iría a por ti, hasta que solo fueses un montoncito gris. Y de todos era bien sabido que no hay nada peor que un cazador que te vaya siguiendo los talones.

Bueno, un día era un día, quería sangre fresca y limpia. Fijó su vista en los hombres que salían, los más incautos. Quería a alguien joven, pero ya con la mayoría de edad. Gracias a los cielos, parecía que todos cumplían el requisito. Necesitaba a alguien solitario. Y lo encontró.

En el aparcamiento vio a un joven pelirrojo intentando captar la atención de una chica. Su atuendo era una mezcla entre gótico y motero de los de banda. Su chaleco tejano y su camiseta de dragones, combinaban con sus pantalones negros, pero no con su maquillaje de ojos oscuros y piel pálida. Todos le ignoraban, alguno incluso se reía de él. Era la presa perfecta. Aunque no sabía si se había fijado en ese chico por su debilidad o por la preciosidad de moto que hacia rugir cual león salvaje. Ella tenía esa misma moto, y le encantaba. Cuando muchos ya se habían ido, se decidió a entrar en escena.

El motero le daba la espalda, preparado para arrancar la moto cuando se acercó, sin hacer ruido, al joven solitario. Este estaba ocupado buscando a una chica lo bastante borracha como para que quisiera pasar la noche con él.

—¿Quieres que te haga compañía? —El chico se asustó al oír la voz de Aresha cerca de su nuca—, se te ve muy solo.

—¿Tú eres la cantante? —Parecía que el chico creía que ese era su día de suerte. Lo que no sabía es que se iba a convertirse en su cena.

—¿Es esta tu moto? —le preguntó, ignorando su pregunta y acariciando el contorno de la maravillosa Harley que estaba a su lado —. Necesito que alguien me lleve a mi casa y he pensado que a un chico tan guapo como tú no le importaría

Para que su presa cayese en el anzuelo llegó al ronroneo y se le pegó todo lo que pudo. Este, como hombre que era, no pudo resistirse a un acoso tan directo.

—Has llamado a la puerta indicada, preciosa. Mi madre dice que no hay que ir con desconocidos, pero no tienes de que preocuparte conmigo. No hay nada que me guste más que ayudar a damiselas en apuros.

Genial, ya se había crecido. Aresha decidió reírle la tontería, tenía demasiada hambre como para andarse con remilgos. Cogió el casco y se montó en la moto. Al arrancarla, esta rugió con elegancia. Estaba nueva, casi le daba pena tener que dejarla allí donde comiera.

Pensando en eso, lo guió hasta un merendero cercano. Ninguna casa en kilómetros y siendo de noche solo había unas pocas parejas que no prestaban atención lo que les rodeaba. Le hizo una señal para que parara.

—¿No querías que te llevase a casa?

—Es que me apetecía parar un poquito. ¿Tienes prisa? —Se bajó sin dejar de mirarle con ojos de gata en celo. Este volvió a picar y también bajó. Aresha se lo llevó a la zona más oscura, hasta que tropezó con una mesa de madera. Al notar que se le empezaba a pegar, giró y lo tiró encima de la mesa. Ella se subió encima de un salto y le arrancó la ropa superior.

—Cuando se lo cuente a mis colegas, van a flipar —dijo al desgarrarle la camisa. Lo que no podía ver era que a su nueva chica le habían crecido los colmillos y que su tono verde de ojos se había aclarado hasta llegar a un verde fosforito. Tenía mucha hambre y sin rodeos le mordió en la yugular. No tuvo tiempo de chillar, solo abrió los ojos de par en par, mientras su vida era separada de él. Antes de morir, Aresha se separó de su cuello. Tenía la boca ensangrentada y poco a poco volvía a su estado normal. Mientras se desangraba, Aresha se levantó para irse. En el último momento se dio la vuelta.

—Por cierto, odio que me llamen preciosa. Espero que aprendas para otra vez. Y haz caso a tu madre, no vayas con desconocidos.

Le encantaba dar ese toque final, aunque no sabía muy bien si este había tenido tiempo para escucharlo. Lo malo es que ahora tenía que apañárselas sola para volver. Cuando salió del merendero, vio la Harley en la carretera. Tuvo deseos de cogerla, pero era mejor que no hacerlo. No era bueno guardar trofeos, eso haría que la relacionasen con su comida. La arrastró hasta una pendiente y la dejó libre. Mejor si se buscaba un dueño que la mereciese más. Su preocupación ahora, era irse lo más pronto posible de la escena, antes que llegase nadie, y ya estaba oyendo una furgoneta cargada con una joven pareja y un padre histérico acercarse. Aresha relajó su mente y dejó que su cuerpo se volviera como una pluma. Sus pies se separaron del suelo y en

segundos ya estaba contemplando la ciudad a vista de pájaro. Le gustaba este sitio, sus calles iluminadas, su gente nocturna. Era un precioso tributo a las sombras, a la oscuridad. Con el viento como aliado, la sobrevoló, sin cansarse nunca de lo que veía. Se sentía libre, como un pájaro. No todos los vampiros sabían apreciar el don de volar, no les gustaba. Pero a ella le encantaba, aún a sabiendas de que en el mundo moderno había que tener cuidado.

Pronto amanecería y si seguía ahí se estamparía contra el suelo. Voló hasta llegar a su rascacielos. Se posó con delicadeza en el tejado y tras vigilar que no hubiera nadie por allí, abrió la puerta que conducía al interior del edificio. El piso más alto era su apartamento por lo que solo debía bajar unas pocas escaleras. Había sido un buen día, pensaba mientras se daba una ducha. Decidió estrenar el nuevo camisón y la bata de seda que le había traído su amiga Alanis de su viaje a China. Se miró en el espejo, eran preciosos y suaves. No era obligatorio dormir, pero sabía que era una buena forma de recuperar fuerzas y algo muy placentero, no quería saber nada del día, hacía a su raza torpe y poco habilidosa. Echó las cortinas, bajó la persiana de su habitación y se acomodó en su mullida cama. Hacía ya tanto tiempo que habitaba este mundo y todavía no se había cansado de él. Sus ojos fueron desobedeciéndola y poco a poco cayó en un dulce sueño en el que ella dominaba la situación, era un ser poderoso y todos la temían. Justo como la dulce realidad.

Klaus bajó en un segundo a todos los santos del cielo cuando el teléfono lo despertó. Había pasado una noche maravillosa con su presentadora. Una pena que ella no lo recordara. En cuanto su placer acabó, se fue a su casa. No era por descortesía, pero no le apetecía nada explicarle a una mortal la razón por la que él prefería dormir por el día y currar por la noche, ni tenía ganas de que se mosqueara y se le ocurriese ir a por una estaca mientras dormía. En fin, manías suyas. Había adquirido de Aresha el gusto por un buen sueño y esa llamada le había molestado. Cogió a Lucy y, con una mirada de «por qué me haces esto con lo que yo te quiero», descolgó.

—¿Quién es?

—¿Es usted el señor Klaus Allstadt? —Una voz femenina y joven le respondió. Eso le animó un poco.

—El mismo que viste y calza, encanto. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

Una risa nerviosa le contestó.

—Morgana. Me han dicho que debía contactar con usted para requerir la presencia de Aresha.

—Te han informado bien. Soy su mánager, todo lo que Aresha haga, pasa antes por mí. ¿Para qué la necesitas?

—Trabajo para el Embajador de Francia. Mañana es el cumpleaños

de su hija y quiere hacerle una fiesta en la embajada con mucha gente importante. Resulta que, a su hija le encanta la música de su representada y al embajador le haría mucha ilusión si pudiese ofrecer un pequeño concierto para ella.

—¿Mañana? —Klaus frunció el ceño—. No sé, es muy precipitado.

—Es verdad, lo lamento. Pero se le pagará bien y tendrá todas las facilidades posibles. Además, en la fiesta habrá muchos altos cargos, será algo muy importante. Si le agrada, podrá incluso hacer muy buenos amigos, ya me entiende.

Sí que la entendía. Además de dinero, podría conseguir lo único que les faltaba, poder. Era el último escalón que les quedaba. Lo malo sería convencer a Aresha. Ella era feliz así, no quería más. Pero no perdía nada por intentarlo.

—No puedo confirmártelo todavía, pero puedes ir preparando el escenario. La convenceré para hacer de ese día el más feliz de la niña.

—Perfecto, señor. —Morgana estaba entusiasmada—. ¿Cuándo podría estar confirmado?

—Ahora mismo voy a hablar con Aresha. Dame un número y te llamaré en cuanto lo sepa.

Después de colgar, se levantó de la cama y llamó a su chófer. No le hacía gracia salir de día, pero por una vez merecía la pena. Aresha estaría cerca, si no había ido finalmente a otro lado. No, era muy probable esa estancia. El piso de la ciudad era su casa principal, en la que solía estar, aunque se movía mucho. Debía tener por lo menos cinco casas cerca del mar y tres en las montañas, más alguna que otra desperdigada. Ese día había más mortales que nunca, observó, aunque qué iba a saber él si nunca salía de día. Llamó al timbre de su casa. Parecía que sí que estaba, oyó unas pisadas y unas maldiciones que se acercaban a la puerta.

—Si no fueses tú, ahora mismo estarías muerto

El saludo de Aresha le dio a entender que estaba durmiendo. Parecía que el fastidio de despertar de un gratificante sueño iba pasando de uno a otro. Vaya cadena de favores.

—Yo también me alegro de verte —Klaus se invitó solo—, podrías ofrecerme algo de beber, estoy sediento.

—¿Acaso tu presentadora tenía horchata en sus venas? —le preguntó mientras se dirigía a la cocina y cogía dos recipientes llenos de sangre. Aunque su costumbre era comer y matar, muchas noches llegaban a ser aburridas y se dedicaba a «robar» sangre. Era una buena manera de obtener sangre limpia y útil sin que todos vinieran a por ti —. Esta sangre es buena, se la cogí a un cirujano, o eso señalaba el diploma, mientras dormía.

—Pues que aproveche —lanzando un brindis se la bebió de un trago —, es verdad, casi se me había olvidado el sabor de una buena sangre

sin drogas ni venéreas —ambos rieron—. En serio, no me preguntes por la presentadora. Buena calidad, pero pronto será una de nuestras víctimas. Me pregunto qué no se mete.

—¿Solo me has despertado para contarme como te fue la cita?

—Claro que no, querida —sacó de su bolsillo a Lucy. Significaba que lo que se iba a tratar eran temas de negocios. Aresha se recostó en su sillón y pegó un trago a su botella—, hace menos de tres horas recibí una llamada de la embajada francesa. Por lo visto va a haber un cumpleaños, el de la hija, y la susodicha es una gran fan tuya.

—Ya me imagino. ¿Cuándo es la fiesta?

—Mañana por la noche.

—¿Qué?

—Sí, ya sé, no da tiempo y bla, bla… por eso lo dejarás todo en mis manos. Tú solo piensa qué canciones quieres cantar. Dos o tres bastarán. ¿Qué me dices?

Aresha lo miró con malos ojos. No le había hecho gracia la noticia.

—Sabes perfectamente que después de mi día de comida, no me gusta salir.

—Lo sé, pero esta actuación puede ser lo que necesitemos para llegar a la cumbre.

—Pero si ya estamos arriba.

—Nunca se está arriba del todo en este negocio. Siempre puede haber un niñato de dieciséis años que te puede quitar el puesto aunque cante igual que un grillo sin patas. Y encima como es famoso y un niño, no lo puedes quitar del medio. Los odio, de verdad. Solo están ahí porque el público babea con ellos.

—¿No es lo mismo que estás haciendo conmigo? Alguno de los trajes que me pasas tienen unos escotes que acabaría antes si no llevase nada. Y que los guitarristas vayan solo en pantalones es para las chicas ¿no? Porque Norman está teniendo éxito en todas las portadas de revistas femeninas.

Klaus se quedó en silencio, pensativo. Resulta que estaba haciendo lo mismo que él odiaba. En fin, cosas del negocio. Si funcionaba, pues adelante.

—Es en la embajada. Van a hacer una fiesta benéfica y aparecerán muchas personas importantes. No me digas que no querrías conocer a algún ministro mortal. O saber algo de tu país, Francia. Venga, acepta. Ya sé que es poco tiempo, pero merecerá la pena.

—Si quisiese saber algo de cualquier sitio, lo miraría en internet. Pero bueno, ya que parece que es tan importante para ti… —Klaus la abrazó tan fuerte que casi la ahoga—. Pero a cambio quiero un favor.

—Dime.

—Quiero que acompañes a alguien al circo. Una de mis amigas tiene ganas de volver a recordar su vida mortal, y no tiene con quien

ir. Se llama Alanis —sonó el timbre de la puerta—. Y creo que ya está aquí.

Alanis era la mejor amiga de Aresha. Había vivido en un circo en 1980 junto a su hermano Blues. Un vampiro de ciudad se enamoró de ella y la convirtió, pronto se cansó y se lió con otra. Ella le agradecía la vida eterna pero le clavó una estaca mientras estaba en la cama con la otra, se fue de su nido de amor y se dirigió hacia la bella ciudad. Unos años después, el circo pasó por allí. Como calculaba que su hermano ya tenía edad suficiente, fue a buscarle para convertirle a él también, pero se le habían adelantado. Blues era un hombre lobo y tenía varios amigos licántropos. Gracias a ellos, descubrió que los lobos son los mejores amantes de entre todos los seres. No era raro que cada poco luciese en su espalda un nuevo arañazo, fruto de sus encuentros con los licántropos. Debía ser el vampiro que mejor se llevaba con ellos.

Apareció con su atuendo habitual, un vestido corto negro, que dejaba poco a la imaginación, su collar de perro, regalo de uno de sus amantes y unas botas altas de cuero. Su pelo, de un rojo intenso le llegaba hasta la mitad de la nuca. No necesitaba maquillaje para parecer pálida, pero le gustaba marcar sus ojos oscuros.

—Espero que ya estés preparada. Va a ir un domador de caballos que conozco, debería presentártelo.

—De eso quería hablarte. No puedo ir, tengo que preparar una actuación para mañana. Pero creo que Klaus podrá acompañarte.

—Bueno, es una pena, seguro que te hubiera gustado el domador —se acercó a Klaus y sin presentarse, lo cogió de la mano y lo arrastró hasta la puerta—. Seguro que tú y yo nos lo vamos a pasar bien. ¿Qué tal es ser mánager? Tiene pinta de no ser muy aburrido. Un tío me dio la vara una vez diciendo que había sido mánager de un cantante de bares y me contó una historia muy divertida.

Pobre Klaus, pensó Aresha, le iba a provocar un buen dolor de cabeza, pero no tenía ánimos para salir a ningún sitio y ya que le hacía tanta ilusión que actuara allí, tendría que ganárselo. No tenía ganas de hacer nada esa noche, solo descansar. Ya prepararía después la actuación, se echó en el sofá, puso la televisión y cogió su reproductor de música.

La puso todo volumen y se relajó. Hoy tocaba descansar.

2 Marcus

Estaba solo en medio del bosque y tenía miedo. Era plena noche y el bosquecillo de la casa no era sitio para un niño de ocho años. Cogió aún más fuerte a su osito Teddy y siguió caminando. Estaba perdido y no sabía qué hacer.

—Mamá —gimió—, mamá, ¿estás ahí?

El viento le respondió, y algo más. Oyó un aullido a lo lejos, se estaba acercando. Fue demasiado para él, empezó a llorar y a correr, huyendo de ese ruido. Se arrepentía de haber salido de casa, pero sus padres habían vuelto a discutir y no podía aguantarlo. De repente, notó una luz brillando delante de él. Corrió todo lo que pudo hacia ella, cuando llegó su agonía fue peor. La vieja casa de la abuela estaba en llamas. Empezó a llamar a todos, no se oía otra cosa que el ruido del fuego. Ni mamá, ni papá, ni la tía, ni la abuela… entonces oyó una voz conocida llamándole.

—Marcus, Marcus…

—Marcus, despierta. —Rosalyn, de un empujón, casi le tira al suelo. Se había quedado dormido en la parte de atrás de la librería. Ella lo miraba divertida.

—Es el tercer día que te duermes. ¿Vecinos fiesteros?

—No, solo llevo unos días sin poder dormir bien. Siempre el mismo sueño.

—¿Otra vez el incendio? Debió ser horrible —se sentó a su lado.

—Siempre se repite cuando se acerca la fecha. Mi cabeza no entiende que lo que quiero es olvidar —Marcus se levantó y se echó para atrás varios mechones de su rebelde melena negra. Miró el reloj de la pared, quedaban solo cinco minutos para cerrar.

—¿Tanto he dormido?

Rosalyn le dedicó una sonrisa angelical.

—Es que estabas tan mono que me daba pena despertarte. Tranquilo ya cierro yo. Tú vete a casa e intenta dormir un poco. Mañana es tu día libre así que relájate. Ah, mira, clientes. —Y se alejó a atenderlos. Al girar, su preciosa melena rubia rozó la cara de Marcus. Despedía un agradable aroma. Marcus la miró, llevaba puesto un corto vestido de flores y una chaqueta a juego. La verdad, era bastante guapa y le extrañaba que nunca la hubiera visto con ningún hombre, excepto él, claro, pero no la veía con esos ojos. Estaba en un momento en el que había dejado de creer en el amor. Había estado con mujeres, pero ninguna que le hubiera hecho quedar más de una noche o que le hiciese pensar en una vida familiar. Posiblemente Rosalyn estaba

demasiado ligada a su trabajo, esperaba que fuera más positiva que él.

Se fue a casa pero no a dormir, como ella le había sugerido. A Marcus le ocurría lo mismo, pero no estaba ligado a uno, sino a dos trabajos. Uno de ellos, no lo conocía ni su amiga, y le impedía llevar una vida normal. Al llegar a casa se miró en el espejo. Tenía los ojos un poco enrojecidos y estaba bastante pálido. Los últimos días no había dormido nada por culpa del maldito sueño. Se cambió las zapatillas de deporte por unas botas negras y su ropa medianamente elegante por unos tejanos, un jersey verde y su chaqueta marrón. Justo cuando acababa de vestirse oyó el pitido de la camioneta. Luca ya había llegado. Se asomó a la ventana para ver la camioneta. Luca estaba en ella, con medio cuerpo fuera de la ventanilla.

—¿No será que vienes cada día más temprano, listo?

—Ja, ya me gustaría. Pero, por si no lo sabes, los hay que tenemos un turno que no decidimos. Ojalá yo trabajase en una librería con una monada a mi lado, como tú.

—¿Lo de monada va por Rosalyn o por mí?

—Baja ya, chimpancé —le contestó mientras tiraba una botella contra la ventana. Luca era el único amigo que podía conocer su vida al completo. Casi habían entrado en Heliatón a la vez, y desde el primer día que habían dejado de ser aprendices empezaron a trabajar juntos.

—Hoy nos espera algo muy grande —le dijo cuando entró en su camioneta. Marcus había intentado infinidad de veces sacarse el carnet de conducir, pero su autoescuela le pidió que lo dejase cuando estampó el tercer coche. Hasta su profesor le pagó para que desistiera. Luca se había ofrecido para llevarlo, por la seguridad de la humanidad, le había dicho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marcus. No perdía atención al interior. Parecía que, por fin, Luca se había dignado a limpiarlo por dentro.

—Me han llamado para que vayamos a una reunión, en cuanto lleguemos. Me dijeron que te avisase, porque no te encontraban. Piensa un poco; somos guardianes nocturnos y no tenemos que ir a ninguna reunión, eso es para los de oficina o superiores. A no ser que estén ideando un plan, una estrategia o algo así, para la cual necesitan que estemos allí. Y por lo que he oído, hoy ha habido mucho ajetreo por la mañana y Logan estaba bastante nervioso.

—¿Logan? —Marcus no se lo creía. Era el jefe de los Heliatón de la zona 7A, que comprendía toda la ciudad. Lo conocía bien y nunca lo había visto nervioso. Ni alegre ni triste, ni nada, no lo había visto nunca mostrando emoción—. Tengo ganas de ver que se traen entre manos.

Pocos minutos después vislumbraron el edificio de industrias

químicas Gold Sun. Era la tapadera de Heliatón. Proporcionaba unos fantásticos ingresos muy útiles para mantener la organización y proporcionar armas. También servía para surtirlos de sustancias, sin que hubiera sospechas, para los experimentos y el cuidado de los cadáveres. Muchos de los cadáveres humanos que encontraban eran víctimas y después de las debidas búsquedas de pistas, se devolvían a las familias con señales de una muerte ocurrida en circunstancias más comunes. Si era imposible, se les incineraba y se les enterraba en un lugar apropiado. Cuando entraron, vieron a la sonriente Morgana hablando por teléfono. Muchos la tachaban de rubia tonta, pero en cuanto la conocías un poco sabías que era muy inteligente. Era el ejemplo perfecto de una combinación entre una persona con cerebro y adicta a la moda. Nunca la habían visto con una prenda que no pegase, siempre iba conjuntada de arriba a abajo. Ahora mismo, mientras hablaba, se estaba haciendo la manicura. Cuando los vio, Morgana les sonrió y les hizo señas para que se acercasen.

—Tengo noticias frescas que os van a interesar —les informó cuando colgó. Alargó las manos para que se secasen sus uñas.

—¿Cómo puedes estar en tantas cosas a la vez? —Le preguntó Luca, impresionado con los quehaceres de la recepcionista—. Debe salirte todo horroroso.

Morgana le lanzó una mirada asesina. Le caía bien, pero no sabía hablar con las mujeres.

—¿Acaso estás insinuando que soy una inútil? —estaba a punto de levantarse y soltarle un bofetón. Ya se podía olvidar de la cita que le había pedido.

—No te compares con ella —Marcus intervino para salvar la cara de su amigo—. Es más inteligente que tú. Además, las mujeres si pueden hacer más de una cosa a la vez.

—Tú sí que eres un encanto. ¿Cuándo te casas conmigo?

—Me sentiría un torpe a tu lado. Dime ¿Qué es eso tan interesante?

—Ah, sí. Lo que os voy a decir no puede salir de aquí —ambos se acercaron para oír mejor a Morgana, que había bajado la voz—. Resulta que esta tarde, Logan me ha obligado a hacer una llamada. ¿Sabéis a quién? —Negaron con la cabeza—. A Klaus.

—¿Santa? —Luca la miró extrañado.

—No, imbécil. Klaus es el mánager de Aresha.

—¿La cantante de rock?

—Exacto.

—No lo entiendo —ahora intervino Marcus—. ¿Por qué interesa una cantante que va de ser oscuro?

—Pues que no es un papel. ¿No lo sabíais? Es una vampiresa de verdad.

—¿Qué? —dijeron a la vez.

—Lo que os digo. Y encima creo que es bastante antigua.

—Todas las chicas guapas terminan siendo monstruos —suspiró Luca.

—Gracias, hombre.

—Perdona. Menos tú, Morgana.

—Subid ya arriba —Morgana le ignoró y volvió a coger el teléfono.

Al fondo del edificio se situaban los ascensores, Marcus y Luca se dirigieron hacia el más lejano, uno pequeño y alejado, pintado de un color azul metalizado. Era el único que llevaba a la verdadera Heliatón, pues solo ese tenía los botones de las plantas superiores. Luca pulsó el de la planta más alta y las puertas se cerraron.

—Quiero avisarte de una cosa —le dijo a Marcus—, Morgana es para mí.

—No creo que quiera saber nada de ti. Deberías mejorar tu tacto cuando hablases con ella.

—No podrá negar mucho tiempo que le gusto —fanfarroneó Luca. Marcus evitó reírse, dudaba mucho eso—. Pero tú eres un gran rival.

—¿De qué hablas?

—Vamos, ahora me vas a decir que no te has dado cuenta de los ojitos que te ha puesto. Me gustaría ver las conversaciones que tendrán sobre ti ella y Mónica, quién te mandó salir con ella. Me da la impresión de que se corta por lo que ella sigue sintiendo.

—¿A qué te refieres?

—¿Pero tú en qué mundo vives? —no se podía creer que Marcus le estuviese preguntando eso en serio—. Si Mónica no sabe disimular —Marcus le mandó otra de sus señales de «estoy perdido»—. Venga, que se ve a la legua que como un día bajes solo a inspeccionar cadáveres, vas a acabar en una mesa de autopsias y sin ropa.

—¿Me quiere matar? —Marcus se asustó.

—Con ella encima, atontado —le dio una colleja—. No entiendo como no te enteras de que, si te quiere matar, es de gusto. Te sigue queriendo, a pesar de haberla dejado hace tanto, no eres fácil de olvidar —en ese momento bajó la identificación ocular—. Deja, ya me ocupo yo. Hoy tienes el día tan tonto que ni te reconocerá.

Luca se acercó y colocó su ojo delante de la cámara. Salió un pequeño láser y lo examinó. Dio luz verde.

La zona de Heliatón mantenía el toque metalizado de las zonas de abajo. A primera vista parecían unas oficinas normales, aunque los ordenadores tuvieran en sus pantallas información sobre demonios, libros de las sombras y encantamientos. Lo que más lo diferenciaba eran los hombres que llevaban armas con balas de plata. Aunque su lugar de trabajo eran las calles, los guardianes nocturnos debían ir todos los días a la central para detallar cuántos y qué seres habían eliminado de la faz de la tierra. Marcus reconoció en el grupo de

guardianes a varios conocidos. En una esquina, un hombre muy joven jugaba con su estaca. Lo reconoció, era Brock. Ese niñato malcriado era el hijo de Logan y no dejaba que nadie lo olvidara. Su aspecto era el de un niño rico cosmopolita, zapatos de cocodrilo, tejanos de marca y una camiseta hortera que solo llevan los surferos con bastante pasta. Marcus no conocía muy bien cuál era su puesto, pues cambiaba según le venía en gana. No entendía como Logan se lo permitía, por muy padre que fuese era un buen líder, algún día destrozaría alguna misión. Brock le vio y le saludó con chulería.

—Veo que los buenos guardianes no han querido aceptar la misión y os han llamado a vosotros. No debe ser tan buena si está en vuestras manos.

—¿Por qué no te vas a jugar al Monopoly y dejas esto a los guardianes de verdad, niño de papá? —le respondió Luca.

Cuando Brock iba a contestar, la puerta de la sala de conferencias se abrió y apareció Logan. Su pelo ya empezaba a ser canoso y su piel se llenaba de arrugas, pero aún mantenía su mirada fría de liderazgo. Su cuerpo no había perdido fuerza podía pelear con quien se le pusiera por delante. Marcus no sabía cuánto tiempo llevaba trabajando en Heliatón, los rumores apuntaban a que casi toda su vida la había dedicado a la asociación, desde que sus padres fueron asesinados por un ser sobrenatural. Había sido él quien había contactado con Marcus cuando estaba a punto de acabar el instituto, y le enseñó que en el mundo no solo habitaban los humanos.

La aparición de Logan hizo que todos callasen y entraran dentro. Allí estaba Mónica, la jefa del equipo forense de Heliatón. Con todo lo que le había dicho Luca, no pudo mirarla mucho tiempo sin sentirse incómodo. También había otros tres guardianes nocturnos, esta iba a ser una misión discreta. Brock se sentó cerca de su padre y Luca corrió a coger el otro sitio. Sonriéndole le enseñó el único que quedaba, junto a Mónica. Marcus lo fulminó con la mirada mientras Luca, con cuidado que nadie le viese, le dijo algo. «Venga tigre», le pareció entender. Cuando Mónica lo vio a su lado le brillaron los ojos y dirigió la mirada hacia otro lado mientras se abanicaba con los papeles que tenía en la mesa. No era la primera vez que la veía así, esta chica siempre tenía calor. En cuanto todos se sentaron, Brock empezó a hablar.

—Antes de nada, quiero deciros que esta misión es muy importante para Heliatón. Estáis aquí porque sois lo mejor que tenemos. —Entonces, ¿qué hacía Brock aquí?—, si salimos victoriosos, os aseguro que haremos historia. Nuestro objetivo es uno de los más difíciles con el que la mayoría de vosotros os encontraréis en vuestra vida —carraspeó y siguió con el informe—. ¿Qué sabéis de Aresha?

—Es una cantante de rock —intervino un guardián que no conocía,

no pasaría de los veintidós—. Es difícil no conocerla, está muy de moda en el mundo de la música, mi hermana la adora. Y esta buenísima.

—El último comentario sobraba —le reprendió Logan. Avergonzado el guardián miró al suelo—. Esa es la parte que todos lo que vivan con un televisor conocen. Dígame una cosa, muchacho —se dirigió al guardián que había hablado—. ¿Ha ido su hermana a alguno de sus conciertos?

—Sí, a varios. Yo mismo la acompaño siempre que puedo.

—¿Sabe que ha expuesto a su hermana a un grave peligro?

El guardián se quedó atónito, todos se quedaron igual. Por lo visto nadie se había percatado de la verdad. Aresha había sido tan sincera con su identidad que nadie la creía.

—Todo el mundo se lo pasa bien escuchándola y divirtiéndose, mientras ella se ríe de nosotros. Nos enseña su naturaleza infernal y no solo nadie hace nada, sino que encima nos disfrazamos como ella. Pero lo de ella no es un disfraz.

Todos se avergonzaron al igual que el guardián, ninguno se salvaba de las críticas de Logan. Todos tenían algún disco suyo. Marcus era uno de ellos, se lo habían regalado y lo ponía en su mp3 para dormir las noches que libraba. Logan los miro a todos y viendo que su riña había servido, relajó su voz.

—Aresha lleva siendo un incordio para Heliatón desde tiempos inmemoriales. Yo mismo me encontré con ella una vez y tengo suerte de contarlo. Esta noche hemos recibido el cuerpo de un joven con marcas de colmillos —Mónica pasó las fotos de un joven muerto, con las dos punzadas en el cuello—, la última vez que le vieron fue en un concierto suyo. Podía haber sido perfectamente su hermana —se volvió a dirigir al joven guardián. Debía dejarlo ya en paz, estaba bastante asustado.

—Su misión es acabar con el incordio. Tenemos la ayuda de la embajada, un punto a nuestro favor. Ambos hemos conseguido que Aresha se presente allí para dar un pequeño concierto para la hija del embajador, y vamos a aprovechar la oportunidad. El plan es fácil, pero no puede haber errores. Lo digo muy en serio. Si alguno de ustedes no está a la altura, no llegará a ver el amanecer. Les aseguro que Aresha no deja supervivientes. Los guardianes os dividiréis en tres grupos. Luca y el joven fan se ocuparán de la parte delantera de la embajada. Actuaréis como agentes de seguridad y si Aresha escapa no dudéis en disparar. ¿Entendido? —ambos asintieron—. Si su idea es escapar, tiene también la puerta trasera, la de los empleados. De esa se ocuparán Brock, que es el líder de la misión, y Marcus.

Esa noticia no le gustó a Marcus. Esa era la zona menos probable de huida y encima el consentido sería su jefe. Pero no podía hacer nada.

—Los dos restantes serán los eliminadores. Os infiltraréis en la fiesta y cuando Aresha acabe su espectáculo la buscaréis y la mataréis. El plan es sencillo, pero no permite errores. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuál es la edad de Aresha? —preguntó Marcus. Logan lo miró y se apoyó en la mesa, encorvándose hacia él.

—Muchos más años que todos nosotros juntos, es lo único que necesita saber. Así que no se confíe, o antes de que se dé cuenta la tendrá pegada a usted dándose un festín con su sangre —volvió a todos—. Esta noche sois libres, iros a descansar. Mañana os quiero aquí preparados para matarla. Y venid elegantes, no quiero que desentonéis. Vosotros venid como os dé la gana —les dijo a Marcus y a su hijo—. No os paséis con ningún extremo, ni muy glamuroso ni como vagabundos. Que parezcáis de la plebe. —Por vez primera sonrió—. Y por último, no digáis absolutamente nada, esta misión es secreta. Podéis marcharos.

En el pasillo, Mónica le tocó el hombro y Marcus se dio la vuelta. Los dos habían tenido un pequeño affaire hacía un tiempo, no fue a más por él. Marcus tenía miedo de perder su amistad, pues en esos instantes no se sentía loco por ella y no quería hacerle daño. Lo que no sabía era que Mónica no le había olvidado. Ella estaba muy colorada y no le miraba a los ojos. Aún seguía abanicándose con los papeles.

—¿Estás bien? —Marcus le puso la mano en la frente—. Porque si tienes tanto calor a lo mejor tienes fiebre.

—No, no —titubeó—, estoy bien. Solo quería decirte, bueno, pues que tuvieras cuidado y eso. Esta misión parece peligrosa. No digo que no puedas con ella, no eres un inútil es que… —se puso aún más nerviosa.

—Tranquila, te entiendo —le dedicó una sonrisa para ver si conseguía calmarla—, no me pasará nada y si no, sé que puedo confiar en ti para que me cures —además de la jefa forense, se ocupaba del sector médico de Heliatón. Estaba pluriempleada con gusto, se ocupaba tanto de los vivos como de los muertos.

—Tú intenta volver de una pieza —le dijo antes de irse. Dio varios pasos, se paró y se dio la vuelta, quedándose de frente. Se armó de valor y le dio un pequeño beso—. Buena suerte —mientras se alejaba, Marcus seguía con la boca abierta. Fue Luca quien se la cerró.

—Fiebre. Dios, es la excusa más idiota que he oído nunca.

—No era una excusa. Siempre tiene calor.

—Dime ¿ser corto de entendederas es lo que te funciona con las mujeres?

—¿Crees que debería invitarla a salir?

—Deberías pedirle que te diera un repaso. Médico, me refiero —le dijo mientras esquivaba un vaso de plástico que Marcus había

encontrado—. Vamos, que te llevo.

—Déjalo, prefiero ir andando.

—¿No te habrás enfadado?

—No, ya no me afectas. Simplemente quiero un poco de aire fresco. Nos vemos mañana, capullo.

Marcus respiró profundamente cuando salió a la calle. Tenía una noche libre, y la iba aprovechar para descansar hasta que sus recuerdos se lo impidiesen. Quizás un paseo antes le ayudaría a relajarse. Caminó sin prisa por las heladas calles de la ciudad mientras observaba a todos lo que se cruzaban con él. Había de todo, padres, abuelos, niños, todos aprovechando sus vidas sin saber lo que en verdad les rodeaba. Ninguno de ellos conocía la existencia de los vampiros, licántropos, demonios, ángeles u otros seres que se camuflaban entre la multitud. Pero para eso estaba Heliatón, para proteger a la humanidad. Le quitaba mucho tiempo y tenía un horario cargado al unirlo con el de la librería, pero merecía la pena. Además, era Rosalyn la que más se ocupaba de ella, no le importaba si no aparecía durante varios días por la tienda mientras se ocupase de las cuentas y la invitase a cafés. Era un cielo de persona, no se imaginaba como hubiera podido combinar sus dos vidas sin ella.

Cuando estaba a pocos metros de su casa se dio cuenta de la algarabía. Había llegado el circo a la ciudad y los niños estaban impacientes por entrar. También esperaban parejas y gente a la que no le desagradaba un espectáculo circense. Marcus se fijó en el nombre del circo. Ya lo conocía, y bastante bien. La última vez que había venido, trajo consigo una pareja de lamias y el macho se les había escapado. Pero a lo mejor ahora podía subsanarlo. Aunque no lo tenía pensado, Marcus se acercó a la carpa. Junto a él, estaba una extraña pareja. Él parecía un alto ejecutivo aunque su corbata de Ferraris pedía a gritos un linchamiento. Ella era una gótica completa sin pudores, y demasiado charlatana por lo que parecía. El ejecutivo lo miró y vio un cállala o mátame en sus ojos. Marcus solo pudo responder con una sonrisa para darle coraje. Era él quien la había traído, su problema, pero también hizo saltar la complicidad masculina.

De repente lo vio. La lamia había vuelto y estaba engañando a un niño. No podía permitirlo, en cuando vio que se lo llevaba para enseñarle los tigres, les siguió. El ser se alejó de la muchedumbre, seguido por el ilusionado chiquillo. Cuando no había nadie más, lo agarró con brusquedad y abrió la boca del niño, dispuesto a drenar su esencia vital, el aperitivo favorito de estas alimañas. Marcus apareció cuando ya la rosada alma del infante empezaba a salir. Al verle, la lamia reconoció al viejo enemigo. Dejó de sorberle el alma al chiquillo, que en cuanto se vio libre corrió hasta sujetarse a las piernas

de su salvador. Marcus se agachó hasta quedar frente a la cara del niño.

—Escúchame, campeón. Tienes que ser un chico fuerte ¿vale? —El chaval asintió—. Muy bien, ahora te vas a limpiar esas lágrimas y vas a correr con la gente. Busca a tu mamá y abrázala bien fuerte. Yo me ocupo del bicho feo y malo. No te molestará nunca más, te lo prometo. Vamos, corre.

No hizo falta que lo repitiese. El pequeño ya había tenido suficiente por hoy. La lamia macho le dejó marchar, tenía enfrente una víctima más apetecible. No era tan puro como el chiquillo, pero la venganza le iba a dar a esa alma un buen sabor. Cuando el niño desapareció ambos volvieron a fijar su atención en el otro.

—Me acuerdo de ti. La última vez que te vi casi me mataste.

—Es verdad, casi lo hago. No me gusta dejar las cosas a medias.

Deslizó con suavidad su mano debajo de la chaqueta, notando el frío contacto de su pistola.

—Los Heliatón sois unos suicidas. La última vez que hicisteis eso no valió para nada.

—Lo sé, pero no te confíes.

—Vas a morir, maldito Heliatón —repitió, avanzando hacia él. No paró aunque sacó el arma, ellos no conocían su punto débil. Pero lo que no sabía era que Marcus tenía muy buena puntería. Disparó hacia la garganta. Por el agujero empezaron a salir todas sus almas, toda su vida. Sus ojos abiertos le miraron.

—Pero, ¿cómo…? —Antes de poder acabar, se desintegró. Marcus sería un guardián y su lugar la calle, pero no le importaba pasarse una velada frente al ordenador. Miró hacia el reloj, era tarde. Antes que el niño volviese en busca de su héroe, debía marcharse. Cuando se fue, no se dio cuenta de que unos ojos lo miraban, y lo habían visto.

No quedaba mucho hasta su apartamento, podía seguir caminando con tranquilidad, por lo menos cuando saliera de allí. Desde lejos vio al niño agarrado a su madre. Aunque no estaba de servicio había hecho un buen trabajo. El niño lo vio e hizo ademán de llamarle, pero Marcus le sonrió y cruzo sus labios con el dedo, pidiéndole silencio. Sería su secreto.

Tras unos minutos más caminando por la bella ciudad, llegó a su bloque. Su casa era muy modesta, él no necesitaba más. Dejó su chaqueta en el perchero de la entrada y se dirigió al cuarto de baño. No le vendría mal una ducha. Al mirarse en el espejo se dio cuenta de que se había manchado el jersey. La sangre del demonio le había salpicado, y eso que solo había sido un agujero de nada. Se lo quitó y fue hacia la cocina para meterlo en la lavadora, si no iba ahora, se le olvidaba fijo y a ver como explicas tener la ropa manchada con sangre demoníaca.

Mientras hacía el camino contrario en dirección a la ducha, decidió encender el televisor para que le diese un poco de humanidad a la casa. Es lo que tenía vivir solo, al llegar a casa sin nadie con quien hablar, echaba de menos el calor humano. Puso un canal al azar, solo quería sonido, alguien que le hablase, aunque fuese indirectamente. Al encender la ducha, el ruido del agua tapó por completo el de la televisión. Menuda idea genio, dijo para sus adentros. Se dio una ducha rápida, lo justo para sentirse limpio y mejor. La cascada de gotas que caía encima de él le ayudó a despejar su mente. En caliente no se había percatado de la importancia de la misión, pero ahora empezaba a entender a Logan. Su sector tenía trabajo, pero sus objetivos solían ser demonios de poca monta y vampiros. Marcus nunca se había enfrentado a ningún ángel colérico y pocas veces estuvo delante de un licántropo. Vamos, que no había nadie serio en su lista de seres borrados de la faz de la Tierra. Pero esta era diferente, debían liquidar a una vampiresa muy antigua, no le había dicho la edad exacta, pero debía ser muy mayor para que Logan pusiese tanto empeño. Si lo conseguían, sería un buen punto. Y le habían escogido para esa misión. No pudo evitar un bufido al recordar que estaba bajo el mando de Brock. Solo uno sufriría ese tormento y tenía que tocarle a él. Genial, la mejor misión de todos los tiempos y tocaba la zona con menos acción. Menuda suerte la suya.

Después de apagar la ducha, mientras peinaba su negro cabello, una voz lo llamó. Conocía esa voz, embriagadora y dominante. Se dirigió al salón, donde la televisión le estaba enseñando a la sirena que lo había llevado hasta ahí. Era el vídeo de su último éxito. Aunque ya la había visto otras veces en televisión, esta vez se fijó más en ella. El joven guardián tenía razón, era muy bella. Pero lo que más llamó la atención de Marcus fueron los ojos verdes de Aresha. No estaba en su forma completa, no era el mismo tono de verde, sino sí que se estaría riendo de ellos a la cara. Lo que vio con claridad fueron los colmillos desplegados con los que en el videoclip mordía una manzana, la fruta del pecado, y de esta salía sangre. Era la única fruta de un lugar desolado. Con razón la canción se llamaba Mundo Muerto. Solo eran unos minutos musicales, pronto acabó y Marcus se quedó con ganas de más. Quería conocer a su adversaria.

En cuanto se secó y se puso su pantalón de pijama, apagó las luces y se fue a su habitación. Se metió en la cama y encendió el reproductor, donde tenía metidas las canciones de Aresha. Todas las que oía tenían un buen ritmo y algo en común. Por ellas deducía que nada parecía importarle. Y que haría lo que hiciese falta para conseguir lo que quería. Estaba muy cansado y su cuerpo le pedía dormir, pero no su mente. La voz de Aresha desapareció y pronto sus recuerdos retornaron. Otra noche de tormento.

3 Eres mío

De nuevo tuvieron que despertarle, esta vez con un codazo en las costillas. Mientras Heliatón los llevaba hasta su destino en la furgoneta negra, Marcus se había apoyado en una esquina, quedándose dormido. Luca fue quien lo despertó.

—Como no estés preparado para la misión, ni se te ocurra acercarte a Logan —le dijo en voz baja. Marcus le respondió con un puñetazo en el brazo.

—El que está mal de reflejos eres tú. Solo me estaba relajando.

—Sí ya, lo que tú digas. —Se frotó el brazo, le había hecho daño—. No te olvides de los walkie talkie. Debemos estar en contacto en todo momento.

—Son transmisores de comunicación, Luca. Llamarlos walkie talkie suena muy infantil. Dáselo a Brock, él es el jefe de la zona trasera —dijo cuando le lanzó uno.

Brock los miró al escuchar su nombre. Marcus no sabía muy bien si esa mirada era de odio, desprecio o ambas cosas. Los dos lo ignoraron, se rifaban quién lo odiaba más. Brock lo tenía claro, el premio de su odio se lo llevaba Marcus. Su padre había sido quien lo había traído, colocando a ese chulo con melenas en un puesto que no se merecía. Él debería ser el guardián de la noche al que llamasen para todas las misiones, el exterminador de monstruos. Pero en vez de eso, lo habían relegado a las oficinas. Papeleo y burocracia, era lo único que le esperaba. Se las vio y deseó para conseguir salir a la calle, por suerte su padre siempre acababa cediendo a sus deseos y sabía que estaba orgulloso de su hijo por tener sus ideales. Marcus no le iba a quitar el respeto de su padre. Lo odiaba por ser tan bueno en su trabajo, por ser perseguido por las chicas, y más que nada por la confianza que su padre tenía cada vez que le daba las mejores misiones. Hoy era su oportunidad de humillarlo, era el jefe de la misión. Logan, su padre, vería que lo necesitaba y le daría su lugar.

La furgoneta los dejó a unos metros de la embajada. De ella salieron los seis guardianes, irreconocibles. Los exterminadores eran los que más arreglados iban, se habían puesto un traje azul marino y unas camisas roja y violeta. Luca y el novato prefirieron inspirarse en los gorilas de las discotecas. Junto al pantalón negro llevaban una camiseta oscura ceñida al cuerpo, incluso se habían colocado un auricular en la oreja. Marcus y Brock eran los más austeros, solo llevaban pantalones tejanos oscuros y una camisa blanca. Lo que a ninguno le faltaba era su pistola con balas de plata y su estaca de

emergencia. Nunca sabían si las balas que llevaban serían suficientes, por lo que muchos guardianes optaban por llevar una estaca de plata para situaciones más complicadas de lo previsto.

No tardaron en llegaron al punto de destino, la embajada estaba decorada para la ocasión. Las limusinas y los coches de lujo hacían cola para depositar a sus dueños en la puerta. El equipo vio pasar por las escaleras de entrada a un montón de políticos, estrellas del espectáculo, deportistas y otras celebridades. Nadie quería perderse la fiesta benéfica, donde podrían hacerse muy buena imagen donando sumas que eran insignificantes para ellos. Por lo que les habían dicho, en medio de la fiesta, el embajador le haría un regalo a su hija, nada menos que la actuación de su cantante favorita.

El equipo empezó a tomar posiciones. Los exterminadores sacaron sus invitaciones, que el embajador les había dado previamente y se unieron con discreción a la cola de invitados. Pasaron sin ningún problema, la primera fase ya estaba hecha. Brock se acercó a Marcus y le dio un pase de empleado.

—Yo voy por detrás para ver la situación en nuestro puesto. Ocúpate tú de la inspección final. —Y lo dejó allí, solo.

Cuando la gente ya había entrado, Luca y el novato se colocaron delante de las escaleras de la entrada. Los guardias de la puerta ya habían sido avisados de su presencia y solo les hicieron una señal de afirmación. Marcus se acercó a Luca.

—¿Os han dicho que lo del pinganillo sobraba?

—No entiendes de camuflaje, Marcus. Además no sabes lo cómodo que es enchufarlo a estos walkie talkie, así no hay que cogerlos cada vez que tengas que hablar. Luca le enseñó un micrófono que se había colocado en su muñequera. Sí que se había metido en el papel.

—Dispositivos de comunicación.

—Bah, como se llamen.

—Los del departamento de tecnología estarán encantados contigo.

—Hay que actualizarse, tío. No hay nada mejor para dar «matarile» a un bicho antiguo que estar bien equipado.

Su conversación se vio interrumpida cuando vieron al novato haciéndoles señales.

—¿Ocurre algo?

—Solo es cotilleo, pero ese de ahí es Klaus.

Los tres miraron disimuladamente hacia atrás. De la embajada acababa de salir un hombre alto, de pelo rubio y corto, vestido con ropa que parecía bastante cara. Estaba usando su Smartphone para unas llamadas. No se había percatado de ellos, parecía que su conversación era más interesante que dos miembros de seguridad y un empleado. Ahora que lo veían personalmente se habían dado cuenta de una cosa: él también era un vampiro.

—Parece que Aresha no está sola. ¿Tenemos que ir también a por su mánager? —preguntó Luca. Desenchufó su dispositivo y se lo pasó a Marcus—. Habla tú con Brock, ahora que sois amigos.

Tras contenerse de darle una paliza a Luca allí mismo, levantó el brazo de su amigo y encendió el micrófono de la muñequera.

—¿Brock?

—¿Se te ha olvidado el camino, inútil? —Tan borde como siempre. No el importaba aguantarle de diario, pero en una misión…iba a explotar.

—Cállate por una vez en tu vida, mimado. Tenemos un problema. Hemos descubierto que hay otro no-humano en la embajada. ¿Debemos ocuparnos de él?

—¿Quién es?

—Klaus. Otro que nos engañó.

Hubo un largo silencio.

—Nuestro objetivo es Aresha. Primero nos ocuparemos de ella. Después, si no pasa nada iremos a por el otro. Por cierto, empieza a hacer algo útil en tu vida y comienza la inspección. Por aquí está todo despejado.

No le contestó, se había hartado del niñato creído, tras recibir el pésame de Luca se dio la vuelta. En ese momento cruzó la mirada con Klaus, juraría que lo había visto antes, pero no sabía cuándo ni dónde. Enseñó su identificación y los guardias le dejaron pasar. Había sido el embajador el que había vendido a la vampiresa, parecía ser que nadie era la bastante rico o tenía los amigos suficientes como para valorar el honor.

Cruzó el iluminado pasillo de la embajada con la consigna de colgante. Todos los verdaderos empleados con los que se encontraba le saludaban, el sitio tenía tanta gente que ni entre ellos se conocían. Buscó la sala de fiestas siguiendo el camino de los camareros. Era una de las salas más grandes, y estaba repleta de gente, otro punto a su favor, podrían pasar más desapercibidos. Buscó con la mirada a sus compañeros. Esa era su misión, vigilar que todo estuviera correctamente antes de ocupar su lugar y esperar que los demás hicieran el trabajo. Encontró la mesa del embajador, la más cercana al escenario, allí estaba la cumpleañera, junto a sus padres y sus amigos más cercanos. Cumplía dieciséis años y tenía pinta que ella y sus amigas eran del grupo de la alta sociedad egocéntrica, la cual solo se ocupa de cubrir sus necesidades, daba igual cuáles fueran o a cuánta gente tuvieran que pisotear. Seguro que Brock congeniaba bien con ellas.

Por fin encontró a los exterminadores. Estaban en la otra esquina del escenario. Los exterminadores lo vieron y uno de ellos se separó para hablar con él mientras el otro charlaba animadamente con varios

invitados.

—Pensaba que le tocaba a Brock —le dijo el exterminador.

—Me lo ha pasado a mí. ¿Cómo van las cosas?

—Mejor de lo que esperábamos. No sabíamos nada de esa escalera — dijo mientras señalaba una preciosa escalera dorada situada en una esquina. Estaba vigilada por agentes de la embajada—. Resulta que lleva directamente al segundo piso.

—Había oído que el arquitecto era un aficionado de los laberintos y pasajes ocultos.

—Viendo lo que cuentan de la distribución de este lugar, parece que es cierto. Lo que te decía, en el segundo piso no puede entrar nadie excepto el embajador y su familia, además, justo por ahí están los camerinos de los invitados. —Marcus entendió de qué estaba hablando.

—¿Seguro que está allí arriba?

—Nos lo ha confirmado el embajador. Tercera puerta a la izquierda. Solo nos ha pedido que esperemos a la actuación, no quiere que la niña de sus ojos se quede sin regalo. Ella no utilizará esa escalera, resulta que hay otra que acaba detrás del escenario.

—Perfecto. Cuando el embajador esté hablando, todos lo mirarán y podréis subir tranquilamente. Recordad que sois la parte más importante de la misión.

—No hagas que me ruborice —bromeó—. Ahora en serio, deberías haber sido tú el jefe. Ese retrasado de Brock no está a tu altura, además, tú eres el que debería ser exterminador. Creo que Brock te la está armando.

—Por favor, no insultes a los retrasados. No me gusta mi ubicación, pero si Logan me ha puesto allí, será por algo. Respeto su decisión.

—Me parece que si te ha puesto en la zona trasera no es por la mejora de la misión. Llámame paranoico pero me da a mí que Logan estuvo obligado a meter a su hijo y le ha puesto en la zona más segura con su mejor guardián nocturno para protegerle el trasero. Y que quien le obligó fue el mismo Brock. Mira. —El embajador acababa de subirse al escenario y estaba pidiendo silencio. El otro exterminador se acercó a ellos para avisar a su compañero—. Llegó la hora de la verdad, camarada. Suerte con Brock.

—Suerte a vosotros, chicos.

Aresha se peinaba cuando vio una figura en el espejo. No se molestó en darse la vuelta ni en dejar de cepillar su oscuro pelo.

—¿Quieres algo, Klaus?

—Al entrar he visto a un hombre. Estaba anoche junto al circo.

—Fíjate que bien. Llámale y haceos amiguitos.

—Es de Heliatón. Se cargó a una lamia macho de un solo disparo.

Dejó el peine en el tocador y cerró los ojos. Hacía mucho que no se los encontraba. Heliatón. Solo pensar en ese nombre, la ponía de mal humor.

—¿Está solo?

—No lo creo. Sabes como son, tendrán algún plan elaborado. Y no creo que estén aquí por casualidad —hubo un silencio—¿Deberíamos irnos?

Aresha volvió a coger el peine y siguió con su pelo. En su rostro asomó una sonrisa.

—No. Déjamelos a mí.

Todos los invitados centraron su atención en el embajador. Tenía la copa en la mano. Soltó el discurso de agradecimiento por los donativos, hay que ver que buenos eran todos, que se aplaudían a sí mismos, vamos el típico discurso de político. Mientras, sus compañeros subieron sin que nadie les molestase. Estaba cumpliendo su palabra de que nadie interferiría. Entonces pidió atención para su hija. Esto ya le interesaba más.

—Resulta que esta fiesta coincide con el cumpleaños de mi pequeña Ashley. Bueno, creo que tengo que empezar a dejar de llamarla pequeña —su hija le dedicó una sonrisa—. Y como es tan buena hija ha querido quedarse aquí a ayudar a los más necesitados —Dios, iba a vomitar. Cuánta falsedad había en el ambiente—, así que no quiero que se quede sin mi regalo. Te lo mereces todo y quiero que disfrutes de la actuación de ahora. Esta dedicada a ti, he traído a la cantante de rock con la que siempre inundas este lugar de su música. Hoy Aresha cantará para ti. Feliz cumpleaños —al oír cuál era su regalo, Ashley empezó a chillar y brincar con sus amigas. Cuando su padre bajó, lo abrazó y lo llenó de besos. Parece ser que no había errado con la sorpresa.

Todo estaba preparado, debía irse ya. Pero el embajador acababa de decir que iba a actuar ahora y le entraron ganas de quedarse. Quería verla, escuchar las canciones de sus labios, quería conocer a su, dentro de poco, víctima. Logan le había quitado la oportunidad de estar en el momento de la victoria, porque debía cuidar al imbécil de su hijo. Pero lo respetaba, si estaba allí era por algo, no pasaba nada por

esperar un poco. Pensó que no importaba si se quedaba un rato a ver el espectáculo.

Se colocó en un rincón, pasando desapercibido para los invitados. Se apagaron las luces y sonaron los primeros acordes de «Sin salvación». La había oído alguna vez. De repente, de la oscuridad más absoluta apareció una figura. Marcus se preguntaba de dónde había salido, hacía un momento no había nadie. Una luz tenue apareció para iluminar un poco la total oscuridad que se había formado. Era Aresha. Nunca la había visto en carne y hueso, era incluso más bella y extraña de lo que se imaginaba. Aresha sonrió antes de llegar su momento, se acercó al micrófono y comenzó a cantar.

«Nací de pie y con las uñas afiladas.
Estoy preparada para ir a por ti.
Corre chico, corre si crees que servirá.
Puedes esconderte, pero de mí no escaparás.
Mis dientes piden carne, mi cuerpo exige sangre.
Prepara tu triste vida para verla acabar»

Marcus se sentía extraño, quería irse y no podía, era incapaz de dejar de mirar a la mujer que pronto debían matar. De repente, los ojos de Aresha se posaron en los suyos. Pensó que era casualidad, pero sabía que lo miraba a él, a pesar de estar apartado en un rincón oscuro, ella lo había encontrado e incluso parecía que le sonreía. Empezó a pensar si sabía a lo que venía. Se quitó esa idea mientras notaba algo extraño en su estómago.

El turno de silencio acabó y volvió a cantar, apartando sus ojos de él. Marcus empezó a recuperarse, aunque notaba la inquietud aún dentro de su cuerpo. A un lado Brock se le acercó.

—¿Qué demonios haces aquí? Ven y sígueme, este no es tu sitio.

Marcus lo miró con odio, en ese instante le apetecía matarlo. Brock retrocedió asustado. Él, viendo su cara se dio cuenta y cambió su expresión, solo le dedicó un «vamos» y dio a comprender que le seguía. No había entendido ese odio tan repentino, no le caía bien, pero nunca había llegado a tener esos deseos. No había sido ni por su tono antipático ni por el asco que le tenía, había sido por querer separarlo de allí, de Aresha. Lo disimuló pero tuvo miedo. Mientras se iba escuchó parte del resto de la canción y la voz hipnotizadora de Aresha

«No me importa quién seas, si tienes familia.
Ni siquiera tus sueños o tu sinceridad,
Estamos en la jungla de la vida, mi preocupación es para mí.
En mi mundo solo existo yo,

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Marcus. Algo presentía y tenía claro que no era bueno. En ese mismo momento Aresha también tuvo un presentimiento, pero el suyo pintaba mucho mejor.

Cuando llegaron a su punto de control, Brock volvió a sentirse seguro y se dio la vuelta para parar a Marcus. Cuando le vio hacer eso, Marcus tuvo unas ganas irresistibles de partirle la boca, pero antes prefirió dejar que soltase su verborrea.

—Ahora entiendo porque me han nombrado jefe —lo dijo con prepotencia, como si fuera el ser más inteligente. Contrólate, se dijo Marcus—. ¿Se puede saber qué diablos hacías ahí dentro tanto tiempo? Podías haber llamado la atención, tú destacas en ese lugar.

—¿Acaso estás insinuando algo, chulito? —no lo aguantaba, no sabía si aún seguía bajo el influjo de antes, pero sus ganas de pegarle un tiro aumentaban—. A lo mejor crees que todos somos escoria como tú.

—Controla lo que dices, Marcus. Puedo hacer que tu vida sea un infierno —le dedicó una sonrisa despreciable.

—¿Acaso crees que te tengo miedo? A nadie le importa que seas el hijo del jefe. Nadie te soporta.

—¿Piensas que me importa? —Sin previo aviso, Brock sacó su arma y le apuntó—. Ahora podría matarte y no me pasaría nada, qué más da que te lleves mejor con la gente que yo. Pero eres útil, y aunque no estoy de acuerdo, mi padre dice que eres uno de los mejores —volvió a enfundar el arma—, por eso estás aquí, para protegerme. Sí, aunque no te guste eres una niñera. Y si me da por tirarte los guisantes a la cara, te aguantas. Para eso te pagan, haces de gorila para mí. ¿Qué tal te sienta?

Ya no aguantó más a ese malcriado, le dio un puñetazo que lo tiró al suelo. Cuando Brock se levantó, tenía la nariz rota y sangraba por ella. Sus ojos reflejaban un cabreo bastante grande que hizo que la sonrisa de Marcus fuese aún mayor.

—Te vas a arrepentir de esto, créeme.

—Lo veo difícil, jefe —dijo con socarronería. Aunque le obligasen a limpiar los cadáveres, había merecido la pena. Por el transmisor oyó la voz de Luca. Lo cogió del suelo, pues del golpe, a Brock se le había caído.

—Aquí escuadrón delantero. ¿Qué tal os va por ahí?

—Igual que hace tres minutos. Un aburrimiento. ¿Y vosotros?

—Más o menos lo mismo, aunque por aquí pasa a veces cada bomboncito…

—Están fuera de tu alcance, Luca.

—Pero mirar es gratis.

—Os recuerdo que las comunicaciones no están para conversaciones privadas.

Ya había saltado Brock. Estaba furioso con Marcus y no pensaba parar hasta que lo echasen de Heliatón, o a lo mejor si tenía suerte lo mataban. Desde ambas partes se oyó un resoplido. El sentimiento era mutuo.

—No llamaba para eso. —El tono de Luca se volvió frío al recordar a Brock—, hemos perdido el contacto con los infiltrados de dentro. ¿Sabéis algo de ellos?

—Los acabo de ver hace poco y estaban perfectamente. Iban hacia el segundo piso. Déjame probar a llamarlos. —Cambió de frecuencia y los llamó, pero nadie contestó. Era raro.

—Eh, chicos —decidió ponerse serio—, haced acto de presencia ahora mismo o me empezaré a mosquear.

Breve tiempo después de esto, Brock y él oyeron un ruido procedente de una ventana del segundo piso que estaba abierta. Algo enorme salió volando de ella y se estampó a varios metros de su posición. Sacaron las armas y se acercaron. Era un cuerpo, uno de los suyos. Brock le dio la vuelta con el pie, le habían arrancado medio brazo y aún salía sangre, en lo que quedaba de su cuello se veían las dos marcas. Marcus volvió a la sintonía de Luca.

—Están muertos. Al menos uno.

—¿Y el otro?

Buena pregunta. Fue respondida cuando de la puerta salió el compañero con el que había hablado. Tenía la mano presionando su cuello, intentando no desangrarse sin mucho resultado. Su rostro reflejaba espanto.

—Lo sabe. Viene a por todos nosotros.

Cuando Marcus intentó acercarse a él otra sombra salió por la ventana. No vio nada, solo una estela plateada que se clavó en el cuerpo del superviviente. No gritó, solo escupió sangre. La espada de Aresha le había atravesado por completo. Marcus se lanzó en pos de su compañero pero, en un golpe que no se hubiera imaginado nunca, Aresha levantó el cadáver atravesado con la espada y con un movimiento semicircular lo liberó, y lo usó como arma contra él, lanzándolo a una asombrosa velocidad. No se imaginaba que había sido lanzado con tanta fuerza, lo separó del suelo, terminando en una esquina con el cadáver encima y medio inconsciente, mezcla de la velocidad y el golpe.

Brock estaba demasiado asustado como para dejar de mirar a la vampiresa de pelo negro que acababa de crear ese escenario de sangre. No estaba preparado para esto, le gustaba sacrificar a la escoria de la ciudad, esos seres que se creían con capacidad para compartir el mundo con los humanos, pero ella le venía grande. Sus

ojos verde cristalino lo miraban y una sonrisa acompañaba a sus colmillos rojos y afilados. Levantó su arma y la apuntó. Aresha aguantó la carcajada, solo dejó salir una breve y silenciosa risa, muchos hombres ya le habían apuntado con un arma de fuego, una gran señal de la pérdida de la valentía. Se escondían detrás de sus pistolas alejándose de su víctima, como unos cobardes, casi todos ya habían perdido la satisfacción de ver la muerte a solo unos centímetros, a usar sus propias manos. Adoraba ver las caras de pavor que producían sus ataques, las náuseas de los que veían las carnicerías que con esmero les preparaba, y la cara del niño mimado que la estaba apuntando le estaba dando ese placer.

Dio un paso hacia Brock, este, con los nervios que le habían poseído respondió con un disparo. No fue capaz de apuntar, el tiro le dio en el hombro. Aresha miró con desdén la herida, le había estropeado su vestido de gala, iba a pagar por eso y no con el filo de su espada. La envainó y se encaminó hacia el niñato, este se había puesto a llorar, menudo espectáculo. Lanzó varios tiros más al aire pero no acertó ninguno, pudo esquivarlo todo sin problemas. Cuando unos pocos centímetros los separaban, Aresha se unió al viento y arrancó la carne del cuello de Brock, bebiendo hasta que se sació, en ese pequeño recinto acababa de vaciar unos buenos distribuidores de sangre. Ya había calmado su apetito con el iluso que había querido pillarla por sorpresa en el segundo piso, ya le había enseñado a no confiarse demasiado. Su amigo había sido más rápido o eso le había dejado creer. Conocía los métodos de tortura y no hay nada como infundir terror. Este último podía alegrarse de su trato, no había sido un dolor tan duradero como el de los otros.

Al fin, Marcus consiguió zafarse del cadáver y, al moverse, chocó con los contenedores de basura a los que Aresha le había mandado con su particular lanzamiento, provocando un gran estruendo. Esta, fijó su mirada en el joven, que confuso y desorientado, intentaba mantenerse en pie. Se había olvidado completamente de él. Era el mismo que había visto dentro en su actuación, con el que se había imaginado que su instinto no se había equivocado, estaba segura que él era ese que Klaus conocía. Sus ojos le encontraron con facilidad entre tanta gente, aunque no parecía un Heliatón, ni pegaba nada en el ambiente mortal.

Marcus se percató rápidamente de que acababa de llamar la atención de Aresha.

—Les pediste que hicieran acto de presencia, pero no especificaste cómo. ¿Te gustó su presentación? —le dijo, sonriendo con sus colmillos desplegados mientras señalaba al que había lanzado por la ventana. En ese momento ella entera le daba pavor, estaba solo y no en buenas condiciones.

Iba a morir como los demás, pero no iba a esperar a que se lanzase a por él. Vio su pistola pero estaba demasiado lejos. Aresha también la vio. Le dijo con la mirada que no merecía la pena que lo intentase, en unos segundos ella podría caer sobre él. Desechó la idea, pero dio unos pasos hacia el frente, hacia la vampiresa. Ella lo miró con diversión en los ojos.

—No me digas que estás amenazándome. —Marcus sacó la estaca de plata de emergencia de su cinturón. Iba a acabar lo que habían empezado—. Pues sí, me estás amenazando.

Lanzó un grito para animarse y se abalanzó con la estaca en alto. Su pelea fue tan corta que casi ni existió, sin ningún esfuerzo Aresha hizo que soltase su arma y le rodeó la cintura desde detrás. Había hecho mal atacándola cuando no podía ni mantenerse él mismo.

—Eres valiente. —Apoyó la cabeza de su rendido contrincante en el hombro, quitó los botones superiores de su camisa blanca y tiró de ella hasta que la parte de piel que le interesaba quedó al descubierto. Nada la separaba ahora del cuello de aquel miembro de Heliatón, aunque seguía sin verlo como uno de ellos.

—No te preocupes —le susurró al oído—, no te dolerá.

Sí que le dolió. Sus dientes se clavaron en su carne, y su sangre le fue siendo robada, sentía a la perfección cada vez que ella tragaba y seguía bebiendo más. Su mareo empeoró, todo se volvió borroso y su consciencia se fue mientras ella seguía atareada.

Luca corrió como poseído por el demonio. No le había gustado nada lo que había oído por el transmisor, y algo le decía que su amigo estaba en peligro. Su compañero de misión le seguía muy por detrás, solo esperaban no llegar tarde. Sin embargo, cuando llegó, tuvo que reprimir un grito de sorpresa, asco y dolor. Todos estaban esparcidos por el suelo, lleno de sangre. Y su amigo Marcus estaba en brazos de la vampiresa, que lo acunaba mientras le quitaba la vida. Al verle, Aresha separó su boca del cuello de su compañero, pero este ya no se movía, no lo había conseguido.

—¿Te gusta la decoración? La he hecho para vosotros.

— ¡Suéltale!

Aresha se enroscó al cuerpo de Marcus, y sus ojos y su voz dieron más toque de amenaza si cabía.

—Ni lo sueñes, es mío.

Luca quiso disparar, pero Aresha alzó el vuelo con Marcus en sus brazos, no quería que ninguna de sus balas le diese a su amigo pero tampoco quería que una vampiresa loca se quedase con su cuerpo Para descargar su ira golpeó la pared de la embajada. Su compañero lo miró, preguntándole qué hacer.

—Avisemos a Logan y que limpien esto —le dijo—, no podemos hacer nada más.

Y eso era lo que más le enfurecía.

Marcus despertó, abrió un poco los ojos, el mundo daba vueltas. Tras emitir un gruñido de queja intentó moverse, pero se dio cuenta que tenía las manos sujetas a la parte superior de la cama. Se las miró y vio una especie de cadenas bastante gruesas, era imposible romperlas, ni siquiera un licántropo se podría desatar. Tras lanzar varias maldiciones, se dio cuenta que estaba con el pecho al descubierto y que a su lado había una mancha de sangre, se preguntó si sería suya o de otro, no entendía nada. Intentó recordar qué había pasado: la fiesta, la misión, él y Brock preparándose para eliminar a Aresha y entonces ella apareció de la nada y…

En ese momento notó su presencia, estaba en una esquina de la cama, sentada en una silla que había acercado para verlo mejor. Era ella, Aresha, le estaba esperando. Sus ojos le miraban, como la otra vez, y en sus labios rojizos se dibujaba una sonrisa, se estaba divirtiendo en ese momento. Marcus se asustó, se sentó de un salto y no le quitó ojo. Notó una molestia en el cuello, acercó todo lo que pudo su mano manchándola con algo líquido, imaginó que sangre.

—Me has mordido —le dijo a Aresha. Ella, al ver su cara sonrió todavía más—. Me has mordido —repitió Marcus—. Tú mataste a mi compañero y me has encerrado aquí —se puso histérico y empezó a preguntar sin parar—. ¿Por qué no me rematas? ¿Por qué me haces esto? —al no recibir respuesta, solo su mirada, gritó—. ¡Contéstame!

Aresha no pudo aguantar más y empezó a reírse en voz alta. Realmente le encantaba ver sufrir a la gente, ver como se hundían en la desesperación sin que les hiciese nada.

—Lo siento, esto era ya insoportable ¿Sabes lo duro que es aguantar la risa? No hay nada peor. Pero es que los humanos sois tan… patéticos.

—Yo no le veo la gracia. Estoy atado, mis compañeros han muerto y yo me estoy desangrando. No me resulta gracioso.

—¿Cómo que no? Piensa un poco —Aresha se levantó de la silla y se acercó a él, lentamente—, todos sois iguales. Presumís de vivir al límite, conducís coches caros y hacéis carreras a toda velocidad con ellos, os pone a cien un poco de adrenalina —cuando estuvo lo suficientemente cerca, lamió un hilillo de sangre que corría por el cuello de él y le susurró en voz baja al oído—, pero en cuanto os encontráis de cara con la muerte, lloráis como niños —tras esto volvió a reír. De un cajón de la mesita saco un par de gasas y comenzó a

limpiarle la herida que le había provocado—. Tranquilo, no te desangrarás, no es profundo. Sobrevivirás a tu amiguito. Pero dime ¿Eso es bueno o malo para vosotros?

Marcus decidió mirarla a los ojos. Esos ojos eran los que en la fiesta le habían hipnotizado, tan bellos y tan peligroso a la vez, aunque no lo quería demostrar le daban miedo.

—¿Por qué me has dejado con vida? Yo estoy vivo y Brock no. Debe haber un motivo.

Aresha lo miro con interés. No se esperaba esa pregunta, algún quejido de su crueldad sí, pero no así. Se quedó pensativa.

— Ahora que lo dices, no lo sé. Puedes atribuir tu existencia a que tu compañero me sació, o a mi estúpida manía de traerme animalillos heridos a casa —volvió a reír—. Piensa lo que quieras, a mí me da igual —tras esto Aresha se levantó e iba hacia la puerta cuando una idea cruzó su mente. Aún no había acabado la diversión. Volvió a su posición, al lado de Marcus, de rodillas en la cama y le dirigió una sonrisa pícara.

—Pienso que si es verdad mi segundo motivo, quizá deba hacerte de la familia —Marcus se acababa de perder, pero no se esperaba nada bueno. Aresha extendió su brazo y retiró el largo pelo de él de su cara.

—Dime, si estuvieras al lado de tu amiguito, agonizando y desangrándote, ¿querrías que fuera tu salvación?

—¿Qué quieres decir?

—Si querrías que acabara con tu sufrimiento, pero no matándote sin más, sino dándote una oportunidad mejor. Que te hiciera uno de los nuestros.

Marcus movió la cabeza hacia el otro lado e intentó apartarse todo lo que pudo.

—Nunca. Prefiero morir.

Aresha se retiró sin perder la sonrisa. Justo lo que se esperaba, la idiotez de los humanos puesta en acción. Aún no entendía esas ganas de aferrarse a lo que son como si fueran la perfección. Lo que si sabía es que era gracioso. Se iba divertir con ese humano.

—Por lo menos me dejarás saber tu nombre ¿No?

—¿Tanto te interesa?

—Hasta la más pequeña mascota tiene su nombre. Y aunque me encantaría llamarte bichito, no creo que te guste.

Se quedó pensando un rato.

—Marcus.

—¿Marcus solo?

—Dime tu apellido y yo te diré el mío.

—También eres listo. Bien, Marcus me basta. Si necesitas algo llámame. Tengo buen oído, no hace falta que grites. Vas a ser una mascota estupenda.

Cuando se fue, Marcus estaba confuso. ¿Para qué lo quería? Logan había estudiado sus pasos y decía que no dejaba supervivientes tras ella. ¿Qué era lo que tenía pensado para él? No sabía que le podía venir encima, pero no podía hacer nada. Solo descansar y prepararse para cualquier cosa.

Aresha se quedó mirando a su presa hasta que se durmió, desde la puerta. La verdad no sabía porque no podía dejar de mirarlo. ¿Por qué le había dejado con vida? Esa pregunta sí le había interesado, porque no tenía la respuesta. No lo sabía, podría haberlo vaciado o haberlo dejado allí. Pero estaba llena y dejar su sangre derramada era un desperdicio. Porque lo que si sabía era que ese mortal, Marcus, tenía una sangre que jamás había probado. Había vivido los suficientes años y probado tanta sangre como para saber que este chico tenía la sangre más deliciosa e irresistible de todas las que había saboreado. Sacó de su bolsillo el trozo de gasa que le había puesto en la herida y lo olió. Era humana sin duda, pero percibía algo extraño. Algo que le era muy agradable.

—¿Tienes tanta hambre como para comerte una gasa con sangre y no matar a un humano?—dio un salto.

Klaus la había asustado. Le dio la gasa y le hizo una señal para que probara. Klaus lo entendió y se lo acercó a la lengua.

—¿Es suya?

—Sí.

—Te lo compro. ¿Cuánto quieres?

—Es extrañamente deliciosa. No vendo a mi mascota. —Klaus le dirigió una mirada de pena. Se colocó en su posición y miró hacia Marcus. Ya estaba completamente dormido y no se enteraba de nada.

—Por lo visto los que me llamaron para concertar tu aparición en la embajada eran los tíos de Heliatón —pronunció ese nombre con asco —. Querían eliminarte. Lo siento. Debería haber comprobado mejor la llamada.

—No te preocupes, esto le puede pasar a cualquiera. Siempre habrá alguien vigilándonos. Y me he traído un buen recuerdo —le dijo sin dejar de mirar hacia su prisionero. Era bastante inquietante que no pudiera despegar su vista de él. Klaus le empezó a mirar también.

—La verdad es que es bastante guapo. ¿Qué vas a hacer con él?

—Pensaba ponerle un collar y sacarlo a pasear, pero llamaría la atención ¿no? —Klaus se echo a reír.

—Sería divertido, sin duda, pero mejor no. Además, trabaja para Heliatón. ¿Vas a usarlo como intercambio?

—No, no sacaría nada. He matado a demasiados de los suyos para que me perdonen por un solo hombre. No, ahora es mío.

Esa última frase la dijo con frialdad, como si lanzase una amenaza. Klaus decidió cambiar de conversación, algo incómodo.

—¿Por qué hiciste que me fuera si lo tenías controlado? —le recriminó. Le había obligado a marcharse nada más le dio la noticia.

—Porque me hubieras aguado la diversión. Hacía mucho que no veía a los de Heliatón y quería despacharme a gusto.

—Eres una egoísta.

—Y tú mi mánager favorito —le dio un beso en la mejilla. Sabía que Klaus le perdonaría cualquier cosa y no se equivocaba. Le debía la vida a ella—. Te prometo que te dejaré jugar con el siguiente grupo que moleste.

—Me olvidaré de todo si me dejas jugar con Sangre Deliciosa.

—Ese es terreno vedado —le advirtió—. Creo que tengo que avisar a Alanis cuando venga. Por cierto, ¿qué tal con ella en el circo?

—Olvidemos ese tema, me da jaqueca. —Se dio cuenta de que el hombro de Aresha estaba lleno de sangre—. Aresha, ¿estás sangrando?

—Ah, mierda —gruñó, se había olvidado de la bala—. Un Heliatón llorica me destrozó el vestido. Con el lío de Marcus no me acordaba.

—¿Marcus? —Aresha señaló con la cabeza al prisionero—¿Desde cuándo los llamas por su nombre?

—La primera idea era bichito pero no le gustó.

—Le entiendo. Vamos.

La cogió de la mano y se la llevó a la cocina. Mientras ella se sentaba en un taburete, Klaus buscó por los cajones hasta que encontró un cuchillo largo y fino y unos guantes de cocina. Cogió asiento delante de Aresha y le bajo la manga hasta que vio la herida sin problemas.

—A todo esto —dijo mientras sacaba la bala—. ¿Quién te imaginas que nos ha vendido?

—Cualquiera de la fiesta que supiera que íbamos allí. Lo que deja a… —se puso a contar mentalmente—, demasiadas personas. Cualquier empleado podría hacer cualquier cosa por dinero. Y no hay que eliminar a altos cargos.

—Humanos. Pasen los años que pasen seguirán siendo los mismos. Aquí esta —dijo, triunfante. Le enseñó la bala, pura plata. No era mortal mientras no tocase el corazón, pero les debilitaba. Klaus la hacía rodar por sus guantes—. ¿La quieres de recuerdo?

—Toda tuya. —Aresha se levantó, mientras Klaus se quitaba los guantes y envolvía en ellos la bala. Limpió el cuchillo y lo dejó donde estaba—. Debemos investigar quién fue. Sería un excelente mensaje para Heliatón.

—¿Recuerdas que dijiste que me dejarías jugar con el siguiente grupo molesto? Lo cambio por el traidor.

—Trato hecho. Pero si me llevas el vestido a la tintorería.

Cuando recibió la llamada de Luca, el corazón de Logan se rompió en mil pedazos. Habían fracasado y la derrota había traído consigo graves consecuencias. Como la muerte de su única familia, su hijo. Había intentado protegerle poniéndole a Marcus como guardaespaldas, pero había sido en vano. Nada más llegaron al depósito, había bajado para ver lo que quedaba de Brock. Y los demás estaban aún peor. Luca también estaba allí, por suerte, de una pieza.

—¿Sufrió? —le preguntó.

—No lo sé, señor. Cuando llegué todos estaban muertos. Es culpa mía.

—No te atormentes, hubieras caído como los demás. Mónica —ella también estaba allí pero su mente no. Le miró con la pena en sus ojos, la misma pena que todos tenían. Los tres habían perdido a un ser querido—, arregla como puedas los cadáveres. Tenían familia y debemos devolvérselos.

—¿Y el de Brock?

Logan notó un nudo en la garganta.

—Lo incineraré. Nadie más lo verá. Ocúpate de los otros.

—Señor. —Logan volvió la vista a Luca. Tenía la mirada baja—. Quiero recuperar el cuerpo de Marcus.

—Lo haremos. Se lo prometo. —Lo que no se atrevía a prometerle era que lo encontrasen en buen estado—. Vuelva a casa. Es suficiente por hoy.

Cuando Logan se fue, Luca se acercó a Mónica. Les había dado la espalda desde que había dicho el nombre de Marcus. Se situó detrás de ella posando sus manos en sus hombros, demostrándole que no estaba sola. Cuando ella lo notó se dio la vuelta y se apoyó en él. La abrazó y notó como sus lágrimas corrían por su rostro. Luca lloró con ella.

—¿Cómo pudo hacerle eso? A Marcus y a todos —sollozó Mónica.

—Es su naturaleza, no le importan nada los demás. Son monstruos insensibles.

—Cuando encuentres —su voz era entrecortada— a Marcus, quiero ser yo quien se ocupe de su último viaje.

Se alegro de que nadie usara el ascensor con él, Logan necesitaba estar solo. No tenía que haberle dejado ir. Sabía que no estaba preparado, pero Brock había insistido. Conocía su talón de Aquiles, tenía miedo a que su hijo pensase que lo consideraba un fracasado y sabía cómo usarlo para sus propósitos. No pudo decirle que no, por eso le había colocado cerca de Marcus. No lo hizo solo porque fuera

un buen guardián nocturno, sino porque confiaba en él. Se había convertido en su segundo hijo, le tuteló hasta que se convirtió en uno de los mejores de su zona, aunque fuera bastante torpe. Porque él lo conocía bien y sabía que en la vida cotidiana, era un poquito corto y patoso. Pero tenía buen corazón. Y ahora los había perdido a los dos. Aresha se lo había robado todo y no podía quedar impune. No mientras él viviera.

Se dirigió hasta su despacho, en la última planta y encendió su ordenador. Como jefe de sección tenía acceso a archivos confidenciales. Sabía que Heliatón tenía más información sobre Aresha que su propia experiencia. Para Logan, Aresha era una vieja conocida, cuando aún era un simple guardián su equipo se la encontró. Todos murieron, quedando solo él por la suerte de haberse perdido. Llegó a verla, llena de la sangre de sus compañeros. Rabioso había luchado con todas sus fuerzas, pero ella le devolvía todos los golpes hasta que cayó herido gravemente. Su salvación fue la cercanía del amanecer, que la hizo huir cuando sintió que más escuadrones se acercaban.

En aquella época no le habían contado todo lo que la organización sabía, estaba seguro. Buscó por los archivos hasta que encontró los referentes a su enemiga. Estaba en lo cierto, sabían mucho más de lo que se imaginaba.

Por lo visto, las primeras apariciones de Aresha eran del año 1670 en Oriente. Resulta que la jovencita que aparentaba veinticinco tenía en realidad más de 300 años. Se conservaba bien. No había nada de su procedencia ni de quién era cuando aún era humana, se había cambiado el nombre. Lo que sí sabían era el nombre de su sire. En los primeros manuscritos el nombre de Aresha solo era secundario, saliendo por ser la sierva de Isibal. Esta sí que era antigua, sus comienzos remontaban al Egipto de Cleopatra. Y muy peligrosa, Logan había oído hablar de Isibal, casi como un mito. Muy respetada por todos los seres sobrenaturales en la época dorada, su rastro se evaporó, cuando Aresha hacía tiempo que se había separado.

Sabiendo esto ahora entendía porque Aresha era una rival dura. Nada de Isibal le servía, por lo que volvió a su objetivo. Busco todas sus andanzas, hasta que llegó a Transilvania. Logan sonrió por primera vez en ese día sombrío. Acababa de encontrar lo que buscaba, alguien que podía ayudarla. En esa época, Aresha estuvo a las puertas de la muerte y ahí estaba el nombre de la persona que la había colocado en tal situación, el cual, le sonaba mucho. Lo buscó entre los datos y se llevó una gran sorpresa al ver de quién se trataba. Y qué grata suerte, vivía en la bella ciudad.

Aresha se había quedado dormida en su sillón. Por fin, tras un buen tiempo rondando por su casa, Klaus se marchó, pero con la promesa de venir a primera hora de oscuridad. Se notaba que se sentía culpable, había insistido tanto en ir, y por motivos tan mortales. Con todo el ajetreo de la embajada no había podido descansar, estaba demasiado acostumbrada al sueño, y este la venció. Despertó al oír una voz que la llamaba. En el primer momento se alertó, hasta que se dio cuenta de lo que ocurría. Su cachorrito la llamaba. Ya habían pasado varios días desde que lo había adoptado y no había abierto la boca. Seguramente seguía enfadado por no dejarle salir a pasear, tenía que comprarle un juguete para que se entretuviera. Quizá una mantita o un peluche, porque lo que más hacía era dormir. Era entendible, atado de manos a una cama no es que se pudiera hacer mucho.

Cuando entró en la habitación, Marcus se desplazó todo lo que pudo hacia la esquina más alejada. No se fiaba de ella, y eso hacía feliz a Aresha. No tenía intención que se creciese por el hecho de mantenerle con vida. Aunque seguía sin saber porque lo había hecho, encontró un buen modo de aprovechar la situación.

—¿Tienes que ir al baño, vejiga de nena? — se burló, era para lo único que le soltaba, cuando recordaba las necesidades humanas, claro.

—Ir una vez al día es algo normal. Y hoy te has olvidado de mí —le reprendió.

—Oh, pero si el perrito sabe hablar —dijo, fingiendo asombro. No había vuelto a oír su voz desde que lo atrapó—. Solo lo digo para meterme contigo, no recuerdo qué es lo normal ni a qué horas. ¿Sí o no?

Marcus asintió con la cabeza. Aresha le soltó las cadenas con su llave y se apartó. La habitación en la que había encadenado al Heliatón tenía su baño propio, sin ventanas. No tenía que preocuparse de nada, pero prefería mantener las distancias mientras estaba suelto. Era un chico valiente, rozando lo insensato, y podía intentar escapar. No tenía oportunidades, sin embargo, no le apetecía luchar y verse obligada a matarlo. Nada más se alejó lo suficiente, Marcus se levantó y corrió al baño. No sabía si lo había hecho porque tenía unas ganas tremendas o por miedo.

—La próxima vez, si me avisas antes en vez de esperar a que yo me acuerde de todo, no tendrás por qué tener esas prisas —le dijo desde fuera.

Marcus la oyó con claridad. No necesitaba ir tan urgentemente, era

su inquietud de que él solo se delatase. En su primera visita a ese baño, lo había visto vacío, Aresha no lo utilizaba. Pero investigando encontró en un cajón un pequeño neceser. Dentro tenía maquillaje, pintalabios y una pequeña navaja multiusos. Era un toque de suerte, estaba afilada. Sin embargo, Aresha le había demostrado que no podían con ella seis hombres especializados. Aunque si no se lanzaba, tarde o temprano acabaría matándole. Cuando acabó abrió el cajón. Allí seguía su amiga afilada, se la escondió en el bolsillo del pantalón. Al abrir la puerta, Aresha le estaba dando la espalda, buscaba algo en el armario de la habitación. Era ahora o nunca. Marcus se acercó sigilosamente a su posición. Perfecto, estaba a pocos pasos de ella y no se inmutaba. Sacó la navaja y se preparó para el salto final. Su idea era atraparla y, por sorpresa, clavarle la navaja en el corazón. Contó hacia atrás, tres, dos, uno y se lanzó. Pero Aresha se apartó y el chocó contra el armario, cayendo dentro. Lo último que vio fue la sonrisa de Aresha mientras cerraba la puerta.

—¿Acaso crees que soy idiota? Los humanos dais pena en los ataques por sorpresa —le dijo desde fuera—. He de reconocer que tu fallo ha sido gracioso. No me imaginé que acabases dentro.

Empezó a reírse sin parar. Sin duda era valiente, pero torpe como el que más. Vale que tropezase con el armario, se lo esperaba, pero es que no había necesitado ni empujarlo, había metido todo su cuerpo dentro él solito.

—Déjame salir —Marcus comenzó a aporrear la puerta. No le hacía gracia estar encerrado en ese sitio pequeño y oscuro.

—¿O qué? ¿Me arrepentiré? —Aresha seguía riéndose—. ¿Qué, quieres salir del armario? Adelante, admiro tu decisión.

—No tiene gracia.

—Pues me lo estoy pasando pipa.

Estaba segura, esa adquisición merecía la pena, delicioso y gracioso. Decidió ponerse seria, algo difícil después de ese espectáculo. Tenía que demostrarle que no tenía nada que hacer contra ella.

Abrió las puertas y se apartó unos pasos. Cuando lo vio de cuclillas, con el pelo hacia delante, sin camisa y con el pequeño cuchillo en la mano mirándola con los ojos entrecerrados y cargados de ira, tuvo que admitir que era bastante sexy para ser un mortal. Cuando se había apartado no había visto la pequeña navaja, pero no le importaba. Seguía teniendo posibilidad nula.

—¿Quieres tu libertad? —Alzó los brazos en cruz—. Pues ven a por ella.

Marcus se lanzó en su busca sin soltar el cuchillo. En el momento justo, Aresha dio un salto que la pego al techo. Desde arriba vio como Marcus caía al suelo y volvía a tropezar, perdiendo su única arma. Sí que era torpe. Al intentar levantarse Aresha decidió bajar. Cayó

encima de él. Le levantó la cabeza y le mostró sus colmillos. Notó su sudor frío escurriéndose por su frente.

—Vuelve a intentar algo así y te pongo pañales. ¿Entendido? —No le soltó hasta que vio que asentía con la cabeza—. Eres valioso para mí, así que no me hagas matarte. Porque lo haré si me obligas.

—¿A qué esperas? Me amenazas y me dejas vivo sin sentido. ¿Que soy valioso? ¿Qué valor tengo para ti?

—Me has convencido, me gustas más calladito, eres muy preguntón. —Le cogió del pelo y le obligó a levantarse. Marcus se revolvió por el dolor, pero unas pocas sacudidas le pararon—. No deberías subestimarte tanto. Muchos de mi raza se sentirían afortunados de probarte.

—¿De qué hablas?

Unos arañazos de pata en la ventana desviaron la atención. Al mirar hacia esta vieron como un gran lobo negro les estaba mirando con la cabeza ladeada y la lengua fuera.

—Hola Blues. —Al oír su nombre el lobo comenzó a menear la cola con ánimo. Le lanzó unos gruñidos cariñosos a Aresha—. Ahora te abro.

La vampiresa obligó a Marcus a caminar hasta la cama. Se tumbó sin oponer resistencia, estaba cansado y desanimado por lo ocurrido. No iba a poder con ella, se acababa de convertir en la dueña de su vida. Incluso levantó los brazos cuando le volvía a encadenar.

—Después hablaremos —le dijo ella mientras iba hacia la ventana y la abría. Rápidamente el lobo entró de un salto en la casa y se puso a dar lametazos a la cara de Aresha mientras ella lo acariciaba—. ¿Y tú hermana? —preguntó a Blues. Este miró hacia atrás mientras gemía. Por lo visto, había corrido demasiado y Alanis no podía seguirle si era de día.

Después de llenar de babas a Aresha, Blues vio al desconocido. Con energía se subió encima de la cama y acerco su hocico a la cara del nuevo para olerle. Cuanto más acercaba el hocico, más hundía Marcus su cabeza en la almohada. Blues miró a Aresha, sabiendo que solo era un humano.

—Es mi nueva mascota. Lo acabo de adoptar hace poco ¿Te gusta?

Blues le dio su opinión dándole un lengüetazo a Marcus que le lavó media cara. Después se echó a su lado y mantuvo su mirada en él. Marcus también lo hizo y ambos giraron la cabeza hacia el mismo lado, casi a la vez. Aresha no tuvo más remedio que reírse. Unos minutos más tarde, Alanis llegó con una falda escocesa hasta las rodillas y una camiseta de publicidad de la tienda que compartían ella y Blues. Era una tienda de tatuajes llamada *Killer Syren*.

—A veces envidio a los lobos. Me pregunto cómo pueden tener tanta energía a todas horas. —Aresha le había dejado la puerta abierta

y nada más oírla, Blues le indicó con un aullido en que parte de la casa estaban.

No tardó en ver que había otro hombre además de su hermano.

—Ñam, ñam. ¿Quién es el de las cadenas?

—Es mío —le dijo al verla desplegar los dientes.

—¿Ni siquiera un mordisquito de prueba? —La mirada de Aresha se lo dejo claro—. Aguafiestas.

—Toma —Aresha se acercó otra vez al armario y sacó una muda masculina. Se la dio a Alanis—, llévala al baño para que Blues se vista, si quiere transformarse. Os espero en el salón. —Debía querer porque en cuanto vio la ropa empezó a saltar y corrió tras su hermana mientras iba a otro baño de la casa. Cuando los dos salieron de la habitación, Aresha se saco un pañuelo blanco del pantalón y secó su cara y la de Marcus.

—Tu amigo es un baboso, sin ofender —le dijo Marcus mientras le secaba la cara.

—Lo sé. Pero le has caído bien. Y no es fácil que te acepte a primera vista, créeme. Del último humano que intentó convertirse en su inseparable amigo, la parte más grande que encontraron fue un dedo. Por cierto —metió la mano en el bolsillo de Marcus. En el descuido que había provocado Blues, había recuperado la navaja suiza—, esto me lo quedo. ¿Nunca te ha dicho tu mamá que las cosas que no son tuyas hay que pedirlas?

—Ni se te ocurra mentar a mi madre —se había puesto hecho una furia—. Y que recuerde yo, no era tuyo y no me pediste. Soy de Heliatón.

—No, eres mío —ahora era ella la furia. Se había transformado y acercó sus verdes ojos a milímetros de los de Marcus, cortándole la respiración. Nunca los tuvo tan cerca como en ese momento y aunque no era la situación adecuada no pudo evitar perderse en esos hipnotizadores ojos vampíricos—. Y si quieres seguir siendo algo que no sea un cadáver, te recomiendo que no lo olvides —se apartó—, aunque no le haya pedido tu mano ni a Heliatón ni a tu mamaíta.

Marcus quiso golpearla, pero al moverse las cadenas le impidieron llegar hasta Aresha. Chilló por la impotencia y antes que pudiera acabar, ella ya se había abalanzado sobre él. Las manos de la vampiresa sujetaban con fuerza sus muñecas sobre el colchón. En un segundo quedo aún más inmovilizado y vulnerable, estaba haciendo demasiada presión y protestó por el dolor, pero ella se regocijaba en su sufrimiento. Bajó un poco la cabeza, su pelo rozo el pecho de Marcus, le hizo cosquillas aunque casi toda su atención corporal se centraba en sus lastimadas muñecas que Aresha no aflojaba.

—Claramente, los humanos sois estúpidos. Caéis como tontos en todas las provocaciones. Así os va.

—Me estás haciendo daño —le dijo, sabiendo que no le sería extraño.

—Vaya, y yo que creía que eras masoquista. Entonces también te recomiendo que no vuelvas a hacer eso. Las consecuencias no te iban a gustar nada de nada.

—Esto… ¿interrumpo algo? —Un hombre apareció en el umbral de la puerta. Tenía el pelo rapado y su perilla daba a pensar que era moreno. Llevaba puesta la sudadera gris, unos tejanos anchos y las zapatillas de deporte que Aresha le había dado a Alanis.

—No te preocupes, Blues. Simplemente tengo que amaestrarlo para que me obedezca.

—Si lo llamas así…

Al ver a Blues, Aresha soltó a Marcus, que lanzó un grito de alivio. Sus muñecas estaban rojas y podía notar el palpitar de sus venas. Sus ojos volvieron a la normalidad, y tras bajar de la cama le tapó y bajó la persiana para que durmiera.

—Ahora descansa, has tenido bastantes aventuras desastrosas por hoy. Quiero disfrutar de un poco de tiempo con mis amigos. Volveré mañana y tendremos que hablar de cómo convertirte en la mascota ideal.

No prestó atención a las miradas asesinas que Marcus le ofreció, ni a la divertida de Blues. Le cerró la puerta y se dirigió hacia el salón de su casita del campo. Allí esperaba Alanis, sola y aburrida, sentada en el sofá morado.

—¿Dónde estabas? —le dijo a Aresha—. Me estaba aburriendo, si llego a saber que tenías diversión no hubiese venido.

—Claro que no, tonta. ¿Cómo voy a preferir a un mortal en vez de a mi mejor amiga? ¿Quién me iba a contar sus escarceos amorosos con los licántropos?

—Sabes hacer que una amiga se sienta querida, Ari.

— Vuelve a llamarse así y te mato.

Alanis le dio un pequeño abrazo para apaciguarla. No coincidían en gustos de vida, pero se llevaban mejor que nadie. Mientras Alanis nunca dormía, excepto cuando conocía a un buen ejemplar de hombre lobo, Aresha decidía no salir por el día a no ser que fuese cuestión de vida o muerte. Podía deberse a que era mucho más antigua que ella y le iba más el modo de vida de los vampiros clásicos. Aunque se negaba a dormir en un ataúd y llevar capa.

—No te pongas celosa hermanita —Blues apareció detrás de ellas—, simplemente hay cosas que tú no le puedes dar.

—¿Se puede saber que has visto ahí dentro, chuchito? —le preguntó Aresha.

—No sé, dímelo tú —Blues tenía ganas de cachondeo—. Solo puedo decir que cuando me asomé inocentemente por la ventana, parecía

que estabas jugando a que era un caballito y después te veo en la cama encima del mortal, otra vez. ¿Qué quieres que piense? —Aresha notó su tono pícaro.

Alanis cayó en la trampa. Abrió los ojos al máximo y después los bajó, mirando al suelo.

—Ahora entiendo que no lo compartas. Chica, necesitas salir más.

—¿Por qué os unís contra mí? —protestó Aresha con un deje infantil—. Ya lo dije, acabo de secuestrarlo y aún se resiste. Un Heliatón es muy difícil de manejar, y este es un poco suicida.

—Un momento, ¿ese chico es de Heliatón? No sabía que te trajeses *souvenirs* de las organizaciones que te quieren matar.

—Este es especial. Está muy rico.

—No, si ya lo he visto, pero no te puedes dejar llevar por las hormonas. Además siendo un mortal, como quieras algo un poco íntimo, te lo cargas. —Alanis empezó a animarse sola—. Ya está, conviértelo en licántropo. Venga, te presto a Blues.

—Eh, a mí no me metáis en vuestros líos —dijo Blues, cuando oyó su nombre.

—Si solo es un mordisquito…

—En lo de rico, era literal. Su sangre está demasiado buena, pregúntale a Klaus. No, él no lo probó, solo lamió una gasa —dijo al ver la cara de reproche de Alanis.

—O sea, que solo significa comida para ti. Pues menudo recipiente.

—No me creo que sea de Heliatón —continuó Blues al ver que su hermana se había ido a las nubes. Se había servido un vaso de leche y un bocata de jamón. Aresha siempre tenía algo en la nevera para él—. Los intuyo bien y este me ha parecido tan… tan poco Heliatón

—A mí también me ocurrió lo mismo, pero aunque no lo creamos has lamido la cara de uno de ellos.

—Bueno, a quien hemos venido a ver es a ti —Alanis volvió a la realidad—. Nos enteramos ayer de lo de la embajada. ¿Sabes qué pudo pasar?

—Un soplo, es lo único que se me ocurre —contestó Aresha—, Klaus está investigando, pero nada.

—Mortal, fijo —intervino Blues—. Un sobrenatural no colabora con esa banda de exterminadores.

—¿Y un cazador? —pensó Alanis.

—No, esos no mandan a terceros a hacer su trabajo —contestó Aresha tras pensarlo unos segundos—, me parece que tu hermano lleva razón, el que nos vendió a Klaus y a mí fue un humano.

—¿Y cómo fue? —quiso saber su amiga.

—Muy divertido. Lo malo es que casi ni sudé, pero si hubierais visto sus caras antes de morir sabríais que mereció la pena. El último era una ricura, muy jovencito y ya sangraba cuando llegué. Fíjate que fue

el único que llegó a dispararme. Por aquí, creo —les mostró la piel del lugar. No quedaba ni el más mínimo rastro del disparo.

—¿Y tu mascota? ¿Qué hizo?

—Juraría que fue el que hizo sangrar al otro. No debían ser muy amigos.

—Oh, no me digas que es un salvaje —Alanis se echó hacia atrás apoyando su espalda en el sofá—. Cada vez me gusta más, pero me refería a cuando te vio.

—Eso es lo mejor. Cuando intentó ayudar a los suyos, le noqueé tan rápido que al final casi olvido que estaba allí. Pero no quiso defraudarme, aunque me mostró que era un poquito torpe. Si le hubieras visto, totalmente desorientado con una estaca en la mano —lo contaba como si hubiera visto a un niño dar sus primeros pasos—. No pude evitar llevármelo a los brazos.

—Cada vez entiendo menos a los vampiros —dijo Blues antes de darle un mordisco a su bocata—. ¿Y por eso te lo trajiste?

—Claro que no, iba a morir allí. Pero tuvo suerte y vinieron más al rescate. La verdad, no sé qué fue lo que me hizo traerlo. Puede que su sangre, pero lo digo porque quiero.

—Hormonas, lo que dije antes —Alanis miró a su amiga—. Me da igual lo que digas, te pienso sacar de fiesta. Si no te van los lobos, conozco a vampiros con los que puedes pasar un buen rato.

Aresha iba a rechistar cuando llamaron a la puerta. Con la cháchara ni se habían dado cuenta de que ya había anochecido, y Klaus era puntual como un reloj suizo.

—Llámanos idiotas —fue su saludo en cuanto ella le abrió la puerta.

—No pienso insultarme sin motivo —contestó mientras le invitaba a entrar. Al llegar al salón, vio a sus invitados. Se acordaba de la pelirroja pero no conocía al otro.

—Vosotros dos ya os conocéis. Blues este es mi mánager, Klaus —se saludaron—, lo que tengas que decir puedes decirlo delante de ellos, si es lo que te preocupa.

—Está bien. He usado todos mis contactos y mi encanto, que no es poco, pero no he sacado nada del traidor. También he probado tu modo, pero creo que no soy un buen torturador.

—Bien, eso explica que te llame idiota, pero no entiendo el de los dos.

Blues carraspeó para que le hiciesen caso. Todos le miraron.

—Sé que es una pregunta tonta pero, ¿le habéis preguntado a él?

—¿A quién? —Aresha no cayó en la persona. Blues señalo la habitación, pero siguió sin cogerlo.

—Al Heliatón.

No parecía una pregunta tan tonta cuando Aresha abrió la boca y se golpeó en la frente. No conocía su rango, pero algo debía saber.

—Vale, somos idiotas.

—Esa idea la tuve a última hora —se disculpó Klaus.

—Vaya panda. Mira Blues, y estos son los más antiguos de la sala —se rió Alanis.

—Si dice algo, quiero verlo —le dijo Klaus a Aresha.

—Yo también —los dos hermanos hablaron al unísono.

Aresha suspiró y llevó sus pasos hasta la habitación de Marcus. Los demás la siguieron varios metros por detrás. No le hacía mucha ilusión tener que hacerle daño, pero era el único que podía resolver el misterio. Puso su mano en la manilla de la puerta, lanzó otro suspiro y la abrió. Ya se había dormido, parecía un angelito. Aresha se sentó al lado del durmiente mientras los demás se situaron más lejos, rodeando la cama. Posó sus manos en su pecho, se dio cuenta de que estaba transpirando un poco en demasía. Su sueño no debía ser tan placentero como creía. Después de todo, hasta puede que le agradeciese que lo despertase. Le zarandeó suavemente.

—Marcus, despierta —movió los ojos, pero no acabó de despertar. Lo intentó otra vez un poco más fuerte. Esta vez, Marcus reaccionó. En el primer momento que abrió los ojos, ella aún no había apartado la mirada. El sueño había vuelto esa noche, y pasar de eso a ver a una belleza como era Aresha no estaba tan mal. Aunque esa sensación le duró hasta que vio que no estaban solos. Algo tramaban.

—¿Soy el plato del día? —le preguntó a Aresha—, pensaba que me ibas a matar tú sola, no te veía tan generosa.

—¿Por qué estás tan obsesionado con la muerte? Deberías ir a un psicólogo. Solo queremos que nos ayudes con un asunto.

—Olvidadlo. —No pensaba ayudarles. Aresha conservó la calma, pero no pasaba lo mismo con Klaus, le vio transformarse y su voz no era nada cordial.

—Dinos quién os avisó en la embajada, o no quedará nada de ti cuando acabe.

Se acercaba a él cuando Aresha saltó la cama y se interpuso entre Klaus y él. Aunque no le veía la cara, Marcus sabía que ella también estaba mostrando todos los rasgos de la raza, y le bufó a su mánager. A Klaus no le sentó bien la intromisión y respondió. Acababa de hacer que se enfrentaran por él.

—Es mío —le oyó decir a Aresha—, si sabes eso, también sabrás que nadie lo puede tocar. Solo yo.

—¿Te importa más este que saber quién fue el que nos vendió? —Klaus se molestó.

—No dudes de mí. Lo descubriremos, pero Marcus es mío.

Klaus no mantuvo su ataque de ira mucho tiempo. Volvió a su forma humana y se retiró a su antiguo lugar. Aresha volvió otra vez a Marcus.

—Ya ves lo que queremos y lo que somos capaces de hacer —miró hacia Klaus un segundo—. Me has caído bien, así que te voy a dar una última oportunidad para que hables —mientras se lo decía, le acarició el pelo, fue bajando por la cara y siguió hasta llegar a su cuello—, pero si no lo aceptas, que no deje que te toquen no significa que yo no lo pueda hacer.

Aresha se sorprendió cuando le oyó reírse. Nunca lo había hecho, nunca le había oído reír.

—Eso no funciona conmigo. No voy a ser un chivato, así que ya puedes matarme, tu o quien sea, porque no pienso decir nada. Qué pena chicos, lo siento por vosotros.

—Está bien, tú lo has querido —suspiró y miró hacia Klaus— prepara el sótano y tráeme mis juguetes.

Después que todos se fueran, se acercó a Marcus, colocando su boca al lado del oído de su prisionero.

—No me apetecía que fuera así, pero vas a arrepentirte. Te lo prometo.

Logan llevaba todo el día con el mismo papel en la mano. En el folio estaba la dirección del sujeto, pero había un problema. No era el tipo de persona con el que Heliatón negociaba. Estaba dividido, no debía hacer tratos con esa gente, pero era el único que podía llevarle hasta Aresha. Se lo debía a todos sus guardianes que habían sido sacrificados. Entre ellos, su hijo, y no se podía olvidar de Marcus, cuyo cadáver no habían encontrado aún. Volvió a mirar el papel. Estaba muy cerca y no lo había visto.

Llamaron a la puerta de su despacho. Logan escondió el folio entre una montaña de documentos y avisó a la persona que ya podía entrar. Era Luca. Estos días se había cortado un poco sus morenos rizos, pero aún se distinguían. Vestía ropa informal, jersey y pantalones marrones.

—Pensaba que le di unos días de baja. Y no me gusta que me desobedezcan.

—Lo sé, señor. Solo he venido a recoger a Mónica. Esta muy afectada por lo de Marcus y quiero asegurarme que come.

—No sabía que ella y Marcus fuesen otra vez pareja.

—No lo eran, pero no precisamente porque ella no quisiese.

—Es verdad que siempre ha tenido éxito con el género opuesto. Aunque nunca se lo creyó, no se daba cuenta de las señales de ellas. Tenía muchas amigas y todas querían más de lo que se percataba.

—Y pensar que se dio cuenta de que le seguía gustando a Mónica porque se lo dije. Justo el día antes de la misión, y aún no me creía.

Los recuerdos los llenaron de tristeza. Para Luca había sido su mejor amigo, casi el único. La relación con Logan había sido más paternal, pero no por eso era más fría. Todos le echaban de menos.

—¿Hay novedades? —le preguntó a Logan. Negó con la cabeza—. Cuando vuelva quiero ayudar. Se lo pido como favor personal.

Logan lo pensó unos momentos.

—Está bien. Otro gran guardián no me vendría mal. Pero recuerde centrarse en Aresha, no en Marcus. Si la atrapamos viva, lo encontraremos.

Cuando Luca ya se disponía a irse, Logan le paró.

—¿Puedo preguntarle algo? Y conteste con sinceridad.

—Diga.

—Usted pondría todos los medios para encontrar a Aresha. ¿Verdad?

—Por supuesto —dijo Luca.

—¿Y si hubiese algo que fuera enormemente útil, pero no fuese del todo con la política de la asociación? Entonces, ¿lo usaría?

—Si no hay que matar a nadie y nos puede ayudar, seguramente sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Nada, simple curiosidad. Puede irse.

En cuanto Luca cerró la puerta, Logan cogió su móvil y tecleó el número de información. Tras varios pitidos oyó la voz de la telefonista.

—Deme el número de Gael Montalbo.

4 Gael

No veía aún claro que fuese bueno, pero no tenía otra alternativa. Logan avanzó por el estrecho pasillo de la mansión del sujeto. Sabía lo que era y, aunque iba contra la política de Heliatón, con un buen trato conseguiría su objetivo. Esta vez Aresha no iba a escaparse, se había vuelto personal. Iba a hacer que se arrepintiera del momento en el que se le ocurrió tocar a su hijo. Mientras caminaba, no perdía atención de los ojos que lo miraban recelosos, debían saber de dónde era. No lo tocaban, lo que le hizo albergar esperanzas de que él lo escuchara.

Al final del pasillo percibió una silueta. Se decepcionó al ver que no era quien esperaba, pero sí alguien cercano. Este llevaba el pelo corto con mechas rubias, se había adaptado a los tiempos, cómo marcaba su ropa informal.

Al acercarse, le detuvo con un claro gesto de amenaza. No le gustaba nada ese humano.

—¿Quién eres? —le preguntó, con cara de pocos amigos.

—Tengo una cita con tu hermano —le dijo, sin andarse con rodeos—, déjame pasar.

—¿Nadie te ha enseñado modales? —le enseñó los dientes.

—¿Acaso no sabes quién soy?

—Ja, ¿acaso no sabes QUÉ soy yo? —Creyó que se iba abalanzar encima de él. Sí que sabía lo qué era, lo era gracias a su hermano. Un monstruo detestable, el lobo vestido de cordero, sin el cordero—. Aquí los extraños no se andan con tonterías, y no me costaría nada mostrarte la razón.

—Basta, Tristán. —Una mujer se acercó a ellos. También debía ser del clan. Su rostro era suave, pero con carácter, vestía un largo vestido de raso marrón y negro, de manga ancha, sacado de una época ya antigua. Al verla, Tristán se tranquilizó, pero sus ojos seguían clavados en él, con desconfianza. La mujer se acercó y le cogió del brazo.

—Gael le espera y de una pieza. ¿No querrás hacer enfadar a tu hermano?

Tristán le lanzó un breve gruñido a Logan y se apartó. Más relajado, entró en la sala. Seguía decorada como la antigua época, el único cambio eran las luces y algún que otro rastro de tecnología. Al fondo de la sala estaba la zona del trono. Y allí estaba, Gael, el rey de los licántropos, justo delante de él, en su ciudad. Era tal como se lo había imaginado. Ese día vestía con el estilo marcado de antiguos siglos. Le ignoraba, se deleitaba la vista con el techo, decorado por un gran maestro. Logan se acercó y Gael al fin le prestó atención. Sus

grandes ojos azules se posaron en él. Se parecía a su hermano, pero un poco más envejecido. Su pelo era largo y de un color dorado, no parecía de origen español, como había leído. Su cara reflejaba una larga vida llena de experiencias. Justo lo que necesitaba. Tras un rato observándolo, Gael comenzó la conversación. Su voz reflejaba su estatus y le provocó un cierto respeto.

—Heliatón. ¿Qué desea esa repugnante asociación de los hombres lobo?

—Ayuda.

Gael lo miró con cierta curiosidad reflejada en sus ojos. Dejó entrever una media sonrisa.

—Esto tiene gracia ¿ayuda? —Se levantó de su asiento y avanzó hacia él—, aún no me creo que la gran asociación de Heliatón me llamase hace tres días para pedir ayuda a unos despreciables como nosotros.

Logan tuvo que controlarse para no eliminarlos allí mismo. Era verdad, eran unos seres inmundos pero su odio hacia Aresha hizo que se contuviera.

—En realidad, es cosa mía. Un sujeto se nos escapa y no queremos que siga haciendo el mal. Y sé que puede ser de mucha utilidad contar con vuestra presencia.

—Y, ¿qué gatito se os ha escapado?

—¿Has oído hablar de Aresha?

Al oír ese nombre Gael se interesó por la conversación. Notó en sus ojos cierta excitación, incluso hasta le pareció que perdía la compostura durante un breve segundo.

—Aresha… ¿Y quién no ha oído hablar de ella? Cada vez que pones la televisión, la radio o cualquier otro instrumento de comunicación; allí está ella.

—Ella es el gatito.

—Entonces será la leona. Se ha reído de vosotros ¿verdad?

Parecía que se divertía y no le gustó nada.

—Esa vampiresa ha matado a mis mejores hombres.

—¿Solo?… Y por eso ya es enemigo número uno. No me mientas. ¿Qué más?

No quería decirlo pero la mirada impasible de Gael le obligaba.

—Uno de ellos era mi hijo. Le arrancó la garganta. Murió desangrado.

—Ah, es una venganza de un papá destrozado y furioso. —Mientras hablaba iba dando vueltas alrededor de él. Se situó a pocos metros, uno frente al otro—. Y dime, ¿por qué nosotros, no te sentirías mejor ocupándote tu mismo?

—Es muy inteligente y muy antigua. He oído que sois más o menos de la misma edad, y que tú estuviste muy cerca de acabar con ella.

¿Me equivoco?

Logan tuvo la sensación que a Gael no le había hecho gracia que supiera eso. Esperaba no haberlo enfurecido, lo necesitaba.

—Parece que tus informadores son eficientes. ¿Qué gano yo?

—A cambio de tu ayuda, estoy dispuesto a hacer que nunca más tengas que preocuparte de nosotros, ni tú, ni tu hermano ni ninguno de tu manada. Y no me es fácil, créeme.

—Sé como sois. —Tristán apareció de la nada. En ese momento, Logan se dio cuenta de su situación. Aunque pensaba que estaban solos, se equivocaba. Alrededor de ellos había más miembros de la manada de los que se esperaba. Durante un instante se arrepintió de lo que estaba a punto de hacer. No se esperaba un grupo tan numeroso. Pero no había marcha atrás.

—Pensáis que sois los seres superiores, el vértice de la pirámide —la voz de Tristán le sacó de sus pensamientos—, pues ¿sabéis qué?, estáis muy equivocados, estáis abajo, solo sois alimento.

—¿De verdad crees eso? —le desafió.

—¿Te muestro quién es el rey de la selva?

Sus ojos se empezaban a tornar amarillos, a punto de transformarse. Gael lo paró.

—Tranquilo, hermano. Quizá por una vez merezca la pena escucharle. —Se volvió a Logan—. Solo hablaremos tú y yo. No quiero a otro sucio de Heliatón, ni tampoco quiero que te acerques a mi familia. Aparte que no te lo aconsejaría.

Logan se dio la vuelta para marcharse. Cuando llegó a la puerta se paró.

—Otra cosa. Quiero a Aresha viva. Si no, no hay trato.

—Tranquilo. Te prometo que ni yo ni los míos la mataremos.

—Eso espero. —Y cruzó la puerta.

Gael estaba esperando que ese cerdo de Heliatón se fuese para poder gruñir a gusto. Los odiaba, con toda su alma. Había estado a punto de dejárselo a su hermano y que se ensañara a gusto.

—¿De verdad vamos a ayudar a esos? —le preguntó su hermano. Pobre Tristán, aún era muy ingenuo, no entendía que las cosas a veces es mejor que se mantengan en secreto.

—Claro que no —lo miró y sonrió. Tristán también empezó a sonreír. La idea de cooperar con esos humanos le había perturbado.

—¿Te puedo preguntar la razón de qué no lo hayas matado? ¿Por qué has aceptado?

—Aunque yo les tengo el mismo asco que tú, nos podrían ser útiles. Yo también había pensado buscar a cierta persona.

—¿Aresha?

—Sí, Aresha. —Su nombre hizo saltar a la mente viejos recuerdos. Nunca pudo olvidarla, algo imposible. La llegada de ese maldito

Logan, buscándola, lo tomó como una señal del destino. Era la hora de reunirse ambos y que el secreto que ocultaban por fin saliera a la luz.

Marcus volvió a gritar al oír como su carne se abría y volvía a brotar la sangre. Estaba descubriendo que una de las cosas que más le gustaba a Aresha era la tortura física y que la tenía muy bien ensayada. Los juguetes que Klaus le trajo no eran otra cosa que armas de tortura. Había de todo, un recipiente lleno de agua donde casi lo asfixia, pinzas, agujas, incluso en los primeros momentos había contado con la ayuda de Blues para una sesión de tortura mental. Gracias a dios no era de los que mejor te llenan la mente de confusión y dolor. Ahora, era el turno del látigo. Lo había atado a una columna de madera, colocada en medio del sótano. Estaban casi a oscuras con una solitaria bombilla iluminaba la escena. Por suerte, estaba entrenado para situaciones como esta. No se lo pensaba poner fácil a Aresha. Después de ese latigazo oyó como se acercaba a él. Le rodeó el cuello con el látigo y tiró. Duró poco y le soltó para que cogiese aire.

—¿Me vas a decir ya el nombre del confidente?

—Te vas a cansar antes que diga nada —la desafió. Se ganó otro latigazo.

—El látigo tiene un problema. Te abre demasiado las heridas y no soy de piedra.

Marcus se estremeció al notar como la lengua de Aresha subía lentamente por su espalda siguiendo el camino de sus heridas. Después le dio la vuelta.

—Creo que voy a acabar con este juguete. Para evitar tentaciones.

—No te preocupes, acabarás matándome. Moriré antes de abrir mi boca. Creo que ya te había dado la noticia antes.

—Quizá pueda hacerte cambiar de opinión.

—Hazme lo que quieras —le dijo en tono desafiante—, no pienso decirte nada.

—¿De verdad? Creo que no sabes que tengo muchos contactos. Puedo saber qué hace cualquier persona que yo elija. Me dio la impresión de que el guardián que estaba en la parte de delante de la embajada te tenía mucho aprecio.

—Luca. —Que Aresha le recordase no le gustó nada—. ¿Qué me estás queriendo decir?

—Que sé que le gusta andar mucho por las noches, solo. Espero que te imagines por dónde quiero ir. Y también le he visto mucho con una chica morena, muy mona. Me parece que debía ser doctora. Y los

médicos siempre están deliciosos.

—No podrás con Luca.

—Cielo, he matado a más personas de las que tú te crees y muchas no iban solas. Además, ¿Te has olvidado ya de lo de la embajada?

Eso era demasiado para él, no le importaba lo que hiciera con él, iba a morir de todos modos, pero no quería que fuera a por sus amigos. Luca era fuerte, pero sí que se acordaba de la embajada, y Mónica, no tendría oportunidad si se encontrase frente a la vampiresa.

—En serio, ¿vas a poner en peligro a los que conoces por un idiota que no sabrá ni que existes? Pon al día tus prioridades, pequeño.

—Embajador.

—¿Cómo?

—El idiota es el embajador. Nos pidió que esperásemos a que actuases para eliminarte.

Marcus vio como Aresha le empezó a sonreír. Había conseguido lo que quería, como siempre. No se había equivocado al escuchar sus canciones. Ahora que se había convertido en la rata chivata, ya no le quedaban fuerzas. No tenía ningún motivo para aguantar, se iba a desmayar en cualquier momento. Cerró los ojos, exhausto. Cuando estaba a punto de dejarse caer, notó que alguien lo sujetaba. Mejor dicho, le estaban abrazando. Aresha se había enroscado a su cuerpo y había dejado descansar su cabeza en su hombro. No le importaba que estuviese lleno de heridas y sangre, sus piernas también se entrelazaron. No podía haberla tenido más cerca, ni aunque hubiese querido.

—¿Ves como no era tan difícil? —le dijo con voz suave y armoniosa.

El olor de su perfume revoloteaba en su pelo y Marcus lo tenía debajo de la nariz. No pudo ni quiso evitar su aroma. Su fragancia fue lo último que recordó antes de caer agotado.

No se imaginaba que fuera a resultar, pero había conseguido evitar ir a la fiesta de los Northland. Su mujer era una gran amiga de la señora Northland y su hija aún más del hijo pequeño, James. No se fiaba ni un pelo de ese chiquillo, pero su mujer le había obligado a que dejara vivir a su hija. Él había sacado a su mujer de ese mundo, y para qué negarlo, también disfrutó de la vida alocada de la gran metrópoli. Esta era una ciudad nocturna y llamaba a la juerga y la diversión.

Ahora, con ya veinte años de matrimonio aún recordaba sus días de juventud y, simplemente, quería proteger a la niñita de sus ojos. Era la

hija perfecta, pero un poco inocente. Tenía miedo que la engañaran y la llevasen a la mala vida, pero su mujer si había disfrutado así y estaba empeñada en que probase esa experiencia.

Los Northland habían sido sus compañeros de andanzas de juventud, pero para él, la amistad debería haber muerto hace mucho tiempo. Ellos seguían añorando esa vida, mientras él había madurado. Era embajador, tenía un gran poder y había mejorado tras la alianza con Heliatón. Resulta que estos tenían un gran poder, aunque no con este nombre. Gold Sun era una potente empresa multinacional, y acababa de descubrir su faceta oculta. Nunca se lo hubiera imaginado, y mucho menos que pudiera lucrarse con ellos. Había sido un placer formar parte de un plan para eliminar a un vampiro o lo que fuera, y encima era del mundo del espectáculo. Le agradaba mucho la voz de Aresha, pero aún más un incremento de su fortuna y de su poder. Una pena que hubieran fallado, no le preocupaba pues nadie sabía lo que había hecho.

Tenía que acabar todo el papeleo antes de irse a dormir. Estos documentos le salvaron de la fiesta y ahora debía rellenarlos. El café empezaba a fallarle y sus párpados se cerraban cuando oyó un ruido en la parte de abajo. Se imaginó que sus mujercitas acababan de llegar. Se levantó y bajó a saludarlas, pero no había nadie.

— ¡Hola! —dio una vuelta por la casa, pero nada. Una de las ventanas estaba abierta para renovar el aire, pero ya empezaba a estar frío por lo que la cerró. Al no ver a nadie, subió para retomar su trabajo. No le dio importancia, que conociese la existencia de seres inmortales no le iba a hacer un hombre temeroso de cualquier incidencia, no tenía nada de qué preocuparse.

Cuando llegó a su despacho la luz del escritorio estaba encendida, creía recordar que la había apagado. Un folio en blanco desconocido se alzaba en la cumbre de sus archivos. Lentamente se acercó y lo cogió. En su mano notó el tacto de la tinta, al otro lado del papel. Al volverlo, vio una letra refinada, capaz de poner los pelos de punta. Su mensaje, muy sencillo:

Una de las reglas de los vampiros:
El traidor debe morir.

Eso sí le había asustado, más bien le estaba causando un ataque de pánico. ¿Quién lo había escrito?, sabía que antes no estaba aquí. Heliatón le aseguró su discreción, pero parecía que alguien sabía algo. Entonces pensó, estos son Heliatón. No les había gustado el resultado de la misión y le echaban la culpa a él.

—No me vais a engañar, tramposos —dijo en voz alta—. ¿Pensáis que porque acabo de conocer las existencias sobrenaturales voy a caer

en tal tontería?

El silencio le respondió. O eso creía cuando percibió como una sombra se colocaba a su espalda, notando su aliento en la nuca.

—¿Estas llamando tontería a mi obra? —le dijo el aliento con una voz amenazadora y mortal. Se dio la vuelta y retrocedió, alejándose del ser. Era la primera vez que veía a un vampiro transformado, y lo peor era que lo había reconocido. Lo habían descubierto, Klaus lo miraba mientras él no sabía qué hacer. Veía en sus ojos la sed de venganza.

—Por favor, tengo familia. No quiero morir —le suplicó. Klaus avanzó hacia él. No pensaba hacer caso a sus peticiones.

—No te preocupes, haré lo que tú más vas a desear. Porque estoy de muy mal humor y sufrirás tanto, en estos momentos, me pedirás a gritos que te mate. ¿Nunca has oído que la avaricia rompe el saco? Pues a ti te va a romper todos los huesos del cuerpo. Dejémonos de cháchara —con una mano le levantó del suelo, cogiéndole de la nuca —, tengo ganas de jugar.

—Papá, ya hemos vuelto —Ashley corrió en dirección al despacho de su padre. Su madre había preferido quedarse en la cocina, para tomarse otra copa de vino. Se detuvo en el pasillo, debía prepararse para conseguir el permiso de su padre en algo muy importante para ella. James la había invitado a hacer una reunión entre sus amigas y sus amigos en su casa de verano. Sería el momento ideal para conseguirle y su madre la apoyaba. Sabía que su padre no les tenía mucho cariño a los Northland, así que debía usar todas sus armas. Sacó su mejor cara de niña buena y abrió la puerta.

—Oh, dios mío —se encontró con la escena. Su padre en el sillón, desmembrado, con la lengua cortada y los ojos abiertos y aterradores que la miraban. Ashley gritó con todas sus fuerzas y cayó de rodillas con la cara tapada. Se había paralizado por completo, solo podía chillar.

Imposible mirar el cadáver durante mucho rato. Logan había estado lo suficiente en Heliatón como para poder ver de todo, pero la agonía

insufrible por la que aparentemente había pasado ese pobre infeliz, eso lo superaba todo. Y se había reído del agente que le había llamado, cuando le dijo que nadie podía aguantar sin vomitar. Gracias a que tenían muchos de los suyos infiltrados en la policía no tenían ningún problema con esta, incluso en otras ciudades toda la comisaría era Heliatón. Si no fuera por estas infiltraciones no podrían llevar tan en secreto los ataques «extraños», que eran para ellos casi el pan de cada día. Lo malo es que, esta vez, se trataba de un político y no tenía ni idea de cómo tapar esto. Había sido demasiado sangriento, solo le quedaba implorar para que Mónica hiciese uno de sus milagros encubriendo ataques solo posibles para unos vampiros.

Bajó al primer piso mientras el equipo forense hacía su trabajo. Allí estaban la hija y la esposa del muerto, testificando. Pobre chica, lo había encontrado ella. No había parado de llorar ni un instante, sin embargo su madre era más fría. Sin duda había problemas en el paraíso.

Gael llegó en ese momento, Logan le avisó cuando corroboró que era obra de los vampiros. Quedó asombrado del camuflaje de Gael entre los humanos. Había cambiado su traje antiguo por unos modestos zapatos, un pantalón de traje negro y una camiseta cobalto. Con su cambio de aires y con la ayuda de su bronceado nadie pensó que dejaban pasar a un licántropo, si no lo conociese de antes hasta él lo trataría como mortal.

—Es una tontería preguntar si Aresha ha hecho de las suyas aquí. ¿Me equivoco? —dijo Gael después de que se apartaran un poco del resto colocándose cerca de la escalera—. ¿Quién es el llorado?

—El embajador —Logan contestó con voz seca. Aún no sabía si colaborar con hombres lobo era lo correcto—, puedes subir a verlo, si tienes interés.

—Lo tenéis que bajar, así que prefiero esperar. Es una señal para vosotros. Queríais una muerte en esta casa y os la ha dado. Es muy generosa.

—No era esta la que soñaba. Y no es solo una señal. Mira —en una bolsa de pruebas estaba la nota.

—¿Era un traidor? —preguntó Gael.

—Fue él quien nos prestó la embajada para traerla. Nos ayudó a engañarla.

—Entonces está mejor muerto —Logan lo miró con desacuerdo—. No me mires así, para ti soy un monstruo ¿no?, pues es la opinión de un desalmado, pero todos los traidores deben morir. Sobre todo si es por dinero.

No recordaba el gran valor que tenía para los hombres lobo la lealtad. Traicionar al grupo era el mayor pecado, muchas veces acompañado de la muerte. Se podían llegar a perdonar cualquier cosa,

pero nunca a quien les vendiese por dinero o poder. Si no fuese llevada a tal extremo, Logan podría llegar a verla como una buena ley, pero por muy buena que fuese no servía llevada a cabo por animales despiadados como ellos.

—Lo que me pregunto es cómo sabía Aresha que fue él. De los que lo sabían, todos están muertos menos los dos supervivientes y yo, y confío en ellos plenamente.

—Muchas cosas salen a la calle. Hasta eso. —Gael se fijó en Ashley. Se había calmado un poco y seguía sentada en una silla. Los guardias no estaban y su madre acababa de volver a la cocina—. ¿Cómo era la relación con su hija?

—El concierto de Aresha era un regalo de cumpleaños para ella. Hace unos días cumplió dieciséis, menudo regalito tardío que le acaban de hacer. ¿A dónde vas? —Gael se alejó de él.

Logan iba unos pasos detrás del licántropo que se dirigía hacia la chiquilla. Cuando estaba al lado, se dio la vuelta y le pidió que se alejase unos pasos más. Gael iba a actuar, pero no sabía cómo. Posó su mano en su arma por si su modo resultaba ser agresivo. El rey se arrodilló, quedando su cara a la misma altura que la de la niña. Esta no le miraba, solo se fijaba en el suelo y sus manos sujetaban su cara.

—Hola, jovencita —saludó Gael—, ¿cómo te llamas?

—Ashley —levantó su cabeza y la giró para observar a quien estaba hablando con ella. Vio a un hombre joven, de unos treinta, con melena casi rubia. Resultaba muy atractivo, aunque no le entusiasmaba el color amarillento de sus ojos. Pero no podía apartar su mirada de ellos—, ¿quién eres tú?

—Un amigo —le respondió—. ¿Cómo te llevabas con tu padre?

—Normal. No le gustaba mucho que saliese pero lo comprendía. Mi madre es más abierta. Ella le quería.

—No lo dudo —Gael esbozó una sonrisa para calmarla—, ¿sabes de alguien que le odiase tanto para cometer esto?

—No, tenía enemigos, pero lo que le han hecho… —corrieron otra vez sus lágrimas, pero sin apartar la mirada de él—, nunca podré olvidar lo que vi.

—Si lo harás —Gael se concentró—, ahora pedirás permiso para irte a dormir y en cuanto te despiertes no recordarás nada, solo que tu padre ha muerto, pero es ley de vida. Acepta las vacaciones con ese chico, y ve a por todas.

Gael se levantó y Ashley hizo lo mismo. Logan se acercó cuando la chica se fue hasta la cocina con su madre. Al presentirle, Gael se dio la vuelta para estar cara a cara. Sus ojos volvían a ser azules.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

—Descubrir que la familia no tiene nada que ver.

—Explícate —le exigió Logan.

—La familia no sabe nada de vosotros ni nuestro mundo. En su cabeza solo tenía la idea de terroristas, que era lo que más le habían enseñado. Cuando entré, registré la mente de su madre y tampoco había nada útil. Ella tiene un amante y la hija lo sabe, pero no le merecía la pena perder a su marido, daba mucho poder. Ah y por cierto, a la viuda del embajador le gustaría que le dieses tu teléfono.

—¿De dónde has sacado todo eso? ¿Qué has dicho de registrar mentes?

—¿Me llamas para que te ayude y no conoces mis facultades? Pensaba que Heliatón lo sabía todo.

—Solo marqué tu maldito teléfono porque eres el único que ha estado a punto de matar a Aresha y quedar vivo para contarlo —le contestó, irritado —. No sabía más de ti, ni me importaba. ¿Lees las mentes?, pensaba que vosotros solo podíais manipularlas y proyectar la vuestra.

—Soy el único que puede ir en las dos direcciones. Ya tenéis algo nuevo para vuestros apuntes de clase.

La conversación no llegó a más, el cadáver estaba bajando. Ambos se acercaron y Logan sin mirar levantó la sábana.

—Ahí tienes lo que queda del embajador.

Gael lo observó con interés. Era una verdadera obra de arte, le había cortado en trozos con una gran brutalidad. Aresha estaba furiosa, pues no había bebido su sangre. Era un traidor, no merecía la pena ingerir nada de su cuerpo. Pero sí que le había mordido, era algo que los vampiros no podían evitar hacer. Lo mismo les pasaba a ellos al tener que matar, no existía gusto mayor que ir a por el cuello de la presa, sentir como se ahoga hasta que aprietas los dientes y consigues romperle el cuello, acabando así con su agonía. Se fijó que el mordisco no coincidía.

—Os habéis equivocado —le dijo a Logan—, no ha sido Aresha. Mira, la distancia entre las marcas de colmillos, son las de un macho. Y cuando Aresha mata, no comparte. No ha estado aquí.

—No tiene sentido —Logan se alejó mientras pensaba—. Espera, Luca me dijo que antes de comenzar, descubrieron que su mánager también era un chupasangre.

—Eso sí tiene sentido.

—Pero, ¿por qué venir Klaus y no Aresha?

—Probablemente pensó que si ella apareciera, llamaría más la atención. Era ella a la que quería matar y es la famosa. Son vengativos, pero cautos. Por eso duran tantos años con vida. No es fácil pasar de los cien.

—Haremos las pruebas en el laboratorio —su tono anunciaba el final de la conversación—, y lo comprobaremos. Debo irme.

—¿Puedo confiar en ti, Logan? Sabrás que si no me lo cuentas todo

no podré ayudarte.

Gael tenía en la cabeza enviar a su manada a buscar en la calle algo sobre Klaus, pero no pensaba decirle nada de lo que descubriesen.

—Soy yo el que no sabe si puedo confiar en vosotros —dijo, esa última palabra la remarcó, dejando claro a Gael que no olvidaba su condición—. Te avisaré de lo que sepa. Ambos queremos encontrar a Aresha.

—En eso estamos de acuerdo —la quería encontrar, y mucho más que ese mortal—. Tendré el móvil encendido todo el tiempo.

Viendo que no iba a sacar nada más de ese lugar, Gael se marchó en busca de sus hermanos. Logan lo vio marcharse tranquilamente y sin que nadie lo molestase. No vio ningún vehículo. Se imaginó que, yendo solo y sin prisa alguna no le importaba dar un paseo por la ciudad. No eran como los vampiros en cuanto a velocidad, pero no destacaban por su lentitud ni por fatigarse tempranamente. Le seguía pareciendo extraño que hubiera aceptado tan fácilmente, pero le parecía honesto. No debía de ser bueno para el orgullo de un rey que una vampiresa se escapase de sus garras. Su odio hacia ella debía ser enorme, sabía disimularlo pero seguro que la buscaba para acabar lo que no pudo hacer en Transilvania.

Eso mismo estaba pasando por la cabeza de Gael en esos momentos, mientras caminaba por las calles del distrito de lujo de la bella ciudad. Habían quedado muchos asuntos pendientes en aquel lugar entre él y esa vampiresa. Ocurrió en los años más violentos de las razas, en plena famosa guerra entre vampiros y licántropos. Fue en esa época en la que estuvo más activo, cuando cada día tenía que partir y descuartizar a muchos enemigos de la otra raza, sin piedad, porque ellos no la tenían. Nadie se escapó de sus afiladas garras y sus fieros dientes, solo ella. Nadie, ni Heliatón ni los suyos, ni siquiera su propio hermano Tristán sabían toda la historia. Logan buscaba a Aresha por un asunto personal pero no era el único. Hacía mucho había hecho una promesa a un ser querido y nunca las incumplía.

Otra vez el maldito sueño, su mente era su propia enemiga. Pero esta vez no se lamentaría de su suerte. Hoy se lo tenía merecido, era un asqueroso delator y encima había estado a punto de caer en el encanto de su captora, sino fuera porque se había desmayado a saber que hubiera sacado de él. Desde esa noche no volvió a verla y ya habían pasado tres días. Ya tenía lo que quería, así que ahora no era de su interés. En este tiempo solo pudo saber que Klaus estaba

constantemente en casa de Aresha porque oía su voz, no sabía lo que decían pero Klaus siempre estaba o gritando o riéndose. Y cuando un vampiro estaba de tan buen humor, no pensaba nada bueno, tal como le enseñó Logan.

Incluso de forma furtiva le había visto una vez o dos cerca de su puerta. Le miraba con atención, pero en cuanto oía a Aresha, desviaba la mirada y se iba de allí. Marcus era de ella y lo respetaba, pero la tentación era enorme. No sabía que Klaus ya conocía el sabor de su sangre y le parecía un desperdicio mayor que el de dejarle medio agonizante en la calle, mantenerlo con vida sin que nadie lo probase.

Esa noche no se escuchaba ningún ruido, por lo que Aresha estaba sola, si es que no se había ido. Se levantó todo lo que las cadenas le dejaron, quedándose sentado en la parte superior de la cama con la movilidad reducida en sus brazos. Mientras se desperezaba, cogió un pequeño reloj despertador que estaba en la mesita de noche y miró la hora. Siempre se despertaba a las once pero todavía eran las nueve y media de la noche, este encierro le estaba trastocando su reloj biológico, por el día dormía y por la noche despertaba para aburrirse entre esas cuatro paredes, sin ni siquiera poder dar vueltas por la habitación. Cuando Aresha lo visitaba tenía entretenimiento, pero ahora solo podía dormir, y esto era peor, le devolvía a su casa en llamas.

Enseguida se percató de porque hoy se había despertado tan temprano, sus heridas empezaban a mostrar su aparición. En el momento de despertarse las había ignorado, pero estando sin nada que hacer su mente se las recordaba. Su cuerpo estaba lleno de muestras de la sesión del sótano y las sábanas llevaban teñidas de rojo desde aquella noche, debía haberlo devuelto aquí en cuanto se desmayó. Con una de sus manos se tocó la espalda y buscó los latigazos en su piel. Un tenue dolor le advirtió que había encontrado una de ellas y tras esta localizó las demás. Se había ensañado a gusto con él, toda su espalda lo demostraba. Algunas eran enormes y se le marcaban profundamente. Cuando rozó la que tenía en el centro de la espalda, un grito escapó de sus labios. Esta era la peor. Controlando sus lágrimas la recorrió, atravesaba toda su espalda de arriba a abajo.

—Todo lo que tiene de hermosa, lo tiene de bruta —sollozó para nadie excepto él. O eso creía.

—Hacía mucho que no me decían que era tan bonita. —La voz de Aresha hizo que diera un brinco. No la había oído entrar y mucho menos había notado que estaba a su lado. En su regazo tenía un periódico.

—Qué rico eres. En todos los sentidos. —Esto último lo dijo mirándole de arriba a abajo, relamiéndose.

—¿A qué has venido? Ya tienes lo que quieres, vuestro delator. —

Mientras hablaba, Marcus intentaba cogerle el periódico dónde creyó distinguir algo sobre el embajador, pero Aresha había visto su mano, y lo estaba alejando del alcance que le daban las cadenas, simplemente recogiéndolo y extendiendo su brazo todo lo que podía. Por centímetros no lo alcanzaba—. Ya no te sirvo para nada.

—No deberías subestimarte tanto —respondió mientras alejaba el periódico aún más de Marcus—, no te traje por eso y todavía no me he cansado de ti.

Viendo que por el modo tradicional no iba a conseguir llegar a su objetivo, optó por usar un método más sucio. Mientras seguía intentado cogerlo, su otro brazo avanzó por detrás sin que Aresha se diese cuenta y le hizo cosquillas en la axila del brazo que mantenía extendido. Acertó con la estrategia y al fin logró su preciado boletín de información.

—Eres demasiado osado para ser un rehén. Parece que quieres morir.

—Sabes perfectamente que ya no me preocupa eso —respondió mientras desplegaba el periódico.

Su vista no le fallaba, el embajador era primera plana. Según contaba, un misterioso asaltante había acabado con su vida. El agresor había sido encontrado y tiroteado al no entregarse. Reconoció la estrategia de Heliatón para tapar que el asesino era, en realidad, un no humano. Si ya se sentía mal, esto no lo arreglaba nada.

—¿Ves por qué no quería que lo vieses? —Sonaba a un «ya te lo advertí». La miró seriamente, también con un toque de reproche. Ella le respondió con un encogimiento de hombros—. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Era necesario que le matases? —le recriminó. Desde que su nombre se escapó de sus labios sabía que iba a acabar así, pero aún le quedaba un atisbo de esperanza.

—Yo no lo hice, fue Klaus, si eso te sirve.

—Oh sí, me reconforta muchísimo —ironizó—, gracias por hacerme sentir culpable de la muerte de un hombre.

—No me vas a hacer caso pero hiciste lo correcto —le dijo mientras se tumbaba apoyándose en Marcus. Ahora lo usaba de almohada—. Salvaste a tus seres queridos, que son los que deben importarte más.

—Explícame, entonces, por qué me siento mal —le preguntó.

—Sencillo. Porque los humanos sois idiotas.

—Quién diría que alguna vez tú lo fuiste —dijo con los ojos en blanco.

—Vuelve a mencionarlo y te saco las entrañas por la boca.

Vaya, había tocado un tema molesto para ella. Pero esto le había recordado una duda, tonta, pero era demasiado curioso.

—¿Al menos puedo preguntarte qué edad tienes? Solo es curiosidad.

—¿No sabes que nunca hay que preguntarle la edad a una dama?

—¿Desde cuándo las damas te llenan la espalda de cicatrices?

Iba a contestarle pero no le vino a la cabeza ningún caso. Todas las que conoció usaban a sus maridos o padres, en el caso de las solteras, para disfrutar de sus venganzas. No sabían lo que se perdían.

—Vale, tú ganas esta vez —se rindió—, por lo menos a ver si así dejas de preguntar cuándo te voy a matar. Para empezar, ¿cuántos me echas?

—Eso no vale —protestó Marcus—. No envejeces, cómo lo voy a saber. Si pareces de mi misma edad. Y creo que más de veintiocho tienes.

—Sí, cumplí esa edad hace mucho —dijo divertida—, llevo casi trescientos cincuenta años siendo vampiro, añádele si quieres mis veinticinco como humana. Son unos cuantos más.

—Caray —dijo, estupefacto. Le habían dicho que era antigua pero tanto, no se lo imaginaba. Ese número le daba mareos—, qué vieja.

Al segundo siguiente se mordió la lengua. ¿Cómo se le ocurre decirle «qué vieja» a una mujer que lo tiene atado? Eso sí que era buscar la muerte. Ese comentario era típico de Luca, no de él. Y por menos le habían cruzado la cara a su amigo. Cerró los ojos deseando que su dolor pasase rápido. Pero en vez de eso notó como Aresha le daba un pequeño achuchón y un besito en la mejilla.

—Otro cumplido, gracias. Pero mira que eres rico, exterminadorcito mío.

Estos vampiros eran muy raros. Y cada vez le empezaba a gustar menos que repitiese tanto lo rico que era.

—¿Por qué has vuelto? Lo digo porque hace tres días que no entrabas aquí, era Blues el que me desató hace dos días para que fuera al lavabo y me dio algo de comer. —Era verdad que Blues había vuelto el día después de su tortura, y al saber que había confesado, le liberó y le dio medio bocadillo. Este último gesto se lo agradeció, estaba famélico.

—Yo no le di ninguna orden a Blues de nada. La verdad es que con el ajetreo del asunto del embajador me olvidé de ti, y como no me suelo preocupar por el lobito… —En ese momento, recordando lo dicho y las circunstancias de estos días, se acordó—. Ah, Dios mío —Aresha dio un salto—, se me había olvidado que los humanos necesitan comer todos los días. Con razón Blues trajo aquel montón de comida y me la guardó en la cocina —Le miró con cara de inocente y se tapó la boca con la mano— .Ups, qué despiste.

—Tengo que darle las gracias por ser el único que se acuerda de mí.

No sabía si reír o llorar.

—Eres el primer mortal con el que me relaciono, hace mucho que se me olvidaron las necesidades humanas. Da gracias a dios que me

acordé de para qué están los cuartos de baño. Además ¿por qué no me lo dijiste? —le increpó.

—Soy tu rehén, pensaba que formaba parte de tu plan. No iba a protestar, me haría parecer más débil —explicó.

Aresha dio un largo suspiro mientras cogía la llave de las cadenas. La llevaba en el cuello con un cordel junto a un extraño colgante. Hizo el mismo ritual de siempre, lo desató y rápidamente se separó. Marcus aprovechó para mover un poco las piernas y estirarse.

—Deberías dejarme unos minutos al día para hacer ejercicio —le pidió—, si no, voy a engordar de no moverme, en el supuesto que no te olvides de darme de comer.

—Genial, he secuestrado a un metrosexual. Anda y entra ya en el baño. Voy a encerrarte dentro mientras te preparo algo. Así que no te extrañes si cuando acabes no puedes salir. Ya que estás date una ducha, la necesitas.

Sin protestar, ya que por una vez tenía razón, se metió en el baño y Aresha cerró la puerta. Luego, oyó como cogía la silla de la habitación y atrancaba la puerta con ella. Se había equivocado, sí que le visitó estos días. El baño contaba ahora con más utensilios para él. Tenía un peine, un cepillo, varias toallas, gel de baño, champú para el pelo, un kit electrónico para afeitarse y otro champú canino para las pulgas. Seguro que ése último lo había comprado al ver que traía en la etiqueta que era para mascotas felices y sanas. Era una vampiresa cruel y despiadada, pero con un sentido del humor y una ironía insuperables.

Mientras abría el grifo se puso a pensar que Aresha tampoco se equivocaba en que estaba actuando en desacuerdo a su papel en la relación que mantenían. Debería ser más asustadizo, más sumiso y, en vez de eso, le hacía cosquillas. Pero es que no lo sentía, tenía miedo de ella, no lo negaba, pero no veía porque debía actuar así cuando le salía un carácter más desinhibido. No sabía si denominarlo de esa manera pero se encontraba a gusto con ella, quitando el hecho de no poder ni ir al baño sin su consentimiento. Tampoco es que Aresha se comportara siguiendo el estereotipo de secuestradora común. Se acercaba demasiado a él, incluso se apoyaba como había hecho antes. Todas las veces que venía, nunca usaba la silla, se sentaba junto a él en la cama. Si hubiese querido, incluso con las cadenas, podría haberla atacado, sus manos llegaban a ella sin problema. Pero si hiciera eso, Aresha en tres segundos le rompería la mano por cuatro partes, y en cinco, lo mataría. Ella lo sabía, por eso no tenía reparos en acercarse lo que le diera la gana. Solo le debía considerar un rival cuando estaba libre, y no muy bueno después del incidente del armario.

Después de encerrarle, Aresha se dio cuenta del estado de las

sábanas. Quería tener una mascota bien cuidada y uno de los principales aspectos que debía tener en cuenta era la higiene. De un solo tirón quitó la ropa de la cama, y puso una nueva de color melocotón que tenía guardada en el armario desde hacía ya unos pocos años. Tras comprobar que Marcus no podía escapar, salió de la habitación y se dirigió hasta la cocina.

Abrió la nevera, que estaba llena gracias a Blues. Sí que le había caído bien su mascotita como para aceptar compartir su comida. De entre todo se decidió por un plato preparado de pasta que solo necesitaba cinco minutos en el microondas. Le pareció poco así que le calentó también una taza de sopa y unos filetes de pescado que, como la pasta, necesitaban un tiempo en el microondas. Cuando acabó lo llevó todo hasta la habitación y lo dejó encima de la cama. Justo en ese instante, oyó como se cerraba la ducha. Había acabado ella mucho antes que él. Aresha se acercó a la puerta del baño y quitó la silla.

—¿Aresha, estas ahí? —Marcus se percató por el ruido de la silla.

—Ya puedes salir, pero vístete antes. Recuerda que estas acompañado y, aunque no me disgusta ver tu escultural torso, no me apetece echar un vistazo más abajo.

—Ja, Ja. Tú te lo pierdes —le dijo la voz.

Aresha lo esperó sentada en la silla, que ubicó cerca de la cama, en el lado opuesto a donde estaba la puerta del baño. Breves minutos después, Marcus salió, tenía mejor aspecto. Su cuerpo limpio de sangre, solo conservaba unas heridas que pronto sanarían. El pelo lo tenía mojado y las cicatrices de la espalda seguían intactas, pero el agua y él no se llevaban mal.

—Estas muy mono mojado, aunque me recuerdas a un perro de aguas —le dijo, refiriéndose a su pelo.

—Te informo de que no tengo ninguna pulga, aunque gracias por comprarme el champú. Debes saber que no me harás una mascota feliz y sana con uno de esos.

En ese instante se dio cuenta de la comida que le esperaba.

—Aunque ese es un buen método —le dijo a Aresha mientras contemplaba el festín que le estaba esperando—. Cuánta comida.

—Tú como los licántropos, en cuanto veis algo comestible, sois felices.

—No es eso, es que tengo hambre —dijo, antes de lanzarse a los platos llenos—. ¿No me querrás envenenar?

—No es mi estilo. Come y calla.

Marcus devoró toda la comida ante la atenta mirada de Aresha. Mientras le observaba le vinieron a la mente unas dudas.

—Ya que yo he respondido a tu pregunta sobre mi edad, deberías responderme a una pregunta personal.

—Depende de cuál sea —contestó mientras se acababa el pescado

tras hacer desaparecer lo demás—, te aviso que hay cosas que ni yo mismo sé de mí.

—Tú… —No sabía cómo encauzar la pregunta para que la entendiera—. ¿Eres un humano normal? No en sentido intelectual, ese ya lo tengo claro sino, si eres como todos.

—No te entiendo. Sí, soy humano, pero no sé a qué te refieres con eso de normal.

—¿Alguna vez te ha pasado algo fuera de lo común? Algo que pudiese afectar a tu cuerpo, a tu sangre.

—Trabajo en Heliatón como guardián, me ha pasado de todo. No sé si algo me ha llegado a afectar tanto, pero siempre he pasado las pruebas.

—¿Qué pruebas? —se interesó.

—Cada vez que los guardianes acabamos una misión nos obligan a pasar un chequeo especial, para asegurarse que nadie se ha convertido. A quienes no la superan, no sé qué les pasa, pero deben de ocuparse de ellos los jefes. Me pregunté siempre dónde iban pero Logan me mandó pensar menos.

—Me lo imagino. —Pobre inocente, ella sabía cómo acababan sus compañeros. Transformados en polvo. Le daba la impresión que Marcus no lo sabía todo del lugar donde trabajaba.

—¿Por qué me preguntas si algo me ha afectado la sangre? No me digas que soy radiactivo, como la mayoría de los superhéroes.

—Sí, radioactivo… —Y se había transformado en *zoqueteman*—, hablando en serio, posees un sabor extraño. Eres demasiado delicioso, para que me entiendas.

—¿Por eso tu mánager no dejaba de mirarme cada vez que pasaba por aquí?

—Exacto. Y por eso no te puedo dejar solo con ningún vampiro. Te secaría antes de que pudieras gritar. Debo de estar siempre junto a ti.

—Gracias —se sonrojó.

—No lo hago por ti, idiota. Ahora eres mío y si alguien te hace algo, mi orgullo quedará tocado. Si ya has acabado —cogió una de las cadenas— échate, y disfruta de tus nuevas sábanas.

Sin ninguna gana se dejó esposar. Cuando ya estaba bien sujeto le dio los platos vacíos a Aresha, que los recogió.

—¿Tendré que esperar otra semana y media para volver a comer? Porque entonces no te pido que hagas menos.

—Te daré cada dos días, aunque puede que se me olvide. Si pasa, dímelo, no te voy a morder. Bueno, eso no está precisamente bien dicho —se dijo. Estaba empezando a pensar en los consejos de Klaus. Se levantó y tras despedirse con la mano le dejó solo. Fregó sus platos y metió las sábanas viejas en la lavadora junto a su ropa usada. La ropa de gala la llevaba a la tintorería, la demás se ocupaba ella

misma, así tenía algo que hacer. Cuando acabó se puso a pensar en su ocio.

Con Marcus aquí y tan reciente, no se atrevía a salir. Se había dado cuenta de lo de Klaus. Se equivocó al darle una prueba de su cachorro, ahora esperaba que su respeto hacia ella fuese más fuerte que la sed de sangre hacia un mortal apetitoso. Era curioso como el término de la única maldición que debían soportar la vida eterna se usase para tantas cosas.

La sed de sangre era el primer adversario que tenían, tanto vampiros como licántropos, en el momento de su renacer. Los vampiros necesitaban la ayuda de su sire para controlarla, normalmente solía ser fácil y era calmada en menos de un mes. Pero una cosa es calmada y otra extinta, a lo largo de toda la existencia podría volver a controlar al sujeto si se cruzaban con los estímulos necesarios. Estos podían ser bien una privación de alimento durante demasiado tiempo o una obsesión por la sangre de alguien, daba igual mortal o inmortal. Este caso era el que preocupaba a Aresha.

Reconocía que la sed de sangre, en el caso de los lobos, también debía ser un tormento. La primera luna llena en la que se convertían era unas auténticas bestias, perdían el uso de la razón y atacaban a todo lo que se les ponía enfrente. El otro caso ocurría cuando un lobo se volvía sibarita y solo quería carne humana. El gran problema era el rechazo por el grupo y la persecución hasta que la molestia era sacrificada.

La sed de sangre era un problema para las dos razas, y mayor para los humanos que eran las potenciales víctimas.

Al final, se decantó por no salir. Ya se había alimentado esa semana de un infeliz deshecho humano el día anterior, y hasta la semana siguiente no necesitaba otra ración. Se echó en el sofá, cogió lápiz y papel. Empezaba a ser hora de escribir nuevas canciones y tenía un inspirador cerca. La música le ayudaba a pensar, por lo que se puso los auriculares de su reproductor. Tenía a su grupo favorito, perfecto para crear. Junto a la música, pensar en su mascota le hizo fluir miles de ideas en un solo momento. Quizás, hasta su canción más bella fuera para su enemigo.

5 Precaución

Con este hermano de raza se iba a forrar, seguro. Era ya el sexto tatuaje que se hacía en Killer Syren, y que acabase de aporrear el timbre no podía significar otra cosa, venía a por el séptimo.

Alanis hacía cinco minutos que se acababa de largar, no sé qué de su novio Alfredo y una protectora que le buscaba, por lo que tenía que estar con la puerta abierta, la que separaba la entrada con la sala de tatuajes. Ver al licántropo de tres metros y semejante a un armario ropero le alegró el bolsillo. Venía conversando con el amigo melenudo y pequeñito de siempre. Si hubiese estado más rellenito, serían la copia ideal de Asterix y Obelix. Se levantó de la mesa del ordenador y fue hasta la recepción, donde habitualmente estaba su hermanita mayor.

—Hacia mucho que no te veía, Blues. —Le estrechó la mano donde le tatuó el segundo, una serpiente que se enroscaba en su ancha muñeca y avanzaba por su mano dejando la bífida lengua en su dedo corazón. El melenudo solo levantó la mano en señal de saludo.

—Hola, César. Hola a ti también, Huxley. Yo también te echaba de menos. ¿Sabes que me alimento gracias a ti? —bromeó.

—No te quejarás, estos pequeñines han gustado en mi manada —señaló sus tatuajes—, todos tienen pensado acudir aquí en cuanto me saquen tu nombre.

—Pues díselo ya.

—No sé, verán a tu hermana y tendré menos posibilidades con ella.

—Ahora mismo no tienes ninguna, tiene novio. Un rojizo, parece de manada americana.

—Sin ofender, pero a tu hermana los novios le duran menos que a mí un pollo recién hecho. La esperanza es lo último que se pierde.

—Allá tú. ¿Qué quieres hoy? —preguntó, desviando la conversación hacia los negocios.

—Tengo órdenes de buscar información sobre un tío y voy a tener que patear muchos culos. ¿Qué me recomiendas para asustar al personal?

—Que les amenaces con darles un abrazo. No es por feo, es por gigante —dijo, era enorme, si lo hacía, rompería los huesos de cualquiera—. Ahora en serio, ¿qué tal el típico «HATE» en los nudillos?

—Me gusta —intervino Huxley. Él tenía la última palabra sobre que tatuajes se hacía César, lo traía para que actuara como su Pepito Grillo —. Quedaría perfecto si lo hicieses en rojo sangre, como si fueran

cicatrices —le sugirió.

—Eso es mejor aún. ¿Se puede hacer, Blues?

Su respuesta fue invitarles a la zona trasera. No hicieron falta explicaciones, los dos conocían perfectamente el recinto y sus normas. César se sentó en la camilla y Blues le acercó una mesa donde apoyar la mano. Huxley fue hacia el rincón de los acompañantes, en el fondo de la sala, donde se puso cómodo en el taburete.

—Este es el color más parecido a la sangre que tengo —le dijo, mientras le enseñaba un frasco con una tinta rojiza dentro—, pero antes haré el dibujo simple para ver si te gusta.

Cogió la máquina y comenzó. Este era un cliente habitual y sabía cómo comportarse. César estuvo unos minutos en silencio mientras Blues hacía su trabajo, pero la tranquilidad no iba con ellos. Huxley fue quien rompió la armonía del silencio.

—Aún no me creo que tengamos que hacer esto —resopló.

—Órdenes son órdenes, tío. Si lo dice él, nosotros chitón y a obedecer.

—¿Y si nos dice que nos metamos una barra de plata por el culo, lo hacemos?

—Reza para que no nos lo pida, porque sí. Es el rey y yo no soy ningún renegado de mierda, así que pienso buscar todo lo que sepa de ese vampiro.

—¿Gael ha vuelto a la caza? —les preguntó Blues. Como hombre lobo que era, conocía el nombre de su rey, aunque no creía tanto en su poder absoluto sobre todos los licántropos.

—No, solo tenemos que buscar información sobre uno, un tal Klaus. En verdad buscamos a otra sanguijuela, el cañón de Aresha y supuestamente llegaremos a ella por su novio.

Esta información empezaba a interesarle.

—Es su mánager, imbécil —dijo Huxley desde la otra punta—. Y lo que más me jode, Blues, es que no sé si buscamos para Gael o para Heliatón.

Eso le interesaba aún más.

—¿Heliatón? —Se hizo el sorprendido—, ¿qué pintan en esto?

—Hace unas semanas uno de ellos vino a la manada. Quería ver a Gael y pedirle que le ayudase a atrapar al bombón de la vampiresa —le explicó César. Confiaba en él, era un lobo como ellos—, parece ser que la alimaña es un tío importante y que está un poco mosca porque ella se ha cargado a unos cuantos de esos sucios. Me gusta, puedes aplicar el rojo —aprobó cuando Blues acabó y le enseñó el resultado

—Y va y acepta. Encima hace unos días, le llamó para que fuese a no sé donde y cuando volvió nos mandó a la calle a que buscásemos a alguien que conociese al Klaus este —terminó Huxley, irritado. Les dio pena pero no pensaba decir que ese alguien podía ser él.

—Lo que sigo sin entender es —les preguntó Blues—, qué diablos gana nuestro rey con ese trato con Heliatón. Estoy seguro que Gael no tiene miedo a nada para querer protección o seguridad, o lo que sea que ofrezcan.

—Eso mismo pensamos nosotros. —César estaba encantado de que su tatuador y compañero de raza pensase igual que ellos.

—Sé lo podía haber merendado nada más entrar por la puerta y en sentido literal. Me pregunto a qué sabe un Heliatón. —Los tres se fueron a las nubes durante un breve intervalo. Ésa era una buena pregunta, ¿estarían ricos o serían repulsivos? Marcus era uno de ellos y, según los vampiros, estaba para chuparse los dedos.

—Aunque algo me dice que todo esto no es por Heliatón sino por la propia Aresha. —Huxley volvió antes del banquete virtual—. Uno de los pocos hermanos que quedan casi con la misma edad que el rey, me dijo que ya conocían de antes a la vampira.

—¿De verdad? —Eso sí que no lo sabía.

—Eso me contó. Consiguieron atraparla y Gael se ocupó de ella. Pero cuando iba a eliminarla, ella escapó.

—¿Escapó de Gael? Nunca lo hubiera imaginado —exclamó, sorprendido de verdad.

—Eso dicen todos, pero es verdad. —César se levantó de la camilla en cuanto Blues acabó. Le dio un buen fajo de billetes mucho mayor del precio real—. Para que le compres un vestido bonito a tu hermana.

—Te lo agradecerá.

Huxley fue detrás de César, le dio unas palmadas en la espalda a Blues como señal de despedida y ambos se dirigieron a la puerta.

—Cuídate, y háblale bien a Alanis de mí —se despidió César. Antes de salir una bombilla interior se le encendió—, ¿no conocerá ella a más vampiros?

— ¡Que es mi hermana! —Disimuló—.Solo le interesan los amigos peludos de la luna llena.

—Es verdad, se me había olvidado. Pensaba quitarme el marrón del medio pero tendré que andar por las calles.

—Suerte —les despidió antes que cruzasen la puerta.

Cuando se fueron, guardó el dinero en la caja y esperó. No debía irse ahora, sino esperar a la hora de cierre y rezar para que Alanis llegase antes. Esa plegaria fue escuchada, ya que a los cinco minutos de que César y Huxley se marchasen llegó ella.

—César me ha dado recuerdos para ti. Tranquila, ya le he dicho que estas con ese tío.

—Estaba —Por qué no le extrañaba—, es un idiota perdido.

—Olvídate de darme los detalles. Cuéntaselos a Aresha, tenemos que ir a verla cuando cerremos.

—¿Y por qué tanta prisa? —quiso saber Alanis—, hoy que estoy

libre quería ir a la discoteca Universo.

—Es muy importante y solo será un momento —le prometió—, Aresha está metida en un buen lío, este sí que es de los gordos.

Luca no hacía más que darle vueltas a cómo podía contarle a Rosalyn que su amigo había muerto. Logan le había dado permiso, pero ahora se daba cuenta de lo difícil que era. No la conocía mucho, Marcus se las había ingeniado para que no sospechara ni un ápice de su vida oculta.

Marcus había decidido llevar una vida diurna alejado de su verdadera identidad, no como él, que cuando no estaba en la calle matando monstruos, llevaba los carritos de los enfermos en el hospital de la compañía, Luz de Luna, allí ingresaban todos los guardianes heridos que necesitaban más atención de la que Mónica pudiera ofrecer. Bajo seudónimos, sus compañeros se curaban de supuestas heridas en accidentes en casa, automovilísticos o de cualquier otro modo más normal del ocurrido realmente.

Sabía que ella preguntaría como pasó, y probablemente quisiese ver el cuerpo. Había sido mala idea, pero si no hablaba con ella, de igual manera se percataría que algo extraño pasaba.

Llegó a la conclusión que tal vez la mejor solución era mantener la esperanza, por lo menos hasta que pudiera arrancarle a la vampiresa el cuerpo de su amigo. Recordar ese momento le llenó las entrañas de ira. Su ubicación era la menos probable en caso de fuga, pero allí estaba. ¿Por qué no se fue volando sin más? Entonces muchos seguirían vivos. También era culpa suya, no corrió lo suficiente como para poder salvarlo. Marcus había sido el postre de la cena de Aresha, unos segundos antes y le hubiera rescatado con vida. Y seguía sin entender por qué necesitó llevarse el cuerpo de Marcus. Aún retumbaba en su cabeza su respuesta, «es mío». ¿Para qué diablos quería ella un cadáver?

No encontraría solución a sus respuestas, por lo menos ahora. Ya estaba junto a la puerta de la librería que Marcus compartía con Rosalyn. La vio a través de la puerta, atendiendo a unos compradores. Esperaba que su plan funcionase. Cuando se quedó sola, Luca entró. Rosalyn lo reconoció, aunque solo coincidieron en un par de ocasiones.

—Hola Luca —le saludó desde la mesa—, si buscas a Marcus, no está. Hace varios días que no da señales, por cierto.

—No, si he venido a hablar contigo. Es sobre Marcus.

—¿Le ha pasado algo? —Rosalyn se levantó de su silla, preocupada.

Luca respiro hondo. Aquí empezaba la mentira.

—Hace unos días vino al hospital con una chica, que decía que era su hermana. Por lo visto lo estaba buscando, después del incendio había perdido su pista.

—¿Marcus tiene hermanas? Nunca me dijo nada —preguntó, extrañada.

Luca siguió con su imaginación.

—Ni él se acordaba. Marcus me dijo que debía marcharse rápidamente a un lugar, no me dijo dónde, me pidió que me despidiese de ti por él y que te dijera que, ahora, la tienda era tuya por completo.

Rosalyn se volvió a sentar, abatida. No pudo despedirle ni felicitarle por encontrar a alguien de su familia. Y había preferido contactar con Luca antes que con ella. Se hubiera ido con él si se lo hubiera pedido.

—Vaya —dijo después de suspirar y no poder ocultar la tristeza en su cara—. No volverá, supongo.

—Me dio la impresión que no.

—Estarán en la ciudad en la que crecieron. Lo malo es que nunca me la dijo ¿Y a ti?

Luca negó con la cabeza. En lo referido a ese asunto ambos debían saber lo mismo, que su familia murió en un incendio y su tío abuelo le cuidó. Nunca le dijo nada de su procedencia.

—Cada año por estas fechas viajaba hasta allí para verlos pero nunca descubrí el lugar. Estará allí con su hermana.

—No te lo he contado todo. No me fío mucho de esa tía —prosiguió Luca—, tengo un amigo policía, le he pedido que la investigue. Ya sabes lo bueno y confiado que es Marcus —Cada vez que lo nombraba se le hacia un nudo en la garganta—, y su hermana, me da a mí que no es una Mertincale para nada.

Ese era su plan, cuando el cuerpo apareciese esa hermana se convertiría en la asesina de su familia y de Marcus. Moriría abatida a tiros o se suicidaría, antes que Rosalyn preguntase nada sobre ella. Por suerte, Heliatón sabía crear buenas coartadas y él aprendía rápido. Entraron unos clientes en la librería.

—Tengo que irme.

Luca acabó con la conversación y se dirigió hasta la puerta. Mientras la abría, Rosalyn lo llamó.

—Si descubres algo me…

—Te avisaré. —No la dejó acabar.

—Hasta la próxima entonces.

Rosalyn le lanzó una sonrisa, que captó como fingida, para despedirle. Luca se la devolvió y la dejó sola con su clientela. Odiaba mentirle, pero era lo mejor. Marcus estaría de acuerdo en esto, ella

estaría mejor cuanto menos supiera de la otra vida de su amigo. Aparte, él era el que debía vengarse de lo ocurrido. No iba a descansar hasta que encontrase a Aresha y la ayudase a comprender que asesinar a Marcus y llevarse luego su cuerpo había sido el mayor error que había cometido en toda su vida.

Aresha estaba fregando los platos cuando Blues y Alanis llegaron. Era de noche y ninguno de los dos necesitaba transformación para llegar allí en el menor tiempo posible. Los invitó a pasar al salón mientras ella acababa con los cacharros. Blues apareció por la cocina, olisqueando.

—Huelo a comida.

—Tiéndeme esa ropa en el patio trasero y lo que Marcus no quiso, es todo tuyo. —Señaló un plato con tres filetes enormes—. Dice que le hago demasiado, solo se ha comido cinco.

—Un humano no come tanto como ese que tienes ahí al lado —vociferó Alanis refiriéndose a su hermano.

—Nunca es demasiado —dijo Blues mientras llevaba el cesto con una sola mano—, vuelvo en cinco minutos.

Visto que se iba a quedar sola, Alanis fue hacia la cocina, donde su amiga estaba a punto de acabar. No había fregado en varios días y ahora parecía que habían comido quince en vez de uno.

—¿Qué tal el cachorrito? —preguntó Alanis.

—Creo que estoy a punto de domesticarlo del todo —contestó, con una sonrisa.

—¿Aunque sea un Heliatón?

—Es como todos, solo necesitaba mimos… ¡Me refiero a comida! —explicó al ver la cara de su amiga.

—No quiero conocer los detalles, eso es todo tuyo. —Alanis miró hacia otro lado y alzó la mano entre ellas dando a entender que no quería oír más sobre ese tema.

—¿Has avisado a Klaus? —Blues ya había vuelto y estaba engullendo los filetes.

—Sí, pero no entiendo para qué lo quieres. ¿Ocurre algo?

—Mejor le esperamos. Lo que tengo que deciros atañe a ambos, y es tontería repetirse.

Klaus fue puntual, llegó más o menos media hora después. Llevaba su traje azul favorito y un cinturón con la cabeza de vaca, estilo cowboy. No podía faltar su querida Lucy en la mano. Era un fanático de las nuevas tecnologías y solo tenía ojos para su querido

Smartphone. Aresha lo recibió en la puerta y lo llevó hasta el punto de reunión, donde estaban Alanis y Blues.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decirnos? —comenzó Aresha.

Blues se incorporó y bajó los ojos, intentando recordar y matizar lo importante.

—Ha llegado a mis oídos una información no muy agradable para vosotros. La primera parte os la imaginaréis, es que Heliatón os busca. —Klaus y Aresha sonrieron y asintieron. Eso no les preocupaba—. No les ha gustado mucho lo que Aresha hizo en la embajada, y la muerte del embajador —Klaus sonrió de oreja a oreja—, ha sido la gota que colma el vaso.

—Tengo que decir a su favor que saben como nadie enmascarar los hechos. Mira que lo dejé para el arrastre —dijo Klaus, recordando su obra.

—Tiene que haber algo más para que nos convocases de esta forma —intervino Aresha.

—Cierto, hay algo más. Debéis tener cuidado, pero no por Heliatón, sino por sus aliados. Sé que no me creeréis, pero han llamado a los licántropos para que les ayuden a acabar contigo.

—Si no fuera porque eres un lobo, no te creería —le dijo Aresha, estupefacta—. No me imaginaba que fueran a unirse los exterminadores con otra raza que no fuera mortal. Si solo me he cargado a unos guardianes de nada. Bueno, y me he llevado a uno de ellos.

—Y no creas que ha buscado a unos lobitos cualesquiera como yo. Han contactado, nada más y nada menos, que con Gael Montalbo.

Al oír ese nombre, Aresha se tensó. Todos se dieron cuenta que ese nombre le había afectado.

—Gael has dicho que se llama —dijo al final con una voz tenue.

—Gael, el rey de los licántropos. ¿Te suena su nombre?

—Sí —dijo con una sonrisa picara—, nos conocemos de hace tiempo.

6 Hace tiempo, en el siglo XIX…

Aresha estaba pletórica, acababa de separarse de su sire y empezaba por fin a viajar por su cuenta. Isibal le había aconsejado que fuese hacia Transilvania, allí vivía un vampiro, un tal Dracul. Este decía ser el primer discípulo de Vlad Tepes y tal era su adoración hacia su maestro que había adoptado su nombre y cargo. Preparó su caballo negro y su capa y se dirigió hacia allí, galopando tanto de día como de noche para no levantar sospechas. Eran tiempos de supersticiones, guerras e incultura. Los pocos saberes estaban en manos de los nobles, que normalmente eran seres sobrenaturales.

Para los habitantes de esa época, la presencia de estos seres no eran simples mitos. Sabían que existían, pero tal era su miedo que lo único que se les ocurría era no salir de sus casas. Ella no tenía que preocuparse, pero el sol le daba torpeza a los de su raza y aunque había podido acabar con varios ladrones y además alimentarse, eran grupos pequeños, y llamar la atención no era muy acertado, a no ser que quisiera a todo un pueblo detrás de ella con antorchas. Por eso se había decantado por cubrirse con su capa que le llegaba a los pies y llevar la capucha puesta, del color del ébano, que hacía que aquellos que se cruzasen en su camino, prefirieran no saber nada de quien la llevaba. Tras un largo viaje, por fin atisbó el castillo del príncipe Vlad Dracul, título que le habían dado los mortales, como su maestro, una anécdota curiosa. Era enorme, hecho con miles de piedras de un tono grisáceo, tenía varias torres y su muralla daba impresión de no poder ser destruida jamás.

Era la época de las grandes luchas entre vampiros y licántropos, así que se imaginó que tanta defensa era debido a que estaban en un punto crucial de la guerra. Transilvania era el único lugar del mundo, se atrevería a decir, donde había más inmortales que mortales y eso se notaba en las continuas luchas que se producían al abrigo de la noche. En ese momento no sabía si había hecho bien viniendo aquí, pero confiaba en su sire, y si le había dicho que Dracul la protegería, la creía.

Cuando llegó al portón, vio que los guardianes eran humanos. La verdad es que de día, los mortales eran más útiles para vigilar.

—Alto, ¿quién va? —le preguntó uno de ellos.

—Tengo que ver al príncipe.

—No sabemos quién sois. ¿Cómo podemos confiar en vos?

—Seguro que es un lobo —le dijo el otro—, arrestadla antes que nos destroce.

Se estaba cansando de tanto parloteo y el sol le llevaba golpeando durante demasiado tiempo. Se bajó la capucha y echó para atrás varios mechones que la estaban molestando. Mostró sus ojos de color verde, propios de su raza, y aunque le dolía, había desplegado por completo sus colmillos.

—Dejadme pasar ahora o puedo juraros a los dos que desearéis que hubiera sido un lobo.

Aunque vivían con vampiros seguían siendo simples mortales y el despliegue de su identidad les horrorizó como si hubieran visto su propia muerte. Se apresuraron a bajarle el puente. Otro joven apareció al lado de la puerta. Este vestía unas ropas más delicadas. Sus ojos daban a ver que no era mortal.

—Dígame cuál es el nombre que debo llevar a mi señor.

—Lleve el nombre de Aresha, sierva de Isibal.

Sin hacer ni un gesto, el joven se dirigió hacia el castillo. Nada más entrar y bajarse de su caballo uno de los mozos de cuadra se lo llevó. Fue tan rápido como un rayo, no se acercó a menos de dos metros, Aresha olía su miedo a kilómetros. Se fijó en que todos los humanos se alejaban de donde estaba ella y evitaban su mirada. Conocía que los humanos odiaban tanto un bando como otro pero los vampiros al menos les daban protección. Y ellos intuían que ella también los odiaba. Malditos ignorantes interesados.

Volvió a echar otro vistazo, al entrar era incluso más majestuoso. La rodeó un conjunto de obras de arte extravagante y sádico. Lo que no eran retratos del propio Dracul eran pinturas macabras llenas de cuerpos ensangrentados, descuartizados y asesinados de otras mil maneras perversas. Había oído hablar del extraño gusto de Vlad, pero no se imaginaba tanta sangre y destrucción. En menor medida había cuadros normales bastante importantes. Isibal le había contado que para la decoración de su castillo había eliminado más nobles que lobos. Cuando lo vio entendió por qué le era tan difícil evitar que le denominasen como «un ser extraño».

Llevaba un peinado estrafalario y bastante horrendo, como si se hubiera querido hacer un nido o un nudo original en la nuca con su pelo. Y la ropa era aún peor. Vestía una túnica, completamente roja y su cara reflejaba a un joven que se había vuelto mayor demasiado rápido. Tenía una nariz aguileña, sus labios eran muy finos y una cara bastante alargada.

—Perdone a mis siervos. —Su voz era aguda como el piar de un pájaro, pero no tan agradable a los oídos—. Son muy desconfiados pero compréndalo, ha habido demasiadas muertes.

—No me imaginaba que se preocupase por ellos.

—Claro que no —sonrió—, pero entre ellos si existe un gran apego. Así que vos sois Aresha. —Se acerco a ella—. Estáis empezando a haceros muy famosa, no sé si lo sabíais. Dicen que Isibal os ha enseñado bien.

—¿Me estáis retando?

—No, ni mucho menos. Es más, es un honor que vuestra sire os haya mandado hasta aquí. Me imagino que querréis ingresar en mi clan.

—Solo estoy de paso, Dracul. —Isibal le avisó que usara su nombre de pila para demostrarle su rango—. Mi sire me advirtió de los peligros de esta zona y aseguró que me daríais cobijo.

—No puedo decir que no a alguien cómo vos. Bienvenida a mi castillo.

Estuvo muy entretenida durante todo el tiempo que duró su estancia. Leyó libros antiguos y pudo hablar con más vampiros. Esa tarea le agradó pues aunque era de corazón solitario nunca estaba de más poder charlar con alguien de tu raza. De lo que no pudo evitar percatarse fue del lavado de cerebro que todos los vampiros del castillo tenían por culpa de Dracul. Un jefe de clan conocía los métodos para que todo aquel a su mando no discrepase con sus actos. Esto era una de las cosas por las que Aresha aborrecía los clanes. Pronto descubrió la gran necesidad del príncipe por la lealtad de los suyos.

Ocurrió una noche que al comenzar parecía tranquila. Aresha decidió dedicar ese día al estudio de los viejos embrujos, Vlad guardaba un libro perfecto en su biblioteca a la cual tenía libre acceso. El vampiro le daba todos los caprichos posibles, intentando que cambiase su opinión de no unirse a su clan. Al salir de su habitación oyó un montón de voces nerviosas procedentes del gran salón. Curiosa, se dirigió hasta allí. Casi todo el clan rodeaba a Dracul y a otro joven cuyas ropas estaban destrozadas. El olor le delataba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a otra vampiresa.

—Han encontrado a este lobo dentro del castillo. Vlad piensa que alguien le dejó entrar.

Volvió su vista al centro del círculo. Dracul disfrutaba con la paliza que le estaba dando al indefenso licántropo atado con plata. Este no decía nada mientras aguantaba los golpes.

—Sé que Gael no es tan audaz cómo para encontrar la manera de entrar en mi castillo sin mi conocimiento. ¿Quién os ha ayudado?

—Gael no sabe que estoy aquí —fue lo único que salió de sus labios —, no me importa morir.

—Me da igual, asqueroso can. —Uno de sus siervos le dio un gran mazo lleno de pinchos—. Si el traidor aparece, puede que reconsidere

la idea de mataros dolorosamente.

Del corrillo salió una mujer humana joven, con la piel oscura como su rizado cabello. Se acercó al lobo que, al verla, no pudo esconder más sus sentimientos.

—No lo hagáis —le suplicó al verla arrodillarse ante él y acariciarle el rostro.

—Katia —dijo Dracul asombrado—, no me lo esperaba de vos. Os he protegido y cuidado de vuestra familia, ¿así me lo pagáis?

—No iba a hacerle daño, señor —lloró la mujer—, solo venía a buscarme para irnos lejos. Por favor, perdonadle la vida, os lo ruego.

Aresha percibió en Vlad una profunda repugnancia por lo que veía. No lo entendía, era muy común que un humano se enamorase de un ser inmortal y esta tenía suerte de ser correspondida. Se imaginaba que la consideraba traidora y no tendría oportunidad de disfrutar de su amor, pero el semblante del príncipe no le hacía intuir nada bueno. Llamó a otro de sus vampiros y le dijo algo al oído. Tras asentir este marchó y al rato, volvió con dos humanas más, una mujer mayor y una pequeña que no superaría los doce. La chiquilla corrió en busca de Katia, que por los gritos de la niña, debía ser su madre. Está la tranquilizo entre sus brazos.

—Me habéis traicionado, Katia —dijo Vlad—, no voy a perdonarle la vida a uno de mis enemigos, pero por vos no será empalado. Morirá en la hoguera después que cumpláis vuestro castigo.

—No, por favor —le imploró, al ver cómo arrastraban a su madre frente a Dracul. Sacó sus colmillos y vigilante de que Katia lo viese, le arrancó la piel y los músculos de su cuello. Se llenó toda la ropa con la sangre, cosa que no le importó, incluso parecía que lo disfrutaba.

—Sois un monstruo perverso, Dracul —le dijo el lobo—. El día que mi rey os extermine la tierra, esta suspirará aliviada.

—Eso nunca ocurrirá, perro. Además, no soy tan malo, tengo un presente para vos. Moriréis atado a vuestra amada, ahora.

—No. —Los guardias los encadenaron juntos. En ese instante se dieron cuenta de un cabo suelto. La niña seguía aferrada a los pies de su madre.

—¿Qué hacemos con la pequeña? —preguntó uno de los guardias.

—Matadme si queréis, pero os lo imploró, dejad en paz a mi hija. Tengo familia en mi pueblo natal que la cuidará.

—Un lugar en el territorio de los lobos. No pienso mandar a ninguno de mis fieles allí por un infante. Seguro que su sangre pura está deliciosa.

La madre aterrada intentó en vano que no se la acercaran a Vlad. Fue Aresha la que lo consiguió, interceptándola en el camino.

—No os lo puedo permitir, Vlad—le dijo, adelantándose mientras asía en brazos a la niña—. Ellos son traidores y, aunque estoy en

desacuerdo con castigar a su familia, podéis hacerle lo que queráis a vuestros humanos adultos. Pero debo recordaros que no debéis matar a las crías humanas.

—¿Qué queréis que haga? —Intentó excusarse—¿Debo cuidarla porque su madre me odia? ¿Tengo que cargar con ella?

—No hace falta, yo la llevaré hasta ese pueblo. Al fin y al cabo, debería haberme marchado de este tugurio de locura hace mucho.

Aresha se llevó a la pequeña de la sala. Vlad entretanto continuó con la ejecución de su madre y su amante. En las caballerizas, situadas en la otra parte del muro, la vampiresa notó el olor de la carne quemada.

—¿Por qué sois así de malos? —le preguntó la niña.

—No todos somos como Vlad, cariño. Mejor manteneos siempre que podáis alejada de los vampiros, por vuestro bien. No somos ángeles.

—Ya pensaba que lo creíais, Aresha. —La voz de Vlad la asustó a su espalda.

—Tenemos reglas que todos cumplimos —respondió después de subir a la niña a su caballo y acercarse a él—, y vos no podéis ser la excepción.

—Qué fácil es hablar de las reglas cuando no se está al frente, luchando por la raza. Mi deber es impedir que vayáis hasta allí. Esos dominios son los de Gael, el rey de los lobos y, si os encuentra, no tendrá piedad.

—Sé lo que me espera. —Se dio la vuelta cuando Dracul la cogió del brazo. Eso la molestó mucho.

—Olvidadlo todo, dadme a la niña y quedaos conmigo. Juntos dominaremos todo el país. Sois demasiado bella y poderosa para morir por tal banalidad. —Dracul intentó acercarse más a ella, sin esperar que Aresha le lanzase hasta la pared de un solo golpe. Se subió al caballo y puso su arma junto a su cuello.

—Jamás me uniría a un enfermo como vos. Y como penséis en mandar a alguien a por mí o a por la cría, haré que os persiga el mismo Satanás si es menester.

Sus amenazas surtieron efecto, dejando al príncipe acurrucado en una esquina mientras su caballo volaba lejos del castillo. No supo cuándo traspasó el territorio de los lobos hasta que llegó al pueblo. Siguió las indicaciones de la niña hasta la casa de su tía. Nada más se encontraron, Aresha se fue de allí, intranquila al notar como varios ojos la miraban, y dudaba que fueran humanos. No sabía qué hacer ahora, mejor volver al sur de Europa donde se respiraba más tranquilidad y la guerra no estaba en la vida de los inmortales con tanta fuerza cómo en esta zona. Se desvió por un viejo camino, donde quizás algún ladronzuelo se confiase. Varios metros más adelante descubrió que no estaba sola, pero no eran humanos.

Los lobos que percibió en el pueblo ahora la seguían. Azuzó a su caballo para que corriese pero de nada le sirvió. Un lobo gris apareció de entre la maleza, tirándola al suelo. Se defendió de este, sin embargo más lobos la rodearon, unos en forma animal y otros montados en caballos. La habían vencido y si no estaba muerta era porque no querían, debían intuir quién era, por lo tanto, tendría que ver a su señor, y este era Gael.

Esta vez Aresha no tenía alternativa, eran demasiados y no merecía la pena luchar. La llevaron de mala manera por un largo camino. Tuvieron la cortesía de colocarle su capa y dejarle la capucha puesta para que el sol no le molestase tanto. Tras un largo y aburrido viaje por fin llegaron al castillo del rey de los licántropos. Era muy parecido al de Vlad pero más austero, aunque no por eso perdía belleza. Estaba algo derruido, seguramente por alguna batalla contra los vampiros de Dracul.

Había oído que antes que a los lobos había pertenecido a un vampiro, un noble. Luchó fieramente por él, pero los licántropos eran más fuertes y numerosos. En cuanto llego su rey, el castillo cayó en solo una semana, él mismo acabó con su dueño. Los demás se ocuparon del resto de habitantes tanto mortales como no. Solo unos pocos pudieron correr lo suficiente como para contarlo. Ahora esta era la principal morada de los lobos, el castillo de su rey.

No era nada fácil entrar, solo se conocía una manera y era justo la que iba a usar Aresha, la del prisionero. Al llegar dentro, notó el olor de los lobos, debía haber una buena cantidad para que apestase tanto. Y eso que decían que la mayoría no se habían quedado, que se habían ido en busca de nuevas tierras. Sus captores la llevaron hasta la sala principal. Allí, rodeado de varios hermanos estaba su rey. Fue su primer encuentro con Gael. Era de tez morena, de complexión fuerte, lucía una barba de varios días bien cuidada. Quería demostrar que el también era un noble, que no todos los lobos eran desaliñados y salvajes. Su pelo largo de un color castaño claro le caía sobre los hombros. Al tener la cabeza inclinada le tapaba la cara, pero no llegaba a tapar sus ojos; unos ojos de un azul intenso con una mirada profunda que, al clavarse en Aresha, le hicieron sentir un escalofrío que le recorrió la columna entera.

No solía tener miedo de los lobos, pero este le infundía respeto e incluso se atrevía a decir temor. No lo había visto nunca en acción pero intuía que sus garras en su cuerpo podían hacerle mucho daño.

Gael se acercó a ella y tras mirarla un breve tiempo, le bajó la capucha y de un solo tirón le arrancó la capa. Ella se envalentonó y levantó la cabeza para mirarlo. Sus ojos chocaron. La mirada de Gael era dura y fría. Aresha solo pudo sostener su mirada azul unos segundos. Nunca le había pasado eso, ni siquiera con Isibal, que era la

persona que más respetaba. Para algo era su sire. Aunque ella había apartado la mirada, él la seguía mirando.

—¿Quién sois? —le preguntó al fin.

—¿Quién quiere saberlo? —contestó, intentando no mostrar su miedo. Gael se rió y acarició su pelo largo. Su mano se deslizó con suavidad hasta que llegó a su nuca. Súbitamente paró y la obligó de un tirón a levantar la cabeza. Sus miradas volvían a encontrarse, pero esta vez la situación había cambiado. Los ojos de él habían pasado de azules a amarillos, signo de conversión. Aresha se veía muerta, con el rey mordiendo su cuello hasta su último aliento. Pero ocurrió algo diferente. Empezó a perderse en su mirada hasta que bajó completamente sus defensas. Estaba en un lugar oscuro y tranquilo. Solo duró unos segundos en los que lo notó dentro de su mente. Tras este breve tiempo sus ojos tornaron otra vez a su color original.

—Sabéis perfectamente quién soy, Aresha, por eso me teméis. —La soltó con suavidad. La vampira no pudo evitar mostrar en su cara la sorpresa. Acercó los dedos hacia sus ojos, conocía la historia de que los lobos podían mostrar sus recuerdos con una mirada, pero nunca había oído lo contrario.

—Este no es un buen sitio para pedir asilo, y menos a Vlad. Me parece que esta vez Isibal se ha equivocado. Aunque es algo extraño en ella, quizá lo que quería era librarse de vos.

Eso fue demasiado para ella, nadie hablaba mal de su sire. Desplegó sus colmillos y se lanzó contra él. Con una velocidad asombrosa Gael la atrapó a medio vuelo y, haciendo uso de su sobrenatural fuerza, la empujó contra la pared que había a su espalda. Antes de darse cuenta estaba suspendida a medio metro del suelo y el rey la sujetaba por el cuello con una sola mano. Era bastante para que doliese y se estaba quedando sin respiración. Ningún otro lobo se movió, no merecía la pena.

—Espero que sea la última vez que hacéis esto —le dijo desde abajo.

— ¡Matad a esa sanguijuela! —Se oyó entre la multitud.

— ¡No! —gritó Gael con una voz lo suficientemente fuerte y clara como para que no se oyese nada más—. Estoy seguro que la gatita ya ha aprendido la lección. Preparadle una habitación en el torreón. Recordad la naturaleza de nuestra invitada, poned una buena capa de nuestro líquido con ajo en los barrotes de la ventana, no queremos que abandone el nido tan pronto.

En cuanto la soltó, varios lobos la cogieron por los brazos. Tuvieron que arrastrarla, pues casi no era capaz de mantenerse en pie. Le habían preparado una preciosa habitación en la torre más alta del castillo, incluso le habían preparado un baño. Se sentía la princesa secuestrada de los cuentos, pero este dragón protector era mucho peor que esas lagartijas aladas. Varias mujeres lobo la esperaban. Mientras

unas la ayudaban a lavarse otras se llevaron su ropa de viaje. Habían traído un fino vestido de seda dorado y blanco. Le recordó vagamente a uno de los vestidos favoritos de la reina Ana. Se preguntó si Gael habría visto su verdadera época. Seguía inquieta por ese momento. Le pareció prudente no hacer nada raro, aunque no le hacía gracia quedarse allí de brazos cruzados. Pero el rey le había demostrado que no tenía nada que hacer contra él.

Hablando de él, la estaba esperando. Con solo una mirada les dijo a las chicas que se marchasen. La miró sin decir nada. Se había jurado a sí misma controlarse, pero empezaba a sentirse molesta.

—Se ve bien en vos —dijo, al fin—. ¿Qué os parece?

—He de reconocer que tenéis buen gusto. —Le había dado la espalda, no quería ver sus ojos. No le gustaba mucho la idea de que invadiera su intimidad con tan solo una mirada.

—Tranquila, no quiero saber nada más de vos, al menos por ahora —le dijo, como si no le hiciese falta buscar sus ojos. Aún con recelo se dio la vuelta, pero sin mirarle a la cara.

—¿Cómo lo hicisteis? Sé que podéis mostrar vuestros recuerdos, pero no que podáis ver los de otros.

—Si soy el rey de los licántropos será porque tengo algo especial, ¿no creéis, hermosa?

—¿Y qué deseáis? Pues estoy viva por algún motivo.

—¿Acaso me veis así de interesado? Puede que solo quiera disfrutar de vuestra compañía.

—No me hagáis reír, chucho sarno… —Tarde se mordió la lengua. Parecía que su subconsciente la odiaba. Gael se rió.

—No os preocupéis, es vuestra naturaleza. Pero no os enfadéis si yo os llamo sanguijuela u otra ofensa.

Se alivió al saber que no le importaba que lo llamase saco de pulgas. Intentaba controlarse, pero a veces era superior a ella.

—De acuerdo, me habéis descubierto. Quizás podáis ser una buena moneda de cambio. Algunos de los míos están presos por Dracul y puede que no le importe cambiarlos por la sierva de Isibal.

—Pues creo que no vais a conseguir mucho. Tengo la corazonada que no soy de su agrado. Ya sabéis, marcharse y no unirse al clan no hace que despierte simpatía.

—¿Por eso os ibais? ¿Por qué no uniros al clan de Vlad? Es uno de los más fuertes, parece que Isibal os mandó aquí por eso.

—No tengo interés en esta guerra y mucho menos en aguantar a ese indeseable y tener que vivir dependiendo de otros. Lo mío es vagar en soledad.

—Uníos a nosotros.

—¿Qué?

—No soportáis a Vlad y si no os importa esta guerra, ayudadme a

acabar con ese príncipe.

Aresha no pudo evitar reírse.

—Vos ibais para bufón ¿verdad? Una cosa es que no soporte a ese dentado y otra ir contra mi propia raza. Lo siento, es mi naturaleza.

—Lo imaginaba, pero debía intentarlo. Pensaba que no os importaría romper las reglas.

—No tengo en mis tareas poner en mi contra a vuestra raza y a la mía. ¿Acaso lo pensabais?

—Puede que no le agradéis a Vlad, pero no querrá enfadar a Isibal. Ella tiene mucho más poder, así que eso puede que os salve. —Se marchó, dejándole una duda. ¿Por qué no había contestado? Solo había cambiado de tema.

Durante varios días no tuvo ningún contacto con el exterior. Se entretenía con las conversaciones que escuchaba de los lobos que custodiaban la puerta de su habitación. Si se concentraba incluso podía oír también la de los otros dos guardianes que estaban abajo, controlando la puerta de la torre. Solo había una habitación, la suya y las escaleras que conducían a la calle. Le parecía demasiada vigilancia sobre un vampiro. Era buena, pero la estaba sobrestimando. A veces se asomaba a la ventana del torreón, con cuidado de no tocar los barrotes. Estaba en la zona más alta y veía con facilidad tanto el interior como el exterior del castillo. Se dio cuenta de que solía haber movimiento por el día y que durante la noche muchos salían, probablemente a guerrear y espiar. Un día notó el olor de Gael detrás de ella. Estaba en la puerta.

—Solo vengo a deciros que Dracul está dispuesto a negociar.

—¿Liberará a los vuestros?

—Quiere que vaya personalmente para el trato, pero está casi cerrado. Como os dije, conocer a Isibal os ha salvado.

—Tened cuidado —le dijo—, no me gusta nada. No intuyo nada bueno.

— ¿Os preocupáis por un lobo? No os desveléis, sé cuidarme —hizo una pausa, antes de acercarse a ella y le habló en voz baja—. ¿No habéis cambiado de opinión? Aún estáis a tiempo.

—Marchaos —le hizo caso. Pero antes de cruzar la puerta, se dio la vuelta.

—Os hubiera protegido.

—No, no lo habríais hecho. Si cualquiera supiera que un licántropo ayuda a un vampiro os matarían, por muy rey que seáis. Nos matarían a los dos.

Aresha hizo una pausa en su relato.

—Entonces, te salvaste por un intercambio —Alanis aprovechó para hablar—. Tuviste suerte.

—La verdad —ahora intervenía Klaus—, me esperaba una fuga más impactante, con más acción.

—Ves demasiadas películas —se mofó Blues—, nunca oí que Gael ofreciera ayuda a un sangre fría.

—No os lo he contado todo, necesitaba descansar —dijo Aresha—, lo que viene a continuación ha de ser un secreto entre nosotros. No puede salir de aquí.

—¿Por qué? —le preguntó Alanis

—Los tiempos han cambiado pero lo que os voy a decir, si sale a la luz, me puede traer problemas.

—¿Se puede saber qué ocurrió? —quiso saber Blues.

Aresha suspiró y todos callaron. Siguió su relato donde lo había dejado.

Esa noche era de luna llena. Aresha le vio marchar, estaba en su forma animal pero le distinguía de los demás porque su pelaje era más claro y tenía toda la cola negra. Gael y varios lobos más se dirigieron hacia el castillo de Dracul. No tenía nada que hacer, así que se echó en la cama.

Seguía sintiendo que algo malo iba a ocurrir. Aún con esa inquietud se fue quedando dormida. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando un alboroto en el exterior la hizo despejarse. Se asomó con tanta prisa que se quemó con el barrote. Vio como unas sombras corrían perseguidas por otras. Reconoció a los lobos y tras ellos un pequeño grupo de vampiros montados en caballos. Los demás actuaron con rapidez y salieron a ayudar a su rey. Los lobos fugitivos cuando tuvieron a sus hermanos al lado se dieron la vuelta. Gael fue el primero en atacar. De un solo mordisco, arrancó medio cuello a uno de ellos, los demás se fueron encargando del resto.

Cuando todos estuvieron muertos, se reunieron. Parecía que estaban hablando pero era en forma de gruñidos y no entendía nada. De repente muchos empezaron a aullar con desesperación. Aresha intuyó que algo pasaba pero no sabía el qué. Vio que entre los licántropos que habían vuelto estaba Gael y eso alegró y tranquilizó a su corazón. Lo estaba observando cuando, quizá sintiendo su mirada, levantó la cabeza. Veía en sus ojos un dolor profundo. De repente en un golpe

mayor de furia empezó a correr en dirección hacia la torre. Aresha solo distinguía gruñidos pues aún era lobo, pero todos los guardias se alejaban de la torre. Oyó sus pasos subiendo las escaleras, acercándose a la habitación. Estaba en su puerta y tras oír unos cuantos rugidos más los dos guardianes de la puerta bajaron, salieron de la torre y cerraron la puerta tras de sí.

Solo una puerta los separaba ahora. Y esa única muralla la abrió de par en par de un solo golpe. Al otro lado estaba un lobo y la rabia inundaba sus ojos. Estaba segura, era la hora de su muerte. El lobo empezó a transformarse, las patas delanteras se convirtieron en dos musculosos brazos, todo su pelo desapareció menos el de su cabello y el gran lobo gris redujo un poco su tamaño y se transformó en Gael. Estaba desnudo y su cara reflejaba miedo y horror. Se adelantó lentamente hacia su presa. Aresha desvió la cara hacia otro lado. Había visto muchas cosas en su vida, pero se sentía incomoda con un hombre desnudo acercándose a ella.

—Si no os importa, podríais haberos presentado de una manera más púdica.

—No estoy para burlas —su tono era frío y distante—. Los ha matado a todos.

—¿Cómo?

—Le dais igual. Solo quería que fuese para que viera esa barbarie —tragó saliva—. No le bastó matarlos. Los empaló ¿sabéis qué es ver eso? No, no lo sabéis. —Se acercó aún más a ella. Sus manos se posaron en su cara y con gran fuerza la obligó a que lo mirase. Los ojos de Aresha no tuvieron más remedio que fijar su mirada en los de Gael—. Lo que he visto, oído y sentido, ahora lo sabréis.

Sus ojos se tornaron amarillos. Antes que se diese cuenta estaba siendo arrastrada a la mente de Gael. Vio la dantesca escena. Alrededor del fuego, miles de cuerpos empalados con una expresión de horror en sus caras. Algunos eran muy jóvenes, también había humanos. No lo pudo aguantar. Con las pocas fuerzas que tenía se separó de él. Cayó al suelo agotada. Detrás de ella se mantenía el rey impasible.

—Tengo una pregunta —dijo con su voz aún distante—, ¿cómo podéis ser así de cruel?

—No me comparéis con ese… no tengo palabras para describirle. No todos somos así.

—Dejadme que lo dude. Vosotros, chupasangres vivís a costa de los demás, sois unos parásitos. ¿Cómo puede haber algo bueno en quien debe matar para vivir?

El ambiente se estaba empezando a caldear. Aresha se levantó del suelo y lo miró. Iba a morir, pero pensaba defenderse.

—No os voy a negar que he matado y no han sido pocas veces. Sí, debo hacerlo para sobrevivir y no soporto a los humanos, pero nunca mato a sus crías, prefiero ir a por la escoria. Además no me cebo, su muerte es rápida. Casi todos hacemos eso, es ese príncipe el perturbado, yo no haría eso ni a mi peor enemigo. Tengo mis límites.

—No os creo.

Aresha suspiró. No tenía sentido intentar convencerle. Gael estaba demasiado agitado para entrar en razón y todo lo que salía de su boca se lo llevaba el viento.

—No voy morir sin luchar.

Gael no contestaba, solo dirigía la mirada a la luna, pidiendo perdón por lo que iba a hacer. Ella se preparó para defender su vida, pero en cuanto levantó el brazo derecho, Gael la cogió por el cuello y la arrastró hasta la pared. También estaba sujetando su brazo, el que había levantado. Estaba demasiado alterado como para controlar su transformación, y aún mantenía las uñas, las cuales ahora se le clavaban en el brazo. Varios hilos de sangre corrían por su piel, esta vez no la había separado del suelo y la miró a los ojos. No pensaba caer como un corderillo asustado, aunque morir a manos de un lobo desnudo y sin transformar era un poco triste.

Le mantuvo la mirada, aparentemente serena, mientras él no hacía ningún otro movimiento más. Mientras esperaba el golpe final ocurrió algo que jamás se hubiera esperado. Gael apartó su mano del cuello, pero antes que ella pudiera reaccionar la besó. Fue tan intenso; como si fueran dos amantes que estuvieran sumidos en una trama del destino arriesgada y prohibida. Y es que eso es lo que podía ocurrir, eran razas distintas e irreconciliables, pero ninguno de los dos pensó en nada de eso en ese momento. Tanto uno como el otro perdieron el control ante el deseo.

De un golpe brusco, la separó de la pared en la que hacía unos instantes la había incrustado y se la llevó en brazos. Aresha en ningún momento se resistió, alzó los brazos para rodear el cuello del rey. Él buscaba la parte inferior de su vestido pero este no colaboraba. Impaciente, usó sus manos que en ese momento eran las garras de su semi-transformación y de un solo corte rompió el vestido por la espalda. Al hacerlo sus uñas llegaron a arañar la piel de la vampiresa que lanzó un grito de protesta. Ignorándola se dirigió hacia la alcoba, la dejó con delicadeza en esta y ella no le soltó el cuello obligándole a que él también se echase, justo encima de ella.

Tan apasionado era que Aresha se vio obligada a mantenerse en una forma completa de vampiro para resistir su ritmo toda la noche. Pero tenía el problema de que de esa forma y en esa situación era igual de animal que él en la cama. Tal era la adrenalina que circulaba en ambos que uno no podía evitar arañarla y la otra morderle, pero a

ninguno le molestó nada en ese momento.

Cuando Aresha despertó, le dolía todo el cuerpo. Adivinaba un montón de cicatrices por su espalda y algunas en el pecho y por los brazos, pero sin duda había merecido la pena. Había despertado en el pecho de Gael aún dormido, o eso creía, hasta que se dio cuenta que el brazo que tenía en su espalda se movía. No era un movimiento arbitrario, su mano acariciaba su piel de arriba a abajo. Además distinguía el suave ronroneo que provenía de su garganta.

—Sé que estáis despierto —le dijo mientras se acomodaba mejor. Gael amoldó su cuerpo para que se pusiera cómoda. Le sonrió mientras ella colocaba su cabeza frente a la de él. Le ofreció su brazo para apoyarse y Aresha lo aceptó.

—No quería despertaros.

Ahora que el momento había pasado Aresha estaba intranquila.

—¿Sabéis qué hemos hecho?

Gael le respondió con una risa socarrona.

—Creo que tengo edad suficiente para saberlo.

—No me refiero a eso, pícaro. —No pudo reprimir darle un pellizco en el brazo mientras él se reía—. Hemos cometido un sacrilegio ante nuestras razas. Si ya es algo imperdonable que un lobo y un vampiro se agraden, imaginaos si entre ellos hay unión. No vamos a tener misericordia.

—Yo no me arrepiento.

—Yo tampoco —le respondió mientras pasaba su mano sobre su rostro. Gael la besó otra vez—, pero decidme, cómo pensáis explicar qué ha pasado aquí toda la noche. Por muy rey que seáis, preguntarán.

—Ellos creen que he estado torturándote hasta la muerte. Podría explicar el por qué he estado aquí tanto tiempo y nuestros gritos, si se han oído. —Esto hizo enrojecer a Aresha.

—¿Creéis que han podido oír algo?

—Tengo bien claro que los dioses os han dotado con una buena voz y unos buenos pulmones, hermosa. Lo habéis demostrado bien. —Ella escondió la cara en su hombro, roja de vergüenza.

—Pero querrán saber por qué no estoy muerta —miró el cuerpo de Gael—, y esos son demasiados mordiscos. —Se había pasado, lo reconocía. Eso pasaba por mantenerse vampiresa durante tanto tiempo.

Gael se quedó meditando un tiempo. Se levantó y se dirigió a la ventana con los barrotes. Los examinó unos instantes y se sujetó a ellos. Empezó a tirar hasta que la ventana con barrotes incluidos se separó del resto de la pared. Mientras, Aresha se había vestido con sus ropas de viaje que le habían devuelto el día anterior.

—Tenéis razón, debéis iros. Yo me encargaré de todo, les diré que

os habéis fugado. —El sol estaba en el cielo, cosa que hizo torcer la boca al rey—. Es demasiado de día ¿podréis volar?

—No creo, hay demasiado sol. Puedo intentar planear. Espero poder. El sol hoy brilla demasiado, el maldito.

Antes de irse, Gael la volvió a besar.

—Iros de aquí. Volved a París o cruzad el océano, este lugar es peligroso. Sabéis que cuando acabe todo esto os buscaré. Os lo prometo.

Dicho esto se fue pegando gritos. Era su momento, se lanzó al vacío y gracias a los cielos, aún pudo planear lo suficiente como para alejarse del castillo.

—Y eso es todo. La verdad, ahora que se lo he contado a alguien me siento mejor, me he quitado un buen peso de encima. —Aresha tenía los ojos cerrados y su cabeza reposaba en el sillón cuando acabó. Todos estaban en silencio, asimilando lo que les había contado. Los tres eran muy jóvenes y todavía no existían cuando la guerra entre razas estaba en su momento más álgido pero llegaban a entender la gran bomba que su amiga había creado aquel día.

—Guau, nunca me hubiera esperado ese final. —Alanis era la que más impactada estaba de todos los oyentes—. Sí que conoces a Gael, más que nadie me atrevería a decir. Klaus, esto ya está al nivel de fuga que te esperabas.

—Lo ha superado con creces —contestó Blues por él—. No me imaginaba que alguien con tanta edad hubiera retozado con la otra raza. Creía que las citas interraciales se quedaban solo para los menores de ciento cincuenta.

—Ya sé que los antiguos tenemos la fama de no querer a la otra raza, pero eso nunca fue conmigo. No formé parte de la guerra excepto en la parte que os he contado y si maté a algún lobo siempre ha sido en defensa propia. Además te considero mi amigo, creo que eso ya demuestra que no odio a los licántropos por el simple hecho de serlo.

Klaus aún no había hablado, estaba absorto con la mirada en un punto diferente al lugar de los demás. Aresha no era como ninguna otra vampira, pero nunca se hubiese imaginado eso. La atención de Aresha se dirigió hacia él.

—¿Klaus?

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —dijo, echándole en cara su secretismo—, llevamos juntos un montón de tiempo y no me hablaste

de eso.

—No se lo he dicho a nadie, solo ahora a vosotros. Gael y yo hicimos el pacto de mantenerlo oculto hasta que todo acabase. Hubo un tiempo que todas las noches esperaba ver, entre las calles del lugar donde estaba en esos momentos, a un lobo de cola negra que viniese a por mí. Pero nunca desaparecieron los problemas entre razas, sobre todo entre los más viejos, y acabé desechando la idea. Eso fue hace mucho tiempo, antes de que nos encontrásemos, por eso no le di importancia. No te hubiera dejado morir, pero no me habría mantenido tanto tiempo contigo si aún albergase esperanzas, por tu seguridad.

—Ahora te busca.

—Nada cambia, Klaus —le tranquilizó Aresha—, trabaja con Heliatón, quiere eliminarme. No creo que signifique que desee continuar la relación. Es el rey de los licántropos y yo solo soy una molestia para su reputación, tanto en el número de sus víctimas como por lo que hicimos.

—Me temo que a partir de ahora no voy a poder venir tan a menudo como antes, así que tendrás que venir sola, Alanis —advirtió Blues.

—Pero, ¿por qué? —protestó su hermana. Aresha respondió por él.

—Es un licántropo. Si Gael se entera de que me conoce no tendrá más remedio que contarle todo, porque no es un renegado. Y todos tened cuidado —miró a los dos vampiros que estaban con ella— si lo veis, nunca le miréis a los ojos. Como ya he dicho, él es especial, puede leer las mentes con solo una mirada.

—Exacto. Gracias por comprenderme. —Blues se levantó—. Os recomiendo precaución. No deberíais salir de casa hasta que pase un poco la tormenta.

—Hay un problema —dijo Klaus—, tenemos una actuación prevista y será imposible cancelarla sin que haya problemas.

—No lo sabía —Aresha se molestó—, ¿cuándo me lo ibas a decir?

—Lo firme hoy, no me dio tiempo —se disculpó—, pero es algo bueno, confía en mí. Y aún está lejos.

Aresha meditó un tiempo hasta que suspiró y se levantó de un salto.

—Si todavía queda, puede que ya se haya arreglado todo para ese día. —No se lo creía, lo decía para no preocupar a Klaus de haber cometido otro error humano de avaricia—. Sal lo menos que puedas. También va a por ti.

—Tranquila. Empezaré a usar mi llave cuando necesite venir, para que te acerques lo mínimo a algún lugar donde seas visible. —Klaus también se levantó—. Cuídate y no salgas. Recuerda que tienes comida aquí. Es una tontería mantenerlo y que no se use para situaciones como esta.

Aresha le dio un abrazo de despedida a Blues, iba a echarle de

menos. Alanis se rezagó y se acercó a la cantante cuando salieron los chicos.

—Hay una duda que me corroe —le dijo en voz baja. Aresha se esperaba cualquier cosa de su amiga—, ¿de verdad el rey es tan bueno? Ya entiendes de qué hablo.

—Es increíble, ¿quieres que te lo presente?

—No quiero saber nada de los que quieren matar a mis amigos. Pero me alegra saber que eres una de las mías —se despidió con una sonrisa en los labios. Esta Alanis…

Sus amigos se habían marchado y ahora Aresha estaba sola. Sola y sin nada que hacer, lo que la obligaba a pensar demasiado. Y lo único que ocupaba su mente esa noche era Gael. El único que la había hecho pensar que iba morir. Cuando Blues le nombró, un escalofrío le había recorrido el cuerpo, pensaba que sus sentimientos hacia el rey de los licántropos ya no existían, pero se equivocaba. Con su mención, éstos volvieron, eran una mezcla entre miedo y atracción. Recordaba sus garras, las cuales podían convertirla en fosfatina en segundos, pero también se acordaba de lo delicadas que llegaban a ser en situaciones como la de la torre.

Porque lo ocurrido esa noche, el sacrilegio cometido, no fue hecho para salvar la vida. En ese momento ella le necesitó tanto como Gael la necesitó a ella; cuando la besó, una fiera se despertó dentro de sí misma, la que le hubiera arrancado la camisa de cuajo si la hubiera llevado.

Pero todo eso se había acabado. Gael no la buscó y cuando volvía a por ella era trabajando con Heliatón en su captura. Gracias a su antiguo amante se veía obligada a estar encerrada en su casa para sobrevivir. Lo que más le preocupaba no era que la encontrase, sino que encontrase a sus amigos. Ya conocía a Klaus, esperaba que nunca supiera nada de Alanis y Blues, sobre todo por el segundo. Siendo un licántropo, las consecuencias de ser su amigo podían ser peores. No se podría perdonar que Alanis perdiese a su familia por su culpa.

Malditos Heliatón, no sabían lo que estaban haciendo. Se juró que como algo malo le pasase a uno de ellos, se vengaría de esos exterminadores, aunque fuera lo último que hiciese. Al volver a su habitación, la puerta cerrada del dormitorio contiguo la hizo sonreír. No solo porque su comida estaba asegurada, mientras pasaba acarició la puerta con su mano. No estaba sola.

7 Primeras pistas

Un mes. Ya había pasado un mes desde que la vampiresa mató a su amigo y se llevó su cuerpo y aún no tenía nada. Luca vagaba de un lado a otro, buscando la más mínima pista que le llevase hasta Aresha, algo que se le tornaba una tarea imposible. Sabía ocultar su rastro demasiado bien, no era una joven e inexperta asesina. Logan utilizaba a casi todos sus hombres en su búsqueda, pero el resultado seguía siendo nulo. Ni siquiera conseguían algo del paradero de su manager, como si la tierra se los hubiese tragado a los dos. Lo único que le favorecía era que Rosalyn se creyó la mentira y en todo este tiempo no contactó con él en busca de respuestas. No era justo, le estaba haciendo albergar falsas esperanzas por culpa de su torpeza para encontrar a una maldita vampiresa.

Otra ronda sin nada. Después de recorrer media ciudad andando y eliminar a tres seres que le veían como su almuerzo, desistió. Esa noche volvía a casa con las manos vacías, como siempre. La situación ya era angustiosa, incluso su jefe ponía tanto empeño como él sin obtener respuesta a la ubicación de Aresha. Sabía que se reunía con un grupo especial de ayuda aunque no sabía quienes lo conformaban, Logan lo mantenía en secreto y nadie los había visto, únicamente Morgana se fijó en un hombre de ojos azules que de vez en cuando merodeaba por Heliatón. Siempre le preguntaba por Logan y, cuando este bajaba, desaparecía. Seguro que ese era el contacto de Logan con el grupo especial.

Mientras volvía a casa, su ruta le llevó al lado de la discoteca de moda de la bella ciudad, Universo. Lo dirigía un poderoso clan de vampiros, liderado por Viktor, un vampiro muy temido por todos. No era muy mayor, debía rondar los cien, lejos de los maduros ciento cincuenta, pero había logrado reunir un poderoso grupo al que ni siquiera los temerarios se les ocurría acercarse. Luca los conocía, nunca habían podido liquidarlos. Siempre que lo intentaban, ellos usaban a infelices deseosos por inmolarse, creyendo que podrían sobrevivir y unirse a la mafia vampiresca.

Cuando ya estaba muy cerca de la puerta de entrada vio salir a Iván, la mano derecha de Viktor, y director del Universo. Si hubiera estado de otro humor, Luca se abalanzaría a fulminarle, pero en su mente la única víctima de todas sus balas era Aresha. Además, por el semblante de Iván, este tenía sus propios problemas. No hacía más que mirar hacia la puerta, llevaba la ropa descolocada y su chaqueta de cuero roja estaba destrozada. Dentro de la discoteca debía haber algo que le

había hecho sudar tinta china, algo difícil pues era un magnifico luchador para ser tan joven. Su rostro atemorizado obligó a Luca a detenerse y preguntarse qué diablos le pasaba. El temor de Iván estaba aún dentro del Universo y ponía la mano en el fuego a que pronto lo iba a saber.

Acertó de pleno, pues segundos después de la salida de Iván una sombra cruzó las puertas y se acercó al vampiro que temblaba como una hoja. No pudo reconocer quién era, llevaba una capa oscura que le llegaba hasta los pies y su cara estaba tapada por la capucha. Si hubiera estado de cara a la sombra sí que podría vislumbrarla. Iván era el que en ese momento tenía ese privilegio, y no hacía más que negar con la cabeza e implorar perdón. La sombra sacó una espada de su cintura. Al verla, el corazón de Luca se disparó. No podía ser que su suerte hubiese dado tal giro y ahora le sonriese. No quiso ilusionarse, pero cuando la sombra empezó a hablar no le quedó la más mínima duda.

—Que sepas que no es nada personal, solo necesito darle un mensaje a Viktor y tú eres la mejor manera. —Fue lo último que Iván escuchó en boca de Aresha antes de que le rebanase la cabeza. Cuando tocó el suelo, ya era polvo de vampiro. Varios jóvenes seguidores de Iván habían presenciado la escena desde la puerta. Aresha se dio la vuelta para mirarles y se bajó la capucha. Quería que la reconociesen.

—Si preguntan quién fue no tengáis reparos en nombrarme. Decidle a Viktor que si me sigue molestando, él será el siguiente.

Luca se quedó paralizado al verla, pero cuando Aresha se iba, reconoció el momento de gloria que se le presentaba. No se había dado cuenta de su presencia, por lo que Luca jugaba con ventaja. Esa era su oportunidad, seguirla hasta encontrar su maldito escondrijo. Se mantuvo varios pasos detrás de ella sin que mirara hacia atrás, sintiéndose perseguida. La vio girar en una calle. Luca también giró, pero se equivocó. No era una calle sino un callejón sin salida y Aresha había desaparecido. Asombrado, se adentró aún más en la trampa pero no se percató de que lo era hasta que la oyó detrás de él. Se dio la vuelta sin tener oportunidad, ya estaba entre la vampiresa y la pared. Aresha le miraba con ojos curiosos. Ahora que la tenía de frente se fijó en que su atuendo, completamente oscuro, tanto su camisa como su corta falda eran negros como el ébano.

—Tú eres el ricitos de la embajada, ¿verdad? —le preguntó—. Sí, me acuerdo de ti.

—Yo también de ti, Aresha —contestó—, mataste a mi mejor amigo.

—¿Cuál de ellos? —se mofó de él. Eso le hizo rabiar más aún.

—El que te llevaste como trofeo. Te lo pido, devuélveme el cuerpo de Marcus.

Aresha quedo pensativa unos instantes. Enseguida volvió a la

realidad, una sonrisa cruzó su cara.

—Me parece que no voy a poder atender a tus peticiones.

Se lo imaginaba. Luca sacó su estaca de plata mientras la cantante le miraba, sorprendida. Se hubiera esperado más, que desenfundase la pistola.

—Eres una desalmada. —Ella sonrió, halagada—. Vas a pagar por lo que le has hecho y voy a disfrutar de matarte con mis propias manos.

Ese chico era igual que su mascota, valiente y temerario. Sería una pena que fuese también tan torpe y tonto. La misión de Luca solo era encontrarla y atraparla pero, dentro de sí mismo, se preguntó si no sería mejor acabar con ella de una vez por todas. Si la dejaba con vida, estaba prorrogando su existencia, cosa que no hacían con nadie. Lo que estaba en juego era el cadáver de su amigo, de lo que dudaba era de si a Marcus le hubiese gustado que hiciesen esto por él. Era un buen tío y nunca había querido ser considerado especial. Además, aún seguía por ahí Klaus y ese también debía saber dónde estaba. Mejor ir a por todas y ver como acababan las cosas.

Luca caminó hacia Aresha con la estaca en su mano izquierda. Adelantó el lado derecho del cuerpo para impulsar su mano. Aresha se desplazó quedando de perfil a Luca. Cogió el brazo izquierdo de Luca cuando este lo levantó para clavarle la estaca. Por la presión la mano de Luca perdió fuerza y su arma. Aresha sacó su espada. La punta de plata rozo el cuello de Luca. Le soltó para coger con las dos manos su arma y así tuviera más efecto. Había merecido la pena salir, iba a dar dos mensajes el mismo día. Pero Luca fue más rápido y se agachó en el momento justo, evitando que le cortase la cabeza. Mientras Aresha se recuperaba, Luca aprovechó para desequilibrarla, golpeándole las piernas. El truco le salió mal, pues aunque perdió el equilibrio, consiguió elevarse lo suficiente para poder dar una vuelta sobre sí misma. Cayó de pie, por suerte Luca también tuvo tiempo de recuperar la estaca. Quedaron uno frente al otro, ambos armados y preparados para dar el siguiente golpe.

—¿Estás cansado? —le preguntó Aresha. Respondió situándose en posición de ataque con mirada furiosa. Se lo estaba pasando muy bien con ese pequeño pelirrojo, pero su cuerpo la avisaba. Quedaba poco tiempo para el amanecer. Al ser mayor de edad no perdía completamente sus fuerzas, pero odiaba al astro dorado lo suficiente como para evitar pelear cuando había luz. Cuando Luca volvió al ataque, ella se quitó rápidamente la capa y se la tiró, dejando al Heliatón a oscuras. Le empujó hacia atrás y se fue. Antes de poder reaccionar, la cantante ya no estaba. Su oportunidad se había esfumado. Luca se maldijo entre dientes, pero ya no tenía solución. Se levantó y se fue, pero no hacia su casa, sino a Heliatón.

Logan estaba a punto de irse cuando Luca entró en su despacho

como una exhalación. Estaba despeinado y con muy mala pinta. Logan se preocupó por su guardián, pero la cara de este reflejaba alegría.

—Por fin. La he visto, jefe.

Se iba a empezar a aburrir si su única distracción era contar las vueltas que daba una mosca. Aresha le avisó que necesitaba salir para ocuparse de unos asuntos que empezaban a molestarla, pero Marcus no se imaginaba que iba a tardar tanto. Eran casi las cinco de la mañana y empezaba a preocuparse. No quería que le pasase nada. Aunque le hubiera secuestrado, sin ella sus amigos se abalanzarían a por su deliciosa mascota en menos que canta un gallo. Solo Aresha les hacía contenerse de vaciarle por completo, se había convertido en la despensa portátil y exclusiva de la cantante.

Todo empezó a tener sentido un mes antes. Aresha entró en su habitación para alimentarle. Le soltó como siempre los instantes necesarios para que se arreglase un poco y para sus necesidades biológicas. Pero al contrario de las otras ocasiones, no se fue después de atarle. Se quedo allí, junto a él. Lo hacía los días en los que le alimentaba, en esos momentos ocurría su única vida social desde su secuestro. Aresha hablaba con él sobre nimiedades, pero eran conversación y entretenimiento, al fin y al cabo. Intentó en muchas ocasiones sonsacarle algo sobre su pasado pero ella era hermética y muchas veces acababa su conversación amenazándole con comerse su corazón aún latiendo. También él respondió de la misma manera a sus preguntas sobre Heliatón. Había confesado lo del embajador por sus amigos, pero no tenía en mente decirle dónde estaba la central de Heliatón.

Ese día Aresha le aclaró la razón de que lo mantuviese vivo. Su mánager y ella estaban siendo perseguidos por la adquisición de su mascota y la masacre de la embajada no había mejorado nada la situación. En fin, con los ánimos tan caldeados Aresha se decantó por no salir de su casita durante una buena temporada. Eso significaba no poder cazar y alimentarse. Y ahí entraba su papel. Debía beber más frecuentemente al no matarle para saciarse, cada día solo tomaba un poco de su sangre.

Oyó como la puerta de la entrada se abría. Ya había vuelto, pero no parecían sus pasos. Sus músculos se tensaron mientras, sin hacer ningún ruido, cerró los ojos y se concentró en esos pasos. Definitivamente no eran los pasos de Aresha, desgraciadamente también eran casi inaudibles. Eso no significaba nada bueno para

Marcus. Estaba solo, atado y vulnerable ante cualquier ataque. Los pasos merodeaban por toda la casa hasta que empezaron a acercarse. La manilla de la puerta giró mientras Marcus tragaba saliva. Al abrirse, la trajeada figura de Klaus apareció. En otro momento se hubiera alegrado de verle, si Aresha estuviese con ellos. Ahora solo le veía como el vampiro que no dejaba de mirarlo y al que se le habían desenfundado los colmillos. Marcus se sentó en la parte más alejada de Klaus mientras este se daba la vuelta para no verle. Estaba luchando contra sus instintos cazadores.

—¿Y Aresha? —le preguntó Klaus.

—Se fue hace unas horas a resolver unos asuntos —contestó con un tono frío. Estaba muy incomodo.

—¿Se ha ido? —le miró—. ¿Por qué la has dejado salir?

Marcus levantó los brazos, dejando ver las gruesas cadenas que le mantenían sujeto a la cama.

—Creo que no estoy en las circunstancias de obligarla a que se quede. —Y ahora mismo se arrepentía de no haberlo hecho.

Klaus suspiró y se acercó a la cama, lo que hizo que la tensión de Marcus aumentase.

—Tranquilo, no pienso tocarte —dijo. Cogió la silla y la colocó en un rincón. Luego se sentó—, aunque me duela en el alma. Pero respeto a Aresha y, con eso, también a sus posesiones.

—Me alegra que seas tan noble. De verdad.

Klaus le sonrió. Sus colmillos seguían a la vista, provocando una sonrisa un poco amenazadora.

—Le debo mi vida a Aresha. Eso vale mucho más que toda tu sangre, aunque huelas a primera calidad. Deberías taparte un poco, vas a resfriarte. Los humanos acatarrados tenéis peor sabor.

—Voy como ella quiere. —Aún así se tapó todo lo que pudo con las mantas. Mejor no enseñar la mercancía cuando no quieres que se compre—. Creía que tú también estabas recluido en tu casa.

—Yo puedo relajarme un poco más, pero tu dueña no. ¿A dónde habrá ido esta alma errante?

Klaus cruzó los brazos mientras no apartaba la mirada del techo, pensativo. Una idea apareció en su mente. No, era una tontería para ella, no merecía la pena salir por eso. Aunque era cierto que empezaba a agobiarse del encierro y sería una buena excusa. Solo esperaba que volviese de una pieza y sin nadie detrás de ella. Si que debía estar hasta el gorro de estar en casa para dejar a su querida mascota sola e indefensa.

—¿Qué tal te trata Aresha, Termo? —preguntó Klaus, volviendo su vista otra vez al encadenado.

—Tengo nombre, llámame Marcus —protestó.

—Como si te llamas Eustaquio, me importa un pepino. Es ella la que

le gusta usar tu nombre, para mí solo eres su termo. No me has contestado.

—No estoy tan mal, aunque no pueda salir de la cama.

—Si no fueses un Heliatón lo tendrías más fácil. Puede que algún día te suelte, pero antes deberías demostrarle que no te separarás de ella, algo que me imagino que no harás.

—Aresha no se lo creería.

—¿Qué es lo que no creería? —Ninguno de los dos la había oído entrar.

—Aresha, por fin —Klaus se levantó—, ¿dónde diablos estabas?

Klaus intentó acercarse a ella, pero Aresha seguía con los ojos fijos en él y su cara no era muy amigable.

—¿Vais a decirme que es lo que no creería o tengo que sacaros las entrañas a los dos?

—Solo hablábamos de las condiciones de su libertad. —Klaus entendía el enfado de Aresha. Un vampiro estaba junto a su mortal, que estaba relleno de una delicatesen—. No le he tocado.

—Es verdad, ni siquiera se ha acercado. —Marcus defendió a Klaus. Aresha se acercó a él, le destapó y acerco su nariz a su pecho. Empezó a olisquearle.

—Es verdad, no hueles a Klaus —dijo al acabar. Aresha miró a su mánager—. Te has salvado.

—Tienes un amigo leal —le dijo Marcus. Ahora que Aresha estaba allí, no le caía tan mal Klaus. Había sido solo supervivencia.

—Míralo que majo —contestó Klaus—, no me caes tan mal después de todo, Termo.

—Que me llamo Marcus.

—Hablando de amigos leales —Aresha los había estado ignorando —, ¿cómo se llamaba el ricitos de la embajada? Ese amigo tuyo que es tan chiquitín.

—¿Luca? ¿Qué ocurre con Luca?

—Me lo acabo de encontrar. Tranquilo, no le he hecho nada, sigue sano y salvo. Sois muy parecidos en vuestro modo de luchar aunque tú eres más mono y adorable. Por lo que me dijo, Heliatón te considera muerto. No hacía más que pedirme que le diese tu cuerpo, ¿para qué leches piensan que quiero yo un cadáver?

—Nunca has dejado a nadie vivo, ¿de qué te extrañas? —le dijo Klaus—. A todo esto, ¿dónde le viste?

—En el Universo.

—Me gusta esa forma de no decir dónde has estado —dijo para sí Marcus.

Los dos vampiros le miraron con cara de asombro. No podía haber dicho eso en serio.

—¿Por qué me miráis así? —Sí, lo había hecho.

—El Universo es una discoteca, idiota —explicó Aresha después de darle una colleja. Por lo menos no le iba a matar ninguna neurona, no tenía.

—Llevada por la mafia de los vampiros —continuó Klaus—. ¿Has ido a por Viktor?

—Ese sí me suena —Marcus se sentía avergonzado por lo de antes, e intentaba demostrar que algo conocía—. Intentamos atraparle varias veces pero siempre consigue escapar. Es el jefe del clan de la mafia ¿no?

—Muy bien, dile a Aresha que te de una galleta. Resulta que ese clan, con Viktor a la cabeza, no les gusta mucho que un vampiro sea famoso. Llevan varios días molestando y, como sigan así, van a ser ellos los que descubran a la raza ante los caecus. Me pregunto qué habrá dicho Viktor al verte después de todo —le preguntó a su amiga.

—No estaba —contestó Aresha—. A quien sí vi fue a Iván, su perro faldero. Le he dejado un mensaje que seguro que recibe.

—¿Cuál?

—Que si no se larga y me deja en paz le cortaré la cabeza con la misma espada con la que se la corté a Iván —respondió con una sonrisa angelical.

Esto hizo que Klaus pusiese los ojos en blanco y se sujetara la cabeza con una mano, dándose por vencido.

—Nunca cambiarás, de eso estoy seguro. Venía a decirte que me dejaras a mí las negociaciones con Viktor, pero ya veo que no me has hecho ni puñetero caso, como siempre —dijo cogiendo el pomo de la puerta—, así que me voy. Disfruta de tu almuerzo.

Aresha no le acompañó a la salida, simplemente le hizo un gesto de despedida. En cuanto Klaus marchó, Aresha puso su mirada en su mascota. A Marcus no le costó fijarse en la mirada fija en sus brazos.

—Tienes hambre ¿verdad? —le preguntó.

—Y que lo digas, pequeño.

Al abrir la boca, Marcus vio sus colmillos. Estaba sedienta. Aresha quiso cogerle uno de sus brazos. Marcus no estaba de humor y los escondió detrás de su espalda, ante la extrañeza de Aresha. No le había dado ningún problema a la hora de alimentarse de su deliciosa sangre. Sus miradas se cruzaron, buscando respuestas.

—Tú tienes hambre —Marcus le dedicó una sonrisa—, pero yo también.

—Ya lo pillo, quid pro quo —ella también le sonrió—, está bien, te daré de comer y luego tú me darás a mí —volvió a sus brazos—. Si no fueras tan rico, estarías muerto.

Unos rápidos macarrones con queso fue la comida de Marcus mientras ella, impaciente, se sentó a su lado. El sueño la invadía, pero necesitaba alimentarse, y rápido. Nunca hubiera pensado que un

mortal podía tardar tanto en comer.

Cuando por fin Marcus vació el plato, antes que hiciera el más mínimo movimiento por dárselo, se lo cogió. Lo dejó en la mesita mientras se acomodaba en su hombro. Harto de comida, Marcus alzó su brazo, rodeando a Aresha y dejando su extremo cerca de su boca. Notó los puntiagudos colmillos entrando en su carne. Después de un mes sirviendo de alimento a una vampira, el dolor de las heridas era inexistente aunque se le seguía durmiendo el brazo por culpa de su aural, el liquido que solo fabricaban los vampiros en sus colmillos y lo utilizaban para cosas muy diversas mezclándolo con sus aminoácidos especiales. Era el causante de la parálisis en las cuerdas vocales de las víctimas cuando les mordían. Por lo común, este era el uso más frecuente, acompañado con el de borrar la memoria de los mortales, uno muy útil a la hora de pasar inadvertido.

Mientras Aresha bebía apoyada en su cuerpo, Marcus comenzó a jugar con el colgante que ella llevaba colgado, junto a la llave de los candados que sujetaban sus cadenas. Era muy antiguo, seguro que le podría decir algo de ella. Le gustaba el dibujo que portaba, unas espadas que formaban una cruz sobre un fondo amarillo. Parecía un emblema o algo por el estilo. Si lo llevaba puesto, dedujo que significaba algo para ella. Pero no podría preguntárselo sin que amenazase con descuartizarlo. Cuando acabó de alimentarse, Aresha le quitó el colgante de las manos. No le gustaba que le prestase tanta atención.

—Tienes al lado la llave de tu libertad y solo tienes ojos para mi colgante ¿tanto te gusta? —le preguntó a la vez que lo escondía entre su ropa.

—No podría tocar la llave sin que te percatases. Prefiero tu colgante, sé que me puede decir algo de ti.

—No te dirá nada que necesites. —Se levantó de una forma brusca. Marcus no entendía porque era tan reacia a hablar de su vida. Solo tendría sentido si hubiera sido dura, como la suya. Entonces comprendería su cierre, aunque era exagerado. No le hubiera importado contarle su infancia, incompleta y sin familia.

—¿Ya te vas? —Marcus le suplicó que se quedara.

—¿Qué quieres, que me quede observándote? —le dijo Aresha.

—Es que estoy aquí solo y me aburro —lo dijo en un tono infantil y con la mirada baja.

—Eso es algo nuevo en ti, la manipulación afectiva. No te va a funcionar, no tengo instinto maternal. — la verdad es que se hubiera quedado si no estuviera tan cansada, pero no pensaba decírselo.

—No tienes corazón. —Le sacó la lengua mientras ella le mandaba un besito antes de salir de la habitación. La poca resistencia que mostraba Marcus ayudaba a mejorar la relación entre secuestrado y

captora. Aresha entendía que Marcus querría ser libre; tendría su vida y lo había arrancado de ella. Se preguntó cómo sería, si toda estaba dedicada a Heliatón o por el mundo tenía familia, novia o algún trabajo que le hiciese pasar por un mortal ignorante. Ellos no se darían cuenta que Marcus tenía algo, no sabía el qué exactamente, que lo hacía desentonar con el mundo diurno. Pero, aunque ansiara volver a su vida, Aresha se daba cuenta de que su mascota no se encontraba mal con ella. Conseguía asustarle si se lo proponía, sabía que debía temerla. Aún así, el resto del tiempo su relación era más cercana, incluso demasiado para la que debía ser realmente. Porque Aresha admitía, solo dentro de su mente, que ella también había cedido por primera vez en su vida ante un mortal. Odiaba a los humanos pero Marcus era el primer mortal que le caía bien. Como si no explicaría que le aguantase su actitud, la cual consideraría chulesca si fuera otro.

Aresha se dirigió a su habitación. Se puso directamente su camisón negro y se metió en la cama. Estaba agotada, después de acabar con Iván y de la pelea con ese tal Luca, decidió sobrevolar la ciudad antes de volver a casa. Era el método más seguro para estar fuera y que no la siguiesen. Porque encontrarla, ya lo habían hecho, tuvo suerte de que fuera un Heliatón y no un miembro de la manada de Gael. Gracias a los cielos no había vuelto oír hablar de él. Entrecerrando los ojos, deseó no volver a tener que escuchar su nombre nunca más. Pero esa petición no iba a ser cumplida.

Logan le estaba esperando en la entrada cuando llegó. Gael había recibido una llamada cerca del amanecer, cuando su manada ya se estaba preparando para el sueño. Si iba era porque parecía que, después de un mes, por fin había algo de Aresha. Desde que volvió a la caza, reconocía que se sentía más vivo, y que fuera Aresha su principal presa lo emocionaba aún más. Llegaba a olvidar que sus aliados eran los Heliatón, los principales enemigos no solo de los licántropos, sino de todas las razas. Tristán no dudaba en recordárselo, a veces subía el tono, pero su novia Layla sabía mantenerlo a raya. Su hermano siempre había sido el más impulsivo de los dos. Debía repetirle continuamente que sabía que se hacía y que no se había pasado al otro bando. Heliatón servía perfectamente para sus intenciones.

—¿Qué pasa que es tan importante? —preguntó cuando estuvo al lado de Logan. La recepcionista rubia no dejaba de mirarlos. Logan se lo llevó hasta el ascensor del fondo del edificio.

—Uno de mis chicos ha visto a Aresha. Es uno de los supervivientes de la embajada.

—Interesante —entró tras Logan en el ascensor—, ¿vino a por él?

—No, fue simple casualidad. Quiero que uses esa capacidad tuya para saberlo todo. Tú conoces mejor las tácticas de Aresha.

—¿Acaso no confías en tus hombres? —Era algo extraño para Gael, pero común en los humanos.

Logan tardó unos segundos en responder.

—Confío en Luca pero después de lo del embajador, no quiero arriesgarme.

—Te estás volviendo muy cauteloso —le dijo en un susurro—, si hubieras sido así antes no habrías perdido a tu hijo.

Logan le envió una mirada asesina. Ahí se había pasado. Gael rió entre dientes, lo sabía. Logan conocía las oscuras intenciones de Gael, quería provocarle y no le prestó atención en toda la subida del ascensor. No le iba a dar el gusto de crear un enfrentamiento. Era la manera que usaba Gael para demostrarle que no eran amigos y que, cuando todo acabase, nada cambiaría. Si le dejaba entrar en Heliatón, era porque le había arrancado la promesa de que esa información no la usaría para atacar a la asociación. Era un sobrenatural pero los licántropos siempre cumplían sus promesas, algo sagrado para ellos.

En el despacho de Logan les esperaba un hombre con un café en las manos. Era de estatura baja y su pelo en bucles era original. Gael se dio cuenta que, al entrar, el hombre lo miraba con curiosidad. No sabía quién era, pero tenía ganas de acabar con esa duda.

—¿Tú eres Luca? —Gael comenzó la conversación.

—Sí —Luca se levantó de la mesa, en la cual estaba apoyado, y le estrechó la mano. Quedó sorprendido ante la fuerza de Gael—. Te he visto por aquí, pero no sé cómo te llamas.

Gael miró a Logan. Este asintió con la cabeza, permitiéndole descubrirse.

—Mi nombre es Gael.

—Curioso nombre, ¿ascendencia argentina?

—Soy español —le aclaró—, como mi hermano Tristán.

—Nombres poco comunes pero bonitos —contestó Luca—, me imagino que si nos han presentado es porque acabo de ver a Aresha. ¿Me equivoco?

—Cuéntamelo todo.

—No hay mucho que decir. Estaba a punto de acabar mi ronda cuando pasé cerca de la discoteca Universo. En ese momento salió Iván, uno de los integrantes del clan de Viktor.

—Le conozco —interrumpió Gael—, es la mayor escoria en cuanto a vampiros se refiere. Es joven pero muy listo y poderoso. Intentó chulearme hace mucho, le devolví los pies al cuenco. Me pregunto si

aún tendrá mi mordisco en su hombro. Continua, por favor.

—Bien, al poco que Iván saliese como si acabase de ver un fantasma, salió Aresha. Me imagino que estaría enfadada, no lo sé seguro porque iba cubierta con esta capa —se la mostró. La había recogido del suelo cuando ella se fue—, lo único que vi fue como le cortaba la cabeza a Iván y se iba, dejando bien claro a todos quien era ella.

Mientras Luca hablaba, Gael cogió la capa de Aresha. Era idéntica a la que le arrancó en Transilvania la primera vez que se vieron. La acercó a su nariz y aspiró el olor que emanaba de ella. Lo reconocía, era Aresha sin duda alguna. Cerró los ojos, cuando los volvió a abrir tenían un tinte amarillento.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Logan al ver el cambio de color.

—Hacía mucho que no respiraba este perfume —contestó.

—Guarda tu ira para el momento necesario. —Logan no lo entendía, ni falta le hacía. Tener el perfume tan cerca de él le recordó la noche en la torre, cuando tuvo a la única vampiresa cuyo olor podía soportar, y que incluso le agradaba.

—Me han dicho que sobreviviste al ataque en la embajada —volvió a Luca.

—Sí, por desgracia. —Su cara y su tono de voz fueron melancólicos al afirmarlo.

—Hay algo indiferente para ti pero muy importante para nosotros —le explicó Logan—. En el ataque perdimos muchos hombres. Uno de ellos era mi hijo, pero he podido enterrarlo dignamente. Sin embargo, otro de los caídos, era como mi segundo hijo y el mejor amigo de Luca. Aresha lo mató y después se llevó su cuerpo.

—Le pedí por favor que me lo devolviera —Luca cerró los puños, cargado de ira—, y se burló de mi. Me da igual quién acabe con ella, pero quiero el cuerpo de Marcus. Se merece un entierro digno y que sus amigos le puedan llorar.

—No os dará nada sin que ella gane, estoy seguro. Será una estrategia, una trama, aunque nunca la he visto hacer eso. —Gael dudaba de si su amigo ya estuviera muerto en ese instante, podría haberse ido a merendar a otra parte. Quiso comprobarlo—. Luca, mírame fijamente.

Cuando este obedeció, se encontró con los ojos completamente amarillos de Gael. Entró en su mente con facilidad. Quería verla, saber cómo era ahora. Lo encontró rápidamente, Luca tenía esos recuerdos muy recientes y no los olvidaba. Aresha no había cambiado nada, seguía igual de atrayente que la última vez que se vieron. Tenía que encontrarla, y pronto.

—¿Algo que te sirva? —le preguntó Logan cuando Gael desvió la mirada.

—No, nada. Por si lo quieres saber, no he visto nada de un chivatazo.

—¿Qué ha pasado? —Luca estaba confuso, no entendía que acababa de ocurrir.

—Pregúntale a tu jefe —dijo con socarronería—, fue él quien me llamó.

Luca se quedó mirando a Logan. Le costaba decirle la verdad a su empleado, pues con su llamada de auxilio podía haber traicionado sus principios. Los lobos podrían perdonarle por ser una traición por amor, la única que podía ser indultada. Pero Logan no era un licántropo.

—Gael tiene la facultad de poder registrar las mentes. Probablemente es un don reservado para el rey de los licántropos.

—¿El rey de qué? —Luca estaba a punto de desmayarse y Gael se estaba divirtiendo viendo las caras de los dos mientras lo miraban. Luca empezó a reír—. Sí, buen chiste, casi me lo creo.

Gael empezó a reírse con él. Luca se relajó, hasta que le rey apoyó su mano en su hombro. Sus uñas comenzaron a crecer hasta llegar a un tamaño tres veces mayor al normal, se le estaban clavando en su piel.

—Vale, ya he pillado que no es un chiste —le dijo, apartándose de él. Su sonrisa había desaparecido, pero no la de Gael, que era mucho mayor.

—Usted mismo dijo que pondría todos los medios que hiciesen falta para encontrar a Aresha.

—Pero son licántropos.

—Son más fiables que los chupasangres. Y Gael es el que ha estado más cerca de conseguir matarla. Le necesitamos, Luca, créeme.

—Os ayudaré a recuperar el cadáver de vuestro amigo —les dijo Gael. Había cobijado sus dudas, pero por lo visto en la mente de Luca, ese Marcus estaba muerto, no percibió ningún movimiento en él.

—¿Cómo? —preguntó Luca.

—Ella no quiere un cuerpo para nada, por lo que si se lo ha llevado, es por vosotros. No le vais a encontrar tirado en una cuneta, lo mantendrá bien cuidado por si le sirve para negociar. Si de verdad queréis recuperarlo, no la matéis. Va a ser un hueso duro de roer, pero si me la dejáis, buscaré hasta en el más mínimo rincón de su mente para encontrarlo. Sé que dudas de esta prórroga pero, créeme, no perdéis nada y Marcus estaría agradecido. —Esto último lo dijo mirando a Luca. Gael quería ganarse la confianza de Luca, de todo Heliatón. Cuanto más confiaran en él, más fácil sería manipularlos. Porque Aresha era suya, y no tenía pensado dejar que nadie la tocase. Luca bajó los ojos y, suspirando, asintió. Lo había conseguido.

—Está bien. Lo importante es atraparla, da igual quién. Pero cuándo

lo sepas, avísame.

—Está hecho —le prometió Gael—. Debo volver con mi manada. No dormirán a gusto si no saben dónde estoy, sobre todo mi hermano.

—Si surge algo, te avisaré —se despidió Logan.

Gael salió del edificio cuando empezaba a amanecer en la ciudad. El mundo sobrenatural descansaba y le daba el relevo a los humanos ignorantes, los cuales ni se imaginaban que existiera el otro mundo. Era un grave error intentar atraparla directamente, Aresha tenía los suficientes años para evadir a todo un ejército de guardianes. Para alcanzar el éxito, el camino a tomar era su entorno. Vivía rodeada de jovenzuelos con menos de cien años a sus espaldas, el error de uno de ellos llegaría tarde o temprano. Y conociendo a las sanguijuelas, sabía cuál era el despiste más común. Necesitaba dormir, estar fresco para la noche. Si quería tener pronto a Aresha cerca de él, le esperaban largas noches de vigilancia.

8 Asquerosa suerte la mía

Ahora lo comprendía, había hecho mal, no, había hecho fatal. No es que los lobos le importasen un comino y mucho menos el rey, pero tenía hambre. Es lo que siempre le pasaba, se animaba entre unas cosas y otras, cuando se daba cuenta llevaba tres semanas sin alimento y el hambre lo empezaba a acosar. No tenía pensado que la sed de sangre le dominase, había sido un poseído por ella el que había acabado con su preciosa sire y condenado a la extinción. Si no hubiera sido por Aresha, no habría sobrevivido mucho a su querida transformadora.

Esa noche había sido discreto, de eso estaba seguro. Nadie se fijó en su figura al entrar en la zona de veda, incluso tuvo la suerte de no tener que rastrear demasiado. A los pocos pasos tras su llegada, observó como un chulo recogía su parte del dinero de las señoritas a su cargo, y no era precisamente un caballero. Las prostitutas eran un plato peligroso, pero sus extorsionadores, no.

Le vigiló hasta que la soledad fue su única compañía. No llegó a vislumbrarle, Klaus fue rápido e indoloro. En breves segundos le dio trabajo a los forenses. El problema le llegó después, cuando salía al mundo de los mortales útiles. Fuera la hora que fuera, la ciudad estaba repleta de gente. Cuanto más tarde, más cercana a su amplitud de caza. Fue varios metros más allá, donde todo le empezó a dar mala espina. Su olfato le advirtió y una mirada esquiva hacia atrás lo confirmó. Estaba empezando a oler a chucho y cada vez era más insoportable. Le habían encontrado solo una noche después de vislumbrar a Aresha. Debería haberse quedado en casa pero no se imaginaba esa mala pata.

Sus sospechas recayeron en un hombre de pelo claro, que compartía su camino desde unos metros atrás. Recordó las palabras de Aresha, los ojos azul cielo del perseguidor le delataron. Gael estaba muy cerca de él y no había posibilidad de salir indemne. Solo su amiga se encontraba entre los vampiros vivos después de encontrarse con Gael, y algo le decía que no se iba a engrosar la lista. Por lo menos si moría, salvaría a su representada, eso mientras no se le ocurriese usar su lectura de mentes. En ese caso, Aresha estaba perdida. Sus ubicaciones, sus lugares favoritos, sus compañías, absolutamente todo sobre la vida de Aresha estaba dentro de su cabeza, la misma que el rey miraba solo a unos pasos.

Pasaba junto a un gran escaparate, cuando Klaus paró. No pensaba llevarlo más cerca de su morada, ni del hogar central de Aresha. Dio

gracias a los cielos que la vampiresa estuviese en la casa más alejada de allí, junto a Marcus.

—¿Ya sabes quién soy? Deberías ir un poco más discreto por esas calles, con un Armani llamas demasiado la atención. —Gael mantenía una distancia entre ellos. Klaus siguió el consejo que le dio Aresha, no se dio la vuelta ni le miró a los ojos. Estaría a salvo, de momento.

—Tú tampoco sabes disimular muy bien, majestad —dijo Klaus, tenso hasta las puntas de su corto pelo—, hueles a perro desde diez metros y creo que me quedo corto.

Gael se rió. Esa risa provocó en Klaus unos escalofríos horribles. Debía procurar morir rápido para salvar a los demás.

—Tan gracioso cómo alguien que conocemos. ¿Eres su novio o solo su chico de los recados?

—Ni uno ni otro, soy su amigo. Parece ser que sin la mirada eres bastante inepto en el arte de adivinar.

—Fíjate, y yo que creía que eras tímido. Puedes darte la vuelta, no voy a hacerte daño.

—Seré más joven que tú, pero no soy tan tonto. No pienso decirte nada, ni desde mis labios ni desde mis ojos.

—Eso habrá que verlo, amigo —respondió Gael.

Klaus lo miro a través del escaparate. Sus manos estaban empezando a cambiar. No se iba a transformar en lobo allí, con tanta gente, pero sí podría hacer una semi transformación sin que nadie se percatase. Sus uñas empezaron a crecer y a afilarse mientras sus manos se volvían significativamente más peludas. Sus ojos deberían haber cambiado al tono amarillento, característico de los hombres lobo. Esos simples cambios pasaban desapercibidos para cualquiera que no los buscara. Gael empezó a recortar la poca distancia que los separaba. Klaus lo tenía claro, cerrar los ojos y obligarle a que le matase. Entonces ocurrió el milagro, aunque de la forma que menos hubiera esperado.

Un lobo parduzco apareció delante de él. La rabia y el deseo de atacar le acompañaban. Ignoró al vampiro, dirigiéndose hasta Gael. Este pilló de sorpresa al rey, cayó de bruces al suelo, mientras el lobo intentaba clavar los colmillos en su cuello, gruñendo. Gael lanzó un zarpazo a su atacante y volvió su atención a Klaus, pero volvió a su ataque, lanzando a Gael dentro de la tienda a través del escaparate. Un ataque tan brutal de un lobo hacia su propio rey solo podía indicar una cosa. El salvador de Klaus era un renegado.

Los lobos estaban llamando la atención de todo el público, lo que fue una gran ventaja para el vampiro, que se metió en un callejón sin que ninguna mirada le siguiese. La dama Fortuna le había sonreído pero no pensaba jugársela más. Alzó el vuelo en el momento justo para ver que el lobo renegado corría en dirección contraria, llevando

detrás a un Gael iracundo. En otro caso le hubiera ayudado, pero ese lobo se estaba sacrificando por él, no sabía la razón, y meterse en medio sería incumplir sus deseos. Su prioridad ahora era avisar a Aresha de que Gael pensaba cazarlos costase lo que costase.

Gael dio alcance a su agresor más lejos. Era un rincón oscuro y solitario, en la periferia de la ciudad. Ese lobo traidor iba a arrepentirse de interponerse entre él y su presa. Cuando estuvo a la distancia adecuada, saltó con un fiero aullido proveniente de su boca. Cayó sobre su nueva presa, pero ya no era él, sino un enorme lobo gris sediento de venganza. El pardo intentó resistirse, provocando una trifulca entre ambos, pero Gael le superaba con creces en fuerza. La pelea de perros tuvo el final predecible, el renegado con el cuello roto, tras unos breves minutos de incansable lucha.

Al amanecer, su cuerpo desaparecería, Gael aulló, lanzado el mensaje a los demás renegados. Allí estaba el cuerpo de su hermano, y él seguía vivo. Con todo esto, Klaus había tenido el tiempo suficiente para escapar. Volvió a casa, pero no con las manos vacías. Klaus no se percató pero sí que le había dado información, aunque solo era valiosa para él, una información muy agradable. Aresha se acordaba de él, lo que significaba que en el momento de su encuentro no sería un desconocido, el cuál recordase vagamente. Estaba aún en sus recuerdos, como ella estaba en los suyos, grabados a fuego, imposibles de olvidar.

Otra vez la casa. Veía horrorizado como su casa se quemaba y con ella su familia. Los llamaba a todos, una y otra vez, pero nadie respondía. Los aullidos se acercaban y se puso a llorar aún más fuerte. Estaba solo y huérfano. No sabía qué iba a hacer, cuando oyó una voz a lo lejos.

— ¡Marcus! Marcus, ¿estás ahí?

Alguien le llamaba. Se dirigió hacia la voz, un poco más cerca le resultó conocida.

—Tía Ele. ¡Estoy aquí!

De entre las sombras y las llamas surgió la delgada silueta de su tía. Llevaba puesto su camisón blanco y su hermoso pelo dorado estaba suelto y enmarañado. Ambos corrieron en busca del otro, Marcus la abrazó con todas sus fuerzas, era su única familia ahora.

—Mi pequeño Marcus, estás vivo. Me alegra el corazón solo con verte.

—¿Qué ha pasado, tía? ¿Y mamá y papá? ¿Dónde está la abuela?

Un ruido les sorprendió desde el otro lado de la casa. Parecía que había gente gritando al otro lado. Oyó una voz masculina.

—Quemadlo todo, que el monstruo no escape.

Su tía, al oírla, cogió a su sobrino con sus frías manos y se lo llevó en brazos. Se dirigió al bosque, lejos de las voces.

—Se han ido —le dijo—, ahora solo quedamos tú y yo. Debemos irnos o nos harán mucho daño.

—Tía Ele. —Marcus despertó, empapado en sudor. Miró hacia el reloj, estaba a punto de anochecer. Esta debía ser la primera vez que la realidad era más triste que el sueño. Seguía igual, atado a la cama de Aresha, secuestrado por la vampiresa y sin saber cuánto tiempo le mantendría con vida. Todos estos días el sueño se había repetido una y otra vez.

Aún le quemaba el calor de las llamas y la inquietud de su tía al oír las voces. Ese día, su vida cambió para siempre. Eleonor no paraba de moverse de un sitio a otro y él iba con ella. Se preocupó de que tuviera una buena educación, trabajó en diferentes oficios para poder mantener a ambos. Siempre quería estar con él, pero sus trabajos no se lo permitían. Cuando podía, su tía se sentaba con él y charlaban de cualquier cosa, no necesitaba más. Hasta que un día se la encontró llorando. Ele, al verle, le cogió en brazos y le dijo que no podían seguir así. Iba a empezar en el instituto y no le sentaba bien el cambiar tanto de ciudad. Solo quería que tuviese una vida como la de cualquier otro niño, y además, con ella estaría en peligro. Al día siguiente lo mandó a la bella ciudad, con un familiar de la rama de su abuela, un Mertincale. Desde ese momento no supo más de ella.

No se había recuperado aún del sueño cuando la puerta se abrió. Una Aresha recién levantada y con un camisón corto de seda negra apareció en el umbral de la puerta. La notó un pelín enfadada. Nunca la había visto en ropa de noche, debía pasarle algo para que no se hubiera vestido antes. Seguro que tenía que ver con su cara de mosqueo.

—¿Qué he hecho ahora? —Tenía claro que sus molestias debían tener relación con él. A fin de cuentas, ella no había salido de casa, como demostraba su atuendo y estaban solos. Aresha entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Levantó las persianas del cuarto, dejando entrar las últimas luces del día, y permitiendo a Marcus poder disfrutar de su visión. No abrió la boca, ni siquiera se quejó mientras estaba en la ventana y la luz le molestaba. Le miró y él desvió la mirada. No había podido evitar fijarse que la camisola de la vampiresa tenía muy poca tela.

—Creo que la próxima vez que decida adoptar una mascota, me aseguraré que no hable en sueños —le dijo, al fin. En su voz se percibía más aún que no estaba de humor—. No he podido pegar ojo

por tus gritos. No es necesario, pero si no duermo, me irrito y no querrás verme así, te lo aseguro.

—No sabía que los vampiros dormíais.

—No, si te acabo de mentir. —Dio una vuelta sobre sí misma—. Llevo puesto el camisón porque me va a juego con los pendientes y el collar.

—Si no llevas pendientes ni collar.

Aresha se lo quedó mirando, con la boca abierta unos segundos. Bajó la cabeza y la apoyó en su mano.

—Este chico es tonto. No me digas que a tu edad tengo que explicarte que es el sarcasmo. No me toques las narices, anda guapo.

Sí que estaba irritada. No querría verla sin dormir un mes. Aresha se acercó a su cama y se sentó a su lado. A Marcus ya no le importaba tenerla cerca, se estaba acostumbrando y aún no le había hecho nada. Le puso la mano sobre la frente.

—Estás ardiendo. ¿Te encuentras bien? —Creyó notar en su voz algo de preocupación.

—No es nada, se me pasará. Aunque no me importaría que me trajeses una camisa.

—¿Y perderme una fabulosa vista? De eso nada. Todavía estoy pensando en quitarte los pantalones, seguro que así no escapas.

—Y yo que pensaba que te preocupabas por mí.

—Venga, ahora hazme reír. Simplemente, no quiero que mi reserva personal enferme. Y tienes más de treinta y ocho grados, no creo que eso sea nada. —Se echó a su lado y dejó descansar la mano sobre su pecho, cerca de su corazón.

—¿Qué haces ahora? No me digas que necesitas un peluche para dormir.

—Estás ardiendo y yo tengo una temperatura bajísima, adivínalo. Es verdad, se me olvidaba qué eras tú.

Marcus lanzó un pequeño gruñido, pero admitía que tenía razón. Notaba la fría piel de Aresha en contacto con la suya y le estaba aliviando bastante. Ella movió la mano que tenía en su pecho unos centímetros, para oír mejor sus latidos.

—Eres el mortal con el ritmo cardíaco más bonito. —Había cerrado los ojos para concentrarse mejor.

—Vaya, gracias, creo. —Marcus solo esperaba que no se hubiera dado cuenta de que el corazón le había empezado a latir más deprisa, cuando ella se echó a su lado.

Estuvieron un buen rato sin hablar. Su estratagema estaba funcionando, había dejado de sudar y se sentía más fresco. Creía que Aresha se había dormido pero a veces se movía, debía estar durmiendo a ratos. Nunca se había imaginado de ese modo, preso y con su captora durmiendo a su lado. Pero estaba muy a gusto y

decidió no pensar en lo rara que es la vida.

—¿De qué va tu sueño? —Le sorprendió la voz de Aresha, parecía haberse despertado y aún seguía con su mano oyendo su corazón.

—¿De verdad te interesa?

—No, pero si no me hablas me voy a volver a dormir. —Marcus suspiró.

—Es un recuerdo de mi infancia, un mal recuerdo. Vuelve siempre por las mismas fechas. No te interesará pero yo no soy de aquí, nací al sur del país. Me crié con mis padres, mi tía y mi abuela. Tenía ocho años cuando oí a mis padres discutir, como siempre. Ese era el día de mi cumpleaños y no quería oírlos. No me preguntes por qué, pero me escapé hacia un pequeño bosque, al lado de casa, y me perdí. Cuando encontré el camino de vuelta, mi hogar se estaba quemando.

—¿Así, de repente?

—Creo que fueron unos hombres, no recuerdo bien. Mataron a todos menos a mí y a mi tía.

—Eleonor. Es el nombre que repetías.

—Ella me sacó de allí y me cuidó. Cuando llegué a la época de instituto, me mandó aquí, me dijo que quería protegerme. No sé qué ha sido de ella.

—No sabía que eras un cachorrillo abandonado.

—¿Querías que te lo contara para burlarte de mí? —le increpó a Aresha.

—No. La verdad es que te envidio, tuviste a alguien que te quería —contestó mientras se acomodaba más al lado de él—. A mí me vendieron. Vale, acabé en la corte y la reina Ana me trataba bien, no me podía quejar, pero no tuve a nadie que me quisiese de verdad hasta que llegó Isibal. Fue cómo una madre para mí.

Volvió a reinar el silencio. Marcus le había abierto su vida, eso solo lo sabían sus mejores amigos. A cambio de eso, Aresha había correspondido, era poco lo que le había dicho, pero parecía importante. No abrió más la boca, no quería fastidiar el momento, se sentía cómodo. La fiebre ya había desaparecido, pero ninguno de los dos se movió. Fue Aresha la que se separó, pero no se fue lejos, únicamente levantó la cabeza para poder mirarle. Vio la melancolía en sus ojos y no pudo evitar sentir compasión.

—Ese recuerdo. ¿Te gustaría olvidarlo, que no volviera a atormentarte?

—Con toda mi alma —ahora fue él quien la miró—, si sabes cómo te lo agradecería.

—Puedo ayudarte, pero no sé si te gustara. Sería mi regalo de cumpleaños.

—Si puedes hacerme olvidar, hazlo.

Aresha buscó en su colgante la llave y le quitó el candado de su

brazo izquierdo, dejándole la mano libre. Acto seguido, se sentó encima de él. Marcus no pudo evitar ruborizarse.

—Te lo agradezco, pero eso solo hará que lo olvide ese breve instante.

—¿Quieres dejar de pensar mal, idiota?

—Perdona, pero ahora mismo tengo una vampiresa preciosa, con un camisón escueto encima de mí. Normal que me haga ilusiones.

—Sigue soñando, soy demasiada mujer para ti. No vas a poder hablar mientras dure, así que, cuando vuelva el recuerdo, pellízcame en el brazo. ¿Preparado?

Cuando Marcus asintió, Aresha suspiró y clavó sus colmillos en el cuello de Marcus. Sintió el pinchazo y como Aresha le empezaba a sustraer sangre. No tuvo tiempo para protestar, una oleada de recuerdos apareció en su cabeza. Al principio estaban muy unidos y le producían dolor. Veía todos sus recuerdos, desde los primeros hasta los más recientes. Empezó a buscar el momento del incendio. Mientras, aparecían otros como su graduación, momentos con su madre, la apertura de la tienda, su entrada en Heliatón. Y, de repente, allí estaba. El fuego, el miedo, todo acababa de aparecer ante sus ojos. Le hizo la señal, Aresha liberó su aural. Cuando entró en el cuerpo de Marcus, fue como si hubiera entrado lava ardiendo en sus heridas y se dirigieran a su cerebro de la forma más dolorosa que encontraban. Intentó gritar con todas sus fuerzas, pero ya no tenía voz. Al llegar el nuevo aural a su cabeza, las imágenes empezaron a parpadear. Vio una luz brillante que aparecía y desaparecía, cada vez más rápido, hasta que todo se quedó a oscuras. Lo recordaba todo, pero si quería volver al momento del incendio no podía. Marcus se sintió despejado, feliz, por fin se había librado de sus pesadillas. Por fin era libre.

Aresha seguía bebiendo, eso le preocupó. Ya había sido eliminado el recuerdo, no precisaba seguir. Usó su brazo libre para darle un toque, que ya estaba listo. Pudo separarla un poco de su cuello, entonces la vio, completamente transformada. Acababa de rendirse a su sed de sangre, perdiendo el control. Al verse alejada de su alimento, le bufó y volvió a clavarle sus colmillos. Su cuerpo se pegó aún más al de Marcus y bebía con más avidez.

Debía hacer algo o le mataría, se estaba empezando a marear. Con las fuerzas que tenía, giró hacia la derecha, quedando así él encima de Aresha. Sabía que si no la sujetaba bien, ella volvería a su cuello una y otra vez. Usó sus piernas para sujetar las de Aresha, con las cadenas de su brazo derecho aprisionó una de sus manos y con la libre sujetó el brazo lejano. Una vez la pudo inmovilizar, hizo acopio de todas sus fuerzas, y de un tirón separó su cuello de los colmillos de Aresha. Esta se enfadó bastante, se retorció y contorneó todo lo que pudo para volver al cuello de Marcus, por suerte, este la había sujetado con

firmeza.

—Es tu sed de sangre, contrólate Aresha. Resiste. —Tras unos minutos, los ojos verdes de vampiro cambiaron a los verdes humanos y los colmillos se escondieron. Volvía a ser la Aresha de siempre, pero en su cara se reflejaba el miedo.

—¿Qué me ha pasado? —Se fijó en las heridas profundas del cuello de Marcus—. ¿Qué he hecho?

—Pensaba que tendrías controlada tu sed de sangre, por eso te dejé hacer eso— se había enojado.

—Y la tengo controlada. Pero ahora, tu sangre, siempre notaba que no había acabado que necesitaba más. —En ese momento se dio cuenta de la situación en la que estaba, completamente inmovilizada —. Suéltame.

—¿Cómo me puedo fiar de ti?

—No hace falta ser muy listo para ver que estás débil. Sangras en abundancia, y como otra gota de tu sangre me llegue a los labios, no sé cómo puede acabar esto para ti.

Marcus la liberó y se desplazó hacia el lado contrario. Aún más rápido que él, Aresha se levantó y se separó todo lo que pudo de Marcus. En la distancia, solo podía centrarse en la sangre que emanaba de su cuello. No entendía que le ocurría. Volvió a la realidad.

—No me creerás, pero no quería matarte. Bebí lo que necesitaba —mintió, intentando no mostrar su pavor, pero no lo hacía bastante bien en ese momento.

—¿Ah sí? Pues no lo aparentabas. Cuando ya había desaparecido, aún seguías pegada a mí. ¿Cuándo pensabas liberarte, cuando no quedara nada? —Tuvo que callar, el cuello le dolía una barbaridad.

—Mandaré a alguien para que te cure.

Aresha salió lo más rápido que pudo de la habitación. Encontró a Klaus, sentado en el sofá. Al ver su cara se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Qué te ocurre? Parece como si hubieras visto un Arcángel.

—Ve a la habitación de Marcus y cúrale una herida en el cuello. Ya hablaremos después. Por favor, ve.

Ante la insistencia de Aresha, Klaus hizo rápidamente lo que le había pedido. Al entrar vio a Marcus encogido de dolor, con una mano libre que sujetaba su cuello sangrante. Al verle, Marcus no supo cómo reaccionar.

—No pienso hacerte daño. —Lo intentó tranquilizar, pero no surgió mucho efecto.

—Igual que Aresha ¿no? —gritó, desesperado—. Y mira que me ha hecho.

Klaus cogió la silla y se sentó junto a la cama. Abrió el cajón de la

mesita, donde sabía que estaba el botiquín, e intentó acercarse a Marcus. El herido se resistió, no se fiaba de ningún vampiro en estos instantes. Klaus empezaba a perder la paciencia, si no fuese por el cariño que le tenía Aresha y porque se lo había ordenado, le dejaría desangrarse. Finalmente acabó haciendo que cediese.

—Si te sirve de consuelo, no se me olvida que eres propiedad privada. Tu rico manjar no es para mí. Déjame ver. —Quitó la mano de Marcus de la herida. Dos grandes agujeros por donde la sangre seguía fluyendo le preocuparon—. Vaya, son profundos. Pero hay solución, no te preocupes. ¿Se puede saber qué estabais haciendo para que ella te mordiese así? —Le dio un pañuelo para cortar la hemorragia mientras buscaba algo útil en la caja.

—Su sed de sangre. —Marcus susurró, al hablar le dolía—. Me engañó, no la tiene bajo control.

—No te engañó, sí que la tiene dominada, como nadie —corrigió Klaus. En ese momento, se dio cuenta y su cara tornó al más profundo estupor—. Un momento, ¿me estás diciendo que lo acaba de perder contigo?

—¿Tú qué crees, Einstein? —masculló. Klaus le empujó la cabeza contra la almohada.

—Si levantas la cabeza, sangraras más rápido —le aconsejó—. Es muy interesante, nunca ha tenido una mascota hasta que te trajo, y ahora resulta que pierde el control por tu culpa. Me parece que tu deliciosa sangre en un arma de doble filo para ti, y a ella le trae cambios en su conducta. Es un gran caso para la investigación, no estoy de broma.

—Se ha alimentado de mí desde que me tiene. ¿Por qué ahora? —se preguntó Marcus.

—¿Ves? A ti también te ha picado el gusanillo de la investigación. ¿Dónde te mordía estos días? Dime que era en sitios normales, por favor.

—En los brazos.

—Ah, entonces elemental, mi querido Watson. —Puso pose de Sherlock Holmes—. No es lo mismo brazos que cuello para nosotros. Este es más significativo, es el lugar dónde se da tradicionalmente muerte. El alimento en los brazos es utilizado para mantener con vida al sujeto. Es más difícil que os desangréis por ahí y que a nosotros se nos salte el instinto asesino. Caso resuelto. Ahora no te muevas.

Aún seguía preguntándose qué diablos le había pasado, después de

que Klaus entrase en la habitación de Marcus. Suerte que estaba allí, ella no podría haber vuelto a acercarse a Marcus sin volver a perder el control. Aresha prefirió volver a su habitación, estaba demasiado agitada y le iría mejor echarse un poco. No debería haberlo ayudado, pero le entendía. Perder a un ser querido te marcaba de forma profunda y poder olvidarlo era un gran alivio. El problema fue lo ocurrido después.

Intentó recordar lo que le había pasado junto a él. Le mordió, cuando la avisó desprendió su aural, hasta ahí todo perfecto. Debería haberle soltado, ya no necesitaba beber más. Pero el alejarse de Marcus se le tornó insoportable y sus colmillos no se lo permitieron. Le daban esa ambrosía para mantenerla en su sitio y ella no resistió la prueba. A partir de ese momento su racionalidad desapareció, cediendo su puesto a su sed de sangre, la que desde antaño no había vuelto. Recordaba incluso como, en su aprendizaje, Isibal llegó a felicitarla por lo rápido que la había controlado. Desde ese momento no afloró más, hasta este momento, con Marcus.

En su pecho, varias gotas de la fría sangre de Marcus habían caído sobre ella cuando la sujetaba. Recogió las gotas, deslizando el dedo por su piel, y se las llevó a los labios. Era irresistible, todo su cuerpo disfrutó con el sabor. El placer pronto fue sustituido por el miedo. Volvía a sentirse como dentro de la habitación, perdiendo el control.

Klaus salió de la habitación de Marcus. Aresha solo podía ver sus manos, llenas de sangre de Marcus. Su mánager se dio cuenta de su estado, antes de entrar en su habitación se las limpió. Aresha se lo agradeció, no hubiera sido muy cortés si, al entrar, se hubiese abalanzado sobre él. Porque sabía que lo habría hecho, si se acercaba a ella lo suficiente para oler la sangre.

—¿Como está? —le preguntó a Klaus.

—Se pondrá bien, pero no vas a poder alimentarte de él durante unos días. Está muy débil, un poco más y su única salvación hubiese sido la conversión.

—Menos mal que fuiste médico en situaciones extremas.

—Y que me dio por venir —añadió.

Viendo el estado de Aresha, Klaus se acercó hasta su posición. Se sentó en la cama, junto a sus pies, mientras ella mantenía escondida la cabeza entre las piernas.

—¿Puedo preguntarte que te ha pasado?

—No lo sé —contestó con un susurro.

—Me dijo que perdiste el control sobre tu sed de sangre. Según tus historias, nunca te molestó, desde tus principios.

—La controlé rápidamente y jamás volvió. —Levantó la cabeza. Klaus vio en sus ojos miedo y confusión—. Pero cuando le borré los recuerdos a Marcus, mi sed no quería que me alejase de su cuello y

perdí la batalla.

—Debes deshacerte de tu mascota —le dijo Klaus sin miramientos —, si te hace esto, no merece la pena arriesgarte.

—No —fue rotunda—, eso es coger la solución rápida y me niego a hacerlo. Lo que debo hacer es enfrentarme a mi problema. Además, le necesito. Recuerda que nos buscan.

—Ah sí, hablando de eso, no traigo buenas noticias —avisó. Aresha lo miró, curiosa—. He visto a Gael.

—¿Qué? —Aresha se alarmó—¿Estás bien? ¿Sabe algo?

—A lo primero sí, a lo otro, no llegué a mirarle a los ojos. Tuvimos suerte.

—¿Suerte? Creo que eso es lo que nos falta. Primero, me encuentra un Heliatón, luego pierdo el control y ahora resulta que casi matan a un amigo por mi culpa. Asquerosa suerte.

—No es tan asquerosa. Date cuenta que algo nos ha salvado siempre, no es tan mala.

—Odio depender de una única carta jugada a última hora. —Lo malo es que desde que había conocido a Marcus, era lo que siempre le pasaba.

—Siempre es mejor que nada —la animó.

Tenía razón, pero eso no le bastaba. Nunca dejaba nada al azar, todo lo que hacía llevaba tras de sí un meticuloso plan, barajaba todas las posibilidades para que nada saliese mal. Todos estos fallos sucedidos estos días eran errores en sus planes, algo que no podía permitirse con tanta antigüedad a sus espaldas, y menos ahora que su vida corría un peligro real. ¿Qué le estaba pasando? Aquello no era normal en ella.

Logan no hacía más que llamar a Gael, y este no respondía. No le apetecía nada salir de Heliatón, no descansaba bien desde hacía varios días y se sentía cansado. Una grata noticia acababa de llegar a sus oídos, una apta para que los licántropos hiciesen algo. No dudaba de su lealtad hacia su trato, pero Gael y los suyos no habían conseguido nada, solo tonterías que su equipo podría haber descubierto dos horas después. Si la cosa no cambiaba, iba a empezar a replantearse las ideas.

Al no contestar, Logan decidió muy a su pesar dirigirse hasta la mansión del rey. Era un plan desagradable, la casa estaba llena de chuchos sarnosos a los que Gael llamaba hermanos, los cuales, no eran muy amigos suyos.

Mientras se desplazaba por las calles con su coche, se convencía a sí mismo que había hecho lo correcto aliándose con Gael. Lo hacía por su hijo, por Marcus, y por tantos hombres que perecieron por la crueldad de la vampiresa. Merecía la pena con tal que Aresha desapareciera de la faz de la tierra, que sufriera aunque solo fuese una mínima parte del dolor que provocaba en la gente como él.

En media hora, llegó a la residencia del licántropo, a las afueras de la ciudad. Era una casa enorme, sin vallas ni cercados, no las necesitaban. La mansión estaba rodeada por todas partes de vegetación, algo normal teniendo en cuenta que cerca se situaba uno de los más bellos parques naturales. Gael era el único que tenía permiso para edificar tan cerca, perfecto para que los lobos campasen a sus anchas. Logan, receloso, se paró a un par de metros de las puertas. Que fuese su casa no significaba que estuviese en ella, ahora. Y no vivía solo, todos los demás residentes deseaban hincarle el diente, literalmente. No era un cobarde, pero tampoco un suicida. Volvió a marcar el teléfono de Gael, quería asegurarse que estaba allí dentro antes de aventurarse a la boca del lobo. Nunca mejor dicho.

Igual, sin contestar. Mientras el tono de espera seguía sonando en el móvil, una musiquita empezó a sonar tras él. Logan se dio la vuelta sin que su mirada encontrase nada. Esa música estaba cada vez más cerca, instintivamente, su mano fue acercándose a su pistola mientras parecía discernir una sombra desde los árboles. Lo que vio le dejó estupefacto. Su sombra era un enorme lobo gris, caminaba lentamente hacia su dirección sin inmutarse, inmenso y majestuoso. Su pelaje, sedoso y abundante, no ocultaba unas tremendas zarpas, capaces de desnucar a un conejo con solo apoyar la pata en su cuello. Su color predominante era el blanco, lo que hacía que su cola negra se apreciase aún más. Tenía miedo y también admiración por ese lobo gris en su cuerpo. Entre sus dientes, una chaqueta gris llena de barro se zarandeaba mientras el móvil sonaba en uno de sus bolsillos. Le gruñó varias veces a su pitido infernal.

—¿Gael? —Logan apagó su móvil y el sonido que estaba desesperando al lobo se desvaneció. En ese instante, sus gruñidos cesaron. Gael, al oír su nombre, buscó con la mirada al que lo había nombrado. Al descubrirlo, sus gruñidos volvieron e incluso aumentaron.

—No seas tan gruñón, traigo buenas noticias sobre Aresha.

Gael caminó hasta la puerta de su casa, después de dejar su chaqueta en los pies de su acompañante. Cuando llegó hasta ella se sentó y tranquilamente, tras rascarse las pulgas, empezó a aullar. Logan lo vio como una manera de decir a sus hermanos que ya estaba en casa. Acertó, a los pocos instantes esas infranqueables puertas se abrieron. Gael dio dos pasos y giró su cabeza de lobo para mirar a

Logan. Le estaba invitando a pasar. Con cautela, sus pasos se dirigieron hacia la puerta a la distancia correcta de Gael, el único que evitaba que perdiese la vida al entrar. Siguió sus pasos hasta la sala central, donde le había visto por primera vez. Allí, una figura conocida les esperaba. Tristán no ocultó su cara de disgusto cuando vio a Logan. Que junto a él estuviese la sensata Layla era algo bueno para el Heliatón.

—¿No tenías nada para comer y te has tenido que conformar con este? —Le preguntó Tristán a Gael mientras miraba con desagrado al invitado—. Prefiero comerme una mofeta.

Gael respondió con un gruñido a su hermano.

—¿Qué, te han salido mal las cosas? —otro gruñido. Por lo visto, no es que solo pudiese hablar así en su forma animal, sino que se añadía que no estaba de humor. Un humor de perros, pensó Logan para animarse con un mal chiste. Tras varios gruñidos más a Tristán, esta vez de conversación, Gael subió las escaleras que llevaban al segundo piso de la mansión.

—¿A dónde va? —preguntó Logan—, tengo que hablar con él.

—Ha ido a cambiarse —contestó Tristán—, mi hermano también quiere hablar contigo y no piensa hacerlo en cueros.

—Ni creo que tú quieras tampoco —remató Layla.

Logan asintió con la cabeza. Era entendible, necesitaba volver a su forma humana para poder saber qué decía, y era muy generoso de su parte no transformarse frente a él. Miró la chaqueta de Gael, en sus manos.

—Quiere que se la cuides mientras yo te cuido a ti —le dijo Tristán.

—No veo que te haga mucha ilusión.

—Ninguna —bufó—, pero cuando está de mal humor, le encanta fastidiarme, desde que éramos pequeños.

—Que ricuras debíais ser. —Layla se estaba divirtiendo. Para ser loba, era la más encantadora de los tres.

—Pensaba que los tres erais hermanos —dijo Logan. Layla rió.

—Aunque me llamen princesa, no. Soy más joven que los Montalbo.

—Ya me parecías demasiado simpática para ser de la familia.

—¿Acaso intentas ligar con mi chica? —Tristán se adelantó, pero Layla le paró los pies.

—Pareces bobo, cariño —le dijo con dulzura—. Soy un lobo y él un Heliatón.

—Nunca podría funcionar. —Logan aclaró con ironía la frase de Layla—. Una pena, no eres fea.

La aparición de Gael por la escalera evitó que un Tristán comido por los celos le arrancase un brazo a Logan. Se había puesto un pantalón de un tono grisáceo, junto con una camisa de rayas marrones y negras y unas botas negras. Su pelo estaba un poco enmarañado, y no hacía

más que rascarse el cuello. Logan nunca se hubiera imaginado que el rey de los lobos tuviese pulgas. Sintió curiosidad por saber que les pasaba a las pulgas cuando volvía a su forma natural, perdiendo el pelo del cuerpo.

—No son pulgas, es una herida —gruñó Gael. No se había dado cuenta que sus ojos aún no eran azules completamente.

—¿Klaus te ha atacado? —preguntó Layla, preocupada—. El novio de Aresha es muy osado, entonces.

—¿Klaus? ¿Qué me he perdido? —Logan no sabía de que hablaban.

—He estado haciendo guardia varios días en la zona de caza de los vampiros —explicó Gael—, me imaginaba que Aresha no se atrevería a rondar esa zona, pero siempre algún conocido acaba haciendo el idiota. No te lo conté antes porque no encontré nada. Hasta hoy, que sí lo he visto.

—¿Lograste algo de información? —se interesó el Heliatón.

—Bah, únicamente que son solo amigos. No se dio la vuelta y, cuando quise obligarlo, me llevé una sorpresa —volvió a rascarse el cuello.

—¿Te atacó Klaus?

—Ya me gustaría. Fue un asqueroso renegado.

Logan había oído hablar de ellos. Los licántropos renegados, los traidores de la raza. Eran varias manadas que no seguían al rey, a Gael. Cuando Logan hablaba de ellos a sus hombres, los comparaba con terroristas. En el mundo de los lobos, todos los odiaban. Para él no eran ni mejores ni peores, eran más monstruos sanguinarios con otro líder.

—¿Un renegado salvó a Klaus? ¿Para qué? —se preguntó Tristán.

—No necesitan motivos para fastidiarme —gruñó Gael—. Por su maldita culpa perdí nuestra mejor pista. Nunca disfruté tanto de romperle el cuello a un traidor.

—Podrás vengarte de Klaus pronto —intervino Logan.

—¿Qué quieres decir?

—Es la buena noticia que traigo. Mis chicos han descubierto un gran desliz en su plan de desaparición. En unos días, Aresha actuará en la televisión y el canal es el de esta ciudad. Ya sabemos dónde estará en un momento determinado, y pensé en vosotros para atraparla.

—Es decir, que quieres que hagamos el trabajo sucio ¿no? —le increpó Tristán.

—No es eso. Ella esperará gente de Heliatón, no lobos.

—Lo dudo —dijo Gael—, creo que sabe que estamos con vosotros. Pero déjanoslo igual.

—Me alegra que estés tan interesado en hacer algo por Heliatón.

—Si os hago un favor, me tenéis que conceder uno —contestó Gael con media sonrisa—, y hay algo que podéis hacer por mí.

—¿Qué necesitas?

—Que me quites de en medio a los renegados.

Cuando Aresha oyó el timbre, afinó su olfato y, al darse cuenta que era conocido, sonrió. Klaus se había quedado con ella para proteger a su paciente, estuvo mientras intentaba volver a acercarse a Marcus, siempre cuando este estaba dormido, no solo para no asustarle, también porque desde ese momento oía mejor su corazón, y lo que menos quería era que latiese a mil por hora. Descubrió que a una distancia normal no había problemas, siempre y cuando no sangrase. Pero mejor eliminar su costumbre de sentarse junto a él, ya que solo podía oír su torrente sanguíneo, y era entonces cuando no se sentía a gusto. Incluso, era una soberana tontería, pero creyó notar en Marcus una inquietud cuando ella se acercaba, aunque estuviese dormido. Toda la confianza que tenían se había esfumado. Era lo único que Marcus pedía, seguridad y confianza. Y ella no los había mantenido.

Se le alegró el corazón cuando vio a Alanis en la puerta. Desde el día que vinieron a prevenirla no había vuelto a ver a ninguno de los dos hermanos. Ambas amigas se abrazaron, contentas del reencuentro. Alanis seguía igual, con sus pintas siniestras pero su pelo era ahora un poquito más largo.

—Te echaba de menos —le dijo Alanis—, no tengo a nadie a quien contarle mis cosas.

—Yo también te he añorado. Hay cosas de las que no se puede hablar con Klaus.

—Fue él quien me avisó para que te hiciese compañía.

—Me lo imaginaba. Tiene varias cosas pendientes, me llamó diciéndome que no iba a poder venir, pero que no quería dejarme sola.

—Sí, ya sé lo que te pasó con tu humano. Por eso te traigo esto. —De una bolsa sacó una pequeña botella de agua rellena de sangre—. Es de mi última caza, está fresca.

—Gracias. —Eso no se lo esperaba. La verdad es que tenía un poco de hambre.

—No importa, para eso están las amigas. Además, parece que soy la única que puede cazar en paz.

Se digirieron al salón para ponerse cómodas. Aresha se bebió de dos tragos la botella de sangre que le había traído.

—¿Os han molestado? —le preguntó Aresha cuando acabó.

—Tranquila, no sospechan nada —contestó Alanis mientras se

dejaba caer en el sillón. Aresha se mantuvo de pie—. Blues se ha ido a un congreso de tatuadores fuera del país, así que no hay problema con su rey.

—Me alegro. No quiero que os hagan nada por mi culpa.

—Seremos jóvenes, pero también sabemos defendernos —protestó Alanis.

—Si Gael os buscara, no tendríais salida. Ni yo podría vencerle, por eso prefiero esconderme.

—Bah, eso es que estás oxidada —Aresha le lanzó una mirada incrédula—. Es broma, mujer.

—Vosotros tened cuidado.

—Vale, mami —se burló Alanis—. Cambiando de tema, ¿se puede saber qué te pasó con tu mascota? Klaus no me quiso decir nada, solo que cuidara que no entrases sola en su habitación.

—No es fácil de explicar. Bueno, sí lo es pero me cuesta contarlo.

—¿Tan malo fue?

—Perdí el control —le dijo.

—En el sentido…

—De la sed de sangre —acabó Aresha—, me dominó y casi lo mato.

—Oh, pues entonces sí es malo —dijo ella—, no sé, me esperaba que te hubieses tirado a su cuello, pero no de ese modo.

—Por favor, Alanis.

—Reconoce que el chico es mono, y creo que le gustas.

—Tengo más de trescientos cincuenta años, ¿piensas que me voy a fijar en un mortal? Eso es cosa de los nuevos. —Aresha se había molestado.

—Que la costumbre sea que solo a los menores de ciento cincuenta se enamoren de humanos no significa que sea una regla estricta —contestó Alanis.

—Es infantil —le dijo—. Es un bebé para mí, y me gustan con más cerebro.

—Bueno, lo que tú digas, cabezota —concluyó Alanis—. Si quieres, me ocupo yo de cuidarlo esa noche que no vas a estar.

—¿Qué noche? —preguntó.

—La de la actuación en la tele que Klaus firmó demasiado rápido. No me digas que no te acordabas.

—¿Tú qué crees? —Aresha se sentó en el sofá, situado frente al de Alanis. El tiempo había pasado demasiado rápido y no le dio tiempo a pensar que iba a hacer. Tenía que actuar, sería peor si lo suspendía porque entonces los buitres carroñeros, que llamaban prensa rosa, la perseguirían hasta que conociesen su paradero y bien que le costaba ocultarlo.

Suerte que se creían expertos en el arte del camuflaje sin serlo, no le era difícil darles esquinazo después de dejarse sacar unas fotos por las

calles de la ciudad. Pero aún con eso les reconocía su empeño y perseverancia, mejor no arriesgarse. No sería difícil pensar algo para imprevistos, lo que le preocupaba era el nuevo cabo suelto. Su mascota. Blues no estaba y era en el único que confiaba para protegerle. Klaus y Alanis eran buenos chicos, pero vampiros al fin y al cabo. No sería sensato dejarles al cargo del humano con el que ella llegó a descontrolarse, a no ser que se quisiese deshacer de Marcus. Todavía no era el caso.

—Gracias, pero no —le contestó a Alanis —. Creo que me lo voy a llevar.

—¿Estás loca? —Del asombro, Alanis dio un brinco en su sillón—. Recuerda que no está aquí por su voluntad. Te traerá problemas si lo dejas suelto. Ya te los da atado…

—¿También eres de las que piensan que debo deshacerme de él? —increpó Aresha.

—Ni de coña, ejemplares como ese no se encuentran todos los días. Pero si Klaus te lo dijo, porque quién si no, es solo que se preocupa por ti. Si no tuviera tan buen sabor, entonces sí le apoyaría.

—Hay algo que me viene a la cabeza, un truco que me enseñó Isibal para que un humano dependa de ti y no te abandone. —Aresha buscó lápiz y papel y comenzó a garabatear sin parar—. Necesito que me hagas un favor.

—Dime.

—Necesito saber si me puedes conseguir todo esto. —Le pasó el papel. Alanis lo leyó durante unos segundos.

—Sí, creo que puedo encontrarlo todo. Ahora la mayoría de estas cosas son comunes y baratas.

—Del dinero no te preocupes, te lo dará Klaus en cuanto le avise —Aresha volvió a reír después de tanto—, si esto funciona, mi problema está resuelto. Ahora solo queda poder acercarme a Marcus sin que le mate.

—¿Lo conseguirás? —preguntó su amiga. Aresha sonrió.

—Conseguí escapar del rey de los licántropos. Claro que puedo.

9 Lazo de sangre

Todo estaba preparado, Alanis había sido rápida trayéndole los ingredientes que necesitaba. No le costó recordar la receta que Isibal le había enseñado, tiempo atrás. El resultado era un veneno potente, el cual solo tenía una cura, una muy personal. En cuanto se lo administrase, se convertiría en algo esencial para Marcus, alguien indispensable para su supervivencia. Recordaba la faceta suicida de su mascota, pero seguro que cuando descubriese los efectos del elixir, eliminaría de su mente su idea de no importarle morir. Este era un veneno muy doloroso que actuaba temprano, primero levemente pero tras unas horas, los síntomas empeoraban, provocando un dolor insoportable. Si no se daba el antídoto, la persona infectada moriría tras muchos dolores y una gran agonía.

Tras mezclar todos los ingredientes, se dispuso a introducir el último, uno que no se podría comprar. Aresha buscó un cuchillo en el cajón de la cocina. Cerró la mano sobre el objeto y la deslizo suavemente hasta que comenzó a asomar un hilo rojo. Colocó su mano encima del recipiente para que su sangre cayese sobre la mezcla. Al hacerlo, el líquido adquirió un tono verdoso, signo de que estaba listo para ser suministrado. Con una jeringuilla nueva separó una parte y guardó lo demás para la verdadera ocasión. Ahora, debía acercarse a Marcus y mostrarle qué ocurriría si se portaba mal. Esa era la parte del plan que más temía. Ya había hecho pruebas, pero siempre Marcus estaba dormido. Lo necesitaba despierto, que se enterase de todo.

Entró en su habitación con cautela. Marcus dormía, y para su suerte, un vendaje tapaba los agujeros que ella hizo con sus colmillos. Había recuperado su tono normal de piel, volvía a tener la sangre necesaria pero no quería volver a probarle, por si acaso. Estaba tapado hasta el cuello y su corazón latía tranquilo y con el ritmo que le encantaba. Cuando Aresha se sentó en la silla, el corazón de Marcus empezó a latir más intensamente, percibía su presencia. Marcus abrió los ojos y la visión de Aresha no le extrañó, ya sabía que estaba allí. Había empezado a acostumbrarse a su presencia y sabía cuándo estaba junto a él, igual que los días en los que la había adivinado vagamente, solo unos minutos, mientras dormitaba. Se había sentado junto a él, pero en la silla. Parecía que quería guardar las distancias tras el incidente del otro día. No se equivocaba, no le importaba tanto el casi haberlo matado, pero sí no poder controlarse. Y le estaba empezando a fastidiar que siempre pasase cuando se acercaba a él.

—¿Has vuelto a tener ese sueño? —dijo, intentando parecer

tranquila.

—No, lo siento —Marcus esbozó una sonrisa de desprecio—, no vas a poder morderme hoy.

—Puedo morderte cuando a mí me venga en gana. —Se acercó demasiado a su cara. No podía evitar fijarse en su cuello, otra vez lo iba a hacer. Se recompuso y volvió a sentarse—. No sé por qué te enfadas, querías olvidarlo ¿no?

—Sí, pero no a costa de que me dejases seco.

—Te repito, solo bebí lo necesario.

—Sí ya, lo que tú digas. —Lo que faltaba, su mascota se rebelaba. Pues no pensaba dejar que le tomasen el pelo. Le cogió el brazo con brusquedad y le clavó la aguja de la jeringuilla. Marcus lanzó un potente grito.

—¿Se puede saber qué haces? —Le había dolido y bastante.

—Bajarte los humos —le contestó bastante molesta—, dentro de unas horas no estarás con fuerzas para protestar.

—¿Qué es?

—Un veneno.

—¿Me vas a matar? No es ese tu estilo.

—¿Matarte? No, ya quisieras. Solo quiero que veas cómo te vas a sentir si te saco de paseo y sales corriendo demasiado lejos.

—¿De qué hablas?

—Dentro de unos días tengo una actuación y tras pensarlo detenidamente, he decidido que me acompañes. Pero por si intentas escapar he preparado esto. Huye o mátame, entonces tú caerás, y no es muy agradable. Quiero que lo pruebes para que no dudes. Tranquilo, en cuanto vea que has aprendido la lección te daré el antídoto. Pero te aseguro que hoy te pienso mostrar todo su dolor. —Se fue dando un portazo.

Marcus estaba extrañado, el tiempo que había pasado con Aresha se había mostrado bastante sereno. Le encantaba jugar con él, demostrar que solo era un juguete y que no podía hacer nada para cambiar la situación. Él era su mascota y ella dirigía la correa. Sin embargo, desde que le había borrado su recuerdo y estuvo a punto de matarlo había empezado a comportarse de forma distinta.

No quedaba ahí la cosa, dentro de él se había creado un sentimiento de culpa, pequeño pero molesto. Aresha estuvo a punto de matarle, pero fue sin intención. Por eso se sentía mal por despreciarla, pero también estaba enfadado por lo ocurrido. El incidente le hizo pensar en el futuro. Cuando dejasen de molestarla y pudiese alimentarse de una sola vez; ¿qué sería de él?

A su mente volvieron las preguntas que rondaban por su cabeza al comienzo de su secuestro. Aresha acabaría matándolo, no la veía aguantando mucho tiempo a un simple mortal. No sabía que sería de

él, pero se sentía con ganas de luchar. Al ver la cara de Aresha cuando la tuvo que apartar de su cuello le dio fe, parecía que aún no estaba en sus planes deshacerse de él. No le hacía mucha gracia, pero era una buena reserva de una suculenta sangre para ella. Entonces ¿qué le había pasado aquel día?

Aresha se estaba preguntando lo mismo solo unos pocos metros más allá. Tras su dramática salida de la habitación había apoyado su cuerpo en la pared que la separaba de él. No le veía pero aún se sentía inquieta. Nunca en su vida había perdido el control delante de un prisionero y menos tantas veces. Ya no se entendía a sí misma, había controlado su sed de sangre fácilmente. Sin embargo cuando le mordió no podía parar. Si no hubiera dejado la mano de Marcus suelta, no podría contarlo. Lo que más le preocupaba era esa falta de control que se apoderaba de ella cuando estaba a su lado, esa incapacidad para levantar un muro entre ellos, que él se percate de sus emociones, como le acababa de ocurrir.

Ambos se miraron aunque no se veían. Aunque una pared les separaba, lanzaron sus miradas hacia donde estaba el otro, y sabían que la otra persona les observaba, como si la pared fuera de cristal. En sus mentes compartían una pregunta: ¿Qué les estaba ocurriendo a los dos?

Una joven sollozaba en lo alto de la montaña, con la mejor vista de la bella ciudad. Era una imagen maravillosa, pero no podía consolarla. Este sitio ya no podría ser el lugar ideal de antes, no sin su pareja. Llevaban sesenta años juntos y Gael se lo arrebató. Le rompió el cuello, y luego se mofó, gritando a toda la ciudad lo que acababa de hacer. Su hermana pequeña se acercó a ella por la espalda y la abrazó.

—Nos vengaremos Dona, ya lo verás —le dijo.

—No es tan fácil, Miriam. —Dona agradeció su abrazo. Se secó las lágrimas, sin consuelo—. Es el rey.

—¿Y? Todos estamos unidos, no podrá vencernos si luchamos juntos. —No se dio cuenta que una loba parduzca se había unido a ellas.

—¿Ves? Raquel está conmigo. —Dona sonrió a Miriam, era la más positiva de las tres.

Raquel les habló en su idioma de lobos. Era sobre Niton Mahkwi, su jefe, líder de los renegados.

—¿Mahkwi ha vuelto? —Miriam estaba ilusionada.

Dona se alegraba pero no podía compartir toda la ilusión. Esperaba

al menos que Mahkwi trajese buenas noticias sobre lo que se les había encomendado.

Aresha tenía razón, el veneno no era nada agradable. Marcus estaba solo, retorciéndose por el dolor que le quemaba dentro. Las primeras horas solo experimentó una alta fiebre y algún mareo, pero era leve. Ahora su mareo se había intensificado de tal manera que, incluso echado, el mundo se movía rápidamente. Le acompañaba encima un tremendo dolor, imposible de ubicar pues estaba por todo el cuerpo. Sabía que si llamaba a Aresha todo desaparecería, pero no pensaba caer. Estaba enfadado y el sentimiento de culpabilidad, esfumado. Ya no era como el mordisco, cuando le borró los recuerdos, esto lo había hecho con todas las intenciones. Aresha conocía el dolor que le estaba causando y empezaba a dudar de lo que dijo, que aún no iba a deshacerse de él.

De repente, el dolor se agudizó más si cabe. Comenzó por su estomago y se propagó rápidamente por todo su cuerpo. En ese momento, su garganta hizo caso omiso a su orgullo y gritó mientras se encorvaba de sufrimiento. Grandes lágrimas de dolor corrían por sus mejillas, cuando su corazón comenzó a tocar una canción de guerra. Notaba que iba a perder el conocimiento y quizás la batalla, algo frío le separó los labios y le introdujo un extraño líquido. Al entrar en él, solo tres sorbos redujeron su agonía. Una mano le levantó la cabeza mientras seguía disfrutando de su salvación. Al acabarse el líquido, la mano se fue y Marcus no se movió. Estaba agotado, quería descansar ahora que se había ido.

Aresha se mantuvo en la silla hasta que recobró el conocimiento. En su mano portaba un vaso de cristal manchado de rojo.

—Eres terco, muy terco —le dijo a Marcus—, casi haces que el veneno te mate.

Marcus movió la cabeza para otro lado y cerró los ojos. Le iba a costar decir esto.

—Tú ganas.

—¿Significa eso que no escaparás si te llevo conmigo?

—No me importa morir, pero no así. Sé que me matarás tarde o temprano, así que mejor si es de una manera menos dolorosa.

—¿Por qué crees que voy a acabar matándote? —le preguntó Aresha.

—Seamos realistas, odias a los humanos. No me tendrás para toda la vida, es muy engorroso para ti. Y no me liberarás siendo un Heliatón.

Estoy condenado a muerte.

—Es una pena que pienses así. —Se levantó—. ¿No quieres saber cuál es el antídoto?

Marcus la miro extrañado.

—¿Quieres que lo sepa? Podría buscarlo y escapar cuando supiese dónde encontrarlo.

—No lo harás —se rió—, el antídoto no se vende en ningún lado. Es más, te puedo decir que solo lo encontrarás aquí, en esta habitación.

Marcus estaba perdido. No entendía nada de lo que le acababa de decir hasta que Aresha extendió su brazo. Vio una pequeña marca de herida que se estaba curando rápidamente. Recordó el sabor del líquido salvador y miró el vaso que Aresha portaba en sus manos.

—Es… Me estás diciendo que me…

—Te di mi sangre para salvarte. Para hacer el veneno, tuve que introducir sangre de vampiro, la mía, para que estuvieses ligado a mí. Solo te valdrá la que corre por mis venas, por eso te aconsejo que no te alejes de mí, y mucho más que evites la tentación de hacerme daño.

—Has hecho un lazo de sangre conmigo entonces.

—¿Conoces eso? No me lo esperaba.

—Sé qué es un lazo hecho cuando un vampiro comparte la sangre con alguien del que ha bebido. Llega a ser un lazo muy importante entre sire y siervo.

—Bien, has hecho los deberes. Pero no te puedo poner un diez. Debes saber que el lazo de sangre solo ocurre cuando se bebe directamente del otro, y este no ha sido el caso, como ves. —Balanceo el vaso manchado con su sangre.

—¿Por qué todo esto? —Preguntó Marcus—. ¿Cuál es el inconveniente de dejarme en casa? No puedo escaparme.

—Lo sé, no es por ti —contestó—. Por aquí rondan muchos vampiros y no quiero que nadie huela tu deliciosa sangre y descubra que estás solo y encadenado. Vendré a por ti el día de la actuación. Descansa hasta entonces.

Tenía tiempo para pensar, lo odiaba. Quería creer que le importaba a Aresha, pero no hacerse ilusiones. Era una vampiresa, se preocupaba únicamente de sí misma. No sabía a qué lado atenerse, si al de que significaba algo para ella o al que era un ser prescindible en su vida, no hacía más que enviarle señales de las dos bandas. Aresha disfrutaba haciéndole sufrir, no dudaba en torturarle para conseguir lo que quería, y darle a entender de lo que es capaz si se interpusiese en su camino. Por otro lado le cuidaba estupendamente y no podía olvidar su regalo de cumpleaños, el mejor que nadie le había hecho. No decidía sus sentimientos hacia Aresha, si como amiga o como la peor de las enemigas. Y menos aún como le veía ella. Ahora mismo estaba igual que en el primer momento que le dejó solo tras su captura, solo

le restaba descansar y esperar a ver como acontecían los hechos.

—¿Estás preparado? —le preguntó a su hermano cuando se presento a él con su tropa.

—Nací preparado —contestó Tristán. Se había vestido al modo gótico para camuflarse entre la multitud de la actuación de su presa.

—Por fin, hoy es el día en el que podemos cumplir nuestro objetivo. Recuerda que solo debemos atraparla, así que no te emociones —le advirtió—, no quiero más de tres mordiscos en ella.

Tristán resopló, era lo más divertido. Pero Gael era el jefe, así que a acatar.

—¿Crees qué habrá renegados? —le preguntó a Gael.

—Logan me dijo que se estaba ocupando de ellos, así que creo que no te molestarán. Aún así, tened cuidado, el que maté era el hijo de Niton Mahkwi y no creo que esté de muy buen humor.

—¿Mahkwi está en la ciudad? Mierda.

No eran buenas noticias para los licántropos, hasta el mismo Tristán le tenía mucho respeto.

—Lo mismo digo, pero no podemos echarnos atrás. No con esta oportunidad de oro.

—Nadie nos molestará, aunque vaya el mismo Mahkwi en persona. Te traeré a la vampiresa.

—No lo dudo, hermano. —Gael estaba muy orgulloso de Tristán. Se había convertido en unos de sus mejores guerreros—. Es una pena que no pueda acompañarte, pero no sería bueno que me reconociese.

Layla bajó las escaleras y se acercó a Tristán. Llevaba un bonito vestido azul cielo.

—¿Vienes a desearme suerte? —Tristán la agarró y le dio un beso de despedida.

—También, pero lo que quiero es pedirle a tu hermano que me deje salir —contestó Layla.

—Aquí todos pueden salir cuando quieran, no tienes porque pedírmelo.

—Lo sé pero mi salida está relacionada con vosotros. Acabo de tener una intuición y quiero asegurarme. No os molestaré.

—Si ayuda, tienes mi permiso —le sonrió. Le encantaba ver a todos ilusionados por atrapar a Aresha, se estaban olvidando que Heliatón les había dado el trabajo. Era más divertido volver a las cacerías. Sin duda alguna, Gael era el que estaba más emocionado, si todo salía bien, conseguiría lo que anhelaba y podría deshacerse de Heliatón.

Por fin, todo estaba listo. Se acercaba el número final.

Aresha vino a por Marcus dos días después, el día de la actuación. Entró con la bata negra puesta y le dejó en la cama ropa colocada en una percha y guardada con un cubre ropa para mantenerla limpia e impoluta.

—Te he traído un regalito —le dijo mientras daba la vuelta a la cama para acercarse a él.

Marcus bajó la cremallera y miro la ropa. Toda era negra y extraña.

—¿Tienes que disfrazarme para sacarme de aquí? —le preguntó.

—Mira que eres tonto —le dijo riendo—. Vas conmigo, por lo que tienes que ir de acuerdo a mi estilo.

—Si lo entiendo, pero hay ropa más normal sin tener que desentonar con todos.

—No protestes tanto y póntela. —De su bata sacó la jeringuilla con el veneno—. Pero antes debo prepararte para evitar la tentación de huir.

Esa era la parte que más temía. Miró con desgana la jeringa. El infernal líquido verde bailaba dentro, riéndose de su agonía al solo verla.

—¿Es necesario? —le preguntó a Aresha con tristeza.

—Si no haces nada raro no tienes porque sufrir lo mismo. —Se la clavó en el hombro—. Según mis cuentas, antes de que lleguen los efectos más desagradables deberíamos haber vuelto.

Ya que con el veneno no iba a escapar, le soltó las manos. Era la primera vez que Marcus estaba suelto tan cerca de Aresha. Daba igual encadenado que libre, no tenía posibilidad contra ella. Se levantó poco a poco, intentado hacer reaccionar a sus desusadas piernas. Se preguntaba si Aresha continuaba enfadada con él. Parecía que los ánimos se habían templado, pero no te podías fiar de ella. Sus piernas le fallaron y tuvo que volver a sentarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Aresha.

—Solo necesito andar un poco. Unos minutos y estaré perfectamente.

—Pues cuando estés preparado, dúchate y vístete. Te espero en el salón.

—Aresha —la llamó cuando se iba, estando ya fuera de la habitación.

—¿Qué te pica ahora?

Marcus levantó la ropa interior que le había traído. Aresha le había

comprado unos calzoncillos negros con calaveras rojas.

—¿Esto también era necesario?

—Te cogí los más discretos, créeme.

Dios, si eran los normales no quería saber cómo eran los otros. ¿Dónde demonios compraba la ropa Aresha? En cuanto sus piernas respondieron, Marcus se dirigió al baño. Tras una relajante y necesaria ducha se puso la ropa nueva. Se vistió con los «graciosos» calzoncillos de calaveras, cosa más fácil que ajustarse a los estrechos pantalones de cuero brillante negro, pero si tardaba, iba a coger una depresión de infarto al verse con las calaveritas unos segundos más. Se miró en el espejo, no estaba tan mal después de todo. También le había traído unas botas negras con tiras rojas y una camiseta negra sin mangas, la cual tenía dibujada una bonita cruz plateada.

Tuvo miedo de perderse al salir de la habitación, no conocía otra parte. Se sintió como un niño perdido en una feria, conocía esa sensación y le horrorizó. La llamó y le salió un grito angustioso. Esperaba que Aresha no se diese cuenta, entonces oyó su voz. Se ubicó y consiguió llegar al salón. Allí le esperaba sentada en un sofá morado. Ella también llevaba unos pantalones de cuero, además de una chaqueta negra que no dejaba ver su atuendo superior. Le dio un guardapolvo oscuro y le peinó, echándole el pelo hacia delante.

—¿Tan feo soy?

—No, es que tienes un peinado relamido. No te pega con tu disfraz… eh, quiero decir, con tu ropa.

—No eran los menos llamativos, ¿verdad?

Aresha se rió entre dientes. Venganza, seguro que lo había hecho por eso. Era una vampiresa rencorosa y a él le había convertido en un payaso gótico. Qué bien.

Se mantuvieron en la casa hasta que Aresha recibió la llamada. Le guió por el sendero hasta que llegaron a una carretera. Les esperaba una gran limusina negra. Aresha le abrió la puerta para que entrase antes. Si el exterior era increíble, el interior era una pasada. Estaba tapizado en un color beige claro y tenía un montón de espacio. Detrás de él entró Aresha, y al cerrar, la limusina arrancó.

Marcus se apartó del lugar donde ella se sentaba. Aunque amplio, era un sitio cerrado y no se atrevía a tentar a la suerte. Durante todo el camino no apartó la mirada del paisaje, pero se percató de que ella no apartaba la mirada de él. En varias ocasiones, Marcus se giró y la observó. Aresha no desplazaba la vista ni cuando él la miraba fijamente, no se cortaba ni un pelo.

—¿Me tienes miedo? —le preguntó en una ocasión. No contestó, solo agachó la mirada. Eso provocó una sonrisa en la cantante. Volvió a levantar la mirada y vio que Aresha se había acercado. Se sintió acorralado.

—Haces bien en no columpiarte demasiado. No olvides que eres mi mascota, solo eso. Y aunque le tengo cariño a mi cachorrito, no permitiré que me de dolor de cabeza.

Por fin llegaron a los estudios. No sabía el tiempo que habían pasado dentro de la limo, pero a Marcus le pareció una eternidad. Aresha dio instrucciones a su chófer que los dejase en la puerta trasera, no le apetecía exhibirse ante sus fans, aparte de su nueva compañía. Nada más bajar, Aresha le cogió de la mano, para que no se perdiese. Le condujo hasta la puerta, custodiada por un gorila enorme.

—Soy Aresha.

—Lo sé, veo la televisión —dijo, un poco borde—, y ese, ¿tiene invitación?

—Claro. Es mi alimento, y como no le dejes entrar me gustará ver la cara de tu jefe cuando le expliques que no pienso cantar.

—Jaque mate. —El gorila se apartó y los miró de mala manera. En realidad solo le miró así a él. La mirada dirigida a Aresha no subió de su trasero. No le hizo gracia verla acompañada.

—¿Tu alimento? —le preguntó más lejos—, ¿y eso de mantenerse ocultos?

—Es mi personaje. Pensará que eres cualquier cosa menos eso. Iba a decir mi mascota, pero preferí no calentar su imaginación.

Cuando Klaus vio a Aresha acompañada de Marcus, se quedó boquiabierto. No creía que se iba a atrever, le tenía que haber cogido cariño al mortal para no dejarlo en casa.

—Me alegro de que no se te hubiera ocurrido traerlo con el collar. —Se acercó a Marcus y le pasó la mano por el cabello—. ¿Cómo está el animalito de la casa?

—¿Queréis dejar de tratarme como si fuera un perro? —Marcus movió la cabeza en señal de rechazo y dio unos pasos atrás. Aresha le cogió por la nuca y le obligó a volver.

—Ten cuidado, que muerde. ¿Puedes cuidar un rato a mi mascota? —Esto último lo remarcó, mirando a Marcus, que le dirigió una mirada llena de odio—. Creo que no hace falta recordarte tu situación. Haz un solo intento de fuga y te mato. Y si no, ya se ocupará el veneno. Todo tuyo, Klaus.

Aresha marchó a maquillaje, mientras Klaus recogía el testigo.

—No te preocupes, no es tan mala. Solo que la pones nerviosa y ha de mostrarse más agresiva. ¿Una cerveza? —Le lanzó una de una mesa que había al lado. Se lo llevó al lado del escenario, en un sitio apartado. Podían ver perfectamente al público y las cámaras sin interferir.

—La verdad —Klaus siguió hablando—, es que nunca la había visto tan agitada por un prisionero, y mira que la he visto torturar a unos cuantos. Pero nunca pierde los nervios, excepto contigo. Me pregunto

porque será.

Tras unas cuantas palabras del presentador, se apagaron las luces. Los chicos de la banda ya estaban preparados cuando salió Aresha. Marcus se quedó perplejo. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba una falda corta negra y una blusa también del mismo color, que dejaba ver con claridad que llevaba debajo. Y no llevaba nada, solo un sujetador a tono con el resto de la ropa. Estaba todavía más bella que la primera vez que la vio. Todo su enfado, toda su ira por el trato que había recibido, se desvaneció sin más. No podía enfadarse con ella, le era imposible. Otra vez le había hipnotizado y ni siquiera mirándole a los ojos, esos ojos que le arrebataban el sentido. Como la primera vez, ella volvió a cantar, y su voz volvió a hacerle sentirse extraño. No podía dejar de mirarla, no atendía a otra cosa que no fuera ella. Una nueva canción embriagaba sus sentidos, nunca la había oído antes. Era más tranquila que las que solía cantar. La canción sedujo a todos aquellos que la escuchaban, a Marcus aún más.

"Sé que me odias, sé que no perdonas.
Tu mundo nos separa, no hay posible salvación.
Pero te pido, vuela conmigo, y verás que no todo es igual.
No creas que me conoces, no sabes nada de mí.
No me pidas que cambie, porque no puede ser.
Pero no soy quien crees, mira dentro de mí y lo verás."

Había algo en esa canción, era como si se la estuviese cantando a él. Pero era una canción de amor, de arrepentimiento, algo que no era propio de ella, de su carácter, por lo menos con él. Se intentó quitar esa idea de la cabeza, pero le resultaba difícil. ¿Por qué siempre se quedaba así de tonto cuando la oía cantar? Olvídalo, ella nunca te pedirá perdón por lo que ha hecho y no eres su amante, solo su mascota, se dijo para sí. Pensar que no significaba nada para ella, le hizo rabiar por dentro. No sabía la razón, quería irse, no le importaba morir, mientras consiguiera la atención de su dueña. Debía ser cosa del influjo de la voz de Aresha. Si lo era, pidió a Dios que acabase rápido, porque empezaba a ser insoportable. Aunque si era eso, sus fans debían pasarlo peor al oírla cantar durante más tiempo. Pero al menos ellos tenían sus vidas, y él estaba condenado a verla todas las noches, tenerla a escasos centímetros y, sin embargo, estar separado de ella por culpa del muro que Aresha había creado entre ellos.

Klaus se paralizó un instante y olfateó la zona, como si fuera un perro que ha olido a otro.

—Genial —exclamó, haciendo saltar a Marcus del susto.

—¿Qué ocurre?

—El sitio apesta. A lobo —le aclaró cuando Marcus lo miró

extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay licántropos por aquí. Y te puedo asegurar que no vienen únicamente porque les guste oírla cantar. — Con cautela, miró hacia el escenario. Marcus se dio cuenta de qué hablaba.

—¿Han venido a por Aresha? Pero, ¿por qué?

—Ahora son los perros de presa de Heliatón.

—¿Cómo? —Marcus se quedó pasmado. Se hubiera esperado cualquier cosa menos eso. No coincidía con el carácter de Logan—. No puede ser. Logan odia a todo ser que se transforme.

—Lo que te digo, y mis fuentes son fiables. Ahora trabajan juntos, y no sé por qué le han cogido manía a Aresha.

—Brock.

—¿Qué dices?

—El hombre que estaba conmigo el día de la función. Se llamaba Brock. Era el hijo de Logan, el líder de Heliatón de esta zona. Y un idiota prepotente.

—Vaya, ahora lo entiendo. Aresha se luce con sus víctimas. Podía haberte matado a ti y tendríamos más paz ahora. No te ofendas.

—Deberíamos avisarla, si corre peligro.

Hizo amago de acercarse al escenario, pero Klaus le paró con un movimiento rápido.

—No, llamaríamos la atención. Mejor si creen que no sabemos nada. Además, seguro que Aresha ya se ha dado cuenta. No creo que ataquen aquí con las cámaras funcionando. Tú tranquilito, sabe cuidarse.

A pesar de la tranquilidad de Klaus, Marcus seguía inquieto. Si algo le pasaba a Aresha, él moriría y ya había sentido los efectos del veneno como para saber que no quería morir así. ¿Cómo podían estar así de tranquilos sabiendo que el enemigo estaba tan cerca? Volvió a mirar el rostro de Aresha. No reflejaba ningún rastro de tensión o nerviosismo, es más, estaba sonriendo.

—Se está riendo—le dijo a Klaus.

—¿Qué esperabas? Se acerca la diversión para ella. Espero que esta vez me deje alguno.

Marcus se movió y se colocó en la posición de Klaus. Desde allí podía ver al público íntegro. Hipnotizados con la voz de Aresha, los había que no podían dejar de bailar mientras otros no se movían, estaban rígidos solo atendiendo a la vampiresa de pelo negro que les ofrecía su voz. Incluso él aún seguía un poco atontado.

—Dime Klaus, los licántropos ¿pueden estar entre el público?

—No es que puedan estar, pequeñín. Están, seguros.

—¿Y no les afecta la voz de Aresha?

—Me temo que no. Solo funciona con los mortales. Puede que les

guste pero no llegan a estar hechizados.

—¿Puedes saber quién del público es mortal y quién licántropo?

—Que preguntón. Déjame ver. —Olfateó un poco más—. No, imposible, hay demasiados. Reconozco su olor, pero individualmente, ahí no llego. —Volvió a echar otra mirada detenida sobre el público—. Espera, a ése le conozco. —Con cuidado señaló a un hombre. No aparentaba más que Marcus, tenía el pelo corto, con mechas rubias y el flequillo hacia arriba, de punta. Llevaba una camiseta negra sin mangas y unos pantalones del mismo tono. No les había visto, estaba haciendo señales a un compañero, un hombre negro—. Ese es Tristán. No sé si esto es bueno o malo.

—¿Quién es Tristán? —inquirió Marcus.

—El príncipe de los licántropos. Es el hermano pequeño de Gael.

—¿Hermano de verdad? —Sabía que los hombres lobo se consideraban hermanos unos a otros.

—Hermanito de padre y madre, perteneciente a los Montalbo. Por lo que he oído, fue el mismo Gael el que lo convirtió. Es uno de los mejores guerreros lobo, un gran luchador. Debe ser divertido enfrentarse a él, aunque hay una alta probabilidad de que te acabe matando. Por eso no sé si es bueno o malo que esté aquí.

—Dime, por favor, que tienes alguna idea para sacar a Aresha de aquí viva. —Su tono denotó un poco de desesperanza.

—Tranquilo, ya nos las apañaremos. Oye, ¿por qué te preocupa tanto la seguridad de Aresha?

—Ella es mi antídoto.

—¿Eh? Ah sí, el veneno. Vaya, que pena, me había hecho ilusiones.

—¿De qué hablas?

—Nada, cosas mías —dijo más para sí mismo que para Marcus, la verdad es que le parecían una pareja fantástica y glamurosa—, se te ve bien para estar muriéndote poco a poco.

—Gracias por recordármelo.

No quería mostrarlo, pero no estaba tan bien como pensaban. Le estaba doliendo la cabeza y hacía poco que se sentía mareado. Volvió a centrar su atención en la voz de Aresha, así se sentía mejor. Se asustó cuando Klaus le dio unas palmaditas un poco demasiado fuertes en su espalda.

—Relájate, suele cumplir sus promesas.

—No sé si ese suele me relaja o no.

—Mientras no la enfades, no pasa nada. Sé un buen chico y te dará tu hueso todos los días.

Vaya, eso de que no la enfadase se lo había dicho demasiado tarde. Aunque ella no podría negar que tenía sus razones, estuvo a punto de matarlo. Pero era muy terca, ahora solo esperaba que no se replantease si le iba a dar su sangre o no. Aresha acabó su canción, sus

fans aplaudieron y como siempre pidieron más. Vio con claridad los colmillos desenfundados, uno de los accesorios favoritos de sus incondicionales. Siempre había escuchado en la calle, cuando se encontraba con un grupo de sus seguidores lo increíblemente realistas y molones que eran los colmillos de Aresha, y su habilidad para cantar con ellos. Él ya había comprobado cómo de realistas eran, cuando se los clavaba en su cuello o en los brazos para alimentarse. Seguro que si esos chicos viesen ahora las marcas de sus mordiscos en su cuerpo, se morirían de envidia.

Ella se despidió del público y se dirigió hacia ellos dos.

—Guau, guau —le dijo Aresha

—Que no soy un perro —protestó Marcus. Ya estaba harto. Aresha y Klaus se miraron y se echaron a reír.

—Esta vez no iba por ti, idiota.

—¿Tienes alguna idea de qué vamos a hacer? ¿Vamos a por ellos? —Klaus tenía ganas de luchar.

—No tenéis ni idea —Marcus se desesperó totalmente—, esto es genial. El mejor guerrero lobo viene a por vosotros y no sabéis que hacer, muy bien. Sabéis, tengo ganas de ver como conseguís evitar a un montón de licántropos que están…

No acabo la frase cuando todo se volvió oscuro. Perdió la consciencia unos segundos. Cuando despertó estaba en los brazos de Aresha.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. —No lo estaba. Se apartó de ella por precaución y miró al escenario. Tristán y muchos otros habían desaparecido—. Tenemos problemas mayores.

—No os preocupéis tanto —les dijo Aresha—, tengo una idea.

El agente Smith estaba seguro que ése era el peor café que había probado en su vida. No le llamaban agente porque fuera del servicio secreto, era un simple chófer, pero a sus amigos les divertía llamarlo así por su atuendo. Además la prima merecía llevar el trajecito de marras. Pensaba que cobraba demasiado por conducir una limusina, no iba a ser el que se iba a quejar, incluso le habían regalado una casa en el campo para su familia.

Había conducido para grandes estrellas y políticos y ahora conducía la enorme limusina del grupo de rock del momento y era el ídolo de sus hijas. En ese grupo se mostraban caracteres muy distintos entre los integrantes. La mayoría actuaban como lo que eran, unos niños ricos

que solo pensaban en emborracharse y meterse hasta las rayas de los campos de fútbol. Pero la cantante y sus amigos eran diferentes. Educados, silenciosos, respetuosos, parecían sacados de la época de la ilustración. Solo Aresha, cuando se enfadaba, daba bastante miedo. Y podía asegurar que el chico que la había acompañado hoy, debía conocerla cuando no tenía el día a derechas.

Cualquier hombre reconocería que ella era bastante guapa y habría dado su mano por tener su compañía. Sin embargo, este se alejaba todo lo posible de ella. No le hubiera extrañado si durante el trayecto se hubiera tirado en marcha. Se habían dirigido pocas palabras, pero había quedado claro quien llevaba los pantalones en ese momento.

En fin, era divertido pensar en eso, pero no era de su incumbencia. Ya tenía bastante con qué iba a regalar a sus gemelas en su cumpleaños. Vio a Klaus dirigirse hacia su posición. Había llegado a admirarlo como solo se admiran a los ancianos repletos de sabiduría. No sabía cómo diablos se las apañaba pero siempre iba elegante. Era un tiburón de los negocios y se notaba.

—La señorita Aresha y su acompañante ya están preparados y listos para partir. Me han pedido que no se les moleste. Le están esperando dentro del coche.

El agente Smith se bebió de un trago la ponzoña que le habían servido y se dirigió hacia la limusina. Al sentarse se dio cuenta que habían echado la ventanilla negra entre el conductor y ellos. Vaya, parecía que querían privacidad. Quizá la cantante de rock había conseguido que el chico se replantease su postura. Sonrió y encendió el motor.

El coche se deslizó suavemente por las calles mientras se escuchaba a Frank Sinatra en la radio. La había puesto bajita, para no molestar a la pareja. Se dirigió hacia su destino con tranquilidad. No había mucho tráfico y eso le alegró aún más. Tras varias calles llegó el problema, un coche se había parado en medio de la carretera. Bueno, no toda la noche iba a ser perfecta, pensó para sí. Dio un bocinazo pero nada. Otro e igual. Bajó la ventanilla para mentar a alguno de sus difuntos cuando una mano le cogió y con una fuerza asombrosa le hizo pasar del confortable asiento de la limusina al frío suelo.

Un chico vestido de negro y pelo pincho estaba delante de él. No iba solo, varios hombre más le acompañaban.

—Ahora nosotros nos ocupamos de la vampiresa, abuelo —le dijo el pelo pincho. Smith se levantó y se sacudió el traje. Estaba ya acostumbrado a estos chavales como para dejarse intimidar.

—Largaos antes que llame a la policía. No tengo ganas de aguantar a unos niñatos yonquis como vosotros.

Todos los miembros de la banda se miraron entre sí y se rieron. El jefe de negro volvió a mirarle. Pudo ver perfectamente como sus ojos

se volvían amarillos y sus colmillos crecían y afilaban.

Mientras el agente Smith yacía en el suelo desangrándose por un mordisco que le había desgarrado parte del cuello, vio como los pupilos del pelo pincho que tenían la boca llena de su sangre se dirigían hacia las puertas de coche. En cuanto las abrieron se oyó un pequeño ruido y algo salió de dentro de la limusina. Varios de los pandilleros se convirtieron en polvo en breves segundos. Otros, cayeron al suelo atravesados por flechas y chillando de dolor. Los que estaban intactos corrieron a sacarles las flechas de punta plateada. Por sus ojos pasaron imágenes de su mujer con sus hijas, en la casa de la montaña pescando peces y preparando el camping. Después en el cumpleaños con dos tartas enormes. Feliz cumpleaños pequeñas. Le sonreían. Todo se acabó.

Todo había salido como se imaginaba. Su moto ronroneaba por la ciudad y su dulce mascota iba con ella sin molestar. Qué ricura, Klaus ya le había contado lo preocupado que estaba por ella. Pero ya se había imaginado que los lobos aparecerían tarde o temprano, por eso obligó a Klaus a que llevase su moto a todos lados. Él había protestado, que si molestaba, que si para qué la quería. Pero aunque no era su sire, la consideraba como tal y que le amenazase con buscar a Lucy y enseñarle como de altas son las montañas que rodeaban a la ciudad la ayudó a conseguir lo que quería.

Se había puesto la chaqueta de cuero negro y un casco para que nadie la reconociese. No sabía por qué zona atacarían así que optó por el camino largo. Si hubiese estado sola, quizá fuese detrás y se divertiría un rato, pero tenía que ocuparse de su suculenta reserva de sangre con patas. Se le había agarrado como una garrapata, parecía que era ella quién llevaba el abrigo de tres cuartos. Debía de tener miedo, y para acabar de arreglarlo, su alta temperatura estaba empezando a molestarla. Se había decantado por el camino que pasaba por la zona alta de la ciudad. Era la menos urbanizada, hecha para cumplir con los espacios verdes obligados por el gobierno. Por el camino pasó por el merendero donde había matado a aquel fan después de su actuación en «La Hora de las Bestias». Quién le hubiera dicho que aquel motero sin neuronas y con las hormonas revueltas iba a ser su última comida tranquila.

En la zona más alta, el ayuntamiento había colocado para los turistas unos cuantos miradores para poder ver la ciudad. Era un buen negocio. Al llegar a ese punto, Aresha paró la moto, se quitó el casco y

bajó.

—¿Qué haces? Tenemos que irnos —le increpó Marcus mientras se quitaba su casco y bajaba de la moto.

—No seas aguafiestas. Ya que me he perdido una buena diversión por tu culpa, al menos déjame ver cómo va. —Saco una moneda del bolsillo y la introdujo en la ranura del mirador. Lo movió de un lado a otro, buscando algo.

—Bingo. —Lo había encontrado.

—¿Qué pasa?

—Han caído. Venga, abridla ya. ¡Genial! —Aresha estaba disfrutando con el espectáculo—. Solo han caído tres, pero algo es algo. Espera, han matado a Smith. Chuchos asquerosos, era mi chófer favorito.

—Me estoy muriendo. —Marcus pensó que se había olvidado de él.

—Te esperas. —No, simplemente no le importaba lo que le pasase —. Sujétame esto, empieza a molestarme. —Le lanzó su chaqueta.

—¿Es que tengo que estar retorciéndome en el suelo y echando espuma por la boca para que me hagas caso?

—Déjame que piense… sí.

Viendo que Aresha no tenía intención de moverse de allí, se apoyó en la moto, dejó la chaqueta de Aresha y su abrigo en esta y fijó su vista en las estrellas. El cielo estaba completamente despejado y se veían a la perfección. Se entretuvo recordando las constelaciones que le había enseñado su tía.

Todas las noches antes de que se alejase de su vida, le subía al tejado de la última casa en la que vivían y le contaba historias sobre los nombres de las constelaciones. Aunque había olvidado completamente el día del incendio, aún tenía en mente recuerdos de su familia. Recordaba a su madre y a su abuela. Del que tenía menos recuerdos era de su padre. Nunca le veía en casa y cuando estaba no le prestaba atención. Una vez le oyó decirle a su madre que él no debería haber nacido, cosa que hizo que su madre se enfadase y no le dirigiese la palabra en dos meses. Pero siempre le perdonaba.

Por lo que Marcus recordaba, nunca le había puesto la mano encima a su madre, el problema lo tenía con él. Tampoco le dirigía la palabra a su tía. Quizá por eso siempre se había sentido muy unido a Eleonor, compartían esa sensación de rechazo. Su padre ni siquiera le dio su apellido, tuvo que usar el materno: Mertincale. Pero no le importaba, su abuela le contaba que su apellido debía llevarlo con orgullo, pues era el suyo también y provenía de una antiquísima familia de nobles italianos de los que se decía que habían llegado a ser familiares directos de un rey. Su abuelo había decidido no usar su apellido, que él consideraba vulgar comparado al de ella y la dejó llamar a sus hijas María y Eleonor Mertincale, dos de las antepasadas de su abuela,

Margarita, más importantes. Cuando vivía, la abuela le contaba a Marcus historias sobre su nombre, también sacado del legado Mertincale. El único Marcus Mertincale que hubo antes que él fue un gran aventurero con una historia muy bonita. Según Margarita, el aventurero viajaba por todo el mundo en busca de un amor perdido que jamás encontró. Conseguía que su nieto se sintiese orgulloso de su apellido, por más que su padre le quisiese desilusionar diciendo que eran cuentos inventados. Marcus sabía que su abuela no mentía. La verdad es que echaba de menos a su familia. No había vuelto a ver a Eleonor, siempre se preguntaba qué habría sido de ella.

Cuando volvió a la Tierra, vio que Aresha había fijado su mirada en él.

—Te queda bien esa ropa. Deberías llevarla más a menudo.

—Por fin me dices algo que no sea ni una amenaza ni un insulto. Gracias.

—Es un insulto, vistes fatal.

—Si solo me has visto con la ropa del día de la embajada.

—Ya lo sé. Pero me encanta insultarte, me relaja.

Marcus puso los ojos en blanco, había sido un iluso. En fin, ella era así, le encantaba meterse con él y no iba a poder cambiarla. No pudo hacer más que reírse, quizá ya se estaba empezando a acostumbrar.

—Te sigo diciendo que me muero.

—Y yo te repito que te esperas. —Volvió otra vez sus ojos al mirador. Esta vez Marcus se fijo en ella más atentamente. Antes de partir se había cambiado la falda por un cómodo pantalón aunque seguía llevando esa blusa transparente. Cuanto más la miraba, más hermosa le parecía. Estaba tan ensimismado observándola que no oyó unos pequeños pasos acercándose por su espalda. Antes de poder darse cuenta de algo, un brazo femenino le rodeó el cuello. Gritó, y Aresha se dio la vuelta.

Detrás de Marcus, vio a una mujer morena y delgada, con un vestido azul, una capa y unas sandalias. Por su olor, supo que era una loba. Había sujetado a Marcus con fuerza y le estaba retorciendo un brazo. Marcus chilló y le dirigió una mirada a Aresha. Le dijo con los ojos que no se preocupase y volvió a la loba.

—Me imagino que tú eres Aresha —dijo esta, sin soltar a Marcus. Estaba a punto de ahogarlo y eso empezaba a enfadar a la vampiresa.

—Y tú eres…

—Soy Layla, princesa de los licántropos. —Había oído hablar de ella.

—Encantada de conocerte, princesa. Pero eso que tienes —señaló a Marcus— es mío y no lo comparto.

—Tu amigo no me interesa —dijo antes de tirarle a un lado, haciendo que se golpease con un grueso árbol, dejándole aturdido—,

es a ti a quien buscaba.

Antes de contestar, Aresha le hizo una señal a Marcus para que no interviniera. No quería que le pasase nada, se podía ocupar de ella sin ayuda.

—Me alegra que seas una fan tan dedicada, Layla, pero no tengo ganas de firmar ningún autógrafo. Aunque no creo que vengas por eso.

Layla se rió. Parecía que la vampiresa la estaba subestimando, cosa de la que se iba a arrepentir.

—Tenía ganas de conocerte —Layla se alejó de Marcus y se centró en Aresha—. Parece ser que tu huida no ha sido tan buena como creías.

—Me alegro de ver a un lobo con olfato. Y tiene que ser una mujer la que demuestre inteligencia, como siempre.

—No hacía falta inteligencia, yo les dije que atacaran tu limusina. Pero ya sabía que no estabas ahí. ¿Sorprendida?

—Menos cuentos caperucita. —Cansada, se transformó para la lucha —. No creas que por una idea que se te haya ocurrido, vas a ganarme, lobita.

—Eso ya lo veremos, chupasangre.

En un momento, en el lugar de Layla, apareció una loba gris. Se lanzó contra Aresha, que la esquivó con facilidad. No era una loba de gran tamaño, pero si quizá una de las más ágiles. La vampiresa se percató al tercer golpe, cuando Layla acertó y la lanzó a varios metros. Se dirigió hacia ella, pero Aresha fue más rápida y se apartó en el último momento. Por el camino, le lanzó una patada en el hocico. La dejó atontada y le clavó los colmillos, pero Layla se zafó. Consiguió atraparla, pero unas piedras le molestaron. Marcus se había recuperado y defendía a Aresha con lo que pillaba. Layla se dirigió hacia él y le dio la espalda a Aresha. Esta aprovechó para darle un buen golpe en el costado. Layla gruñó, cambiando otra vez su objetivo. Marcus se acercó por detrás y le tiró del rabo. La loba se estaba empezando a cansar cuando Marcus cayó al suelo. Estaban empezando a aparecer los efectos más dolorosos del veneno, justo en el peor momento. Marcus empezó a gritar, le estaba quemando por dentro. Aprovechando la turbación de Layla, Aresha le lanzó un palo desde la distancia. Esta se volvió a lanzar a por ella, justo como quería. Saltó, haciendo comer tierra a la loba, y quedó en la posición de Marcus. Le cogió de las axilas y antes que se acercase, emprendió el vuelo.

Se le había escapado, desde el aire no la podía seguir. Volvió a su forma humana y usó su túnica para taparse. Por la ladera, aparecieron Tristán y los demás.

—¿Estás bien?

—Se me ha escapado —gruñó. Se acercó a Tristán, que la abrazó.

—Tranquila, es muy fuerte. Le podía pasar a cualquiera.

—Ha sido ese maldito humano. Me ha desconcentrado. ¿Qué tal por abajo?

—Perdimos a algunos. Es verdad que nos esperaban. ¿Has dicho que hay un mortal con ella?

—Sí, creo que era el de Heliatón. Se cayó de repente, gritando. No sé que le debía pasar.

—Vámonos —Tristán puso su brazo sobre el hombro de Layla—. Creo que a Gael le va a interesar esa información.

Marcus no podía andar, por lo que Aresha le ayudó arrastrándole por el pasillo. Le dejó en la cama, encogido de dolor. No podía ser tan buen actor, pero no se fiaba. Pensó que era mejor si se aseguraba de que no iba a escapar.

—Dame tu sangre, te lo ruego—le imploró, agonizante.

—Te la daré, no te preocupes. Pero antes, he de atarte para que no salgas corriendo.

—Te puedo asegurar que no tengo fuerzas para ir a ningún sitio.

—No sabes las fuerzas que te puede dar mi sangre.

Le ató la mano cercana con dificultad, no dejaba de convulsionarse por el dolor. Cuando por fin consiguió sujetarla con firmeza, se puso de rodillas para llegar hacia el otro brazo. Apoyó una mano en su hombro mientras que con la otra recogía la cadena. Marcus vislumbró el brazo de Aresha delante de sus ojos, su palidez le permitía ver sus venas. No podía esperar más. Cogió su brazo y la mordió con todas sus fuerzas. Aresha no pudo reprimir un grito de sorpresa. Sintió como la sangre corría por su garganta. Estaba fresca y no tenía mal sabor. El dolor empezaba a remitir, pero necesitaba más. Aresha, en vez de alejar su brazo, se puso cómoda y sonriendo, lo movió para que bebiera a gusto. Le apoyó la cabeza en su pecho y le rodeó con su otro brazo, como si lo protegiera.

—Bebe lo que necesites. Tengo toda la noche.

Nadie antes la había mordido. Solo Isibal cuando la había convertido, pero de eso hacía ya mucho. Desde el momento de su renacer, nunca la habían mordido por su sangre. Y le gustaba. No se esperaba el repentino ataque de Marcus, en el momento que había notado como la había hecho sangrar, se le había disparado la adrenalina. Parecía que sí que era verdad que su mascota mordía, y con qué ímpetu.

Al principio estaba débil y se notaba, pero ahora bebía con mucha

fuerza. Solo necesitaba un poco de sangre para eliminar el veneno de su cuerpo, pero Marcus seguía bebiendo con avidez. Sabía que él nunca lo reconocería, pero estaba demostrando que le gustaba la sangre.

Normalmente, si le ofrecías sangre de un vampiro a un mortal, la rechazaba, o solo bebía lo necesario. Muchas mascotas mortales habían muerto a consecuencia de ese veneno o por grandes heridas, por no haber aguantado el sabor de la sangre y vomitarla antes que hiciera efecto. Pero su cachorrito era diferente. El brazo que había conseguido sujetar la rodeaba por la espalda, sujetándola por la cadera con firmeza. El otro brazo se cerró más sobre el de Aresha y se lo acercó más a él. La tenía sujeta para que no escapase, como si fuese suya y dependiera de sus órdenes. Pobre mortal, si bebía era porque ella quería, él era su pertenencia. Ella deseaba que viviera y disfrutaba dándole su sangre.

Finalmente, Marcus se sació y la soltó. Su boca estaba manchada de sangre y varios hilillos le corrían por la garganta. Aresha no pudo evitar que una idea se le pasase por la cabeza, la de morderle y darle su don, ascenderle de su mascota a su siervo, pero aún podía ser temprano. Le pasó sus fríos dedos por el cuello.

—Ni se te ocurra —dijo, se había dado cuenta de sus ideas.

—Aún no estarías preparado, cachorro. —Deslizó la cabeza de Marcus por sus manos y se la apoyó en la almohada. Le cerró los ojos —. Ahora duerme y descansa.

Haberle dado su sangre para vivir, había dejado a Aresha exhausta. Intentó volver a ponerle la cadena en el brazo que le faltaba, pero le fallaban las fuerzas. Desistió de volver a intentarlo, no tenía energía ni para caminar, por lo que se echó, colocando su cabeza en el hombro de Marcus. Necesitaba descansar y bastante. Desde esa posición, podía oír el latir de su corazón. Nunca antes había oído algo tan bonito y relajante como el sonido procedente del corazón de ese mortal. Se concentró en ese latir, mientras sus ojos se cerraban. Había sido una noche ajetreada hasta para ella y no pudo evitar quedarse dormida junto a él. El sol ya comenzaba a brillar cuando sus ojos se cerraron.

Gael se alegró al ver a su hermano entrando en la casa. Era bastante fuerte, para algo era de su sangre, pero nunca te podías fiar de Aresha. Detrás de él iba la joven Layla.

—Me alegro de que estés bien —abrazó a Tristán—, ¿qué ha ocurrido?

—Nos engañó a todos. Bueno, a todos menos a Layla. —Tristán fijo su mirada en ella que bajó la cabeza avergonzada—. Cambió de ruta y nos tenía preparada una sorpresa. —Le enseñó una de las flechas de plata—. Han caído tres.

Gael cogió la flecha y la examinó. Estaba bien preparada.

—Sabía lo que se hacía. Aún me preguntó como pudimos capturarla con tanta facilidad en Transilvania.

—También es verdad que escapó de ti sin problemas —le dijo Layla —, ¿cómo lo hizo? Tú estabas ahí.

—No lo sé, todo fue tan rápido… —improvisó, aún no era el momento que supieran la verdad—. Supongo que me confié.

—Hay una cosa más —intervino Tristán.

—Vaya, parece que vamos de sorpresa en sorpresa. ¿Buena o mala?

—No lo sé. No está sola.

—¿A qué te refieres?

—Cuando fui a buscarla, me encontré que estaba con un hombre. No le hacía mucho caso, le estaba pidiendo irse —le dijo Layla.

—¿Vampiro?

—No, era humano. La ayudo a enfrentarse contra mí. Me desconcentró cuando de repente cayó al suelo y se puso a gritar. ¿No les había desaparecido un agente a los de Heliatón?

—Así es, espera. —Buscó el número de Logan en su PDA.

—¿Qué necesitas Gael? —Oyó la voz ronca de Logan al otro lado.

—Uno de vuestros hombres había desaparecido en el ataque en la embajada ¿no?

—Sí. ¿Te preocupa nuestra gente?

—Déjate de tonterías. ¿Tienes alguna foto de él?

—Ahora te la envío. Gael —su voz se puso más firme y seria—, ¿qué está pasando?

—Ahora te lo digo. Mándame la foto. —Unos instantes después de colgar, recibió el mensaje de Logan. Lo abrió y se lo paso a Layla.

—Sí, era él, sin ninguna duda.

—Genial —Gael volvió a llamar a Logan—. Vuestro hombre está vivo. O por lo menos anoche lo estaba.

Cuando Marcus despertó, el día casi había acabado y el sol ya avisaba de que pronto se iría, dejando caer sobre la Tierra sus últimos y caluroso rayos. Todo esto lo veía perfectamente porque Aresha, extrañamente, no había bajado la persiana, como siempre. Pero la noche anterior había sido demasiado agitada como para echarle en

cara eso, después de haberle salvado el pellejo. Todo su orgullo en la fuerza masculina se había ido al garete, cosa normal al presenciar la gran fuerza que había en la lucha entre la vampiresa y la loba. Estaba seguro que ninguna había dado todo lo que tenía. Y él había estado en medio, solo, como un títere para atraer la atención o como un cachorro que necesita protección.

Quizás Aresha tenía razón al considerarlo una mascota, incluso estas sabían defender mejor a sus dueños. Aunque lo de tirarle de la cola a la loba no había estado nada mal. Pero le hacía pensar que él no tenía mucha idea de sus costumbres, estaba bastante pez en temas de licántropos. A ver si lo que había hecho era como si le hubiese tocado el trasero, y había dicho que era princesa, por lo que o era la hermana o la novia de Tristán. Ninguna opción era buena. Se había metido en medio de una lucha que tanto a él como a Heliatón les quedaba grande. Una cosa era vigilar a novatos demonios dueños de bares nocturnos y a sus esbirros, pero estaban tratando con inmortales de verdad, de los que habían visto todas las épocas de la humanidad, tanto las buenas como las malas.

Y sin duda, estos sí sabían pelear. ¿Qué tenía Logan en la cabeza cuando se le ocurrió, si era verdad, meter a los licántropos en la caza de una vampiresa? Y no a cualquiera, sino al mismísimo rey. Su misión era proteger a los humanos, pero esto no tenía sentido.

Un rayo de sol le cegó al llegar a los ojos e instintivamente levantó la mano para protegerse. Se dio cuenta entonces que la tenía libre, tampoco había seguido esa rutina. Recordó los hechos de la noche, cuando motivado por el dolor que el veneno le estaba haciendo sentir, la había mordido sin su consentimiento. También recordó el ansia que sintió por beber, a los pocos sorbos ya se encontraba bien, pero quería, necesitaba más. Era un buen tónico revitalizante y para más gratificación, ella debía mantenerse junto a él. Al principio tuvo miedo a que ella se enfadase y lo apartase, o simplemente acabase con su vida, pero por lo visto le gustaba que fuese tan impulsivo.

Cuando intentó mover la otra mano fue cuando se percató que en su hombro tenía un peso que se extendía por todo su cuerpo. Giró la cabeza y la visión le sorprendió. Ese peso era el cuerpo de Aresha. Con el ajetreo de la noche, se había quedado dormida y le había abrazado. Y él sin darse cuenta. Dio gracias que siguiese dormida porque no quería que lo viese así, rojo como un tomate y con el corazón a mil por hora. No todos los días uno se despertaba al lado de semejante belleza, qué más daba que fuese su captora.

Varios rayos llegaban a la piel de la vampiresa y aunque no le eran mortales, decidió moverse para protegerla. Al ver que era imposible sin despertarla, hizo malabarismos con las piernas para levantar la sábana y taparla hasta el cuello. Ahora estaba protegida. Con su mano

libre le atusó el cabello y le quitó los mechones de su pálida cara. No pudo evitar acariciarle las mejillas, no habría podido si ella estuviera despierta. Desde que la conocía, su voz había conseguido que se atontase como ningún otro mortal que la escuchaba. No iba a negar que fuera muy bella, nadie lo iba a discutir, pero le tenía miedo. Ya no como antes, aunque seguía sin saber cuál podía ser su reacción, cuando su vida podía correr peligro. Pero con ella también se sentía a gusto, tenía valor para mostrarse como era. Aprovechaba ese momento para mirarla todo lo que quisiera, ahora que no había muro, que parecía tan frágil como cualquier otra mujer, aunque sabía perfectamente que no lo era.

Mientras la miraba, el rostro de Aresha cambió. Antes era tranquilo, pero ahora su rostro mostraba nerviosismo, era como un gato que se movía en sueños. Debía estar soñando, y no debía ser uno agradable. El brazo de Aresha que descansaba en su pecho se alzó hasta que su mano acarició su cara roja por la vergüenza. La cogió mientras intentaba adivinar que tenía ahora en su cabeza. Sabía que no debía pero le besó la mano. Sus labios notaron la frialdad que emanaba del cuerpo de Aresha y se estremeció. El frío de ella le provocaba la reacción opuesta a él. Notó su hombro húmedo y volvió otra vez su vista hacia Aresha. Se había creado una manchita roja en la zona donde reposaba la cabeza. Con suavidad la levantó y vio que era sangre, pero no la suya sino la de su captora durmiente. Estaba llorando. Aún seguía asombrado por verla llorar, cuando de los labios de la vampiresa surgió un susurro. Estaba hablando en sueños y muy bajito, pero había suficiente silencio y estaban lo bastante cerca como para que Marcus la oyese con claridad.

—Ni se te ocurra morirte. Por favor, no me dejes sola, Marcus.

10 Amarga decisión

Estaba en Francia, su tierra natal. Conocía con claridad esas calles, las que había visto en su infancia, cerca del castillo de sus padres. No quería saber nada de ellos, por lo que optó por seguir el camino contrario. Las calles estaban desiertas, algo raro aunque fuese de noche. Del silencio absoluto salió un pequeño ruido. Sonaba a traqueteo de caballos acercándose. Se giró y vio como un carro se acercaba, en el lateral el escudo de los Delacroix, las dos espadas formando una cruz en un fondo amarillo. Dentro, una niña de unos diez años, llevaba un moderno vestido rojo y el pelo con un recogido, el favorito de su criada. Había sido su regalo de despedida. Junto a la niña viajaban otras jóvenes, damas de alta cuna, dirigidas para servir a la reina. La pequeña Cecile Delacroix acababa de convertirse en una de ellas. Sus padres, arruinados, la habían vendido a cambio de tierras y una gran cantidad de dinero. Podían habérsela llevado sin más, pero conocían a los Delacroix, y sabían que solo les importaba el dinero. Así era más sencillo, sin crear problemas, una rebelión de los altos nobles sería perjudicial para la monarquía, pero la reina era caprichosa y quería que su dama de confianza fuese una joven de buena sangre, la cual pudiera enseñar. Y la hija pequeña de los Delacroix era la chica perfecta.

Nadie más que Cecile se dio cuenta de la presencia de Aresha. Ambas se miraron y la pequeña le sonrió. Le había gustado la cantante rock, su futuro, le esperaba algo mejor y estaba contenta. Aresha sabía que estaría orgullosa de su vida inmortal, de cómo ahora ella tenía el mando. El carro continuó su camino y lo siguió con la mirada, hasta que se perdió en el horizonte. Otra vez volvía a estar sola. Una fuerza guiaba sus pies hasta la plaza central. Sabía que tenía que ir allí, algo la esperaba. Recordaba todos los caminos de su ciudad natal, a pesar de haber pasado tanto tiempo. Todo había vuelto a su cabeza, su infancia, sus hermanos, como de pequeños jugaban junto a sus amigos de verano hasta los diez años, cuando su padre la vendió a los reyes de Francia, pero sin eliminar su mayor pesar, el que más tarde la llevaría a ser una inmortal para escapar.

Cuando llegó a la plaza, distinguió una sombra, que se movía de un lado a otro, impaciente. Cuando la vio, sus pasos encontraron un destino y se acercó a su posición. Al llegar frente al candil, distinguió el rostro de la sombra, y le sorprendió.

—¿Qué diablos haces aquí? Si ni siquiera habías nacido.

—¿Y? —Era Marcus—. Eso no importa. He venido a buscarte.

—¿A buscarme? No te entiendo.

No contestó, la estrechó contra su cuerpo sin permiso. Sus brazos la rodearon mientras su cabeza se escondía entre su pelo. Le estaba haciendo cosquillas en el cuello con su respiración. La voz de Marcus se volvió dulce cuando le susurró al oído, pero también adquirió un tinte misterioso.

—Porque estamos destinados a estar juntos.

Ya no se podía resistir. Hundió sus manos en el oscuro pelo de Marcus. Solo necesitaba una palabra de él, si se lo pedía, ella se entregaría. Ya no sería su mascota, su reserva de sangre, lo convertiría en su amante. Marcus la besó en el cuello y ella se quedó sin palabras. Cerró los ojos, disfrutando del momento.

—Juntos para toda la vida. —Lo único que sus labios quisieron decir.

—Para toda la eternidad.

Fue lo último que Marcus le dijo antes de que Aresha notase como su sangre empezaba a correr por su cuello mientras él bebía de ella. La había mordido con tanta delicadeza que no se había dado cuenta. Podía apartarle con facilidad pero no quería. Perdió el control de su cuerpo y se desmayó.

No despertó donde debería. Estaba en la época actual pero no era su casa, sino una habitación de una gran mansión y alguien la miraba. Reconoció al lobo gris de la cola negra. Por un momento se sintió culpable. Gael había sido su gran amante, el que más la había marcado y unos segundos antes estuvo a punto de entregarse a un mortal. Marcus no era un buen sustituto, pero en realidad, ¿quién sería digno de suplantar al rey de los licántropos en su cama?

Gael no apartaba la mirada de ella. Tenía la intuición de que estaba esperando algo de ella, no sabía el qué. Ambos siguieron mirándose y Gael empezó a mostrar signos de impaciencia, pero no sabía qué quería.

—¿No te enteras? Si no te dice nada, su respuesta está clara.

Aresha buscó el origen de esa voz que acababa de aparecer. En una esquina de la habitación vio a Marcus lleno de sangre, pistola en mano. Gael también le miró y sus ojos reflejaban odio. Nunca había visto una mirada de rabia como la que le estaba dirigiendo a Marcus. El rey dirigió su atención hacia él. Le gruñó con intensidad y encorvó su cuerpo. Se tiró a su cuello y le clavó sus colmillos. Aresha se había quedado paralizada, quería pero no podía moverse, aunque le oía chillar. Cuando Gael se separó de Marcus, finalmente sus piernas le respondieron, pero era tarde. Marcus estaba aún más ensangrentado y su cuello se había teñido de rojo. Le cogió la cara, estaba fría. Se arrodilló, apoyando su cabeza en el hombro del cadáver de Marcus, no quería que nadie la viese llorar. Le zarandeó como si sirviese de algo.

—Ni se te ocurra morir. Por favor, no me dejes sola, Marcus.

Ahora sí despertó de verdad. Sobresaltada se sentó de un salto y se tapó la cara con una mano. Respiraba deprisa, estaba muy nerviosa, todo había parecido demasiado real. Un brazo la empujó de forma suave hacia atrás y otro le acompañó para rodearla. Marcus, al verla en ese estado, también se había sentado y la recogió para que se tranquilizase un poco. La echó sobre su pecho mientras la abrazaba y le acariciaba el pelo. Ella, en cuanto lo notó, había devuelto el abrazo y escondía su cara en el pecho de Marcus. Sabía que Aresha tenía los ojos cerrados, no se había equivocado en que el sueño no había sido de su agrado. Tampoco a él le hubiese gustado, por lo oído.

—Tranquila, ya pasó todo —susurró, con la voz más calmada posible para que se tranquilizase—, no me había dado cuenta que el sol te estaba dando y te tapé, pero te ha debido afectar. Lo siento.

—No pasa nada —respondió con un tono bajo y sin moverse mientras Marcus la volvía a tapar. Quizá tenía razón y había sido el sol el causante de la pesadilla. No quería moverse, se encontraba a gusto y segura entre los brazos de Marcus, y él no la rechazaba. Conocía el carácter de los humanos y probablemente se sintiese culpable por lo de la otra noche—. Tampoco importa lo de mi sangre, querías sobrevivir, algo normal.

—Pero debí haber esperado y tomé demasiada. Te obligué a compartir un lazo de sangre conmigo.

—Eso no me importa. —Estaba demasiado cómoda y tuvo miedo de volverse a dormir. Se apartó de su cálido abrazo, permaneciendo sentada en la cama. La sábana bajó hasta sus piernas, pero ya había anochecido, no le importunaba. Marcus levantó su espalda y también se sentó con ella a cierta distancia—. Hablando de mi sangre, por una vez que te dejo puesta la parte de arriba, te la mancho —dijo, refiriéndose a las manchas de sus rojas lágrimas.

Marcus no se atrevía a preguntarle por qué había soñado con él, aunque la duda le consumía. Quizá la incomodase o le recordase la pesadilla y volviese a ponerse nerviosa.

—Siento también que por mi culpa no pudieses acabar con esa mujer lobo. Aún no me creo que Logan se haya aliado con ellos. No es propio de él.

—Su odio hacia mí puede hacerle levantar las barreras de su intolerancia. Es lo que tienen los licántropos, son mucho mejores en materia de camuflaje, aparte de que por lo común no comen gente.

—Pues puede que no tuvieras que preocuparte por nosotros, pero deberías hacerlo por los hombres lobo. Y más con las mujeres del clan, parecen más listas.

—En los lobos y en todas las razas. Asumidlo ya —contestó Aresha con la sonrisa del orgullo femenino en sus labios.

—Vale, perdón por haber nacido hombre. —Levantó las manos y la mirada, simulando que se estuviera avergonzando.

—La acepto. Sí que tienes razón en eso, Layla no era una rival fácil. Y es la realeza la que viene a por mí. Esto le hace a una sentirse importante.

—Hablando de Layla —dijo, no sabía cómo iba a preguntárselo—, no tengo mucha información sobre ellos.

—¿Un gran guardián como tú no sabe de licántropos? —interrumpió Aresha sorprendida.

—Nunca he tenido el placer de encontrarme con ellos, es verdad —retomó—, pero lo que te quería preguntar es, bueno, que he estado recordando la pelea de anoche y no sé si te fijaste pero en una de las veces que hice algo, se me ocurrió tirarle de la cola.

—¿Y? —Aresha no entendía a dónde quería llegar.

—Pues ¿no habré hecho algo malo? ¿Y si ahora todos vienen a por mí porque le he tocado el trasero a la princesa? Porque lo que sí sé es que son muy suyos en cuestiones de honor y fue sin mala intención.

Aresha no quería pero tuvo que reírse. Notó que Marcus se había ofendido pero no lo podía evitar. Debía haber eliminado a miles de seres sin escrúpulos y se preocupaba de no haber ofendido a una chica. Tenía a su lado a un asesino caballeroso. Miró hacia otro lado para que viese lo menos posible como se reía de su tonta preocupación, aunque no lo sería para él. Estaba segura que era mucho más probable que le quisiesen matar por cualquier otra cosa antes que por eso.

Como intentaba controlarse para no ofenderle demasiado, no notó que Marcus se había inclinado hacia delante, muy cerca de ella. Por eso, cuando ella giró la cabeza para volver a tenerle de frente, su beso la pilló desprevenida. Todo el espacio que había entre ellos, Marcus se ocupó de que desapareciera y su boca estaba ansiosa en demostrar que no había sido un accidente. Marcus puso una mano en su cara de porcelana y con la otra le rodeó la cintura levantando su transparente atuendo para acariciar su fría y suave piel. Ella cerró los ojos y colaboró en aquel dulce beso. No debía, pero el maldito besaba de fabula.

Marcus no sabía porque lo había hecho, fue un impulso que instaba a salir con fuerza cuando la vio reír. Se enfadó, el asunto de Layla le preocupaba, pero la felicidad de ver a Aresha recuperada era mayor, y su cuerpo se movió solo. De repente el beso dulce que compartían se volvió más agresivo y violento. Aresha se echó encima de él, pero su fuerza fue demasiada. Estuvo a punto de hacerle traspasar el colchón en el que estaban cuando le hizo bajar la cabeza otra vez a la almohada. Sus colmillos se habían desplegado y cuando empezó a acercarle a su cuerpo con uno de sus brazos desde la espalda, lo hizo

con tanta fuerza que sentía como si una roca gigante le estuviese oprimiendo el pecho. Empezaba a sentir dificultades para respirar, pero no tenía pensado soltarla. Notaba en sus labios el sabor del paraíso y no pensaba renunciar a eso fácilmente.

Aresha situó una de sus manos en su espalda para acercarle a ella, la otra cogió el brazo de Marcus con fuerza. Sus dedos apretaron, y aunque estaba musculado notó un fuerte dolor, estaba a punto de rompérselo. Si todo esto no fuera suficiente, sus colmillos estaban buscando su lengua. Consiguió alejarlos, pero lo que sí habían encontrado era su carne. Todo ese dolor y su incapacidad para respirar le provocaron un involuntario movimiento que le hizo levantar la cabeza y que la unión de sus labios perdiese fuerzas. Aresha recuperó la cordura y entendió perfectamente que pasaba. Rápidamente se separó de Marcus, sentándose a la altura de sus pies. Vio a su insensata mascota, de un leve tono azulado por el principio de asfixia que le había producido, el moratón en el brazo donde sus uñas estuvieron arañando y apretando. Alrededor de su boca brotaba la sangre, fruto de sus afilados colmillos descontrolados.

Cuando ella se separó, Marcus tomó el aire del que estuvo privado unos instantes antes. Su cuerpo se recuperaba y agradecía la respiración pero sus doloridos y sangrantes labios querían la vuelta de Aresha. Sus manos la buscaban en sus alrededores, pero no aparecía. Tuvo que abrir sus ojos para verla, a sus pies. Le hubiera pedido que se acercara, que la quería probar otra vez, pero con solo una mirada a sus ojos vio la furia que había en ellos. Obligó a sus brazos a que levantasen sus hombros y su cabeza. Justo cuando lo consiguió, esa ira paso de sus ojos a su mano, que usó para darle una de las mayores bofetadas que le habían dado nunca. Tuvo miedo de dislocarse el brazo encadenado, pues esto le salvó de no caer al suelo desde el otro lado de la cama. Necesito un tiempo para recuperarse de ese golpe. Tapó su roja mejilla con la mano encadenada y, encogido por todo el daño que estaba sufriendo en esos pocos minutos, la miro sin saber a qué venía eso. La mano de Aresha aún seguía alzada, temblaba y sus ojos estaban húmedos, puede que de tristeza o quizás de rabia.

—Imbécil, eres un completo imbécil —le repitió eso varias veces, con una voz entrecortada—, ¿es que quieres morir? Dime, ¿acaso quieres que te mate?

—Claro que no. No sé qué me quieres decir.

—Cállate —le gritó. Estaba histérica. Tapó su cara con las manos—. Cállate de una maldita vez, ignorante.

Marcus estaba muy confundido. Antes había sido muy dulce con él y ahora había dado un cambio radical.

—Aresha ¿Qué te ocurre?

La mano de Aresha apretó el cuello de Marcus, volviendo a dejarle

sin aire.

—No me nombres. ¿Quién te crees que eres? —empezó a chillar—. Maldito mortal, solo eres eso. Aléjate de mí, olvídame.

—No entiendo qué dices. —Ya le había soltado. Se lanzó contra él, pero ahora daba pavor.

—Que eres mi mascota, solo eso. Un maldito Heliatón al que secuestré. Debería haberte matado como a los demás.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Empezó a gritar él también, pero su garganta se lo impidió tras la primera frase. No solo le había estrangulado, el efecto del aural estaba empezando—. Nunca te pedí vivir, jamás. Me has maltratado desde el principio y siempre te he perdonado. Ahora, me denigras de esta manera, ¿es que significo tan poco para ti?

—Solo eres mi posesión. No lo olvides, y no vuelvas a intentar eso. Por tu bien, mira cómo estás.

La contestación no gustó a Marcus.

—Vete. Déjame solo.

No le importaba como estaba, lo que ahora tenía en mente era el desprecio que le había hecho. Estaban juntos desde hacía meses, le había contado cosas que no sabía nadie y era así como se lo pagaba. Era su captora, pero no se esperaba ese trato. Estaba rabiando por dentro, no debía mostrarlo y darle el gusto de verle sufrir demasiado. Cerró los ojos para que no viese que estaban humedecidos.

—Veo que Logan no se equivocaba. No tienes sentimientos. Y como un iluso pensé que algo debías sentir, fui yo quien erró.

No vio que lo dicho tuvo impacto sobre Aresha. En otras situaciones le encantaba que la llamasen insensible, pero ahora, y en boca de Marcus le había hecho daño. Nunca antes le había molestado que la consideraran falta de sentimientos. Se levantó de la cama sin dirigirle la palabra, salió de la habitación y cerró la puerta. No quería verle más, ni ahora ni nunca.

Fue hasta su propia habitación y se echó boca arriba en la cama con la cara tapada por las dos manos. Le apetecía llorar, llorar y volver a llorar. Estaba enfadada con Marcus por la insensatez de lo que había hecho, pero también se odiaba a si misma por dos razones, porque le gustó ese beso y por no controlarse. Se estaba comportando como si tuviera menos de cien años. No sabía que hacía con ese humano todavía vivo, ella nunca había tenido mascota y la estaba enloqueciendo. Cada vez que se acercaba a Marcus cometía algún error, alguna tontería que no le permitía cumplir sus deseos. Y ahora encima la tachaba de insensible y lo que es peor, su comentario le afectaba, como si no supiese ya la mentalidad de los Heliatón. Necesitaba aclarar las ideas, una voz amiga. Cogió su móvil y buscó el número de su consuelo. Tras varios pitidos contestó la voz cantarina

de Alanis.

—Aresha, me alegro de oírte. ¿Qué tal el concierto?

—Necesito verte. Ahora.

—¿Te pasa algo? —Alanis había notado que algo no iba bien.

—Sí. ¿Estás en casa sola?

—Exactamente, te espero impaciente y con unas bebidas.

—Gracias, Alanis —colgó. Se puso los zapatos y salió de la casa. No debería dejar solo a Marcus, pero que se fastidiara. Ahora mismo no quería estar cerca de él, cuanto más lejos, mejor. Cerró los ojos y emprendió el vuelo. Pronto llegó al núcleo de la bella ciudad. Comenzó a buscar el apartamento de Alanis y Blues. Les había querido regalar un buen hogar, pero a los dos le gustaba el aspecto bohemio de su casa y no se iban de allí. Cerca tenían un callejón, donde aterrizó. Visitó en varias ocasiones a los hermanos, recordaba la dirección con su número. Alanis contestó rápidamente al timbrazo de Aresha, la llamada de antes despertó su curiosidad. Conocía lo suficiente a su amiga como para saber que no solía inmutarse por nada y su voz reflejaba que estaba muy afectada por algo. Nada más apareció por la puerta, Alanis la abrazó, para consolarla de no sabía qué. Aresha le respondió con otro abrazo, uno de los más fuertes que había dado en su vida. Definitivamente, le pasaba algo. Alanis la introdujo en su casa llevándola a su pequeña salita. Cogió una botella con sangre y sirvió dos copas.

—Oí que los lobos intentaron atacarte ¿Estáis bien tú y Klaus?

—Sí, fue fácil darles esquinazo. No es por Klaus.

—¿Le han hecho algo a Marcus?

—No, está bien. Pero… —Aresha no pudo seguir, se estaba acercando.

—Aresha —Alanis le habló con suavidad, acercándose a ella mientras cogía su vaso para beber—, ¿qué ha pasado?

—Me ha besado.

Casi hace que Alanis se atragantase con el sorbo que tenía en la boca. Después de escupirlo otra vez en el vaso, intentó recuperar la compostura, cosa imposible.

—¿Qué? —gritó—. Repite, por favor.

—Marcus me ha besado.

—Le darías un buen bofetón.

—Sí, pero un poco más tarde.

—¿Se lo devolviste? —Alanis estaba asombrada.

—No lo pude evitar, sé que me mostré débil, pero… No me hagas sentir más culpable.

Aresha se arrinconó en una esquina a la defensiva y con la mirada perdida. Alanis intento consolarla.

—No te preocupes tanto, mujer. Todos tenemos derecho a un

instante de debilidad.

—Es que eso no es lo único. Después del beso, me lancé sobre él y casi le ahogo. No me mires así, te dije que no lo pude evitar. Después me enfadé y fui un poco brusca con él. Marcus también se enfadó y me llamó desalmada.

—¿Cuántos te han denominado así?

—Pero esta vez me dolió y no lo entiendo. Estoy actuando como si tuviera tu edad, sin ofender.

—No te reconozco, Aresha. —Alanis dio un largo sorbo a su vaso—. Creo que tengo que ponerme del lado de Klaus, debes deshacerte del Heliatón. Te está haciendo hacer cosas que nunca harías.

—¿Debo matarle? —No quería, pero ya eran dos.

—Tú verás.

Gael esperaba que Logan apareciese por su mansión tarde o temprano. No pudo satisfacer toda su curiosidad sobre lo de su hombre y si era tan importante para él querría conocer los detalles que Layla le dio, aunque eso significase volver a la guarida del lobo. Notó a Logan más nervioso de lo habitual.

—Me esperaba que aparecieses antes —le dijo Gael cuando lo tuvo suficientemente cerca.

—Si no vine antes fue porque no pude, no porque no quisiera —contestó—, la próxima vez que me digas algo como tu hombre está vivo, no me cuelgues tan rápido.

—Tenía cosas pendientes. —La verdad es que lo había hecho adrede, buena forma de fastidiarles.

—¿Estás seguro de eso? Sería una broma de mal gusto si me mientes.

—A mi no me mires, yo no estaba allí. Fue Layla quien lo reconoció. ¿Quieres que la llame y te lo enseñe? Muestra sus recuerdos con gran calidad.

—No, me fío de su palabra. —No tenía ganas de que un licántropo usase sus poderes con él.

—Hablando de vuestro… ¿Marcus era? Creo que deberías saber que ayudó a Aresha a escapar.

—Eso no tiene sentido.

—Me han dicho que la defendió, incluso se atrevió a tirar de la cola a Layla, y tiene un mosqueo que no veas.

—Debía de haber algún motivo para que lo hiciese.

—¿Seguro? —Gael quiso volver a tocar la llaga—. Date cuenta que,

sin contar a los de delante, que no vieron la acción, fue el único superviviente. ¿Por qué sobrevivió él y no tu hijo?

—No está con Aresha —dijo, levantando la voz muy a su pesar—, Marcus nunca me traicionaría.

—Le conoces bien, ¿verdad?

—Yo lo llevé a Heliatón con diecisiete años, seguía en el instituto. Es como mi segundo hijo.

—Oh, que tierno —se mofó—, tú lo convertiste en un asesino indiscriminado. Creo que voy a llorar de la emoción.

—Se que tú no entiendes de sentimientos pero entenderás de lealtad. Sé que puedo confiar en él.

—Bueno, quizás algo le salve. —Gael disfrutaba haciendo enfadar a Logan, pero no quería acusar a nadie de traición sin pruebas, si salir de Heliatón era traición, y no recuperar la cordura—. Layla también me dijo que estaba muy extraño y que en medio de la pelea cayó al suelo gritando.

—Algo significará —dijo Logan aliviado. Eso podía mostrar que tenía razón—. Es raro que lo mantuviese vivo.

—La mentalidad de un vampiro de trescientos cincuenta años es muy compleja. Yo tampoco lo entiendo, solo que podéis sentiros mejor al menos por ahora.

—Sin duda. Esto puede motivar a todos mucho más para encontrarla.

—Y con más razón debéis atraparla viva. Solo ella os dirá dónde está y podrá devolverlo con oportunidades de vida.

—¿A qué te refieres?

—Recuerda lo que te dije de que acabó la pelea gritando de dolor sin que nadie lo tocase. Aresha tiene sus trucos para que nadie se le escape.

—Avisaré a mis hombres. Te veré más tarde.

Logan se marchó esperanzado. No pensó jamás que pudiese recuperarlo vivo, agradecía la mente retorcida de Aresha por una vez. Su prioridad era localizarlo y sacarlo de las garras de esa despiadada arpía antes que cambiase de idea. Un rayo de esperanza aparecía reluciente después de un montón de desdichas.

Esta también era una buena noticia para el rey de los licántropos. Cuando Logan se marchó, se acomodó en su asiento disfrutando de la felicidad y la suerte que la vida le brindaba. Desde que se alió con Heliatón tuvo miedo de que ellos fuesen los que encontrasen a Aresha y no le diera tiempo a volver a verla. Sabía que esos sucios no esperarían ni un segundo para liquidarla, y menos Logan, cada vez más vengativo por la muerte de su hijo. Pero ahora las cosas habían cambiado, su amigo estaba vivo por lo que no la matarían. Quién le diría que al final un asqueroso Heliatón vivo le iba a dar tanta

felicidad.

Todos se lo decían. No quería, pero tenía que hacerlo. Llevaba media hora parada delante de la puerta, hasta que se decidió y abrió. Marcus estaba sentado, cuando la vio desvió la mirada hacia otro lado, enojado. Su boca seguía roja aunque la mitad de la sangre ya se la había quitado y la herida estaba cerrada. Aresha se quedó cerca de la puerta. Si esperaba una disculpa, sentado estaba bien.

—No te preocupes —habló Marcus—, sé cuál es mi lugar.

—No te he dicho nada.

—Lo piensas. Solo soy un mortal idiota del bando contrario.

—Vosotros pensáis que no merezco pisar este mundo.

—Fíjate, ya estamos en paz. —Seguía contrariado—. Hazme un favor y mátame ya. Estoy harto de vivir así.

Eso debería ser luz verde para ella. Se acerco un poco más a Marcus. Era fácil, morder y matar ningún problema. Pero no podía, intentaba mandar sus colmillos hasta allí, pero ni siquiera salían, cosa rara si incluía que ella tampoco estaba de humor. No podía vivir así. Cogió la llave y le dejó libre. Quizás suelto se desatase el instinto de supervivencia. Marcus se levantó, colocándose enfrente de Aresha.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Venga, aparece ya. ¿Dónde demonios estás, estúpido? Tampoco así se animaba pero no podía hacer como si el beso no hubiera pasado. Le quedaba una última salida.

—Lárgate —le dijo. Esa palabra dejó a Marcus con los ojos abiertos de par en par.

—Sabes que volveré a Heliatón y diré dónde está ubicado este sitio.

—Pírate antes de que cambie de idea.

Paso a paso Marcus fue acercándose a la puerta. Tenía que pasar al lado de ella. El corazón comenzó a bombear con más intensidad cuando sus pieles se rozaron. Solo quedaban unos milímetros para pasarla y llegar a la puerta cuando notó que su mano le estaba agarrando el brazo. No iba a dejarle ir.

—¿Es que nunca vas a cansarte de jugar conmigo? —le espetó.

—¿No pensarías que te dejaría ir sin más?

Aresha le clavó los colmillos en los agujeros del cuello que le había hecho antes. Esta vez no sacaron nada de su cuerpo, se lo introdujeron. Lava ardiendo entró por los antiguos mordiscos, parecía que quería quemarle el cerebro. Solo unos instantes después Aresha lo soltó. De sus colmillos aún brotaba su aural.

—Aún eres mi mascota y lo serás durante toda tu miserable vida. Esto se lo dejará a todos bien claro.

—¿Qué me has hecho?

—Alargar tu esperanza de vida evitando que seas la merienda de otro vampiro. Tienes mi aural dentro de ti, marqué mi territorio, para que me entiendas. Puedes animarte pensando que si alguno te mata al final, yo te vengaré. Ahora márchate y haz lo que te dé la gana. No quiero volver a verte.

Marcus esperaba la muerte, no que lo usase como un árbol cuando le cogió antes de llegar a la puerta. Ahora ya la había traspasado y estaba fuera de la casa. Lo había liberado, pero no sabía la razón. Seguro que ni lo consideraba digno para morir en sus manos.

Cuando se fue, Aresha se sentó en la ya antigua cama de Marcus. Esperaba no estar haciendo más mal de lo que pensaba. No era ningún problema, no sabía nada importante. Solo esta casa la relacionaba con él. Llamó a Klaus.

—Si tienes algo importante aquí, ven a por ello. Y de paso tráete un buen combustible.

Maldito tráfico, otra vez tarde. Luca intentó que su tartana cogiese velocidad, pero era imposible con el tráfico. Mejor avisar a Morgana para que le disculpase. Mierda, el teléfono sin batería. Le hubiera ido mejor quedarse en la cama, exceptuando las malditas obras que se habían puesto a hacer enfrente de su habitación. Joder, el mundo le odiaba. Sin saber cómo lo consiguió, llegó al edificio Gold Sun. Aparcó y cruzó las puertas que le llevaban dentro. Saludó a Morgana y cuando iba a coger el ascensor recordó que se había dejado el móvil en la camioneta. Se dio la vuelta y buscando las llaves de su automóvil chocó con Logan. Lo último que le quedaba, atropellar a su jefe, pensó Luca mientras pensaba en coger su pistola y pegarse un tiro.

—Le estaba buscando —comenzó Logan tras recomponerse.

—Siento llegar tarde señor, el tráfico es un asco.

—¿Eh? No es eso. Es sobre la búsqueda de Aresha

—¿Algo nuevo? —se interesó.

—Sí. Debe avisar a todos que las órdenes han cambiado. Necesitamos a Aresha viva.

—Pero, ¿por qué razón? Con todo lo que ha hecho no merece vivir.

—Es por Marcus.

—Mire, yo quiero recuperar su cadáver pero estoy seguro que no querría que hiciésemos esto.

—Marcus está vivo, Luca.

Lo pilló por sorpresa. Se quedó blanco y sin habla.

—No puede ser —dijo finalmente, con un suave hilillo de voz.

—Los lobos le han visto con Aresha y me aseguran que sigue andando.

—Mienten. —No terminaba de creérselo—. No puede ser, nos están mintiendo, señor.

—No ganan nada si lo hacen.

—Pues no me lo creo. —Sin quererlo perdió los papeles.

—Tranquilícese, yo tampoco me lo tomé en serio, pero…

—Pero nada —empezó a hablar en un tono más alto—. Yo estuve en la embajada y sé lo que vi. Estaba en brazos de Aresha y no se movía. Esa noticia me haría a mí más feliz que a usted, pero asumamos los hechos. Marcus está muerto desde el día de la embajada.

—Estaba inconsciente, capullo.

No era posible, esa voz no podía haber hablado. Luca se dio la vuelta.

—¿Es que ya no puede uno perder el conocimiento sin que se lo carguen?

Marcus estaba allí, de pie, apoyado en la puerta. Sus ropas estaban hechas jirones y su cara mostraba un gran agotamiento, pero estaba vivo. Morgana chilló y saltó en sus brazos tan fuerte que casi lo tira. Luca solo pudo sonreír. La suerte de ese día había cambiado y de una forma sorprendente. No le importó todo lo que le había pasado ese día. Estaba viendo un bonito milagro.

11 No te alejes de mí

Desde que había vuelto no pudo parar ni un instante. Nada más asumir que estaba allí, con ellos, Logan le mandó al subterráneo para que Mónica lo chequeara y le hiciera las pruebas. Cuando lo vio, la doctora estuvo al borde del desmayo, Marcus tuvo que sujetarla, eso que se suponía que él era el paciente. Todos sus amigos recuperaban la sonrisa después de tanto tiempo en cuanto le veían. Marcus se sintió querido en Heliatón, pero no podía negar que la echaba de menos. Se había acostumbrado a verla aparecer por la puerta de su habitación y aunque su relación con Aresha terminó de mala manera, recordaba los buenos momentos mientras Mónica le sacaba el termómetro de la boca.

—Perfecto, treinta y siete con dos. Tienes un poco de fiebre, algo normal después de todo lo que has pasado. Mejor esto que si no llegases a treinta y cinco. Y tu tasa cardíaca es normal. Puedo decirle a Logan que no te has convertido en uno de ellos. Pero he de hacerte la prueba crucial.

Mónica sacó una jeringuilla vacía y enorme.

—Odio las jeringuillas —dijo cuando Mónica le pinchó con ella para sacarle sangre. Marcus conocía esa prueba, la más fiable que podían hacer para descubrir que no era un chupasangre. Era tan sencillo como observar el cariotipo del sujeto al que se lo hacían. Se buscaba si un cromosoma del par uno se intercambiaba con otro del cinco. En todas las ocasiones que pasaba esto, el humano se convertía en vampiro. Si era con el par diez, era licántropo. Nadie jamás se hubiera imaginado que la ciencia podría servir para algo en estas cuestiones tan relacionadas desde antaño con la magia.

—No seas tan quejica, si Mónica es muy dulce. —Luca estaba con ellos, no le dejaba solo desde que había vuelto.

—Si te hubieran metido un veneno que te deja hecho un asco por vena, hablaríamos —le respondió mientras se incorporaba en la camilla.

—Dios santo. —Mónica vio las cicatrices en la espalda de Marcus. Pasó su mano por ellas.

—Me ha dejado un bonito recuerdo. Aparte de los mordiscos, claro.

—¿Por qué te hizo esa barbaridad? —preguntó ella, horrorizada.

—Me porté mal y me castigó. Es una sádica. —No se atrevía a decirles el verdadero motivo. Por su culpa un hombre había muerto.

—Tengo curiosidad ¿para qué te quería?—le preguntó Luca.

—Me convirtió en su mascota.

—¿Y qué tenías que hacer? ¿Echarte en su regazo y ronronear mientras te rascaba la oreja? Me estoy dando cuenta de que suena muy raro.

—Simplemente ella me cuidaba y yo cumplía sus deseos. —Se puso la camiseta. Luca quedó descolocado y comenzó a reírse.

—A ver si íbamos a estar todos preocupados por ti y tú pasándotelo como nadie, gandul. —Le lanzó un codazo picarón.

—Mira que eres malpensado —le contestó mientras le daba una colleja—, cómo echaba de menos esto.

—Tío, yo solo traduzco lo que me has dicho.

—El día que te quiten el cerebro de mosquito, avísame. En deseos me refiero a los alimenticios, como se ve. No me acosté con ella, ni ella tenía mucha ilusión por hacerlo.

Si la mala relación empezó por un beso, si hubiese habido algo más, no sabría cual sería el final.

—Oye, puedes ser sincero. Aquí nadie es tu superior y aunque es una sanguinaria, hemos de reconocer que está como un tren.

—Mónica, ¿puedo tirarle a la cabeza el bisturí? Si se le clava puede que tengamos suerte y le despertemos la inteligencia.

—Sois como niños, los dos. —Mónica se estaba divirtiendo, ya creía que jamás los volvería a ver pelearse así—. Luca, deberías saber que el buen estado de Marcus corrobora su versión.

—¿Ah sí? —Marcus la miró—. No lo sabía. ¿Por qué?

—Un Venora, la raza a la que pertenecen los vampiros, nunca puede tener relaciones con un humano, a no ser que sea cazador muy entrenado. Si ocurre, el mortal, en el mejor de los casos, acaba con todos los huesos rotos, la mayoría mueren en la cama —les explicó Mónica.

—Eso sí que es morir feliz —puntualizó Luca. Marcus nunca había oído hablar de eso. Mentalmente volvió a la noche del beso y a todo el dolor que sintió cuando Aresha estaba encima suya. La incapacidad de respirar, sus colmillos, como le sujetó el brazo; ahora entendía las primeras preguntas de ella después del bofetón. No quería matarlo pero por culpa de su impulsividad estuvo muy cerca. Era un completo idiota, ella se controló para no matarle y tonto de él se lo devolvía así. Pero podía haberle dicho que le importaba, y por eso se tenía que alejar, ¿qué le hubiese costado? Aresha era demasiado orgullosa para admitirlo, su desprecio había sido lo que le dolía de verdad. No, no era culpable.

—¿Sabéis una cosa interesante? —La pregunta de Mónica le sacó de sus pensamientos—, hay algo en común en todos los varones fallecidos de ese modo. Resulta que una vampiresa tiene la fuerza suficiente como para fracturaros en tres partes vuestra cosita.

Marcus y Luca la miraron de la misma manera mientras ella se reía

de ambos. Ese tipo de información les sobraba.

—No me los traumatice, doctora. —Logan estaba en la puerta, aguantando un leve atisbo de risa.

—Solo los prevenía, jefe —dijo con su voz de ángel alado e inocente. Se fue de la sala con la muestra de sangre en la mano—. Estoy segura que sigue siendo humano pero haré la última prueba —avisó antes de marchar.

—Esta chica parece que por fin ha recuperado las ganas de vivir —les dijo Logan—. ¿Cómo se encuentra?

—Me recupero rápido —Marcus se levantó de un salto—, no estoy tan mal como aparento.

—Me alegro. He mandado a varios hasta la dirección que me dio, pero ha sido más lista.

—¿Qué ha sucedido? —se interesó Marcus.

—Encontramos la casa, pero estaba ardiendo. Delante de ella dejó una nota que decía que corriésemos más la próxima vez, junto a una carita sonriente.

—No es de extrañar en ella. Parece su estilo.

—Marcus ¿sabe algo nuevo que nos pueda ayudar?

—Aunque viví con ella, no sé nada interesante. No salí de la habitación, excepto cuando fue lo de actuación. Intenté sacarle algo, pero no fui capaz. Tranquilo, no dije nada sobre Heliatón tampoco.

—¿Y qué me dice de la actuación? Me han dicho que le vieron y la ayudó.

Marcus suspiró. No le gustaba tener que recordar esos momentos.

—Me inoculó una sustancia letal, si le pasaba algo, el único antídoto lo tenía ella, por eso la ayudé. Me había hecho probarlo antes y era insoportable. Actué como un cobarde, lo siento.

—No se preocupe, hizo bien si significaba sobrevivir. —Le dio unas palmadas de consuelo.

—Para ser su mascota te trataba fatal —le dijo Luca—, el veneno, las heridas de la espalda, los mordiscos. Tendré que llamar a la protectora.

—¿Qué es lo de la espalda?—les preguntó su superior. Marcus se dio la vuelta y se volvió a quitar la camiseta—. Parecen latigazos.

—Lo son, señor. Todavía duelen.

—Son profundos, normal que tengas molestias. Me parece que va a tener que convivir con ellos toda su vida.

—Me dio la impresión cuando que me los hizo. —Se volvió a vestir, con un gruñido de dolor en su garganta.

—Debería tomarse un periodo de baja, para descansar —sugirió Logan.

—Llevo casi dos meses atado a una cama —protestó Marcus—, no quiero descansar.

—Aprovecha unas vacaciones, tío. Después las echaras de menos. —Luca se puso de parte de su jefe.

—Pero yo no…

—Déjese de excusas, es una orden. ¿Por qué no aprovecha y va a visitar a su familia? Siempre lo hace por estas fechas. Y lejos de la ciudad no creo que Aresha vaya a por usted.

—Es verdad, no lo recordaba. —Como ya no tenía ese sueño, se le había ido de la cabeza. Una de las pocas cosas buenas que le traía el rapto de la bella vampiresa.

—Y no se olvide de su amiga de la librería.

—Anda, es verdad —Luca pegó un brinco—, le dije que una hermana tuya había aparecido. Tenemos que ver cómo se arregla esto. Vamos, te llevo a casa y lo hablamos por el camino. Por cierto me ofrezco a cuidarla cuando te vayas. —Luca arrastró a Marcus hasta el ascensor, sin darle opción a mucha replica.

—¿Por qué tengo que salvarte el trasero? Invéntate algo más normal.

Marcus comenzó a refunfuñar pero de nada le sirvió. Tampoco le importaba mucho en ese momento. Volvía a su vida, a Heliatón y a la librería, pero antes de todo debía hacer su viaje anual y volver a su ciudad natal para visitar lo último que le ligaba a su familia. Otra vez la rutina, sus amigos, su vida. Heliatón no podía ser tan malo como decían los vampiros, si fuese así, no entendía como podía ser tan feliz con ellos ahora.

—Aún sigo sin saber por qué no lo mataste —le volvió a reprender Klaus mientras jugaba con su espada, intentando cortar un plátano en dos.

—No sabía nada, tranquilízate. Recuerda que sé lo que me hago.

—Ya, es que en lo referido al Heliatón lo pongo en duda —Aresha le lanzó una mirada fulminante—, creo que deberías empezar a reconocer que siempre que estaba involucrado en tus planes perdías tu racionalidad.

—Vete a la mierda.

—Yo también te quiero. —Klaus dejó el arma de Aresha y volvió al salón.

Ahora que volvía a estar sola, Aresha había vuelto a su casa principal en medio de la ciudad. No se apenaba de haber quemado la otra, tenía más en zonas verdes, aunque sí echaba de menos la tranquilidad del bosque. La parte buena es que Klaus venía a verla

mucho más, no era tan arriesgado como antes.

—¿Qué querías? —le preguntó Aresha.

—Siempre directa al grano.

—Lo aprendí de ti. —Aresha esbozó una sonrisa.

—Tengo una noticia, tanto buena como mala. La parte buena es que he descubierto como se enteraron los pulgosos de lo de la actuación. Por lo visto, fue Heliatón quien se lo dijo, pero he aquí la parte desagradable: todo salió de la boquita de Viktor.

—Genial, lo que me faltaba —bufó—, parece ser que no le llegó mi mensaje. Debería haberme conformado con romperle el cuello en vez de cortárselo, así hubiese durado hasta el día.

—Sí que le llegó, pero tus modos a veces no son los más correctos. Cargarse a Iván fue más una provocación que una advertencia, por eso quería que me los dejases a mí.

—Ya no hay marcha atrás por lo que solo se me ocurre una solución.

—¿En qué piensas?

—En eliminarle.

—He vuelto ¿no hay nadie aquí?

Cuando Rosalyn reconoció su voz salió del almacén como alma que lleva el diablo. Quedó en la puerta inmóvil sin creerse lo que estaba viendo. Marcus había decidido ver a su amiga al día siguiente que Heliatón le confirmase que seguía siendo el mismo. No lo parecía, Rosalyn lo miraba como si viese un fantasma.

—¿Marcus? —Su corazón se hinchó de alegría. Su amado Marcus estaba en la librería, con ella. No se lo podía creer—. Pensé que no volverías después de encontrar a tu hermana.

— Ah, si…mi hermana. —Iba a matar a Luca—. No era mi hermana, era la de un compañero de colegio. La ayudé a encontrar a un antiguo amigo de sexto. Solo pudo contactar conmigo, y eso que hace años que no nos vemos. Luca debió entenderlo mal. ¿Cómo iba a irme sin decírtelo?

Rosalyn lo abrazó con todas sus fuerzas. Llegó a pensar que lo había perdido para siempre, era la única persona que le importaba, aparte de su madre. Y la avisaría en sus cambios de vida, lo acababa de decir. Era una pena que su maldita timidez le impidiese decirle a Marcus lo que sentía por él desde el instituto, solo conseguía estar donde él estaba. Nunca pudo decirle lo mucho que le quería, cuánto le amaba. Si perdiese su amistad se moriría, por eso cuando Luca le dijo eso, se

le partió el corazón. Solo Marcus conocía el bálsamo para sus heridas, aunque no lo supiese, y se lo había aplicado exitosamente.

—¿Cuándo has vuelto? —le preguntó sin soltarle.

—Hace unos días. No he salido de casa, echaba de menos mi cama, ¿qué tal han ido las cosas por aquí?

—Varios encargos importantes, la mitad ya están hechos, pero aún me queda trabajo.

—Pues ¿a qué estamos esperando?

Marcus tenía ganas de trabajar. Se decepcionó en su afán de buscar algo que hacer. Lo único que faltaba era colocar los libros encargados en un sitio más accesible y vigilar que tuviesen su etiqueta con el nombre. Pronto, esto estuvo hecho y se quedó otra vez sin nada. Rosalyn era demasiado eficiente.

—Venía también para avisarte que me voy mañana, si no te importa.

—¿Otra vez?

—Esta vez es el viaje anual. Con todo el ajetreo se me ha pasado la fecha, pero si necesitas que me quede…

—No, no hace falta —le sonrió—, sé apañármelas. Lo he hecho estos dos meses.

—Y lo has hecho genial —la alabó—, en todo caso, si hay algo de trabajo que me pueda llevar, dímelo.

—La verdad, si no te importa, podrías hacer las cuentas de este mes. Es en lo único que sudo tinta china.

—Genial, cuando cerremos, pásamelos.

—De acuerdo. Ah, por cierto —miró el reloj—, el quiosquero va a venir a recoger un libro. Quiero llevarle a Samantha algo para su bebe, ¿te importa quedarte aquí? será una hora como mucho.

Como respuesta, Marcus le pidió el libro. Era su forma de decir sí. Al marchar su amiga, se acomodó en la silla y cogió el libro del quiosquero para ojearlo. Trataba sobre linajes antiguos del mundo, un tostón. Esto le dejaba claro lo que se imaginaba; el quiosquero tenía unos gustos muy raros. Echó un vistazo rápido a las hojas. Cada una de ellas mostraba el escudo de una familia e información sobre todos sus integrantes. Pasando rápidamente las hojas algo le llamó la atención. Volvió varias hojas hasta llegar a la que le interesaba. Se quedó inmóvil, pasmado ante esa hoja. Hablaba sobre un linaje antiguo francés, ya casi extinguido. Su nombre era el de los Delacroix, pero no fue lo que le llamó la atención. En la zona superior derecha de la hoja estaba su emblema, dos espadas formando una cruz sobre un fondo amarillo. Buscó en la información, pero no encontró nada referente a Aresha. No pudo buscar más, el quiosquero llegó a por su libro.

—Veo que también le interesa buscar su pasado —le dijo al verle

con su libro en las manos.

—Solo echaba un vistazo. Mi abuela ya me lo aclaró hace mucho.

—Qué suerte. Sé que mi bisabuelo vendió un título y me gustaría saber cuál era.

—Espero que lo consiga.

—Gracias, joven. Estoy buscando por todos los medios a mis antepasados.

—¿Sabe alguna manera de descubrir a algún familiar antiguo sabiendo solo su linaje y los años que vivió? —preguntó Marcus. No perdía nada.

—Déjeme pensar. Creo que había una página que podría ayudarle. Déjeme un papel y un bolígrafo —apuntó la dirección—. Tiene una gran lista de linajes antiguos, incluso en algunos puede encontrar retratos de las personas y sus biografías. Me ha sido de mucha utilidad.

—Espero que a mí también. Gracias por la información.

En cuanto se marchó, entró en la página. Sí que era detallada, estaba hecha por un montón de historiadores y gente profesional. Puso en el buscador el linaje Delacroix. Suerte, lo tenían, lo malo es que era amplísimo. Marcus usó el filtro de años, contando por cierto que Aresha no le hubiese mentido.

La búsqueda se convirtió en algo más fácil de ese modo. Nadie tenía ese nombre, era muy probable que se lo hubiese cambiado. A fin de cuentas, Aresha no era un nombre muy francés. Revisó todos los nombres hasta que llegó a uno que le llamó la atención. Era el de una mujer, nacida la última de cinco hermanos. Lo curioso es que tenía fecha de nacimiento, pero no de muerte. Pinchó en el nombre de Cecile Marie Delacroix. Su biografía era interesante, por lo visto a los diez años fue vendida a los reyes de Francia y se convirtió en una gran dama de la corte de la reina Ana de Austria. Otra cosa interesante es que tras la reclusión de la reina en un convento no se supo más de ella. Necesitaba saber quién era, por fortuna el símbolo de imágenes estaba encendido. Solo había una de la joven a los diecisiete. Al verla Marcus se quedó atónito, estaba seguro que esa era Aresha, con unos años menos. Tenía el mismo pelo, sus mismos ojos, todo. No le quedó duda, la había encontrado. Se quedó embobado viendo la foto hasta que llegó Rosalyn y él cerró la página.

Durante la tarde recuperó el tiempo charlando con ella. Después, a la hora del cierre se llevó las cuentas a mano y rechazó la invitación de tomarse una copa con ella. Estaba muy cansado y le esperaba un vuelo de varias horas en clase turista, así que decidió irse directamente a casa.

Repasó su maleta y se fue a dormir sin ver la televisión. No la quería encender, seguro que la vería en sus videoclips. Pero evitar

encenderla no consiguió que no soñase con ella. Acababa de conocer un secreto de ella, algo que nunca le quiso decir. Ni siquiera sus amigos conocían su pasado, como mucho de dónde provenía, pero no más. No se lo diría a nadie, ni siquiera a Heliatón, era su secreto. Nadie, salvo él, sabría que había encontrado a Cecile Delacroix.

Se durmió pensando en ella y despertó con Aresha aún en su mente. Soñó que se dirigía hasta un barranco con preciosas vistas al mar. Al llegar ella estaba allí con la ropa de su época mortal. Le sonreía mientras le tendía la mano, cuando su despertador le separó de allí. Debía apresurarse o perdería el vuelo.

Llamó a un taxi mientras acababa de vestirse. Optó por algo sencillo, unos tejanos con un fino jersey gris y unas zapatillas de deporte. Pensó en sujetar su melena oscura con una coleta, pero cambio rápido de idea al ver que no le favorecía.

Pronto llegó su taxi, Marcus arrastró su maleta por las escaleras y un minuto después, estaba de camino al aeropuerto. Tuvo tiempo suficiente para facturar su maleta negra y embarcar. Se había llevado un libro para el camino y su mp3 por si alguien viajaba con un bebé inconsolable. Tras varias horas llegó a su destino, agotado.

Otro taxi le llevó hasta su hotel, uno modesto de dos estrellas. Siempre se hospedaba allí y alguna que otra vez sus zapatillas se habían movido solas en mitad de la noche, pero era lo único que se podía permitir con su sueldo.

Lo primero que hizo fue echarse una buena siesta y luego buscar un pequeño bar para comer. Se decantó por el de la vieja Emily, amiga de su familia desde hacía mucho. Cuando le vio, Emily le atiborró a preguntas sobre su vida. Como siempre, le contó la verdad a medias. Cuando llegó a la pregunta de por qué este año volvía más tarde, solo respondió un «mucho trabajo». No podía contarle a nadie que una vampiresa le había secuestrado. Tenía una semana de vacaciones, pero el primer día era especial, y todos los años repetía la misma tradición desde que comenzó los viajes a su pueblo. Se despidió de Emily y se encaminó a ver a Catherine, la florista.

Aresha danzaba por las calles del pueblo, esquivando todo lo que podía al astro dorado. Su cita debía ser a plena luz, lo que la obligaba a camuflarse entre los humanos. Tras unas gafas de sol, veía a más mortales de los que le gustaría. Por suerte para todos ellos, antes de viajar hasta allí, un mendigo dejó de existir, y Klaus le había metido en su equipaje varias botellas de su líquido favorito. Volvía a disfrutar

del arte de matar tras dejar ir a Marcus, y no estaba desentrenada. Liberar a su mascota fue una gran idea, ahora se sentía como siempre. Tendría que haberlo hecho antes, sin Marcus en su vida, volvía a ser libre y a poder viajar sin ataduras.

Tras encontrar el camino, llegó al parque donde una mujer de tez blanca y con el pelo rizado la esperaba, jugueteando con su móvil.

—Hacía mucho que no te veía, Anabella —saludó Aresha. Ella le sonrió.

—Lo mismo digo, aunque siempre te veo por la televisión. No has cambiado nada.

—Tú tampoco.

Eran viejas conocidas por mediación de la pareja de Anabella, Milo. Su chico era uno de los pocos antiguos que Aresha conocía, Milo rondaba los doscientos. Al empezar a salir con él, Anabella empezó a conocer a los más mayores de la raza, y así, llegó hasta Aresha. Hacía mucho que sus caminos tomaron sendas distintas, pero seguían llevándose bien. Comenzaron a caminar por el parque.

—Quién lo diría, dos vampiresas juntas en pleno día —continuó Aresha—. En serio, ¿no tenías ni un ratito libre por la noche?

—El Paradiso necesita todas mis atenciones —dijo, refiriéndose a la discoteca que regentaba con Milo.

—Por lo que he oído, eso no hace gracia a Viktor.

—Y que lo digas —resopló—, me dijiste que querías ayudarme. ¿Cómo?

—Sencillo. Voy a matarle.

Anabella se detuvo frente a Aresha.

—¿Sabes lo qué estás diciendo? Viktor es el jefe del mayor clan mafioso del país. No va a ser tan fácil.

—Por muy jefe que sea, solo es un jovencito que me está empezando a cabrear. Y de lo lindo.

—No quiero ver eso, sé cómo eres de mal humor —se rió Anabella —, ¿te acuerdas cuando aquel ser empezó a cantar a pleno pulmón y sin oído mientras intentabas dormir? Le arrancaste la lengua de cuajo.

—¿Es que eso me va a perseguir siempre? —protestó.

—Pues claro, fue muy divertido. Deberías venir esta noche a la discoteca, hace mucho que no nos vemos, Milo estará encantado de volver a verte.

—No tengo nada que hacer —pensó en voz alta—, ¿podríamos proseguir nuestra conversación allí?

—Por supuesto, Milo sabrá más cosas de Viktor que yo desconozca y que pueden serte útiles.

—Entonces, allí estaré esta noche.

—Te recomiendo que te presentes un poco más arreglada que ahora para que no desentones con mi clientela

—¿Acaso tengo que ir con traje de gala?

—No mujer, pero no puedes ir con esa camisa zarrapastrosa. Quién diría que eres millonaria. Lo que sí me gusta es tu pantaloncito corto, muy mono.

—Vale, lo pillo. Será la ocasión de estrenar mi nuevo vestido negro, ya lo verás.

—Estoy impaciente. Debo volver a casa, ¿vienes?

—No, gracias —declinó la oferta—, lo único que me apetece ahora es volver a mi guarida, hasta que el sol desaparezca.

Aresha se despidió de Anabella y puso rumbo a su hotel. Ahora que caminaba sin ningún problema en su cabeza, disfrutó más del paisaje. Era un pueblo tranquilo y bastante bonito. Sería una pena si Viktor conseguía establecerse aquí, no era de los que le importase si su merienda era un útil o no. Se paró en una floristería. La dueña había colocado fuera unas preciosas plantas, si recordaba bien eran jazmines de Madagascar. Cayó en la tentación de olerlas. Cerró los ojos y disfrutó de su aroma. Se preguntaba cuánto podrían costar, cuando se fijó en el cliente que estaba dentro. No la podría reconocer al estar de espaldas, pero ella sí lo hizo, ese olor era único. Su corazón comenzó a palpitar hasta llegar casi el mismo ritmo del latido de un mortal, se apartó rápidamente del cristal.

—No puede ser.

Cath se había convertido rápidamente en la mejor amiga de su madre, María, nada más llegaron al pueblo. Llevaba la floristería del lugar, y cuando vio a Marcus acercarse le lanzó la misma sonrisa que tenía María, una que compartían desde jóvenes.

—Pensaba que te habías olvidado de todos nosotros —le dijo cuando aún estaba en la puerta de la tienda.

—Nunca podría. ¿Sabías qué venía?

—Emily me llamó. Tenía miedo de que te pasase algo gordo.

—He tenido unos pequeños problemillas, pero ya están solucionados.

—Perfecto. Te he guardado las mejores, como siempre. —Sacó al mostrador dos rosas rojas. Sencillamente perfectas.

—Son preciosas.

—Ellas las están esperando impacientes.

Marcus las pagó y fue hasta su último lugar por hoy. Las flores de Cath eran caras, pero de la mejor calidad. Disfrutó del paseo por el pueblo hasta que llegó al cementerio. Era pequeño, pero uno de los

más bellos que había visto. Tampoco es que hubiese visto muchos pero lo seguía manteniendo. Marcus anduvo hasta llegar a un panteón, el de su familia. En el reposaban los restos de su madre y su abuela.

—Siento haber llegado tarde. La puntualidad y yo siempre nos hemos llevado mal. —Parecía tonto, pero sentía que lo escuchaban. Dejó las flores en sus tumbas—. Si os contara lo que me ha pasado, no me creeríais.

—Igual que yo no me creo yo esto. ¿Qué coño haces tú aquí?

Marcus se dio la vuelta, sorprendido por la voz de Aresha. Ella estaba detrás suya, a unos centímetros. Ahora que la atendía, Aresha encontró algo que le llamaba más la atención. Ignorándolo completamente miró detrás de Marcus, al panteón donde dos rosas rojas frescas descansaban.

—Mertincale… ¿Ese era tu apellido?

—Sí —se apartó de ella—, ¿qué haces aquí?

—Yo pregunté antes.

—Nací aquí —le respondió Marcus—. Te toca.

—Yo tengo trabajo. ¿Tenías que venir ahora?

—Si hubiera sabido que estabas aquí, me lo hubiese pensado. ¿Tienes una actuación en el pueblo?… Si nunca las hubo.

—No es eso, vengo a cazar a un pesado. —De repente se le iluminaron los ojos—. ¿Por qué no me ayudas?

—Olvídalo. —Marcus intentó irse pero Aresha no le dejó.

—La verdad es que no te lo estoy pidiendo. Recuerda que sigues siendo mi mascota.

—¿Y qué pasa si me niego?

Aresha se acercó a su oído.

—No seas así. Creo que acabamos mal sin razón.

—¿Sin razón? —Le hizo gracia—. Me despreciaste.

—Te salvé la vida —respondió Aresha.

—Entiendo lo que hiciste —ahora que Mónica le había informado—, pero me diste a entender que era nada, que te daba asco que te tocase.

—Que mal tomado eres. —Volvió su vista al panteón de los Mertincale—. ¿No me habías dicho que murió toda tu familia? No veo a tu padre.

Marcus giró para estar frente a las lápidas.

—Eleonor me dijo que quería enterrarse en otro lugar. Se marchó antes de decírmelo. Tampoco me importa.

—¿Tuviste problemas con él?

—No existía para mi padre. Las únicas veces que me dirigió la palabra fue para decirme que estaba rompiendo la familia.

—Si solo tenías ocho años —Aresha le miró, escandalizada.

—Así era él. ¿Sabías que en ninguno de mis cumpleaños me regaló nada? Mi madre intentaba engañarme, pero no la dejaba, no hacía

más que repetir que se negaba a celebrar el día de un tremendo error.

Antes que se diese cuenta, Aresha le había abrazado tan fuerte que estaba a punto de romperle las costillas. Sorprendido, no supo cómo reaccionar, se quedó inmóvil.

—No dejes nunca que lo dicho por tu padre te afecte. El mío solo quería a sus hijos como moneda de cambio. Nunca pensó en nosotros, solo en su primogénito. Sus hijas solo servían para conseguir dinero, sin importar el postor. Yo me salvé por los pelos, pero sé qué se siente. Puedo decirte que tú no eres ningún error, aunque seas un Heliatón. Más error era él —le cogió una mano sin dejar de abrazarle—, y no me da asco que me toque alguien tan acertado en nacer.

Marcus no pudo evitar sonreírle. Ni en sus sueños más extraños se hubieran imaginado a Aresha consolándolo por su triste infancia, tampoco que le iba a contar algo tan personal, que ninguno de sus amigos sabía. Pero ya lo había hecho otra vez, el día que le borró el recuerdo. Y también se repetía el hecho de que ella le había correspondido. Aresha volvía a conseguir que hiciese borrón y cuenta nueva en su relación, todo su enfado y enojo desapareció.

—¿Puedo preguntar quién es tu víctima? —Marcus reanudó la conversación.

—Llamarle víctima en este lugar es un poco truculento, ¿no crees? —dijo Aresha—. Lo conoces perfectamente. Es Viktor.

—¿El jefe de la mafia vampira? No te andas con chiquitas.

—Si supieses que ha hecho, tú también irías a por él. Adivina quien avisó a Gael que íbamos a estar en la tele el día que nos atacaron.

—Vamos a por Viktor. —Darse cuenta que su pellejo también había estado en juego por su culpa, le animó a tomar su revancha.

—¿Ahora tienes interés por ir?

—¿Tengo opción? —Aresha sonrió, divertida.

—Aprendes rápido. ¿Dónde te hospedas?

—En el hotel Verona.

—¿Ese tan cutre? —le preguntó.

—Tengo que ajustarme al presupuesto —contestó.

—En fin, pasaré a recogerte a las nueve. Ponte algo elegante. —Aresha dejó de abrazarle para irse. Antes que se alejase, la llamó.

—Perdona por llamarte insensible.

Aresha no le contestó, solo se despidió con la mano. No la vio sonreír mientras volvía al hotel. Marcus se dirigió al suyo, aún era temprano y quería descansar un rato. Parecía que su estancia de vacaciones se iba a convertir en una misión, fuera de Heliatón y con una compañera nunca imaginada. Ahora que iba a estar junto a Aresha y sin cadenas, tenía en mente mostrarle que no era tan inútil como había parecido cuando estaba en su poder. Sus pilas estaban cargadas, y no habría capos de la mafia suficientes para no demostrar

que era un buen guardián y no un perrito asustado. Incluso, aunque no supiera la razón de su afán por hacerlo.

12 Una desagradable sorpresa

Al contrario que él, Aresha era puntual como un buen reloj suizo. Se sintió sorprendido de que apareciese por la puerta y no por su ventana. Cuando Marcus le abrió la puerta, se quedó boquiabierto. La vampiresa llevaba un estrecho vestido negro, de escote redondo y con tirantes gruesos. Se había puesto unos tacones altos hechos con cuero y su habitual colgante.

—Límpiate la baba, perrito —le dijo mientras entraba. Miró la habitación con cara de disgusto—. Tal como me imaginaba, un bodrio de hotel.

—Lo sé, pero es barato. ¿Voy bien así?

Aresha le miró de arriba a abajo. Marcus tardó en escoger la ropa perfecta, acabó decantándose por una camisa de seda negra y sus tejanos oscuros. Para los pies, dio gracias por llevar en su maleta sus zapatos buenos. A Aresha no le desagradó lo que veía.

—No está mal cachorrillo —dijo. Mentira, estaba genial—, pero tengo que arreglarte ese pelo. ¿Por qué tienes siempre que echártelo para atrás?

Nada más peinarlo se lo llevó abajo, allí les esperaba su Ferrari rojo. Aunque Aresha no quería llamar la atención, el lujo y los coches caros le perdían. Le abrió la puerta del copiloto, después subió y arrancó.

—¿Por qué no cogiste el coche? Te habrías ahorrado mucho dinero —le preguntó a Marcus después de un rato.

—No sé conducir.

—¿De verdad?

—Me vetaron la entrada en la autoescuela cuando choqué su coche contra una cafetería.

—¿Solo por eso? Todo el mundo puede tener un fallo.

—Era el tercero. Los otros dos fueron contra una tienda de ropa y la propia autoescuela. Hicieron una fiesta cuando les prometí no volver a intentarlo.

—Me callo entonces. —Dios, que torpe—. Se me olvidaba, esto es para ti.

Le dio un collar de cuero negro con pinchos. Se parecía mucho a los de Alanis.

—¿Y esto? —le preguntó Marcus.

—Póntelo y estarás seguro. Este collar es el distintivo para las mascotas y los amantes de los licántropos, tanto chicos como chicas. Alanis tiene varios de estos. Lo malo es que, como no sabía que

estabas aquí, tuve que comprarte uno. Es nuevo, todo tuyo.

—Nunca me habían regalado algo para decirme que soy una posesión. No te acostarás sin aprender algo nuevo.

—Otra cosa más, debes conocer las reglas de las mascotas. Como no pensaba sacarte de casa, no te las dije. Son fáciles hasta para ti; no me mires a los ojos ni te separes de mí. Intenta hablar solo cuando te lo diga, no quiero que piensen que no te he amaestrado. Creo que eso es lo más importante. Ah sí, ¿llevas algo de plata?

—Sí. —Levantó la camisa. Sujeta por los tejanos, estaba su estaca.

—Déjala aquí. —Abrió la guantera—. Estoy segura que antes de entrar hacen registro a todos. Yo te cuidaré.

—Porque el hecho de que toquen tus cosas es malo para tu orgullo, ¿no?

—Que lista es mi mascotita. Pronto llegaremos a nuestro destino. Tengo que visitar a un viejo conocido antes de ir a por nuestra víctima.

Aresha le condujo hasta la discoteca del pueblo, Paradiso. Aún no existía cuando Marcus vivía allí, era muy reciente. Aparcó muy cerca de la puerta, donde miles de ansiosos jóvenes esperaban que un gorila, al cual no era fácil saltar ni rodear, les diese su visto bueno para pasar dentro. Portaba en sus manos un detector de metales con el que inspeccionaba a los jóvenes, no quería que entrase nada de plata en el recinto.

—¿Es el lugar de fiesta de los vampiros? —preguntó Marcus mientras salía del coche.

—Muchas de vuestras discotecas de moda son compartidas por nosotros. ¿Crees acaso que no nos divertimos?

Aresha le cogió de la mano y lo arrastró hasta la puerta. Cuanto más se acercaba al portero, menos ganas tenía de continuar. Al llegar a la entrada, Aresha se plantó frente a él, provocando el enfado de los chicos de la cola. Aresha no se inmutó ni por las protestas ni por la mala cara del portero.

—¿No te has dado cuenta de la cola que te has dejado detrás?

—Milo y Anabella me están esperando, soy Aresha. No me molestes o haré que te arrepientas de haberlo hecho. —Aresha se situó en un ángulo perfecto para que solo él viese sus ojos de vampiro. Marcus percibió como retrocedía unos pasos antes de contactar con sus compañeros de dentro. La dejó pasar sin problemas, pero osó en posar su mano sobre las de los dos.

—Es obligatorio. —El miedo se dejaba entrever en su voz. Aresha accedió y le hizo señas a Marcus para que no se moviese. El portero pasó el detector por él. No sonó y les permitió la entrada, aliviado por no enfadarla. Sabía respetar a los mayores.

Una vez dentro, Marcus se dio cuenta de la razón por la que todos

querían entrar, era enorme e increíble. Constaba de tres plantas, la principal, que era en la que estaban las barras y el guardarropa escondido en una esquina, una abajo compuesta únicamente por la zona de baile, y la superior, custodiada por otro oso de seguridad donde se situaba la zona vip. Aresha se dirigió directamente a la escalera de la tercera planta, sujetando con más fuerza la mano de Marcus. Este miembro de seguridad la reconoció y no puso pegas a su entrada, aunque Marcus sí que notó una mirada extraña en sus manos entrelazadas. Subió las escaleras tras de ella y, después de un largo pasillo, quedaron frente a un ascensor que abrió sus puertas, invitándoles a entrar.

—Hay otra cosa que se me olvidó comentarte —le dijo Aresha mientras bajaban—, te estoy llevando a un mundo exclusivo de vampiros, nadie más que nosotros y unos pocos afortunados lo conocen. Si alguien se enterase que eres un Heliatón, me cortarían la cabeza y después a ti, así que no digas nada de lo que eres. Mejor, no hables si no te lo digo.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó con sarcasmo.

—Seguirme como un buen chico —le respondió—. No hará falta que te diga que, como algo de esto llegue a Heliatón y salga de tu boca, te corto la lengua con mis propias manos.

—Me lo imaginaba.

Cuando el ascensor bajó, un nuevo mundo apareció delante de Marcus. La zona de los vampiros era más pequeña pero mucho más elegante, pasaba de ser una discoteca de temas machacantes a un gran bar con música de lo más variada, tanto podías oír el último tema de una conocida cantante como jazz de los sesenta. Aunque fuera la zona de los seres fríos, a Marcus el clima le pareció más cálido que el de arriba. El lugar no estaba tan concurrido, solo era una sala con la barra al fondo, en la esquina izquierda, la zona de baile en el centro y unos cómodos sofás negros la rodeaban. Muchos estaban ocupados y algunos de sus inquilinos eran mortales, acompañados por vampiresas. Todos llevaban su mismo collar de pinchos.

—Sois los únicos mortales que podéis pisar esta zona —le explicó Aresha al ver que se había dado cuenta—, no sois ningún problema, con lo poco que duráis…

—¿Qué quieres decir con eso de lo poco que duramos?

—La mayoría sois hombres, sois más fáciles de engatusar. Lo malo es que, en cuanto os dais cuenta de que no puede haber nada físico, queréis largaros, dejar de ser las mascotas que nos nutren con sangre limpia. Y eso no puede ser.

—Me acabas de animar que no veas. —O sea, que su esperanza de vida era muy corta. Qué bien.

Aresha se lo llevó hasta el fondo de la sala. Mientras caminaban,

Marcus no pudo evitar fijarse en una pareja de vampiresa y mascota. Ella, pelirroja y pequeña se había agenciado a un jugador de baloncesto con unos brazos que podían ocultarla y, sin embargo, no levantaba la mirada ni para beber los últimos sorbos de su bebida. Tenía gracia, le hizo pensar que sería buena idea empezar a imitarle para mejorar su calidad y cantidad de vida. Su dueña se paró junto a un sofá, situado varios peldaños más arriba del resto y notablemente más grande. Allí se sentaba una pareja, la vampiresa de pelo oscuro y rizado con un vestido azul marino largo estaba acompañada por otro vampiro vestido con un traje muy simple, a juego con su chica. Ella fue la primera que los vio.

—Vaya, si que has mejorado tu vestimenta —saludó a Aresha—, me alegra que hayas venido.

—A mí también —habló su acompañante. Era un hombre pálido de pelo moreno y corto. Solo había una palabra que podría describirle, perfecto. A su lado, Marcus se sintió un trol de las cavernas.

—Es agradable disfrutar de la compañía de alguien que no sea un jovencito —saludó Aresha—, pronto podré decir lo mismo de ti, Anabella.

—Qué simpática —respondió Anabella con una risotada—. Cuando cumpla los ciento cincuenta dentro de seis meses, ya no te reirás de mí.

—Ella seguirá teniendo más de trescientos, querida —le dijo el hombre perfecto—, tendrás sus burlas como siempre.

—Igual que contigo, Milo —Aresha siguió con el juego—. En serio, me alegro de veros después de tanto. Tras el incendio de Chicago, os perdí la pista.

—Nos las apañamos bien, veo que no somos los únicos —Anabella se acababa de percatar de la presencia de Marcus. Al sentirse observado, bajó la mirada como le había dicho Aresha.

—¿Desde cuándo te dejas ver con humanos? —preguntó Milo.

—Este es el primero, se llama Marcus —les explicó la cantante. No le había soltado—. Es tan rico que no pude dejarlo desamparado.

Marcus odiaba que hablase así de él, primero por tratarle como un animal y también por esa manía suya de alardear de lo sabroso que era o lo adorable, daba igual, eso siempre provocaba miradas de interés en él y si eran de vampiros, no le gustaban nada.

—Sentaos con nosotros —ofreció Milo—, tenemos una sangre de primera calidad para ti, Aresha —después se dirigió a él—. ¿Tú qué quieres, Marcus?

Marcus miró a Aresha unos leves segundos sin contestar. Vio como sonreía, orgullosa.

—Sé que le gusta la sangre casi tanto como a mí, pero lo negará por chincharme. Dadle una tónica, no me gusta la sangre con alcohol.

—Es increíble como lo tienes amaestrado, pocos se acuerdan de preguntar.

—Es porque está en público. En verdad lo tengo demasiado consentido —contestó Aresha, dándole a la vez un pellizco en el trasero a Marcus que hizo que diese un brinco y enrojeciese un poco. Anabella y Milo se movieron para dejarles sitio a Aresha y Marcus. Solo cuando todos estaban en su sitio, Aresha aflojó la mano y le dejó libre. Rápidamente, una camarera vampiro les trajo sus bebidas.

—Esta es Mara, nuestra camarera casi particular y amiga —la presentó Anabella—, lleva aquí desde que abrimos.

Mara saludó, muy tímida y en cuanto la sangre y la tónica fueron servidas, corrió para desaparecer al otro lado de la barra. Aunque su escondite no sirvió de mucho, pues otro cliente pidió una copa de «Abogado Exitoso». Si a Marcus ya le parecían raros los nombres de algunos combinados, estos lo superaban. Se preguntó cómo se llamaría el que le habían servido a Aresha. La voz de Milo lo devolvió a la realidad. Notaba en esta un acento europeo, se atrevería a decir que podría ser griego, no sabía si se basaba en la voz o en el nombre. Quizá en las dos.

—Me imagino que no habrás venido solo para divertirte —reanudó Milo.

—Vengo por Viktor. Tenemos unas rencillas que solventar de una vez por todas.

—Lo vas a tener muy difícil, es bastante escurridizo y nunca va solo a ningún lado.

—No me importa si va con un ejército —dijo Aresha muy tranquila —, pienso matarlo de todos modos. Necesito saber qué lugares frecuenta, lo único que necesito es una ubicación suya.

—Creo que podría ayudarte —dijo Milo—, he tenido que servir copas alguna noche que nuestras chicas se han ido a cazar, tanto para ellas como para los negocios, y tuve el privilegio de escuchar cosas interesantes sobre Viktor. Por lo visto, se ha establecido cerca de aquí, en una zona industrial abandonada. Hay varios almacenes vacíos, perfecto para la banda.

—¿Sabes si está todo el clan allí? —preguntó Aresha.

—Lo que se dice todo, no lo sé, pero seguro que han venido los miembros más importantes del clan. Ya lo sabrás, pero tienes todo nuestro apoyo. Viktor está empezando a ser un jovencito demasiado molesto.

—He oído que se está atreviendo a molestaros a los dos.

—Te está incordiando a ti y eres la más mayor que conocemos —dijo Anabella—, ¿cómo va a dudar de hacerlo con nosotros? Está empeñado en que le vendamos el Paradiso y nos negamos. Estaría bien que alguien le bajara los humos, confió que entre tú y Marcus lo

consigáis.

—Lo haremos.

Fue Marcus en vez de Aresha el que habló. Le había caído bien esa pareja y se sentía en la obligación de ayudarlos, si estaba en sus manos. Su misión en Heliatón era proteger a los humanos de los vampiros que les incordiaban, ¿por qué no ayudar a otros vampiros molestados por su raza? La mafia vampiresca era un dañino clan, ellos querían acabar con su jefe y a Marcus le venía a la mente el refrán de que el enemigo de mi enemigo era mi amigo. Todos le miraron, al percatarse bajo la cabeza aún más si podía, mostrando que estaba arrepentido.

—No le riñas, me encanta conocer su voz —le rogó Anabella a Aresha tras el desliz de Marcus—, es adorable, no muchas mascotas piensan tanto en ayudar a vampiros sin nada a cambio.

—Os lo dije, es un encanto, quién se resiste a dejarlo ir pudiendo tener al lado semejante criatura.

—Lo malo es que me parece que esas piensan lo mismo. —Milo les señaló un sofá donde dos vampiresas no quitaban la vista de Marcus —. Es la cruz que hay que llevar por tener una pertenencia con tan buen porte.

Cuando Aresha las vio, la poca libertad de la que estaba disfrutando Marcus desapareció. Por el reflejo de las copas, Marcus miró a su vampiresa y pudo jurar que no la había visto nunca con una cara de cabreo como la de ese momento. La cantante miró a las chicas y se convirtió delante de ellas, una señal de que dejasen de mirar sus cosas. Antes de poder tranquilizarla, ya había hecho que la sujetase por la cintura después de obligarle a apoyar su cabeza en su hombro, mientras su mano le acariciaba el pelo como si fuese un gatito. Era el primer gesto que tenía que hacer como mascota que no le desagradaba, es más, le encantaba. Comenzó a ronronear y a maullar para intentar que se relajase.

—¿Se puede saber que haces? —le preguntó Aresha cuando empezó.

—Es que estoy muy a gusto, los gatos son muy buenas mascotas. Así me sigues rascando la oreja.

—Mira que eres payaso. —Aresha empezó a sonreír después de cambiar una caricia por un coscorrón, Marcus lo había conseguido. Al verlos, Anabella y Milo se intercambiaron una mirada de complicidad, sin que ninguno de los dos se diese cuenta.

—¿Cómo está Klaus? —preguntó Anabella—, hace mucho que no sé de él.

—Igual de idiota y presumido.

Los tres vampiros se enfrascaron en una conversación normal, típica de viejos conocidos que se reencuentran. A Marcus no le interesaba y la mano de Aresha tenía un efecto relajante con sus caricias. Se

acomodó en el hombro de Aresha lo mejor que pudo y cerró los ojos. Todos los sonidos del lugar se difuminaron, solo quedando en su sensación original los mimos que estaba recibiendo. Puede que después de todo ser mascota no estuviese tan mal. Se quedó en su posición aletargado hasta que un tiempo después, no sabía cuánto, empezó a notar que algo pasaba. Escuchaba el lento corazón de Aresha y de improviso, notó como ella giraba la cabeza y los latidos aumentaban. Marcus abrió los ojos, todos fijaban su mirada en una mesa y él hizo lo mismo. Tres vampiros bebían su sangre sin inmutarse de que otros tres, su ama y los dueños, les miraban con mala cara. El vampiro del medio tenía pinta de ser el jefe. Aparentaba treinta y mucho, con el color pálido de piel común de los vampiros. Su pelo rubio intenso estaba recogido en una coleta alta, y vestía un chaleco negro encima de una camisa a rayas metida por dentro de unos pantalones negros. Junto a él una chica rubia con el pelo cortado a la altura de la nuca y un corto top verde combinado con un pantalón blanco y unas plataformas enormes estaba hablando con él mientras el otro vampiro, de constitución fornida y con un jersey marrón y unos pantalones del mismo tono se bebía de dos tragos su copa de sangre.

—¿Quién son? —preguntó Marcus—. Espera, no será…

—Viktor. —La voz de Aresha mostraba su antipatía—. Se atreve a venir aquí después de todo lo que les está haciendo. Está llenando mi cupo de arrogancias.

—No hagas nada aquí —le pidió Anabella—, no tengo ganas de reformar el bar.

En ese momento Viktor se movió y los vio, a todos. Una sonrisa de sorpresa al ver a Aresha apareció en su rostro. Alzó la copa en señal de saludo, lo que la molestó aún más.

—Lo siento, no puedo evitarlo. —Alejó a Marcus de ella y se levantó. Fue directamente hasta Viktor, que no bajó la sonrisa en ningún momento.

—No esperaba verte aquí, Aresha. Un placer verte fuera de cámara.

—Cállate si no quieres que te corte en pedacitos. Mejor pensado, di lo que te dé la gana, lo voy a hacer igual.

—Que carácter. No entiendo por qué te pones así.

—Tranquilo, te lo puedo recordar, puede ser por ejemplo… los sabotajes a mi grupo o que le dijeses a los lobos donde iba a estar.

—¿Fueron los lobos los que te atacaron? Tampoco era mi mayor ilusión ayudar al maldito Gael —dijo Viktor pasándose su mano por su hombro—, no tengo un recuerdo muy querido de él. Bueno, quizás aprenderías a no mostrarte tanto si recibieras un buen mordisco del rey de los licántropos. Aunque, quien sabe, a lo mejor resulta que te gusta.

—Estás muerto. —Ahora sí que la había enfadado. Cuando estaba a

punto de lanzarse a destrozarle, el chico fuerte se interpuso. Marcus también intervino sujetando a Aresha por detrás.

—No merece la pena destrozar el bar por ese imbécil —le dijo mientras la alejaba de la mesa de Viktor con mucha dificultad—. Piensa en tus amigos, harás más mal que bien.

Le estaba costando más de lo que esperaba separarla de allí, estaba muy irritada y Viktor no colaboraba mucho, que digamos.

—Deberías hacer caso a tu cachorrito de la perrera —dijo riendo y mirando a sus acompañantes. Estos rieron con él—, parece que es obvio quien es el inteligente de los dos. Es vergonzoso que te supere un mortal, más uno como ese.

Este comentario hizo que Aresha volviese a acercarse a su mesa y Marcus fue detrás de ella, para evitar que la armase gorda.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, babosa rubia.

—La que debería tener cuidado eres tú y no por mi culpa. —Algo tramaba. De repente, comenzó a gritar para que todos le oyesen—. No me hables tú de seguridad cuando has traído a ese Heliatón aquí.

Eso era lo que quería, preocuparla por otras cosas y lo había conseguido. Nada más oír el nombre de Heliatón, casi todos los vampiros centraron su atención en Marcus y sus caras no eran muy amistosas. Solo los acompañados por humanos se alejaron para protegerlos, pues sabían que algo muy violento iba a ocurrir. Aresha miró hacia atrás buscando a Marcus y sus potenciales peligros. No vio que la compañía masculina de Viktor sacaba una pequeña daga y se dirigía hacia ella.

— ¡Aresha, cuidado! —Anabella gritó, pero a Aresha no le dio tiempo a reaccionar. Sin embargo la daga no llego a tocarla, Marcus la había parado, su mano tenía cogido el filo de la daga, lo que le impedía llegar hasta el corazón de Aresha. El vampiro rabiado recuperó su arma manchada de sangre y fue a por Marcus, pero este sabía defenderse. Esquivó su golpe y dio otro que hizo que el chupasangre soltase la daga. Marcus la recogió y en un despiste del otro usó su arma contra él, clavándosela en el corazón y convirtiéndolo en polvo. Solo se había defendido, pero todos los vampiros ahora mismo veían a un Heliatón armado. Marcus miro a Aresha para ver como estaba, y en ella vio la cara del terror. Aresha miraba su mano, Marcus entendió el mensaje y dejó caer la daga. Pero no lo entendió bien, era otra cosa lo que la preocupaba. Lo descubrió cuando revisó el lugar con los ojos. Todos le seguían teniendo en un primer plano, pero ya no era la mirada de odio de antes, se mezclaba con otra de deseo, de hambre. Estaba sangrando y el olor los estaba atrayendo hacia él, hasta Viktor le observaba con los colmillos preparados.

De súbito, un fuerte empujón le mandó hacia la pared más cercana.

Aresha se situó a su lado después de lanzarle, colocándose entre su mascota y los vampiros, medio furiosos, medio hambrientos. Comenzó a bufar a todos los que intentaban acercarse. Tenía claro que hasta su último soplo sería para defenderlo, nadie lo tocaría mientras tuviese un hálito de vida. Porque sabía que no tenían posibilidad de salir de allí, no sin ayuda. Y no esperaban que ninguno de los vampiros ayudase a un Heliatón, pero se equivocaba. Milo bajó de su sofá para ayudarles, bufando también a diestro y siniestro. Les señaló una puerta, la de su despacho, donde Anabella les esperaba. Marcus y Aresha no dudaron y fueron hasta allí. Milo les acompañó desde más lejos y cerró la puerta tras de sí, quedando dentro la pareja y la cantante con el Heliatón.

—¿Es verdad lo que ha dicho Viktor? —preguntó Anabella—. ¿Marcus es un Heliatón?

—Es diferente —se defendió Aresha—, creedme no lo hubiese traído si no confiase en él.

—Todos fuera están pidiendo su cabeza —dijo Milo—, ¿es muy importante para ti?

—No pienso dejar que se lo des. Es mío.

Aresha volvió a alejar a Marcus de los demás, pero no la dejó. Se acercó a ellos.

—A mí hacedme lo que queráis, pero no le hagáis nada a Aresha.

—Marcus… —le gruñó.

—No quiero que te hagan nada por mi culpa. Yo soy el problema.

—Tú no eres el problema —Anabella habló con un tono conciliador —, confiamos en Aresha y sabemos que nunca nos perjudicaría. Y puedes estar tranquilo, no le haremos nada, es mayor que nosotros y una buena amiga —miró hacia Aresha—. ¿De verdad es un Heliatón? No lo parece.

—Por desgracia, sí. Es lo único malo que tiene.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Milo—, quizás hubiésemos evitado esto.

—Es que no me gusta contar los defectos de mi cosas —les contestó, encogiéndose de hombros—. ¿Quién lo hace?

—Eres incorregible, Aresha —Milo y Anabella rieron juntos.

—Soy ya muy vieja para cambiar.

—En fin —siguió Milo—, debéis iros.

Milo los condujo por otra puerta. Debía ser un almacén, estaba lleno de botellas llenas de líquido rojo. Al final del almacén había unas escaleras que subían.

—Os llevará a la calle —les explicó Milo—. Allí ya no os molestarán.

—Gracias —Marcus y Aresha se lo agradecieron.

—No importa. Vuelve cuando quieras, Aresha. Y Marcus, si alguna

vez dejas Heliatón, me encantará servirte. Sobre todo si pides sangre.

Aún con precaución, salieron por la puerta trasera y se dirigieron al coche. No tenían miedo de la venganza de los vampiros, no les podía haber dado tiempo a salir, ni les merecería la pena. Lo que les preocupaba era la herida de Marcus, podía atraer a hambrientos bebedores de sangre que estuvieran en la cola. Llegaron sin problemas al Ferrari, ambos estaban tan agotados que no hablaron durante el camino. Aresha lo dejó en la puerta del Verona.

—He de trazar un plan para eliminar a Viktor —le dijo a Marcus—, estate preparado para cuando vuelva a por ti.

—¿Vas a volver a llevarme después de lo ocurrido?

—Se iba a saber tarde o temprano, aunque hubiese preferido que triunfase el "tarde". Tú descansa. —Y dicho esto, se fue.

Marcus subió hasta su habitación y se quitó los zapatos. Eran caros y no pensaba dejar que se estropeasen. Quería ducharse, pero antes necesitaba echarse y descansar. Se tiró en la cama, cansado por todo el ajetreo de la noche, y eso que solo habían sido unas horas. Estaba acostumbrado a trabajar por la noche, era guardián, sabía que lo que le pasaba no tenía que ver con el sueño. No, ese agotamiento se debía al estrés de miles de ojos mirándote ansiosos por convertirte en el festín del día. Alzó su mano herida, gracias a dios ya había parado. Recordaba las palabras de Aresha sobre su sangre. Curioso, la probó para ver si era para tanto. Como todas, no notaba el sabor que les llevaba a la locura. Marcus reflexionó sobre lo ocurrido, sino hubiese sido por la protectora Aresha, ya no quedaría nada de él. Pero también se sentía orgulloso; por fin conseguía demostrarle que no era un inútil, que sabía defenderse y, como mostró en su exhibición para sobrevivir, también podía defenderla a ella.

Si se quedaba ahí mucho rato se iba a dormir, por lo qué de un salto se levantó y se dirigió a la ducha. Tras asegurarse que se iba a duchar solo, limpió su cuerpo de sudor y sangre. Ahora que estaba limpia, la herida de la mano pasaba desapercibida. No podía decir lo mismo de su cuello y su espalda. Cuando Aresha le mordió antes de soltarle, dejándole esas marcas, aparentaban que se curaban, pero después de introducir por ellas el aural, la cicatrización parecía detenida. Recogió la ropa que hacía unos segundos tenía puesta y la guardó para otra emergencia como esa, por suerte no estaba manchada.

Buscó en su maleta una muda interior limpia para dormir. Encontró en el fondo el calzoncillo más feo y viejo que tenía. Lo había comprado hacía ya mucho, en un saldo de la tienda de un vecino. Era largo y con corazones rojos en un fondo blanco, todavía a día de hoy se preguntaba por qué lo compró. Para dormir servía, así que se los puso y se echó en la cama. Era una noche calurosa, solo se tapó con la sábana y dejó la ventana, a sus espaldas, abierta. Una pequeña brisa le

refrescaba sus cicatrices y, poco a poco, se fue durmiendo, aunque seguía tan nervioso que dormía a intervalos.

En una de esas fases, sin saber si estaba despierto o soñando, oyó tres o cuatro pasitos suaves que se dirigían hacia él. Marcus no se molestó en moverse, seguro que Aresha preferiría creer que no la escuchaba nadie. Pasaba de ella, cuando empezó a quitarle la sábana suavemente. La bajó hasta su cintura y apoyó sus rodillas en el colchón. Marcus sintió como la mano de Aresha tocaba la suya y, lentamente, la deslizaba por su brazo haciendo eses hasta llegar al hombro. Hizo lo mismo con sus cicatrices. Empezó a mosquearse, estaba demasiado mimosa y no podía olvidar lo que Mónica le contó sobre los que compartían lecho con inmortales. Al acabar, ese brazo le rodeo el pecho y presintió como su cabeza bajaba hasta su hombro. Al llegar, le mordió con fuerza.

Hacía mucho que no se alimentaba de él y la invulnerabilidad al dolor se había esfumado. Marcus protestó y ella hizo caso omiso, apretándole más hacia ella. Algo no iba bien, su instinto se lo decía. Unos fieros gruñidos desde la ventana le advirtieron que tenía razón. La vampiresa le soltó y fue enviada a la otra punta de la habitación. Ya no aguantaba más, encendió la luz para ver que ocurría en su cuarto.

Lo primero que vio fue a la vampiresa que le había mordido, pero no era Aresha. La compañera de Viktor tenía la boca llena de su sangre y, rabiada, miraba a la figura situada detrás de Marcus. Esa sí era su vampiresa, y sus ojos de transformación y sus colmillos mostraban que estaba intratable.

—Dámelo —la vampiresa rubia habló—, dame a tu mascota y haré que Viktor te deje en paz.

—Lo has tocado. Estoy muy cabreada, y tú, estás muerta —respondió Aresha con voz colérica.

—Lo quiero. —La rubia se abalanzó contra Marcus, pero antes de acabar su vuelo, Aresha ya la había atrapado. Cayó en la cama, junto a él. Solo la vio unos segundos, lo que tardó Aresha en clavarle la estaca de Marcus. Estaba tan irritada que no notaba el humo que estaba saliendo de su mano. Marcus se levantó y se puso de rodillas en el colchón. Le quitó la estaca de la mano y ella le miró, aún convertida.

—¿Dónde te ha mordido? —Era una pregunta normal, pero aterrado, Marcus no pudo responder. Aresha lo tiró boca abajo en la cama, buscando las señales. Al verlas, clavó sus colmillos en ellas y bebió. Pero esta vez no tragaba, solo le quitó un poco y la escupió. Después se alejó y dejó que Marcus se levantase.

—Te he quitado su aural, por si te interesa saberlo —le dijo mientras se incorporaba. Marcus se sentó cerca del cabecero mientras

Aresha estaba a los pies. Volvió a su apariencia normal—. ¿Por qué no te defendiste?

—Pensaba que eras tú.

—¿Y por qué cuernos iba yo a…? Mira, mejor dejémoslo. —Aresha se levantó—. Vístete.

—¿Por qué motivo? —preguntó.

—Saben dónde te hospedas y van a volver. Vienes conmigo, y no pienso llevarte en ropa interior.

—Yo no quiero…

—Tú te callas —le interrumpió—, si te quedas, puede que la próxima vez no esté aquí para traerte tu estaca. Prepara tu maleta mientras aviso al dueño por ti.

Refunfuñando Marcus se levantó. Cuando se incorporó completamente Aresha tiró de su única ropa desde detrás hasta que la rompió.

—¿Qué haces? —gritó mientras intentaba taparse con la sábana.

—Un favor a la humanidad. —Miró el horror que tenía en su mano —. ¿Cuánto habías bebido cuando lo compraste?

—Fue una obligación que tenía con un amigo.

—Te aconsejo una muerte lenta para él. Los que yo te compré no les llegan a estos ni a la suela de los zapatos. Deja de hacer el tonto y ponte otros.

—¿Y si solo me había traído esos?

—¿Solo te habías traído unos calzoncillos para una semana?… Serás guarro.

—Es mentira, pero podías haber preguntado. No pienso moverme hasta que te vayas —le dijo al verla mirar su reloj.

—Qué vergonzoso —le dijo Aresha mientras salía de la habitación riéndose entre dientes. Marcus no entendía el sentido del humor de Aresha. Bueno, sí lo entendía, meterse con él siempre que pudiera, solo que no le hacía ni puta gracia. Una vez se cercioró que no lo estaba espiando, se levantó y buscó unos nuevos. Después se puso otra vez la ropa informal y cerró la maleta. Bajó las escaleras del hotelucho hasta la recepción. Allí le esperaba Aresha. No se había dado cuenta que encima de su vestido negro llevaba unos tejanos, convirtiéndolo en una bonita camiseta de tirantes. Nada más lo vio, Aresha tiró de él hasta la calle, le incomodaba ese lugar. Unos metros más allá estaba su coche. Guardó la maleta de Marcus en la parte trasera mientras él se sentaba, luego se puso a los mandos de su coche.

—¿Está muy lejos? Tengo sueño.

—Menudo Heliatón dormilón. Descansa un poco si quieres, ya te avisaré. ¿Conoces el Luxury?

—Sí, el que está en la zona rica del pueblo. ¿Te alojas allí?

—Nos alojamos allí. Tranquilo, estás a gastos pagados. Disfruta de

tus vacaciones.

Lo que se dice disfrutar, no las estaba disfrutando. Para Marcus las vacaciones son para desconectar del mundo normal y desde que había llegado no paraba. Sus ojos pedían a gritos cerrarse, pero su orgullo no. Sin embargo no era inmortal y el sueño venció a todas sus defensas. Se quedó dormido mientras Aresha conducía en busca de un lugar seguro.

13 Venganza

—Buenos días, dormilón.

En el momento que despertó, Marcus no se acordaba de nada, pero pronto todo volvió a su cabeza. Estaba en la habitación de Aresha y ella lo miraba desde un cómodo sillón. Se había cambiado la ropa, y ahora llevaba un pantalón oscuro de pitillo y una camisa amarilla. Si no la conociese, pensaría que era una mujer mortal con muy mala leche.

—¿Qué hora es? —preguntó Marcus.

—Las dos de la tarde —le dijo tirándole el jersey gris que le había quitado antes que se durmiera. Marcus se levantó y se puso el jersey mientras Aresha lo miraba.

—¿Aceptas una invitación para comer? —le preguntó Aresha.

—Mientras no sea yo la comida —dijo, divertido—. ¿Y eso?

—Tendrás hambre y necesito salir a por unas cosillas —dijo Aresha mientras cogía su bolso negro—, te lo cuento todo mientras comemos.

—¿Comemos?

—Bueno, mientras tú comes. Vamos, antes de que se haga más tarde. ¿Eliges tú?

Marcus se la llevó al bar de Emily. Al entrar vio en la anciana una chispa de ilusión cuando entró con Aresha. Los acompañó hasta su mesa sin poder disimular una sonrisa.

—No nos habías dicho que estabas acompañado —dijo finalmente al ver que Marcus no soltaba prenda de la chica—, ¿me presentas a tu guapa pareja?

Marcus y Aresha se miraron. A ella no le interesaba que supieran quién era; para un lugar donde no la conocían… se iba a jugar el pellejo, pero Marcus tenía una idea.

—Se llama Cecile, es una amiga. —Aresha le miró sorprendida al oír ese nombre—. Ha venido por negocios.

—Sí, negocios… —Emily no se lo creía—. Te traeré unos huevos con bacón, tus favoritos. ¿Qué te apetece, querida?

—Tengo el estomago revuelto desde hace varios días —se disculpó Aresha— solo tomaré un zumo de arándanos.

—Sé cómo es, espero que se te pase pronto —Emily miró a Marcus —. Podrías habernos dicho que no podías venir porque vas a ser padre.

—¿Qué? No, si ella no, pero… —Acababa de pillarle por sorpresa y no sabía cómo responder. Enrojeció como un tomate, mientras Aresha disimulaba el ataque de risa que le estaba dando.

—Nos han pillado, cariño. — Malvada, puso su mano sobre la de Marcus—. Pero aún no lo sabemos seguro, ya hemos tenido varias falsas alarmas.

El “papá” la miró con cara de reproche mientras Emily se iba corriendo dentro de la cocina, donde Marcus sabía que tenía un teléfono.

—Te encanta verme sufrir, ¿verdad? —le dijo tras un rato.

—Nunca desaprovecho una ocasión para pasármelo bien. Sobre todo a tu costa.

—Pues ahora todo el pueblo va a esperar que tengas el bebé aquí, señora Mertincale. —Era una pequeña broma, pero Marcus habló en el peor momento, justo cuando Emily les sirvió la comida y el zumo, e hizo que se le iluminaran aún más los ojos.

—Eh, esta vez a mí no me mires —le dijo Aresha después que la felicitase por el enlace. Bebió un sorbo del zumo de arándanos, estaba muy rico.

—Pensaba que no comíais nuestra comida.

—Solo los sólidos. Los líquidos son compatibles con nuestro organismo. ¿Cómo sabías lo de Cecile?

—He investigado, aunque no lo creas. Te dije que tu colgante me diría algo de ti.

—Pues como se lo digas a alguien te convierto en eunuco, cariño. —Nunca había oído una mezcla como esa de dulzura y amenaza.

—Esta sí es la mujer con la que me casé. Ay. —Aresha le había dado una patada en la pierna—. ¿Cuál era tu plan?

—Tener el niño y dejártelo mientras me voy de vacaciones.

—Me refiero a Viktor.

—Ya lo sé, imbécil. Mira que no coges una broma. Creo que esto te es familiar, ¿verdad, cielito? —De su enorme bolso sacó las cadenas con las que lo había atado cuando lo secuestró en la embajada—. Necesito que me ayudes a atarlas en otro lugar. Me he informado de la zona donde se ha ubicado el clan de Viktor, es un almacén que se mantiene bastante bien. Para que funcione mi plan necesito que cierres las entradas.

—Pero, ¿cuál es tu plan?

—Ya lo verás. Tú solo debes ocuparte de las cadenas.

Cuando Marcus acabó, Aresha pagó dejando una buena propina y se lo llevó hasta las afueras. Hacía unos años, varias empresas intentaron abrir una zona en la que guardar las existencias de lo que vendían. Lo malo es que muchos habitantes no estaban de acuerdo con la idea. Hubo muchos disturbios, hasta que se produjo un incendio. Fue terrible, no hubo que lamentar víctimas, pero sí un gran destrozo en la mayoría de los almacenes. Las empresas, arruinadas, dejaron el lugar tal como quedó tras las llamas, no merecía la pena arreglarlo. Aresha

aparcó cerca de la zona, habiendo parado antes en una gasolinera. Ahora sí que se imaginaba el plan de Aresha. Caminaron hasta que divisaron su objetivo, era el único almacén que no sufrió ningún efecto durante el incendio. Desde lejos divisaron movimiento en la zona.

—¿Esta Viktor aquí? —le preguntó Marcus.

—No, ese descansa en su mansión. Pero si destruyes a los miembros de un clan, debilitas al jefe. Todos están muy unidos, dependen de los demás. Por eso odio los clanes. Tú ocúpate de tu parte. —Le pasó las cadenas.

Dentro del almacén el clan se lo estaba pasando muy bien desangrando a un inocente. No se dieron cuenta de la presencia de Aresha hasta que les habló ya muy cerca de ellos.

—¿Alguien sabe quién era la zorra rubia que atacó a mi mascota? —provocó que todos saltasen de la sorpresa.

—Aresha. —Un chico moreno, de complexión atlética habló. Parecía que era el que mandaba cuando no estaba Viktor —. No me digas que te has cargado a Irina.

—Es lo que pasa cuando se toca lo que no es tuyo. ¿Tú eres…?

—Vladimir, parece que ahora soy el segundo al mando. Creo que debería asustarme, ya que has eliminado a mis dos antecesores en poco tiempo.

—Harías bien. Pero ya no importa mucho, dentro de poco estarás muerto junto con tus amigos.

—Eres muy osada para decir eso —dijo Vladimir—, si das cuenta somos más de veinte. Por muy antigua que seas, creo que esto te supera.

—No creas Vladimir. Mira el suelo que tenéis alrededor. —Lo hizo y se dio cuenta que alrededor de todo el clan, el suelo, estaba mojado. Olía a gasolina—. Una chispita y… adiós mundo cruel.

—Te matarás tú también.

—No creas, los antiguos sabemos guardarnos un as en la manga. Ah, y no os canséis, las puertas están cerradas. Las dos —les dijo al ver como miraban hacia ellas. Los jóvenes ya olvidaban que con el paso del tiempo el sol dejaba de ser un problema para las aptitudes físicas, aunque seguía siendo una molestia. Fue un placer recordárselo cuando despegó hasta el techo, cosa que siendo de día ninguno del clan podía, al no superar los ciento cincuenta. Marcus seguía allí arriba donde lo había subido después de hacer su trabajo. Le pasó la caja de cerillas.

—Haz tu mejor los honores —le dijo a Marcus—, cuanto más lejos del fuego, mejor.

—Te arrepentirás de esto, Aresha. —Oyó a Vladimir desde abajo—. Viktor no te lo perdonará.

—Fíjate como tiemblo. Lánzala.

Marcus encendió una cerilla y por el agujero por el que había subido Aresha, la tiró abajo. El recinto pronto se llenó de llamas debido a la cantidad de gasolina que Aresha había derramado antes de darse a conocer al clan, estos estaban tan a lo suyo que ni olieron a la vampiresa dando vueltas alrededor suyo, condenándolos a la calcinación. Se fueron antes que los bomberos llegasen, eso sí, se aseguraron por el olfato de Aresha que fuesen parrilla de vampiro.

—¿Cómo se siente uno al matar a los de su propia raza? —le preguntó Marcus mientras volvían al Luxury.

—Bah, son desconocidos. Uno aprende que lo importante es sobrevivir.

—¿No te importa nadie?

—Solo mis amigos. No te parezca extraño, es lo que hacéis todos los humanos.

—Me preocupo por más personas.

—¿De verdad? Si a tu amigo el chiquitín le están atacando y solo tú puedes ayudar disparando al atacante ¿qué harías?

—Dispararía sin duda.

—Ves, lo mismo. ¿Has pensado en la familia del que matas? No te sientas mal, todos somos iguales. Por eso sobrevivimos.

Dejaron en pausa la conversación hasta que llegaron al lujoso hotel. Antes de entrar en su habitación, Aresha olió la zona, por si los habían encontrado.

—Nada. —Abrió la puerta. Todo seguía en su sitio. Se acercó a la ventana y Marcus se quitó los zapatos sentado en la cama. Tenía que preguntárselo o estallaría.

—¿Y yo?

—¿Tú qué? —Dejó de mirar el paisaje. Marcus se había girado y la miraba a los ojos.

—¿Me proteges porque te importo algo o simplemente por ser una pertenencia?

—Viktor ya sabrá lo que hemos hecho, así que tenemos cosas más importantes en la que pensar. —Volvió su vista a la entrada del hotel —. Solo nos resta esperar.

—Pues mientras esperamos, contéstame.

Aresha se dio la vuelta para pedirle que callase y dejase ya ese asunto, no había notado que Marcus estaba levantado, a su lado. Llevaba junto a su mascota dos días pero, en ese momento, se sintió incómoda. Siempre era ella la que decidía la distancia entre ambos, él no lo sabía, pero Marcus la inquietaba. Sin nada en la cabeza, su mente no dejaba de pensar en él. Unos nervios afloraron en su estómago, los mismos que sintió cuando la besó de improviso. Estaban gritando silenciosamente que se le pasase por la cabeza volverlo a hacer. El teléfono la salvó de la cercanía de su descontrol y de tener

que contestarle. Con la excusa de cogerlo se apartó de Marcus, lanzándose a por el auricular. Era el recepcionista.

—Tengo una llamada para usted de parte de la discoteca Paradiso —dijo con la cortesía de un buen empleado de hotel.

—Pásemela.

—¿Aresha? —Una voz desconocida la llamó—. Soy Mara.

—Ah sí, la camarera, me acuerdo de ti. ¿Ocurre algo?

—Milo y Anabella están muy preocupados por ti. Ha llegado a oídos de Viktor lo del incendio, según les han contado, está muy cabreado. Querían hablar contigo pero no podían llamarte personalmente, por precaución.

—Y por eso nos llamas tú, comprendo —la cortó Aresha—. ¿Dónde podemos vernos?

—Dentro de tres horas, a las nueve, en el Paradiso. Pero no entréis por la puerta principal, os esperaré en la de atrás. Milo me dijo que ya la conoces.

—Sí, allí estaremos. Cuídate. —Aresha colgó el teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Marcus.

—La amiga de Anabella, la camarera. Parece ser que Viktor ya ha oído nuestro mensaje y ellos saben algo.

—Genial. —Marcus se ilusionó.

—La suerte nos sonríe, también puede ser que nadie aguante ya a ese idiota. Tenemos tres horas hasta la cita, así que dúchate mientras te busco ropa.

—¿Por qué será que no me fío de ti cuando me eliges la vestimenta?

—Olvida ya lo de la tele, lo hice porque estaba enfadada contigo. Te rebotaste.

—Y tú casi me dejas seco. Deberías darte cuenta que lo mío fue una respuesta normal.

—Nunca atiendo consejos de un mortal. Dúchate, que después voy yo.

—¿Quieres ducharte conmigo? —le dijo picarón.

—¿Quieres mi tacón en tu trasero?

—Me hubiera servido un no. —Tuvo que cerrar la puerta del baño para evitar que su zapato lo golpease. Oyó un golpe bastante fuerte en la puerta.

—Controla tu fuerza o tendrás que pagar los desperfectos —le dijo desde dentro mientras colocaba la ropa interior nueva para ponérsela después—, me hubieras dejado sin estómago.

—No iba hacia tu torso, sino un poco más abajo —contestó Aresha desde fuera—. Sería una desgracia que tuvieses crías, sobre todo si heredan tu cerebro.

Tan dulce y delicada como siempre. Menos mal que ya estaba acostumbrado a su forma de ser, sabía que dentro de ella había una

buena persona, pero muy al fondo. Se duchó rápidamente, antes que Aresha recordase que tenía otro pie y salió, curioso de saber qué había encontrado la vampiresa en su maleta. Encima de la cama tenía uno de sus muchos pantalones tejanos y su fino jersey negro. Algo cómodo igual que elegante, sabía escoger bien.

—¿Sabes que me está empezando a incomodar que siempre me veas en ropa interior?

—Mientras te pille con algo puesto, a mí no me incomoda. He visto a muchos hombres como tú estás ahora, pero tengo más pudor que los licántropos. Aunque entiendo que, perdiendo la ropa en cada transformación, no lo tengan.

—Pero si no puedes tener relaciones con humanos, ¿cómo…?

—Tranquilo, malpensado. No me interesáis los mortales, sois muy malos amantes. Pero estuve cazando hace mucho en Londres, en Whitechapel. No hay cosa más fácil para atraer a la escoria de la ciudad que disfrazarte de señorita de la calle, frágil e insegura.

—Si te conocieran no hubiera colado. ¿Trabajarías por allí en 1888?

—Conocí a Jack el destripador, si es lo que te interesa.

—Y, ¿quién era? —Le fascinaba esa historia—. ¿Un médico, masones…?

—Una cazadora que se volvió loca.

—¿Era una mujer? Pero, ¿por qué hizo eso?

—Me perseguía a mí pero no conocía mi rostro. Añadiendo el hecho de que empezó a tener paranoias de que la policía me protegía y además, según oí, una vampiresa mató a su familia y se comió sus vísceras. Eso le hizo cometer tales crímenes. Yo misma acabé con ella, Mary Jane era amiga mía y me estaba espantando la comida.

—Esa versión nunca la hubiera imaginado, ¿y su cuerpo?

—Río abajo en pedacitos. Ya se habrá desintegrado. ¿Has acabado ya? —dijo señalando el baño.

—Te he dejado algo de agua caliente. —Marcus se apartó de la trayectoria de Aresha mientras se ponía los pantalones.

—Gracias por la intención, pero no la necesito. Odio el calor.

Aresha entró en el baño con la ropa en la mano. Tardó menos que Marcus en darse una buena ducha y vestirse, algo así como tres cuartos de hora. Su entrada al Paradiso iba a ser por la puerta trasera, así que no buscó mucho, tenía ganas de ponerse sus botines negros, los acompañó con su pantalón de cuero y una especie de corsé con mangas de volante que dejaban al descubierto sus hombros.

—Parece que no, pero nos queda una hora —dijo Marcus mirando el reloj.

—Solo necesitamos media para llegar al Paradiso. ¿Preparado?

Se dirigieron hasta el aparcamiento a por el Ferrari de Aresha. Una vez subieron y ella arrancó, el camino se les hizo muy corto. Se

sentían relajados, aunque Viktor rondaba aún por el mundo, sus fuerzas estaban mermadas. Era cuestión de tiempo que Aresha lo encontrase, si no lo hacían otros.

—No me creerás —le dijo Marcus—, pero voy a echar de menos tus insultos cuando esto acabe.

—¿Sabes? Yo también. —Ambos se echaron a reír—. Pero aunque no quiera, es mejor que cada uno siga su camino. Es peligroso para ti mientras tengas esa sangre corriendo por tus venas.

Aresha aparcó lejos de la entrada principal, girando la esquina donde estaba la puerta de atrás. Allí, Mara esperaba. Los saludó al ver el coche. Su melena rubia estaba suelta, vestía un corto pantalón negro y camiseta blanca, el atuendo de camarera del Paradiso.

—Os esperaba dentro de media hora —les dijo cuando salieron del coche.

—No pudimos esperar tanto tiempo —contestó Aresha.

—Pues Milo y Anabella aún no han llegado. Vamos hasta el despacho de todas formas.

Mara les abrió la puerta y los tres entraron. Atravesaron el almacén, ya conocido por los dos, hasta el despacho. Una vez acomodados, Mara se disculpó y se escabulló unos instantes hasta la zona del público. Pronto volvió, trayendo consigo tres copas de champán.

—Si me permitís, antes que vengan me gustaría hacer un brindis por acabar con el clan de Viktor. —Le tendió una copa a Aresha.

—Me gustaría celebrar la muerte de Viktor, pero, mientras tanto, hay que alegrarse también por los pasos victoriosos. —Aresha aceptó la copa de Mara que después le dio otra a Marcus.

Los tres alzaron su bebida con una sonrisa y bebieron hasta el final. Mara recogió las copas dejándolas en la mesa del despacho.

—También quiero agradeceros que acabaseis con Irina, la amante de Viktor.

—¿Te causaba problemas? —le preguntó Marcus.

—Bastantes más de los que crees. Estaba ocupando mi puesto a su lado —dijo como si tal cosa.

—Estás diciendo que eres una traid… —en ese momento Aresha se desplomó inconsciente. Marcus pudo sujetarla antes que llegase al suelo.

—Aresha —la llamó, pero estaba profundamente dormida—. ¿Qué le has hecho a Aresha? —Marcus se dio cuenta que él también estaba mareado.

—Es gracioso que el hidrato de cloral, que usáis para niños, sea una de las pocas drogas que nos afectan —le dijo Mara—. A nadie se le ocurriría. Es una pena que no tenga tan buen resultado contigo.

Marcus no tuvo tiempo para reaccionar. Todo se volvió oscuro en un instante, cayendo al suelo junto a Aresha. Ahora que los dos

estaban fuera de combate, Mara se relajó y preparó el siguiente paso de su lista para convertirse en la mano derecha de Viktor. Y, para eso, necesitaba un último esfuerzo para llevarlos a su furgoneta, qué mejor manera que con otra copa de champán.

—Otro brindis por vosotros chicos. Me habéis solucionado la vida.

Desde el primer momento en que abrió los ojos, Aresha se arrepintió de haber despertado. Estaba rodeada de plata, sus brazos y sus piernas estaban sujetos a una silla de plata con unos tubitos del mismo material y un collar plateado rodeaba su cuello. Debían estar en otro almacén, pero ese no era su mayor problema. Tanta plata la debilitaría rápidamente. Empezaba a oler su carne quemada en todas las zonas donde la ropa no la cubría. Mara había subido sus pantalones hasta las rodillas para asegurarse que la agonía fuera mayor.

—¿Dónde está Marcus? —Consiguió arrancar unas pocas palabras de su boca. Mara la miró, con los guantes aún puestos.

—No te preocupes por tu mascota, está más que bien. —Miró hacia su derecha. Alejado de Aresha estaba Marcus. Con él, Mara no había puesto tanto empeño. Su silla era de madera, estaba sujeto por las manos con una cuerda que rodeaba uno de los tres barrotes centrales del respaldo e impedía que sus manos se desatasen. Al estar con la cabeza gacha, el pelo le tapaba su rostro, lo que no le impedía saber que estaba inconsciente. En su frente una pequeña herida mostraba que había recibido un golpe. Por suerte para él, no sangró lo suficiente para que un vampiro se volviera loco.

—Hazle algo y te mato.

Mara se tomó la amenaza con gracia.

—No estás en el mejor momento para querer intimidarme. Además, por quien deberías preocuparte es por ti. Viktor fue quien me encargó que te atrapase. Te tiene muchas ganas, pronto llegará para matarte. Deberías haber pensado mejor eso de enfrentarte con la mafia.

—Muérete. —Fue la única contestación de Aresha. Mara respondió con un bofetón que en otros instantes no le haría ni cosquillas, pero tanta plata la debilitó mucho.

Escucharon un ruido proveniente de la zona donde estaba Marcus. Se estaba empezando a despertar. Su primera visión era borrosa, pero suficiente para ver la situación al levantar la cabeza. Aresha estaba lejos de su posición, y en peor estado. Se estaba quemando por culpa de la silla en la que la habían sentado, hecha toda de plata.

—Marcus. —Aresha le llamó al verle despierto. Su voz demostró que

estaba más débil de lo que creía.

—Tranquila, estoy bien. Resiste.

—Qué tierno. —Mara lo vio y empezó a caminar hacia su silla—. Aún le quedan unos minutos de vida, la plata solo la debilita. Será Viktor quien se ocupe de ella, por lo que no estaría mal que te empezases a despedir de tu vieja ama. Para ti tengo otro futuro.

—Si ella muere, yo también.

—Eso no, ni de coña- —Mara se sentó en sus rodillas cara a cara con Marcus—. Me han dado permiso para dejarte vivo, aunque debo compartirte con Viktor. Pero merecerá la pena, lo sé. Dime, ¿no quieres cambiar de dueña?

—Olvídame.

—Vamos, no seas tan fiel. Puedo ser una dueña muy cariñosa contigo —dijo, rodeando su cabeza con sus manos—, no te perdí de vista el día que te trajo a Paradiso. No me creo que Aresha haya podido aguantar el tiempo que hayáis estado juntos sin desnudarte y disfrutar de tu cuerpo. Yo te hubiese convertido al segundo día, sirves para más de una noche. Casi no puedo esperar.

Mara intentó besarle, pero Marcus apartó la cara. Ella no reculó y se conformó con besar y morder su cuello con cuidado. Todas esas atenciones provocaron una reacción en Aresha; con las pocas fuerzas que tenía le lanzó un gruñido a Mara que hizo que desviara su cabeza para mirarla, desafiante. Un gran error.

Marcus vio su oportunidad de oro para salvarlos a los dos. Cuando Mara desafió a Aresha, aprovechó para devolverle los mordiscos del cuello, aunque el suyo fue más fuerte, lo suficiente para poder probar su sangre de vampiro. Solo tuvo tiempo para unos pocos sorbos antes de que se diera cuenta, lo justo para recuperar, e incluso aumentar, su energía.

Mara se apartó de Marcus con la mano en el cuello, mientras, Aresha sonreía. Esa furcia no sabía que los dientes de su cachorro podían ser tan letales como los suyos. Era el momento, Marcus dirigió toda su energía hacia sus muñecas, consiguiendo con su nueva fuerza romper el barrote de madera que le impedía sacar las manos. Las liberó, dejando a Mara sorprendida; no se esperaba que su futura adquisición le diese problemas. Se tiró encima de él, cayendo ambos al suelo.

Ahora sí estaba convertida, buscaba la yugular mientras Marcus la apartaba con su brazo. Palpó el suelo buscando algo que le ayudase, hasta que se encontró un trozo de la silla que había roto. Se había astillado y era perfecto para usarlo como una estaca rudimentaria. Tras muchos esfuerzos consiguió quitársela de encima, lanzándola a muy pocos metros de él.

Debía ser rápido, antes que Mara volviese a reaccionar cogió su

improvisada arma y se acercó. Al intentar levantarse, Marcus se la clavó en el corazón, haciendo desaparecer a la vampiresa y transformándola en un montón de polvo. Entre sus cenizas, una llave brillaba delante de Marcus. Estaba agotado, pero sabía que no podía descansar. Cogió la llave y miró a Aresha. No se equivocaba, su collar y las sujeciones tenían cerraduras. Casi arrastrándose se acercó hasta la cantante. Aresha no se movía, pero aún estaba despierta. Marcus le quitó primero el collar, luego liberó las manos y los pies. Después de soltarla completamente, Aresha se desplomó encima de Marcus, que la cogió en brazos.

—Aguanta un poco más, voy a sacarte de aquí —le dijo para tranquilizarla mientras exploraba con ella el lugar. Mierda, solo había una salida y se abría por fuera. No tenía tanta fuerza y Aresha estaba demasiado débil. No podían escapar, Viktor llegaría de un momento a otro, Marcus solo tenía una opción. Se arrodilló y dejó a la vampiresa en el suelo. Estaba casi calcinada y necesitaría de su ayuda para recuperarse.

—Aresha, escúchame. —Movió la cabeza en su dirección, estaba muy cerca de perder el sentido otra vez. Continuó cuando los ojos de ella lo encontraron—. Estamos atrapados y yo no tengo fuerza suficiente para defenderte. Debes beber de mí.

Marcus la acercó a su cuello pero Aresha miró hacia otro lado.

—No… Te mataré. —Creyó distinguir de Aresha. ¿Y no quería? ¿Es que le importaba? Apartó esos pensamientos de su mente, no era el momento.

—Si no lo haces, Viktor vendrá y nos matará a los dos. Es la única alternativa si queremos que Viktor lo pague. Debes recuperarte, no te preocupes por mí.

La volvió a acercar a su cuello. Esta vez, ella dejó caer sus labios cerca de los antiguos mordiscos que sobrevivían en Marcus. Se sujetó débilmente con sus brazos a su nuca mientras él la sostenía por la espalda con cuidado de no tocar ninguna de sus partes quemadas. Ambos quedaron de rodillas uno pegado al otro.

—Hazlo —repitió—, bebe.

A su señal, Aresha desplegó sus colmillos y le mordió, esta vez sin ningún miramiento. No era una forma de saciar su apetito, significaba su supervivencia. Instintivamente, desprendió más aural que el normal para paralizar por completo a la presa. Marcus se dio cuenta cuando, entre el dolor del cansancio y la brutalidad de Aresha, notó que no podía cambiar de posición ni siquiera mover los dedos. Se había convertido en un mero observador incapaz de mostrar su dolor.

Perdió fuerzas y pasó de sujetarla a ser el mantenido. Todo le daba igual, solo quería que ella viviese, aunque significase su muerte. Justo en ese instante Aresha le soltó y Marcus se desplomó en el suelo.

Le hubiera soltado con más delicadeza, pero tenía miedo de no poder controlarse y vaciarle. Le debía la vida. Gracias a Marcus ahora todas sus quemaduras habían desaparecido. Una vitalidad totalmente renovada explotó dentro de ella, ninguna sangre le había dado semejante poder. Desde lejos oyó un coche que se acercaba, Viktor estaba aquí. Pero había llegado en el peor momento, Aresha estaba muy cabreada e iba a pagar muy caro obligarle a tomar de su mascota.

Estaba a punto de llegar para cumplir con su venganza. La idea de meter una infiltrada en la discoteca le iba a poner a la maldita cantante en bandeja. Solo quería advertirla de que su conducta no era de su agrado, no hacía más que poner su condición a la vista de los ignorantes. Muchos no estarían de acuerdo, pero tenía bien merecido que Heliatón la buscase por todos sus medios.

Ella lo convirtió en algo personal, primero eliminando a su segundo al mando, Iván, después a Irina, su chica. Pero con esto se había pasado, casi todo su clan era polvo. Por suerte la novata Mara le llamó diciendo que tenía a Aresha y al Heliatón. Quién se lo hubiera dicho, eliminaría su molestia y tendría un delicioso aperitivo que Mara compartiría con él hasta que lo convirtiese. Quién sabe, a lo mejor conseguía un buen socio, los guardianes eran muy fuertes.

Su coche llegó hasta el almacén, al aparcar sus hombres le acompañaron hasta la puerta. Viktor tenía una de las dos llaves que existían para la cerradura que evitaba que la puerta se abriese, no tuvo tiempo ni ganas de arreglarlo. Al abrir fue cuando se dio cuenta que no todo estaba tan controlado como le había dicho Mara. Su querida silla de plata para torturas estaba vacía, solo había un cuerpo tendido en el suelo. Olió la deliciosa sangre, aún seguía vivo. Marcus lo miró y sonrió.

—Hola Viktor.

—¿Qué ha pasado aquí, Heliatón?

—Te incumbe más lo que va a pasar ahora. —Su voz era débil, estaba perdiendo mucha sangre—. Es la hora de tu fin.

Esa era la señal para Aresha. Marcus jamás había visto un ataque de un vampiro más sangriento y cruel que el que presenciaba de ella. Recién alimentada los superaba en fuerza a todos, ni sudó con los matones de Viktor. Para él tenía algo especial. Intentó huir como el cobarde que era. Intentó darse la vuelta, buscando la salida. Antes de poder moverse notó la presión de la muerte en su pecho. Aresha estaba frente a él, su mano había traspasado su carne. Le había

arrancado el corazón de cuajo.

—Pensaba que no tenías. —Tiró su corazón mientras poco a poco Viktor se calcinaba hasta desaparecer de su vista. La verdad es que todo estaba empezando a desaparecer a los ojos de Marcus. Estaba muy débil, cada vez se movía con más dificultad. Lo último que Marcus vio fue a Aresha junto a él.

Sabía que estaba despierto, pero no podía ver nada. ¿Qué demonios le pasaba? Marcus se sentía bien, pero no podía moverse ni abrir los ojos, ¿acaso estaba muerto? Pues todo era muy aburrido en el otro lado. Alguien habló a su lado y reconoció esa voz de ángel, estaba nerviosa.

—¿Ya está? ¿Por qué no despierta? —Aresha estaba junto a él y alguien más, otro vampiro rondaba por la habitación. Notó en su brazo una aguja clavada. Era un asco, notaba su brazo pero no podía moverlo. Se equivocó, eran dos vampiros los que acompañaban a Aresha.

—La transfusión está acabada. —Ese era Milo—. Suerte que no llegaste al límite, aún le podemos mantener como humano.

—Te dije que era buena idea clasificar las botellas también por grupo sanguíneo, mi amor. —Y ahí estaba Anabella, como no.

—Pero, ¿por qué no despierta? —En la voz de Aresha notaba desesperación. Le hubiera gustado decirle que no se preocupase, pero no podía hablar, ni siquiera ver su hermosa cara. Eso era peor que la muerte. La mano fría de Milo cogió su muñeca, buscando pulso.

—Pues está perfectamente. Lo único que se me ocurre es el aural.

—¿Qué pasa con el aural?

—Debiste introducirle más de lo común y por eso está completamente paralizado. Lo he visto en algunas ocasiones. Por fortuna para todos, te diré que es provisional.

Por fin, una buena noticia. Ahora, le gustaría saber cuánto tiempo iba a estar así. Una mano se acercó a la suya y se la sujetó. Esa piel tan suave, no podía ser otra que la mano de Aresha. Los pasos habían desaparecido, no sabía si porque se habían ido o porque todos sus sentidos estaban pendientes de ella. Todo lo que le pasaba merecía la pena si ella estaba viva.

—No respondí a tu pregunta. Has arriesgado tu vida por mí, creo que te la mereces. Cuando te secuestré eras un Heliatón, y aún lo sigues siendo. Pero me has demostrado que puedo confiar en ti. No solo eres mi mascota, eres mi amigo y me importas mucho. Por favor,

despierta.

Lo había dicho, le costó pero lo había dicho. Puede ser que su situación no fuese tan mala si le servía para que Aresha reconociese que existía para ella. Una sensación de felicidad enorme recorrió todo su cuerpo. No quería hacerla sufrir, solo que fuese feliz. No entendía todo lo que empezaba a sentir, todo giraba en torno a ella. Aresha se había convertido en un pilar muy importante en su vida. Solo quería lo mejor para ella, y sentirla sufrir no era la mejor manera. Deseó con todas sus fuerzas y lo consiguió, su mano apretó fuerte la de Aresha. Sintió el salto que dio ella y como llamaba a sus amigos.

—Está vivo —gritó ilusionada—, me ha apretado la mano.

—Está despierto —dijo Milo—. Marcus, ¿me oyes?

Marcus volvió a apretar la mano de Aresha.

—Sí —dijo a los demás—, está despierto.

—Eso es bueno. Escúchame Marcus, no te preocupes por esto. Estás paralizado pero se te pasará. Solo procura descansar, tarde o temprano volverás a la normalidad.

No había otro remedio, sin poder moverse. Milo y Anabella se quedaron unas horas en la habitación, debían atender el Paradiso ahora que Viktor no molestaba. Querían quedarse con Aresha, pero ella los echó tras tranquilizarlos. Estaba alimentada y sin asuntos pendientes en el pueblo. Marcus no podía saber que lo único que ella quería era estar a su lado. Su estatus no era ya el de un ser prescindible, Aresha lo descubrió cuando empezó a sentir por primera vez culpa al alimentarse de alguien. Se veía obligada a cuidarle y no le importaba.

—No te preocupes, yo te cuidaré. Tú descansa, como dijo Milo.

Todo el tiempo que estuvo paralizado Aresha no se separó de él. Cada segundo oía sus pasos, si el silencio reinaba era porque estaba a su lado. Al segundo día pudo abrir los ojos y volver a verla. Se había dormido en el sillón situado a un lado de la habitación. Con dificultad se levantó de la cama, estaba harto de no poder moverse. Al asomarse a la ventana se percató que era de día, así que decidió no despertar a Aresha. Sus intenciones no duraron ni medio minuto, al querer salir de allí su pie tropezó con la pata de la cama, y el sigilo acabó.

—La madre que me…

—Marcus. —Aresha, al oír ruido se despertó. Se levantó y le abrazó con fuerza—. Esperaba este momento desde hace un buen rato.

—No puedo respirar.

—Lo siento. —Se separó de él—. Se me olvida que eres humano. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que mi cuerpo aún sigue entumecido, pero por lo menos no soy un vegetal. Necesito aire libre.

—De eso nada. —Empezó a empujarlo hacia la cama—. Acabas de

despertar y estás débil. Te quiero ver otra vez dentro todo el día.

—Bah, si ya estoy hasta las narices de tanta cama…

—¿Tengo que atarte para que te estés quieto?

—Me basta con que te duermas a mi lado. Venga, quien algo quiere, algo le cuesta —le dijo cuando le lanzó una de sus miradas asesinas.

—Mira el bebé este, que no puede dormir solo. —Aunque le insultó, acabó cediendo. Aresha se echó a su lado y Marcus la tapó con las mantas—. Te aviso que, como una sola yema de tus dedos toque más de lo que debería, te arrepentirás de haber despertado. Prometido.

—Nene quere una canción. —Marcus usó el insulto en su beneficio.

—Cállate y duerme, niñato inmaduro.

—Jo, menuda cantante, no atiende a sus fans. ¡Ay! —Un puñetazo apareció en su hombro sin darse cuenta—. Que estoy malito.

—Lo siento Marcus, la tontería no tiene cura. Además, que yo recuerde la primera vez que viniste a una actuación en directo, querías matarme.

—Yo no quería matarte, solo cumplía órdenes, así que échale la culpa a Heliatón. Por si no lo sabes, soy un fan tuyo, no de los radicales como tu cuadrilla gótica, pero me gusta como cantas. Tengo todas tus canciones en mi reproductor de música.

—Pues póntelo y ya tienes tu nana. —Aresha se dio la vuelta. Su espalda se pegó al pecho de Marcus—. He cumplido, así que te toca a ti.

—Vale, vale. Felices sueños.

No la molestó más, cerró la boca hasta que se durmió. No podía estar mejor ni en un millón de años. Se quedó quieto para poder seguir sintiendo a Aresha cerca de él y poco a poco se relajó. Esta situación le recordaba al momento en el que ella le apresó sin poder hacer otra cosa que dormir. No todo era igual, ahora sabía que era alguien especial para ella. Aunque no tan especial como Aresha era para él en el fondo de su corazón.

Iba a matarlo. Marcus la estaba rodeando con su brazo mientras dormía como un tronco. Por esta vez lo perdonaba, estaba por debajo de su pecho y no roncaba. Posó su brazo en el de Marcus y acarició su piel. Era un mortal pero le gustaba su tacto tan cerca de ella. Lentamente giró para tener su cara frente a la suya. Marcus seguía durmiendo, no era tan sensible como ella. Pasó su mano por el semblante durmiente de su acompañante, Marcus no se enteraba de nada. La mano se deslizó más abajo sin que ella lo deseara. Le había echado con ropa, cosa que parecía no importarle. Subió su jersey consiguiendo llegar a su deseada piel, no paró allí, ascendió por su costado hasta volver a su punto de origen.

Cerró los ojos disfrutando de los maravillosos abdominales que

Marcus había adquirido en su trabajo como guardián. De repente apartó su mano de él, sabía que estaba a punto de hacer. Se le había pasado por la cabeza volver a llevárselo, pero era imposible. Junto a ella, Marcus correría peligro constantemente. Mara tenía razón, su mascota no estaba mal y tarde o temprano se lanzaría a su cuerpo. Conociendo los antecedentes de Marcus, habiéndola besado, no creía que se defendiese mucho si reclamaba su cuerpo para ella.

Y no sería nada bueno para él a la larga. La única solución era convertirlo, pero Aresha seguía las normas, y una de ellas es no convertir sin el beneplácito del otro, que en este caso era un Heliatón, sería una tontería hasta preguntar. Se levantó con rapidez, pero este, aunque cayese una bomba, no despertaba. Lo que iba a hacer era lo mejor para los dos.

Aresha lo estaba convirtiendo en un dormilón, siempre le estaba echando a dormir y él como tonto lo hacía. Lo malo es que ella no estaba a su lado cuando despertó. Se levantó y no la vio. Junto a él, una caja enorme esperaba a que la abriese. Dentro, dos enormes y hermosos ramos de rosas dejaron a Marcus boquiabierto, estaba seguro que eran de Cath y más seguro de que su precio era la mitad de su sueldo. Atónito, bajo la jungla de rosales, vio una nota asomar tímidamente entre la explosión del rojo floral. Marcus la leyó tras sacarla con mucho cuidado, esquivando las espinas de los tallos.

"Quería agradecerte todo lo que has hecho por mí, algo no obligatorio, porque eres mi mascota. Pero igualmente lo quiero hacer, has arriesgado tu vida por mí a pesar de cómo te trato (ojo, eso no quiere decir que no lo vaya a seguir haciendo. Recuerda lo que me relaja insultarte). Debo marchar ahora, no te enfades porque no me haya despedido, ha sido lo mejor, tú créeme y no pienses el por qué, que no es tu fuerte. Mi primera idea fue regalarte algo para ti, hasta que recordé que eres un Heliatón y seria sospechoso que portases un regalo de una vampiresa. Así que he optado por regalarte algo para lo que más quieres. Por una vez, lleva un precioso ramo de flores a tu familia sin preocuparte por el dinero, rata (con todo el cariño del mundo).

Aresha

P.D. Por cierto, te he pagado los días que restan hasta tu vuelta. Otra cosa más, antes de irte llama a Milo y Anabella, tienen algo para ti."

No se equivocaba, Aresha era buena persona. Y ese regalo se lo agradecía más que todo el oro del mundo. Ese mismo día, volvió al panteón y dejó el presente de Aresha para sus seres queridos. Cuanto más lo pensaba más se lo creía, su dueña era una persona muy rara,

qué vampiro no lo era. No se le iba de la cabeza, solo llevaba unas horas sin ella y ya la echaba de menos, casi de manera insoportable.

—No entiendo nada de esto, madre —decidió compartir lo de dentro con su familia—. Me secuestró, me hizo mil perrerías y aún quiero ser suyo. No puedo dejar de pensar en ella, nunca me ha pasado, estoy como nunca cuando está a mi lado. Pero es una vampiresa, ¿Qué me pasa, mamá? No puede ser que…

No, eso ni de coña. Borró lo que su cabeza se estaba imaginando, por dios que era un Heliatón. Se golpeó la cabeza varias veces. Tonto, tonto, decía para sí, olvídalo si no quieres que ella se ría de ti en tu cara. Se quedó allí, pensativo, durante varias horas.

Los pensamientos volvieron a atormentarle, decidió simplemente ignorarlos. Solo era su instinto de supervivencia, al ser su mascota le conducía a tener la mejor relación posible con Aresha y simplemente su mente se pasó.

Según se agotaban los días que quedaban de su permiso, la idea se fue desvaneciendo de su mente. Visitó más veces el panteón de su familia, ese tiempo que le restaba lo dedicó a sus actividades normales. Visitó a sus amigos, disculpando a su mujer, que había vuelto para conocer los resultados. Qué maja, se iba y le dejaba con el marrón. También aprovechó para terminar las cuentas de la librería, que con tanto ajetreo no tuvo tiempo para cumplir lo que le había prometido a Rosalyn. Recordó lo que Aresha le escribió y llamó a los dueños del Paradiso antes de marchar. Le citaron en la puerta de atrás de la discoteca.

—¿Ya te vas? —Le preguntó Anabella—. Qué pena, tenía ganas de hincarte el diente. Es broma.

—Os echare de menos —dijo Marcus tras despedirse de ellos con un abrazo—. Siempre regreso a mi pueblo todos los años. Volveré por aquí, si lo deseáis.

—Por supuesto —Milo sonrió—, nunca hemos visto un Heliatón como tú.

—Ni yo —susurró—. Aresha me dijo que teníais algo para mí.

—La verdad es que es suyo —le tendió un billete de avión—. Dijo que no podía permitir que su pertenencia más valiosa viajase en turista.

—¿Eso es un elogio?

—Con lo que cuesta este billete, tómalo como un sí. Espero que vuelvas a vernos y mejor si es junto a Aresha.

—Ya veremos. Tengo que irme. Cuidaos.

Anabella y Milo lo despidieron con la mano hasta que su sombra desapareció de sus vistas. Ella fue la primera en hablar.

—Seguro que Aresha lo está, no puede engañarme. ¿Qué me dices de Marcus, cariño?

—Hasta las trancas, cielo —respondió—, pero ninguno lo admitirá.

—Tienes razón, una es una anciana y el otro un Heliatón. Los dos son muy tercos, hasta que no se den de bruces con ello, no se darán cuenta, sobre todo Aresha.

—El destino es sabio, preciosa. —Cogió a su chica en brazos y la besó apasionadamente, sabía que le encantaban las sorpresas—. Lo único que espero es que no se les haga demasiado tarde.

—¿Te imaginas que…? —Le señaló su tatuaje del cuello. Era una serpiente de dos cabezas, su compañero Milo tenía uno igual, que él rozó con su mano.

—Quién sabe, ¿por qué no?

14 Al descubierto

Gael contestó con premura al mensaje de Logan. Esa misma tarde estaba en su despacho, mucho antes que llegase a su puesto de trabajo. Sus ojos azules tornaron a su rostro cuando entró.

—¿No sabes respetar las estancias privadas?

—Como tus chicos me quieren tanto… Si vieras las miradas de amor que me profesan…

—Vale, no hace falta que seas sarcástico.

—¿Para qué me has llamado, Logan? No tengo todo el tiempo del mundo para ti.

—¿Has oído que Viktor ha muerto? —Hizo que Gael soltase una carcajada—. Déjame acabar, ya sé que es una tontería, pero cambiará cuando te diga esto. Fue él quien nos dijo lo de la actuación de Aresha.

—Creo que sé por dónde vas. —Por fin se puso serio.

—Hay un problema, no podemos culparla a ella así, sin más. Viktor tenía muchos enemigos y en este caso hay otro sospechoso número uno. Se llama Tekno.

—¿El demonio dragón dueño del Vicious Disco?

—Conoces a toda la escoria de la ciudad.

—A mi manada le encanta ponerme al día de todos los chismes del lugar. Qué le voy a hacer si la mayoría los protagonizan éstos.

—En eso tienes razón. Tekno se convirtió en el principal rival de la mafia, le hemos investigado, es una buena pieza. Es uno de los mayores distribuidores de droga de la zona, y si no terminaba de florecer, era por el yugo de Viktor.

—Gana mucho con esta muerte. Deberías hablar con él, agenciarle el crimen a ella sin pruebas puede ser perjudicial para nosotros.

—¿Y si es Aresha? —le preguntó Logan.

—Eso déjamelo a mí.

A Logan no le hacía ilusión esa idea. Seguía desconfiando del rey de los licántropos, no tenía pensado dejar toda la búsqueda de la cantante en sus zarpas. Pero no haría mal haciéndole creer que sí. Solo necesitaría a sus dos mejores agentes para Tekno, esperaría a que Marcus volviese, le quedaban solo dos días

—Está bien, pero quiero que me llames en cuanto descubras algo.

—Sabes que puedes confiar en mí. —Déjame que lo dude, pensó Logan.

—Tú, infórmame. Mis hombres se ocuparán de la peor parte.

—No es que no me alegre de verte, tío. Es solo que tu casa me encanta, es tan… silenciosa.

Ese era el gran recibimiento de Luca, aún cuando le había prestado su casa por las obras de la calle. Cría cuervos y te sacaran los ojos.

—Llevo meses sin verte, me voy y cuando vuelvo me recibes protestando. Menudo amigo del alma.

—Es verdad, unas obras asquerosas y ruidosas no se interpondrán en nuestra amistad, por mucho insomnio que me provoquen. —Cuando quería, Luca era un dramático increíble. Alzó los brazos—. Ven aquí que te abrace.

—Eh, que corra el aire. —Marcus pegó un salto para esquivar el abrazo mortal de Luca.

—Logan me ha dicho que te informe que mañana tenemos curro. No sabes lo que te has perdido, se han cargado a Viktor.

—¿Ah sí? —Mierda, por favor que no piensen en ella—. No me lo creo.

—No presté mucha atención, pero creo que fue un incendio. Sospechan de Tekno.

—¿Tekno? Ese no tiene el valor para cargarse al capo de la mafia. —Menos mal.

—Quizá es por eso, por su bajo cociente intelectual, que lo ha hecho, ¿cómo se le ocurre ir a por Viktor? Si hubiese fallado, las consecuencias no iban a ser bonitas, te lo aseguro. —No hacía falta, y eso que él se llevo la mejor parte.

—O sea, que debemos ir hasta Vicious Disco —preguntó Marcus.

—Exacto, pero no como Heliatón. Nos toca jugar a los disfraces. —Le pasó una cartera. Dentro, una placa de la Interpol.

—Logan se ha pasado —dijo Marcus mirando la placa—. Tekno no se lo va a tragar.

—Tenemos escolta, por si acaso. Resulta que mañana por la noche tiene una fiesta privada, para celebrar la muerte de Viktor, qué casualidad. Solo haremos unas inocentes preguntas.

—Qué ganas tenía de volver al trabajo.

—Te arrepentirás dentro de una semana. Bueno, ya que has vuelto creo que debería irme. —Se empezó a hacer el remolón.

—Ciao, Luca.

—¿Ahora quién es el peor amigo del mundo?

—Se te pasará, vete de juerga. —Marcus tuvo que echarle a patadas de su casa. No estaba cansado, pero tampoco tenía la energía suficiente para poder soportar el interrogatorio de su amigo. Siempre

quería descubrir dónde estuvo, le intrigaba sobremanera su ciudad natal. En ese aspecto, Marcus era inflexible, nadie lo sabía, lo consideraba un asunto personal. Podía ser poco entendible, eran sus amigos, justo las personas con las que te sinceras. Solo su alma torturada guardaría su secreto.

Mentía, Aresha lo sabía, sin haberlo deseado, la vampiresa había topado con su mundo, impidiendo a Marcus crear su habitual muro contra su pasado. Ya no importaba, la aventura había finalizado y volvían a estar en bandos contrarios, listos para matarse el uno al otro en cuanto vieran la oportunidad. No conocía cuán errado estaba.

Su hermano Tristán nunca podía verse quieto y aunque acostumbrado, estaba pensando en darle un mordisco para que se tranquilizase. Su hermano, intuyendo sus pensamientos, movió sus orejas oscuras y le gruñó. Los hermanos Montalbo, tras día y medio de trayecto, habían llegado al pueblo donde Viktor fue visto por última vez. Y habían viajado en su forma de lobo, una forma rápida, ya que ninguno de ellos se cansaba, y eran mucho más veloces. Resultaban divertidas las carreras entre los dos para ver quién era más rápido.

Tristán le ganó, mejor dicho le dejó ganar. Estaba esperando junto al parque las instrucciones de su hermano cuando una niña pequeña corrió hacia él. Nada más verlo, empezó a acariciarle. Tristán cerró los ojos y dejó que la niña lo mimase.

—Mira mamá que perrito tan bonito —le dijo a voces a su madre—, ¿nos lo podemos quedar? Porfa.

—Dios santo. —La madre se acercó y la separó del perro. Tristán comenzó a menear la cola en señal de amistad—. Nunca había visto un Husky tan enorme, debe ser de alguien que lo alimenta bien.

—¿De verdad? Jo. —La niña protestó.

—Lo siento, cielo. Y creo que está capado, por eso es tan enorme.

Gael oyó desde su esquina como su hermano comenzó a gimotear al oír eso. Cuando la madre se llevó a su hija se acercó a Tristán

—Cállate, ni se te ocurra pensarlo —le gruñó mientras él se reía.

—Creo que eso a Layla no le gustará.

—¿A qué te muerdo?

—Guau, ese debe de estar doblemente capado, mami —dijo la niña al girar y ver a Gael. Tristán lo miró, y antes de que pensase cualquier cosa le dio un zarpazo suave en el morro.

—No podrás parar mi mente creativa, ¿qué hacemos, jefe?

—Separarnos —contestó Gael—, tú vete al norte, mientras yo busco

por el otro lado. Los vampiros deben saber algo de quién mató a Viktor.

—Yo me ocupo de los humanos, nos vemos en tres horas. —Dicho esto, Tristán corrió en su dirección. Gael se dio la vuelta, con más tranquilidad que su hermano. Él siempre había sido el tranquilo de la familia, el hijo perfecto, mientras que el pequeño de los Montalbo rápidamente se convirtió en el hijo díscolo, se fue de casa aburrido de la vida de la corte, hasta que volvió, justo a tiempo para que su querido hermano mayor le diese el más poderoso de los dones, la inmortalidad.

Pronto empezó a oler a vampiro a diestro y siniestro. Sin embargo no le iba a servir de mucho. Era de día y la mayoría de los chupasangres se equipaban con gafas de sol, lo que le impedía registrar sus mentes. Aburrido buscó una buena zona y se echó, esperando que las calles le diesen una buena noticia. Tras varias caricias de los ignorantes, que siempre agradecía, un coche le trajo lo que buscaba. El todo terreno aparcó cerca de sus narices, apestaba. Dentro una pareja de sanguijuelas hembra discutían por el dinero, las dos con gafas, como no.

—No seas tacaña, dame un poco más —le dijo la chica rubia. Su acompañante aceptó y la rubia bajó para entrar en la tienda mientras una morena aprovechó para estirar las piernas. La morena lo vio y se acerco a él. Parecía que nunca había visto a un licántropo, no lo reconoció.

—Hola perrito —le llamó y Gael se acercó—, qué mono. Aunque necesitas una ducha.

—Tú también necesitas cinco o seis —le gruñó amablemente. La rubia salió mientras la otra lo acariciaba. En su mano llevaba una bolsa con utensilios para toda la casa, sobre todo copas de cristal.

—¿Nos lo llevamos a casa? —preguntó la morena. La otra se tapó la nariz. Gael hizo lo mismo con su pata.

—Uf, que peste. ¿Cómo tienes pensado llevarte a un licántropo a casa?

—No es un pulgoso. —Error—. Míralo, es adorable.

—Déjalo, sin Viktor molestando tengo ganas de dar ya la fiesta de mi vida sin que vengan a molestarme.

Por fin algo que le interesaba. Apoyó su cabeza en la morena y la miró con su carita de pena. Consiguió lo que quería, la chica no se apartó.

—No esperas mucho. Hubiera preferido que aquel chico nos acompañase.

—¿Cuál?

—Ya lo sabes. El del Paradiso.

—Ah, sí. Ñam, Ñam. Pero su dueña era muy protectora. Me dio

miedo.

—¿Pero no sabes quién era?

—¿Acaso debo conocer a todo el mundo? Que soy nueva. ¿A que sí, perrito? —Gael le lamió la cara. No era su tipo pero le encantaba que le rascasen la cabeza. Después iba a tener que desinfectarse la boca.

—Mira que eres boba. Era Aresha. —Gael miró atentamente hacia ella—. Vamos, Aresha, la más antigua del lugar y bien conocida en la tele.

—Dios, menuda noche. Pensé que no salíamos de allí. Pero ese chico merece la pena, lo oliste.

—No sé, chica. Era un Heliatón, pero reconozco que ese olor era increíble.

No se lo podía creer, ¿el Heliatón que había vuelto a casa colaboraba aún con ella? No tenía sentido. A no ser, que se hubiese pasado al otro bando. Se iba a reír de Logan durante una buena temporada. Su chico era ahora una mascota fiel. Tras otro lametazo de agradecimiento, Gael se fue en busca de su hermano. Ya tenían lo que necesitaban.

Gael dio varias vueltas por el pueblo, intentando encontrar a su hermano. Finalmente vio a Tristán al lado de una señora mayor. Estaba hablando con una amiga más joven, y con su mano acariciaba a un ronroneante lobito que mordisqueaba un trozo de pollo.

—¿Estás falto de mimos o es que tienes hambre? —le preguntó al acercarse.

—Las dos cosas —le oyó decir mientras apuraba su parte—. ¿Tienes algo?

—Mira, otro perro igual —la abuela vio a Gael—, deben ser de la misma familia. Cath, tráeme otro trozo, mejor dos. Seguro que tienes hambre, gigantón.

Bueno, después de todo el camino que habían hecho, no estaba mal aceptar un poco de comida. Disfrutó de su trozo mientras Tristán era feliz con su segundo plato.

—Unas chicas han hablado sobre Viktor —informó a Tristán.

—Interesante. ¿Algo sobre su asesino?

—No dijeron nada directamente, pero Aresha ha estado por aquí.

—Entonces no hay duda. ¿Por qué si no vendría hasta este pueblo?

—Y parece que no estaba sola, su mascota la ha ayudado.

—¿El Heliatón? Vivir para ver. —Lanzó lo más parecido a una carcajada en un cánido.

—Deberíamos volver a la ciudad. Ese Heliatón puede sernos muy útil.

—Tenías razón, esos exterminadores van a servirnos de algo.

—Debes confiar más en tu hermano, Tristán. Sé lo que me hago.

Después de un aburrido turno en la librería, Marcus se preparó para la acción. Hoy había notado a Rosalyn un poco distante. A lo mejor estaba enfadada, comprensible después de dejarla otra semana sola. No parecía del todo eso, sus preguntas fueron muy raras ese día. No hizo más que preguntarle por sus ex-novias, qué les había visto y por qué duraba tan poco con ellas. No supo explicarle su desinterés tan rápido por las mujeres con las que salía, sentía como si no fuesen para él, que no había razón alguna para estar juntos. Tampoco le apetecía hablar de su vida y sentimientos, en cuanto Rosalyn notó su enfado, se disculpó y no le habló más en todo el día.

Los únicos agentes de la Interpol que Marcus conocía eran los de las películas, y siempre iban muy arreglados. Llamó a Luca por si las moscas, no quería ir como un idiota.

—¿Sí?

—Soy Marcus, ¿cómo vas a ir?

—Vestido de pollito. En serio, solo se me ocurre ir en traje para parecer lo que decimos ser.

—Entonces, pensamos igual. Te veo luego.

Un buen momento para usar su ropa buena. En el fondo de su armario se escondía un traje negro, solo lo usaba para los entierros, excepto ahora. Lo combinó con una camisa blanca, pensó en corbata, pero mejor no. Tras ponerse los mismos zapatos que en su visita al Paradiso, los caros, se encaminó al punto de reunión, el hospital Luz de Luna. Allí le esperaba Luca con una vestimenta parecida. Una sonrisa de oreja a oreja sobresalía de su rostro, debida a las miradas fijadas en él de las enfermeras. Ambos se dirigieron a la discoteca de Tekno, por el camino Luca le puso al corriente de la situación. Estaban esperándole desde hacía dos días, cuando Gael había informado a su jefe. Marcus recordó lo que Klaus le contó, parece que no mentía. Dos guardianes más les esperaban cerca del Vicious como refuerzo. Todos iban igual, mejor para su credibilidad. Un enorme demonio les paró en la entrada. Vieron sus ojos rojos escondidos tras sus gafas.

—Fiesta privada.

Luca sacó la placa falsa y Marcus le imitó.

—Agentes Luca O'Connell y Marcus Mertincale, Interpol. Solo queremos hacer unas preguntas a su jefe.

—Esperen. —El demonio entró para hablar con Tekno. Ambos amigos se miraron. Aún no se creían que pareciesen de la Interpol. Unos minutos después volvió para abrirles la puerta. No se podía comparar con el Paradiso ni por asomo. El Vicious Disco era mucho

más pobre, la zona VIP solo estaba separada de la humana por una escalera que subía hasta esta.

Un balcón interior permitía observar a los mortales, a Tekno no le importaba si sus invitados solo se divertían o cazaban humanos útiles. Todos estaban en la parte inferior disfrutando del festín de alcohol y sangre. No eran una vista agradable, por lo menos la cuadrilla del demonio dragón había escondido malamente las botellas con el líquido sospechoso. Cerca de la barra estaba Tekno. Era un demonio de piel negra, lleno de colgantes y anillos de oro. Era rico y le encantaba que todo el mundo lo viese. Uno de sus esbirros le dijo algo al oído, y Tekno se dio la vuelta para mirar a los cuatro agentes.

—Aquí tenemos nada más y nada menos que a la Interpol —se mofó.

—Venimos a hacerle unas preguntas, señor Tekno. ¿Conocía a Viktor, el líder de la mafia rusa? Ha muerto hace unos días —comenzó Luca.

—Veo que en la Interpol no se andan con tonterías. Sí, y lamento muchísimo su perdida.

—Ya lo vemos —Marcus miró a su alrededor. Todas sus miradas de odio no se apartaban de ellos.

—Estar tristes no nos lo va a traer.

—¿Dónde estaba hace dos días? —preguntó Luca.

—Yo no le maté, si es eso lo que queréis saber. Buscáis a otra persona. Estuve aquí todo el día y toda la noche. Tenéis multitud de gente que lo corroborará. Bueno, si conseguís salir de aquí.

Detrás de ellos oyeron un ruido, un vampiro saltó y mató a uno de los compañeros en menos de lo que acabaron en darse la vuelta. El asesino mostró su transformación completa, eso quería decir que los habían descubierto.

—Te dije que no iba a colar. —Marcus miró a Luca, que encogió los hombros y sacaron las pistolas.

—¿Pensáis que me chupo el dedo? —Les dijo Tekno—. Interpol… habéis aspirado a demasiado, exterminadores.

Todo el grupo los rodeó, protegiendo a Tekno, que subió a la zona VIP. Los tres hombres de Heliatón se cubrieron las espaldas mientras vampiros y demonios se acercaron aún más a ellos. No quedaba otra, dispararon a todo lo que se abalanzaba sobre ellos. Eliminaron a muchos, pero parecían no acabarse nunca. El guardián que les acompañaba se despistó y varios se lanzaron a por él, quisieron ayudarle pero ya estaba muerto. Esa estrategia no les valdría para mucho tiempo. Sobrevivieron varios vampiros que los volvieron a rodear. Solo quedaban con vida él y Luca. Sus enemigos estaban sedientos de sangre y ellos iban a ser el plato del día. A Marcus le quedaban pocas balas, aún con mucha puntería no era suficiente.

—¿Cómo vas de reserva? —le susurró Luca.

—Mal, solo este cartucho. ¿Y tú?

—Ídem. —Luca sacó la estaca de la funda—. ¿Qué tal si lo hacemos como en los viejos tiempos, compañero?

—Qué remedio. —Siguió su ejemplo y sacó la suya—. Espero no estar desentrenado. Odiaría que me matase un torpe.

—Tranquilo, estoy aquí para salvarte el pellejo, como siempre —le contestó su compañero.

—¿A qué estáis esperando, estúpidos? —Se oyó la siseante voz de Tekno, desde el piso de arriba—. Matadlos ya, sin misericordia. Recordad que son Heliatón, que sufran esos perros.

A la voz de su amo los vampiros se lanzaron a sus cuellos. Rápidamente los agentes se separaron y alzaron las estacas. Luca fue el primero en acertar, eliminó un vampiro que tenía en frente. En pocos segundos pudo esquivar el ataque de un segundo, pero un tercero le cogió. Marcus corrió a salvar a su compañero, no hizo falta, de un par de golpes pudo zafarse y clavarle la estaca. Marcus en cambio al distraerse con Luca recibió un golpe de un adversario. Cayó y este se lanzó a darle el golpe final. Marcus levantó la estaca, poniéndola en la trayectoria del vampiro. No tuvo tiempo de reaccionar y el mismo se dirigió hacia su muerte. Se levantó y otro se dirigió hacia él. Pudo esquivar varios golpes, hasta que el vampiro falló y le pudo romper el cuello. Vio como un gran número se dirigía hacia él.

— ¡Marcus, apártate! —Se dio la vuelta al oír a Luca. Tenía un mechero en una mano y una botella en la otra. Al apartarse, bebió de la botella y en cuanto estuvieron bastante cerca, encendió el mechero y lo puso a escasos metros de su boca. Como si lo hubiera hecho toda su vida soltó todo el líquido que había bebido en dirección a la llama, con gran precisión. Una gran llamarada alcanzó a los vampiros que se convirtieron en polvo sin haberse esperado algo así

—Eso ha sido increíble.

Luca sonrió. Se sentía orgulloso de lo que había hecho.

—Siempre le dije a mi madre que del circo se podía aprender algo útil. Una pena no poder demostrárselo. Aquella feria seguro que me hubiera cogido.

No se dieron cuenta de un ser más que apareció de la nada. Cayó encima de Luca y le clavó los colmillos. Marcus fue a ayudarlo pero otro le empujó y le hizo volar casi hasta la otra esquina. Se golpeó la cabeza y empezaron a pitarle los oídos. Quedó bastante aturdido, pero se dio cuenta que ahora era el único que quedaba en pie y Luca, aunque con su último esfuerzo había acabado con su agresor, yacía en el suelo. No sabía si inconsciente o muerto. Sobrevivían seis vampiros que en ese momento solo le prestaban atención a él. Tekno parecía

disfrutar con la masacre. No podía ocultar su cola puntiaguda y su escamosa piel gris era ahora visible, había desaparecido su disfraz humano apareciendo toda su naturaleza de demonio. Así que era un dragón, quién lo diría.

—¡Es el último! —gritó excitado—. ¡Matadlo ya, venga! No tengo toda la noche.

Uno de sus lacayos se decidió, y de un ágil salto llegó a su posición. Tenía los colmillos desplegados, pero en el momento de morderle, algo le hizo dar marcha atrás.

—¿Qué pasa ahora? —A Tekno no le gustó el movimiento—. Muérdele, venga.

—No puedo —dijo el vampiro.

—¿Por qué?

—Está marcado. —Estas palabras sorprendieron a Tekno e hicieron que todos retrocediesen aún más. Miraron a Marcus con recelo.

—Un Heliatón marcado. Es una trampa, ¡es una trampa! ¿Me oís? Matadlo, ya —Tekno estaba nervioso y asustado. Quería acabar con el incordio y eso era un problema.

—¿Y si no lo es? —dijo el vampiro. Se dirigió a Marcus—. ¿Quién es tu protector, basura?

Marcus estaba al borde del fin, no podía casi ni hablar ni respirar, pero una palabra se escapo de sus labios, sin hacer nada, como si su vida solo tuviera ese fin.

—Aresha.

Tekno se echo a reír.

—Sí, venga va. Aresha nunca ha protegido a un humano. Y encima a un miembro de Heliatón, es un nuevo truco suyo. ¡Matadlo!

Algunos todavía estaban inseguros, pero el más joven se dispuso a obedecer a su señor y se acercó a él. Cuando estaba a unos pasos, una sombra surgió de arriba. No llegó a vislumbrar quién era, solo una espada que le rebanó la cabeza. Los demás se alejaron aún más cuando la sombra tocó el suelo y distinguieron al vampiro de pelo negro que se interponía entre ellos y el humano. No había venido a hacer amigos.

—¿Qué tengo que hacer para que no toquéis a mi mascota? —Aresha se había enfadado y mostraba los rasgos vampiros en su totalidad. Al verla, a Tekno le temblaron las piernas.

—Pensaba que era un truco, es de Heliatón y…

—Es mío. —Aresha alzó sus ojos hacia su dirección, mostrando perfectamente que no quería oír excusas. Tekno estaba a punto de llorar de desesperación. Después miró a los vampiros—. Si tenéis hambre, buscad a otro, este no se toca. ¿Entendéis? Ahí tenéis uno vivo —dijo mirando hacia Luca. Estaba empezando a despertar.

—No —gimió Marcus. Nadie le oyó, excepto Aresha, que se giró.

Estaba hecho un cromo, pero un débil tono de voz salió de su boca—. No toquéis a Luca.

—Cambio de planes, al otro tampoco le toquéis. —Marcus levantó la cabeza para observarla. Encontró su mirada, seguía mirándolo—. Resulta que es el compañero de juegos de mi mascota. Se siente. —Volvió la mirada hacia sus compañeros de raza, los cuales estaban bastante asustados—. Largaos u os vais a arrepentir, creedme.

Ninguno de ellos la desobedeció. Conocían perfectamente su reputación, era demasiado antigua para que tuvieran alguna oportunidad. Tekno, sigilosamente, quiso seguir también el consejo, pero al darse la vuelta, una rápida Aresha le estaba esperando.

—Lo siento Tekno, pero tú no estabas incluido en la advertencia.

Tekno se arrodilló frente a ella, llorando.

—Perdóname, por favor. Si lo hubiese sabido no lo hubiera tocado. De verdad, haré lo que quieras.

Aresha lo miró con desprecio. Lo lanzó por el balcón interior, dejándolo tirado en el suelo. Saltó por el mismo sitio, aterrizando con más delicadeza. Cuando quería, nadie la superaba en agilidad, y menos un demonio. Tekno intentó huir, pero Aresha lo alcanzó en una fracción de segundo. Lo cogió por la espalda, el demonio sollozó como un bebé.

—Si hay algo que soporto menos que alguien toque mis cosas, es un reptil asqueroso y cobarde que se ponga a pedir clemencia. Di adiós, Tekno. —De nada le sirvió su escamosa piel contra los colmillos de Aresha. Se clavaron con total facilidad en su cuello mientras Tekno chillaba como un cerdo. Aresha bebió hasta que le notó morir, le tenía ganas desde hacía mucho y acababa de darle una razón.

Cuando Tekno dejó de vivir, Aresha le soltó, y su presa pasó de ser un demonio dragón a un montoncito de polvo gris. Tenía la boca llena de sangre y los ojos completamente dilatados. Marcus la miró, le acababa de salvar la vida pero en ese momento le producía igual pavor que si fuese ella la enemiga. Cuando se sintió observada, Aresha se relajó y volvió a su aspecto humano. Se acercó a Marcus y le examinó. Estaba lleno de heridas y moratones, además el último golpe había sido bastante fuerte.

—Estás hecho un asco. ¿Es qué no se te puede dejar solo? —le dijo mientras observaba que la herida de la cabeza sangraba en abundancia. Sin ayuda, sería mortal.

—Perdona que no me presente de punta en blanco, pero estaba a punto de matarme ese reptil asqueroso —respondió en voz baja, con un intento de sonrisa irónica.

—También yo estuve a punto de matarte y no te deje así. —Cogió su espada y se hizo un corte en el brazo—. Ahora, cállate y bebe.

Marcus intentó resistirse, apartando su cara del brazo de Aresha,

pero esta le cogió de los pelos y le obligó a que bebiese su sangre. Acabó cediendo y a los pocos tragos se empezó a sentir mejor. La herida de su cabeza dejó de sangrar y acabó cerrándose. Aunque odiaba admitirlo, ahora estaba a gusto y, cuando Aresha separó su brazo, protestó.

—Te tiene que quedar algo para que no sospechen, idiota. Los Heliatón son inútiles pero no tanto. Aunque contigo a veces dudo.

—Gracias por el insulto gratuito. —Ahora que estaba mejor se sentó, apoyándose en la pared.

—Te lo mereces. ¿Qué diablos hacías aquí?

—No sé tú, pero yo trabajo y voy a donde me dicen. Tengo algo llamado jefe.

—Pero erais muy pocos. Tekno es, bueno era, impredecible. Y sus subordinados no son unos locos torpes como otro que yo me sé. En la batalla hay que estar por uno antes que por los demás. Que lo sepas para otra vez.

—Échale la culpa a que todo el grupo te ande buscando. —En ese momento oyeron como una furgoneta paraba.

—Hablando de los payasos de Roma, han venido a buscaros. —Se levantó y dio media vuelta—. Hasta la próxima que estén a punto de matarte.

De un salto llegó hasta la ventana que había cerca del techo y se marchó, justo antes que entrase la caballería. Entraron con las armas preparadas, hasta que vieron que ya no las necesitaban. Se dirigieron hacia Marcus y Luca, los únicos supervivientes. Los reconocieron y se prepararon para trasladarlos hasta su hospital. Cuando vio que su amigo tenía pulso y se lo llevaban en camilla, se alegró. Aresha también le había protegido, y le mantuvo con vida hasta que llegaron. Pero no sabía que se había mantenido consciente y, menos, algo aún peor. Luca lo había visto todo.

15 Aléjate de mi chico, zorra

Klaus estaba estresado de tantas reuniones que se le habían acumulado hoy. Entre la productora, la de los chicos del grupo y otras que ya no sabía ni con quién estuvo hablando, llevaba tres días sin dormir, además de no saber nada de Aresha desde que se había ido. Suerte que era un vampiro y la falta de sueño no le afectaba mucho, sino ya hubiera hecho dos o tres masacres. Seguía sin entender como conseguía la raza disfrutar de la vida sin un buen sueño, aunque no fuese necesario.

Anhelaba este momento, acabó la última reunión y todos los negocios quedaron felizmente concluidos. No debería ocuparse de los asuntos mortales durante una temporada. Al salir del edificio le esperaba una agradable sorpresa. Aresha estaba allí, lo saludó para llamar su atención.

—Hola, ¿qué haces aquí? —le preguntó cuando se acercó a ella.

—Tuve que atender unos asuntos cerca y decidí esperarte.

—¿Referidos a Viktor? Ya me han llegado rumores de que ha muerto.

—Es verdad, pero no es eso. He tenido que ayudar a Heliatón.

—Ah. —Cinco segundos después reaccionó—. Espera, ¿qué has dicho?

—No exactamente a ellos. La lagartija de Tekno estaba a punto de matar a Marcus y he tenido que ocuparme de él. Les he hecho el trabajo.

—En serio, ¿merece la pena tener una mascota a la que debas ir cada dos por tres a vigilar para que no le hagan daño?

—Se lo debía, estos días me ha salvado la vida. Me lo encontré y me ayudó, por si no lo sabías.

—Pensé que después de lo del beso no querías volver a verle.

—Las cosas han cambiado. —Su mirada bajó al suelo—. Es mejor persona de lo que pensaba.

—Pues llévatelo. No creo que oponga mucha resistencia, visto lo visto.

—No, es peligroso para él.

—¿Por lo de la falta de control a su lado?

—No, controlé mi sed de sangre con Marcus, no es eso.

—¿Entonces qué te impide tener una agradable y deliciosa compañía? —le preguntó, intrigado. Aresha carraspeó y miró hacia otro lado. No se sentía cómoda hablando con él de eso, era muy personal.

—Me vi obligada a venir antes que él porque… —Se paró y comenzó por otro lado, intentando explicarse—. Marcus estaba débil, me dio su sangre para sobrevivir. El último día que estuve allí, no sé si sería porque me sentía agradecida por salvarme o por dios sabe qué, pero dentro de mí se despertaron unas irrefrenables ganas de, bueno…

—¿De qué? —Se impacientó—, escúpelo ya, anda.

—De hacerlo mío.

—Pero si ya es… ah sí, ya lo pillo. Más íntimo, quieres decir.

—No es un sentimiento que me enorgullezca. Vale que los antiguos somos conocidos por no sentir atracción alguna por humanos, pero con Marcus, no puedo dejar de pensar en él. Me rompe todos mis esquemas.

Klaus sabía por qué, pero si lo decía ella comenzaría a negarlo y sería un verdadero basilisco. ¿Cuándo lo iba a aceptar? Entendía que le resultase difícil, incluso a él le sorprendía, pero ya era imposible no darse cuenta de la situación.

—Es entendible. Marcus es muy atractivo, no creas que a los hombres nos es fácil reconocerlo, y tú no eres de piedra —respondió eso en vez de decir la verdadera razón. Debía ser ella quien se diese cuenta.

—Pero no puede ser —insistió—, tengo miedo de acercarme demasiado a él y que no pueda controlar mis impulsos. No quiero matarle únicamente porque a mi cuerpo se le antoje pasar una noche junto al suyo.

—Deberías hablar con él —le aconsejó Klaus—, puede ser buena idea convertirlo. Tiene pinta de ser un buen amante y así quitarte el capricho.

—Es un Heliatón, no querrá.

—¿No nos ha demostrado ya mil veces que no es un Heliatón corriente?

Ahí Klaus llevaba razón. Puede que su idea de un renacer no fuese tan descabellada para él, si sabía cómo explicárselo. No le importaba ser su sire y mientras le enseñaba las reglas, disfrutar el uno del otro hasta que eliminase su obsesión por Marcus de una vez por todas. Aresha alzó el vuelo antes que Klaus pudiera decirle adiós. Oyó como le recriminaba desde abajo que hiciese eso en plena calle, pero no había ojos curiosos cerca. Debía hablar con Marcus lo antes posible y también quitarse el mal sabor de boca de la sangre del demonio. Qué mejor manera que con la sangre de su deseado cachorrito.

Marcus estaba en el hospital Luz de Luna, intentado marcharse de allí lo antes posible. Estaba en perfecto estado gracias a Aresha, pero ellos no lo sabían. Solo tenía magulladuras de los vuelos involuntarios que los esbirros de Tekno le habían hecho dar. Suerte que no tenían ningún mordisco, eso le salvaba de tener que quedarse esa noche, pero la enfermera no le dejaba irse hasta que le desinfectase todas las heridas, y no eran pocas. Antes de salir le preguntó por la habitación de su compañero, lo mandó unas salas más lejos. Llamó a la puerta antes de entrar. Luca estaba echado en una cama, con la vía en el brazo. Le estaban inyectando sangre humana para evitar la anemia y el desangrado en el peor de los casos. Logan estaba con él.

—Tranquilo, está mejor de lo que parece —le dijo Logan al verle entrar—, acabo de llegar, quería preguntaros qué ha pasado. ¿Eliminaste a Tekno?

—Por suerte sí —se inventó—, pero era inocente. —Hubiera sido bueno echarle la culpa a Tekno, pero Luca sabía que era mentira, no sería inteligente si quería que no pensasen que protegía a Aresha.

—Ni yo lo hubiera dicho mejor, lo eliminaste de pura potra —dijo Luca en voz baja.

—Si no pareciese que estás tan mal, te mataría yo mismo.

En ese momento entró el médico que estaba haciendo la ronda. Logan y Marcus se despidieron.

—Vuelvo a casa, ya que tú no puedes —le dijo Marcus.

—Vete a la mierda, capullo.

—Te veré mañana. Cuídate.

Marcus salió y lo dejó solo con el médico. Lo conocía y sabía que era el mejor de todos los que allí ejercían, qué suerte para él. El médico lo chequeó en busca de algo importante, pero Luca tenía la cabeza en otro sitio. Nunca antes su corazón tuvo tantas sombras como en ese momento. Estaba dividido, era su mejor amigo, habían pasado un montón de tiempo, juntos cazando monstruos y compartiendo la vida. Sabía que podía confiar en Marcus para cualquier cosa, pero también sabía lo que acababa de ver, Aresha lo protegió y donó su sangre para él, que la había aceptado sin que pareciera algo extraño.

Para Luca, eso significaba una relación entre los dos, no sabía de qué tipo, pero clasificable entre las amigables. No quería provocarle ningún mal, pero tampoco traicionar a la organización.

—Parece que estás bien, mañana te daré el alta. —El médico le sacó de sus pensamientos.

—Qué suerte —dijo, sin ánimo—. ¿Sigue fuera el hombre canoso?

—Creo que sí.

—¿Puedes decirle al salir que pase un momento?

Logan entró nada más el médico le llamó desde la puerta. Se había

quedado porque antes de descansar, quería saber cómo estaba su hombre.

—¿Cuál es su situación? —le preguntó al médico en cuanto entró, y cerró la puerta.

—Solo son traumatismos leves, como su compañero, pero el señor O'Connell recibió el mordisco, lo que le va a obligar a quedarse aquí. Las pruebas ya han demostrado que es humano, no bebieron mucho de su cuello. Aún así, quiero que acabe con las transfusiones.

—Señor, ¿puede acercarse un momento? —Luca reclamó la atención del jefe Heliatón.

—Me imagino que querrán hablar en privado —se despidió el médico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Logan cuando el sanitario cerró la puerta.

—Tengo que decirle algo. Una cosa que no nos va a gustar a ninguno de los dos.

El taxi dejó a Marcus en casa en un cuarto de hora, el conductor veía demasiadas películas de carreras y le gustaba demasiado imitarlas, para gusto de Marcus. Le pagó y aunque le apetecía besar el suelo por llegar sano y salvo, se dirigió directamente hasta el portal. Allí vio a su vecina, una adorable anciana a la que ayudó a sacar la basura para que pudiese pasear tranquilamente a su perrito, un chucho faldero del infierno, el cual aprovechaba para morderle en cuanto veía la ocasión. Subió a su piso, donde nadie le esperaba, como siempre. Tenía que admitir que vivir solo también tenía sus ventajas, nadie tocaba sus cosas y, si no tenía visitas, podía hacer lo que le viniera en gana.

Lo que le apetecía ahora, era ver la tele con una bolsa de patatas fritas en la mano. Dejó su chaqueta en el perchero de la entrada y fue hasta la cocina en busca de sus adorados aperitivos cuando creyó oír unos golpecitos en la ventana del salón.

—Dime que no es ella. —Se asomó desde la cocina—. Oh, mierda.

—¿Acaso no te alegras de verme? —le preguntó Aresha cuando abrió la ventana para que entrase.

—Tenía la ilusión de estar solo, cosa que veo que no será así. —Volvió a la cocina, quería sus patatas aunque le hubiesen chafado el plan—. En serio, ¿cuál es la gracia de espiarme?

—No te estaba espiando, solo quería disfrutar de tu compañía y busqué tu dirección. Pensaba que los mortales os preocupabais por

vuestro colesterol —le dijo al verle con la bolsa.

—Hago suficiente ejercicio gracias a vosotros como para poder disfrutar de un caprichillo. Te ofrecería una si pudieses comer.

—Muy generoso de tu parte, pero puedes satisfacer otros de mis caprichos, cachorrito. —Aresha se acerco a él.

—¿Por qué esa palabra, cuando estás hablando conmigo, no me gusta un pelo? —Marcus dio marcha atrás al verla tan ilusionada mirándole—. Sé que no tengo voz ni voto contigo, pero preferiría que por hoy dejases mi sangre tal y como está.

—¿Y quién dice que buscaba tu sangre?

—Qué si no ibas a querer de… —Se fijó en la mirada traviesa de Aresha—. No, eso sí que no. Desángrame si quieres, pero por ahí no paso.

Marcus intentó poner pies en polvorosa colocando todos los muebles que podía entre los dos. Aún recordaba las palabras de Mónica y lo más importante, su zona inferior le dolía solo de pensarlo. No era la idea de Aresha en ese momento, sí que era verdad que había venido a por un sorbo de él, pero le encantaba asustarlo. La persecución duró hasta que Marcus no vio que a su espalda estaba el sofá, y chocó. Antes de cambiar de rumbo ya se había abalanzado contra él, tirándolo encima de los asientos.

—¿Te quitas la ropa o te la arranco yo? —le preguntó cuando lo tuvo a su merced.

—Por favor, piensa en mis huesos, están mucho mejor de una sola pieza.

—Venga, si te aseguro que merecerá la pena —le susurró melosa al oído.

—No hay nada que merezca que me la rompas en tres partes. Por favor, haré lo que quieras.

—Eres una nenaza —se rió mientras se quitaba de encima—, era una broma, pero mejor paro antes que te pongas a llorar. —Y porque se estaba empezando a creer su papel.

—Pues ha sido la peor broma que me han gastado —dijo enojado mientras se sentaba, dejándole un sitio a ella—, has puesto en peligro una zona de mi anatomía muy preciada.

—¿Te has enfadado? —Le abrazó con fuerza, sentándose casi en sus rodillas—. A ver si así se te pasa.

En otra situación puede que funcionase, pero Marcus estaba volviendo a preocuparse por lo que protegían sus pantalones. Aresha no tuvo desde el principio reparos en acercarse todo lo posible a su cuerpo, pero esto empezaba a mosquearle, cada vez con mayor intensidad. Su actitud era demasiado cariñosa para ella y mientras Aresha seguía casi encima suyo con la cabeza apoyada en su pecho le asaltó una duda, las vampiresas no podían procrear pero, ¿tenían

etapas de celo? Porque Aresha parecía estar metida de lleno en una de ellas y si él era su objetivo, esto iba a ser peor que lo de las mantis religiosas.

—Si pudiese no hacerte daño, ¿seguirías negándote? —le preguntó de sopetón. No sabía que responder.

—No sé, puede pero…

—¿Cómo que puede? —Se enfadó—. Tú fuiste el primero que se me tiró encima.

—¿Cómo que el primero? Si estaba huyendo.

—No ahora, me refiero al beso. Si no me llego a apartar no estarías aquí.

—Sí y acuérdate qué pasó luego. Mejor que en ese aspecto nos mantengamos uno alejado del otro.

—Yo no quiero —protestó.

—¿Cómo que no quieres? —Se levantó asustado, a ver si el próximo ataque no iba a ser en broma—. Yo si quiero, ¿es que no te importa lo que piense?

—Eres mi mascota, así que no.

—Genial, ¿es que no hay manera de que me escuches?

—Hay una, que dejes de ser mi mascota. —Aresha también se levantó—. Hay una forma de librarte de ese título sin que deba eliminarte.

—¿Y cuál es esa opción?

—Que dejes que te convierta. —se acercó seductoramente a él, tocando su cálida piel—. Era de eso de lo que venía a hablarte, aparte de para pegarte un pequeño mordisco. ¿Sabes lo asquerosa que está la sangre de dragón?

—¿Por qué me quieres convertir? —le preguntó.

—Todas las vampiresas que hemos encontrado en el camino han querido arrebatarme mi posesión más preciada, y no solo por su sangre. Te miento si digo que no siento curiosidad por saber qué han percibido en ti, sé que deben ver algo más a parte de tu cuerpo de escándalo. Así que soy capaz de ofrecerte un trato. —Le sujetó por la cintura, aunque no hacía señas de escape—. Te daré el mayor de los dones, la inmortalidad. A cambio quiero tu cuerpo, solo para mí, hasta que mi capricho de desearte sea cumplido. No quiero tu amor ni que tú busques el mío, solo será una relación física. Creo que es una buena oferta.

Y tanto, más de lo que le gustaría aceptar. No podía olvidar el sabor de sus labios y recordaba, cuando aún no sabía, lo que le podría pasar si se acostaba con ella, pensar en su dulce y hermoso cuerpo desnudo al lado del suyo. Le estaba dando esa oportunidad, además de algo tan valioso para ella como su don, la inmortalidad de los vampiros.

—¿Y qué pasa con Heliatón? —No quería caer a sus pies de una

forma tan fácil..

—Yo te protegeré de ellos, vendrás conmigo. No me iría mal un guardaespaldas. Te estoy dando una oportunidad que no he dado a nadie, sabes que no me gustan los humanos. Tú serás mi siervo y mi amante, pero para dártelo necesito tu consentimiento. Cumplo las reglas que te enseñaría y solo lo haré si tú consientes, te lo prometo. —Se acercó a su oído—. La decisión es tuya.

—¿Por qué no? —Se escapó de la garganta de Marcus. Fue casi inaudible, pero Aresha tenía un buen oído. Empezó a lamer su cuello, preparando el terreno cuando un ruido los molestó. El timbre de la puerta sonó provocando un susto de muerte a Marcus y un bufido a Aresha.

—¿Quién llama a estas horas? —Marcus se separó de la vampiresa para abrir la puerta, pero Aresha se interpuso.

—Haz como que no estás —le pidió.

—Sería sospechoso que no contestase si el que llama es del trabajo. Escóndete en mi habitación.

—¿Y si es alguien que se ha equivocado?

El timbre volvió a sonar, insistente.

—Pues le indicaré dónde debe marcar. Puede ser algo importante.

—Qué bueno eres. —Antes de cerrar la puerta del dormitorio se dio la vuelta—. Dile que es un inoportuno.

Tras vigilar que nadie sospechara que no estaba solo, Marcus abrió la puerta. La visita le extrañó, al otro lado era Rosalyn la que llamaba.

—Hola, Ros. —La dejó entrar—. ¿Pasa algo?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿No podías esperar a mañana? Me has asustado.

—Lo siento, pero debe ser ahora. —Antes de que se le pasasen los efectos de los tres tequilas.

—Ya que estás aquí, te escucho. ¿Qué es eso que tan poco puede esperar?

—Esta semana que te has ido no he podido parar de pensar en lo mismo. Cuando te fuiste sin decirme nada sentí que algo se había ido dentro de mí.

—Me halaga que nuestra amistad sea algo tan importante para ti, pero no entiendo la rapidez.

Aresha estaba escuchando desde el otro lado y no se podía creer que fuera tan corto. Era muy fácil saber de qué estaba hablando.

—No es eso. —Rosalyn empezaba a impacientarse—. Es algo más fuerte que la amistad. Llevamos siendo amigos desde el instituto, pero ya no me sirve eso más.

—¿Qué me quieres decir?

—No puedo explicártelo con más palabras si aún no me entiendes.

Rosalyn se lanzó hacia él. Marcus no tuvo tiempo para reaccionar y

evitar el beso que le dio. Había tomado demasiado impulso, lo que hizo que él retrocediese unos pasos hasta que su mesa de madera le paró.

—¿Se puede saber qué haces?—le preguntó cuando consiguió separarla de él. No estaba nada cómodo con esa situación, ahora entendía a Aresha cuando él hizo lo mismo.

—Te quiero, siempre lo he hecho. Te pregunté hoy por tus parejas porque quería saber qué necesito para que me veas como yo a ti. Puedo ser la chica de tus sueños, sabes que estamos destinados el uno para el otro.

—Lo que eres es una inoportuna pretenciosa. —Aresha no podía aguantar más ver como tocaban a Marcus sin hacer nada. Salió de la habitación con una de las camisas de él puestas, para que la imaginación de la fresca fuese al mal pensar con mayor facilidad.

—¿Eres la cantante Aresha?

—¿Y a ti qué te importa? —Marcus notó en su voz que no le estaba gustando mucho la visita. Se acercó a Aresha para proteger a su amiga. Conocía de sobra lo que la vampiresa podía hacer si Rosalyn no le caía bien, algo en lo que apostaría su vida a que era lo que ocurría.

—Ella es Rosalyn, una amiga. Ambos regentamos una librería y no sabe nada de lo nuestro. Absolutamente nada. —Marcus esperaba que entendiese su mensaje.

—¿Estáis saliendo? Dios, qué tontería he hecho.

—Ni que lo digas, mona. Es mío, así que búscate a otro, ricura.

—Aresha, tranquilízate —le pidió Marcus. Esto la hizo enfadar más.

—¿Ahora resulta que estás de su parte?

—No quiero causaros molestias. Perdona Marcus, no volverá a pasar. —Rosalyn se fue corriendo, roja de vergüenza por los hechos. Al fin se había atrevido a expresar sus sentimientos, pero en el peor momento. Marcus se acercó hasta la puerta, preocupado por su amiga. Al llegar al borde ya no estaba.

—Vete detrás de ella si quieres, a mí que me den. —Aresha no se tranquilizaba ni a la de tres. Marcus cerró la puerta y se acercó a ella con la intención de relajarla, pero ella se alejó, no quería verle.

—Es mi amiga y me preocupa, solo eso —intentó explicarse.

—Ah, sí ya lo he visto. No sabía que ahora las amistades se comieran la boca, me encanta ese nuevo símbolo de amistad —ironizó.

—¿Estás celosa? Pensaba que solo querías algo físico conmigo.

—Yo no estoy celosa —gritó—. A mí qué me importa lo que hace un humano con cabeza de chorlito, o una fresca calienta braguetas.

—Lo estás. Por si lo quieres saber, no siento nada por ella.

—Te repito que me da igual —gritó aún más fuerte—. Olvídate de

mí, Donjuán.

—¿Pero ahora qué culpa tengo yo? —Aresha no le hizo ni caso, salió por la ventana antes de que Marcus acabase—. Mujeres, da igual la raza que sean, no hay quién las entienda.

Como no encontraba solución a esto, volvió a coger su bolsa de patatas y puso el televisor. Ahora en frío, se daba cuenta que estuvo a punto de hacer él también una estupidez. Iba a cambiar de humano a sanguijuela por un calentón, no quería imaginar en qué estaba pensando en ese momento. Gracias a Dios ella se había ido olvidándose del tema. Sin embargo, una parte muy profunda dentro de él le pedía a gritos que corriese en pos de Aresha para suplicarle que volviese a poner el trato sobre en la mesa, una parte de sí mismo que ni él conocía.

Aresha no se estaba olvidando de lo que esa zorra rubia había hecho. En su cabeza no entraba ni que era una humana útil ni una amiga de Marcus, mucho menos que fuese una ignorante. Se había atrevido a besar al que casi se iba a convertir en su amante, todas lo tocaban y besaban sin pudor frente a ella y esa fue la furcia que colmó el vaso.

Rosalyn vagabundeaba por las calles, sin prestar atención a lo que la rodeaba. Esa era la peor noche de su vida, no solo porque Marcus la hubiese rechazado, sino porque salía con una famosa y contra esa espectacular cantante ella no tenía oportunidad ninguna. Solo quedaba resarcirse de lo hecho, echar las culpas al alcohol y seguir siendo su amiga. Se le tornaba insoportable solo con pensar que otra ocupaba su corazón como había visto esa noche. Solo quería morir para que el tormento desapareciese, en su mente tenía la idea de que ella le haría mucho daño, era una famosa mimada aburrida que jugueteaba con un atractivo librero.

Mientras pensaba eso, notó algo parecido a una sombra detrás de ella, siguiéndola. Se dio la vuelta, solo un gato negro la miraba y un cuervo graznó haciéndola brincar en el sitio. Ya se sentía una paranoica, cuando al mirar de nuevo al frente vio a Aresha. Estaba tan cerca que no pudo evitar un pequeño grito. No la había oído y juraría que hace unos instantes no la había visto en la lejanía, cosa extraña pues solo había un camino en ese lado.

—Perdona, no te he oído —le dijo mostrando una sonrisa fingida. Le había robado a la persona que había amado desde siempre, por lo que no le tenía mucho aprecio. Pero si era la que Marcus había escogido, aguantaría para no perder su amistad.

—¿Te he asustado? —Aresha no dejaba de mirarla y la sonrisa que le profería tenía tintes crueles. Rosalyn se contuvo para no salir corriendo.

—La verdad es que un poco sí. No te esperaba y con el personaje

que usas en los medios, encontrarte así, de repente… —Intentaba disimular su miedo pero le era imposible. Había algo, no sabía precisarlo, que no le daba mucha seguridad. Aresha notaba su sudor frío y su miedo a distancia, pero aún era pronto. Disimulando, Rosalyn siguió hablando—. Cuando me fui seguías en casa de Marcus. ¿Cómo es que ya estás por aquí?

—Soy muy rápida —le respondió con una sonrisa que le gustó aún menos que la anterior. Se puso a su lado y la acompañó en su camino. Tras un rato en silencio, Rosalyn intentó empezar una conversación.

—¿Dónde lo conociste?

—¿A quién? Ah sí, a Marcus. En una fiesta en una embajada.

—¿Una embajada? ¿Qué hacía allí? —preguntó, extrañada. Aresha se rió.

—Creo que hay bastantes cosas de él que no conoces, monada. —Eso irritó a la chica, acababa de llegar y ahora le decía que no sabía nada de Marcus.

—Sé más de lo que tú crees —le dijo mostrando que eso último no le había gustado—. Le conozco de hace muchos años, desde que comenzó el instituto. Montamos el negocio junto con otros dos amigos y cuando se fueron seguimos juntos.

—Sí, vale. Juntos, juntos… en serio, no sé cómo no se enteró nunca de que era poco para ti ser solo amigos. Aunque, pensándolo mejor, este no se entera de una…

—No te metas con Marcus. —Ahora era ella quien se puso delante de Aresha—. Sé como sois todas las famosas. Veis a un chico del barrio, os encapricháis de él y lo separáis de sus amigos, hasta que os cansáis y lo abandonáis como si fuera una mascota pasada de moda.

—No me conoces, yo no abandono a mis mascotas, las elimino cuando me canso de ellas.

Rosalyn dio unos pasos atrás.

—Eres un monstruo. No te lo mereces.

—¿Y tú sí?

—¿Sabes? Pues sí, yo creo que sí. Yo lo quiero de verdad, le amo.

—Mierda, dijo la frase. —Aresha parecía disgustada por algo—. No me creerás, no quería hacerlo. Pero lo has tenido que decir. ¡Leches! —se movía mucho de un lado a otro, contrariada. Rosalyn estaba confusa.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿Cómo que de qué…? Ah sí, perdona, que no eres mi conciencia. Hablo de matarte. Espera, ¿yo tengo de eso?

—No tiene gracia. —Se estaba asustando.

—Claro que no, estoy harta. Tanto comer me va a producir un empacho, ya verás.

—Pero…

—Perdona otra vez, no me acostumbro a hablar con alguien que no sabe nada. Antes dijiste que mi personaje te daba miedo ¿verdad?

—Sí. —Rosalyn empezó a caminar marcha atrás. Estaba, aún así, cerca para ver con claridad como los ojos verdes de Aresha se volvían a un verde claro sobrenatural y como sus colmillos se hacían mayores, igual que en la televisión. Rosalyn estaba aterrada.

—Pues empieza a gritar, monada.

16 Lo oculto será revelado

El teléfono le sacó de sus sueños de forma brusca. Aún era muy temprano, solo pudo dormir cuatro horas tras el incidente con la celosa vampira. Gruñendo estiró la mano para coger el auricular, mientras con la otra se frotaba los ojos legañosos pensando quién coño le llamaba a estas horas.

—¿Diga? —dijo con voz visiblemente airada.

—Marcus, soy Logan.

—Buenos días, jefe. —Cambió su voz a un tono más armónico y educado.

—Necesito que venga a mi despacho en cuanto le sea posible, a partir de ya.

—¿Es urgente?

—Muy urgente.

Al otro lado, Logan estaba confuso. No terminaba de creerse lo que Luca le había dicho la noche antes, podía haber sido efecto de los golpes recibidos y la falta de sangre, pero acababan de recibir algo que le mantenía tanto en la confianza como en la desconfianza. Necesitaba respuestas para saber cómo actuar esa noche. Marcus, advirtiendo el tono serio de Logan se levantó de un salto y, tras vestirse con lo primero que tenía a mano, se dirigió hacia Gold Sun.

Nunca había entrado en la oficina de día, estaba mucho más poblada de lo que creía. A fin de cuentas no todos los trabajadores conocían Heliatón. No era el turno de Morgana, por lo que no se paró y subió directamente al último piso, donde se situaba el despacho de Logan. Al llegar vio a Luca, que le arrastró hasta el despacho de su jefe. Logan no estaba pero Luca ya lo sabía.

—Explícame qué demonios pasó —le exigió.

—¿De qué me hablas?

—Te vi. Mejor dicho, os vi, a los dos. Aceptaste la sangre de Aresha.

—Si no lo hubiese hecho, estaría muerto. Estaba peor que tú, Luca.

—¿Tanto como para beber eso? ¿La sangre de esa salvaje?

—No es tan mala como parece.

—¿Qué dices? Te secuestró.

—Pero no me mató.

—Te ha lavado el cerebro. —Luca quiso alejarse de él, pero Marcus le sujeto por los hombros.

—Sé que no es como nos hacen creer. Confía en mí.

—No puedo, no consigo creerte, sabiendo lo que ha hecho. Pronto lo sabrás y entenderás.

—¿El qué?

—Silencio Luca, debe verlo por sí mismo. —Marcus se dio la vuelta y vio a Logan en el borde de la puerta. Le notaba aún más serio de lo habitual, y eso sí que era raro. Al verlo, Luca bajó la cabeza y tras unas palmadas en el hombro se fue. No sabía si había hecho bien. Era su amigo, pero podría haberlos traicionado. Marcus esperaba que Logan no hubiese oído nada de lo que él y Luca habían dicho. Observó que en la mano portaba una carpeta de la zona de autopsias.

—Nos han traído algo que creo que te puede interesar. El equipo de limpieza. No hacía falta más, era algún cadáver. Marcus le siguió hasta el ascensor, Logan marcó el sótano. No era experto en cuerpos ni en asesinatos, para eso estaba Mónica. Además Logan no le había dedicado ni una sola palabra, ni lo miraba. Cuando estaban en la planta principal, el ascensor se abrió. Entró un hombre alto y fornido, llevaba un guardapolvos negro encima de una camisa de un blanco impoluto y unos pantalones de cuero también negros. Sus ojos azules le miraron con desprecio.

—¿Y este tío quién es? —le preguntó el hombre a Logan. No le había caído bien, se notaba. Felicidades, pensó Marcus, el sentimiento es correspondido, idiota.

—Se me olvidaba, no os había presentado. Este es nuestro hijo pródigo, Marcus. Marcus, te presento a Gael Montalbo.

Marcus se quedó atónito. Ahora sí que no había duda, Logan se había rebajado a pedir ayuda a los licántropos. Sí que se había obsesionado por Aresha. Y ahora que sabía con quién compartía ascensor sintió cierto temor. Había oído hablar de Gael, y era de todo menos manco. Además era el único licántropo que podía leer las mentes y él acababa de ponerlo a parir en unos segundos, o lo que era peor, tenía en su mente cosas que podían ponerle en mala situación.

—¿Gael, el rey de los licántropos? —Quiso asegurar.

—El mismo —le gruñó. Se fijó en las marcas de su cuello y casi se lo rompe cuando le giró la cabeza para poder observar mejor—. Así que tú eras el perro faldero de Aresha. Me esperaba un espécimen de mayor calidad.

Quería decirle que perro faldero lo sería su madre y algo peor en cuanto su calidad, pero mejor callarse. Simplemente le dedicó una mirada de odio, Gael le respondió con otra. Si las miradas matasen, en ese momento los dos estarían camino al cementerio. Bueno, Gael estaría mejor en el cementerio de animales.

—Tranquilícense, caballeros. —Logan había notado la tensión entre ambos y no le estaba gustando nada estar en medio—. Debo arreglar una cosa con Marcus y luego hablaré contigo —se dirigió a Gael. Este no le prestó atención, tenía bastante con aguantar su mirada y ver quién de los dos conseguía fulminar al otro antes.

—Os acompaño. —Fue lo único que dijo.

Por fin el ascensor llegó hasta el sótano y abrió sus puertas. Logan salió primero y Gael le hizo una señal a Marcus para que pasase delante con una sonrisa maliciosa. En voz baja se atrevió a decirle «los chuchos detrás», que Gael escuchó, y le oyó gruñir por enésima vez desde los tres minutos que se conocían. Mientras atravesaban el pasillo hasta la sala de autopsias, Marcus se arrepintió de lo que había hecho al notar que la mirada del hombre lobo no se apartaba de su cuello. Esperaba que no se atreviese a hacerle nada dentro de Heliatón. Lo malo sería fuera.

Cuando entraron en la sala de autopsias, estaba vacía. Solo había un cuerpo dentro de un saco, aún no le habían hecho nada. Logan se acercó y puso su mano sobre la cremallera. Miró hacia Marcus.

—¿Estás preparado?

—¿Quién es? —Logan no contestó y comenzó a bajar la cremallera. Cuando vio su rostro solo pudo lanzar un grito y caer de rodillas al suelo. En la bolsa yacía Rosalyn, totalmente llena de sangre. Su piel bronceada había desaparecido quedando un tono ya blanco. Dos señales en el cuello llamaban la atención sobre todo su cuerpo lleno de magulladuras. La ropa era idéntica a la que había llevado el día que fue a su casa. No cabía duda.

—Aresha. —Solo pudo decir su nombre entre sollozos llenos de ira. No entendía por qué lo había hecho, qué le molestaba. Si ni siquiera conocía Heliatón.

—Pensamos que ha sido ella —le dijo Logan—, un ataque contra ti, venganza por salir vivo.

—Ha sido ella.

Sí, él sabía que había sido Aresha. Sujetó la mano fría de Rosalyn. Se había pasado de la raya. Una cosa era jugar con él y otra asesinar a su amiga. Se arrepentiría.

—Marcus. —Tuvo que volver a atender a Logan—. ¿Hay algo que debamos saber? Algo que no hayas mencionado.

—Nada que nos ayude —mintió. Iba a ser él quien se ocupase de esto—.Tengo que irme de aquí.

—Vete a casa y descansa. Llama a su madre por un accidente de tráfico. Pronto estará preparado.

—Gracias. —Cuando estaba cruzando la puerta, notó la mirada de Gael. Aún le miraba mal, que le dieran. Tenía algo que hacer más importante que aguantar a un perro rabioso.

Unos minutos después de que se marchara, Logan miró a Gael. Este mantenía la misma cara de disgusto. Ambos sabían que Marcus no decía la verdad. Gael miró el cuerpo de la chica mientras Logan lo volvía a tapar y sus forenses se lo llevaban.

—Era la mejor amiga de Marcus fuera de esto. Una buena chica, no

se merecía esto.

—Odio a los traidores, todo lo que tocan lo envenenan.

—Crees que miente ¿verdad?

—Sé que miente. Está al servicio de Aresha, es su mascota. Bien será si no fue él quien ofreció a su amiga por un poco de su sangre. O dios sabe qué. —Esperaba que lo que ofreciese no fuese su cuerpo. Eso era suyo. No, era imposible, seguía vivo.

—Tendría sentido lo que Luca me dijo. ¿Cómo estás tan seguro?

—Lo destila en cada poro de su cuerpo. No es poesía, está marcado. Le ha cedido su olor para que nadie lo toque, y eso no se le hace a cualquier prisionero. Deberías habérmelo presentado antes. Quizá hubiéramos salvado a esa chica.

—No me lo puedo creer. —Logan se derrumbó—. Marcus es como mi segundo hijo.

—A veces uno hace barbaridades para salvar la vida. Deberías habértelo imaginado antes, es un buen lacayo para cualquiera.

—¿Por ser un Heliatón?

—Por ser uno de los mejores guardianes. En mi viaje hasta donde murió Viktor he descubierto que la ayudó a borrarlo de la faz de la tierra.

—Pero si estaba… ah, mierda, no lo recordé. —Gael le miró interesado—. Por esa zona está el pueblo natal de Marcus. —Miró los papeles y sus sospechas quedaron claras—. Como os lo iba a dar desde el principio ni me molesté en mirar el nombre del pueblo, nunca me imaginé que fuese ese lugar. Es tan tranquilo, dios que ciego he estado.

—¿Qué tienes pensado para él? —preguntó Gael.

—Es nuestra mejor conexión con Aresha. Esta noche lo atraparemos.

Gael rió por dentro. *Eso será si no lo encuentro yo antes,* pensó.

Nunca se hubiera imaginado en esa situación. Acababa de llamar a la madre de Rosalyn, residente en la otra punta del país. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella y no fue agradable que fuera para comunicarle tal noticia. La madre quedó desolada, sin poder verla sintió todo su miedo, dolor y rabia. Había hecho todo lo posible por alejar a Rosalyn de los peligros de la vida que él decidió para sí mismo, no para ella. Todo ese trabajo para nada, por culpa de Aresha.

Debía acabar lo que nunca se atrevió a hacer, aunque su vida quedase atrapada en el juego. Preparó su arma antes de salir en su caza, rompería los lazos que la unían a ella de raíz. No podía

protegerla más, no después de eso. Entonces, ¿por qué se resistía a salir del marco de la puerta?

Recordó las canciones de Aresha, era producto de su embrujo. Luchó contra la parte que le obligaba a quedarse y salió hacia su destino. Había mentido a Heliatón, esta vez no en beneficio de la cantante. Sabía dónde estaba, lo oyó todo cuando estaba paralizado, un momento en que ella lo protegió. Olvida eso, dijo para sí, el asesinato no tenía perdón. Qué iluso había sido, si eso era lo que ella hacía todos los días, matar a diestro y siniestro. A todos menos a él, era la cruz que le hacía soportar, pero en cuanto fuese al puerto llegaría a su fin.

Un grupo de vampiros se reunía en el almacén más apartado del muelle, tenían temas muy importantes que tratar. Todos compartían una misma cosa; eran los últimos integrantes vivos de la mafia liderada por Viktor. Solo doce, siete machos y cinco hembras habían evitado la ira de Aresha gracias a no ir al pueblo que su antiguo jefe adoraba. Se les oía discutir a leguas.

—Somos los últimos, no se olvidará de nosotros —decía uno de ellos—, debemos huir antes que Aresha nos localice.

—¿Estás loco? —habló una mujer—, ni por asomo tendríamos una oportunidad como esta, si nada le hubiera pasado a Viktor os puedo asegurar que jamás llegaríamos a los altos puestos que se nos ofrecen si continuamos el trabajo.

—No sé, Aresha es más vieja que todos nosotros juntos —dijo un tercero—, y no creo que deje las cosas a medias. Sin embargo estoy de acuerdo contigo, a quien quería era a Viktor, y le debemos este ascenso, imposible de otro modo.

—Creedme, no parará donde quedó —volvió a hablar el primero—, todos saben que si atacas a un miembro de un clan, debes atacarlos a todos, y sorpresa, somos del clan de Viktor, por si no lo sabíais.

Mientras la conversación sobre su futuro se caldeaba, todos adivinaron su presencia. En la puerta estaba Aresha con su precioso pantalón negro ajustado, unas botas anchísimas y una camiseta del color de los arándanos que dejaba al descubierto su hermosa espalda. La acompañaba su fiel espada y, aún a vistas de que sería su verdugo, no pudieron ocultar su asombro ante su belleza.

—No debéis preocuparos por vuestro futuro, hermanos —les dijo con su cautivadora voz mientras su pelo jugaba con el viento—, no lo tenéis.

—Por favor, nosotros no te hemos hecho nada —le suplicaron.

—Pobrecitos, pero lo habéis dicho antes. Debo atacar a todo el clan, ¿creéis que no sé que en cuanto os reforcéis vendréis a por mí?

Solo quedaba una birria de pardillos matones vivos. Toda la diversión acabó en el momento que se le ocurrió quemar a todos los peces gordos de Viktor, tendría que haberlos disfrutado más, pero la ira solo le permitía pensar en su jefe. Sacó su espada, lista para la matanza. Los inteligentes intentaron huir, otros la hicieron frente, pero todos acabaron igual, en polvo y cenizas. Ni siquiera pudo considerarlo un entrenamiento, que chasco. Tampoco se esperaba rivales duros, quizás el típico novato que te da una agradable sorpresa pero debían estar agotadas las existencias.

Tras limpiarse el polvo de vampiro que había caído en su ropa, Aresha salió del último escondrijo de la mafia vampiresca igual que cómo entró, intacta. Le encantaba el puerto y las luces que se reflejaban en el mar cuando caía la noche. Pensó que podía ser bonito comprarse un barco, ya viajó en varios y no estaba nada mal, aunque un poco tonto para desplazarse pudiendo volar y saludar a la luna desde tan cerca. A los pocos instantes, empezó a percibir un olor conocido cerca. Se preguntaba qué hacía allí y cuál era su ubicación exacta, no le veía.

—Marcus, sé que estás ahí, ¿ahora eres tú quién me espía? —Tras otear el horizonte lo localizó junto a varios contenedores. Estaba extraño, no era el estilo de su mascota vigilarla desde las sombras ni tampoco que la mirase con esa oscuridad en sus ojos. Al verse descubierto, Marcus se acercó hasta ella, pero no tanto como se esperaba y anhelaba. Entre ellos quedaba un buen espacio y no parecía que se le pasase por la cabeza reducirlo. Aresha lo intentó, pero al primer paso él sacó la pistola.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó extrañada.

—No tenías derecho a matarla —dijo al fin—. ¿Qué diablos te molestaba?

—Soy muy intolerante con los que desobedecen y tocan mis cosas.

— ¡No soy tu posesión —gritó—, y ella no sabía nada!

—Me da igual —contestó Aresha con tono irritado—, todas han de recibir el castigo por tocarte.

—Que era mi amiga, joder —se desesperó—. ¿Es que no puedo tener relaciones sociales, o solo las que tú me dictes?

—Nunca se me había ocurrido eso, buena idea.

—Cállate, no estoy para bromas. Esta vez has ido demasiado lejos. Pensaba que eras diferente.

Empezó a sentir miedo cuando Aresha en vez de tomarle en serio, comenzó a reírse.

—¿Quién te crees que soy, una mortal? Soy una vampiresa que ya

ha pasado la mayoría de edad con creces, vuestros juicios humanos ya no me importan. Si vivieses tanto como yo sabrías que lo que he hecho no tiene importancia, solo es supervivencia; y también que no lo harás.

Aresha volvió a sacar la espada y poco a poco se aproximó a Marcus. Él no dejaba de apuntarla pero su cuerpo no le respondía, el pavor le invadía al verla acercarse sin que se inmutara.

—Lo haré. —Su voz salió temblorosa, igual que la mano que sujetaba el arma.

—No lo harás. —Lo odiaba pero Aresha tenía razón. Había ido con la clara intención de matarla, sin embargo al verla sintió dudas, le había hechizado, no entendía sino cómo consiguió que la simple idea de acabar con su vida fuese insoportable.

—¿Por qué estás tan segura? —Quería saber que le había hecho, ella solo apartó el arma con su espada. Marcus la dejó caer.

—Es fácil, porque siempre me perdonas. —Cogió su arma y la ocultó en una de sus anchas botas—. Debería cortarte en dos por intentar hacer eso.

El filo de la espada bailaba en el cuello de Marcus, por el frío comenzó a caminar hacia atrás. Antes de darse cuenta, Marcus estaba contra la espada y la pared. Sin embargo se sentía aliviado, iba a morir y esa horrible sensación de proteger a Aresha que aún instaba por salir se iría con su vida.

—Deberías tranquilizarte —le soltó Aresha.

—Mátame ya y déjate de juegos psicológicos.

—Si me hicieses caso, descubrirías que no lo voy a hacer. Eres el único humano que me importa.

—¿Y por eso me embrujas?

Aresha lo miró con una cara mezcla de incertidumbre y curiosidad.

—Ahí me he perdido.

—No me engañes. Desde el principio, cuando me miraste la primera vez en tu canción, me hechizaste para que te protegiera, incluso me atrevería a decir para que creyese que estaba enamorado de ti. Con tu maldita voz cada vez que pensaba en acabar contigo, la culpa se cernía sobre mí. Elimínalo ya y déjame en paz.

—Mi voz solo puede hechizaros hasta que dejo de cantar, no tiene esos efectos, solo quedan atrapados en la canción. ¿De qué demonios estás hablando tú?

No podía ser, se estaba riendo de él. Porque si le contaba la verdad significaría que esas ganas de cuidarla, de protegerla y de que ella supiera que existía, eran reales, podía ser que él sintiese hacia ella lo que llegó a creer en ciertos instantes. No podía ser, su naturaleza de guardián se lo tendría que impedir, además acababa de matar a su amiga, entonces, ¿por qué su corazón latía más fuerte cuando la veía,

era feliz si lo era ella y todas las atrocidades que se imaginaba que habría hecho en toda su larga vida le parecían nimiedades e intentaba darles su significado?

—De nada. —No podía o no quería admitirlo, ni él mismo lo sabía.

Aresha bajó su espada y se acercó a él. Pasó su mano por su cara, que él había bajado para evitar mirarla, notó su pulso acelerado y su adrenalina disparada. Por su cabeza no pasaba la idea de matarlo, sabía que no podría hacerlo, ese mortal la había fascinado, era tan poco humano que no conseguía ni con el mayor de sus esfuerzos equipararlo a cualquiera que conociese. Sin duda Marcus era especial, al menos para ella. Le abrazó por vez primera de forma suave pretendiendo no hacerle daño y le besó en el cuello. Ese ser tan extraordinario debía ser suyo a toda costa.

—¿Qué haces? —Marcus preguntó cuando notó su beso.

—Debo cumplir mi parte del trato —le susurró—, solo me comprenderás siendo como yo.

—¿No necesitabas mi aprobación?

—Ya me la diste, ¿recuerdas?

Eso era cierto, no le engañaba. El día que se lo pidió, Marcus había accedido, no lo haría si no fuera así. Rodeó su cabeza con un brazo, con el que sobraba cogió la mano de Marcus, entrelazando sus dedos con fuerza y dejó descansar sus labios en su cuello. No iba a morderle a lo bruto, disfrutaría del momento. La cosa parecía mejorar cuando notó que Marcus levantaba el brazo libre para acariciar la desnuda piel de su espalda, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, estremecida por el tacto, volvía a ser su cachorrito sumiso. Su cálida piel llegó hasta su cuello y volvió a bajar con suavidad. Lo que no recordaba era que el tacto humano fuera tan caliente, la estaba abrasando. Pronto comprendió.

—La estaca —le miró. Marcus le devolvió la mirada con lágrimas en los ojos y apretó con más fuerza la estaca a su espalda. No se la había clavado, solo la estaba debilitando con el contacto de la plata colocando su arma de emergencias paralela a la espalda de la vampira. Empezó a notar cómo se debilitaba desde sus manos entrelazadas, estaba perdiendo la fuerza con que le tenía sujeto hasta que le soltó. En ese momento, Marcus giró dejando a Aresha contra la pared, las tornas acababan de cambiar.

—Lo siento. —Alzó la estaca—. No encuentro la razón para olvidarlo todo.

—No te preocupes, sé reconocer la derrota. —El tono de Aresha era tranquilo—. Si he de morir, prefiero que sea en tus manos.

Lo intentó, una y mil veces, pero su mano no quería bajar. El pecho de Aresha estaba a muy pocos metros y ella no se defendía, sin embargo todo su cuerpo se negaba y la mitad de su mente también.

No sabía si lo del hechizo era verdad o no, no dudaba de que le hubiera embrujado.

—No puedo —dijo, al fin, sin moverse un centímetro de la posición inicial—, no quiero verte morir.

—Marcus… —Aresha quiso tocarle cuando bajó la estaca. Estaba a punto de llegar a su piel cuando algo la sobresaltó. No podía ser, iban a estropear ese momento tan maravilloso—. Corre.

Ella alzó el vuelo rápidamente pero como otras veces, se olvidó que era humano y no tenía su olfato ni su velocidad. Solo pudo dar unos pocos pasos errantes antes de notar como una sombra se tiraba hacia él con fuerza haciéndole sentir como si una lanza le hubiera partido en dos. Al abrir los ojos desde el suelo, lo reconoció.

—Lo tengo. —Tristán lo levantó del suelo, lo justo para que Layla le diese un puñetazo en el estómago que le hizo volver a caer.

—Esto por tirarme de la cola, imbécil. —Lo sabía, para que Aresha se riera de él. Tristán volvió a alzarle mientras Marcus se retorcía de dolor por el golpe. No acompañaba nada lo poco delicados que eran. Le lanzó hacia el centro del círculo que todo su escuadrón de lobos formaba. Consiguió levantarse, de pie seguía igual de indefenso, ante tantos guerreros inmortales. Había perdido sus armas, cosa insignificante, no le valdría nada más que para morir luchando.

—Eres el primer hombre que me hace dudar qué debo pensar de él. —Se acercó a Layla que le abrazó—. En serio no sé si romperte el cuello ahora mismo por ser un Heliatón o hacerte un monumento por traicionarlos.

—Me conformo con que me dejes ir.

—¿He pedido tú opinión acaso? —Ahora mismo Tristán era el que llevaba las riendas.

—Recuerda que Gael lo quiere intacto, así que contrólate, cielo. —Layla le paró los pies al ver como sus ojos cambiaban.

—No le importará su estado si consigo sacarle dónde está Aresha. —El príncipe tenía ganas de jugar y Marcus iba a ser su juguete favorito —. ¿Quieres conocer como son mis armas de tortura? —dijo a Marcus —, te encantarán.

Sus ojos le miraron, mala idea de la que no se dio cuenta hasta que era demasiado tarde. Durante un breve segundo pudo observar la mirada amarillenta de Tristán, al siguiente estaba en el suelo por culpa de su ataque mental. Solo cruzaron las miradas ese instante, pero había vivido lo suficiente como para que fuera peor que cualquier golpe físico. No vio nada, todo entró tan rápido que lo único por lo que sabía que le había atacado era por el dolor insoportable que tenía dentro de su cabeza.

—¿Te gusta? —Tristán se mofó de él—. Pues tengo mucho más que me encantará enseñarte si no colaboras. Es algo fácil, incluso para ti.

Dime dónde puedo encontrar a Aresha.

—En tus pesadillas, saco de pulgas. —Le escupió en la cara. Hasta la cara de la loba se mostró asombro por la osadía del mortal. A Tristán le entró la risa floja mientras se limpiaba el rostro.

—Eres una mascota leal y muy insensata. —Le cruzó la cara, tirándole de una vez al pavimento. En esta ocasión ya no se levantó, no le apetecía volver a recibir otra tunda.

De repente una voz femenina se alzó desde el tejado de los almacenes.

—Dejadle en paz, es muy terco.

—Aresha, que alegría verte. —Tristán la saludó.

—No digo lo mismo —contestó sin bajar.

—Venga, encima que te salvo la vida. Tu cachorro iba a sacrificarte, gracias a mí sigues por aquí, por lo menos un rato más.

—No creas que un simple mortal hubiese podido eliminarme. No me seas tan iluso Tristán.

—No puedo correr riesgos. Mi hermano quiere verte y me ha pedido explícitamente que te lleve de una pieza.

— ¡Vete, Aresha —gritó Marcus—no diré nada!

Layla le dio una patada y apoyó el pie en su pecho para evitar que se levantase.

—No me dijo nada sobre tu chico, todos me avalarán si digo que no tuve más remedio, y Layla le tiene muchas ganas. Tú verás.

Aresha quedó en silencio unos instantes. Miró a Marcus, no entendía cómo aún seguía defendiéndola después de todo.

—Dejadle marchar y me iré con vosotros sin oponer resistencia. Lo prometo como uno de vosotros.

Los lobos se miraron, ella era su prioridad. No necesitaban para nada al Heliatón, ya lo cazarían más tarde.

—Está bien, pero antes tira tu espada. No es que no nos fiemos de tu palabra, pero preferimos no correr riesgos.

Tristán la recibió bien a pesar de que Aresha la tiró con fuerza. Después ella descendió con suavidad junto a Marcus, apartó a Layla con la mirada y le ayudó a levantarse.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó.

—Has hecho mucho por mí, yo tampoco quiero verte morir.

—No quiero dejarte sola, yo…

Aresha no le dejó acabar, le dio su último abrazo.

—Gracias por serme tan fiel después de todo. No te pediré perdón porque no lo siento, pero sí me siento feliz por haberte conocido. Vete.

Casi le empujó para que se marchase, la miró pero ella se dio la vuelta para cumplir su parte con los licántropos. Él se marchó, debía cumplir su última voluntad. No vio como ella giró la cabeza mientras Tristán y los demás se la llevaban, quería ver que estaba a salvo. No

dejó de observarle hasta que desapareció, quedando fuera del alcance de los lobos. Ellos habían cumplido, ahora ella también lo haría, dejaría su vida en manos de Gael por él.

Marcus consiguió salir del puerto sin problemas, los lobos ya no tenían interés en él. Aresha estaba en sus manos, se preguntaba si la volvería a ver en Heliatón o se ocuparían ellos mismos del trabajo. Se estaba sacrificando por él, su insignificante mascota, incluso aunque estuvo al borde de matarla. No la entendía, siempre le dejó claro lo prescindible que era y ahora lo daba todo por él, incluso, aunque le dolía admitirlo, había matado por él. Y todo porque era un completo inútil que no sabía hacer nada, solo valía para recibir palizas y ser secuestrado. Estaba haciendo mal, huía como un cobarde. Se paró en medio de la calle, tenía que volver y ayudarla, no podía seguir siendo el protegido. Era la hora de actuar. Se dio la vuelta dispuesto para demostrarle a todos los seres sobrenaturales su valía cuando vio a Luca. Se acerco a Marcus lentamente, iba con las manos en los bolsillos.

—Luca.

—Lo siento, de verdad. —Marcus notó un pinchazo en su estómago. Vio la mano de Luca con su arma, segundos después la oscuridad le sumió antes de caer.

Tras una caminata, le esperaba una pequeña furgoneta. Un grupo de lobos entró antes que ella, Tristán la ayudó y los restantes subieron detrás. Eran muy caballerosos, sobre todo sabiendo que su intención iba a ser acabar con ella. Tristán dio un golpe a la pared que los separaba del conductor y este arrancó.

—Nuestra idea era coger a tu mascota —le dijo Tristán—, así que perdona por la falta de la elegancia que te corresponde, Aresha.

—Déjate de tonterías. Si en Transilvania te hubiera visto alguna vez te reconocería fácilmente, eres igual de bufón que tu hermano.

—Qué pena que me pillases de viaje, entonces te aseguro que no hubieses sido capaz de escapar.

En eso tenía que darle la razón, recordó esa noche y todo lo que

pasó. La verdad es que con Tristán tan cerca no llegaba a sentir lo mismo que con su hermano. Pero esos tiempos ya no volverían, ahora su antiguo amante la quería muerta, estaban a poca distancia de cumplir sus sueños.

Gael estaba hablando con varios antiguos hermanos sobre la seguridad del recinto cuando Layla entro en la sala como una exhalación. Después de una reverencia le habló.

—Deberías venir al salón, Gael.

—¿Atrapasteis al Heliatón?

—Mucho mejor —sonrío—, la tenemos.

El reencuentro con Aresha le recordó mucho al primero, otra vez volvía a ser su prisionera y seguía igual de bella y cautivadora que antaño. Algunas cosas sí cambiaban, no usaba ningún trapo para ocultarse y su mirada, la que antes huía de sus azules ojos, ahora le miraba desafiante, a juego con su pose de orgullosa. Ya no era la vampiresa a la que una vez llegó a intimidar, había evolucionado hasta convertirse en una respetable vampiresa antigua, una metamorfosis de larva a mariposa era lo más semejante que se le venía a la cabeza al lobo, y aún lo consideraba demasiado imperfecto para hablar de la cantante. Gael se colocó frente a ella, su manada los rodeó para protegerle.

—Nunca pensé que volvería a verte, Aresha —comenzó Gael.

—Lo mismo digo, aunque hubiese preferido que fueses tú a buscarme en vez de mandar a tu hermanito a hacer los recados.

—He estado demasiado ocupado, lo confieso.

—¿Con Heliatón? —le lanzó—. Te has rebajado a la altura de esos exterminadores.

—No juzgues tan rápido, amor. Lo hice por ti.

—No merezco la pena, nada lo merece. Vosotros solos podéis eliminarme, no necesitáis a esos.

—¿Eliminarte? —Se extrañó Gael—. No los utilicé con ese fin.

La cara de confusión no quedó solo en Aresha, se extendió a todos los que estaban en la sala. Ninguno tenía la más mínima idea de lo que estaba hablando su rey.

—Sé que lo recuerdas tanto como yo —continuó Gael—, y ya es hora de que todos sepan lo que ambos juramos ocultar —esta vez se dirigió a toda la sala—, sé que muchos os preguntaréis cómo esta vampiresa llegó a ser la única que escapó de mí. Pues bien, sin querer eliminar tu fama, cariño, he de deciros que no lo hizo. Yo la dejé escapar de esa torre —se oyeron voces de expectación y asombro, mientras Gael se acercó más a Aresha, hasta que unos milímetros les separaron—, y antes de hacerlo le hice una promesa.

Fue entonces cuando llegó el momento que Gael ansiaba desde hace ya demasiado. La asió de la cintura para pegarla a él, levantó su

cabeza hasta la suya y la besó con toda la intensidad y fuerza que tenía. Tardó en separarse de ella, necesitaba aprovechar el momento que tantos años se le había resistido. Quería acabar lo que había dicho y dejarla respirar, se separó de ella.

—Le prometí que la encontraría y lo hice porque la amo. Os presento a vuestra futura reina, Aresha.

17 La hora de los renegados

Lo primero que vio Marcus al despertar fue a Logan delante de él. Su amigo Luca acababa de traicionarle, lo sabían, todos conocían su relación con Aresha, lo que se preguntaba era la razón por la cual él estaba atado a una silla en la sala de interrogatorios de Heliatón en vez de muerto-

—¿Qué queréis? —preguntó al despertar. Logan no se movió.

—Dime, Marcus ¿sabías lo que iba a ocurrir en la embajada, le diste a mi hijo como alimento a tu ama?

—Yo no tuve nada que ver.

—Déjame que lo dude, no me di cuenta de lo sospechoso que era que Aresha te llevase con ella en vez de dejarte allí. Vendiste a tus amigos.

— ¡No! —gritó—. Ni siquiera la conocía.

— ¡Mientes! —Logan se levantó de la silla—. Eras como un hijo para mí, yo conocí a tu padre, sabía que estaría orgulloso de tu labor aquí. Pero no de esto.

—Mi padre no estaría orgulloso de nada de lo que hiciese yo, debería saberlo ya.

—No se equivocaba contigo, a pesar de que te quise dar una oportunidad. Me imagino que lo llevas en tu sangre materna.

— ¡Cállese! Eso sí que no se lo permito. Y le vuelvo a repetir que me convertí en su mascota al atraparme en la embajada, no antes. No meta a María en esto.

—Hay cosas de tu familia que desconoces, sobre todo de la rama de los Mertincale. Los perdiste demasiado pronto para darte cuenta.

—Usted no sabe nada.

—Solo sé que eres un traidor y que te dejaste seducir por una vampiresa. Me das asco. Demuéstrame que tienes algún valor y dime dónde la puedo encontrar.

—No voy a delatarla.

—Pensaba que ya que si lo hiciste con lo del embajador, sería más fácil, que ya habrías aprendido. Seguro que los latigazos han sido los que dieron sus frutos, a no ser que tengas unos gustos sobre el dolor distorsionados. Ya no me extraña nada de ti. Pero si es lo que quieres, voy a mostrarte que yo también se jugar a eso.

No supo cuánto duró aquello, acabó cuando Logan se cansó de darle una buena paliza, preguntando dónde estaba Aresha. No sabían que se acababa de ir con los lobos, eso por confiar en los licántropos. No contestó a nada, al fin y al cabo, Aresha acababa de salvarle la vida,

otra vez. Y esta se había intercambiado por él. ¿Por qué diablos hacía todo esto? Empezaba a estar harto de que lo marease.

Se lo llevaron a un piso subterráneo, más abajo del depósito, donde estaban los calabozos. Lo lanzaron a una celda y cerraron la puerta. Al levantarse, se dio cuenta de que no estaba solo. Miles de ojos estaban fijos en él y aunque estaban en otras celdas, no le hacía ni pizca de ilusión ser el centro de atención. Un par de ojos sí que estaban en su espacio. Un hombre que parecía también humano estaba sentado en una esquina. Llevaba una armónica en su mano. Le tendió un trapo bastante sucio.

—Estas hecho un asco, chaval. —Su voz le daba unos cuantos años más que él, ronca pero a la vez afable. Se levantó y le pasó un caldero lleno de agua—. Acaban de dejar esto para ti. En serio, úsalo. Das pena.

Mojó el paño en el agua, que tampoco estaba muy limpia. Aprovechó para mirar su imagen. Sí que daba pena, estaba lleno de sangre. Se fijó en su compañero de celda. Su ropa era un poco andrajosa, tenía pinta de ser un trotamundos. Era rubio, con los pelos de punta, intentando parecer más juvenil, pero su rostro mal cuidado y arrugado le delataba. Debía tener treinta y cinco, más o menos. Llevaba un collar hecho con dientes. Dientes de dios sabe que seres.

—¿Quién eres? —Marcus le devolvió el trapo.

—Cole Anthony Monet. Puedes llamarme Monet, como todos. Y quédate el trapo, anda. Tú eres…

—Marcus Carmine Mertincale. Puedes llamarme Marcus, como todos. —Monet pilló el chiste y se rió, con demasiadas ganas incluso.

—Hola Marcus. Bonito nombre. —Una vocecilla salió de la oscuridad, una joven apareció en la celda contigua. Estaba acompañada de otras dos mujeres, un poco mayores que ella—. Yo soy Miriam y estás son mis hermanas, Raquel y Dona. Pareces más simpático que este cazador —dijo mirando a Monet.

—¿Eres cazador? Pensaba que erais un mito. —Había oído hablar de ellos. Cazaban a los seres sobrenaturales donde les llamaban a cambio de una jugosa suma, seres trotamundos con una vida atrayente cuando no la vivías—. ¿Es verdad que tenéis poderes?

—Estás hablando con uno de los mejores cazadores, aunque no tengo poderes, no pertenezco al clan de los destinados. —Al oír que era de los mejores, Miriam no pudo evitar un gruñido—. Tienes pinta de ser humano. Si no eres cazador, ¿Qué pintas tú aquí?

—Es una larga historia.

—Creo que tenemos tiempo de sobra. ¿Qué le has hecho a Heliatón? Un momento, acércate. —Empezó a olfatear y se aproximó a él—. Estás marcado. No te imaginaba acompañando a un vampiro.

—¿Cómo lo sabes? Eres humano.

—Soy cazador, uno se acostumbra a reconocer olores sobrenaturales. Y no hay aquí ningún vampiro, ni tú eres tan pálido para serlo.

—Pues con el montón de gente que hay aquí debajo…

—Somos todos de la misma manada. —Dona hizo intervención. Parecía la mayor de las tres, se había teñido el pelo de azul. Así que las tres eran lobas—. ¿Tú no serás el Heliatón que secuestró Aresha?

—Vaya, parece que soy famoso.

—¿Eres de Heliatón? Pareces majo para serlo —dijo Miriam.

—Creo que mejor dicho lo era. Mierda, Aresha. —Se había olvidado de ella con al charla—. Tengo que ayudarla.

—Creí que te había secuestrado—dijo Monet—vaya, estas con el síndrome de Estocolmo. Tranquilo se te pasará. Me pasó con una ricura de arpía. Una monada, de verdad.

—No es eso, me salvó. Tengo que ayudarla.

—Pues mientras estés aquí, olvídalo. —Monet se volvió a sentar—. ¿No está en Heliatón?

—No, se la han llevado unos lobos. Casi me matan. La iban a llevar ante… ¿Cómo diablos se llamaba? Ah sí, Gael.

—El rey. Eso no es bueno.

En otra celda habló otro hombre. En esa había varios licántropos macho. Este tenía pinta de ser indio, como los otros. El indio se acercó hasta su celda y le tendió la mano. Marcus se la estrechó aunque casi se queda sin ella. Parecía más mayor que él, pero menuda fuerza. El indio se rió.

—Lo siento. A mi edad y aún no controlo mi fuerza. Llámame Mahkwi, soy el líder de esta manada, de los renegados.

—¿Los renegados?

—Somos licántropos separados de las demás manadas bajo el mando de Gael. No le aceptamos. Se nos ha mandado venir aquí a pararle los pies. Bueno, somos muy pocos para eso. Mejor dicho nuestra misión es alejarle de la cantante, usando el medio que haga falta.

—¿De Aresha? ¿Pero por qué? Un momento, ¿no pensaréis hacerle daño a Aresha?

—Si es posible, no la tocaremos. Hace muchos años ella ayudó a los licántropos pero Gael y ella cometieron un sacrilegio, hicieron algo imperdonable para esa época que solo los mayores sospechaban.

—¿Qué sacrilegio? —No sabía por qué pero sentía que no le iba a hacer gracia la respuesta.

—Se acostaron.

—Miriam, por favor, un poco de delicadeza.

—Es la verdad.

—Bueno, en fin. Aunque sus caminos se separaron, Gael ha estado

siempre obsesionado con ella. Y ahora que la ha vuelto a encontrar, está decidido a convertirla en su reina. Y reina de los licántropos una chupasangre, es inaceptable.

—No te entiendo, Águila Blanca —le dijo Monet—. La guerra ya pasó y todas las razas viven en armonía. Si no fuera por Heliatón, todos seríamos más felices. Esos exterminadores son lo que deberían preocuparos.

—Tampoco te pases —le dijo Marcus. Aunque le habían hecho esto, no podía olvidar que había sido un Heliatón desde hacía mucho tiempo—, solo se ocupan de las molestias.

—¿Perdona? Tierra llamando a empanado. Vuelve a la realidad, niño. —Se había acercado a él—. No me digas que crees que son los buenos. Te han lavado el cerebro, chico.

—¿De qué hablas? No me digas, eres de los que solo ayuda a alguien con una recompensa por delante.

Marcus no se esperaba la bofetada que le propinó Monet. Cayó al suelo, dolorido, mientras Monet se subía la manga de la camisa. En su brazo tenía un tatuaje muy extraño, un círculo con un hexagrama y varias runas antiguas.

—No hables sobre cosas que no sabes. No se mata a nadie por una mala presa si hay hambre, mientras no sea un ser puro, un niño. No podéis juzgar a todos los seres por reglas humanas, estos son los buenos, entérate bien. —Le señaló su tatuaje—. Una asociación donde todos controlan a todos, en la cual yo trabajo y no gano tanto como si fuera a mi bola, créeme, pero me gusta. Heliatón solo son unos nazis que creen que los humanos somos los seres superiores, y matan indiscriminadamente a lobos, vampiros, ángeles o demonios. Todas las razas merecen su existencia, aunque sea en el anonimato porque tengamos modos de vivir muy distintos. ¿Acaso no sabes que hay más humanos muertos por humanos que por seres sobrenaturales? Ellos solo matan para vivir, los monstruos somos nosotros. Te han engañado, chaval.

Marcus los miró a todos. Habían bajado las cabezas, dejándole solo. Se derrumbó en una esquina de la celda. Con todo lo visto, le creía a pies juntillas pero no lo admitía. Les había dado casi toda su vida a unos asesinos, pensando que estaba haciendo el bien. Colocó la cabeza sobre sus manos y lloró, hasta quedar sin lágrimas. Toda su vida se había derrumbado, ya no sabía quién era. Monet y la manada le acompañaron con su silencio. Solo Miriam mostraba felicidad y estaba canturreando.

—Jefe, Marcus nos puede servir para nuestro cometido.

—¿De qué hablas, Miriam?

—Está muy claro. Si se ve. —Se puso a cantar—. «Love is in the air…»

—¿Esta chica es normal o perdió las neuronas durante la conversión? —le preguntó Monet a Mahkwi.

—Tú no lo ves, gruñón. —Miriam le sacó la lengua—. Está claro que Marcus está enamorado de Aresha.

—¿Qué dices? —Saltó Marcus—. Yo no estoy enamorado de…

—Tú calla, gruñón dos. Todos los hombres sois iguales, nunca admitís nada. No te viste la cara cuando dije que Aresha y Gael habían compartido cama. No he visto un ataque de cuernos mayor.

—Yo no…

—La verdad, ahora que lo dices, sí que parecía enfadado —dijo Mahkwi—. ¿Por qué no? Tienes razón Miriam.

—Pero si yo…

—Explicaría que pensase en ella antes que en su situación. —Ahora era Monet quien no le dejaba acabar—. Joder macho, eso sí que es síndrome de Estocolmo y lo demás son tonterías.

—Pero, pero… ¡Iros todos a la mierda!

Se tiró en el suelo mirando la pared. No sabía que pasaba, solo oía a Miriam cantando y a Monet rogándole que le dejase de torturar los oídos. Él solo quería devolverle el favor, se había intercambiado por él. Aunque quizá lo que quería era reunirse con Gael, su verdadero amante. Empezó a notarse celoso. No, no debía hacerlo no la quería. Pero entonces, ¿por qué no pudo dispararle en el callejón? Todos lo estaban volviendo loco.

Aún era incapaz de creer lo que ocurría. Tanto tiempo huyendo de Gael y resultaba que no quería hacerle daño. Ni se le había pasado por la cabeza al oír su nombre junto al de Heliatón. Quería que fuese su pareja, convertirla en la reina de los licántropos. No supo contestarle por lo rápido que acontecían los hechos, Gael lo acomodó un sitio en su amplia mansión. Era una habitación sencilla, tenía una sola ventana con vistas al bosque donde, si te fijabas, veías a los lobos merodear en su forma animal. Gael, le había prometido reunirse con ella en cuanto acabase de convencer a sus hermanos de lo cuerdo que estaba. Varias horas después de su entrada en la mansión, Aresha estuvo al fin a solas con Gael. Cuando entró en su habitación, sintió la mezcla de atracción y miedo. Volvió su mirada a sus manos y recordó las garras que mucho tiempo atrás le desgarraron el vestido. El también la miró, tanto tiempo y ahora que la tenía tan cerca de él, no sabía qué hacer.

—¿Cómo te ha ido? —comenzó Aresha.

—Por suerte, ya no quedan muchos de mis hermanos que hayan sufrido nuestra guerra. Los jóvenes entienden lo que siento por ti, muchos han tenido pareja de tu raza.

—¿Y Tristán? —Sabía que lo que más le importaba era su hermano.

—Le he explicado lo mucho que me ayudaste después de dejarte libre, a mí y a todos los nuestros. Lo conozco y sé que tarde o temprano te aceptará, siente un gran respeto por ti. —Se acercó suavemente a su vampiresa—. No te preocupes, lo solucionaré todo.

Volvió a besarla, ahora con más tranquilidad. Disfrutó de su boca y de la dulzura de su piel, su aroma era el único que podía soportar en una chupasangre. Aresha le correspondió, no le había olvidado. De repente un resorte se activó dentro de ella y un momento de su vida volvió a su mente sin pretenderlo. El beso de Gael le recordó al de Marcus, igual de intenso y sentido, solo le faltaba la inquietud en sus entrañas al sentir la piel del mortal. Se separó de Gael con suavidad, confundida por la aparición de ese recuerdo. Se dio la vuelta, acercándose a la ventana, antes lo había intentado pero no podía abrirla.

—Confío en ti, pero no quería que te asustaras y te fueras. Además, este sitio estaba preparado para tu mascota.

—¿Ibas a hacerle daño?

—Sé que no debo tocar tus cosas, solo hubiera leído su mente para encontrarte. Me sorprendiste, nunca me imaginé que usases rehenes.

—Para todo hay una primera vez. —Cambió de tema, no quería hablar de Marcus—. ¿Por qué tardaste tanto en buscarme? Cuando acabó la guerra te esperé, pero no apareciste.

—Sabes que aún no hay armonía entre los que tenemos más de ciento cincuenta, amor. Tenía miedo de que los míos no te aceptasen y te hicieran algo. —La abrazó desde la espalda—. Pero ese problema ya está solucionado, por suerte pocos logran sobrevivir tantos años. Ya nada nos molestará.

Aresha notó como el rey empezó a besarle el hombro, luego fue subiendo por su cuello. Apoyó todo su cuerpo en él y levantó la cabeza para facilitarte sus arrumacos. De repente, los besos empezaron a cambiar a mordiscos cariñosos, primero leves pero poco a poco más intensos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con Heliatón? —le preguntó Aresha mientras levantaba su brazo para rodearle la cabeza, demostrándole que le gustaba lo que hacía.

—Si Logan tiene la ocurrencia de venir a verme, le dejaré a Tristán cumplir su sueño de hacerlo pedacitos. —Le dio la vuelta a la vampiresa para poder ver su hermosa cara—. Pero no pensemos ahora en esas cosas.

Parecía que el rey no tenía ganas de esperar más. La alzó y ella le

rodeó con sus piernas mientras le besaba y le quitaba la camisa. La volvió a bajar instantes después, lo necesitaba para desabrocharle los pantalones. Pero antes pasó sus manos por su desnuda espalda, lo que hizo que ese resorte volviera a la cabeza de Aresha. Resultaba que su maldito Heliatón la volvía loca incluso cuando ya no estaba. No se entendía, estaba en brazos de Gael, el cual la amaba como nadie y ella solo podía pensar en ese mortal. Aresha volvió a separarse de él, esta vez más bruscamente, cuando el rey estaba empezando a pelearse con el botón.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Lo siento, pero no puedo.

Se apartó de él, apoyó las manos en la ventana, sin entenderse a sí misma. Le estaban ofreciendo poder y amor eterno, en vez de en eso, pensaba en su maldita mascota, ese torpe y corto Heliatón, al que tantas veces le tuvo que salvar el pellejo. La mano de Gael se apoyó en su hombro, le debía una explicación. La cogió con la suya y se la besó.

—No sé qué me pasa, perdóname. No es por ti, es que estoy…

No pudo acabar, se estaba dando la vuelta para hablar con él cara a cara y al hacerlo se topó con la mirada amarilla que ya conocía, iba a leerle la mente. Intentó evitarlo, pero la paralizó y pronto se perdió en el abismo al que la conducía mientras se introducía en su cabeza, sin que ella pudiese hacer nada. Tras un tiempo que desconocía cuánto había sido, volvió a su cuerpo y recuperó la vista. Lo que vio fue a un Gael bastante enfadado, algo había visto dentro de ella que lo irritó. Aresha tuvo miedo, estaba en sus brazos y no tendría posibilidad de esquivar su ataque.

—¿Cómo puede ser? —Habló de una vez el rey—. No puedes igualarme a él.

—No te entiendo. —Esperaba que no se hubiese percatado de Marcus.

—Admite lo que tienes en tu corazón, Aresha —la zarandeó—, lo he visto, está lleno de niebla y duda. Me amas, lo tengo claro pero no soy el único residente, ¿se puede saber qué has visto en ese Heliatón?

—No le quiero.

—Te equivocas y no solo deseas su cuerpo. Es un mortal, para más señas un exterminador, pero lo amas con fuerza —Gael gruñó—, ni siquiera pude ver con claridad quién era tu favorito de nosotros dos.

—No —Aresha seguía negando.

—Sí —gritó—, esto no es normal, no puede ser que le elijas en vez de a mí, al rey de los licántropos. No es digno, ¿es qué no te das cuenta?

—Déjame. —Aresha se apartó de él y le dio la espalda. Gael se puso la camisa y se dispuso a marcharse.

—¿Qué haces? —le preguntó al oír la puerta.

—No pienso renunciar a ti, Aresha. Serás mía y si quiero volver a tener todo tu corazón no voy a dudar en eliminar a la competencia.

—Por favor, no lo hagas. —Aresha corrió pero ya la había encerrado. Quedó junto a la puerta, oía sus pasos alejarse. La vampiresa perdió sus fuerzas y se sentó en el suelo donde empezó a llorar sin consuelo. Esta vez no iba a poder ayudarle, ahora que más la necesitaría. Iba a perder a Marcus y ella no podía hacer nada por evitarlo.

Marcus despertó con el sonido de la armónica de Monet. Se dio la vuelta y vio a las tres hermanas observándole tocar mientras los lobos estaban hablando en voz baja. Mahkwi, se había sentado en una esquina y tenía los ojos cerrados. Cuando acabó su melodía, las chicas le aplaudieron.

—Otra, otra.

—Dejadme descansar, anda. —Se hacía el chico duro, pero adoraba que tres bellas señoritas solo tuviesen ojos para él. Miriam fue la primera en darse cuenta del movimiento de Marcus. Se acercó todo lo que pudo y le dio unas palmaditas en la pierna.

—Buenos días, Marcus. ¿Qué tal la noche?

—Echo de menos una cama con pinchos. —Miriam se rió—. He dormido en sitios peores.

—Sí, seguro. —No sabía si Monet seguía enfadado por lo del otro día, o porque le había robado la atención de Miriam. Estaba limpiando su armónica y le ignoraba. Marcus se sentó y lo observó hasta que le prestó atención.

—¿Quieres decirme algo o es que te gusto?

—¿De verdad es Heliatón una agencia de exterminio?

El cazador suspiró. Le daba pena ese chico.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ellos?

—Desde los diecisiete. Tengo veintiocho.

—Dios, pobre. —Monet guardó su querida armónica, esto necesitaba toda su atención—. Ya entiendo que no te lo creas.

—¿Me estás diciendo que todos mis amigos son unos asesinos? ¿Qué yo soy un monstruo?

—No eres ningún monstruo, creías hacer lo correcto. —Miriam intentó animarle.

—Solo los altos mandos conocen el poder de exterminio que tienen. Los peones solo reciben mentiras, que son la salvación de la humanidad y que todos los inmortales son bestias depravadas —

continuó Monet—. Las hay, no te miento pero mira a nuestros compañeros de celda. Son licántropos que saben convivir a la perfección con humanos.

—No discrepo contigo después de lo que he visto. Pero sé que Aresha ha matado.

—Menos de lo que crees y casi todos en su coto de caza, he oído hablar de ella y aunque es conocida por su mal genio cuando se enfada, suele cumplir las normas. Esa persecución que le estabais haciendo no tenía razón.

—Mató a mi amiga, ella no sabía nada del tema.

—Te lo repito, no mata sin motivo a útiles.

—Podían ser celos —intervino Miriam—, sé que cuando se la comen los celos, una vampiresa pierde la racionalidad.

—O supervivencia, se imaginaría que podría poneros en peligro. Si tu amiga os había visto juntos, lo que hizo, aunque un poco desproporcionado, tendría sentido para un ser tan antiguo. —Monet era más lógico.

Marcus se quedó en silencio, pensativo. Tenían razón, sus excusas eran factibles. Sin querer, Rosalyn podía haberse ido de la lengua con una amiga, incluso con Luca. Si tenía tantos años, Aresha no dejaba nada a la suerte. Y no era tan mala, Monet pensaba lo mismo que él. Puede que lo que no admitía fuera verdad, solo esperaba que para Aresha no hubiese sido igual de fácil adivinarlo.

—¿Es correspondido? —le preguntó Monet.

—¿El qué?

—Tu amor hacia ella. Y no vuelvas a empezar a negarlo.

—No soy digno de Aresha —dijo con tristeza, pero era verdad—, solo soy un simple mortal inmaduro al lado de ella. No pensaría en mí de esa manera ni por un instante.

—Yo creo que te equivocas. —Por fin oyó la voz de la última hermana, Raquel. Era morena como Miriam, pero sus rasgos faciales no tenían el tinte aniñado de su hermana pequeña—. Piensa, ella no tuvo nunca un humano a su cargo, eso te lo puedo asegurar.

—Es verdad, la hemos estudiado y si la empollona de Raquel te lo dice, no tienes nada de qué dudar —dijo Miriam.

—Como iba diciendo antes de que esta me interrumpiese —golpeó a modo de broma a su hermana—, eres un Heliatón, o lo eras en ese momento. Si no hubiese sentimientos de amor por medio, te hubiera matado.

—No esperes que ella lo confiese rápido —advirtió Mahkwi— para muchos es una falta de madurez que siendo tan antigua, vea a un ser humano de esa manera, así que no la culpes de las veces que te rechace.

—Sigo sin poder creerlo. Es tan maravillosa, no se fijaría en alguien

como yo. Siempre deseé ser su centro del universo, que me viera solo a mí, pero era yo quien no tenía más mundo que ella. —Le parecía que ya era hora de sincerarse, sobre todo consigo mismo—. Por eso mi vida solo servía para protegerla, para estar con ella y siempre, da igual lo que hiciese, siempre la perdonaba. Porque la quiero y no es nada de lo que deba avergonzarse. Si, la amo desde el primer momento que la vi.

—¿Ves que bien sienta soltarlo todo? —Las lobas se rieron juntas. Ese momento de felicidad para Marcus se vio truncado cuando los carceleros entraron. Abrieron su celda, buscando a su compañero.

—Cazador, quieren verte. —Levantaron a Monet por la fuerza. Uno de ellos miró a Marcus—. Tranquilo traidor, alguien ha venido a hacerte compañía mientas tanto.

El carcelero dejó la puerta de la celda abierta y miró hacia la de entrada. Avisó a alguien de que podía entrar. La puerta que conducía a las celdas dejó de mantener a Gael lejos de Marcus. Al verle, sintió una gran inquietud dentro de él. No lo veía desde que habían traído el cuerpo de Rosalyn al depósito, ya desde el primer momento se demostró que su relación no iba ser ni mucho menos cordial. Sus ojos azules llenos de ira lo corroboraban, no lo entendía, Gael tenía a Aresha. Había logrado su objetivo mientras él se pudría en la celda. Sin embargo percibía en el rey una ira enorme y toda dirigida hacia él. Gael se quedó frente a él con la puerta abierta.

—Dejadnos solos. —No miró al carcelero, solo veía a Marcus. No tenía nada bueno pensado para él.

—Logan bajará dentro de cinco minutos. —Le avisó antes de irse arrastrando a Monet.

—No necesito más —susurró Gael cuando cerraban la puerta. Le faltó tiempo para mandar a Marcus hasta la pared de un golpe.

—¿Qué le has hecho, desgraciado? —le preguntó el rey mientras Marcus se levantaba tambaleándose. Una enorme furia se desprendía de su voz.

—Yo no le he hecho nada, maldito pulgoso. Has sido tú quien se la ha llevado por la fuerza. —Marcus tuvo que escupir la sangre de su boca para poder hablar—. ¿Tan poco confías en su amor por ti?

—Cierra tu asquerosa boca. —Gael se acercó a él. Lo cogió del cuello, evitando que pudiera moverse. Estaba muy cabreado—. Me ha rechazado por ti. No me digas que eso es normal.

—¿De qué diablos me estás hablando?

—No te hagas el inocente conmigo, Heliatón. Ella ha sido mi amante y aunque ha pasado mucho, un mortal asesino no es digno de mi Aresha. No sé cómo has hecho para que te ame, pero ten claro que no pienso permitirlo.

—¿Has dicho que me ama? —Gael lo tiró al suelo. Quedó inmóvil,

no sería sensato que el lobo viera su sonrisa. Aresha le quería, tenían razón. La paliza que estaba recibiendo se convirtió en algo secundario.

—Déjame que te de un consejo, mortal. Púdrete aquí y mantente alejado de ella. Es mi pareja y no pienso dejar que nadie me la robe.

—No. —Marcus no sabía de donde salió ese tono tan enérgico, lo único que entendía era que debía hacerlo—. Sería tu pareja pero ya no lo es. —Comenzó a levantarse—. No creas que voy a rendirme solo porque vengas a amenazarme, chucho. Le debo miles de veces mi vida. Y la quiero, más de lo que tú puedas entender. —Eso último le hizo volver a volar por los aires. Gael sacó sus afiladas garras.

—No puedes quererla, no siendo un maldito traidor exterminador. —Levantó su mano para rajarlo con sus uñas. En el último segundo, una mano por detrás le sujetó, haciendo que se girase—. Mahkwi.

—Déjalo en paz, Gael —Mahkwi le soltó—. Si de verdad la quieres deja que se una a este hombre. Nombrarla reina de los licántropos os traerá problemas a los dos.

—No pienso caer en tus trucos. Aresha será mi reina y pienso protegerla de toda la escoria como vosotros. Algo que estoy seguro que él no podrá hacer —dijo, refiriéndose a Marcus.

—Es verdad que no soy tan fuerte como tú, Gael, pero mi amor es puro y sincero. Pensaba que todo era una utopía y Aresha se reiría de mí si le explicaba lo que sentía, pero ya no tendré miedo nunca más. Daría mi vida por ella.

—¿De verdad? —Gael se alejó de las celdas de los renegados y acorraló a Marcus en una esquina—. Pues demuéstrame esto último.

Sus uñas ya se situaban cerca del pecho de Marcus cuando Logan entró en los calabozos. Sin haberlo pretendido le acababa de salvar la vida a Marcus. Al verle, Gael guardó sus garras y le soltó. Detrás del jefe de Heliatón, estaba Luca que miraba horrorizado como casi habían matado a su ex amigo.

—No cuestiono tu forma de interrogar, pero prefiero que lo mantengas vivo. Lo necesitamos para encontrar a Aresha

—Bah, no os dirá nada. El amor es el más potente silenciador. —Le empujó otra vez hasta su celda y cerró la puerta—. Solo os queda una solución si queréis encontrarla. Matadle.

—Un momento, espera —Luca intervino—, ¿no puedes leerle la mente? Matarle es pasarse.

—Si lo hago, Aresha lo sabrá, los une algo. —Era mentira, pero ellos no lo sabían—. Debéis eliminarlo esta noche, Aresha se verá obligada a venir.

—Si no hay otra alternativa…

—Pero, jefe —protestó Luca.

—Ya no es de los nuestros, Luca —le espetó—, está con Aresha y si hay que hacerlo para vengar a nuestros caídos leales, bien que soy

capaz de hacerlo, aunque me duela.

—Sois inteligentes. —Gael miró hacia Marcus—. No como tú, deberías haberme dicho donde estaba.

No era ese el verdadero mensaje de Gael. Le miraba con el tinte amarillento de sus ojos, diciéndole algo que solo los dos sabían.

—A Aresha no le ayudará nada si dices que está conmigo. Si tanto la amas, muere callado y haz algo inteligente por ella en tu vida.

Había ganado, Gael acababa de condenarlo sin tener que mover un pelo y todos le estaban dando la espalda. Notó que Luca lo miraba, no se la devolvió. Cayó al suelo, derrumbado. Lo que más le dolía era que lo único que amó desde que perdió a su familia, se lo estaban quitando sin esfuerzo porque era el capricho del rey. Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin poder hacer nada por evitarlo, un abrazo inesperado de Miriam intentó animarlo pero ya nada le podría hacer recuperar las ganas de vivir.

Cuando sus antiguos amigos y su verdugo estaban saliendo, trajeron a Monet. Intercambió una mirada con Gael antes de entrar en la celda. Le había demostrado que era un poco payaso, pero debía de dar pena porque desde que entró se mostró más serio que nunca, ni siquiera un comentario de celos por el abrazo de la loba.

—Le han condenado a muerte —informó Mahkwi a Monet—, todo gracias a Gael.

—Hijos de puta. —Se acercó a Marcus—. Lo siento tío.

—No me importa eso —dijo entre lágrimas—, todo el tiempo que pasé con ella y nunca le dije lo que sentía. Ni podré jamás.

Dona se acercó también a Marcus, se sentía muy identificada.

—A mí también me rompió el corazón, mató a mi pareja sin pestañear y después se burló gritándolo a los cuatro vientos.

—Lo siento —le dijo Marcus.

—Sé que ahora no parece de mucha utilidad pero si conseguimos salir de aquí antes que sea tarde, te ayudaremos. ¿Verdad, Mahkwi? —El jefe de los renegados asintió. Una pequeña esperanza empezó a anidar en todos los presos, el corazón les decía que saldrían de allí. Su destino les estaba esperando y no era quedarse entre esas cuatro paredes, debían luchar.

Lucy sonó y Klaus se lanzó hacia ella. Estaba muy preocupado, no sabía nada de ella desde la noche pasada, cuando fue hasta el puerto para acabar con los últimos esbirros de Viktor. Según lo que oía, ninguno de esos le pudo dar mucho trabajo, estaba seguro que Aresha

se había topado con algo más. Miró la pantalla, no conocía el número.

—¿Dígame?

—¿Eres Klaus? —preguntó la voz.

—¿Quién lo pregunta?

—Dile a Aresha que Heliatón tiene a su mascota y que lo matarán esta noche. Si quiere salvarlo, que vaya hasta Gold Sun, le espero en la puerta trasera, me necesitará para ayudarlo. Ahora. —El otro colgó. Está noticia intrigó a Klaus, Aresha no daba muestras de vida y Marcus estaba atrapado en Heliatón, lo que significaba que acababan de descubrirlo.

Su mayor ilusión no era hacer de canguro de Termo, pero Aresha le tenía cariño y debía hacerlo. Seguro que estaba relacionado con lo que le había pasado a Aresha, cogió su abrigo, sus gafas y se dirigió hasta el lugar a pie. Marcus le estaba cambiado la vida a su representada y a él también, desde que le habían metido dentro de sus vidas no hacía más que tener que privarse de sus sueños diurnos, la mayoría por llamadas de Aresha debido a los problemas causados por su animalito.

No admitía lo que sentía por Termo, algo que él, los dos hermanos y Anabella y Milo adivinaron desde el primer momento. Ninguno se atrevía a decirle lo que pensaban, ella era la antigua y no haría más que negarlo, si es que no recibían algún golpe por considerarla una adolescente inmadura. Pero sabía que al amor no le importaba esas cosas.

Pronto llegó hasta donde le citó el desconocido. Conocía ese lugar, la industria química Gold Sun, una de las más poderosas del país. No podía creer que tuviera relación con Heliatón, pero así era, como descubrió al encontrarse con su informante. Su pelo corto y rizado y su baja estatura le hizo parecerse a un hombre que ya había oído.

—¿Eres Luca? —El pelirrojo asintió con la cabeza.

—Creía que sería Aresha la que vendría.

—Aresha está desaparecida.

—Eso no lo sabía, de verdad. —Luca abrió la puerta—. Marcus está abajo, en los calabozos. Quizás él sepa algo.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Klaus—. Ya sabéis que Aresha lo ha convertido en su mascotita, muy rica por cierto. ¿Por qué ahora tú también los traicionas?

—No estoy de acuerdo con Gael. Fue mi amigo y no quiero verle morir sin hacer nada, siempre se preocupó por mí. Ahora, le devolveré el favor.

—Aresha tenía razón, eres un amigo leal. Vamos.

En las celdas de Heliatón, todos los enjaulados intentaban animar a un hombre que ya no veía su futuro. Marcus se había echado en el suelo mirando hacia el techo desde que Gael se fue y no se movía para nada.

—Venga tío, anímate. Sé que saldremos de esta, tengo una corazonada.

—No lo haremos —contestó un Marcus abatido—, dentro de una hora estaré muerto y Gael tendrá el terreno libre. Ya lo tiene, mejor dicho.

—Eres de lo que no hay. —Monet lo dejó por imposible. Uno de los carceleros entró en la sala y se dirigió hasta la celda de los dos humanos.

—¿Quiere algo el condenado para su última cena? —se burló de Marcus.

—Que te den.

—No serás tan chulito dentro de poco. Me va a gustar ver cómo te queman vivo.

—Sigue hablando y te arranco la lengua. —Dona defendió a Marcus. No tuvo mucho efecto sobre el guardián, que empezó a reírse.

—Mira como tiemblo. —Se estaba jugando el pellejo—. Solo preocúpate de que tu jefe nos diga dónde está el resto de la manada y puede que seamos benévolos.

—Vosotros no conocéis esa palabra —intervino Mahkwi desde la otra celda. El carcelero iba a contestar cuando oyó a su compañero que lo llamaba. A regañadientes volvió a salir, pensando en darle un buen puñetazo en la cara a su compañero por aguarle la diversión.

Solo pasaron unos instantes de su salida cuando todos oyeron un grito, hasta Marcus reaccionó. Las puertas se abrieron y los dos carceleros pasaron deslizándose por el suelo junto a ellos, inconscientes. Algo les había lanzado y con bastante fuerza, pues llegaron hasta la otra pared, parando con un golpe en la cabeza. Una vez se detuvieron, todos giraron su mirada para conocer quién lo había hecho. Al primero que vieron fue a Luca que fue directamente hasta los bolsillos de los cuerpos.

—Luca. —Marcus se levantó y fue hasta los barrotes—. ¿Cómo has hecho eso?

—He traído refuerzos. —Miró hacia la puerta, la cual Klaus ya había cruzado.

—Hola, Termo —le saludó—, hacía tiempo que no te veía.

—Klaus —volvió a Luca—. ¿Por qué lo haces?

—No quiero que te sacrifiquen, aunque ya no seas mi amigo, me has cuidado siempre y te lo debo. Además, Aresha impidió que la gente de Tekno me matase, gracias a ti.

—Por lo que me imagino que ya estamos en paz.

—La próxima vez, puede que no sea igual. —Abrió la puerta de su celda—. Ya no podemos ser amigos, no si prefieres a esa vampiresa en vez de a nosotros.

—Ya no puedo dar marcha atrás, la verdad no es como creíamos.

Ven conmigo, podemos descubrirla si es que existe.

—No puedo. —Luca miró a Klaus—. Sigue con el plan.

Klaus cogió las llaves y metió a Luca en una de las celdas, después los liberó a todos a petición de Marcus.

—Aresha está con Gael —le dijo Marcus—, tenemos que ir a por ella.

—No lo dudes, Termo —contestó Klaus—, lo que necesitamos es un plan.

—Solo podemos atacar —Mahkwi se acercó a ellos—, es la única manera que el rey se aleje de ella. Nosotros tenemos una idea, es probable que nos tengamos que sacrificar, pero merecerá la pena si puedes alejarla de él.

—¿Qué dices? —Marcus preguntó a Klaus.

—Creo que os lo debo, uno de vosotros me salvó una vez.

—Debemos reunir a todos los renegados. Debo ir a por ellos —avisó Mahkwi—, las chicas os llevarán hasta la mansión de Gael. A medianoche estaremos allí.

—Yo paso de esto. —La voz de Monet apareció por sorpresa—. Espero que tengas suerte Marcus, pero no me puedo meter en esto sin que me traiga problemas.

—Lo entiendo, no puedo pedirte que te pongas en una mala situación por alguien que acabas de conocer.

—Ha sido un placer hacerlo, Marcus.

—Lo mismo digo. —Le dio la mano antes de que se fuese—. Gracias por abrirme los ojos.

—Marcus —Luca le llamó antes de irse, cuando todos se fueron se acercó—, es mi último regalo, que te de suerte. —Le dio su estaca de plata.

—Gracias. —Se alejó de allí, pero antes de irse se giró—. Sé lo que piensas de mí, aún así no dejo de considerarte un amigo. Si alguna vez cambias de parecer, sabes que puedes buscarme.

Marcus se reunió con los demás y cogieron el ascensor para escapar de allí. No era tan grande como para llevarlos a todos, hicieron dos turnos. Marcus fue en el segundo junto a Klaus y las tres lobas. Cuando llegaron arriba, Mahkwi y los suyos habían desaparecido. No tuvieron problemas para salir de Gold Sun por la puerta trasera y pronto la luna llena les iluminaba la cara.

El camino hasta la mansión fue largo y aburrido, nadie hablaba debido a la tensión del momento, no solo era el rescate del amor de Marcus o la amiga de Klaus, también significaba para los licántropos renegados el cumplimiento de su misión y muchos sabían que esa sería su última noche. Una de ellas era Dona que no soltaba un pequeño broche que su amado le regaló en su primera cita. Esperaba ese momento con felicidad, pronto se reuniría con él. Klaus miró hacia

el cielo despejado.

—Esta noche se va a armar una muy gorda —le dijo a Marcus.

—¿Por qué lo dices?

Klaus le señaló hacia arriba y vio la luna, enorme, llena y majestuosa. Era el momento en el que los hombres lobo tenían su mayor fuerza y se dirigían al lugar donde se situaba la manada más poderosa. La medianoche llegó temprano y miles de lobos pardos aparecieron de la nada junto a Mahkwi. Las hermanas lobo se unieron a los demás, Miriam le dio un tímido besito en la mejilla a Marcus antes de desaparecer entre la jauría de lobos como uno de ellos. El momento se acercaba, el de los renegados y el suyo.

18 Inmortal

Tristán entró en la habitación de Gael, donde estaba su hermano, con la mirada fija en el bosque. Cuando le notó, giró la cabeza hasta su posición. En los ojos de su hermano mayor vio preocupación, algo raro en él.

—¿Qué ocurre?

—Logan me acaba de avisar, se han escapado todos.

—Vendrán aquí —dijo Tristán—, y estoy casi seguro que tu rival vendrá con ellos.

—Que se atreva —lanzó su amenaza retadora—, será lo último que haga.

—Debí imaginármelo después de que se intercambiara con él, ¿qué le verá si es un simple mortal?

—Nada —dijo Gael—, ese mortal le ha hecho algo, estoy seguro. Aresha es suficientemente lista como para que le interesase de forma natural.

—Pues parece que te está ganando. —Gael le gruñó—. No creo que a Aresha le haga gracia que le mates.

—Se le pasará.

Mientras hablaban un aullido extraño rompió el silencio, ya llegaba el momento. Gael distinguió su nombre en los gritos de Mahkwi, lo llamaba. Ambos hermanos cambiaron de habitación y fueron a la del pequeño, con amplias vistas al sendero que conectaba su casa con el camino que los llevaba hasta la ciudad. Mahkwi le estaba esperando con todo su séquito detrás de él, pero ni rastro del humano.

—Estos Heliatón no saben cumplir lo que prometen —dijo Tristán entre dientes.

—Sabemos que tienes aquí a la cantante, Gael—habló el indio cuando vio al rey asomado al balcón—, no vamos a permitir que hagas lo que tienes pensado.

—¿Me estáis amenazando? —Gael estaba a punto de echarse a reír—. Todos los lobos tienen derecho a escoger a su pareja, muchos de los míos han salido con vampiresas y viceversa.

—Pero ninguno era el rey, ningún chupasangre gobernaría a los licántropos por esas relaciones, cosa que sí pasa contigo —respondió Mahkwi—, vamos a hacer todo lo posible por evitar esa atrocidad.

—Deberíais actualizaros, los mayores están muy anticuados y vosotros como sus perros de presa que sois, no pensáis por vosotros mismos. Solo hay una manera de acabar con esto de una vez por todas. —Entró dentro y miró a Tristán, que comprendió.

—Es hora de luchar, ¿verdad?

—Verdad.

Marcus estaba ya harto de las ramas que le daban en la cara, culpa del bosque tan frondoso. Klaus y él estaban intentando entrar por la zona boscosa situada en la parte de atrás. Lo malo es que para que nadie les oliese demasiado temprano tuvieron que dar un largo rodeo que los había alejado de la mansión, y ahora debían volver a trompicones. Por fin divisaron las grises paredes de la casa de los lobos. Marcus ilusionado se lanzó hacia allí, pero Klaus lo paró en seco.

—Aún no es el momento.

—Pero Aresha está ahí arriba, lo sé.

—Si corremos y no esperamos a que los demás lleguen a cumplir su cometido, no servirá para nada.

Se mantuvieron en esa posición hasta que empezaron a oír un gran estruendo. Un lobo aulló, era la señal. Los renegados habían captado la atención de la manada de Gael al completo, la batalla acababa de comenzar. Klaus le hizo una señal y se acercaron hasta la pared.

—He visto un balcón abierto en el segundo piso —dijo Klaus—. ¿Tienes vértigo?

—¿Por qué lo dices? —Antes de poder acabar la frase, ya estaba volando por el aire sujetado por Klaus. Lo dejó allí sin aterrizar.

—Aunque haya ajetreo, algún lobo aburrido puede notar un olor extraño, así que me voy hasta la batalla, ¿podrás apañártelas?

—Sí, eso espero. ¿Es por ayudar o tienes ganas de pelear?

—Las dos cosas —le contestó antes de rodear la mansión desde arriba. Marcus estaba solo lo que no le haría amedrentarse. Se adentró al interior de la lujosa residencia de Gael, no se oía un alma. Todos estaban peleando con los renegados, era su momento.

Al salir de la habitación, unas escaleras que subían le llamaron la atención, allí estaba Aresha, su corazón se lo decía. Subió los peldaños de dos en dos mientras oía como su corazón latía cada vez con más intensidad. Una vez arriba se llevó una decepción que la lógica le hizo comprender como algo normal. El piso tenía un montón de habitaciones, no le quedaba otra que registrarlas una a una y rezar para que un lobo rezagado no le esperase detrás de una puerta.

Entró de una en una, solo el silencio las habitaba. En la mitad de su investigación una puerta le llamó la atención, le quedaban muchas hasta llegar a ella pero las ignoró. Creía respirar su aroma, si Aresha

no estaba ahí significaba que se estaba volviendo loco. La empujó, tenía la llave echada, un punto para su cordura. No tenía tiempo para buscar la dichosa llave, solo podía tirarla abajo.

De una patada la abrió, cosa que nunca antes le había funcionado, las otras ocasiones no estaba tan motivado. Entró temeroso, si su amor no estaba allí no sabía qué hacer pero antes de poder comprobarlo alguien le aprisiono entre sus brazos.

Era una completa idiota y ahora le había perdido para siempre. Aresha no tuvo ganas de levantarse ni cuando comenzó a oír un jaleo increíble en la puerta de la mansión. Qué le importaba a ella, la que nunca se preocupó por nadie que no fuese su propia persona, como mucho su círculo más cercano. En ese momento, esa mujer de trescientos setenta y tres años lloraba por un mortal hasta dejar la almohada llena de sus rojas lágrimas. La tonta lo había negado todo y no había hecho más que huir de él para no ser feliz. Enhorabuena, al final lo había conseguido, no habría otra oportunidad tras desaprovechar tantas ocasiones.

Como ya no podía negar este hecho, tampoco podía no advertir que su propio corazón era infiel y latía por dos bandos. Su parte que pensaba en el futuro le aconsejaba a Gael a pesar de todo el daño cometido, también le quería, pero su parcela era infinitamente más pequeña que la de su rival en su corazón. El rival que había hecho desaparecer haciéndola caer en esa pena eterna. Sacando fuerzas de su interior, levantó su cuerpo con desgana y se sentó en la cama. No le quedaba otra que seguir a la parte insensible, era lo mejor que se le ofrecía, unirse a Gael, puede que acabase olvidando todo y amándole como antes, cosa que actualmente veía imposible.

La puerta se abrió a su espalda, Gael venía a reclamarla. Aresha se giró con desgana, pero la persona que entró no era para nada la que esperaba. A Marcus no le dio tiempo de verla cuando ella ya se había tirado encima suyo, quería tocarlo para saber que era real.

—Pensaba que te había perdido —le dijo, cerca del llanto. Marcus le devolvió el abrazo y acarició su pelo, quería que se tranquilizase.

—No podrás deshacerte de mí tan fácilmente.

—¿Has montado tú todo ese jaleo?

—Con unos amigos que me lo debían —sonrió.

—¿Los renegados?

—Exacto. —Después cogió con las dos manos su pálida cara—. Quiero oírlo de tu boca.

—¿Qué?

—Dime que me amas.

Aresha bajó los ojos y se alejó un poco. Ahora que tenía a Marcus delante, le resultaba difícil, aunque no quisiera, oía su rápido corazón y notaba su temperatura mortal.

—No estamos en el mejor momento —le dijo mientras intentaba sacarlo de allí.

—Sí lo es, ya es hora de que nos dejemos de mentiras. ¿Por eso soñaste conmigo el día que te besé, ya me querías entonces?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida.

—Hablaste en sueños, oí como me pedías que no te dejase. Soñaste con mi muerte y lloraste. —Se volvió a abrazar a él, tapó su ruborizada cara contra el pecho del chico—. Siento habértelo recordado, no quería hablarlo en ese momento para no inquietarte más.

—Ha pasado tanto desde eso que ni me acordaba. —Aresha no quería separarse de él, su cálido tacto era lo único que la reconfortaba, pero esa distracción que se había montado no dudaría eternamente y Gael volvería—. Vámonos.

Aresha volvió a tirar de Marcus, este no se movía de su posición. La cantante empezó a desesperarse.

—Por favor no me hagas sufrir así —le suplicó—, te diré lo que quieras, pero debemos huir.

—Es que tengo que decirte algo.

—¿No puede esperar?

—No —dijo Marcus, tajante—. Dime, ¿por qué piensas que he venido a por ti, Aresha?

No supo que contestar, no se le había ocurrido, le parecía tan maravilloso volver a verle que olvidó pensar en el por qué de su venida.

—Es verdad, la última vez que nos encontramos, acababa de matar a tu amiga. ¿Por qué estás ahora arriesgando tu vida por mí?

—Tú misma lo dijiste, siempre te perdono. Además, ¿te acuerdas que te dije que no encontraba el motivo para olvidarlo todo? Pues ya lo he hecho y ¿sabes cuál es? Que te quiero, te amo más que a mi propia vida.

—Pues eres bastante terco en no demostrarlo.

Una voz en la puerta les alertó, Gael ya los había localizado. Aresha vio que sus manos ya tenía unas uñas muy afiladas, se interpuso entre él y Marcus.

—Déjalo en paz, Gael.

—Siento que esta vez no pueda cumplir tus caprichos, querida. Si quieres te compraré un perro cuando me ocupe de este.

Aresha le gruñó, Marcus se apartó de la zona más segura, detrás de

ella. Se encaró con Gael a pesar de que Aresha le empujaba otra vez hasta su espalda.

—Voy a demostrarle que no soy ningún cobarde, que te merezco.

—Te matará —le dijo Aresha—, ni yo tengo posibilidades contra él.

—Será la única manera de que consiga alejarme de ti. —Sacó la estaca y se colocó frente al lobo.

—Será un placer. —Gael se preparó para atacar y Marcus hizo lo mismo. Fue el humano el que dio el primer paso. Erró en su intento de clavarle la estaca, Gael contestó con un manotazo que le lanzó hasta una de las paredes. Marcus cayó al suelo, pasó su mano junto a una de sus cejas, le acababa de abrir una herida, otra más para su colección empezada hacía poco. Aresha quiso acercarse a él, pero Marcus le pidió que se alejase.

—Es conmigo con quien ha de estar —le dijo Gael.

—¿Por qué no le preguntas a ella? —respondió cuando consiguió levantarse—. No haces más que decir que la amas, que eres el único que la mereces, pero nunca te he visto pidiendo su opinión.

Gael estaba hecho una furia, ese mortal no hacía más que sacarle de sus casillas. Se lanzó hacia él, no como persona sino como lobo. Por desgracia fue rápido y se apartó haciendo que casi mordiese la pared.

—Pregúntale, quiero verlo —dijo él, arrogante. Gael miró a Aresha, esta estaba en otro mundo. Marcus le había recordado aquel sueño tan desagradable, y todo parecía que se hacía realidad. No se había dado cuenta en todo ese tiempo de que la habitación era igual a la de la pesadilla. Y ahora Gael la observaba impaciente, igual que antes de matar a Marcus. Miró hacia él, no podía ser que su peor sueño se hiciese realidad, no ahora que sabía que la amaba.

—¿No te enteras? Si no te dice nada su respuesta está clara.

La misma frase, la última antes de su último aliento. Gael reaccionó también igual que en el sueño, su cuerpo se preparó para el ataque. Se lanzó hacia Marcus, pero en medio del salto algo le hizo caer, sin llegar al objetivo. Marcus miró a su rival, tendido en el suelo. En su hombro brotaba un pequeño río de sangre. Aresha tenía en la mano su pistola y humeaba.

—¿Lo has matado? —preguntó. Aresha se acercó a él y lo levantó.

—Solo es una herida, se despertará. Ahora sí, vámonos.

—Como ordenes, mi señora –bromeó.

Aresha salió la primera, no había nadie en el pasillo. Marcus salió y la condujo dos puertas más allá. Le señaló su espada, colocada en una mesa.

—Pensé que te gustaría recuperarla —le dijo Marcus.

—Espero no tener que usarla hoy —contestó mientras la cogía y sujetaba la funda a su pantalón. Le devolvió a Marcus su pistola—. Suerte que cuando te la cogí la escondí bien.

—No servirá para mucho si toda la manada nos encuentra.

Ambos lo sabían, debían irse pronto. Bajaron la escalera y volvieron hasta el balcón por donde había entrado Marcus.

—Es la única salida, si vamos por delante nos verán todos.

—Esto es muy peligroso, no debiste venir —le dijo Aresha. Marcus acarició su blanca tez.

—No pensaba dejar aquí al amor de mi vida.

—Solo te has encaprichado de mí, no puedes quererme. Fuiste un Heliatón toda tu vida, no me hagas creer que todo lo que te han enseñado se ha ido al garete solo por mí, por la asesina de tu amiga de la infancia.

—Aresha. —Su explicación se cortó cuando un lobo furioso apareció de la nada y se lanzó a por Marcus. Aresha le apartó y los dos sobrenaturales cayeron dos pisos hasta el suelo. Sobresaltado Marcus miró hacia abajo. Ese no era Gael, y no le importaba hacer daño a la vampiresa. Se armó de valor y se tiró con cuidado, estaba entrenado para hacerlo. Cayó encima del licántropo y le pegó un tiro desde la espalda, convirtiéndole en polvo. Cuando ayudó a Aresha a levantarse, varios lobos más los encontraron. Aresha advirtió que ya no se oía ningún ruido.

—Han matado a todos los renegados —le dijo a Marcus—, son muy fuertes.

—No podrán con nosotros —la animó Marcus para el ataque. En ese momento la salvación llegó desde el cielo. Klaus apareció desde arriba y desnucó a un enemigo sin que se diese cuenta.

—Llévatelo al bosque —le dijo a Aresha—, a unos kilómetros encontrarás un claro, puedes escapar desde allí.

—Klaus…

—No te preocupes por mí, no soy un suicida, pero os puedo dar algo de tiempo, más si os vais de una puñetera vez. Cuídala, Termo.

Aresha cogió la mano de Marcus y ambos se adentraron en el bosque. Corrían todo lo que las piernas les permitían, y eso era menos para Marcus. No le ayudaba tampoco la absoluta oscuridad, se tropezaba con todas las raíces del suelo. Aresha estaba histérica, llevaban corriendo un buen rato y el bosque no daba señales de acabarse. Marcus era muy lento y no hacía más que temer por su seguridad. Su olfato le indicaba que el tiempo extra de Klaus se había acabado y se acercaban peligrosamente a su posición. La décima vez que Marcus cayó, Aresha le quitó la pistola.

—Corre y no pares —le dijo a Marcus.

—No pienso dejarte sola.

—No haremos nada si seguimos a tu ritmo. Hazme caso por una vez en tu vida y corre.

Marcus continúo solo, sin saber dónde ir. Continuó recto, con los

ojos cerrados por culpa de las malditas ramas.

Oyó varios disparos, un breve silencio y más disparos. No debía haber balas suficientes, Aresha no podría matarlos a todos así. Se hizo un silencio sepulcral que no le gustó. Quiso dar la vuelta, pero estaba confuso y mareado. Volvió a correr sin saber la dirección, aún a tientas olía y veía su muerte cercana. Pero no le importaba si Aresha era libre.

Tropezó otra vez y se deslizó varios metros por el suelo. Al levantarse, se percató que la situación había cambiado, la luna volvía a darle luz después de tanto frondoso bosque. Estaba en el claro, pero sin Aresha seguía sin posibilidades. La llamó con todas sus fuerzas, nadie le respondía. Quien sí le escuchó fue un joven lobo, Marcus le vio vigilarle entre el follaje. Era uno de los de Gael, ahora sí que no tenía salvación. Se agachó, cerrando los ojos, mientras le oía, acercándose lentamente a él. Pronto cogió velocidad para abalanzarse hasta su cuello.

Ya le notaba el aliento cuando unos brazos le rodearon el pecho separándolo del suelo. Abrió los ojos para ver el bosque varios metros debajo de sus pies, una sensación de vértigo se apoderó de él, cerró los ojos otra vez para no ver.

—No te preocupes, no pienso dejarte caer. Tenemos que subir un poco más si no queremos llamar la atención. —Era Aresha la que lo sujetaba con firmeza con solo una mano mientras le hablaba. Marcus respondió con un leve gemido sin abrir los ojos. Confiaba en ella, lo que no era agradable era volar con la sensación de no poder hacer nada, solo dejarse llevar.

Pronto, Aresha comenzó a descender, no habían tardado mucho en volver a la ciudad. Aterrizó en la azotea del rascacielos más alto de la bella ciudad, dónde estaba su hogar. Aresha le cogió de la mano y se lo llevó hasta la puerta de salida. Unas escaleras más abajo, en la última planta, les esperaba su piso. Aresha abrió la puerta y lo condujo por el pasillo hasta el salón..

Era amplia pero a la vez recogida. El salón ocupaba un gran espacio, aunque era muy sencillo. Únicamente constaba de un sofá, dos sillones, una televisión de plasma y un mueble donde guardaba algunos recipientes llenos de sangre, algunas bebidas humanas y su espada, que acababa de colocar ceremoniosamente en la zona más alta. Había pintado el salón, o por lo menos lo había dejado pintado de un tono rojo fuego.

La cocina, con señales de no ser usada muy a menudo, estaba pegada al salón, solo separada por una fina pared con dos puertas, una a cada lado. Vio una mesa preciosa dentro de ella, estaba hecha de mármol y parecía del caro, curioso gastarse tanto para no usarla.

Otra cosa curiosa es que la cocina parecía estar completamente

equipada, como si un mortal viviera en el inmueble. Le pasó por la cabeza que quizá alguno de los miembros del grupo o bien el grupo entero pudieran pasearse por allí. Enseguida desechó la idea, al recordar que había oído que no solían reunirse y cuando lo hacían era en un pequeño estudio que Klaus se había comprado, ya que los vampiros no tenían muchas intenciones de acercarse a los integrantes humanos, no vaya a ser que se descontrolasen y la cosa acabase mal. Se acordó de Blues. Sí, siempre tenía algo para comer, se preocupaba por sus amigos.

Esto era lo que había en el lado por el que había entrado. Al otro lado del pasillo de la entrada había podido distinguir un baño, un pequeño almacén y lo que parecían dos habitaciones. Serían los dormitorios, otra cosa no se imaginaba. Para ser el hogar de un vampiro, estaba muy bien iluminado. Poseía unos amplios ventanales en el salón, donde Marcus se quedó absorto unos instantes.

Cuando se dio cuenta, Aresha había desaparecido. La buscó con la mirada, pero ya no estaba. Se aventuró por el pasillo y fue en la dirección que todavía no conocía. En la habitación más cercana, una pequeña cama indicaba que era un dormitorio, aunque estaba llena de instrumentos y trastos. En la otra, la más lejana, distinguió a Aresha. Esta debía ser la habitación principal, estaba más ordenada y cuidada que la otra. Se decepcionó al ver que su lecho era una cama normal, le habría hecho ilusión ver un ataúd. En la oscuridad de la noche distinguió un color morado en las paredes.

Aresha se había quitado la parte superior de la ropa y la había dejado en orden en una silla cercana. Llevaba puesta una bata de seda negra y se estaba limpiando unas heridas que tenía en el hombro y en el costado. Eran heridas de licántropo, por lo que no curaban con tanta facilidad y debían ser cuidadas para que nos se infectasen.

—¿Estás bien? —le preguntó haciendo que diese un pequeño brinco. Se giró después de asegurarse que estaba bien tapada.

—No es nada, son superficiales. Duelen, eso es todo. ¿Y tú?

—Bah, estoy acostumbrado a que me lancen por los aires. Lo mío son solo moratones y arañazos. Gael, aunque lo estaba deseando, no me pilló bien. He tenido suerte.

Al recordarlo, los ojos de Aresha se tornaron tristes. Había sido muy peligroso, y por primera vez en su vida se había sentido dividida, sin saber qué debía hacer. Se había preocupado por alguien que no era ella, que no era un vampiro en realidad.

—¿Por qué lo hiciste? —Le había vuelto a dar la espalda y había fijado su vista en los exteriores—. Gael podía haberte matado. O cualquier otro. Eres un simple humano.

—¿Acaso querías que te matase?

—Nunca me haría nada. Pero a ti te odia. No hay nada peor para un

licántropo que un traidor, y con lo de mi mente… contéstame.

—¿Para qué quieres oír mi respuesta? La conoces. —Se acercó a ella, rozando su suave bata negra. Su corazón se puso a latir a un ritmo desbocado. Ella bajó la cabeza y cerró los ojos. Se había equivocado, no quería saber la respuesta. Marcus lo intuyó, pero ella la iba a oír, ya era hora de enfrentarse a los hechos.

—Porque te quiero.

—No sabes lo qué dices.

—No he estado más seguro en mi vida.

—Te he secuestrado, te he torturado y aunque no quería, he estado a punto de matarte, además he matado a tu mejor amiga. ¿Y aún me dices qué me quieres? —No pudo reprimir una corta risa—. Tengo que replantearme mis relaciones sociales.

—Yo tampoco lo entiendo, pero es la verdad. —Le puso la mano en su hombro bueno, lo que hizo que ella lo mirase y que sus miradas chocasen. Estaba seguro que ella también lo amaba, pero no lo quería reconocer—. En este tiempo han pasado cosas muy extrañas dentro de mí. Todo se ha vuelto confuso y complicado, a veces no sé que estoy haciendo. Ahora mismo el mundo me quiere volver loco, pero me ha dejado una cosa clara, no me puedo confundir. Es lo que siento por ti y te lo repito, todo lo que hago, lo hago porque te quiero

Marcus bajó su cara hasta que sus labios tocaron los de ella. Fue un beso tenue, pero hizo que sus labios ardiesen. Solo duró unos segundos, pero para Marcus el tiempo se había detenido. No quería que sus labios se separasen.

Desde el primer momento que la había visto, todo su mundo se había vuelto patas arriba. Tenía que reconocer que antes no llevaba una vida normal, cazaba seres sobrenaturales en Heliatón, pero por lo demás no era tan diferente. Tenía un trabajo, amigos, una vida como cualquier otro mortal ignorante. Pero ahora todo había entrado en el caos, no sabía qué era el bien y el mal, todo lo que le habían dicho, contado, todo lo que le habían hecho creer, no sabía cuál era la verdad. Solo había algo que había conseguido salir de la niebla, un sentimiento que había anidado en él y había crecido poco a poco hasta que estalló en su interior. Y le estaba pidiendo a gritos que le dejase salir. Cuando sus labios se separaron, no se alejaron demasiado, deseosos de volver a unirse.

—Sé que tú sientes lo mismo. —Eso molestó a Aresha. No le gustaba que le dijesen lo que sentía. No le era tan fácil a un ser de más de trescientos años reconocer amor por un humano. Se apartó de Marcus y le volvió a dar la espalda, evitando el contacto visual. Siempre la había hecho sentir inquieta, perdía el control de la situación, cosa que nunca le había pasado antes con nadie.

—¿Ahora también tú lees las mentes? Lo que me faltaba, atraigo a

los telépatas.

Esto les hizo volver a pensar en Gael. Ambos sabían que él podía interferir. Marcus entendía que no iba dejar escapar a Aresha, ahora que la había encontrado. No podía negar que Gael amaba a Aresha. Su duda era saber si el sentimiento era mutuo.

—No sé qué demonios pasó entre tú y Gael ni me importa, tienes el derecho de hacer lo que quieras. Pero no sé cuánto te importa a ti en estos momentos. Te prometió ser su reina y te entiendo, si quieres que el rey sea tu pareja. Te ama tanto como yo. No voy a obligarte a que te quedes conmigo, es más, te voy a facilitar las cosas. —Mientras decía esto, se había quitado la camisa. Su cuerpo estaba lleno de arañazos y las mordeduras del cuello resaltaban sobre toda las heridas —. Ahora mismo vas a poder decidir. Según me has dicho mi sangre es deliciosa, para ser un mortal. No será para nadie, solo para ti. Te la doy toda ahora, es tuya, no importa lo que elijas. Pero quiero que el final sea diferente. Si a quien quieres es a Gael, déjame morir. No quiero una vida sin ti. Pero si llevo razón y me escoges, tampoco quiero que tengas que ir detrás de un pobre mortal para salvarle el pellejo. Si me amas, entonces conviérteme. Es sencillo, mátame o conviérteme. Tú eliges.

Se dirigió hacia la posición actual de Aresha y la obligó a que lo mirara. Debía elegir ahora.

Aresha rodeó su cuello con sus brazos y dejó descansar su cabeza en su hombro. En un solo instante su niebla se desvaneció y la respuesta apareció en su mente. Si era lo que quería, se lo daría. Empezó a girar la cabeza hasta que su boca rozo su cuello. La piel de sus labios notó el palpitar de la sangre corriendo por su yugular. Era el sitio perfecto. Notó la tensión que emanaba de él, no sabía cuál sería su decisión, cada segundo que ella esperaba se tornaba más angustioso. Se transformó por completo y hundió sus dientes en su carne.

Marcus lanzó un grito de dolor, pero ella lo ignoró. Ese había sido su deseo y ella gustosa lo cumpliría. Ante el delicioso sabor del rojo líquido, volvió a perder momentáneamente el control sobre su sed de sangre y la dejó libre. Iba a disfrutar de ese momento, la última vez que probaría esa sangre mortal y no se iba a andar con delicadezas.

Mientras, Marcus, había intentado defenderse, pero sus fuerzas le fallaban. Solo pudo rozar la piel de su espalda en un intento de apartarla. Las piernas también estaban notando esa falta de energía y no soportaban más su peso. Aresha se percató, con la brutalidad que ahora emanaba de ella, lo lanzó contra la cama sin despegarse ni un segundo de su presa. Marcus dejó de revolverse, cerró los ojos y se dejo llevar por el frío.

Aresha se separó rápidamente de él. Aún seguía transformada y sus colmillos pedían más, pero ya era suficiente. Deslizó la mano por su

cara y percibió como los últimos rayos de vida se estaban apagando. No dudaba de si estaría preparado, ya era la hora. Había llegado el momento de que su cachorro creciese y se uniese a ella. Se mordió su propia muñeca y comenzó a manar de ella abundante sangre. La colocó cerca de la boca de Marcus y tras abrirla, dejó que su don llegase a él. Al principio solo era un receptor pasivo, que dejaba que la sangre entrase en su garganta, pero tras unos pocos segundos empezó a sorberla y poco a poco con más intensidad. Aresha nunca había convertido y no tenía la más mínima idea de cuanta sangre ceder, así que dejó que bebiera a gusto. Tras unos minutos, Marcus se separó y volvió a bajar la cabeza, no se movía. Ella se inclinó hasta que se acercó a su oreja.

—Despierta y renace. Es a ti a quien elijo.

Marcus despertó de golpe, con los ojos abiertos como platos, de un tono verdoso y con los colmillos desplegados, y bufó. Su piel se había tersado y el poco bronceado que tenía había desaparecido, adquiriendo un tono pálido y blanquecino. Estaba confuso y desorientado. Aresha le sonrió mientras le acariciaba su oscuro pelo. Con su nuevo tono de piel, parecía que tenía el pelo aún más negro, aunque no llegaba al tono de Aresha.

—Bienvenido al mundo inmortal, Marcus. —Su siervo la miró y se sentó. Ahora fue ella la que lo besó y fue aún más ardiente que el anterior. Aresha se separó y se reclinó en las mullidas almohadas de la cama. Marcus entendió perfectamente lo que quería y de un ágil salto se apoyó en sus pies y manos y fue situándose encima de ella. Aresha le pasó la mano por la nuca mientras Marcus, después de desatarle la bata, deslizaba su lengua desde su ombligo hasta su boca.

—Desde el primer momento que te vi, fuiste mío para siempre. Ahora, demuéstrame por qué debo ser tuya.

19 Como un cachorro

Tras un largo y agotador viaje en avión, por fin llegó hasta la bella ciudad. Agradeció llegar de noche y poder verla en toda su majestuosidad, había cambiado mucho desde la última vez y a mejor. Cogió su pequeña maleta con lo único que no había vendido y se dirigió hacía la entrada. No era muy materialista, todo lo que le era indispensable entraba en poco espacio, muy útil para viajar. Llamó a un taxi, un rechoncho y canoso conductor paró y la ayudó a cargar su equipaje en el maletero. No quedaban caballeros como ese.

—¿Le gusta la ciudad? —le preguntó mientras conducía.

—Es bonita —le contestó—, he oído que aquí se alojan famosos.

—No pueden resistir la belleza y el lujo de la zona rica —contestó el taxista entre risas.

—¿Y Aresha?

—Sé que vive aquí, pero dónde es un misterio. ¿Es fan suya?

—Algo así. La conozco desde hace tiempo —confesó.

—¿De verdad? Vaya suerte, mi hija se moriría de envidia. Toda su habitación está llena de fotos de ella. Mire, aquí tengo el último disco que se compró. ¿Podía conseguir que me lo firmase?

—Claro, dígame su dirección y se lo enviaré.

Con una habilidad increíble sacó un bolígrafo y en un papel garabateó su dirección. Ella lo guardó dentro de la caja del CD. Era majo y no le importaba cumplirle ese deseo. Solo le quedaba descubrir dónde vivía, cosa que desconocía. Por suerte tenía sus tácticas para localizarla. Aresha sabría esconderse, pero no superaría a su maestra.

Se sentía bien. Este era su primer día como vampiro, mejor dicho su primer atardecer y se notaba como nunca. Cuando Aresha estaba bebiendo su sangre sentía como su antigua vida moría, y sabía que no la iba a echar de menos. Ya cuando le había dado la suya, había sentido un subidón de adrenalina, un poder descomunal. Había notado la necesidad de expulsar esta fuerza de alguna manera y, al verla a ella echada en la cama esperándole, no pudo evitar hacerla suya, algo que dentro de él anhelaba con todas sus fuerzas desde el primer momento que vio sus ojos. Y esa había sido la mejor noche de su vida.

Miró hacia el otro lado y vio el cuerpo de Aresha. Estaba dormida,

podía sentir su cuerpo desnudo pegado al suyo. No había sido un sueño, Marcus sonrió. Por fin se habían unido en una noche donde había dominado la pasión. Ahora no debía preocuparse de cruzar las barreras y provocar un resultado mortal. En ese momento se percató que la cama estaba demasiado baja. Se sentó y descubrió que las patas se habían roto.

—¿No lo recuerdas? Lo hiciste tú —le dijo Aresha, casi seguro debido a la cara de idiota que se le había quedado. Había despertado y sonreía.

—¿Yo? —aún no se lo creía.

—Me parece que renaciste con demasiada energía. La rompiste por… la intensidad del momento, por decirlo de algún modo. Dime, ¿cómo te sientes?

—Como nunca. Pero creo que no es solo el cambio físico. Por fin me he atrevido a decirte lo que siento. Y tranquila, no pienso ser más una carga para ti, ahora yo te protegeré.

—Nunca fuiste una carga para mí y no necesito ninguna defensa. No te he convertido para que seas mi caballero de brillante armadura, es algo que no necesito. Lo he hecho porque te quiero. —Esas últimas palabras fueron un gran bálsamo para Marcus—. Deseaba con ansias que llegara este momento. Aunque la verdad —empezó a reírse—, ahora sí vas a ser mi carga.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Yo te he convertido. Ahora soy tu sire y tengo el deber de mostrarte nuestro mundo; sus reglas y como sobrevivir. Aunque estoy convencida que vas a ser una carga que me va a encantar llevar. Hay algo que debes asumir: debes alimentarte y para eso tienes que matar.

—Lo sé y no me importa. —Marcus se volvió a echar y se acercó a Aresha. Esta no lo rechazó y dejó que la rodease con sus brazos—. Ya he visto la realidad y solo tengo una cosa clara. No me importa nada de este mundo. —La miró a los ojos—. Nada excepto tú.

Aresha apoyó la cabeza sobre el pecho de Marcus. Ahora su corazón latía más lentamente pero seguía relajándola. Volvía a sentir esa sensación extraña y agradable que había tenido la noche que le había robado el primer beso. Ya sabía qué era, estuvo enamorada de Marcus desde el primer momento.

—Por cierto ¿cuándo empezamos mi entrenamiento? —inquirió Marcus.

—La noche es el mejor aliado para un novato.

—¿Novato? —Marcus se alzó—. ¿Acaso me estás llamando novato?

— Oh, perdone usted, señor ofendido; ¿acaso fuiste antes vampiro? —Aresha lo miró divertida. Parecía que le había molestado que lo llamase novato—. Que te sientas más fuerte no significa que tengas toda la sabiduría. Si te dejase ahora mismo por ahí sólito no durabas

ni media hora. —Suspiró, volviendo a dejar caer la cabeza sobre su pecho—. Estos chicos de Heliatón… mira que me dijo Alanis que no me liara con uno de ellos, que son muy cabezotas y sabelotodo y…

—Ah, así que esa es la impresión que tiene Alanis de mí. —Aresha lo había provocado y él había picado. Ella se rió y él la volvió a abrazar—. ¿Y qué tal si le dices a tu amiga lo bien que te lo has pasado con un ex miembro de Heliatón?

—No sé. —Le siguió el juego—. ¿Y si se me ha olvidado?

—Si puedes comprar otra cama, te lo recuerdo.

—Soy estrella del rock, puedo comprarme cuantas quiera.

Marcus la besó y ambos se volvieron a fusionar, retornando al paraíso que le ofrecía el interior de sus sábanas.

—¿Que quieres explicaciones? Soy yo quien debería exigirlas, solo os pedí una miserable cosa y no habéis podido cumplirla.

Esa era la contestación que había recibido Logan de Gael cuando quiso reclamarle. Si no fuera porque Luca estaba en el sitio oportuno cuando Marcus lo dijo, nunca se hubiera enterado de que Aresha ya estaba en manos de los licántropos. Como se imaginaba, no se podía confiar en esas criaturas, al fin y al cabo tampoco eran humanos.

—No te hagas ahora la víctima, Gael. El trato que hicimos era que, en cuanto tuviésemos a Aresha, sería para Heliatón. No me dijiste nada de que tú la tenías.

—¿Vosotros queríais que os la trajera? —Gael se rió—, venga por favor, si no habéis conseguido ni retener a un simple humano. No hablemos ya de los renegados, que siempre tengo que hacerlo yo todo.

—Ya entiendo tu juego, nos utilizaste. Solo era un peón que hacía lo que se te antojaba.

—Diez puntos para Heliatón —se mofó—. Si mal no recuerdo, fuiste tú el que me llamó, no me digas ahora que no querías hacer lo mismo.

—¿Entonces, por qué aceptaste? Si tan todopoderoso es el gran rey de los lobos, ¿no podías cazarla tú solo? Tu manada preferiría destrozarla sin nuestra ayuda.

—No pensaba matarla, Logan.

—¿Cómo?

—Ya no os necesito, ni quiero saber nada más sobre ningún Heliatón. —Aún le dolía el disparo de Aresha, tanto física como mentalmente—. No es necesario seguir fingiendo que sigo vuestros mismos fines.

—Pensaba que querrías eliminar a Aresha por ser la única que

escapó de ti.

—No escapó, yo la deje marchar. La amo desde entonces y por vuestra culpa se asustó y huyó de mí. Y ahora prefiere a vuestro colega como pareja, así que no quiero volver a veros, ni a ti ni a ninguno que tenga la más mínima conexión con Heliatón.

Gael se marchó, no tenía intención de volver. Su tregua estaba rota y Logan cayó en su silla, desorientado por todo lo que acababa de pasar en tan pocas horas. Los licántropos le habían engañado, Marcus estaba ahora con Aresha y esta seguía indemne por todo lo hecho. Intentaba comprender el rompecabezas, cuando llamaron a la puerta, era Luca.

—¿Que quería Gael? —le preguntó.

—Decirnos que nos odia a todos y que ya no nos ayudará.

—Lo primero saltaba a la vista pero, ¿por qué lo segundo?

—Por lo visto, Marcus consiguió llegar a Aresha con la ayuda de los renegados y se la llevó de brazos de Gael, que ahora resulta que está enamorado de ella.

—Guau, qué culebrón. Perdón, señor. —Luca bajó la mirada, avergonzado—. O sea, que ambos están juntos.

—Eso es lo que me dio a entender. —Logan giró la cabeza y se quedó un buen rato ausente, mirando a su vieja y corroída pared. Necesitaba darle una mano de pintura.

—No se preocupe, podemos seguir buscándola sin la ayuda de los lobos —dijo Luca.

—Lo sé, no es eso lo que tengo en la cabeza. —Logan volvió otra vez su mirada hacia su soldado—. ¿Alguna vez llegó a sospechar de Marcus, Luca?

—Que va, hasta el último instante era el mismo de siempre. —Titubeó un poco antes de continuar—. ¿Desde cuándo cree usted que es de Aresha?

—Puede que él nos dijera la verdad y la conociese tras el día de la embajada. Cada vez que lo pienso, pudo haber sido mi hijo el que cayese en las redes de ella.

—Aún no me entra en la cabeza el por qué —dijo Luca mientras se movía de un lado a otro—. Lo secuestró, ambos vimos las marcas que le dejó por todo el cuerpo y no eran por las caricias. ¿Cómo puede salir de ahí esa relación de fidelidad? Debe haber sentimientos muy profundos entre ellos.

—Esos seres no sienten, Luca —le dijo Logan—, los vampiros tienen muchos trucos para atrapar humanos, añádele la habilidad de muchas mujeres en el arte de la seducción y que por desgracia, la mayoría de los hombres caen sin dificultad en las redes de semejante belleza. Solo es eso y nada más.

Luca lo dudaba pero no se lo dijo a Logan. Había visto un fuego

intenso en los ojos de su viejo amigo y eso no lo provocaba únicamente la lujuria.

Marcus se despertó con un beso de Aresha. Abrió los ojos y la vio frente a él, tan hermosa como de costumbre. Estaba vestida y fuera de la cama

—¿Ahora qué digo, buenos días o buenas noches? —le preguntó mientras subía las sábanas, perezoso.

—No digas nada y levántate. Es la hora —le contestó de forma dulce. Una nueva faceta de la chica que ansiaba por explorar—. ¿No sientes el hambre?

—Ahora que lo dices, si que tengo un poquito de sed. Creía que sería más acuciante.

—No te ilusiones, amor mío. Si no te es ahora algo irrefrenable es porque ya has bebido después de convertirte.

—Si no me he levantado de aquí. —Aresha le mostró su cuello. Acertó a ver dos marcas que rápidamente desaparecieron.

—No solo la sangre humana nos alimenta, también podemos matar a otros vampiros para beber. Y todo lo que me has hecho antes no fue solo para mostrarme tu amor.

—Lo siento. —Marcus se levantó de un salto—. ¿Te he hecho daño?

—No seas tan presumido, a un jovencito no le es tan fácil acabar conmigo por muy encantador que sea. —Lo besó para mostrarle que no pasaba nada—. Bebiste muy poco, no tengo que preocuparme de que me vacíes por ahora.

—No quería, de verdad.

—Lo sé, fue tu sed de sangre la que te hizo hacerlo. Por eso debes vestirte e irnos, voy a enseñarte a controlarla. Es mi primera obligación como sire.

Marcus se puso ropa de Klaus, pues la suya estaba manchada y no tenía más mudas. Eran unos zapatos negros, un pantalón beis y una camiseta roja. La pareja bajó hasta la calle en el ascensor y pronto Marcus se dio cuenta de la fuerza que tenía la sed de sangre cuando le golpeó en la cara con todo su poder y ansia.

Miles de personas cruzaban a su lado, todas diferentes entre sí. Marcus no veía a ninguna, solo oía sus latidos, millones de tambores de sangre sonando a su alrededor. No podía abrir la boca para no mostrar los colmillos que no conseguía esconder. Aresha lo guió hasta la calle más concurrida de la bella ciudad donde la cosa empeoró.

—Todos sentimos lo mismo cuando acabamos de renacer, es algo

común. Sigue mis consejos y pronto pasará. —Marcus se centró en su voz—. Míralos y busca a las personas, no a las reservas de sangre.

—¿Y si no me controlo? —le preguntó.

—Para eso estoy yo aquí. Necesitas tener tu sed a raya para sobrevivir, con ella desatada atacarías a quién no debes, mala estrategia para poder vivir sin problemas.

Marcus lo intentó, pero no era nada fácil. Desde un cruce de calles, apoyados en una pared, veían a toda la gente pasar sin que nadie se percatase de ellos como si fuesen dos fantasmas. La sed se le estaba empezando a hacer insoportable, la sangre de Aresha había sido insuficiente y su cuerpo pedía otra ración. No aguantó más, sus ojos se tornaron a verdes y abrió la boca, cuando sintió un fuerte dolor en su nuca. Miró a Aresha, lo sujetaba con una mano, comenzó a hacer presión, le hacía mucho daño. Marcus le bufó, protestando por el dolor.

—Me lo agradecerás. —No le soltó hasta que Marcus volvió a la normalidad, entonces comprendió, necesitaba a su sire para que no hiciese una barbarie. El hambre lo acuciaba a atacar, pero allí estaba Aresha para pararle los pies.

A lo largo de la noche, empezó a notar la mejoría. Lentamente, la sangre que pasaba por delante de sus narices comenzó a tener músculos, luego piel hasta que finalmente se convirtieron en personas. Solo duraba unos instantes, algo era algo, le animaba a mejorar con la ayuda de su sire. Se le quitaban las ganas cuando su mano le infligía tanto daño, pero era la única manera de pararle cuando iba a lanzarse sobre cualquier inocente. Poco a poco Aresha tenía que apretarle menos.

—Estas mejorando —le dijo al ver pasar un hombre con una herida abierta—, hasta yo me hubiese lanzado.

—Pero aún tengo ganas. —Marcus no estaba conforme.

—La sed de sangre necesita días para poder ser controlada del todo —le animó—, pronto verás como cuando eras humano, aunque con los sentidos más agudizados.

—¿Está manera fue la que tu usabas para controlarla? —le preguntó Marcus.

—Parecida, solo que Isibal en vez de agarrarme la nuca, cuando me descontrolaba me clavaba plata en el costado.

—Ay. Duele solo de pensarlo.

—Era una buena sire, pero sin paciencia. Para dominarte he de hacerte daño y me duele a mi más que a ti, pero no quería usar ese método. Me moriría si te oyese gritar de dolor.

Marcus la abrazó, conmovido por el amor que le profesaba. Habían malgastado todo ese tiempo, juntos pero aislados del otro, negando la realidad que los rodeaba. Ahora pensaba aprovechar al máximo cada

instante a su lado.

—Esto es increíble —dijo de repente, asustando a Aresha—, quiero controlarla ya, solo oigo tu latir, quiero ver a mi pareja.

—Eso puede ser porque tienes hambre —se rió—, es más fuerte con tu sed de sangre sin domar.

—¿Y qué puedo hacer?

—Tú tranquilo, quiero hacerte un regalito. Sígueme.

Aresha se dio cuenta, era hora de que Marcus mostrase si podía ser un vampiro, con lo que más le dolía hacer. Marcus debía matar.

David Green tenía el trabajo de su vida, contable en una gran compañía. Ganaba lo suficiente para vivir sin problemas y tenía un horario decente en el que ejercer su mayor afición, las cuentas. Pero todo se quedó pequeño cuando conoció la verdad. Ocurrió hace un año, sin que nunca se lo imaginase se topó con un mundo que hasta ahora clasificaría de cuentos de viejas. Vio vampiros, demonios y miles de seres sobrenaturales, los cuales compartían el mundo con los humanos. Resultaba que su empresa, Gold Sun era en realidad una tapadera de una organización que luchaba con todos esos monstruos depravados.

David no estaba de acuerdo con eso, es más quería convertirse en uno. Heliatón solo era un grupo de amargados que no comprendían lo maravilloso que sería tener esos poderes, los deseaba con todas sus fuerzas. La suerte le sonrió en el momento que conoció a Tekno, el fantástico demonio dragón. Ese demonio le prometió darle un puesto junto a él en forma de vampiro si actuaba como chivato, y eso hizo. Lo malo es que nada salió como se esperaba y su señor murió. Ahí estaba él, compuesto y sin conversión, lanzando unos mates en la cancha del barrio que estaba rodeada de alambres, para evitar que la pelota se escapase. Por lo menos aún le quedaban sus cuentas.

Era hora de volver a casa, recogió su balón y se dirigió al banco donde estaba su bolsa de deporte. Se secaba la cara con la toalla cuando alguien lo cogió por la espalda y lo tiró al suelo. Se levantó y vio a Aresha, completamente transformada. Dio marcha atrás, chocó con un obstáculo que no le dejaba avanzar. Giró y vio a alguien conocido. Sabía que era de Heliatón, lo veía a veces por la oficina.

—Es a quien quería mostrarte —dijo Aresha.

—Es Green, le conozco, ¿qué ocurre con él? —preguntó Marcus sin dejar de mirarle.

—Esta escoria fue la que avisó a esa lagartija de Tekno que Heliatón

iba a por él. No es que me importase en otros casos, pero quiso dar a mi mascota para que se lo comieran sus vampiros, ¿por qué lo hiciste? —le preguntó a David.

—Solo quería ser uno de vosotros, Heliatón no entiende vuestro potencial. Por favor, ayúdame, solo quiero ser como tú. —Se acercó demasiado a ella, lo que hizo reaccionar a Marcus. Se encaminó hacia él y lo apartó de Aresha, oyó su corazón ir a mil por hora.

—No queremos traidores entre los nuestros —respondió Aresha. Volvió a Marcus—, es mi pequeño regalo de bienvenida. Disfrútalo.

Marcus miró su cuello, su primera víctima. Se esperaba algún sentimiento de culpa dentro de él, pero debía estar de vacaciones. Estuvo a punto de matarlos, a él y a Luca, por ser vampiro. Aresha tenía razón, no se lo merecía y el hambre pedía una presa para satisfacer su apetito. Sus colmillos se desplegaron y rabioso le mordió su sabroso cuello. Pronto toda su sangre caminaba directa a su boca, bebía sin querer parecer ansioso, aunque lo estaba. Le gustaba su sabor, mucho más que antes. Mientras bebía notaba como su aural recién estrenado se desprendía dentro de Green, impidiéndole gritar. Oyó como dejaba de latirle el corazón y lo soltó, saciado de sangre. Aresha se acerco a él, ansiosa por saber cómo había sido su primera muerte.

—No entiendo por qué consideráis un manjar matar útiles, con lo divertido que es eliminar a traidores.

—Cambiarás de opinión cuando veas nuestro coto de caza. Necesito ir a casa de Klaus, quiero saber cómo le fue, si está bien.

—Yo también —dijo Marcus—. ¿No hay manera de que pueda volver a mi casa? Tengo allí toda mi ropa.

—Es demasiado peligroso, mirarán allí —le dijo Aresha—. ¿Tenías algo de valor, algún recuerdo de familia?

—Esos los tengo en mi cabeza, nada más.

—Te compraré ropa nueva. —Le acarició el pelo oscuro—. Siento que hayas tenido que dejar tu vida por mí.

—Tú eres mi vida, así que no he dejado atrás nada importante. Vamos a ver a Klaus.

El mundo era un asco, acababa de pasar de matar chuchos sarnosos y apestosos, a hablar con el señor Chi Gua o algo por el estilo sobre la distribución del nuevo disco de Aresha en China. Aún no sabía nada de ella, algo que le encantaba hacer, parecía que disfrutaba haciéndole sufrir. Solo esperaba que siguiese viva, y por qué negarlo, también

estaba preocupado por Termo. Se había arriesgado por ella y trajo unos buenos aliados consigo.

Alguien llamó a la puerta y Klaus se disculpó con el innombrable, acabó la videoconferencia y se dirigió a la puerta.

—Aresha —exclamó aliviado. Su representada estaba allí, en el pasillo de su portal. Y se estaba partiendo de risa mientras lo miraba.

—Sabes cómo hacer que la preocupación desaparezca —le dijo Aresha observando su vestimenta inferior. Llevaba su mejor camisa y traje pero su pantalón correspondía al de su pijama, rojo con pequeños ositos sonrientes—, hablas de mí, pero tienes un gusto horrendo.

—Esto no es para salir de casa. —Klaus se adentró en su casa, Aresha no le siguió—. Acabo de hablar con Chihuahua, el de China.

—¿Eh? Ah, el señor Xing Huang. —Ahí se notaba su excelente aprendizaje de los idiomas del mundo, algo de lo que Klaus carecía.

—Ése, aunque no sabía si este disco iba a ser el último, gracias a Gael. ¿Y Termo? No me digas que…

—Está bien, pero creo que ya es hora de que dejes de llamarlo así.

—Ha sido de ayuda, pero no uso el nombre de ninguna mascota.

—Es que ya no lo es. —Aresha hizo una señal mirando a su lado derecho y entró. Tras ella con un paso lento, Marcus entró también con cautela. Klaus notó su cambio, oía tres corazones y todos tenían un ritmo lento. Además, su piel ahora era más pálida, ya no tenía ningún rastro de heridas. Si ya le fascinaba como humano ahora era perfecto.

—Ser vampiro te sienta bien —le saludó—, tenía ganas de que Aresha se decidiera por fin a convertirte, Marcus.

—¿Sabes mi nombre?

—Pues claro, tengo muy buena memoria. Otra cosa es que no lo quisiese usar.

—Serás...

—¿Por qué no viniste después de dejarte con los lobos? Estaba preocupada por ti, bravucón —le reprendió Aresha.

—Yo también, pero me imaginaba que no querrías visita —se defendió—, tanto si él no sobrevivía como si lo hacía. Has tardado en venir a verme, así que no me he equivocado.

Aresha bajó la cabeza, por esta vez tenía lógica sus palabras.

—¿Qué le paso a Mahkwi y su manada? —continuó Marcus.

—Todos dieron su vida por vosotros —le dijo Klaus. En su voz se reflejó un tono de respeto—, lucharon hasta cumplir su cometido, alejaros de Gael.

—Dona por fin se ha vuelto a reunir con su amor —susurró Marcus —, todos han muerto por mi culpa.

—No te sientas triste, es lo que iban a hacer de un momento a otro.

Gracias a ti, supieron que su muerte no sería en vano. Les has ayudado —le consoló Klaus—. ¿Cómo has sobrevivido a Gael? Le vi entrar otra vez al poco de comenzar, por eso me di la vuelta.

—La verdad es que fue ella quien al final me salvó.

—Como siempre. —Miró a Aresha—. Da igual mascota o pareja, siempre será me-gana-hasta-un-gatito.

—No te burles de él, Gael también podría hacerte fosfatina a ti. —Era la primera vez que lo defendía de ser tan torpe—. Aparte de que ya no es un guardián. Ya verás cómo bajo mi tutela deja de ser así.

—Eso es demasiado trabajo, incluso para ti. Déjame que te ayude con él.

Aresha reflexionó unos instantes. Marcus era su siervo, era su obligación enseñarle todo lo que sabía y de nadie más. Aún así, no podía olvidar las circunstancias que los rodeaban, Gael la buscaría y su primera prioridad seguro que era acabar con Marcus en cuanto los encontrase. Para instruirle correctamente necesitaba tiempo y, aunque inmortales, no tenían mucho en esos momentos. Recordaba que Klaus era un experto en el combate cuerpo a cuerpo, algo que su chico necesitaba urgentemente, no siempre iba a poder depender de que su pistola tuviese suficientes balas.

—No es mi estilo, pero vale —dijo al fin—, entrenaremos en la azotea de mi casa. Tranquilos, nadie sube hasta allí.

Esta visita le trajo al vampiro novato mucho trabajo. A partir de ese día, Aresha y Klaus le hicieron sudar tinta china, no había momento para el descanso con los lobos acechándolos. Tanto entrenaba que muchas veces le traían en botellas de plástico un poco de sangre para renovar energías. Pronto, cuándo pudiera usar todas sus nuevas armas como inmortal, comenzaría su dieta normal, una víctima de los barrios bajos a la semana.

Día tras día, Aresha se lo llevaba al centro para controlar su sed de sangre, no iban mal, notaba como la dominaba cada vez mejor. No solo dedicaban las noches a esa actividad, Aresha quería enseñarle a pelear. Como antiguo guardián sabía defenderse bastante bien, pero su sire no estaba conforme. Según ella, su forma de pelear consistía en depender de su pistola, no le gustaba nada. Con la ayuda de Klaus, Marcus mejoraba en la lucha cuerpo a cuerpo. Esto le sirvió para descubrir la maestría del mánager en hacerle papilla segundos después de empezar. Siempre que entrenaban, sus tácticas de lucha no le servían para nada, Klaus lo tiraba al suelo y le mordía con suavidad, señal de que había vencido en esta ronda.

—Tiempo muerto —pidió Marcus al ver su cuello ya amoratado.

—Que nenaza eres. Se te pasará

—Ya, pero duele.

—Pues si no mejoras aquí, no quieras ver cuando Aresha te enseñe

la lucha con espadas. Ella no tiene ningún cuidado, te lo aseguro.

Lo descubrió varios días después. Un día Aresha se lo llevó hasta el techo del rascacielos con algo enrollado bajo su brazo.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó arriba.

—No me gusta depender de algo que no sea uno mismo, pero siempre viene bien una ayuda. Y una espada es mucho mejor y más honorable que unas balas.

Aresha desenrolló la manta, dentro tenía dos palos de madera. Aresha sabía que si usaba una de verdad, su chico acabaría con cortes en todo su cuerpo y ya tenía que hacerle bastante daño con lo de la sed de sangre. No se imaginaba cuán inepto era su chico para la pelea con espadas.

Ella esperaba que los primeros días, él solamente recibiría golpes, pero es que uno tras otro, seguía igual, era en lo único que no mejoraba y cuando amanecía y se iban a dormir tenía que tener cuidado de no tocarle mucho, ya que todos los días le llenaba de moratones dolorosos hasta la noche siguiente. Incluso más de una vez, de tantos golpes que le daba, llegó a romper el palo que usaba como espada. Por primera vez en su vida, Aresha cedió y lo tomó por imposible, dejándole su pistola como modo de defensa. Si no lo hacía, estaba condenada a darle una hermosa paliza y aunque era divertido, ahora se preocupaba por él, aparte de que con tanto dolor en el cuerpo era difícil que quisiera hacer algo más que dormir en el dormitorio.

Donde sí empezó a intervenir fue en la parte de Klaus, pues no todos los días se acercaba hasta su casa por culpa del trabajo. En esas faltas Aresha tomaba el relevo, intentando no sacar todas sus armas de lucha. En uno de esos instantes descubrió que el gran cambio ya estaba hecho. Al principio, los dos vampiros mayores debían tener cuidado cuando Marcus ganaba de casualidad, ya que al dar el pequeño mordisco que indicaba la victoria, este lo daba muy fuerte y llegaba hasta su sangre. Ese día, en el que Marcus debía luchar contra Aresha, ella se despistó y su siervo se abalanzó hacia ella tirándola al suelo. Cayó sobre ella y le dio el mordisco en el cuello, esta vez con la fuerza necesaria, no más fuerte.

—He ganado —dijo orgulloso de sí mismo.

—¿Sabes qué acabas de hacer? Bueno, mejor dicho, lo que no has hecho —le dijo Aresha al darse cuenta.

—No digas ahora que me falta algo, mal perdedora.

—Si es algo bueno, bobo. No me has herido al morderme.

—Es verdad. —No se había dado cuenta con el frenesí de la victoria —. He controlado mi fuerza.

—No era por eso por lo que lo hacías. —Se levantó y le dio un pequeño beso lleno de cariño y alegría—. Felicidades mi amor, esto

demuestra que has controlado tu sed de sangre definitivamente.

—¿En serio? —se ilusionó—. Es verdad, ya no oigo tu latir a no ser que yo quiera. —Marcus la cogió en brazos, estaba feliz por haberlo conseguido.

—Creo que ya es hora del segundo paso —dijo Aresha—, estás preparado para que te enseñe a cazar, podremos alimentarnos juntos.

—No hay nada que desee más, desde Green no he probado sangre fresca. ¿Cuándo es el día de caza?

—La noche es joven —Aresha miró su reloj—. ¿Tienes hambre?

En media hora alcanzaron los suburbios de la bella ciudad, no antes debido a que Marcus aún no sabía volar y Aresha tenía que llevarlo sujetándole por la cintura. A esas horas era un lugar peligroso para cualquier persona normal, pero el mejor lugar para un vampiro sediento. Marcus había tenido que pasar muchas veces por ese lugar en sus rondas de Heliatón. En esos momentos lo veía con otros ojos, ahora era el lugar de la comida. Miró de un lado a otro, buscando la presa perfecta.

—Hay unas cuantas cositas más que debes aprender —le dijo Aresha cogiendo suavemente su brazo. Varios aperitivos pasaron junto a ellos en busca de más material.

—Estoy dudando si me he convertido en vampiro o he vuelto a la escuela.

—Un poco de sabiduría no te hará ningún mal. —Se acercó a él y lo rodeó con sus brazos. Su beso fue largo y con fuerza, cada vez le gustaba más.

—Me has animado a seguir aprendiendo. —Fue la contestación de Marcus a tan agradable consejo espiritual—. ¿Cuál es la lección de hoy?

—Una que te permitirá vivir en paz siempre que la sigas. Éstos son los barrios bajos para los humanos, la zona de caza para nosotros. Aliméntate aquí y nadie te perseguirá, pero no todo es comestible en esta zona. Aléjate de las prostitutas todo lo que puedas. Parecen apetitosas y vulnerables, nada más lejos de la realidad.

—No entiendo la razón, ¿son super-guerreras o algo así?

—No es por eso, aunque alguna se sabe defender muy bien. Es muy serio, nadie sabe la razón y te puedo asegurar que muchos han descubierto que es verdad. Resulta que las damas de la calle que tienen crías a su cargo son intocables para aquellos que deseen vivir muchos años. Si matas a una de ellas, su infante te recordará aunque nunca te haya visto, se volverá un cazador y te seguirá los pasos hasta que consiga tu final.

—Da miedo.

—No es nada agradable, un cazador detrás de ti es muy molesto, acuérdate de lo que te dije de Whitechapel. Sé por experiencia lo

tercos que son, o los matas o te matan.

Desde el otro lado de la calle se oía música rap. Un coche viejo y con la pintura desconchada se acercaba hasta ellos. Se paró, del cacharro salió una mujer joven a la que la adicción causaba estragos. Se oían las voces que salían de sus acompañantes, otra mujer y un hombre. Por lo visto, ella había robado droga a sus amigos y la estaban llamando de todo menos bonita. La chica les sacó el dedo y, orgullosa, ni les miró cuando arrancaron dejándola allí sola.

—Como la toques más de lo necesario, puedo convertir tu inmortalidad en un infierno y no dudes que lo haré.

—Será rápido —dijo mientras se acercaba a la joven que buscaba en su bolso roto sus llaves. No se fijó en el hombre hasta que estuvo casi a su lado.

—¿Necesitas ayuda? —le dijo Marcus para romper el hielo. Ella se giró para mandarle a la mierda hasta que lo vio más detenidamente. A pesar de su palidez exagerada, era un bombón de tío.

—Solo buscaba las llaves en esta mierda de bolso —le dijo sonriéndole. Marcus se agachó y cogió sus llaves de la acera, se le habían caído unos pasos antes. La yonqui volvió a reír tontamente.

—Gracias, guapo. Nunca te he visto por aquí. —Quería a toda costa conversar con él. Marcus decidió dejarse querer un poco.

—Soy nuevo en la zona.

—¿Quieres subir un rato? — la chica era directa—. Puedo hablarte de la zona y lo que pasase después, bueno, siempre es bienvenido.

—Me temo que mi novia es muy celosa —se disculpó—, aunque no me importaría despedirme de ti como debe ser.

Marcus se acercó a ella, que no se apartó, deseosa de que ese monumento la tocase. No cabía en sí de gozo cuando la rodeó y notó su cabeza junto a su cuello. El instinto de Marcus apareció, sus ojos verdes y sus colmillos aparecieron. La chica no notó nada más hasta su muerte.

—Ahora lo entiendo, empiezo a echar de menos las hamburguesas —dijo Marcus cuando acabó. Aresha se acercó a él.

—¿Era necesario ese coqueteo? —Estaba un poco enfadada.

—Debía confiar en mí para poder acercarme. No sé acechar tan bien como tú así que...uso mi físico.

No pudieron continuar la conversación cuando un ruido les alertó. No veían nada pero un olor llegó hasta el olfato de Marcus.

—¿Qué es esa peste? —le preguntó a Aresha.

—Estás oliendo licántropos. Ellos sienten lo mismo cuando nos huelen a nosotros. No te alejes de mí.

Aresha se adelantó y oteó el lugar. Parecía que el sitio estaba desierto, el olor se mantenía ahí y por la cercanía sin duda también los había olido. Mientras ella vigilaba su frente, Marcus miraba hacia

atrás cuando vio algo extraño.

—¿Qué es eso?—dijo avanzando hasta la sombra. Aresha se dio cuenta tarde, estaba ya casi girando la esquina.

—¿Qué te acabo de decir? —le gritó—, ¡espérame!

No la oyó y continúo su camino. La otra calle estaba desierta, la sombra se había esfumado. Iba a dar la vuelta para reunirse con Aresha, pero antes de poder dar más de dos pasos, y sin saber muy bien cómo, estaba en el suelo. Encima de él, un viejo conocido al que no quería volver a ver.

Gael le clavó sus garras en el hombro.

—Dime la verdad, ¿fue el beso que le diste cuando estabas encadenado con lo que la hechizaste?

20 Una visita no anunciada

Gael solo había salido a dar una vuelta para despejarse. Escogió la zona de los barrios bajos, a ver si a algún tonto se le ocurría meterse con él y desquitarse a gusto. Su brazo estaba perfecto, en cuanto llego la noche y consiguió extraer toda a plata, curó sin problemas. Lo que le dolía de verdad era recordar las circunstancias, y mucho más quién había sido.

Aresha lo hirió por salvar a su maldita mascota, ahora sí le dejó claro a quién prefería de los dos. Marcus la tenía hechizada para defenderle, la vampira se había convertido en su guardaespaldas. Lo vio todo en la mente de Aresha, siempre que él tenía problemas, Aresha se sentía obligada a aparecer para salvarle el pellejo, y todo se intensificó tras el beso que Marcus se atrevió a robarle a ella. Eso llenó de ira a Gael cuando lo vio, una pena que ella se controlase. No le hubiera importado que en ese momento hubiese caído y que su rival por osado, perdiese la vida en brazos de su amada. Se preguntaba que quería de ella ese Heliatón, si la amaba o solo era puro interés.

Pero la suerte le traía un olor que no esperaba volver a sentir tan pronto. Sabía que era el lugar de caza de los vampiros, lo que no se imaginaba era que justo hoy, y por ese lugar, Aresha estuviese allí, con lo grande que eran los suburbios. Si le veía, Aresha escaparía, por lo que optó por escalar un edificio. Desde su azotea, saltó de tejado en tejado, hasta que la encontró. Ella también se había percatado de su presencia, buscaba su ubicación, como imaginarse que estaba justo encima, admirándola como la diosa que era. A su lado estaba Marcus, y por desgracia estaba mejor que nunca. En el primer instante no se dio cuenta, pero pudo advertir pronto que su olor no era el mismo que el de la última ocasión. Eso le hizo enfurecer todavía más si cabe. Cuando vio que Aresha no lo vigilaba, hizo que Marcus le siguiese y como vampiro novato cayó en la trampa.

—Respóndeme, maldita alimaña. —Apretó aún más sus uñas para sacarle toda la sangre que pudiese por esa herida—. Lo que querías era ser un inmortal y que ella cuidase de ti; ¿O es que te encaprichaste de Aresha y te las apañaste para estar a su lado y encantarla?

—Déjate de cuentos, maldito perro. —Ni en su actual posición, Marcus aprendía a respetarle—. ¿Es que nunca vas a admitir que la quiero y que ella me corresponde por decisión propia?

—No soy tan tonto como me quieres hacer. No te la mereces.

No pudo seguir por culpa de una sacudida que lo alejó de su presa. Se recompuso y enseñó los dientes a su atacante, pero pronto cerró la

boca al ver a Aresha.

—Deja en paz a mi siervo o me veré obligada a hacerte daño —le dijo sin mostrar el miedo que la inundaba.

—Ya me lo has hecho y no me refiero solo al dolor físico —se quejó—, no entiendo por qué me has hecho esto. Yo te quiero.

—Yo no —mintió. Cómo poder olvidarle, sabía que aún sentía algo por ese majestuoso rey, pero su tiempo ya pasó. Ese comentario molestó a Gael más de lo que se esperaba. Retrocedió al verle acercarse sin guardar sus garras. Iba a por ella, estaba segura. Marcus también temió por su vida, se colocó frente a Aresha para taparla. Ahora sí que Gael tenía razones para atacar. Aresha lo rodeó por la cintura y antes que el rey pensase en volver a su forma animal, alzó el vuelo. Su lastre no le impidió esta vez alcanzar velocidad, toda la adrenalina acumulada y el miedo de perder a Marcus le hicieron olvidar el cansancio. Cuando llegaron a su hogar, Marcus gimió debido a la herida causada por Gael.

—Déjame que te vea esa herida. —Aresha lo tumbó en uno de los sillones azules y le subió el jersey rojo que llevaba puesto, quitándole la manga del brazo afectado. Marcus protestó cuando los dedos de la vampiresa rozaron los puntos que las uñas de Gael agujerearon en su piel.

—¿Por qué no se cierran? —preguntó a Aresha.

—Las heridas de licántropo no curan como las demás —le dijo—, éstas son como las heridas que pueda sufrir cualquier mortal. Para que te hagas una idea, tardarás en sanar lo mismo que tardaste con las heridas de cuando te torturé.

—Pues como sean igual que los latigazos, la que me espera…

Si se había deshecho de ellos fue gracias a su conversión. Lo dijo para hacerla reír, pero en su rostro no atisbaba ningún signo de felicidad. Sus ojos reflejaban otros sentimientos.

—Estás enfadada, ¿verdad?

—Voy a desinfectarte la herida. —Usó un tono distante y seco. Se alejó hasta el baño y llevó al salón un bote de alcohol y un viejo trozo de tela. Mojó el trapo con el alcohol y se lo puso en la herida. Al hacerlo le apretó en la zona.

—Ten cuidado.

—¿Lo tienes acaso tú contigo mismo? —Estaba furiosa y apretó más el trapo. Marcus abrió la boca por el dolor, a ver si por lo menos así aprendía—. Si te digo que no te separes de mí es por algo. ¿Quieres que Gael te mate?

—No sabía que era el chucho —le dijo apartándola. Le gustaba estar junto a ella pero no en ese instante—. Además, no voy a estar huyendo de él siempre.

—No podemos ir contra él. No tenemos otra opción, yo no podría

vencerle ni usando todas mis fuerzas. Hacerle frente es imposible.

—¿Y? ¿Eso es todo? —Se levantó—. No te pedí que me convirtieses para huir, sino para luchar. De esa manera, solo demostraré que Gael lleva razón. Quiero ser útil, no un estorbo para ti.

—No lo eres y que vayas a suicidarte peleando con él no muestra nada. Te he escogido a ti y tendrá que asumirlo, tarde o temprano.

—¿Y si se niega y me borra de tus recuerdos? Gael puede entrar en tu mente y manipularla como cualquier otro licántropo, seguro que sabe hacerlo.

—Sé que quiere que me vaya con él por mi propia voluntad, no hará nada en mi mente, además es imposible borrar completamente a una persona de la cabeza de cualquiera. Estarás a salvo mientras no te separes de mí. ¿Entendido?

—Pero…

—Es una orden, como mi siervo debes cumplir todas las que te dé. —Le abrazó para calmar los ánimos—. Solo lo hago porque te quiero y no deseo perderte.

—Y por eso actúas como mi comandante. No me digas que no te gusta.

—La verdad, es que me encanta.

—¿Acierto si digo que no tengo voz ni voto, como siempre?

—Ahora te escucho, lo que no quiere decir que te haga caso.

—Lo tomaré como algo bueno. —Le devolvió el abrazo, no podía estar enfadado con ella durante mucho tiempo.

—No todo ha de ser tan malo. —Una de sus manos comenzó a juguetear en su torso—. Si te pido que me beses, ¿opondrás resistencia?

—Solo durante los segundos que tarde en llegar a ti.

Bajó la cabeza y le ofreció su mejor beso, largo, intenso y lleno de afecto.

—No está mal —contestó Aresha—, esta será la prueba de fuego. ¿Y si ahora te exijo que me lleves hasta nuestro cuarto y me hagas pasar una de las mejores noches de mi vida? Tengo ganas de ver si la nueva cama es la definitiva o habrá que empezar a pensar en los refuerzos.

Antes que pudiera acabar, Marcus la cogió en brazos y se la llevó rumbo al pasillo.

—Tus deseos son órdenes, mi comandante.

Luca preparaba su bolsa de trabajo de forma mecánica, su mente estaba en otro lado. Logan había tenido que renunciar a poner todo su

empeño y su equipo en la búsqueda de Aresha, no tenían nada para que los jefes apoyasen mantener la atención del sector 7A en la cantante. Logan, muy a su pesar, suspendió la misión de búsqueda oficialmente, ya se habían perdido demasiadas almas. Sin embargo, en la clandestinidad, su jefe, unos pocos hombres fieles y él mantenían la esperanza de encontrarla, a ella y a su nueva compañía. Eso era lo que más le dolía, ¿por qué tenía que ser Marcus? De entre tantos hombres, ¿por qué Aresha le escogió?

Recordó el último momento que le vio, en los calabozos. Le pareció como si Marcus no quisiese perder su amistad, y conservar también lo que tuviese con Aresha. Vino a su memoria el momento vivido en la discoteca de Tekno, el instante en el que esa vampiresa le salvó la vida. Aunque ninguno de los dos lo sabía, él no llegó a perder el conocimiento en ninguna ocasión, simplemente no tenía fuerzas para nada. Oyó como ella azuzó a los vampiros para que fueran a por él y, en un instante, cambió de opinión, protegiéndolo también.

Estaba seguro que su amigo tuvo mucho que ver. Lo que se preguntaba era la razón por la que ella hizo caso de una simple mascota, no coincidía con la idea que tenía de los vampiros. ¿Y si Marcus tenía razón y les tenían engañados? No, era imposible, en su espalda iban demasiados años como guardián para ver lo crueles que podían llegar a ser, incluso su antigua salvadora. Aunque su alma se derrumbase no podía hacer como si nada hubiese ocurrido, Marcus eligió un camino que era incompatible con el suyo. Mientras Luca cerraba la puerta de su casa para ir hasta el hospital, tomó su decisión. Fue su compañero y su mejor amigo, casi el único y eso no lo olvidaba, pero ya nada era igual. Debía cumplir su amenaza si volvía a verlo, sería su enemigo. Los mataría en cuanto apareciese la oportunidad.

En su sueño solo veía un viejo caserón. Estaba a punto de caer por lo ruinoso de su aspecto, lleno de verdes y silvestres plantas que decoraban a su manera sus muros. Reconocía ese lugar sin saber muy bien de qué, abandonado por sus dueños hacía mucho, se situaba en las afueras de la bella ciudad, lo único que recordaba. Lo que no sabía era por qué había ido hasta allí, donde no se le había perdido nada. Mientras lo miraba sin saber qué hacer, oyó una serie de pitidos. Sonaban muy bajos dentro del lugar. Segundos después, todo estalló convirtiéndolo en una zona de guerra. Junto a la destrucción, un terrible presentimiento la invadió.

Aresha despertó al mediodía, con un respingo, no solo por su extraño y atemorizador sueño. Había oído algo en la casa. Su mente buscó las peores opciones, podía ser Heliatón, que los había encontrado. Pero no olía a humano. Pensó en Gael, seguramente había vuelto a buscarla y a exterminar a Marcus. Asustada, buscó a su pareja con la mirada. Marcus seguía junto a ella y dormía como un bendito. Era aún muy joven para que se le agudizase totalmente el oído. Se vistió en silencio y salió de la habitación. El resto de la casa tenía las persianas subidas, le molestó bastante, pero había una zona que las tenía echadas. Aresha reconoció el olor, aunque habían pasado ya muchos años.

—¡Isibal!

Esta salió de la zona oscura. No había cambiado nada desde la última vez que se vieron. Aparentaba solo unos pocos años más que ella, pero era en su mirada donde reposaba la sabiduría de más de tres mil años de vida. Había modificado su atuendo a los tiempos modernos, pasando de los trajes victorianos a unos pantalones azul marino, una camisa blanca y un chaleco negro. Su pelo seguía siendo rojizo, aunque Aresha creyó distinguir unas mechas azules. Cuando Isibal se acercó, hizo un movimiento de cabeza, en señal de respeto.

—Veo que sea la época que sea, te sigue encantando llamar la atención.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por la ciudad y decidí hacerte una visita, estrella del rock. La verdad es que había oído que tenías problemas con los licántropos y quería ayudarte, pero ya he oído que se te dan muy bien. Sobre todo su rey. —Le lanzó una mirada incriminatoria.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bien sabes qué quiero decir. Te mando a Transilvania para que te unas a un clan y seas útil para la raza y acabas tirándote al rey de los licántropos. Muy bien, algo digno de ti.

—Me mandaste con un vampiro chiflado y da gracias a los cielos que Gael sintiese una atracción por mí. Si no, no hubiera sobrevivido a esos tiempos.

—Bien por sobrevivir, pero la has liado buena. Ahora Gael va persiguiéndote para convertirte en la reina de los hombres lobo y créeme si te digo que hay muchos de las dos razas que se están tirando de los pelos. La gran rivalidad aún no se ha acabado y encima os da por soltar esa bomba.

—Pues dile a tus colegas que eso no va a ocurrir. No pienso volver a unirme a él.

—Sí, he oído hablar del chico que te acompaña desde hace poco. ¿Es tu amante?

—Soy su sire y es mi compañero. —Decir eso significaba una

relación muy estrecha a ojos de un vampiro. Isibal sonrió, parecía que su chica había sentado la cabeza.

—Deberías presentarme a tu novio. —Aresha se acercó a la puerta de la habitación y la golpeó. Le contestó un Marcus que se acababa de despertar.

—Ven al salón en cuanto puedas.

—¿Dónde lo encontraste? ¿Es guapo?

—No querrás saber lo primero y sí, es muy guapo.

Ante la insistencia de Aresha para que saliera, Marcus aún desnudo y bostezando abrió la puerta de la habitación y se dirigió al salón.

—¿Para qué me llamas tan temprano? Todavía es mediodía y recuerda que no me dejaste dormir hasta el amane… —En ese instante vio a la otra figura femenina. Isibal se quedó con la boca abierta ante el espectáculo que estaba viendo. Realmente, Aresha había escogido pero que muy bien. Marcus enrojeció hasta los pies.

—Ay, mierda. —Marcus se quedó parado.

—¿Solo se te ocurre eso? —Aresha estaba también en esa situación violenta. Cogió uno de los cojines que tenía en el sofá y se lo tiró a Marcus—. Vuelve a la habitación y vístete, por dios. Todo lo que tiene de guapo lo tiene de torpe, y está como un tren. ¿Qué le habré visto? —dijo cuando se fue.

—Si le viste lo mismo que yo, te puedo responder. En serio, ¿de dónde lo has sacado?

—De Heliatón.

—Tengo que ir más a Helia… Espera, ¿es miembro de Heliatón?

—Lo era.

Isibal se echó las manos a la cabeza, aunque lo que de verdad quería era echarlas al cuello de Aresha.

—Por los dioses, ya me parecía demasiado bonita la historia. ¿Primero atontas al rey de los pulgosos y ahora conviertes y te unes a un Heliatón? Te luces Aresha, cada vez te luces más.

—Marcus no es como los demás —se defendió—, siempre se ha mostrado amable conmigo y, vale que intentó matarme un par de veces, pero yo también y solo cumplía órdenes.

—Menuda pareja. En fin, es tu decisión y si ha sido ese Heliatón el que te ha alejado de Gael, se merece una oportunidad. Aunque después de verlo tan al completo, le daría cien.

—Por favor, no me lo asustes.

—Tranquila, me controlaré, o por lo menos lo intentaré. Es una pena que hayamos derogado el derecho de pernada —suspiró.

Justo en ese momento Marcus aparecía por la puerta del salón, esta vez ya vestido, poniéndose rojo como un tomate por el comentario de Isibal. Se quedó detrás de Aresha, no se atrevía a acercarse a la desconocida.

—Debería presentaros más formalmente —pensó en voz alta Aresha —, ella es mi sire, Isibal. Este es Marcus.

—¿Esa es Isibal? —preguntó Marcus—, me esperaba una mujer más mayor. —Y menos salida, pensó.

—Encantada. —Casi se echó encima de él para darle la mano. Marcus se la dio con timidez y sin apartarse mucho de Aresha—. Si alguna vez te cansas de ella, sabes que estoy disponible… Tranquila, es una broma, no te lo voy a quitar —le dijo a Aresha cuando esta le lanzó una mirada de reproche.

—En serio ¿para qué has venido? —le preguntó Aresha.

—Soy tu sire, aunque lo dudes me preocupo por ti y saber que te acababan de atrapar los licántropos no es una noticia tranquilizadora, mejor no hablar de lo demás.

—¿Solo eso? —Marcus se dio cuenta en la voz de Aresha que buscaba algo más—. Sabías lo que pasó con Gael, por lo que me creo más que has venido por esa razón. Viniste a matarme.

—Claro que no, sin embargo te miento al decirte que no los hay que lo piensan. Mi verdadera razón no era matarte, sino salvarte.

—Me he perdido. —Marcus intervino, recordándole a las vampiresas su presencia. Isibal volvió a mirarle de arriba a abajo.

—¿Cuánto llevas de vampiro? —le preguntó.

—No sé, quizás tres meses, un poco más.

—¿Y aún no sabes nada sobre tu nueva historia ? —le recriminó. Aresha saltó a defenderle.

—Su instrucción es casi únicamente sobre la defensa y el ataque. Es lo que más nos apremia, sobre todo a él. Si llegaste a desplazar tu mirada a más arriba de la cintura, habrás visto la herida que Gael le hizo anoche. La historia puede esperar.

—Infravaloras el saber, Aresha.

—No detiene golpes en un ataque —le contestó a su sire.

—Te contaré que tu novia la armó como solo ella sabe hacer, hace mucho, con el rey de los chuchos —informó a Marcus.

—Esa parte la conozco de los renegados —dijo Marcus—, Gael quiere que Aresha sea su reina, pero los hay que la rechazarían como soberana de los lobos. ¿Por qué ha dicho Aresha que venías a matarla?

—Esa relación es imposible, traería más mal que bien.

—La mejor manera es eliminar a uno de los dos —continuó Aresha —, rápido y sencillo, no habría problemas futuros.

—¿Por qué tú? —preguntó Marcus—, sois dos y preferiría mucho más que fuesen a por Gael, como los renegados.

—Pero yo soy el vampiro y, corrígeme si me equivoco Isibal, pero los Mayores tenéis prohibido atacar a la otra raza, a no ser que antes seáis atacados.

Marcus quedó perplejo, miró a ambas intentado sonsacar de sus ojos

lo que creía haber entendido.

—¿Isibal es uno de los Mayores? —Acabó preguntando—¿Uno de los tres señores de los Inmortales Venora?

—Pensaba que no nos conocerías —dijo Isibal. En ese momento a Marcus le invadió un sentimiento de respeto hacia ella, ahora sí notaba toda su vejez y sabiduría.

—Me gustaba leer los libros de Heliatón cuando estaba herido. No me creía que existieseis.

—Has sido convertido por la sierva de una Mayor. Deberías sentirte orgulloso, recibirás una buena educación, la misma que yo le di. Sabes hacer lazos de sangre, Marcus.

—Como decía antes solo podrían venir a por mí, de Gael se ocuparían los de su parte. Usaron a los renegados para eso. Como fallaron, pensaron en matarme.

—Los Mayores ya no te haremos nada, Aresha. No mientras te mantengas fiel a tu chico, ya han oído hablar de Marcus. Lo que no sé es si a los demás les gustará su pasado.

—Me importa un comino, le quiero y no pienso renunciar a él —interrumpió la cantante.

—Tranquila, no les informaré de ese asuntillo. —Le guiñó el ojo—. Aunque me imagino que les parecería una tontería. Al fin y al cabo, nos ahorra trabajo, más a esta servidora que dudaba en enfrentarme a los míos o a ti, según como viese la cosa.

—Entonces, ¿no le harás nada? —preguntó Marcus.

—He de hablar con ellos, pero es muy seguro que no necesitarás defenderla, pequeño exterminador…bueno antiguo exterminador. —Aresha se dio cuenta en ese instante que, desde el primer momento en que Isibal había mencionado la idea de hacerle daño, su chico y su sire se lanzaban miradas tensas. Conocía a Marcus y sabía que era muy capaz de atacar a una vampiresa tan antigua por ella, algo que le preocupaba.

—Ahora que todos sabemos que no vas a matar a nadie de aquí, me imagino que tendrás que hospedarte en algún lugar. —Oyó bufar a Marcus, Aresha le dio un codazo en las costillas. Quedaba claro que a él no le hacía mucha gracia la invitación, pero no podía dejarla en la calle.

—Gracias por ofrecerte, acepto tu techo. Como favor, os protegeré si viene quien no debe. A ti también, Marcus. —Isibal volvió otra vez la mirada hacia él, esta vez en un tono cordial.

—Prepararé la otra habitación, voy a sacar los trastos. —Se dirigió hacia las habitaciones, pero antes volvió la vista hacia Marcus—. Muestra que puedo enseñarte a ser buen anfitrión y sírvele a nuestra invitada una copa de nuestra mejor reserva.

—Si los rellenaste hace dos días, con un ejecutivo conocido de

Klaus.

—Pero no lo sabe. —Aresha le sonrió antes de desaparecer por el pasillo.

Al darse la vuelta para encaminarse a la cocina, vio a Isibal solo a unos centímetros de él. Tanta cercanía le resultaba molesta.

—Así que tú eres el novio de mi pequeña. —Marcus empezó a sentirse inseguro—. Tenía ganas de conocerte. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Marcus Carmine Mertincale, ¿es que me vas a investigar? —Casi tartamudeó. Se alejó unos metros de ella, pero lo siguió.

—Bonito nombre. Bien, Marcus Carmine Mertincale solo quiero decirte una cosa. Hazle daño a mi chica, física o mentalmente, y reza para que no te encuentre jamás. ¿Entendido?

—Yo nunca le haría daño a Aresha. —Se envalentonó—. No sé si puedo decir lo mismo de ti.

—Me gusta que seas valiente y la protejas, pero no te pases, no querría mostrarte como hay que respetar a los mayores. ¿Me sirves la copa?

Aresha volvió en un buen momento, Isibal bebía un vaso de sangre sin dejar de mirar a Marcus. Ella sabía que a su sire le gustaba su pareja, pero era muy protectora, cosa que Aresha heredó de ella. Solo esperaba que Marcus supiese aguantar el tirón, algo de lo que empezaba a dudar al ver las miradas gélidas que le mandaba a la Mayor. No llevaba con paciencia la idea de que esa vampiresa que acababa de conocer le hiciese daño a su gran amor, y recordaba lo que la cantante le contó sobre su control de sed de sangre.

—Por cierto, Marcus —se dirigió a su novio—, descansa las horas que quedan de luz. Esta noche nos espera algo agotador, debo enseñarte a volar.

—¿Volar? Mejor que nos saltemos esa asignatura. De humano me habéis subido tanto a las nubes que estoy empezando a tener vértigo.

—No seas tan exagerado, llorica. —Un cojín acertó en la cabeza de Marcus—. Lo necesitas, es nuestro mejor modo de defensa, no te irá mal por si volvemos a toparnos con Gael. Me estoy cansando de tener que llevarte siempre a cuestas.

—Pues si nos lo encontramos le haremos frente —contestó Marcus con normalidad—, tengo ganas de decirle de una vez por todas a ese maldito chucho que nos deje en paz.

—Eso quítatelo de la mente, cabezón. ¿Es que no te acuerdas de qué te dije ayer?

—Está bien, está bien. —No quería volver a enfadarla, así que la abrazó desde atrás y acercó su boca hasta su oreja, en señal de paz—. No me acercaré a ningún lobo tonto y malo. No sé tú, pero también me acuerdo de lo que pasó después de tu riña. Tenemos que pedirle a

Klaus otra cama nueva, esta vez reforzada.

—Estoy aquí. —La voz de Isibal desde el cómodo sofá molestó enormemente a Marcus.

—¿Qué pasa, que ahora contigo nuestra vida de pareja se va a ir a la mierda? —le gruñó.

—No, por favor. —Isibal se giró y lo miró divertida—. Si algún día te apetece pasearte desnudo por la casa, por mí no te cortes.

—Isibal —le reprendió Aresha.

—Sí, me he hecho ilusiones, pero fue él quien apareció por esa puerta como su madre le trajo al mundo.

—Fue un despiste —se defendió el afectado.

—Espero que siempre te despiertes así de despistado.

—Vamos a entrenar. —Aresha se llevó a Marcus después de despedirse de Isibal. No se fijó en la mirada de esta, que no se apartaba de él. Su chico era muy llamativo y su sire se había dado cuenta. No le preocupaba, sabía que lo respetaría, aunque sabiendo cómo era, seguro que tenía pensado pasárselo bien haciéndole sufrir. Al fin y al cabo, Aresha había heredado el carácter de su madre adoptiva.

21 El temor de Aresha

—Esto es muy mala idea. Sabes que soy un inútil, no puedo.

Marcus estaba intentando volar desde hacía una hora pero solo conseguía pegar unos tontos saltitos de no más de unos centímetros.

—Me siento ridículo. —Estaba empezando a desesperarse.

—Lo que te ocurre es que no estás inspirado. —Aresha lo paró y caminó sin rumbo por la azotea, pensativa—. El arte de volar es una de las últimas lecciones, quizás te la estoy mostrando demasiado pronto.

—Es muy probable, así que vámonos.

—No tengo tiempo para seguir el orden y no necesitas ningún saber especial. No puede ser por eso, tienes que ser capaz. —Hablaba con Marcus pero no lo parecía, seguía sumida en sus reflexiones—. Puede ser que, en tu caso, el método común no funcione.

—Gracias cariño, ya me estás empezando a asustar.

Aresha lo ignoró y cogió una de sus manos. Le guió, o más bien le arrastró hasta uno de los bordes del rascacielos. Le extendió los brazos en cruz y le cerró los ojos.

—No los abras hasta que te lo diga. —Aresha comenzó a moverse a su alrededor—. Para poder volar, debes estar en comunión con el aire. Siéntete como parte de él y lo serás.

Marcus se concentró en sus palabras, se relajó queriendo oír el idioma del viento.

—¿Qué notas? —preguntó Aresha.

—Que parezco idiota —contestó. Aresha no pudo evitar una corta risa por el comentario que no se esperaba.

—Vale, veo que el rollo espiritual no va contigo. No me queda otra que usar el radical.

—Solo su nombre ya me da malas vibraciones.

—Marcus, ¿confías en mí?

—No.

—Sé que sí.

—De verdad, que no.

—Creo que ahora deberías abrir los ojos.

Aresha le dio un empujón y lo lanzó al vacío. La quería con locura, pero estaba como una cabra. Vio como el suelo comenzaba a acercarse a él con rapidez y su cuerpo intentaba evitar el impacto. Solo podía gritar y pedir a los cielos que no doliese mucho. Repentinamente, su brazos se echaron hacia atrás y como un movimiento reflejo, su cuerpo se movió solo, levantando la cabeza hacia arriba quedando

finalmente de pie. A varios metros del suelo dejó de caer y se mantuvo sin saber muy bien cómo en el mismo lugar, sin suelo en el que apoyarse. Miró hacia arriba, creyó ver la silueta de Aresha observando cual había sido el resultado.

La sensación de poder mantenerse en el aire era muy agradable, pero quería ascender, volar de verdad. Empujó su cuerpo hacia arriba; como una pluma hizo el camino inverso llegando a sobrevolar la azotea. Desde el suelo, Aresha lo miraba orgullosa. Su cuerpo no estaba acostumbrado a esto y notaba el cansancio, debía bajar cuanto antes. Marcus se dispuso a hacerlo, pero fue demasiado brusco. Tocó el duro suelo del tejado, no con los pies como quería sino con todo.

—Creo que vas a tener que mejorar el aterrizaje —le dijo Aresha cuando consiguió levantarse—, eso debe doler.

—Ja, ja qué graciosa. ¿Sabías que lo iba a conseguir o te querías divertir a costa de mi sufrimiento?

—Claro que lo sabía. Bueno, lo confieso, me esperaba más la segunda. —El móvil de Aresha sonó, dejando cortada su conversación. Aresha miró el mensaje, el número era el de Alanis.

—Alanis quiere saber cómo estoy, hace mucho que no me ve. Me dice que ya lo sabe.

—¿Lo mío? —preguntó Marcus.

—No sé, no especifica. Deberíamos ir a verla. Ya no están en peligro, hay que decírselo.

—Me da a mí que le alegrará mucho. Podemos ir ahora —le sugirió Marcus.

—Está bien, pero Isibal debe venir. No quiero dejarla sola —contestó al gruñido de Marcus—. Debes tratarla como si fuera mi madre. Actuó como tal.

—Odio a las suegras —dijo antes de bajar a buscarla.

La encontraron con el móvil en la mano. Cuando vio a la pareja, sonrió.

—Está confirmado, mis hermanos están muy contentos con tu nueva pareja y los he convencido para que no aparezcan. Estáis a salvo.

—Es agradable oír buenas noticias tras todo lo que pasamos —dijo aliviada Aresha—. Debo visitar a alguien. ¿Vienes con nosotros?

—No me pienso quedar sola. —Cogió su bolso y les siguió—. ¿Quieres que por esta vez le lleve yo en brazos?

—No vamos a ir volando. Tengo una manera que creo que te gustará más.

No se equivocó, Isibal disfrutó conduciendo el deportivo rojo que Aresha le acababa de regalar. Guiada por su sierva, les llevó rápidamente hasta el edificio de los dos hermanos. La cantante se adelantó, al ser la única que conocía el lugar, seguida por Marcus y detrás de todos la Mayor, vigilante de que nadie los atacase por la

espalda. Subieron las escaleras hasta llegar al tercer piso, la casa de sus amigos. Aresha dio tres golpes a la puerta.

—¿Quién llama? —reconoció la voz de su amiga.

—Soy Aresha.

Nada más acabar de hablar, la puerta se abrió y, más rápida que un rayo, Alanis se abrazó a su amiga.

—Me tenías muy preocupada, Blues se enteró de que Gael te atrapó.

—Tranquila, tengo buenos protectores.

—No, si ya lo veo. —Acababa de fijarse en la compañía de la cantante, en especial de Marcus—. Ya era hora que te decidieses. Veo que lo bueno se puede mejorar.

—Se mira pero no se toca, lo digo para todas. Sigue siendo mío.

—Solo es un comentario, celosa. ¿Y tú quién eres? —Miró a la mujer desconocida. Ambas miraron a Aresha esperando las presentaciones.

—Ella es Isibal, mi sire. Isibal, mi amiga Alanis.

—Guau, no conocía a alguien más antiguo que tú —le dijo a Aresha.

—Y tanto, es una de los Mayores. ¿Vas a dejarnos en la puerta? —le preguntó después de que su amiga se paralizase mirando a Isibal.

—¿Eh? No, pasad —dijo sin saber muy bien que decía.

Cuando entraron vieron a Blues en el pequeño salón de la casa. Se acercó a Aresha y le hizo una pequeña reverencia.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Ya creía que la próxima vez que te viera sería como mi reina, me había acostumbrado. Así que Gael no te olvidó como pensábamos.

Blues calló cuando vio entrar a Isibal, que posó rápidamente su mirada en él. Una sonrisilla maliciosa asomó en su boca antes de que se abalanzase sobre ella, dándole un fuerte abrazo.

—Bienvenida a mi humilde morada, señora Mayor. Es un honor.

Marcus se acercó hasta Aresha con una cara extraña.

—¿Le ha gustado? —le preguntó en voz baja.

—Qué va —le contestó Aresha en otro susurro—, por norma general, los antiguos no soportan a la otra raza y Blues es muy cabrón.

Marcus lo acabó de entender al ver la cara de Isibal. Sus manos no tocaban al lobo y juraba que estaba aguantando la respiración. Su tensión solo desapareció cuando la soltó.

—No me dijiste que veníamos a ver a un pulgoso —le dijo a Aresha, sin importarle los sentimientos de Blues—. ¿Cómo puedes vivir con este olor? —le preguntó a Alanis.

—Te acostumbras. Es mi hermano, se lo merece todo.

—¿Por qué no lo convertiste? No me digas que prefería tener pulgas.

—Nadie me preguntó qué quería. Después de ese día, no he vuelto a beber más de la cuenta, nunca. —La voz de Blues les sorprendió a

todos—. Aunque visto lo visto, esa pirada me hizo un buen favor al convertirme, no hubiera podido ser feliz si hubiese vuelto Alanis y me hubiese quitado el jamón. En serio, tomar solo sangre, qué soso.

—¿Pirada? —A Marcus le hizo gracia—. Tengo curiosidad por saber qué te pasó. —De lo poco que lo conocía se imaginaba que sería divertido.

—Fue durante mi última borrachera, tras una actuación del circo. Me despedí con una de las gordas, aunque no lo sabía. Vinieron varias chicas de la ciudad, una me hizo ojitos y bueno, lo siguiente que puedo deciros es que me desperté en un pajar, en pelota picada y con mi hombro sangrando.

—Ningún saco de pulgas sabe tener elegancia ni cuando convierte —le interrumpió Isibal, se notaba que no le hacía gracia compartir estancia con el licántropo

—No imaginé lo que me esperaba después. Al día siguiente, vino hasta el circo con sus dos hermanas mayores. Casi la traían de los pelos, se disculpó y me contó lo que era ella y lo que sería yo en cuanto llegase la luna llena. Me quedé con ellas; Dona, la mayor, me obligó.

—Un momento, ¿has dicho Dona? —Le paró Marcus—¿Me estás diciendo que Miriam te convirtió?

—¿Conoces a la loca de Miriam? —Le miró sorprendido—. Guau, enhorabuena por sobrevivir.

—Quizás te gustaría saber que murió en el ataque a la manada de Gael.

—¿De verdad? Qué alivio. No me mires así, me da pena, pero tuve que huir de esa chalada y nunca me ha abandonado el temor de volver a verla.

—No me pareció tan mala, sí un poco chiflada, pero tanto como dices…

—No lo mostró porque querría engatusarte, le encantan los humanos y como no puede llevarlos al huerto sin matarlos, sus hombres acaban como acaban. Yo soy el vivo ejemplo. Sé que aún estaba colada por mí.

—No nos aburras con tus cuentos, donjuán —le gruñó su hermana —, lo importante es que nuestra amiga está bien.

—No olvides que también hemos ganado uno nuevo. —Se acercó a Marcus—. Va a ser agradable tener otro tío con el que hablar.

—Antes de que empecéis con las charlas de hombres —les interrumpió Aresha—, quería deciros que podéis volver a llevar una vida normal, ya no estáis en peligro.

—¿Gael ya no te busca? —le preguntó Alanis.

—Sigue tras de mí, pero visto para qué me quiere, estoy segura que no haría ningún daño a mis amigos, a ningún ser querido.

—Excepto a mí —murmuró Marcus, cabizbajo. Aresha lo escuchó y desplazó su brazo hacia atrás para cogerle la mano.

—No voy a dejar que te haga nada —le prometió.

—Sé sincera y di que lo intentarás —corrigió Isibal—, tú no puedes contra él, y lo siento, pero a no ser que él me ataque antes, no puedo hacer nada contra el rey de los apartamentos para garrapatas.

—Serás muy antigua, pero las palabras de ánimo no las conoces muy bien —dijo Blues

—Tú calla y hazte una buena manicura —le contestó airada.

—Si quieres podría enseñarte algunas técnicas lupinas de ataque. —Se dirigió a Marcus, ignorando a la Mayor—. Estaría bien que las usases o simplemente las conocieses para ver qué se te avecina si algún día te lo encuentras. Sería bueno que llevases un arma adicional a tus colmillos.

—Tengo en casa la estaca que me dio mi compañero de Heliatón, aunque no puedo usarla sin guantes.

—Y no sé como lo haces, que aún así consigues quemarte. —Le recordó Aresha. Marcus se quejó con la mirada, provocando que ella le lanzase un besito de consuelo. No podía negar la torpeza de su chico.

—Quizás pueda ayudarte con eso, necesito que me des algo de tiempo —le dijo Blues—. Tengo un invento revolucionario. Es una gran idea, ya lo verás.

—¿Gran idea? Eso sí que sería nuevo —dijo Isibal—. ¿Podemos irnos ya?

—No te vayas, con lo que me gusta tu compañía. —Blues volvió a intentar acercarse a ella, lo que provocó que Isibal diese un salto hasta la puerta.

—Aléjate de mí, creador de babas. Aresha, tú vete cuando quieras, pero yo te espero en el coche.

—Espérame, nos vamos todos. —Aresha se acercó a la salida seguida de Marcus—. Espero que vengáis a verme.

—Mañana estaremos allí, ya tendré preparado el nuevo juguete para Marcus con suerte —prometió Blues.

—Os esperaremos. —Se despidió Marcus, divertido por la cara impaciente de Isibal—.

—Hasta luego, y me alegro de verte en el mundo de los pálidos. —Se despidió Alanis. Marcus se dio la vuelta y sonriendo movió la mano para decir adiós.

—Si es tan irresistible así, no me lo quiero imaginar de licántropo —suspiró Alanis.

—No creo que a Aresha le guste oírte decir eso —dijo Blues—, aunque es una de las pocas veces que te fijas en uno de los tuyos.

—No suele ser así, lo aceptó, pero admito la verdad, Marcus está de

toma pan y moja, y encima es tan dulce…

—¿Como Klaus? —le dijo de repente a su hermana. Esta lo miró estupefacta, sin entender de qué diablos hablaba—. No me mires así, no tengo la culpa de que digas su nombre cada vez que sueñas. ¿Se puede saber qué hicisteis cuando fuisteis al circo?

—No sé de qué me hablas —le contestó, ligeramente afectada—, y tú, menuda manera de tratar a la sire de Aresha. ¿Es que te gustó o qué?

—Bueno, era guapa y me gustan las pelirrojas. En serio, es mi naturaleza, no puedo evitarlo. Igual que tú no puedes evitar nombrar al mánager de tus sueños.

—Vete a la mierda, perro rapado.

Alanis acabó la conversación con una guerra de cojines. Daba igual el tiempo que pasase y los acontecimientos que les rodeasen, serían siempre los mismo hermanos, diferentes pero unidos como ningunos.

Gael esperaba con impaciencia la vuelta de su hermano. Lo que le había ordenado buscar no era nada peligroso, aún así estaría mejor en el momento que lo viese. La idea llegó a su mente tras un buen día de tranquilidad y meditación. Tal como había visto, Aresha iba a defender a Marcus hasta el último aliento, todo por culpa del maldito hechizo, uno que no sabía ni cuál podía ser. Las posibilidades abarcaban desde un conjuro distorsionador de mentes hasta un simple filtro de amor. Por eso, para la próxima vez que lograra encontrarlos necesitaba lo que Tristán había ido a buscar.

Tras un día fuera de la mansión oyó la voz de su hermano dentro de la casa. Gael salió a recibirle y le llevó hasta su habitación, dónde podían hablar con más tranquilidad.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó a Tristán en cuanto este se acomodó. Le respondió con una sonrisa.

—¿Acaso dudabas de tu hermanito? —Dicho esto desenvolvió un trozo de tela que tenía en sus manos. Contenía un frasco de cristal, propio de los ángeles con un líquido rosa.

—Sabía que podía confiar en ti. —Gael cogió el frasco entre sus manos y lo alzó para ver mejor el contenido. Esto haría que Aresha volviese a sus brazos y le dejase descuartizar a su molesta compañía.

—Estás empeñado en tener a esa vampiresa cueste lo que cueste —le dijo Tristán, mientras su hermano solo tenía ojos para el brebaje—, pensé que preferías un amor verdadero.

—¿A qué te refieres? Ah, ya comprendo. Esto no es lo que crees,

hermano. Aresha me ama a mí, no necesito ninguna pócima para tener su corazón.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó curioso.

—Este brebaje solo saben hacerlo los miembros más experimentados de la raza de los ángeles. Un trago de esto y todos los hechizos, encantamientos, todo desaparece. Lo más difícil va a ser conseguir que Aresha beba.

—Pero en cuanto lo haga…

—El efecto del conjuro de ese asqueroso exterminador desaparecerá. —Sonrió.

—Nunca me imaginé a un Heliatón capaz de hacer magia, contando que la detestan y la persiguen como si estuviésemos en la Edad Media.

—Esos solo atacan a lo que les interesa, bien claro es que si un demonio les ofrece un trato interesante a cambio de su vida, lo aceptan por muy engendro que lo consideren. Fíjate en Logan, tomó precauciones, eso no lo niego, pero con la idea de que le iba a ayudar me dejó entrar en su edificio con total impunidad. Son todos unos malditos hipócritas —gruñó—, y desde que conocí a ese Marcus, los aborrezco más todavía.

—¿Y por qué estás tan seguro de que Aresha no se ha enamorado de verdad de él? Los vampiros son muy extraños.

—¿Te has vuelto loco? —le gritó. Tristán llegó a asustarse al ver la cara furiosa de su hermano—. ¿Estás diciendo que un maldito vampiro recién convertido es mucho mejor que yo?

—En el amor no siempre la importancia o el poder son tan influyentes. —Se atrevió a contestar.

—Ella fue mi última amante y no he podido sacarla de mi cabeza desde esa noche, solo era una joven bebedora de sangre asustada. Vi dentro de ella la fascinación que le provoqué, disfrutó de la miel de mi alcoba y ¿sabes? Noté una sensación parecida en ella cuando la volví a coger en mis brazos. Es muy lista, te lo puedo asegurar y sabe que yo, el rey de los licántropos soy el único que se merece a la sierva de un Mayor. No me insultes diciendo que ella ha visto algo en un mortal y que decidió convertirle por su voluntad.

Tristán no respondió al ver el enfado de su hermano, pero no podía estar de acuerdo. En su cabeza no era una posibilidad remota que Marcus no mintiese, después de verle sufrir por no desvelar la ubicación de su entonces dueña y captora. De nada le hubiese servido su plan si él le hubiera machacado, idea que le dejó bien clara. No, le dio la impresión que era capaz de dar su vida por ella, aunque Layla solo vio a un idiota manos largas. Quizás su hermano se equivocaba.

En cuanto llegaron al apartamento, Isibal se separó de la pareja y se dirigió al baño, necesitaba darse una buena ducha para quitarse el olor a perro. No dijeron nada, ella era ahora la más antigua de la casa y hasta Marcus comprendía que sería imposible hacerla cambiar de idea respecto a los lobos. Como la Mayor conocía la ubicación de su habitación, la pareja se olvidó de ella y ambos fueron hasta el salón donde se entretuvieron viendo la televisión, hasta que Isibal salió tapada con una toalla. Marcus miró hacia otro lado, no por vergüenza, al fin y al cabo ella había visto mucho más de su anatomía, lo hacía por Aresha y sus ataques de celos.

—Me acabo de dar cuenta de que no tengo ropa —le dijo a su sierva—. ¿Me puedes prestar algo para dormir?

—Cómo no. —Se levantó separándose de los brazos de Marcus—. Si no te importa llamaré a Klaus para que te traiga ropa nueva. Debo hacerlo igualmente por otro asunto.

—Déjame que acierte, tiene algo que ver con el hecho de que vuestra cama esté a ras de suelo. Todas las parejas de vampiros deben reforzarlas si tienen pensado hacer deporte sin salir de casa, con el ejemplar que tienes no dudo que estés muy activa.

—Cariño, llama tú a Klaus. —Le tiró su móvil a Marcus antes de desaparecer por la puerta seguida de Isibal—. No pienso contestarte eso. —La oyó decir desde lejos.

Marcus prefirió ignorarlas, total si se lo sonsacaba, todo sería bueno para su reputación. O eso creía. Antes de empezar a dudar de sí mismo, buscó el número de Klaus en el móvil de Aresha y lo llamó.

—¿Cuáles son tus deseos, Aresha? —le habló la voz de Klaus.

—Soy Termo, quiero decir, Marcus.

—Qué alegría oírte. ¿Qué tal llevas lo de arrancar la vida a la gente para poder vivir?

—Te acostumbras. Aresha te quiere pedir algo.

—Como siempre, ¿ahora también te usa como chico de los recados?

—Está ocupada. —Marcus bajó la voz—. Tenemos una visita que no me hace gracia.

—Estoy intrigado, ¿de quién se trata?

—De Isibal, la sire de Aresha.

—¿De verdad? —Oyó la estrepitosa risa de Klaus—. No sé qué tiene de malo vivir con dos mujeres.

—Imagínate vivir con tu suegra y que además ambas tengan el mismo carácter.

—Ya veo. Mi más sentido pésame. —Se mofó—. ¿Qué necesitan las

damas?

—Isibal tuvo tanta prisa en meterse dentro de nuestras vidas que no tuvo tiempo de hacerse el equipaje ¿puedes traernos ropa femenina para ella?

—No creo que haya problema. ¿Cómo es?

—Un poco más alta que Aresha, pero parecen usar la misma talla.

—Tomo nota, antes de mañana por la noche estaré allí. Tengo ganas de conocer a esa Isibal.

—Hazme un favor y llévatela.

—De eso nada, tú elegiste a Aresha, así que te toca aguantar a la familia. ¿Algo más?

—La verdad es que sí. —Esto ya era más personal—. Necesitamos el somier reforzado.

—¿Os habéis cargado otro? —Marcus llegó a creer que media ciudad lo había oído—. A ver si nos controlamos, caballo loco. Empiezo a dudar que el reforzado sea suficiente para vosotros dos, hay que joderse.

Marcus le colgó mientras Klaus le amenazaba con cortársela como el siguiente no fuera el definitivo. Cualquiera se sentiría orgulloso de destrozar las partes metálicas de la cama cada vez que lo hacía, pero los comentarios de los demás cuando pasaban por la casa y veían el dormitorio después, le provocaban un rubor en su cara que molestaba un poco. Que le iba a hacer, no sabía controlar su fuerza vampiresca.

—Has hablado con Klaus, se te nota —le dijo Aresha al volver—. ¿Qué te ha dicho?

—Vendrá mañana con todo, a parte de darme un ultimátum; como esta no nos dure más de tres días, me capará. ¿Dónde está Isibal?

—Ha sido un día agotador incluso para ella. Se ha ido a dormir y creo que nosotros deberíamos imitarla. —Lo cogió de la mano y lo arrastró hasta la habitación.

Pronto llego el alba y para ese momento todos estaban durmiendo en sus respectivos lechos. Todos menos Aresha, que seguía despierta dándole vueltas al asunto de los Mayores. Tanto ella como Gael habían mantenido su encuentro completamente en secreto, algo verificable pues antes de ese momento ninguno de los dos fue perseguido por su raza.

Gael hubiera sido el más afectado, al ser el rey de los licántropos estaba mucho más expuesto que ella y, sin embargo, se mantuvo en su puesto sin ningún problema. Eso demostraba que ninguno de los dos se fue de la lengua, entonces cómo explicar el conocimiento de los Mayores. Probablemente, los Mayores tenían métodos especiales para conseguir tal sabiduría, formas para saberlo todo, que se antojaban un misterio para ella, estaba segura que Isibal no lo pensaba desvelar.

Aresha ya no debía preocuparse por la revelación del secreto, tenía

a Marcus y eso la convertía a ojos de sus Mayores en una persona sin interés en ser reina del bando contrario. Quien de verdad le preocupaba era Gael, con su incapacidad para renunciar a ella. No olvidaba que Gael quería acabar con Marcus y por su culpa no podían vivir en paz, ya que Heliatón no era una gran molestia, es más, desde que Marcus escapó de sus calabozos no volvieron a estar cerca de su paradero.

Pero aún con todo eso, no quería que los Mayores de los Lycaera, los señores de los licántropos, lo matasen. Dentro de ella albergaba un sentimiento de cariño hacia Gael, sabía que no lo podía calificar como un ser despreciable, era sabio, fuerte, tenía todas las dotes para ser un buen soberano, Aresha aceptaba la idea de que si no hubiese conocido a Marcus, ahora mismo tendrían a todos los Mayores detrás de ellos. Pero ella dejó vivir a un Heliatón y más tarde admitió lo que sentía por ese dulce exterminador, y Gael debía darse cuenta de que ya había decidido, y el rey esta vez no había ganado. Por su tozudez estaba en peligro.

Estaba segura que pensar en su ex-novio mientras dormía apoyada en el pecho de Marcus no era lo más normal, pero no podía evitarlo. No quería a Gael como pareja, lo cual no quitaba el hecho que pudieran convertirse en amigos. Debía ayudarlo, pero sin que nadie se enterase. Aresha se acomodó en el cuerpo de su chico mientras se dormía. Después se ocuparía del lobo, ahora tocaba descansar para el día siguiente.

El timbre sonó insistentemente, sacando a los tres vampiros de unos dulces sueños. Aresha miró al reloj de su mesilla, no se imaginaba que era tan tarde. Quien fuera volvió a llamar, provocando que Isibal se quejase.

—Aresha, llaman a tu puerta. —La oyó gritar desde su habitación.

—Estas más cerca, abre tú, vieja gruñona —protestó Marcus en voz baja, para que no lo oyese.

—Gruñón lo serás tú. —Isibal lo había escuchado—. Tengo muy buen oído.

—Odio a las suegras —dijo tras un breve bufido. Para animarle, Aresha le dio un beso antes de salir del colchón. Se puso una bata antes de abrir. Sabía que sería Klaus, lo que no se esperaba era su compañía. Traía el nuevo somier, mientras Alanis llevaba un par de bolsas llenas de ropa.

—Qué pareja más linda. —Se le escapó cuando los vio. De repente, apareció un lobito negro entre los dos que corrió dentro de la casa. Todos descubrieron rápidamente su destino cuando del salón se oyeron unos gritos. Al asomarse vieron al lobo, Blues, apoyado en sus patas traseras mientras las delanteras descansaban sobre los hombros de Isibal, lamiéndole la cara, su habitual saludo, que a la anciana no le

hizo gracia. Si no hubiese sido una vampira poderosa estaría en el suelo.

—Fuera chucho, vete —le dijo mientras retrocedía, intentando desembarazarse del lobo, algo que se le estaba resistiendo—. ¿Me quieres dejar en paz, lobo baboso?

Al final, se cansó y bajó. Recordó a los demás y los saludó, primero a Aresha y luego recibió unas palmadas en el costado de Marcus.

—¿Qué tal, chico? —le dijo Marcus cuando le acariciaba—. Me alegro de ver a un licántropo que no quiere matarme.

—Me gustaría que alguien me hiciese caso y me ayudase. —La voz de Klaus apareció mientras dejaba en un rincón el somier. Marcus atendió a su llamada y le ayudó.

—Blues ¿nos ayudas? —le ofreció Marcus. Este respondió meneando la cola, entusiasmado por la idea—. Puedes coger algo de mi ropa.

Entonces, en ese momento volvió a mirar a la Mayor e hizo algo que nunca antes había hecho. Su cuerpo se empezó a erguir y a perder el pelo, signo de que estaba volviendo a su forma humana. Y no se equivocó, quién se lo iba a imaginar, al instante tenían junto a Isibal al Blues humano, completamente desnudo y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Isibal —le dijo sin dejar de sonreír—. No podía aguantar más sin poder decirte hola de mis propios labios.

—¡Blues! —le reprendió su hermana. A Aresha la actitud de Blues y la cara de su sire le provocaron una risa nerviosa, la de Marcus fue más sigilosa. Blues intentó acercarse a Isibal, esta nada más verle uso su velocidad de vampiro para meterse dentro de su habitación y cerrar la puerta.

—No pienso salir hasta que ese saco de pulgas se vista —dijo desde dentro—, y como alguien me quiera engañar, juro que lo mato. Y pensar que me ha babeado la cara ese perro salido, por los dioses, voy a vomitar.

—Ya te vale, hermanito —gruñó Alanis mientras lo empujaba hacia la habitación de Aresha en busca de ropa.

—¿Qué les pasa a esos dos? —preguntó Klaus.

—Yo sigo diciendo que le gusta —respondió Marcus, aún con la sonrisa en los labios y disfrutando del momento—. Ya puedes salir, no hay nadie desnudo esperándote con cariño —le gritó a Isibal.

—Cualquier día, ese perro se encontrará con su rey y le dirá donde estáis —le dijo, enfadada, mientras salía—. Y seré yo quien se ría.

—No sé por qué te pones así con él, si te quiere mucho.

Aresha se vio obligada a colocarse entre su sire y su pareja para proteger a Marcus de la ira de Isibal, la cual tenía muchas ganas de provocar una matanza allí mismo.

—Ahora que todos están aquí, me parece una buena idea dejar a los

chicos trabajando mientras nosotras nos vamos de compras, así podrás decidir parte de tu vestuario. —Se le ocurrió para evitar las tensiones de compartir techo la Mayor y el licántropo. Además, le iba bien para hacer lo que tenía en mente.

—Yo me apunto —dijo Alanis desde la habitación de Aresha—, la verdad es que se me había ocurrido algo parecido, por eso cuando me llamó Klaus decidí comprarte únicamente lo necesario.

—Así que Klaus te llamó —dijo Aresha mirando hacia su mánager.

—Era ropa de chica, así que pensé que mejor que decidiese otra chica para no equivocarse —respondió bajando la mirada, con un leve rubor en las mejillas.

—Sí, claro.

Mucho opinar de su relación con el Marcus humano, pero ahí iba otro que no reconocía lo que sentía. Breve tiempo después, salieron Alanis y Blues, este ya vestido con unos tejanos y una sudadera de Marcus. Antes de que se le ocurriera otra gracia, Aresha se llevó a rastras a Isibal con la ayuda de Alanis, dejando a los otros tres en casa, preparando el nuevo somier. No tardaron más de media hora en tener una bonita cama capaz de resistir a dos vampiros. Al acabar, Blues cogió de la bolsa que había traído su hermana un pequeño estuche.

—Esto es para ti. —Se lo dio a Marcus. Este lo abrió, dentro vio un tubo metálico donde sobresalían una especie de botones.

—¿Qué es esto? —le preguntó mientras le daba vueltas.

—Es una funda mejorada para la estaca, la he hecho yo mismo. La metes por este agujerito y se la traga. —Marcus le dejó la estaca de Luca, Blues la colocó en la abertura para ella. Nada más colocarla desapareció—. Ahora cada vez que quieras usarla para defenderte, pulsas uno de estos dos botones. Y lo mejor, si pulsas los dos a la vez, la disparará como si de una bala se tratase. ¿Qué te parece?

—Muy útil.

—Por tu cara no parece que te haya gustado —le dijo al verlo con la mirada perdida y un semblante más bien tirando a triste.

—Si me gusta, es perfecto para mí. Lo que pasa es que me he puesto a pensar que probablemente tarde mucho en usarlo.

—¿Problemas? Venga, a nosotros puedes contárnoslo —le dijo Klaus —, al fin y al cabo me parece que nos toca ser tus nuevos colegas de juerga.

—Es eso lo que me pasa. No digo que no os quiera como amigos, me encanta, pero Aresha me quiere proteger tanto por culpa de Gael…

—Y tú no eres de los que se quedan de brazos cruzados ¿verdad? —terminó Blues.

—Le pedí que me convirtiese para poder estar a la altura, y no ser el inútil mortal al que siempre hay que defender. Pero ella me tiene encerrado aquí y las veces que salimos no me puedo alejar de ella ni

medio centímetro.

—Ella tiene razón, si te topases de bruces con el rey, no tendrías la más mínima opción de sobrevivir, eres un bebé —dijo Klaus—. Solo quiere protegerte.

—Lo sé, pero yo antes no era un simple humano, era un guardián de Heliatón, sé defenderme —protestó.

—De nada te sirven las artes marciales que os enseñen allí, Gael te sigue superando en fuerza.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo aquí esperando a que Gael la seduzca y se la lleve? Yo no puedo hacer nada y él es mucho mejor que yo.

—No para Aresha y es lo que de verdad debe importarte —le dijo Blues—, ¿A que sí, Klaus?

Klaus no contestó, se había ido a otro mundo. Le zarandearon para que volviese y lo hizo con una sonrisa.

—Claro, cómo no se me ocurrió antes, que tonto soy —dijo, emocionado por algo que los otros dos desconocían.

—¿Qué ocurre?

—Tu mayor temor es que Gael te quite a Aresha, ¿me equivoco? —le preguntó a Marcus, que asintió con la cabeza—, por eso quieres poder luchar, para poder vivir juntos eternamente.

—Sí, es lo que he dicho. Aresha está empeñada en que solo la aceptará como amante otra vez, si lo decide ella por libre elección, pero no estoy tan seguro de eso. Podría usar un simple filtro de amor y arrebatármela sin que pueda hacer nada.

—Puedes hacerlo —le contestó Klaus—, sin que tengas que ir a por el rey, sin pelear. Existe una manera de la que ni el más potente embrujo de amor te la pueda arrebatar.

—¿Cómo? —Marcus estaba intrigado.

—Cásate con ella.

—No sé si sabrás que existe el divorcio. —Se rió.

—No te hablo del matrimonio humano, zoquete. Me refiero al rito del sello eterno.

—¿Rito del sello eterno? —preguntó confuso.

—Es un estilo de matrimonio pero para inmortales —le explicó—, en cuanto dos personas se unen mediante ese rito, solo la muerte los podrá separar. Anabella y Milo son marido y mujer por el rito del sello eterno. ¿No te fijaste en las serpientes de sus cuellos?

—Ni me di cuenta —contestó.

—Es el símbolo del rito, hecho por el ángel casamentero. Deberías pedírselo a Aresha, en serio, si lo conseguís nada os podrá separar.

—¿Estás seguro de eso?

—Al cien por cien, chavalín. Piénsalo y atrévete. —Sí que se lo estaba planteando. Nunca se había imaginado pasando por la vicaría ni como humano ni como vampiro, debido a sus cortas relaciones.

Pero Aresha era diferente, nunca se cansaba de estar con ella, cosa que sí le ocurría a las pocas semanas de comenzar sus relaciones humanas. Esta vez era diferente, desde que se habían conocido, su vida giraba en torno a ella, y no parecía tan descabellado unirse en matrimonio, mejor dicho en este caso, en el rito del sello eterno. Se querían y sabía que estarían juntos para toda la eternidad, no existían más mujeres para él. No había razón para pensar que no.

Aresha acompañó a sus amigas hasta llegar a una calle conocida por ella. Isibal y Alanis andaban enfrascadas en una interesante conversación de la que Aresha no estaba pendiente. En su cabeza tenía otras cosas más importantes. En cuanto llegaron al portal deseado, paró.

—Yo me quedo aquí —les dijo.

—Pensaba que vendrías con nosotras de tiendas —le dijo Isibal.

—Tengo cosas que hacer aquí. Era la casa de Marcus.

—Entiendo. ¿Quieres que vengamos a buscarte?

—No sé cuánto tardaré, ya iré yo.

Cuando Alanis e Isibal se marcharon, Aresha sacó las llaves que le había cogido prestadas a Marcus y entró en el portal. Las cosas fueron a mejor al toparse con una antigua vecina mientras abría la puerta, la acompañaba un pequeño perro que no paraba de ladrar.

—¿Vienes de parte del chico que vive en este piso? —le preguntó la vecina con los rulos puestos. Se notaba que solo había abierto la puerta para cotillear—. Hace mucho que no lo veo.

—Marcus se ha mudado —dijo Aresha. Ya no hacía falta disimular su relación ante nadie—. Vengo a por unas cosas que me ha dicho.

—Qué pena, era un buen chico ¿verdad chiquitín? —le dijo al perro que al recordarle ladró mas fuerte todavía—. Has tenido mucha suerte, siempre le he visto porte de buen novio.

Aresha lanzó una sonrisa a modo de despedida y entró dentro de la casa. No tenía por qué quedarse, ya tenía la gran coartada con la chismosa. Aresha abrió la ventana y después de asegurarse de que nadie la vigilaba, alzó el vuelo en dirección a su propósito.

Gael estaba tirado en su cama, pensando en cómo conseguiría que la

cantante tomase su fantástico brebaje, cuando oyó un ruido detrás suya. Si era un enemigo no iba a durar más de tres segundos, no estaría mal darle ilusiones al intruso de que podía vencerlo. En cuanto oyó su voz, todo cambió.

—Hola Gael. —Se giró y vio a quien menos se esperaba. Aresha estaba en su balcón, sola.

—¿Significa esta visita que por fin te has cansado de Marcus? —le preguntó después de entrar en su habitación. Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—Significa que tienes que mejorar tu seguridad aérea —bromeó. Gael no entendía cómo, después de todo, se comportaba así con él—. La verdad es que vengo a avisarte de que los Mayores te persiguen.

—Sí, me lo imaginé cuando aparecieron los asquerosos renegados. Si ayudaron a tu chico no fue solo por simple altruismo, solo coincidían en querer alejarme de ti.

—Le quiero y no voy a cambiar de idea.

—No le quieres, te ha hechizado. —Saltó, enfadado—. No tiene sentido.

—Para mí sí, ¿acaso me ves tan tonta como para caer en eso? Ni yo le veo tan listo como para conseguirlo.

—Demuéstramelo. —De su mesita de noche sacó el brebaje de su hermano—. Es un anti-conjuros, tranquila. Quiero que estés conmigo sin trampas. Yo no soy como ese Heliatón.

—Ex.

—Lo que sea. —Se acercó a ella con el frasco abierto—. Si tan claro lo tienes, bebe.

Gael se lo tendió a Aresha que miró de arriba a abajo el frasco. Lo olió para asegurarse que no la engañaba. Lo conocía, era un brebaje difícil de encontrar, pero valía para todo tipo de hechizos o encantamientos. Gael tenía fija su mirada en ella, pendiente de que lo bebiese y así lo hizo. Vació el frasco sin que ninguno de los dos apartase la mirada. Ambos estaban seguros de su posición y de que esto les daría la paz y razón que anhelaban.

—He hecho esto por ti —le dijo cuando dio su último sorbo—, ahora haz algo por mí y deja de perseguirme. Tus Mayores no cejaran en su empeño de eliminarte hasta que lo consigan, y no quiero ver eso.

—¿De verdad? No me hagas reír. Solo te importa tu Marcus.

—No es así.

—Mi brazo discrepa contigo. —Se tocó el hombro en la zona de su balazo.

—Si no sintiese nada por ti, esa pistola hubiera apuntado al corazón. Admítelo, sabes que aún te quiero.

—Mientes. —Gael le dio la espalda y se alejó de ella. Aresha cogió

su mano y le hizo volver a mirarla.

—Tienes el don para poder descubrirlo. Hazlo si no me crees. Te quiero, lo reconozco pero amo mucho más a Marcus. Aún así, no deseo perderte, por eso quiero que desistas.

Gael apartó le apartó el pelo de la cara y la sujetó cerca de él. La vampiresa vio el cambio de color de sus ojos, le iba a hacer caso. Se preparó para que entrase en su mente y cuando lo hizo el camino estaba despejado.

Mucho había cambiado el interior de Aresha desde la última vez en su mansión. La niebla que rodeaba su corazón ya no existía y ahora Gael podía ver la cruda realidad, todo lo que ella sentía por ese indigno vampiro. Apartó su mirada, no podía seguir mirando. Como consuelo, en lo referente a él, ella no le olvidaba, pero su relación deseada lo veía como un amigo especial, no más. Pronto, cuando el anti-conjuros hiciese efecto, ella volvería a la cordura y todo cambiaría, Marcus no tendría poder sobre ella. Mientras tanto, lo mejor era esperar para no irritarla, después le daría las gracias.

—Lo has visto, ¿verdad? —le preguntó ella.

—No te merece —contestó—, si debes venir tú a pedir que no le haga nada. No podrá estar a tu altura.

—Aparte de mi compañero es mi siervo y debo cuidar de él. Y no me subestimes, puedo ser muy buena maestra. Es hora de irme vaya.

Aresha quiso apartarse de él, pero no la soltaba. No quería volver a perderla.

—Si quieres que funcione tu anti-conjuros necesito verle —rió—, se que no quieres que esté junto a ti por obligación, sino por decisión propia. Lo acabas de decir.

—Mis acciones me delatan —confesó—, pronto volverás a ver la realidad, pero no puedo esperar para hacer esto.

Gael la acercó más a él y le dio su último beso. Porque Aresha lo sabía, no había ningún hechizo, amaba a Marcus de verdad, por muy raro que pareciese. Sin embargo disfrutó con ese beso, decidiendo no sentirse culpable. Era el fin de su relación con Gael y una nueva vida junto a Marcus, se merecía una buena despedida. Cuando sus bocas se separaron también lo hicieron sus lazos. Aresha se fue para no volver, seguida por la mirada de Gael. No pensaba renunciar a ella y estaría dispuesto y preparado para consolarla cuando descubriese que su amor mortal era un manipulador.

Después de visitar a Gael, Aresha no volvió a casa sino que pasó otra vez por la de Marcus. Tenía preparado que la chismosa de al lado la viese salir, además tenía un último asunto por resolver.

En cuanto entró por la ventana, le agradó la estancia. Aunque había pasado mucho tiempo desde que Marcus empezó a vivir con ella, su aroma seguía en el ambiente. No se había dado cuenta antes de que

todo estaba removido, Heliatón había estado allí. Una pena para ellos que Aresha solo entrase en esa casa una vez y sin dejar pruebas. Recordó ese momento, la primera vez que ella le ofreció la inmortalidad a cambio de su cuerpo. Qué tonta había sido, en ese instante él ya se le declaró. Cómo si no explicar que lo diese todo, su vida y su trabajo, únicamente por su atención pues en ese instante no le ofrecía amor. Aresha se preguntó qué hubiera pasado si la amiga de Marcus no les hubiese molestado, si ese hubiera sido el día de la muerte del Marcus humano. Si hubiese sido así, no tendría que haberse sacrificado entregándose a Tristán, su duda era saber, si con la ausencia de la sensación que tuvo en la habitación de Gael de que le había perdido para siempre, ella iba a admitir que amaba a un mortal. Sí, lo tendría que haber hecho tarde o temprano, pensó, sería imposible mantenerse en sus trece con él en su hogar, en su cama y si algún día a él se le hubiera ocurrido marchar, sabía que pondría todas sus armas para evitarlo hasta que se le escapase un te quiero.

Exploró la casa en busca de lo que necesitaba. Era su coartada para que nadie se imaginase que en verdad la mayoría del tiempo había estado con Gael, pero también iba a ser un bonito regalo para su chico. Solo tenía trastos y baratijas poco importantes hasta que entró en el dormitorio. Pronto le llamó la atención un joyero antiguo hecho de madera.

Al abrirlo una música empezó a sonar, era bonita. Estaba casi vacío, solo un anillo llenaba esa reliquia. Aresha lo cogió llena de curiosidad, nunca se lo había visto puesto, algo normal pues parecía antiguo y caro. Tenía un pequeño dibujo, era un escudo compuesto por una garra de león en un fondo verde. Le sonaba de algo, sabía que era el escudo de una familia noble, no de un equipo de fútbol o algo por el estilo.

Mientras lo guardaba, su vista se dirigió a dos pequeños marcos de fotografía colocadas a los lados. Las fotos eran de hacía bastantes años y ambas tenían al mismo niño con distintas edades. En la primera estaba rodeado de mujeres mayores, una anciana y dos que rondaban la treintena. La sacó del marco, buscando los nombres detrás de la foto. Tuvo suerte, una letra fina señalaba quienes posaban en la foto en orden. Aresha se imaginaba que el pequeño sería Marcus a los cinco años y la mujer mayor su abuela, lo que la intrigaba era saber cuál de las dos mujeres era su madre y cuál su tía. El nombre de Eleonor marcaba a la joven rubia de ojos pardos que llevaba el vestido azul. Marcus estaba entre ella y su madre María, morena como la abuela de la que también compartía los ojos azules. Esta tenía el mismo vestido que su hermana pero en rosa y su cara denotaba más jovialidad que Eleonor. Ambas cogían de la mano a Marcus, mucho más parecido a su tía. Para ser sincero era una mezcla masculina de

ambas, aunque tenía la misma mirada que Eleonor, debida quizás al sufrimiento que ambos soportaban por el rechazo del marido de María, que no aparecía.

En la otra, solo aparecían el pequeño Mertincale y su tía, sentados en una mecedora. Ahí Marcus ya debía tener diez años como mínimo, era increíble el parecido entre ambos. Sin embargo, Eleonor no había cambiado nada de la otra foto, se mantenía espléndida. Esas fotos debían significar mucho para Marcus, era lo único que le quedaba de ellos. Las metió dentro del joyero con cuidado de no arrugarlas. Ya tenía lo que buscaba, antes de irse se echó en la antigua cama de Marcus para poder disfrutar por última vez de su aroma sin interferencias. Le gustaría que su casa tuviera ese mismo olor, pero también vivía ella y con las visitas de sus amigos, todos se mezclaban. Solo había una cosa que le disgustaba de ese lugar, y estaba echada en ella.

Al principio se había imaginado a ella con él en esa cama, al volver a la realidad, se dio cuenta de que alguna mujer sí que había retozado con su chico anteriormente, pues cuando lo conoció virgen no era. Le apeteció destrozarla, pero le pareció tonto, el pasado, pasado está y ahora era suyo. Dejó pasar un tiempo, cogió el joyero y se fue, no sin antes exhalar el aire lleno de Marcus. Paró un taxi para ir a casa, no quería que a su regalo le pasase algo. Llegó antes de lo que se esperaba por lo que le dio al taxista una generosa propina en señal de agradecimiento. El ascensor la llevó hasta el último piso del rascacielos, buscó su llave y abrió la puerta. Oía el televisor del salón, Marcus veía las noticias solo.

—¿Y Klaus y Blues? —le preguntó después de esconder su regalo detrás de ella.

—Tuvieron que marcharse pronto, aunque no se atrevían a dejarme solo —le contestó—, les tuve que prometer que tus regañinas irían solo para mí. ¿Y las chicas?

—Las dejé solas de compras. Pronto descubrirás el dolor de cabeza que Alanis te puede llegar a crear. Te he traído algo.

Aresha le enseñó el joyero que Marcus reconoció. Lo cogió para comprobarlo, era el suyo.

—¿Has estado en mi antigua casa? —le preguntó tras mirarlo y remirarlo—, pensaba que era peligroso.

—Para ti, sí —le contestó—, quería que recuperases algo de tu vida, y tu pasado es lo único que no está enfrentado a quién eres ahora. —Abrió el joyero y sacó las fotografías mientras la música se convertía en la banda sonora de ese momento—. Es lo único que encontré, pensé que te gustaría recuperarlas.

—La verdad es que sí —dijo, emocionado. Ya las daba por perdidas —. No me quedaron muchas cosas de ellos. Gracias por traérmelas.

Después de dárselas, Aresha se dirigió a la cocina y se sirvió una copa de la sangre embotellada que tenían. Les quedaba poca, pronto volverían a cazar.

—Heliatón ha estado en tu casa, lo han revuelto todo —le dijo al acordarse—, no creo que encuentren nada, pero hay que admitir que son tan obstinados como Gael. Suerte que su mortalidad los limita.

—Ahora que lo mencionas, quiero hablarte de Gael.

Aresha se puso seria al imaginarse cual iba a ser el tema.

—Sabes que no hay nada que decir, ni te acerques a él —le dijo—, no quiero que te mate.

—Ya sé que no eres partidaria de que defienda mi amor por ti, pero debes entenderme. Gael es mucho mejor que yo y no me fío, puede querer manipularte.

—No es mejor que tú y te entiendo aunque creas que no. Pero como sigas insistiendo deberás entenderme tú a mí si te vuelvo a encadenar a mi cama, en recuerdo de los viejos tiempos. Aunque ahora sería mucho más divertido, ya sabes a que me refiero.

—No tenemos que llegar a ese extremo. —Se acercó a ella y la cogió de las manos—. Cásate conmigo, así no tendrá derecho a reclamarte. Serás solo mía.

Marcus notó como Aresha empezaba a temblar como una hoja. Se imaginó que sería el nerviosismo de oír la proposición. Sin embargo, no reaccionó como esperaba. Separó sus manos y se alejó dándole la espalda. No parecía muy ilusionada.

—¿Ocurre algo? —Marcus intentó acercarse a ella. Al oírle, se dio la vuelta. Su semblante no reflejaba entusiasmo, más bien todo lo contrario.

—Nos iba bien, pero tenías que decirlo —le gritó—, tuviste que pensar en semejante tontería.

—¿Tontería? —Ahora fue Marcus el que se molestó—. No me imaginaba que casarte conmigo fuera una tontería para ti.

—Yo no he dicho eso.

—Lo has insinuado. Mira, mejor olvídalo, no he dicho nada —Marcus volvió al sofá, pero Aresha ya no lo podía dejar.

—No se puede, ya los has hecho, te conozco y sé que tú no lo harás. No has debido pedírmelo.

—Es que en mi mente tenía idea que sería algo agradable para ti, ¿sabes? No que te pusieses hecha una furia. ¿Tan malo es que sea tu marido?

—¿Piensas acaso que el amor se demuestra con un tonto nombre? ¿Y qué más, luego seré tu propiedad y harás lo que se te antoje?

—¿Eso a que viene?

Aresha no le contestó, se fue enfadada dando un portazo. No quiso seguirla, intuía que no era lo mejor. Algo le pasaba, la conocía y solo

perdía los papeles cuando algo privado se mezclaba en sus asuntos. Se quedó junto a la ventana hasta que la puerta se abrió. Giró para saber quién entraba, era Isibal.

—Hola. ¿Ha vuelto Aresha? —saludó.

—Sí, pero se ha ido.

Isibal se quedó en silencio, mirándolo fijamente. Sus años le habían hecho mejorar su intuición.

—¿Qué ha pasado? Se te nota a la legua.

Podía ser buena idea, nadie la conocía mejor que ella.

—Se ha enfadado conmigo. Por pedirle matrimonio —confesó. Isibal respondió bajando la cabeza, se acercó a él poniendo su mano en su hombro. Ella sabía algo de por qué Aresha había tenido esa reacción.

—Aún no lo has podido olvidar, pequeña. —La oyó susurrar. Marcus levantó la mirada intentando saber de qué hablaba, en cuanto Isibal se dio cuenta, no dijo más y le sonrió.

—¿Qué no ha podido olvidar?

—No pienses en eso. Ya sabes que si te deja puedes venir a mí. No me importaría ser tu segundo plato.

—Solo la quiero a ella —dijo mientras se apartaba al notar como la mano de su hombro se deslizaba por su camisa hasta llegar a su piel.

—Maldita fidelidad contemporánea. Bueno, pues ya que no vas a ser mío de ninguna manera, quizás te ayude saber que esa palabra solo le ha traído la muerte.

—¿Qué? No me digas que un cabrón se casó con ella y le hizo daño.

—No, tú serias el primero si aceptase. Pero eso que has dicho le pasó a su hermana. La marcó para siempre, estaban muy unidas. Ella misma se ocupó de él tras su conversión.

Tenía que haberse imaginado algo así, pero en vez de eso actuó como un crío, olvidando los sentimientos de los demás. Se enfadó antes de preguntarse qué pasaba. Isibal vio su rostro de culpa y se le antojó adorable. Antes que pudiera rechazarla, se acercó rápidamente a él. Lo besó apasionadamente antes de echarle el pelo hacia atrás.

—Vete a buscarla, anda.

La encontró en la azotea, estaba sentada en el borde y sus piernas colgaban sobre el aire. Su cabeza gacha miraba sus manos entrelazadas juguetear la una con la otra y cómo los coches pasaban varios metros bajo sus pies. Sintió a Marcus detrás de ella, no se movió, estaba avergonzada por su reacción. Pero la palabra boda o cualquier sinónimo de esta le producía escalofríos, para ella ese rito solo le traía malos recuerdos y dolor.

—Me imaginaba que estarías aquí. —Aresha no contestó, siguió inmóvil, ausente de todo.

Marcus se acercó hasta su posición y se sentó junto a ella. Aresha giró la cabeza en la dirección opuesta, no tenía ánimos para ver su

cara. No le podía culpar, él no sabía nada.

—Pensarás que no te quiero —dijo al final, en un susurro.

—No, de eso nada —le aclaró Marcus—, soy yo quién debe disculparse. No sabía lo de tu hermana.

—Cómo… Ah, Isibal —entendió—, te lo contó ella.

—Solo me dijo que una de tus hermanas murió a manos de su marido. —Se hizo el silencio. Marcus volvió a hablar—. No tienes qué contármelo, es algo privado.

Aresha por fin se movió y buscó con su mano la de Marcus, que se la ofreció. Estuvieron en esa posición un buen rato, sin atreverse a decir nada. Finalmente Aresha rompió el silencio.

—Me hablaste de tu padre —le dijo—, sabes que el mío también nos ignoraba, a todos menos al primogénito. Solo empezó a interesarse por cada uno de nosotros cuando llegamos a la edad para concertar enlaces. Mi otro hermano se salvó, pues por una promesa, uno de los hijos de mi padre sería un religioso, pero las tres mujeres no escapamos. Solo recuerdo la de la mayor, se llamaba Chantal y éramos inseparables. Fue la que de verdad cuidó de mí, hasta que un burgués, no recuerdo el nombre, le pidió su mano a mi padre. Era muy rico y no miró más, ni siquiera saber que su otra mujer falleció de una paliza que le dio. Mi hermano, el cura, quiso hacérselo entender a mi padre, lo único que consiguió fue unos cuantos moratones de la paliza que le dio. La última vez que vi a Chantal fue en el carruaje, llorando. Unos meses más tarde, nos dijeron que se había caído por la ventana, rompiéndose el cuello. Todos sabíamos bien la razón de su muerte.

—Lo siento mucho. —La acercó a su cuerpo, Aresha se abrazó. Varias lágrimas rojas brotaron de sus ojos al recordar.

—Dime, ¿no has tenido nunca curiosidad por saber cómo me hice vampiresa? —le preguntó de improviso. No sabía que responder ni qué sentido tenía. Aresha continuó con su relato—. Pocos meses después, descubrí que yo también estaba prometida con un noble italiano y que cuando creciese, debía irme con él. Tuve la suerte de que la reina Ana se interesó por mí, pero mi padre me dio con una norma, que respetasen mi enlace. Todo el tiempo que estuve con Ana, nos hicimos muy amigas y ella intercedió en varias ocasiones para retrasar mi boda. Entonces llegó el día en que Ana, agotada, se recluyó en el convento y se me impidió ir con ella. Ya no tenía más oportunidades, la unión sería inminente. Solo me quedaba una solución.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Marcus.

—Unos días antes, llegó una alquimista a la corte. Era muy inteligente y desde el principio se percató de mí. Me enseñó muchas cosas. —Aresha le miró a los ojos—. ¿Te imaginas quién era?

—Isibal —comprendió.

—Sí, Isibal fue mi salvación. La noche después de la marcha de Ana, me dirigí hacia su habitación. Le supliqué que me llevase con ella, no me importaba dónde mientras fuese lejos. Isibal fue reacia, pero pronto cedió, con una condición.

—No me digas, que te convirtieses.

—Si quería ir con ella, debía aguantar su ritmo, imposible para un humano. Acepté sin pensarlo dos veces. Nada mas transformarme en inmortal, lo dejó todo allí y nos fuimos sin que nadie sospechase, llevándome en brazos al no saber volar. Le debo mucho.

—Por eso el matrimonio te da pavor. Lo siento mucho, de veras.

—No hay nada que perdonar, no eres vidente. Soy yo quien exageró.

—No, lo entiendo. —Se levantó sin dejar de cogerle la mano—. Ese rito aún con otro nombre es una boda, no puedo pedirte que lo hagas después de todo lo que has vivido. Quiero que sepas que respeto tu decisión, no necesito que te cases conmigo para saber cuánto me amas, ni para que lo sepas tú de mí. Te dejaré sola para que pienses, estaré en la habitación.

Le dio un beso en la frente y bajó hasta su piso. Pasaron unos minutos hasta que la puerta de la azotea se volvió a abrir, esta vez Aresha no se percató.

—Idiota. —Oyó a su espalda. Se giró y vio a Isibal, mirándola

—Idiota. —Volvió a repetir—. No me puedo creer que lo hayas rechazado. ¿Me lo puedo quedar?

—Que no aceptase su proposición no significa que no estemos juntos —le respondió.

—¿Aún quiere estar contigo? —preguntó fascinada—. O te quiere mucho o es más idiota que tú.

—¿Quieres dejar de llamarme idiota? —Aresha se había enfadado.

—Es que lo eres. Han pasado más de trescientos años desde lo de tu hermana y sigues dejando que controle tu vida. No eres ella, ni Marcus es aquel desgraciado. Por los cielos, si lo ha dejado todo por ti.

—¿Crees que no lo sé? Pero no puedo, aunque quiera.

—Sí puedes, simplemente deja de pensar que todos los matrimonios acaban igual. Los hay en los que ambos son extremadamente felices, el vuestro sería de esos, lo intuyo.

—¿Y si te equivocas?

—Deja de decir tonterías y piensa un poco. Le dejaste vivir cuando aún era un exterminador, le salvaste un millar de veces por lo que me has dicho, y has rechazado a tu mejor amante, alguien que te prometió la corona por él. ¿Crees qué puedo equivocarme?

Aresha sonrió, era verdad, no podía equivocarse. Isibal se acercó a ella poniéndose de cuclillas para estar a la misma altura.

—¿Recuerdas algo sobre tu prometido de entonces? —le preguntó.

Aresha negó con la cabeza. Isibal sacó entonces un sobre de su bolsillo —. No lo sabes pero antes de que la joven Delacroix viniese a mi habitación pidiéndome la salvación, otra persona quiso interceder por ella. Ana sabía lo que yo era, antes de retirarse vino con este sobre. Me dijo que en cuanto se trasladase al convento, una de sus amigas seria obligada a casarse, ya todo estaba preparado. Incluso la futura novia había recibido un presente de su prometido que la reina interceptó y me lo dio. Dijo que si aceptabas la transformación te lo devolviese en el momento oportuno.

Aresha lo cogió y abrió el sobre. No había ninguna carta, solo una pulsera de oro con un emblema pintado. Una garra de león.

—Si este es el símbolo de la familia de…

—De Marco Carlo Mertincale, el primogénito de una prospera familia noble italiana. Cuando desapareciste, no cejó en su empeño de buscarte. Cielo, no creo en el destino, pero esto me ha hecho dudar.

Esto no podía ser casualidad, estuvo prometida con un Mertincale, huyó y acabó con otro de distinta época y mismo nombre. Recordó su sueño, el de antes de su premonición. Vio otra vez las calles de París y a Marcus abrazándola y bebiendo de su cuello. Estaban destinados a estar juntos, para toda la eternidad. Ahora lo entendía. Se levantó y bajó hasta su piso, dejando atrás a Isibal, a la que había devuelto la pulsera. Era este Mertincale el que le importaba ahora. Sin hacer ruido, entró en su habitación. Marcus ya estaba dormido en su rincón, mirando hacia la ventana por lo que Aresha solo le veía la nuca. Se acercó, subió a la cama y se quedó un buen rato en esa posición, sin dejar de mirarle. Le zarandeo, haciendo que despertase bruscamente.

—¿Qué ocurre? —gritó medio dormido. Aresha le paró y ambos se miraron.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Quiero casarme contigo.

Marcus no supo cómo reaccionar ante la noticia. Se quedó boquiabierto y le acarició el rostro, sin saber muy bien qué hacer.

—No eres el cabrón que mató a mi hermana, eres el hombre de mis sueños y no quiero separarme de ti. Quiero ser tu esposa.

Marcus la abrazó con fuerza, haciendo gruñir a Aresha por el dolor. Se disculpó y aflojó su muestra de afecto. Ninguno de los dos se lo podía creer, nunca se hubiesen imaginado en esa situación. Oficialmente estaban prometidos. Aresha lo acercó más a ella y acarició su desnuda piel.

—Habéis hecho un buen trabajo preparando la cama. ¿Probamos si es la definitiva?

Marcus la echó encima de esta. Pasó su mano por su oscuro pelo.

—Estaba deseando que tuvieras esa idea.

22 El rito del sello eterno

Llevaban despiertos varios minutos, pero ninguno de los dos se movía, acurrucados uno junto al otro. Solo una suave sábana de seda negra tapaba sus pálidos cuerpos mientras Marcus acariciaba la tez de Aresha. Ella se dejaba mimar sin separarse de la desnuda piel de Marcus.

—¿Tenemos que levantarnos? —Marcus remoloneó a la vez que besaba su hombro. Aresha acarició su rostro con la mano.

—Estoy muy a gusto contigo —ronroneó—, pero creo que sería buena idea anunciar nuestro compromiso.

—Y llegarán los gritos histéricos, y el qué te he regalado y el cómo ha sido y…

—Vale, vale —se rió—, tú tampoco tienes buenas asociaciones con el matrimonio. Lo siento, mi amor, te toca apechugar con lo que va después del bonito cásate conmigo.

—Yo pensaba que era esto. —Intentó volver a holgazanear debajo de las mantas, pero Aresha le echó de un empujón. Era su manera de decirle que no.

Después de mandarle al suelo, Marcus se recompuso. Se sentó en la cama después de ponerse los calzoncillos, que encontró tirados en una esquina y abrió el cofre que le había traído Aresha el día anterior.

—¿Qué haces? —le preguntó Aresha mientras buscaba su ropa interior—. Como se te ocurra volver a meterte te lanzo fuera de la habitación de una patada en el culo.

—No te pienso dar esa alegría. —Se giró para tenerla enfrente—. Aunque en el rito de sello eterno no hay intercambio de anillos, quiero que tengas esto.

Cogió su mano y le puso algo en ella. Aresha la alzó y vio el viejo anillo de los Mertincale en su dedo. No podía hablar, no se había imaginado que un simple anillo la llenase de emoción.

—Es precioso. —Fue lo único que acertó a decir.

—Es lo más valioso que tengo de mi familia. Y ahora quiero que te lo quedes tú.

Un huracán de sentimientos inundó su mente y su alma, Marcus la estaba haciendo olvidar todo lo que siempre había asociado a este tema. Seguían dentro de ella los malos recuerdos, no podía olvidarlos tan rápido, pero también empezaban a convivir otros más recientes y más bellos, gracias a él. Quería agradecérselo, así que se quitó su colgante y se lo puso.

—Es lo único que mantengo de los Delacroix. No tengo anillo, pero

sé que siempre te ha gustado.

Marcus lo hizo bailar en su mano, observándolo en su cuello. Antes de poder decir nada, un puño aporreo la puerta de la habitación.

—¿Seguís vivos u os habéis matado ya el uno al otro? —Oyeron la voz de Alanis, Isibal le había abierto la puerta. La pareja suspiró a la vez, era el momento de hacerlo público. Después de vestirse, ambos salieron al recibidor, cogidos de la mano.

—Han hecho las paces. —Observó Isibal—. Qué pena.

—Isibal ya me ha contado lo ocurrido. Marcus, perdona que mi hermano y ese idiota que Aresha llama manager te hayan liado. Lo siento.

Aresha le lanzó una mirada acusatoria a Marcus. Así que la idea no había sido suya.

—Ellos solo me dieron a conocer el rito del sello eterno, la decisión fue mía —intentó explicarse—, no hay nada que perdonar.

—Tengo que alegar en su defensa que si no hubiese sido por ellos, ahora no tendría un futuro marido —dijo Aresha. Las dos tardaron en comprenderlo, hasta que Aresha les mostró el anillo, comprendían que significaba para los humanos.

—Ay, dios mío. —Fue lo único que salió de sus bocas durante unos minutos. Todas siempre habían visto más fácil que cualquiera de las dos se casase antes que Aresha.

—Nunca pensé que te atreverías —le dijo Isibal tras el shock—, es tan raro, si hasta parece más normal que lo hubiera hecho yo con, no sé…

—¿Con mi hermano? —acabó Alanis.

—Ni yo hubiera escogido mejor el ejemplo, solo pensarlo me da escalofríos. Volviendo a lo tuyo, le debes querer mucho.

—No sabes cuánto para hacer esta locura —respondió Aresha—. Pero necesitaré toda vuestra ayuda. Y debo llamar a Anabella y a Milo. Necesito un ángel casamentero.

—De eso me ocupo yo —le dijo Isibal—. Conozco bien a Gloria, la que los casó, y su lugar de recreo. Yo la traeré mientras estáis con los preparativos. Es mi regalo de bodas.

—Gracias, de verdad. Aunque habrá que llamarlos igual. Deben estar entre nuestro selecto grupo de invitados, son amigos míos de siempre.

—Y no intentarán matarnos. —Aresha entendió por donde iba Marcus. No quiso, pero se había entristecido al darse cuenta que el día más feliz de su vida lo pasaría sin sus compañeros de siempre, sin Luca ni Morgana ni Mónica ni Rosalyn. Pero los que seguían vivos era un gran peligro para todos, incluso para él.

Al notarlo, Aresha lo besó en la mejilla, fue entonces cuando Marcus volvió a ser feliz al verla. No se arrepentía del bando elegido, aunque

significase dejar al otro lado a sus amistades.

—Me pido ayudarte con el vestido. He visto vestidos monísimos que te sentarán de fabula —dijo Alanis.

—Quiero algo sencillo —la avisó—, conozco tus gustos y debo admitir que a veces me das miedo.

Marcus no se había equivocado, a partir de ese momento todo su ambiente se revolucionó. Isibal estaba deseosa de empezar la búsqueda.

—Debo ir hasta la otra parte de la Tierra. —Les avisó para que entendieran su prisa.

—¿Tan rápido quieres alejarte de nosotros? —le preguntó Marcus—, no es que no me haga feliz, pero te estaba cogiendo cariño.

—Qué majo —dijo, simulando una risa—. Me imagino que no querrás demorar más de lo necesario vuestra ceremonia, y ella debe decidir si la hace. Cuanto antes venga, mejor. Ah, por cierto Klaus y el pulgoso no te dijeron una costumbre muy antigua que debéis cumplir durante la tiempo en que estéis prometidos. Debéis manteneros célibes hasta la noche de bodas, normalmente deberíais ser vírgenes pero los tiempos cambian. Lo siento, Marcus.

—Cada vez odio más a las suegras —respondió a su sonrisa.

—Te acabo de convencer para que me vaya.

—Lárgate ya y vuelve pronto, para mi desgracia. —Fue su despedida.

Isibal se despidió de todos, antes de marchar Aresha le dio su tarjeta de crédito. La Mayor la miró, extrañada.

—En este mundo hace falta dinero hasta para respirar —le dijo.

—¿Piensas que no lo sé? —Rechazó la tarjeta—. Tengo mis ahorrillos, por si no lo sabes, soy mucho más rica que tú, y mira que es difícil.

—Lo que no impide que tengas que vivir con nosotros. —Isibal despreció el último comentario de Marcus, se acercó a él y le dio un enorme beso antes de irse. Cuando se esfumó, Marcus entendió por qué lo había hecho al ver la cara de Aresha. Le apetecía salir corriendo.

Nadie que los viese en ese instante los catalogaría como una pareja diferente, algo en lo que estarían muy equivocados. Tristán pasó su brazo por el hombro de Layla mientras paseaban disfrutando de la tranquilidad del mar. Ni siquiera el fuerte ruido de las bocinas de los pesqueros les inmutaba. Al fin y al cabo, pocas cosas existen capaces

de intimidar a los príncipes de los licántropos. El sol comenzaba a ocultarse presagiando la llegada de la noche, su momento.

—Qué puesta de sol tan bonita —suspiró Layla. Tristán la miró y le sonrió.

—No tanto como tú. —Después la besó. Recordaba cuántos años llevaban juntos y seguían pareciéndole pocos. Se conocieron cerca de Noruega, cuando entró en la manada de su hermano. Muchos se fijaron en ella por su singular belleza, pero Layla los rechazaba a todos, incluso a él al principio. Pronto, tras el primer rechazo, se puso las pilas hasta que le dio una segunda oportunidad, una que no desaprovechó. Y llevaban juntos desde entonces.

Ambos se quedaron en silencio junto a la orilla. Fue Layla quien, muy a su pesar, rompió el magnífico momento.

—¿Sigue Gael en sus trece con la vampiresa? —le preguntó. No era el momento propicio pero odiaba los silencios.

—No te cae bien Aresha, ¿me equivoco?

—Seré anticuada, pero no me parece conveniente que nuestra hembra alfa sea una bebedora de sangre. Además, está empezando a llegar al límite de su cordura en esta persecución, si ella quiere al otro pues no hay más. —Tristán se quedó en silencio, mirando a las pocas olas que removían un agua cristalina—. ¿Te pasa algo?

—¿Sabes? Yo también estoy de acuerdo en lo referido a la obsesión de mi hermano. Y me siento culpable.

—Tienes derecho a pensar lo que te dé la gana, y no eres el único.

—Tú viste lo mismo que yo cuando atrapamos a Marcus. He de reconocer que aunque fuera un Heliatón se ha ganado mi respeto, nunca vi a nadie arriesgarse tanto por otra persona, contando además que no me parece que lo tratase bien si lo convirtió en mascota. Lo de ese humano era verdad, estoy seguro.

—¿Se lo has comentado?

—Y se ha puesto hecho una furia. —Bajó la cabeza unos instantes. Cuando la subió su rostro cambió—. Da igual lo que piense, mi deber es ayudarle.

—No debes hacerlo porque sea tu hermano…

—También es mi rey. No tengo otra.

Layla suspiró y apoyó su cabeza en su hombro. Tristán tenía sus ideales pero era demasiado leal para ayudarla. Esta vez se las tenía que apañar sola, aparte de que su misión no sería del agrado del príncipe. Aún no habían llegado todas las instrucciones, así que se relajó, disfrutando del tiempo que le quedaba en paz con Tristán.

—¿Cómo está la dichosa pareja? Vaya, ¿aquí no había una puerta?

Klaus quedo estupefacto al ver que la puerta que separaba el salón del resto de la casa estaba hecha añicos. La sorpresa fue aún mayor cuando entró y vio a un dolorido Marcus con hielo en la cabeza. A su lado Alanis no conseguía aguantar la risa.

—¿Es que Gael os ha encontrado? —le preguntó. Marcus se giró para mirarle, en su mano tenía la parte de la puerta más grande que quedaba, el pomo.

—Ya me gustaría —contestó.

—Ha sido la venganza de Isibal antes de marcharse. —Alanis continuó con la explicación al ver que Marcus solo tenía fuerzas para quejarse—. Como Aresha no puede hacerle daño a su sire, le ha tocado a él comerse la puerta sin patatas ni nada. Pobrecito.

No parecía sentirlo mucho, otra carcajada se le escapó. Conocía perfectamente el carácter de Aresha cuando algo la irritaba, Marcus debía aprender que era mucho mejor no hacerlo. Aunque no había tenido culpa alguna.

—Sí, qué risa —se molestó—, como a vosotros no os han estampado un mueble en la cabeza… Ay.

—Estás mucho mejor que aquel demonio que la molestó en su hora del sueño en Múnich. —Klaus intentó animarle. En ese instante Aresha apareció por el espacio donde antes estaba la puerta. En su mano llevaba su espada.

—¿Es que nunca vais a olvidar eso? —dijo después de desaparecer por la puerta de su habitación.

—Está afilando su espada, espero que no sea para mí —dijo Marcus —, por si acaso, no pienso entrar ahí.

Fue Klaus el que osó adentrarse en el lugar en el que estaba la vampiresa furiosa. Se la encontró sentada en la cama, con la espada en su regazo. Ya no se la veía cabreada, estaba sonriendo mientras se reía por dentro.

—Creo que me he pasado un poco, ¿no crees? —saludó a Klaus.

—Apostaría por eso —contestó—. ¿Qué ha pasado?

—Caí en el juego de Isibal. Pobre Marcus, ¿está bien?

—Saldrá de esta —bromeó.

—Por lo menos sirve para que recuerde que es mi siervo y eso no cambiará aunque se convierta en mi marido. Debe aprender a respetar a los mayores, sobre todo a Isibal, o pasará esto. —Aresha guardó la espada para alegría de Klaus. Sabía que no le haría daño, pero mejor no arriesgarse. También sabía cómo era la Aresha enfadada.

—A todo esto ¿dónde está Isibal? —le preguntó Klaus—, no la he visto aquí, riéndose de lo que ha conseguido que le hagas.

—Se ha ido a buscar al ángel casamentero. Conociéndola, estará

aquí en tres días o menos si tiene el viento a su favor. Es verdad, es muy rápida.

—Mayores —suspiró—. Me he tomado la libertad de llamar a Milo y a su pareja. Me imaginé que estarían invitados.

—Claro, te lo agradezco —le sonrió—, los necesito para saber qué tengo que hacer. Son los únicos que conozco que ya han pasado por esto. ¿Cómo están?

—Sorprendidos de que hayas dado ese paso y alegres de que sea con el dulce y extravagante Heliatón que conocen. Hasta Milo te tiene envidia. Estarán aquí mañana por la noche.

—Por suerte nada parece torcerse, rezo para que no cambie. La verdad es que tengo miedo.

—A que Gael se entere antes de tiempo, ¿verdad? —Klaus alzó la ceja. Había acertado de lleno.

—Si lo hace, no quiero saber qué pasará. —Aresha sintió un escalofrío pensando en las consecuencias—. Debe saberlo después, cuando no haya solución. Sé que no sería tan tonto como para ir a por Marcus cuando esté todo hecho, conociendo los efectos del rito.

—Quizá nunca se entere.

—Es el rey de los licántropos, Klaus. Se enterará tarde o temprano, tiene sus maneras, no tan buenas como las de los Mayores, pero existentes.

—Sí, radio macuto sobrenatural —bufó—, hay que ver lo cotillas que son todas las razas, sin excepción.

—Piensa que sin esa manera de propagación de las noticias, nadie habría sabido de la existencia de los zombis. Y mucho menos que son muy diferentes a los que los mortales describen en sus películas. Debo pedirte un favor. —Cambió de tema de forma radical—. Un gran favor.

—Nunca me preguntas, así que cuando lo haces me das miedo. ¿Qué quieres?

—Necesito que te lleves a Marcus. A vivir contigo hasta que Isibal vuelva y se produzca el enlace. Debemos mantener un periodo de celibato, algo imposible si vivimos bajo el mismo techo.

Klaus iba a soltar un comentario sobre eso, pero la mirada rápida y asesina de Aresha le abstuvo de seguir. Solo asintió con la cabeza mientras le extendió la mano.

—¿Vienes a pedirle perdón? —Aresha aceptó su mano y se levantó de la cama.

—Eso ni pensarlo —le dijo con una sonrisa en los labios. Se dejó llevar por Klaus hasta su salón. Antes que la oyese, Aresha abrazó por detrás a Marcus, haciéndole dar un salto, atemorizado. Le respondió con un beso en la mejilla para que supiera que ya no tenía nada de qué preocuparse.

—Te voy a echar mucho de menos, mí pequeñín —le dijo sin soltarle—, debes pasar unos días con Klaus. Te cuidará muy bien, ya lo verás.

—¿Por qué me tengo que ir? —se quejó Marcus. Aún con todo esto, no podía vivir sin ella.

—¿Crees que es fácil mantenerme lejos de tu cama teniéndote en la misma casa? Por favor, si casi no aguanté cuando eras un humano. Así que, te echo de casa temporalmente.

—Pues menuda manera de empezar con nuestra vida de prometidos —murmuró.

Isibal planeó suavemente sobre la montaña hasta bajar cerca de la entrada de la cueva. Sabía que Gloria era una persona solitaria, y como los grandes ángeles prefería la soledad y la paz a vivir en una gran ciudad. Y que mejor lugar para conseguirlo que en el Tíbet. Entró a la oscura gruta. Cerca, vio a varios monjes que no cambiaron su ruta con su presencia. Los ignoró, no eran la persona que buscaba. Se adentró más y llegó hasta un pequeño altar. Allí una mujer morena y con el pelo muy corto machacaba en su mortero varias hierbas mientras canturreaba una canción. Isibal se acercó un poco más, Gloria movió los ojos para verla. Después de unos segundos de inspección, volvió a atender sus quehaceres.

—Hacía mucho que no te veía, Isibal —dijo al fin. Se levantó y mezcló esos polvos con agua de manantial.

—Sé que te gusta la soledad, no quiero importunarte más de lo necesario.

—Eso no significa que no quiera verte, mi vieja amiga. —Los monjes de antes entraron y Gloria les dio el agua con las hierbas—. Es una pócima para mantener la salud, estos pacíficos monjes se lo merecen después de lo bien que me tratan. ¿Por qué estás aquí, Isibal?

—Te necesito. Para una boda.

—Algo bonito, me alegro —sonrió—. No me imaginaba que los Mayores llegasen a pensar en pasar por el altar.

—No es mi boda, es la de Aresha.

—Vale, eso me lo esperaba aún menos. ¿La pequeña Aresha quiere casarse? ¿Quién es el afortunado?

—Un Heliatón.

—¿Cómo? —Gloria se quedó boquiabierta—. Te estás quedando conmigo.

—Bueno, lo he dicho mal. Es un ex Heliatón, pero cuando se

conocieron lo seguía siendo. Se ha vuelto vampiro y cuerdo por ella.

—Esta chica, nunca se pudo conformar con nada normal.

—Marcus es muy simpático y está como un quesito, te lo puedo jurar. También sé que la quiere con locura, mira que me he ofrecido a él y nada. Aparte, mejor un antiguo exterminador que un rey.

—Sí, conozco esa historia —habló Gloria—, en fin, dadas las circunstancias, no puedo negarme a hacerlo y ser la que case a Aresha. Jamás pensé que diría eso alguna vez.

—Mejor nos vamos cuanto antes, quiero que reciba ya mi regalo.

Gloria asintió y comenzó a preparar una mochila. Dentro metió una botella con el agua de ese lugar, una bolsita con varias hierbas y unas cuerdas finas. También preparó una daga ceremonial.

—Una cosa, ¿cómo vas a hacer para que no te quiten esa daga en el aeropuerto? —preguntó Isibal.

Gloria no contestó, simplemente la puso en sus manos, bajo la cabeza y comenzó a murmurar en un idioma antiguo. Isibal comprendió lo que estaba haciendo al aparecer las alas blancas en la espalda del ángel, signo del uso de la magia. Un destello salió de la daga antes de que Gloria callase y la guardase con las demás cosas, en forma de cepillo para el pelo.

—La magia avanza a la par de la ciencia, vieja amiga. Los antiguos sabemos cómo defendernos cuando nos quieren descubrir, lo que no significa que descuidemos los pequeños detalles. Ahora me gustaría saber, ¿iremos en primera clase?

Anabella se lanzó sobre Marcus en cuanto cruzaron el umbral de la puerta. Les estaban esperando todos muy preocupados, pues habían tardado un día más de lo dicho.

—Cómo me alegro de que hayas sido tú el que obre el milagro. Mírate, pero qué guapo estás, estabas hecho para ser vampiro.

—Mírame Aresha, no estoy tocando —le dijo Marcus a su sire con las manos en alto para que las viese bien—, así que, por favor, no me mates.

Milo y Anabella miraron a Aresha. No les gustaba que asustara al pobre Marcus, le tenían cierta estima de cuando lo conocieron como humano.

—No le hagáis caso, yo no soy tan mala persona. —Se intentó defender—. Jolín, que tampoco es que lo maltrate.

—Cielo, le has roto una puerta en la cabeza —intervino Alanis—, todos sabemos cómo eres. Por cierto, yo me llamo Alanis. —Se

presentó a la nueva pareja—. Y este de aquí es mi hermano Blues.

Señaló al lobo negro que apoyaba perezosamente la cabeza en el regazo de su hermana. Ese día era luna llena y se sentía más cómodo en esa forma en la que estaría toda la noche. Cuando Alanis mencionó su nombre, levantó las orejas, miró a los invitados y, tras un gruñido de saludo, volvió a cerrar los ojos.

—Debe ser interesante ver una casa habitada por un vampiro y un licántropo —dijo Milo mientras miraba a Blues.

—No creas, como cualquier otra. Blues, me estas durmiendo las piernas, cabezón. Vete a tomar un poco el aire, anda. —Lo echó del sofá, lo que le hizo gimotear mientras comenzó a dar vueltas por el salón, sin saber dónde ir ahora. Marcus lo agarró y comenzó a acariciarle como si de un perro domestico se tratase. A Blues no le desagradó, un lametón llenó la cara del vampiro de saliva de lobo. Marcus se rió, le encantaba tener un lobo que no quisiese despedazarlo.

—¿Y dónde vais a celebrar el rito? —preguntó Anabella después de acomodarse.

—La idea era hacerlo en el pequeño estudio que tenemos para el grupo. Todos serán felices si les damos varios días libres —dijo Aresha—. ¿No hará falta un lugar especial? Porque la vuestra fue muy hortera para la época.

—Fueron los felices años treinta —contestó Milo.

—Si los felices fueron los veinte —se extrañó Marcus—, saqué matrícula en el instituto en la asignatura de Historia, ahí no me podéis engañar.

—Cierto, para los humanos —puntualizó Anabella—, nuestros días de ensueño llegaron cuando los grandes y apetitosos empresarios se convirtieron en vagabundos. Tendrías que haberlo visto, cuánta comida junta y legal. Ñam, ñam.

—No hay inconveniente en ese lugar. —Milo siguió la verdadera conversación—. La verdad es que nada importa más que los pasos a seguir, por lo menos con Gloria. Es una de las mejores casamenteras que sigue viva, gracias a ella me encantan los ángeles.

—Me alegro de ver que he conseguido tanto, querido. —No habían oído la puerta ni que Isibal y Gloria ya estaban allí. Dos días, justo lo que Aresha se esperaba.

—Qué rápida. —La voz de Klaus apareció de las penumbras. Isibal le miró y le sonrió educadamente. Cómo se atrevía a dudar de su eficacia. No estaba de humor, pero solo Aresha se percató de lo que realmente le sucedía. Después de jugar con Marcus, Blues se había dirigido a la nueva vampiresa del lugar. Tras olfatearla para saber si era de fiar dejó caer su cabeza en sus rodillas y la miró con ojos de carnero degollado, la mirada que utilizaba para dar pena. Funcionó,

pues Anabella que no había visto muchos hombres lobo sintió curiosidad y comenzó a rascarle la cabeza.

Cuando Isibal llegó, Blues estaba ronroneando a la divertida Anabella, que le seguía acariciando. Aresha sabía que era eso lo que le había hecho daño a la Mayor, no ser la única vampiresa de la que Blues se había encariñado tan rápido. Con disimulo llamó al lobo y le señaló a la Mayor. Este debió comprenderla, pues se lanzó a por ella y le dio unos toques con el morro. Sin embargo, Isibal ya estaba ofendida y se alejó hasta la cocina, seguida por el cánido que le mordisqueaba las piernas para llamar su atención.

Mientras, el ángel se encontró con la mirada de Marcus. Gloria se dirigió hacia él, se situó enfrente suya, agachada, para mirarlo a la cara.

—Sí, estoy segura de que eres tú. Tienes que decirme como conseguiste que aceptara.

Marcus miró de soslayo a Aresha que sonrió tímidamente. Su fobia al matrimonio era ya famosa mundialmente.

—Yo no hice nada, la decisión fue suya —contestó, aún mirando a su prometida.

—Qué modesto —rió—, veo que Isibal tenía razón, eres noble y muy guapo. —Eso le hizo enrojecer. Gloria extendió sus manos con las palmas alzadas—. Déjame tus manos.

Marcus obedeció y las dejó encima de las del ángel. Ella cerró los ojos y una tenue luz azul apareció entre estas, a la vez que dos grandes alas blancas se desplegaron en su espalda. Marcus no sabía qué ocurría, esperaba que fuese algo bueno y que su boda no corriese peligro. Tras un tiempo en silencio la luz cesó y Gloria abrió los ojos.

—Qué interesante —dijo—, has sufrido demasiado en esta vida y ni siquiera conoces toda la realidad. Pero eres alguien muy bueno y honesto, no pegabas ni con cola en Heliatón. No tienes alma de exterminador, aunque te venga de familia. Tu corazón es el de los Mertincale, el de tu madre. Hay muchas cosas que debes saber, pero no de mi boca. Lo que necesito, ya lo he encontrado.

—¿Qué era? —preguntó tímidamente.

—Saber si había amor verdadero en tu corazón y eso he visto. El rito puede ser celebrado.

—Espera, ¿no deberías mirar eso también en Aresha? —preguntó Alanis.

—Se ha decidido a hacer algo que siempre le aterró por él. Es prueba suficiente. Solo necesito saber para cuándo queréis el rito.

Todos se pusieron a pensar en la fecha idónea. Nadie sabía que Aresha ya la tenía desde hacía tiempo.

—Mañana.

—¿No vas un poco rápido, preciosidad? —exclamó Gloria. Aresha

negó con la cabeza.

—Hagámoslo lo antes posible. Si Gael se entera, no quiero saber que puede pasar ni qué hará para evitarlo. ¿Es posible mañana?

—No tengo inconveniente alguno. ¿A alguien le viene mal? —Todos negaron con la cabeza—. Sigo diciendo que es un poco pronto.

—Tengo tres razones de peso, una es que tenemos a Gael pisándonos los talones, otra que ya no aguanto más alejada de Marcus y la tercera y más importante, que como no se haga ya, voy a acabar arrepintiéndome.

—Vale, entonces mañana por la noche. —Gloria rió por lo bajo—. Aparte de lo que he visto, debe ser un tigre de bengala para que ya le eches de menos en solo dos días.

Eso hizo enrojecer a Marcus, que se tapó con el pelo de Aresha. Ella le acarició el suyo mientras se acercó a su oído.

—Piensa que es algo bueno —le susurró para calmar su timidez—, tranquilo, nadie se equivoca. Puedes sentirte orgulloso.

Marcus la miró aún avergonzado y ella le contestó con un beso.

—Eh, recordad que nada de nada hasta la noche de bodas. —Avisó Alanis al ver que su beso duraba más de la cuenta. De improviso, oyeron un aullido muy extraño en la cocina. Aresha fue la primera que saltó hasta la cocina, tenía miedo de que lo suyo no hubiese sido buena idea y que Isibal, enfadada, hiriese a Blues. Detrás de ella todos fueron, curiosos de saber qué pasaba. Al entrar, vieron al lobo negro, a dos patas y aullando de esa forma. Delante de él, Isibal lo miraba. Alanis miró a su hermano haciendo el idiota.

—Te está cantando —dijo sin saber muy bien si se lo estaba confirmando o aclarándoselo a los demás.

—Como no lo miraba, empezó a hacer esto para llamar mi atención —dijo Isibal sin dejar de mirar a Blues. Aresha atisbó en su rostro una leve sonrisa.

—Dios santo —volvió a hablar su hermana—, lo hace fatal. Por favor, déjalo de una vez y vámonos a casa. Te lo suplico.

Le hizo caso a su hermana y calló. Se acercó tímidamente a Isibal pasando su lomo por su ropa. Esta vez, la Mayor se agachó y su mano le acarició el pelo. Contento, Blues se fue dando brincos, seguido de Alanis. Klaus y Marcus también marcharon pronto, aún no tenían el traje para el novio. Los que quedaban siguieron el ejemplo de los demás y aprovecharon para descansar y estar frescos para el gran día.

Volvieron a encontrarse a la noche siguiente. Según deseos de Gloria las mujeres se dirigieron a casa de Aresha mientras los hombres acompañaron a Marcus en sus últimos momentos de soltería. Dos limusinas esperaban a los dos grupos, no se verían hasta llegada la ceremonia. Marcus fue el último en vestirse. Todos se habían decidido por un traje sencillo negro, menos Klaus que iba de verde oscuro.

Marcus se probó varios trajes, pero al final se decantó por prescindir de la chaqueta. La camisa negra con la que fue al Paradiso por primera vez fue la escogida para acompañar al pantalón y los zapatos del traje. Se puso a mirar a su comitiva, esperaba que las chicas fuesen más elegantes, porque quitando a Milo que siempre iba estupendo, y a Klaus que llevaba la elegancia en la sangre, Blues y él daban risa. Ellos eran más normalitos y un traje no les pegaba nada, sobre todo al lobo que estaba a punto de desgastar el espejo.

—¿Con ganas de salir corriendo? —le preguntó Milo colocándole una rosa roja en el bolsillo de su camisa—. Mira que eres simple, hijo. Por lo menos ponte una chaqueta.

—Es verdad que estoy muy nervioso —respondió—, lo que más me molestaría ahora sería la dichosa chaquetita. Tengo un calor horrible y mira que no lo notamos.

—No te preocupes, solo piensa que es algo para toda la eternidad. —La voz de Klaus se difuminó en la última sílaba de la palabra—. De verdad, estás loco. Corre, yo te cubro.

—Si corro va a ser en dirección al altar. —Marcus sonrió—. No te preocupes Klaus, soy un loco que sabe qué hace.

—Que no hay divorcio sobrenatural —le recordó Blues—, no te entiendo, atarte a una sola mujer. Ni harto de vino, para ti todo.

—No seáis tan agoreros. —Milo defendió el rito—. No sabéis lo bonito que es cuando el rito del sello eterno se produce, el amor que sientes dentro de ti. No cambiaría a mi Anabella por nada del mundo, solo cuando llegas a ese extremo puedes hacerlo.

—Eso ya me queda lejos —dijo Marcus—, no la puedo cambiar, debería ser al contrario. Ella es mi dueña y solo a Aresha pertenezco.

—Que cursilada —soltó Blues. Discutieron durante el camino de si lo harían o no y por qué mujer lo harían. Marcus intentó buscar el nombre de Alanis en la boca de Klaus, algo que no ocurrió, probablemente por la presencia de su hermano. Tenía curiosidad por saber si Aresha se equivocaba o no en su idea sobre los sentimientos de sus amigos. Una buena pista le llegó cuando estaban esperando en el estudio. Gloria ya estaba allí y al ver a Marcus sonrió.

—Veo que te gusta la sobriedad —le dijo—, hubiera sido más elegante casar a Klaus.

—Pensaba que solo importaban los pasos del rito —contestó sin inmutarse. Gloria volvió a sonreír y se sentó detrás del altar improvisado, compuesto por dos cajas metálicas cubiertas por una gran tela. Un tiempo después, oyeron un coche aparcar delante del estudio. La puerta se abrió y apareció Alanis con un largo vestido rojo de generoso escote y unos tacones imposibles. En su pelo llevaba un broche negro que apartaba los mechones de su cara.

—Aresha está preparada para entrar. —Ella se dio cuenta que el

mánager estaba boquiabierto, mirándola sin pestañear. Alanis bajó los ojos avergonzada por recibir esa mirada. Marcus notó lo que pasaba, la magia del momento la rompió Blues, que chasqueó los dedos delante de Klaus. Parecía algo molesto.

—Deja de mirar a mi hermanita así o te saco los ojos. —Vaya, acababa de aflorar el amor fraternal del lobo. Sabía que su hermana no veía con malos ojos al mánager, pero que también ocurriese lo contrario ya no le gustaba tanto. Klaus volvió en sí mientras Alanis reprendía a su hermano por hacer eso.

Esto último Marcus no lo vio, estaba más interesado en ver como Gloria convertía un cepillo para el pelo en una daga ceremonial. Un golpe en el brazo le asustó y le obligó a darse la vuelta. Se giró y al verla en la puerta quedó asombrado, Aresha estaba preciosa. La verdad es que siempre lo estaba para él pero ese día tan especial para ambos le deslumbraba tanta belleza.

Se había dejado el pelo suelto, que era de la forma que mas la favorecía, y su vestido liso de color negro sin mangas le quedaba espectacular. Sus tirantes se entrelazaban por encima de su pecho dejando una parte oval que permitía ver su piel, blanca como el alabastro. Aresha se acercó con paso lento hasta el altar, con una mirada tímida. Estaba segura de lo que quería, aún así el matrimonio seguía infundiéndole respeto. No podía dar marcha atrás, ya estaba en su destino y el hombre de sus sueños la esperaba.

—Gracias a los cielos, Aresha —le dijo Gloria—, pensé que ibas a salir huyendo.

—¿No pensarás que voy a dejar a mi hombre un segundo más en el mercado? —Se sentía feliz, ya no le traía malos recuerdos—. Lo quiero como no he querido a nadie jamás y quiero que sepa que estoy dispuesta a pasar toda mi eternidad con él —le dijo mirándole a los ojos.

—Siento un gran amor entre vosotros —confesó el ángel—, esta va a ser una unión en la cual no habrá arrepentimiento por ninguna de las partes, lo presiento. Pero para eso ha de haberla, así que comencemos.

Gloria sacó de la bolsa de viaje un cáliz dorado y varias hierbas desconocidas. Las cortó con las manos y la introdujo en el cáliz. Después cogió una botella de agua y tras varios cánticos en un idioma que Marcus desconocía la derramó sobre las hierbas. Con el contacto del líquido se disolvieron dejándolo con un tinte rosado por el color de las pequeñas flores. Dejó el cáliz en la mesa que la separaba de los contrayentes y comenzó.

—El rito del sello eterno no necesita de unas palabras especiales, solo los pasos de toda la vida. A muchos ángeles casamenteros les encanta adornar su ceremonia, pero la gente que me conoce sabe que no me gusta alargar las cosas más de lo necesario, así que, fiel a mi

estilo, vamos a ir al grano. ¿Alguno de los dos sabe cómo va esto?

Marcus miró a Aresha, esta cogió sus manos.

—Creo que me acuerdo todavía de la de Anabella y Milo —anunció—, todos los pasos ha de hacerlos primero el más antiguo, ¿cierto?

—Vas por el buen camino. —Gloria asintió—. No os preocupéis, os diré que hacer si te olvidas, ¿recuerdas qué hacer con esto? —señaló la daga.

—Sí, perfectamente. Por eso me decidí por este vestido. —Miró a Marcus, esperando a que la imitara—. Haz lo mismo que yo.

—Bien. —Gloria levantó el cuchillo por encima de ella—. Que por esta arma brote la sangre de los amantes.

Dicho esto se lo tendió a Aresha. Ella lo aceptó y lo usó para abrirse una pequeña herida en la zona donde estaba su corazón. Marcus observó como la daga absorbía una pequeña parte de la sangre que manaba. Cuando el borde se volvió rojo Aresha lo separó y en segundos la herida se cerró completamente. Acercó el cuchillo hasta el cáliz y de él salieron tres gotas de sangre.

—Ahora te toca a ti, mi amor. —Aresha le pasó el cuchillo, mientras Gloria le desabrochó la parte superior de la camisa para ahorrar tiempo. Marcus hizo lo mismo, se cortó y luego echó las tres gotas de su sangre en el cáliz. Al caer la última gota, el líquido rosáceo se oscureció hasta convertirse en un color rojo intenso.

—La primera fase ya está concluida —les dijo Gloria—. Cogeos las manos, por favor, y no os soltéis.

Ellos así lo hicieron, el ángel buscó nuevamente en su bolso de viaje hasta sacar una fina cuerda que metió dentro del cáliz. Después entrelazó las manos de los dos con ella.

—Esta unión es irrompible, solo la muerte os podrá separar, en cuanto introduzcáis en vuestro cuerpo la locura sagrada del amor y la pasión, que no os permitirá vivir el uno sin el otro. Debo advertiros que si aceptáis continuar, os amareis como jamás habéis amado, os deseareis como jamás habéis deseado y la pérdida del otro os puede conducir hasta una locura jamás imaginada. ¿Queréis continuar?

Ambos se miraron, lo tenían claro. Asintieron con la cabeza mientras se apretaban las manos con firmeza. El ángel volvió a recitar en ese idioma extraño cuando de repente la cuerda empezó a vibrar en sus manos. La cuerda se había transformado por completo en una serpiente de dos cabezas. Estas reptaron hasta llegar una a la mano de Aresha y otra a la de Marcus. Justo a la vez les mordieron y Marcus sintió como un líquido ardiente entraba por sus venas. Cerró los ojos evitando gritar por el dolor. No veía a Aresha pero por la fuerza con la que le apretaba las manos, le estaba pasando lo mismo.

Tras unos instantes de fuerte dolor, las cabezas de las serpientes les soltaron y lo que empezó siendo una cuerda se desvaneció en el aire.

Marcus abrió los ojos y los dirigió hacia su amada.

Antes de eso pensaba que no podía quererla más, que era imposible, pero estaba muy equivocado. Sentía como si una venda le impidiese ver toda la belleza de Aresha, y ahora se la habían quitado. Aresha lo miró y vio en sus verdes ojos el mismo estupor al descubrir que lo amaba con ardor, igual que Marcus a ella. No podían hablar, solo mirarse sin atreverse a pestañear.

—No tengáis miedo, el líquido de la serpiente mística solo intensifica los sentimientos hacia la otra persona, por eso se ha de tener claro el amor que se siente. Si no fuera así, el rito puede llegar a ser un desastre —les dijo Gloria al ver sus caras—. ¿Acierto si digo que veo un amor increíble en vuestras miradas?

—No sabía que podía a llegar a amarla tanto —dijo Marcus con un tono de sorpresa.

—Ni yo —contestó Aresha—. ¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin ti?

—Mejor dejad eso para más tarde —les dijo el ángel al verlos acercarse tanto el uno al otro—, estamos a punto de acabar.

Avergonzados, se separaron hasta estar al límite de lo decente. Gloria les cedió el cáliz.

—Ahora bebed y convertíos en marido y mujer. La mitad cada uno.

Siguieron el mismo orden, primero Aresha y después Marcus. Por fin, ya estaban casados. Se sonrieron, pero Gloria los paró.

—Esperad, queridos —les dijo—. Es verdad que ya sois marido y mujer pero falta una última cosa, la marca para que todos lo sepan.

Dicho esto se quitó su viejo colgante de casamentera. Era circular y en medio tenía el dibujo de la serpiente bicéfala en relieve. El colgante se abría por un extremo, dando paso a dos iguales con el mismo dibujo. Gloria separó las partes y los puso en sus cuellos. Notaron como el colgante les quemaba la piel, pronto el ángel los separó. En ese lugar Marcus y Aresha tenían el mismo dibujo que también portaban Anabella y Milo, el símbolo de los casados para toda la eternidad.

—Ahora sí —sonrió Gloria—, como dicen en el matrimonio humano: puedes besar a tu mujer, si se deja, claro.

No era lo que decían, pero a Marcus le daba igual. Se acercó a Aresha, pero ella fue más rápida y estuvo a punto de tirarle cuando lo besó. Nunca pensó que su matrimonio podría traerle felicidad, pero así había sido. Lo apretó contra su cuerpo y una de sus manos se deslizó por dentro de su camisa. Los invitados tuvieron que carraspear para recordarle a la pareja que no estaban solos. Otra vez se pusieron rojos de vergüenza, Marcus miró a Aresha pícaro.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó ella. Marcus respondió cogiéndola en brazos y dirigiéndose hacia la puerta.

—Id a festejar nuestro enlace, invito yo —les dijo a todos.

—¿Y vosotros? —les preguntó Alanis.

—A disfrutar de nuestra luna de miel, qué otra cosa.

—Vale tortolitos, que os lo paséis bien —les despidió Klaus por todos—. ¿Cuándo volveréis al mundo real?

—Ya te llamaré —le dijo Aresha antes que Marcus alzase el vuelo hasta su nido de amor. Todos sentían la misma alegría por dentro, por fin el destino les sonreía y sus amigos habían encontrado su máxima felicidad.

23 Engaño

Gael estaba iracundo, nada bueno le había traído esa visita. Lanzó una botella a la pared, pero no mejoraba su humor. Todo comenzó con los rumores que le llegaron de sus hermanos. Por lo visto un extraño ángel merodeaba por la bella ciudad y estaba acompañada por Isibal, la Mayor. Eso ya le hizo albergar sospechas, las cuales empezaron a hacerse realidad al ordenarles buscar información. No era solo un ángel, sino una casamentera, los cuales no andan con los demás, a no ser que tengan trabajo. Malditos mayores, Gael se imaginaba sus ideas, harían todo lo posible por conseguir evitar que Aresha fuese suya. No podía ser, llegó a pensar, ella ya había bebido el anti-conjuros.

Maldito Marcus, ahora lo entendía todo. Fue un tonto pensando que ese antiguo Heliatón era tan listo. Seguro que los Mayores lo utilizaban para conquistarla, el embrujo venía de ellos, por eso su líquido no había funcionado. Se empeñó en descubrir si tenía razón en pensar lo peor, mandó a Tristán en busca del ángel. Necesitó unos días antes de cumplir su cometido, el momento en el que la casamentera estuvo sola. Tristán la encontró en la puerta del Universo. Ella estaba en la puerta e Isibal acababa de entrar en la discoteca cuando Tristán se acercó.

—Hola cielo. —Lo saludó sin temor—. Si no me equivoco eres Tristán Montalbo. Te pareces mucho a tu hermano.

—Es verdad. —No quiso mostrarle que estaba confundido—. Quiero que vengas conmigo.

—Lo sé, Tristán.

—¿Por qué te has quedado aquí, sola, si me esperabas?

—Porque soy una partidaria de la verdad y Gael ya la puede saber. Isibal cree que me voy al hotel así que no hay prisa, pero me estoy helando.

—Tengo cerca mi moto —le dijo a modo de disculpa. La guió unas calles más lejos, allí estaba su vieja moto, una Lamborghini 90 azul metalizada. La casamentera no ofrecía ninguna resistencia y eso era lo que le extrañaba a Tristán.

—Mi nombre es Gloria, por si no lo sabes —le dijo durante el camino a la vez que apoyaba su cabeza en la espalda del lobo. Sus brazos lo rodearon para volver a unirse justo en el corazón del príncipe. Tristán se sentía aturdido ante la docilidad de Gloria, aunque se hubiese presentado como su secuestrador le seguía tratando con dulzura y sus manos irradiaban un calor agradable.

Cuando llegaron hasta la mansión, la guió por esta hasta el despacho de la primera planta. Sentado, esperaba Gael. Su mirada azul se clavó en Gloria, no hizo ningún efecto sobre ella que esbozó su habitual sonrisa.

—No me equivocaba, tenéis un gran parecido.

—¿Por qué has venido, Gloria? —Gael fue directo.

—Lo sabes bien. Soy un ángel casamentero, he tenido una ceremonia del rito del sello eterno. La de Aresha —le aclaró.

Justo lo que se imaginaba. Gael intentó controlar su cólera, algo que le era casi imposible. De sus manos salieron sus afiladas uñas y giró la cabeza, sin que eso ocultase su humor. Otro cualquiera estaría aterrado por estar en la misma sala con un lobo tan poderoso y enervado, Tristán pedía silenciosamente salir de ahí. Sin embargo, Gloria seguía sin reaccionar. No le daba miedo.

—Pensaba que erais seres neutrales —dijo al fin. Su humor era el peor de todos los tiempos—. ¿Ahora os dejáis manipular por los Mayores?

—Nadie me manipula, ni a mí ni a Aresha. Necesitas asumirlo, esta vez ha elegido a otro.

—Cállate —gritó abalanzándose hacia Gloria. La levantó del suelo apretándola contra la pared. Pronto, Tristán apartó la zarpa de su hermano del ángel que ni con esa amenaza se le había movido un músculo.

—Recuerda que es alguien importante, nos traerá más problemas si le pasa algo. No creo tampoco que le haga gracia a Aresha, puede ser amiga suya.

—Ella la ha separado de mí para siempre. —Se resistía a dejarlo.

—Has sido tú quien la ha separado —contestó Gloria—. No pudiste pelear por ella como un hombre, sino como una rata, queriendo eliminar a tu competencia en vez de enfrentarte a ella. Marcus la merece un millón de veces más que tú.

De milagro, Tristán logró su objetivo y la sacó de la sala. Después reprochó a su hermano con la mirada. No era bueno atacar a un ángel de tanta categoría.

—Llévatela. —Fue lo único que le dijo el rey antes de darle la espalda. No quiso tentar a la suerte más de lo necesario. La dejó en la puerta de su hotel intacta, algo que dudaba que pudiera hacer desde el primer momento.

—¿Ya te vas? —Gloria lo paró cuando volvió a arrancar la moto—. Ya no hay prisa.

—Podrían sospechar —le dijo mientras bajaba.

—Lo sabrán igualmente, no hay marcha atrás tras el rito. Tú también crees que los sentimientos de Marcus son verdaderos, lo he visto. Pero tu lealtad a tu hermano te hace callar. Dentro de ti se

esconde un buen corazón, lleno de melancolía. Y lo malo es que te van a hacer sufrir demasiado, más de lo que te mereces. Pero es necesario y, tras el vendaval, volverás a ser feliz. —Tenía apoyada la mano en su corazón. Se puso de puntillas para acercarse a sus labios. Tristán se quedó sin saber muy bien qué hacer, como reaccionar—. Déjame que por un instante, te haga olvidar tu pena.

Antes de darse cuenta, ya estaba arriba en su habitación, y pocos segundos después su camisa había desaparecido. Las rudas sábanas del hotel le mitigaron el frío que no sentía, en su cabeza solo aparecía el deseo de acariciar la piel de su acompañante, que estaba junto a él en esa cama.

—Sabes que a las seis debéis estar todos aquí. —La voz de Gael llamó su atención al cruzar la puerta de la mansión.

—Son menos cinco. —Le señaló el reloj. Quiso subir directamente a su cuarto, pero Gael se lo impidió.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Gael, a sabiendas de que sí.

—Estoy bien. —Su tono fue más arisco de lo normal. Al subir tres escalones, la voz de su hermano volvió a sonar.

—Los ángeles antiguos también tienen sus necesidades. Somos un juguete para ellos, más con nuestra reputación como amantes. Nadie puede resistirse al hechizo encandilador de un ángel encaprichado.

—¿A qué viene eso? —Lo miró de mala manera.

—No puedo registrarte la mente porque eres mi hermano de sangre, lo que no quiere decir que no te conozca ni que no vea como te miraba. Eras su delicatesen del día, que mejor que un príncipe lobo. Espero que no te hicieses ilusiones.

—Déjame en paz —le dijo antes de subir hasta arriba. Se sentía mal, un ser despreciable, no por ser tan débil sino por la pobre Layla. Antes de entrar en su habitación se paró un instante. Había disfrutado de ese momento, incluso demasiado para ser un hombre comprometido, pero Gael tenía razón, fue solo una noche y no merecía la pena sufrir por esto. No le gustaba mentir, aunque mirándolo bien, no lo haría, simplemente no diría nada. O eso, intentaría. Cuando entró, dio gracias de que Layla ya estaba dormida. La miró unos segundos mientras dormía, no podía quererla más. Sus remordimientos se hicieron más fuertes pero no quería hacerle daño. Layla advirtió su presencia, abrió los ojos y le sonrió.

—Ya pensaba que tenía que mandar unos galgos a por ti —le susurró—. ¿Dónde has estado?

—He tenido unos asuntos de última hora para Gael —le contestó—. Aresha se ha casado en secreto con el Heliatón.

—Algo me imaginaba —mintió. La verdad es que sabía para qué estaba Gloria allí desde hacía mucho, incluso que había sido esa noche el rito—. No me quiero imaginar el humor de Gael.

—El día que lo vea sonreír haré una fiesta. Ahora, déjame un trocito de cama, estoy rendido.

Layla esperó a que Tristán entrara en su etapa de sueño profundo. Se vistió con sigilo y salió de la habitación. Solo un pasillo la separaba de su objetivo. Los mayores habían contactado con ella hacía pocos días, mientras paseaba por los montes cercanos a la bella ciudad. La futura unión de Aresha y Gael era ya difícil, pero aún quedaba alguna puerta abierta mientras los dos siguiesen con vida. Y solo una, era ya demasiado para ellos. Por eso la necesitaban. Debía acabar la misión que sus hermanos empezaron procurando que Aresha y Marcus pudiesen estar juntos a cambio de sus vidas.

Ese día había tenido que reprimir sus lágrimas para que no sospechasen. Se había unido a la manada de Gael hacía muchos años. Los había encontrado, gracias a los Mayores, por una zona de Europa del Este. No pudieron dejar a su suerte a una joven lobo y gracias a su belleza no le fue difícil introducirse en la manada. No le costó mucho encandilar a todos los lobos, pero Gael se le resistía. Sin embargo ella sí había caído en las redes de él. Usó todas sus armas, pero parecía que solo tenía mente para aquella vampiresa. Ni siquiera había conseguido compartir ninguna noche con él. No tuvo más remedio que conformarse con su hermano de sangre. Eso le dio una posición muy privilegiada y Tristán la mimaba mucho, pero no era su hermano.

Abrió la puerta de la habitación de Gael y entró en ella sin hacer ruido. Gael dormía plácidamente y su sábana dejaba al descubierto el torso del rey. Si hubiera reparado alguna vez en ella. Pero debía cumplir su misión. Sacó su daga de plata con cuidado de no dañarse ella. Sus órdenes era darle muerte, por su sacrilegio y por el peligro que entrañaba. Todos sabían que no iba a parar hasta que Aresha fuese suya y la hiciera reina. Y eso no se lo podía permitir, era inaceptable que una chupasangre reinase sobre los licántropos. Se acercó a la cama, Gael seguía dormido. Debía matarle cuanto antes, pero no podía resistirse. Lo besó en los labios, al menos quería conocer a que sabían.

Alzó la daga y la colocó encima de su corazón. Nunca iba a saber cuánto lo amaba, todo lo que había perdido por no olvidar a esa zorrita sanguijuela. La bajó con todas sus fuerzas. Ya estaba, había cumplido. Pero se equivocaba. Gael la había sujetado por las manos y las había parado a unos centímetros de su piel. No podía moverlas, peleó con todas sus fuerzas hasta que la soltó y pudo alejarse.

—No deberías haberme besado. —Ahora la miraba, se había percatado de que existía. Estaba rabiosa, se volvió a lanzar daga en mano. Gael la evitó y la estampó contra la pared—. Eras como una hermana para mí. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Cómo una hermana, dices? Nunca has entendido nada. Los mayores siempre han sabido qué pasó con esa vampiresa, iluso. Por eso estoy yo aquí, para vigilarte. He cuidado de ti todo este tiempo, pero nunca existí para ti.

—Sí que existías, eres la novia de mi hermano.

—No. Solo existía para ti Aresha. Te he amado siempre y nunca lo viste. Podría haberte salvado. Pero tú te quedaste con tus sueños. La culpa es tuya. Tú buscaste tu perdición. Nunca la podrás tener.

Tristán apareció alertado por el jaleo que había oído. No había visto a Layla y al oír ruido en la habitación de su hermano había temido por ellos.

—¿Qué está pasando? Layla. —Vio la daga en su mano—. ¿Qué ibas a hacer?

—Lo siento —dijo con lágrimas en los ojos. Había fracasado, pero no iba a causar más dolor—. Gracias por cuidarme Tristán. No te merezco. —Cogió su daga y se la clavó en el corazón. Ambos hermanos se lanzaron a ella para impedirlo, pero ya era tarde. Su sangre ya inundó sus manos y su alma se perdió en el abismo de la muerte.

—No te preocupes, nadie se lo imaginaba. —Gael intentaba que su hermano callase de una vez—. Todos estamos igual. —Se abstuvo de contarle lo que le había dicho Layla, no quería hacerle más daño.

—Pero yo era quien compartía la vida con ella. —Tristán aún se sentía culpable. Había estado a punto de perder a su única familia—. Debería haberlo visto.

—Siempre fue más lista que nosotros. Acuérdate de lo del ataque en el plató. Layla fue quién se imaginó que nos olería y que tomaría otro camino. La verdad es que me he salvado por los pelos.

—Es culpa mía. —Gael no tuvo más remedio que sujetar a su hermano para que dejase de dar vueltas, porque ya le estaba mareando.

—Por enésima vez, no es culpa tuya. Vuélvete a dormir, mañana tenemos que explicárselo a los demás, y no va a ser fácil. Y yo también tengo sueño.

Cuando por fin consiguió que se fuese, pudo intentar poner en claro

las ideas. Parecía que muchos ya sabían lo que había pasado en la torre hacía ya tiempo. Dentro de él se sentía un poco culpable. Había sido su relación con Aresha la que había obligado a Layla a actuar así. Y su pesadez la que había dejado a su hermano sin compañera. Quizá tendría que hacerle caso a Aresha y dejarla a ella y a Marcus en paz. Pero en su corazón sabía que ella se equivocaba. Sabía que todavía le importaba, sino porque pedirle que se fuera para no hacerle nada.

Aunque Aresha no tenía nada que hacer si luchaba con él, ni él pensaba luchar con ella. Se había equivocado al elegir a Marcus. Le perdonaba su traición a Heliatón, había roto las reglas por amor, como él. Pero no estaba a la altura, era muy débil, aunque se había convertido en un rival duro de pelar, había conseguido convertirse en el marido de Aresha y esa unión sagrada era imposible de romper. Mientras Marcus viviese, ella le era inalcanzable. Solo su muerte la liberaría. No pensaba renunciar a ella, pero si era él quien eliminase a Marcus, Aresha nunca le perdonaría.

Gael tenía una gran idea para acabar con Marcus y no dirigir la ira de Aresha contra él, ni siquiera contra su raza. No pudo evitar sonreír. Lo sentía por Layla pero se equivocaba, Aresha sería suya y por fin estarían juntos hasta el fin de los días. Daba igual lo que dijesen los mayores. Él era el rey de los licántropos.

Aresha se acurrucó junto a Marcus en el sofá mientras apuraban sus últimos minutos en soledad. Sus tres días de luna de miel estaban a punto de acabarse, una pena pues su hotel era fantástico. Había sido el regalo de Blues, el recepcionista del hotel era amigo suyo. El lobo hizo todos los papeleos, ellos solo tuvieron que pedir la llave. Tres días disfrutando el uno del otro sin nadie que los molestase, pudiendo olvidar todo lo que les perseguía, era lo que más necesitaban. Comenzó a besar la figura de la serpiente bicéfala de su cuello.

—Necesito descansar, amor —protestó Marcus alejándola muy poco de él.

—Solo era una muestra de cariño, malpensado —dijo volviendo a abrazarse.

—Es que me has hecho creer que sí que me has echado mucho de menos en únicamente dos días, como decía Gloria.

—No seas tan creído. —Le dio un toque en la nariz—. No te pega.

—Yo puedo parecer malo —gruñó.

—Si eres feliz creyéndote eso. —Colocó la mano en su pecho—. Lo que sí necesitaba era oír en armonía este dulce sonido.

—No es la típica respuesta cuando te preguntan qué es lo que más te gusta de la otra persona. Es verdad que tampoco eres una persona normal.

—Lo tomaré como un cumplido, por tu bien. ¿Qué es lo te gusta de mí?

—Soy más simple que tú —contestó—, tus ojos fueron los que me cautivaron desde el principio.

Aresha cerró los ojos apoyada en el cuerpo de Marcus, oyendo el latir del corazón de su ahora marido. Su felicidad era la mayor que jamás había experimentado, tenía miedo de que todo esto desapareciese.

—No quiero volver. —Si algo le pasase, su vida no tendría sentido.

—Nuestros amigos no nos dejarían. Sobre todo Isibal —dijo de mal humor—, me da a mí que aún le quedan muchas maneras de incordiarme.

—Si le caes bien. —Marcus la miró, dudando de eso—. Solo que lo que se dice mostrarlo, eso no le gusta tanto.

—Tampoco me importa mucho lo que diga esa vieja bruja. —Se echó dejando a Aresha encima suya—. Solo tú. Y sé que me adoras.

—¿No te he dicho ya que no te pega ser un creído? —Le tiró de las orejas—. Si que debo mostrarte por las malas el respeto a los mayores. Ya te dije que es como mi madre, así que cuida tu boquita.

—Ay, ay. No seas tan bruta —protestó sin éxito—. ¿Cómo quieres que la adore si siempre tengo que pagar por ella? Ay. —Otro tirón de orejas—. Odio a las suegras.

Martín Connor sacó las llaves de su piso compartido y entró dentro. Se quitó su chaqueta de recepcionista para colocarla en el perchero y se dirigió a por un café. Su compañero de piso aún estaba despierto. Por lo visto, en su familia eran demasiados y prefería dormir más tranquilo.

—¿Qué tal por el curro, Connor? —le preguntó sin dejar de mirar la tele con su videojuego.

—Como siempre, Huxley. ¿Por fin has derrotado al gran orco?

—Sí, de muerte natural. Si tanto te aburre, cambia de trabajo.

—Hay que pagar las facturas, tío. Y le debo al enchufe tener con qué hacerlo. Se me olvidaba, hace tres días sí que pasó algo interesante.

—¿El qué? —se interesó.

—No puedo decirlo, debo discreción a mis clientes —sonrió—.

Bueno, si tanto insistes…

—Yo no he abierto mi boca.

—Calla y escucha. Estaba yo en mi puesto, tan tranquilo, cuando un hombre se acercó a mí.

—No me digas, fue un romance a primera vista —se rió de él.

—Gilipollas —le contestó—, déjame acabar antes de soltar tus tonterías por esa bocaza. Como iba diciendo, era el colega de Blues. Un tío normal, me pidió las llaves y subió. Pero no lo hizo solo.

—Un rico que se lleva al huerto a una mujer. En serio es muy aburrido tu trabajo.

—Es que no era una cualquiera. Era Aresha. Joder, todas las tías buenas están pilladas. Creo que si lo vendo a las revistas me iba a hacer millonario, conozco al amigo del que se tira a Aresha.

—¿Aresha, la cantante? Maldita vampiresa, así que ahí estaba. Seguro que el hombre era Marcus, su marido. Dios, Blues. A César no le va a gustar.

—¿Está casada? ¿De qué hablas?

—Gracias por decírmelo, Connor. Siento hacer esto, me caes bien. —Se acercó a él y, antes de poder reaccionar, le rompió el cuello con solo una mano. Le quitó el teléfono y marcó un número.

—César, ¿estás en la mansión? ¿Sí? Bien, pues siéntate. No te imaginas de qué me acabo de enterar.

Toda la pandilla los esperaba en casa antes de llegar. Solo faltaban Milo y Anabella que ya habían vuelto por culpa del trabajo. No pudieron reprimir una sonrisa, les resultaba muy agradable la calidez que habían mantenido en su hogar.

—¿Qué os había dicho del hotel? —Blues fue el primero en saludarlos. Les dio un fuerte abrazo a los dos—. De lo mejorcito que hay por aquí.

—No has debido gastarte tanto —le regañó Aresha.

—Bah, si el dueño me debía un favor. Y Connor otro, espero que os tratase bien.

—De maravilla. Gloria. —Le sorprendió verla sentada en su sillón—. Me imaginaba que ya estarías lejos del ruido de la ciudad, escuchando solo a los pájaros.

—Lo estoy deseando, mi pequeña. —Sonrió, dulce como siempre—. Pero no podía irme sin saber que tal os va.

—Además tiene que contaros algo. —Esta vez habló Klaus, divertido.

—Dios mío. —Marcus habló emocionado—. Alanis y tú os vais a casar.

—¡No! —dijeron Klaus, Alanis y Blues a la vez. Los demás tuvieron que contenerse.

—¿Por qué piensas que iba yo a hacer esto? —El tono de nerviosismo delató a Klaus. Miró a Alanis, esta hizo lo mismo y ambos la desviaron, ruborizados.

—Cuidadín vosotros dos. —Blues lo dijo mirando a Klaus.

—Recuerda que soy la mayor de los dos, aunque me convirtiese antes. Así que no quiero nada de protección estilo hermano mayor.

—¿Recuerdas que te dije que Blues solo le había dejado un dedo a aquel tipo que le molestó? —Le susurró Aresha a Marcus—. Su error fue intentar salir con Alanis.

—No era eso lo que quería deciros —siguió Gloria—, sino que Gael ya lo sabe.

Aresha suspiró aliviada, sabía que esto ocurriría, lo que temía era que fuese demasiado temprano, algo que finalmente no pasó.

—Por suerte, ya no hay marcha atrás. No creo que sea tan tonto como para intentar seguir matando a Marcus.

—Eso sí que sigo sin entenderlo —dijo Blues—. Si lo mata, volverías a estar libre.

—Pero el rito tendría efecto y no le serviría para nada —contestó Isibal por ella—. Es el efecto de este, si uno de los dos muere, el otro enloquece de amor por culpa de la potenciación extrema de los sentimientos. Si lo hiciese solo provocaría que Aresha le buscase hasta matarle.

—O que se suicidara para volver a estar con su amado —puntualizó Gloria.

—Te queda otra cosa que contar, señora ángel —le dijo Klaus—, una muy buena.

—No creo que sea para tanto.

—Ja, una mierda. No, no es para tanto acabar cepillándose al hermano de Gael la misma noche que los casaste —ironizó.

—¿Cómo? —Aresha quedó estupefacta.

—Jo, con el casto y bondadoso ángel. —Se le escapó a Marcus.

—No somos como los cristianos nos pintan, seres con el don de la magia blanca. Se me antojó dulce y desvalido y le ayudé a sentirse feliz unos instantes. No veo por qué hacer un drama de esto.

—¿Y Layla? —preguntó Aresha.

—Se me olvidaba —intervino Blues—, resulta que acabó siendo una renegada infiltrada por los Mayores de los licántropos. Intentó matar a Gael, pero fracasó y se sacrificó.

—¿Qué ha pasado desde que nos fuimos? —Marcus habló, alucinado por todo lo que estaba oyendo—. ¿Es que todo el mundo se

ha puesto patas arriba o se va a ir a la mierda? Solo falta que Heliatón ahora fuesen los buenos.

—Lo siento, pero eso todavía está en asuntos pendientes —le dijo Isibal—, mejor dicho, en asuntos imposibles.

—Estamos a salvo. —Aresha sonrío—. Sé que Gael no es tan tonto como para atacarte ahora. —Miró a Marcus—. No nos molestaran más. Lo hemos conseguido.

Error.

La situación se volvía desesperante para Logan. Desde que Gael había roto su tregua no conseguían avanzar nada en lo referido a Aresha. La suerte no los acompañaba y que Marcus estuviese con ella los perjudicaba ya que él sabía cómo operaban. Parecía como si se la hubiese tragado la tierra, pero las pocas informaciones le decían que seguía en la ciudad. No sabía que más hacer, era insoportable.

Su teléfono sonó sacándole de sus pesadillas. Lo cogió con desgana.

—¿Diga?

—Hola viejo amigo. ¿Cómo os van las cosas a los exterminadores?

—Gael —se sorprendió al oír esa voz—, pensaba que no querías saber nada de nosotros.

Hubo un periodo de silencio.

—Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin vosotros. —Tras esto oyó una gran carcajada—. Es broma, seguís sin caerme bien. Solo quiero proponeros un trato.

—¿Por qué piensas que voy a aceptar algo de ti después de la última vez?

—No te hagas el duro, Logan. Sé que no tenéis nada.

—Y tú lo sabes todo. ¿Eso me quieres decir?

—No soy omnisciente, pero más que tú sí sé.

—Demuéstramelo —le desafió Logan.

—Qué desconfiado, bueno puedo decirte que estoy seguro que no te invitaron al enlace.

—¿De qué hablas?

—¿No sabes que Aresha ha contraído matrimonio con tu antiguo soldadito? Que por cierto, ya no es humano.

—No lo sabía. —Ni se lo imaginaba. Ahora lo había perdido para siempre.

—Puedo ayudarte a encontrarle. Haré que Marcus vaya a donde tú quieras, solo.

—¿Qué pides a cambio?

—Os daré lo que necesitéis, pero a mí no me involucres, es lo que pido. Y por supuesto, que lo matéis, aunque me imagino que no hará falta que yo lo diga, señores exterminadores. Piénsalo, Logan. —Gael le quería convencer a toda costa y sabía por dónde tirar—. Quieres matar a Aresha por asesinar a tu hijo, ¿no es mejor que tú también te encargues de un ser querido de ella? Créeme, la boda por el rito del sello eterno une como nadie se imagina a dos personas. Le harás más daño si acabas con su marido. Reflexiona y luego me llamas.

Gael colgó dejando a Logan en duda. Desconfiaba del licántropo, pero parecía su única manera de avanzar. Pensó en Brock, era lo único que tenía hasta que Aresha se lo arrebató. Y el Marcus de ahora no era el niño que conoció hacía mucho tiempo. La compasión de Logan había muerto con su hijo.

Dos días después de la vuelta de Aresha, los hermanos ya habían vuelto a su rutina diaria. Su tienda, Killer Syren estaba en su mejor momento. La fama de Blues comenzaba a crecer y muchos humanos y no humanos pedían cita para que les dejase impresa su obra en la piel. En ese momento, Blues necesitaba comprar por Internet varias cajas de tinta, algo bastante difícil para él, un completo inútil para la informática. Tan perdido estaba que su hermana acabó por tomar el mando de su ordenador.

—Y luego pulsas aquí y ya está. —Le intentaba explicar, pero Blues seguía sin tener ni idea—. No puedo hacerlo yo todo si eres tú quien debe elegir los colores que necesita.

—Pero puedo guiarte si es tan fácil como dices, solo pulsar. Mira, ese lo quiero. Y ese está muy barato, encárgalo también.

—Tú lo que quieres es una secretaria —le gruñó.

El timbre de la mesa de la recepción sonó insistentemente. Blues había obligado a su hermana a desatender al público para enseñarle a navegar.

—No querrás que me levanté yo también, que no soy tu esclava. Atiende tú mientras hago tu trabajo, como siempre —le bufó. El lobo le respondió revolviéndole el pelo mientras le gruñía llamándole idiota e infantil. Ya que por una vez, no podía responder por un asunto serio, Blues se dirigió a la parte delantera de la tienda para atender personalmente al nuevo cliente. Cuando lo vio, lo reconoció y al momento el terror le inundó. Junto al mostrador de su tienda estaba un hombre y un pequeño séquito que nunca hubiese querido ver. Gael y dos hombres más, uno de ellos su hermano, le miraban

curiosos.

—Gael. —Habló en voz alta, para que Alanis se enterase y huyese—. ¿Qué haces aquí?

—Tú eres el famoso Blues —dijo su rey—, es admirable, de saltimbanqui a tatuador autónomo. Has mejorado mucho tu calidad de vida. ¿Dónde está tu hermana?

—Detrás —contestó con desgana. No podía mentirle, era su soberano y, aunque convertido por una renegada, él no lo era. Sus vínculos con sus hermanos eran demasiados fuertes—. ¿Qué deseas?

—Lo sabes. Fuiste tú quien reservó la habitación de Aresha y Marcus, ¿verdad?

—Sí. —Esto le estaba doliendo demasiado, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Estuviste en la boda, por llamarlo así?

—Sí.

—¿Sabías que la buscaba y no dijiste nada? —interrogó un poco más.

—Sí —contestó. Esto podía llevarle a la muerte—. No le hagas nada a mi hermana, es lo único que te pido.

—Tranquilo, se cuidarme sola. —Alanis apareció de la parte trasera—. No pienso dejarte solo, Blues. No le tengo miedo.

—No os preocupéis, vuestra vida me importa mucho. Solo necesito pediros un pequeño favor.

—Ni lo sueñes. —Saltó Alanis. Gael la miró y empezó a reírse.

—No hablaba contigo. Tu hermano hará casi todo el trabajo. Pero también tengo un pequeño papel en nuestra obra para ti.

—Admítelo, me odias. No soportas que esté ahora mismo aquí, abrazando a tu… ¿puedo decir hija?

Marcus e Isibal estaban enfrascados otra vez en discusiones en las que mostraban su aprecio mutuo. Aresha y Klaus habían decidido dejarlos por imposibles, estaban a lo suyo. Ella se dejaba mimar por Marcus, que demostraba ser uno de los pocos hombres que podía hacer dos cosas a la vez, mientras el vampiro alemán se leía un libro que tenía abandonado desde hacía meses sobre economía.

—Eres tú quien me tiene antipatía, no lo niegues. Y sí, no lo soporto. Me gustaría que me abrazases a mí.

Esto descolocó por completo a Marcus, haciéndole perder la batalla. Por lo menos esta vez Aresha no estaba molesta, ya que seguro que le hubiese vuelto a pagar él. A su esposa no le gustaba nada oír como

otra mujer flirteaba con él, pero esta vez respetaba a su sire y tampoco tenía pensado volver a caer en sus artimañas, Marcus ya había sufrido suficiente por sus ataques de celos. Y mucho más las mujeres que habían osado mirarle.

—Qué pena que Aresha te encontrase primero. —Isibal siguió insistiendo—. Sobre todo desde que sé toda la anatomía de tu cuerpo… que es, ah sí, desde que te conozco.

En ese momento, Klaus levantó la vista de su libro para mirarlos. Esa parte de la historia no la conocía.

—A este tonto qué tomé por marido se le ocurrió pasearse por la casa como su madre lo trajo al mundo, el mismo día que vino Isibal —le dijo Aresha sin intención de moverse.

—Ah. —Sin pedir más explicaciones volvió a la apasionante lectura.

—Gracias por defenderme, a todos —protestó Marcus.

—Eres el novato, terroncito de azúcar. —Isibal se rió de él—. Lo que te convierte en el último mono. Se siente.

—Vamos, que nada ha cambiado desde que era una mascota, aparte de que Klaus por fin utilice mi nombre. Qué bien.

—No hay de qué —habló Klaus mecánicamente. Justo cuando Marcus estaba dudando de si tirarse por la ventana, lo cual no le valdría de nada, o ponerse a gimotear de su mierda de estatus social, sonó el teléfono de Aresha. Ella lo miró, en la mesa y desde lejos le gruñó, intentando ver si conseguía callarlo. Fue Marcus el que se acabó inclinando para acercárselo.

—Eres el monito más rico que hay —le dijo antes de descolgarlo. Por fin alguien le animaba, quién sino que su amada y eso le bastaba. Le sacó la lengua a Isibal a la vez que abrazaba a Aresha.

—¿Sí? Hola, perrito —dijo Aresha—, sí, está aquí conmigo. Vale, ahora te lo paso. Es Blues, quiere hablar contigo. —Se lo pasó a Marcus. Este se alejó para poder hablar más tranquilamente.

—Soy yo. —Le avisó cuando ya estaba en un buen lugar—. ¿Qué deseas del último mono?

—¿Estas lejos del oído de Aresha? ¿No me oye?

—Sí, casi no me oye ni a mí, aparte de que hoy tiene el día vago. —Marcus usó un tono de voz más bajo—. ¿Ocurre algo, Blues?

—No sé qué hacer, tío. —Su voz marcaba una fuerte desesperación —. Se la han llevado.

—¿De qué hablas? ¿A quién?

Oyó como el lobo tragaba saliva.

—Heliatón tiene a Alanis. Por favor, no hagas ningún movimiento brusco que vea Aresha. Es a ella a quién quieren, si se entera ira a rescatarla y no quiero.

—Pero si lo sabe, las cosas cambian.

—No, por favor te lo pido. Prométeme que no se lo dirás a Aresha ni

a nadie, o colgaré.

—De acuerdo, seré una tumba. —Le costó pero lo prometió—. No podemos dejarla sola.

—Estoy cerca, la tienen en el viejo caserón de la zona residencial, en las afueras de la ciudad. Necesito saber las estrategias de Heliatón si quiero entrar.

—Sé cuál es, un lugar muy deshabitado. Pueden tenerla allí para torturarla. Siento haber dicho eso, hay que ser positivos. —Sabía que Blues estaba al límite del llanto, si no lo había traspasado ya—. No puedo dejarte ir solo.

—No, Aresha no te dejará venir.

—Sé cuidarme y son Heliatón, los conozco. Espérame allí, estoy en nada contigo.

—Marcus, gracias. —Ahora sí estaba llorando—. Por lo que más quieras, que Aresha no se entere. Si le hacen algo, yo…

—Es lo que más quiero, Blues. Será nuestro secreto. Espérame. —Dicho esto le colgó.

Esto iba a ser más duro de lo que imaginaba, habían infravalorado a Heliatón y ahora sus amigos podían pagar las consecuencias. No podía permitir que el pago de su idiotez se lo llevasen otros, ni siquiera Aresha. Los demás tenían sus motivos para haberlos subestimado, él no tenía perdón. Hasta hacía poco se contaba en sus filas y conocía a sus integrantes lo suficiente como para darse cuenta que nunca se rendirían. Sacó su mejor cara de póker y volvió al salón.

—Debo ausentarme durante unos minutos —le dijo a Aresha— volveré pronto.

—¿Crees que voy a dejarte por ahí solo? —le dijo—, yo voy contigo.

—¡No! —Casi le sale demasiado enérgico—. Solo voy a visitar a Blues, no necesito compañía. Aparte, ya sabes que Gael no me hará nada en cuanto vea la marca, ni pienso acercarme a su guarida. Blues y Alanis me necesitan y no desean que haya demasiada gente.

—Bueno, pero quiero verte aquí lo más pronto que puedas. Y vete y vuelve directo. —Aresha cedió a su petición.

—Sabes que no puedo estar mucho tiempo lejos de ti. —Le dio un beso de despedida.

Cuando Marcus se marchó, Klaus cerró el libro y la miró. No apartaba la vista de la puerta.

—No es tan veloz —le dijo—, ¿por fin tiene licencia para salir sin compañía? Que rápido crecen hoy en día.

—Intuyo que pasa algo, y no es nada bueno —respondió—. Ve detrás de él y síguele sin que te vea.

—¿Por qué yo? —protestó Klaus—, es tu marido, no el mío.

—Soy tu sire o algo parecido y debes obedecerme. Además tú eres mejor ocultándote en las sombras.

—¿No hubiera sido mejor no dejarle salir? —le preguntó Isibal.

—Hubiera sospechado, además puede que lo que pase les afecte también a Alanis y a Blues, lo que no arreglaría nada el dejarlo encerrado. Ya puedes irte, Klaus.

—Lo que tiene que hacer uno —resopló antes de acercarse a la ventana. Vigiló los alrededores durante un breve tiempo y se lanzó al vuelo. Aresha no estaría tranquila hasta que lo volviese a ver, pero no podía ser ella quien fuera tras él, su aroma sería el primero que Marcus buscaría para saber que no le perseguían, imaginaba al verle poner tanto énfasis en que se quedase en casa. Mientras esperaba a ver si su intuición se equivocaba, cogió su portátil y lo encendió, había recordado algo pensando en sus corazonadas.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le preguntó Isibal mientras se encendía el ordenador.

—Verificar que no estoy desarrollando otra característica, la de la videncia.

—¿De qué hablas? —Isibal la miró muy interesada—. Esa es una característica muy rara para todas las razas. ¿No tienes bastante con el canto de sirena?

—Y me sobra —respondió—, pero me han pasado cosas extrañas desde hace poco.

—¿Como qué?

—Un día, cuando Marcus todavía era mortal y lo tenía atado a la cama, tuve un sueño muy extraño donde estaban él y Gael. La noche que fue a rescatarme sucedió todo como había soñado, a excepción que en mi sueño Gael asesinaba a Marcus y en la vida real pude evitarlo, pero solo por qué sabía lo que iba a pasar. Hace unos meses, el mismo día que tú llegaste, si mal no recuerdo, tuve otro sueño con una sensación muy parecida. Una vieja casa explotaba y algo malo ocurría, no sé qué. Necesito descubrir la ubicación de ese lugar, mientras Klaus informa, buscaré en Internet.

—Suerte con eso, yo no encuentro nada por los buscadores. —Esa información había sorprendido a la Mayor, pero no como algo bueno. Era verdad que no había muchos individuos con una característica, un don especial que solo ellos poseen, y aún era más raro que fuese el de la videncia. Isibal conocía a todos los que lo poseían y bien sabía que no les traía nada bueno. Por lo menos era improbable que su niña fuese una de ellos, no solían tardar tanto en aparecer, pero en ese sentido cada persona era un mundo. No podía descartarlo tan fácilmente.

—Mierda. —La voz y la cara de Aresha la sacó de su mundo.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó. Aresha negó con la cabeza.

—No me ha dado tiempo. He visto que tenía un correo y lo he

abierto. Es de Alanis.

Giró el ordenador para que su sire pudiese verlo. El correo estaba abierto, la dirección de la tienda de los hermanos estaba encima. Era un mensaje muy corto de solo una frase, pero no necesitaba más para asustarlas.

Gael está aquí

24 Entre el fuego

Esto era una locura, se preguntaba por qué había aceptado. Gael lo utilizó para sus fines la última vez que se vieron, no podía actuar ahora como si nada hubiese pasado. Por desgracia, tenía razón, ninguna nueva información relevante les llegó desde que su alianza se interrumpió bruscamente. Miró a Luca, estaba en una esquina dando vueltas, esperando ver como acontecían los hechos.

Un ruido en la puerta les alertó que por fin estaba aquí. El rey entró junto otro hombre, posiblemente de su manada. Llevaban sujeta a una chica pelirroja.

—Cuánto tiempo sin verte, Logan —le saludó Gael—. Seguro que me has echado de menos.

—Acabemos cuanto antes con esto. —Fue conciso, incómodo por su situación y la conversación—. ¿Cómo vamos a hacer que venga solo?

—Tú, tranquilo. Ya pienso yo por todos vosotros. —Le tiró a la chica pelirroja como si fuera un trozo de basura—. Esta es amiga de los dos, pronto un vampiro heroico vendrá a rescatarla para evitar que lo haga su amada, aunque no lo deje salir a pasear solo. La verdad es que me da un poco de pena, tiene que sentirse castrado.

—¿Vampiro? —Luca miró a Logan—. ¿Marcus es un vampiro?

—Oh, ¿no le has dicho nada? —intervino Gael con una mueca de mofa en su rostro—. Hay que ver, Logan. Mira que ocultarle que su amigo del alma es una sanguijuela casada.

—¿Cómo? —Luca se quedó más perplejo.

—Qué tonto soy, he abierto mi boca antes de tiempo. —El lobo se lo estaba pasando mucho mejor de lo que se esperaba—. He chafado la sorpresa. Porque se lo ibas a decir, ¿verdad?

—Nada de eso importa. —Miró a Luca, estaba muy perdido.

—Es verdad —continuó Gael—, para qué vale, solo para que sienta que su amigo no ha perdido el alma como pensáis. Di que sí, Luca, todos nosotros somos unos monstruos, así que ya te quiero ver transformándolo en polvo sin rechistar.

—Cállate, Gael —le interrumpió Logan. Luego volvió a su hombre —. Te he traído porque sé que puedo confiar en ti. ¿Estás conmigo o me he equivocado?

—Lo haré —respondió Luca tras una pausa, donde se había aclarado las ideas.

—Qué bonito. —Llamó a su compañero para irse—. Ya nos veremos. Esta vez no la cagues.

—Espera Gael —Logan le llamó. El rey giró la cabeza—. ¿Tienes algún plan para esta?

Gael se quedó pensativo unos instantes. Era amiga de Aresha, pero no podía controlarla como a su hermano, corría el riesgo de que lo contase todo.

—Cuando tengáis seguro a Marcus fuera de este mundo, podéis matarla, no es de los míos —decidió—. Así aprenderá su hermano a no ocultarme cosas.

Marcus se deslizó como un fantasma por las calles de la bella ciudad despedazando todas sus ideas y volviendo a recomponerlas para poder ayudar a sus amigos. Sus ideas sobre las tácticas de Heliatón eran amplias, él mismo había tenido que formar parte de muchas, tantas como sus misiones, que no eran pocas. Sin embargo ahora que tenía tiempo para pensar todo esto le resultaba extraño, no era tan fácil que uno descubriese donde llevaba Heliatón a sus víctimas. También es verdad que todo era una trampa para Aresha, de ahí el supuesto descuido para que Blues los localizase.

Por fin llegó hasta el viejo hospicio, ese lugar llevaba abandonado hacía décadas, si no estaba ya derruida era gracias al inversor anónimo que se negaba a venderlo. Este no era otro que Gold Sun, el cual tenía pensado, según creían los medios, reformar el local para un centro social, lo que sería un plan lento de una gran multinacional que quería mejorar su imagen ante el público. Algo muy común en estos tiempos y también muy creíble. Nadie pedía ligereza para algo tan alejado de la ciudad, lo que transformaba el caserón en el lugar perfecto para tener a una vampiresa.

Ahora que estaba ahí, completamente solo, le entró un fuerte sentimiento de inferioridad. ¿A quién iba a rescatar con lo débil que era? Allí podía haber una decena de sus antiguos colegas y él no poseía ni de lejos la fuerza que esperaban de Aresha y Blues no aparecía por ningún lado. Tampoco se veía capaz de eliminar a algún humano que no fuese para alimento. Los odiaba, estaba aprendiendo a perdonarse a sí mismo por las atrocidades que había cometido durante tantos años, pero aún seguían siendo compañeros, conocidos con los que compartió vivencias, cosas buenas y malas. Y no podía olvidar a Luca, su amigo del alma. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no oyó los pasos por detrás.

—¿No ibas a visitar a Blues? —La voz de Klaus a su espalda le sobresaltó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. ¿Cómo me has encontrado?

—Te llevo siguiendo desde hace un buen rato, me ha mandado

Aresha.

—Aresha ¿qué sabe? —le interrogó.

—Que mientes fatal —contestó Klaus—. ¿Me vas a explicar por qué la has engañado?

—Para protegerla. —Marcus suspiró y volvió la mirada hacia a la vieja casa—. Heliatón la quiere y no dudarán en usar a Alanis como cebo.

—¿Tienen a Alanis? —El semblante del vampiro cambio.

—Blues me ha avisado.

—Es una trampa —le advirtió Klaus—, esperaran que alguien aparezca, aunque no seamos ella, no será ninguna sorpresa.

—Lo sé, incluso dudo que esté, pero no me puedo arriesgar. No la puedo dejar sola con ellos.

—Ni yo a ti. —Esta vez fue Klaus el que suspiró, resignado ante su suerte—. Así que nos toca entrar.

Tristán, sin mucha ilusión, no perdía de vista al lobo tatuador. Gael aún no había vuelto y él tenía que hacer de perro guardián, sin querer hacer chistes de su condición. No era muy probable que ese lobo negro se fuese de la lengua ahora que su rey le ordenó callar, pero su hermano descubrió en su mente que su creadora era una renegada y no se fiaba. Blues no se movía de su silla. Tenía la mirada baja, dudaba si la razón era él o los pensamientos hacia su hermana. Tristán se acercó y colocó una silla frente a la de Blues. El tatuador solo levantó la mirada unos segundos para volverla a bajar.

Aunque oficialmente no tuviese poder, todos sabían de quién era hermano y le respetaban, todas las reglas de lealtad también se le aplicaban. El príncipe comprendía el estado de ánimo del tatuador. Gael les había encontrado, lo utilizaba para sus fines y ahora lo separaban de su hermana y le obligaban a ir en contra de su amiga. Estaba seguro que Blues no era tonto, que sabía que su hermana, al ser vampiro, no sobreviviría por deseos de Gael. Su hermano se estaba empezando a pasar de la raya, ella no tenía culpa alguna, pero ni el propio Tristán tenía poder y ánimos para decírselo.

—Dime, hermano. —Se dirigió por primera vez a Blues—. ¿Conoces a Marcus?

—Sí. —desde que lo habían atrapado solo hablaba con monosílabos. La información que quería saber, no necesitaba más.

—No me mientas ahora, cachorro —siguió—, necesito saber algo.

—¿El qué?

—Tú habrás visto más a la pareja, estuviste en el rito. —Calló unos instantes para pensar bien la pregunta—. ¿Aresha esta embrujada o es verdad todo lo que sienten?

Esta vez Blues no pudo esconder una cara de extrañeza. Jamás se hubiese imaginado esa pregunta del príncipe de los licántropos. La cara impaciente de Tristán le hizo contestar.

—Lo he visto desde que lo trajo de la embajada y nunca he visto una pareja más enamorada y pendiente de la seguridad del otro. Les ha costado demasiado reconocerlo. Desde el principio, todos supimos qué les pasaba, nadie se atrevió a abrir la boca. No me imaginaba que os interesase de verdad sus sentimientos.

—Mi hermano está empeñado en que nada es verdad.

—Mi rey se equivoca.

—Yo también lo creo, pero… —Su olfato le hizo callar. Blues también lo olió y ambos miraron a la puerta. No era el olor de ella el que los había alertado sino el de su acompañante, mucho más intenso. Cuando Aresha abrió la puerta de la mansión en una demostración de su fuerza, Tristán ya estaba preparado con sus garras afiladas sacadas para el combate.

—¿Dónde está Marcus, perro pulgoso? —le preguntó Aresha de mal humor.

—Te has equivocado de lugar, asquerosa chupasangre. —Sonrió—. Nosotros no tenemos nada que ver.

—No me engañes, sé que ha sido obra de Gael. Dádmelo u os juro que se convertirá en la mayor tontería que hayáis hecho nunca.

—Blues. —La Mayor lo vio, arrinconado en su silla. El lobo bajó la cabeza, estaba avergonzado de que Isibal viese lo impotente que se sentía. Quiso acercarse a él, pero Tristán estaba en medio. La vampira le bufó.

—Te recuerdo que no tienes el poder de atacarme —le dijo el príncipe—, sería peor el remedio que la enfermedad.

La mayor tuvo que contenerse, era verdad lo que decía. Esperaba que cometiese el error de que diese el primer golpe Tristán, entonces tendría el campo libre. Mientras, solo podía acompañar a Aresha.

—No te olvides de mí, cánido —le recordó la cantante.

—Sí, venga, mátame —se rió—, y olvídate de descubrir dónde está tu amado. He perdido a Layla por ti. —Se puso serio—. No pienses que te lo perdonaré.

—Yo no tengo la culpa de la decisión de la loba.

—Sedujiste a mi hermano para escapar —le increpó.

—Eso es mentira. —Se defendió y comenzaron a gritar—. No me arrastro ni me vendo por mi vida, lo que hicimos fue de mutuo acuerdo.

—Nunca haría nada que perjudicase ni a su manada ni a mí. Ese

sacrilegio mató a Layla.

—No es eso lo que te molesta —dijo Isibal—, fue lo de Gloria. Murió sin que pudieses decir nada, te sientes culpable.

—Cállate. —Había dado en el clavo—. No sabes nada.

—No te quería, Tristán. —La voz de Blues surgió de las sombras—. Layla, su misión era la de acercarse a vosotros lo máximo posible y Gael la rechazó.

Una vez dicho esto, Blues captó por completo la atención de Tristán. Aresha aprovechó el despiste del príncipe para lanzarse a él. En un instante el lobo estaba en el suelo con la espada de Aresha rozando su cuello.

—Te recomiendo que empieces a hablar, o no me hago responsable si tu hermano se convierte en hijo único. Te aprecio Tristán, no me obligues a hacer esto.

Tristán la ignoró, solo fijaba su atención en su hermano de raza. Blues se arrepintió de abrir la boca, no le apetecía en estos instantes ser el centro de atención, cosa que sin querer había conseguido. Ahora, estaba obligado a hablar.

—Antes que mi hermana viniese a buscarme, viví un tiempo con mi creadora y su manada. Me incorporé mucho después de que Layla se fuese, pero tuve la suerte de verla. Vino a ver a Miriam, no sabía que tenía un compañero. Las espié mientras hablaban de sus cosas de chicas. Miriam le preguntó por su misión, entonces ella le habló de ti y tu hermano. Te tenía aprecio, pero solo estaba contigo para acercase a Gael, incluso mi chica le preguntó si te quería y lo negó, le confesó que a quién perseguía era al rey, pero él no olvidaba a la causante de que nuestros Mayores le ordenasen infiltrarse en vuestra manada. Sabes que no puedo engañarte.

Tristán quedó en silencio, sabía que era verdad. Tantos años juntos y solo había sido una marioneta, quién se lo iba a decir. La quería tanto que nunca lo vio. Esa información era igual que mil punzadas en el corazón. Aresha movió su arma para recordarle su situación.

—Lo siento, pero se me está agotando la paciencia. Dime dónde está Marcus.

—Aresha, ¿tú querías a mi hermano?

—Y le sigo queriendo —confesó—, pero no puede ser. No quiero hacerle daño ni que se lo hagan, pero es un cabezota. Yo amo a Marcus, aunque él se niega a admitirlo. Sin trampas.

—No has de convencerme, yo te creo. Lo malo es que sigue siendo mi familia, mi rey. No puedo decirte nada. —Miró a Blues—. Pero a él no le pasaría nada si lo hace para salvar mi vida.

—Está bien. —Aresha sonrió—. Blues, ¿prometes llevarme hasta mi destino si dejo vivir a tu príncipe?

—Te lo prometo encantado.

Klaus tomó las riendas desde el primer momento que decidieron entrar. No podía permitirse que Marcus sufriese ningún daño, además estaba impaciente por encontrar a Alanis y saber que estaba a salvo. Esa chica le tenía hipnotizado, a él, que todas las relaciones serias le parecían inútiles. No dudaba en admitir que estuvo loco de amor una vez por su creadora, una relación que le hizo sufrir, y cuando conoció a Aresha tuvo un periodo en el que llegó a creer que estaba enamorado de ella. Sin embargo, pronto supo que lo que sentía era un enorme respeto y gratitud. El mismo que se mantenía y le obligaba a cuidar a su nuevo amigo y pareja de su nueva sire.

—No me gusta esto —dijo su compañero de aventuras alejando su oscuro pelo de los ojos a la vez que se ponía a su lado—. Blues no ha aparecido y tampoco he visto a muchos guardianes por aquí.

—Probablemente el lobo esté más adelante, si no lo han atrapado ya —dedujo Klaus—, y en cuanto tus compis de clase, que sepas que tu búsqueda y la de Aresha ya esta archivada, por lo que tu jefe no puede utilizar todas sus tropas. Esto es algo personal.

—Solo esperó que no estemos cometiendo una estupidez.

Continuaron el camino por la vieja casa. No fue hasta que subieron al último piso, cuando un olor conocido les llego. Alanis estaba allí, ambos esbozaron una sonrisa de alivio. No les habían tomado el pelo y seguía viva. Marcus la quiso buscar por toda la planta, fue Klaus el que supo ubicarla. Mientras el otro daba vueltas, se dirigió al pasillo y tiró de una cuerda que bajó la escalera del desván. Marcus oyó de sus labios la palabra novato camuflada en un suspiro antes de desaparecer por ella. Iba a seguirle cuando apreció un ruido. Era leve pero estaba bastante seguro de sus oídos.

—¿Quieres subir? —Klaus volvió para arrastrarle hasta arriba. Una puerta les separaba del resto del desván. Al abrirla descubrieron una estancia despejada y llena de polvo. Otra puerta les quedaba por abrir, más ya no era necesario. Alanis estaba atrapada en ese lugar, atada a la silla.

—¡Alanis! —Klaus se lanzó en su busca, ella no sabía que hacer, hasta que vio a Marcus.

—No deberías haber venido —le dijo—, tú no.

—Aresha no sabe nada, no te preocupes —la tranquilizó—, no podrán atraparla.

—No es a ella a quién buscan, sino a ti. —Alanis estaba desesperada —. Gael usó a Blues para que vinieses y te eliminase Heliatón. Están

aquí para matarte, por mi culpa. —Comenzó a llorar—. Tu amigo y tu jefe.

—Son de plata, no puedo quitarlas —dijo Klaus refiriéndose a las cadenas que ataban las piernas de la vampiresa. No podía andar con ellas, por lo que fue drástico. La cogió en brazos, ella lo abrazó asustada.

—Llevémosla a casa. —Marcus asintió. Klaus se adelantó con Alanis en sus brazos mientras Marcus cubría la retaguardia. Bajaron con cautela, deseando que nadie apareciese. Volvió a oír el ruido, lo ubicó a su espalda. Esta vez tenía claro que conocía ese sonido, esos pasos. Se cercioró que Klaus había cruzado la puerta de la misma sala y la cerró. Klaus no podría abrirla si llevaba a Alanis. Se giró para mirar detrás de él. Allí estaba Luca, esperándole.

—¿Qué demonios estás haciendo, Marcus? —gritó Klaus desde el otro lado—, esto no tiene gracia.

—Vete y ponla a salvo —respondió sin apartar la mirada de su viejo amigo de Heliatón. En su mano portaba un arma de fuego, seguramente con balas de plata en su interior. Luca también se movía sin perderse ni uno solo de sus movimientos. Su mirada ya no era la de un amigo, solo veía un rival más del que debía deshacerse, aunque Marcus atisbó dentro de sus ojos un pequeño sentimiento de dolor.

—¿Quieres que Aresha me mate? —protestó Klaus.

—Si no te marchas, ninguno escapará. Lárgate, sé cuidarme solo.

—Déjame que lo dude. —Aún así oyó los pasos de Klaus alejarse.

—Veo que aún te sigue gustando rescatar a damiselas en apuros —le dijo Luca cuando ya estaban solos—. Ahora te dedicas a ayudar a vampiresas.

—¿Es mejor ayudar a los licántropos a matarme?

—Ya estás muerto —respondió Luca. A Marcus se le hizo un nudo en el estómago cuando lo dijo—. Eres un vampiro. ¿Me equivoco?

—No —contestó—, pero no somos como nos han enseñado.

—Cállate —le respondió con voz temblorosa—, no te hice caso cuando aún seguías siendo mi amigo, olvídate ya de que vaya a escuchar a un bebedor de sangre como tú. —Levantó su arma contra él—. Pienso ser yo quien mate a la bestia que tengo enfrente, para que mi compañero descanse en paz. Y después pienso ir a por Aresha.

—No quiero luchar contra ti, pero si la amenazas te mataré —le avisó. Luca sonrió.

—Pues ya puedes empezar. Voy a disfrutar cuando vea su sangre correr en mis manos al clavarle la estaca.

No pensaba dejar marchar a quien tuviera en mente dañar a su amada. Marcus se abalanzó contra él, Luca pudo desembarazarse y se apartó. Recuperó la pistola, que se le había caído por la primera embestida de Marcus, y le disparó. Falló, solo logró alcanzarle en el

costado. Marcus miró su herida y puso su mano para ver cómo se llenaba de sangre. Aresha le advirtió que las heridas que no fueran al corazón o fueran capaces de cercenarle la cabeza eran inofensivas, pero no que doliesen tanto. Gritó de dolor y miró rabioso a Luca que dio un respingo hacia atrás, pues no pudo evitar mostrar su forma sobrenatural al completo. Esto no beneficiaba al plan de Marcus, lo deshumanizaba a ojos del Heliatón. Antes de que volviese en sí, volvió a acercarse a Luca y de un manotazo le hizo soltar el arma, que cayó lo suficientemente lejos para dejar de ser una amenaza.

Luca se defendió, haciéndolo saltar por los aires varias veces. Era un guardián experimentado que había sesgado miles de almas, como él, y eso Marcus lo recordó tras los golpes. Por suerte para él, también recordaba la estaca de emergencia que portaba, antes de verla pudo adivinar que la iba a usar cuando se acerco a él por la espalda después de un buen movimiento de kárate. Marcus le propinó una patada en el estómago que le hizo retroceder, y sacó la suya, con el estuche que Blues le preparó. Pulsó los dos botones y la estaca se disparó, llegando hasta el hombro de Luca que cayó al suelo por el dolor.

No le hacía gracia hacerle esto, pero era la única manera de acabar. Marcus se acercó hasta él y le sacó la estaca, colocando el estuche encima de ella. Este la absorbió, quedando fuera del alcance de la piel del vampiro. Después de eso, le alzó por los hombros hasta que lo tuvo enfrente. Su cuello estaba cerca de él y no pudo evitar tener esos deseos. Luca estaba muy débil, no podría defenderse de un vampiro a tal distancia. Notaba como su sangre corría por las apetecibles venas de un humano limpio, seguro que estaba para chuparse los dedos si lo comparaba con sus cacerías. No, se dijo, era su amigo y debía demostrarle quién era.

Le soltó, Luca cayó al suelo destrozado por la pelea. Luego se alejó, replegando sus colmillos y cambiando el color de sus ojos otra vez a su marrón original.

—Si hace falta esto para hacerte entrar en razón, lo haré. —Le dio la espalda—. La pelea se ha acabado y he ganado.

—Mátame y entonces sí lo habrás hecho —le desafió Luca.

—Jamás —contestó—, eres mi amigo. Te mostraré que tengo sentimientos, no voy a matarte. No puedo.

—Mentira, lo estas deseando —le espetó—, mi amigo era humano. Y no se habría casado con la mujer que mató a su amiga de la infancia.

—Mírame a los ojos, Luca. —Se dio la vuelta y se arrodilló, quedando frente a su rizado y pelirrojo adversario—. Sigo siendo el mismo de antes, aunque me desplace por los aires y mi dieta sea líquida. Simplemente me decanté por proteger a la persona que amo. ¿Tan malo es eso?

—¿Y Rosalyn? —le preguntó Luca.

—Lloro por ella en cada momento. Pero ahora, sé cómo es ser vampiro y no es nada fácil en algunos momentos. Nunca podré pensar que lo que hizo fuera bueno, pero no puedo vivir sin Aresha. Me dicen que fue algo sensato para sobrevivir o un ataque incontenible de celos, puede que nunca lo sepa, pero lo cierto es que ya una vez quise alejarme y acabar con ella por eso y no pude. No tengo el poder para cambiar su muerte, ni lo que siento, solo me queda aprender a vivir con ambas.

—No puedes ser mi amigo, eres demasiado maduro —le dijo antes de estar a punto de desmayarse. Marcus, preocupado lo examinó rápidamente. Era solo el cansancio, por lo demás sobreviviría. Cogió su brazo e hizo que le rodease el cuello.

—Probablemente aún desees matarme, eso lo dejaremos para después. Ahora, permíteme sacarte de aquí.

No podía creer que su amigo lobo llegase a ser más veloz que ella, aún sabiendo quién era la que en esos instantes estaba más motivada. Blues se había transformado para poder correr a más velocidad, su hermana lo necesitaba y no quería desaprovechar la oportunidad que se le daba de poder ser útil, no un simple servidor a la espera de las órdenes de su amo.

Tristán los comprendía, solo la culpa y la soledad casi le hace un estorbo infranqueable. Le dolió contarle la verdad sobre Layla pero no tenía otra opción. No le gustaban los renegados a pesar de haber convivido con ellos, pero su idea de su realeza ya no era tan buena, Gael condenó a una inocente solo por algo personal, a su dulce hermana mayor. Ya no le importaba la buena y afectuosa relación de amistad que la unía con Aresha, la quería ya sin importar su opinión, sin importar los medios, convirtiéndose en algo enfermizo. Daba la impresión de que si Aresha no decidía estar con él a las buenas, la haría sufrir hasta que cediese, antes de que lo perdiese todo. Quién le podría asegurar que no eliminaría todo lazo que no fuese con él para estar juntos, lo malo es que Aresha aún veía parte buena en el rey. Algo que el lobo negro comenzaba a dudar.

—Por favor, tengo más ganas que tú de llegar, pero si vas tan rápido no podremos seguirte —le pidió Aresha desde su moto.

Blues paró un instante para dejar a las vampiresas llegar a su posición. Desde su mente le dijo a Aresha que quedaba muy poco camino, algo que comprendió y asintió con la cabeza. En esos

instantes un alboroto captó la atención de todos, provenía de delante suyo.

—Ese olor a chucho me suena. —Reconocieron la voz—. ¿Eres tú, Blues?

Blues aulló a Klaus para que localizasen su posición. Pronto, él y Alanis llegaron hasta ellos. El lobo lamió a su hermana mientras lloraba abrazada a su pelaje.

—¿Estás bien? —Aresha se acercó y recibió el apretón de su compañera pelirroja—. Lo siento mucho, es todo culpa mía.

—No eres culpable, sino esos idiotas. —La animó—. Cuando vayas a por ellos recuerda darles de mi parte una patada en las… —Calló para protestar por la plata de sus piernas. Llevaba demasiado tiempo con ellas y su piel sufría las consecuencias.

—Llevadla hasta casa y quitádselas. —Ordenó Aresha. Mientras Isibal se ocupaba de ella, la vampiresa separó a Klaus del grupo—. ¿Dónde está Marcus?

—Debe seguir allí —respondió—, no quería avanzar hasta que no estuviésemos a salvo. Tengo que volver, no puedo dejarlo solo.

—Dime, ¿dónde estaba Alanis? —le preguntó.

—En el viejo hospicio. —Su respuesta trajo malas vibraciones a la cantante, cosa de la que Klaus se percató—. ¿Qué te pasa?

—Yo me ocupo de eso —dijo sin contestarle—, tú lleva a Alanis a un lugar seguro, coge mi moto.

No dio tiempo de reaccionar a nadie, alzó el vuelo en dirección a su destino. Y si podía ser, antes de que fuese demasiado tarde. Recordaba por fin el lugar de su sueño, aquel donde tan malos presentimientos tuvo. El hospicio, ese lugar ruinoso y abandonado era el centro de sus pesadillas, más ahora sabiendo que Marcus seguía allí. Blues le dijo que estaban cerca, sabía que era cierto, pero el tiempo hasta el lugar le parecía interminable. Si se quedó, estaba segura de que era por ese amigo suyo, Luca tenía algo que ver. Su chico todavía tenía tintes de humanidad, creía que la gente podía cambiar y le costaba separarse de su vida mortal. No podía culparle, ella no tuvo ese problema al convertirse pues no le quedaba nada que amar, sin embargo por mucho que le dijese, su amor dejó una vida. Aún sin familia, Heliatón remplazó ese lugar.

Marcus le hablaba muchas veces de su vida anterior a ella, de su jefe y su hijo mimado, el mismo que eliminó la noche que se conocieron. También le gustaba oír sus historias de las misiones que había compartido con el chiquitín rizoso, las veces que este intentó que Morgana le hiciese caso. Lo que menos le gustaba era oírle hablar de su ex novia, la doctora. Marcus juró y perjuró que solo eran amigos, ella también consiguió controlarse, pero ahora estaba a gusto sabiendo que no la veía, sabía quién era esa y no podía negar que era

muy guapa. Menos mal que cuando lo soltó estuvo poco en la organización.

Ya era hora, empezó a ver las zonas altas del hospicio, por suerte aún no estaba en llamas. Esa imagen no se iba de su mente, el tacto del fuego y la desesperación tan real que notaba dentro de ella. Unos metros antes descendió suavemente hasta la blanda tierra que rodeaba la zona. Necesitaba llegar lo antes posible, esperaba que nada se lo impidiese. Se acercó con impaciencia y temerosa a la vez, tenía miedo a lo visto.

Cuando solo unos pocos pasos la separaban de la puerta principal un olor humano desconocido llegó desde un lateral. Giró la cabeza y vio a un mortal en sus últimos años, el pelo canoso y las primeras arrugas chocaban con su excelente estado físico. Le costó pero al final creyó reconocerlo.

—Te conozco —le dijo—, fuiste uno de los pocos que han escapado de mí. Estás horrible.

—Me alegro de que me recuerdes, Aresha —le dijo sin acercarse—, yo no he podido olvidarte ni un solo instante. Mataste a todo el escuadrón sin miramientos, luego la misma asesina despiadada mata a mi único hijo y para más burla del destino se lleva a mi protegido, un pobre niño asustado, lo seduce y le lleva al lado oscuro solo por placer. Eres el peor engendro que haya visto la humanidad.

—Qué piropos me dices, Logan. Pensaba que estarías enfadado.

—No has cambiado nada, maldita. —Sonrió—. Lo malo para ti es que yo sí, y a mejor. No pienso ir a por ti, por lo menos ahora.

—Qué bien, entonces deja de aburrirme, tengo cosas que hacer. —Hizo amago de irse, pero Logan continuó hablando. Metió su mano en el bolsillo del pantalón.

—He abandonado mi puesto, no porque sea un cobarde, sino porque me imaginaba que vendrías. Tengo un regalito para ti. —Deslizó su mano fuera, dejando ver un pequeño aparato negro. Una bombilla roja no dejaba de parpadear.

—¿Qué es eso? —preguntó inquieta—, ¿a qué juegas, Logan? Me estás empezando a enfadar.

—Te has quedado muy anticuada en el uso de armas, Aresha.

—Es verdad que no me van las armas modernas. Distanciarte de tu víctima es de cobardes. No veo qué daño me puede hacer esa lucecita.

—Sabes que no hay rival pequeño. Esto es un control remoto de una gran bomba situada en los cimientos del edificio. Esta luz roja que tanto te gusta, ¿sabes qué dice? —No pudo reprimir su satisfacción—. Que está activada. Pensaba que llegarías demasiado tarde para ver el espectáculo.

—No pienso dejar que lo hagas —le dijo Aresha, abalanzándose sobre él. Necesitaba conseguir ese mando por cualquier medio.

Cuando estaba cerca de su objetivo, Logan lo mandó disparado en dirección contraria.

—¿Lo quieres? Ve a por él.

Tras esto salió corriendo, en busca de refugio. Aresha decidió ignorarle y cambió de rumbo. La prioridad era la bomba y solo ese aparato podía evitar la explosión. Lo recogió del suelo, después de que a Logan le diese tiempo a huir de ella. Al examinarlo vio un pequeño interruptor debajo de la luz que parecía parpadear más deprisa. Dudó unos instantes, algo no le gustaba pero si no hacía nada su marido podía morir. Pulsó ese botón y la luz tras un débil parpadeo más dejó de existir. No parecía que pasase nada, eso era bueno. Se empezaba a relajar cuando un fogonazo la cegó por completo y la onda expansiva tan cercana la dejó sin sentido.

Ahora entendía a su mujer cuando protestaba por tener que cargar con él. Marcus era un ser poderoso, pero arrastrar a Luca le costaba más de lo que se imaginó en un primer momento. No podía pedirle mucha colaboración pues perdía mucha sangre y estaba al límite de la consciencia. El problema se centraba en que su antiguo compañero no se fiaba de él, no se dejaba ayudar y para colmo hacía un rato había empezado a hablar sin sentido, todo amenazas contra él. Sin fuerza de control, ya lo hubiera mordido hasta que callase. Luca se tambaleó y Marcus lo sujetó con más fuerza.

—Déjame, ser pálido. —No le hacía gracia tener a Marcus a su lado —. Seguro que me quieres llevar hasta tu escondrijo y beber a gusto.

—Vivirás para tu desgracia, Luca. Ya te he dicho que no voy a matarte, no cargaría con una vaca como tú tantos pisos para después darme un festín, algo imposible siendo tan bajito y con tan poco líquido.

—No me engañas, traidor. Seguro que estás deseando lamerme de arriba a abajo.

—Deja de decir guarradas, no eres mi tipo. Todavía no tengo tantos años para que no me importe si es carne o pescado.

—Marcus, ¿te has casado con Aresha?

—Perdona que no te invitase, pero no me apetecía que mataras a mi mujer en medio del rito. Es verdad, ahora soy un hombre casado.

—Mira que eres pringado —le dijo antes de caer al suelo, sin fuerzas.

No podían ir muy lejos a ese ritmo y no le gustaba nada ese lugar. Decidió llevar a Luca a caballito, algo que no le agradaba pues dejaba

su sangre muy cerca de su olfato, por el bien de su amigo esperaba que su sed de sangre estuviera correctamente apaciguada. Se acercó hasta uno de los espacios donde deberían estar las ventanas del recinto y miró hacia abajo. Seguían en el segundo piso y, si fallaba, la distancia era mortal para Luca, pero necesitaba salir de allí. Se armó de valor y saltó al vacío. Los ladrillos pasaban junto a él a gran velocidad, se concentró intentando parar su descenso. Breves segundos antes de chocar, su cuerpo ejerció más resistencia a la gravedad, su toque con el suelo fue aceptable lo que no impidió una brusca sacudida para su acompañante.

—Eso, tírame por los aires y mátame. —Luca seguía con sus desvaríos de semiinconsciente—. Logan lo sabrá, si no soy yo quién acaba contigo, lo hará la bomba.

—¿La qué? —Marcus no se esperaba eso—. Joder tío, ya la podías haber mencionado antes. Tenía que haberte hecho perder sangre más rápidamente.

Eso era un problema y de los gordos, de ahí que Logan hubiera puesto tan pocos hombres. Le estaban sobrevalorando si pensaban que solo una bomba podría con el vampiro novato que era, incluso Luca en un buen día no habría necesitado ayuda. Ahora que lo sabía debía correr, por él y por su antiguo amigo.

Lo bajó de su espalda al no confiar en que su cordura se mantuviese mucho tiempo, tanto la suya como la de Luca. Estaban en la zona trasera del hospicio, donde un desnivel situado a varios metros podría salvarles la vida. Marcus ayudó a Luca a correr, pero ni siquiera tenía fuerzas para andar, comenzaba a perder la paciencia y la calma. Sin que Luca tuviese tiempo para protestar le cogió por debajo de las axilas e hizo una gran temeridad, volar. No había vuelto a ensayar el vuelo desde la vez que Aresha lo tiró de su rascacielos por lo que no era un experimentado en la materia. Le cogió de sorpresa el esfuerzo extra de llevar al Heliatón en brazos, su velocidad fue más lenta de lo normal. Lo bueno es que del miedo, Luca por fin estaba callado. Por el modo aéreo llegaron al desnivel, justo en el momento en que el ruido de la explosión les asustó por detrás. No había tenido tiempo para bajar cuando la onda expansiva llegó hasta Marcus, haciendo que su aterrizaje fuese cualquier cosa menos sereno. El vampiro y el guardián quedaron tirados entre la vegetación que los protegía, a varios metros uno del otro, impactados por la magnitud de la detonación y las grandes llamas que se erguían hasta el cielo. Se habían salvado por los pelos.

El primero en recomponerse de la impresión fue Marcus. Intentó levantarse, pero las fuerzas le empezaban a fallar. Gateando se acercó a su compañero, preocupado al ver que no se movía. Sobreviviría, sin embargo el viaje fue demasiado para mantener la vigilia. Tenía que

llevárselo de allí, ponerlo en buenas manos antes que fuese tarde, para eso antes debía descansar. Marcus estaba descubriendo a las malas que los vampiros eran más fuertes y resistentes que los humanos, lo que no quitaba que tuviesen sus límites, unos a los que llegaba demasiadas veces. Mientras recuperaba sus maltrechas energías, el olfato le alertó del peligro de que se acercaba a su posición. En cualquier otro instante hubiera aceptado el desafío, pero no en su situación actual. Sin embargo, sabía que a su rival eso le importaba un comino. Antes de lo esperado, oyó sus gruñidos junto a él. Gael apareció de las sombras, transformado en un enorme lobo gris que le mostraba sus afilados colmillos.

—Me imaginaba que los inútiles de Heliatón no conseguirían hacer una a derechas —le dijo mentalmente—, voy a disfrutar arrancándote la piel de tu garganta.

Marcus estaba en serios apuros, no solo estaba agotado por el vuelo de supervivencia, su viejo amigo seguía sin volver en sí y no tenía muy claro si el lobo le respetaría la vida. No pudo pensar más, el rey deseoso de probar su sangre se lanzó a por él con la velocidad del rayo, pudo malamente escapar de sus zarpas. Su cuello seguía intacto, pero Gael consiguió llegar a su pierna. Se separó gritando de dolor, el lobo preparó su siguiente embestida. Marcus se sintió impotente y asustado. Ya veía otra vez sus dientes cerca de él cuando un silbido le rozó la mejilla y llegó hasta el hombro del lobo. Este aulló de dolor y se apartó, con la mirada furiosa hacia el hombre que velaba por su rival. Curioso, Marcus se giró, necesitaba ver a su salvador. Aunque Gael estaba muy alejado, el cazador seguía sin bajar su ballesta.

—Soy muy rápido, no creo que quieras comprobarlo. —Monet se acercó a Marcus, hasta ponerse entre él y Gael. El rey gruñó, con poca intención de alejarse, pero una segunda flecha le hizo aceptar la derrota.

—No podrás huir para siempre, acabarás volviendo a mí —le dijo antes de perderse en el bosque. Marcus respiró aliviado, se echó sobre el verde suelo dando gracias a la vida por dejarle seguir aquí.

—Nunca me alegraré tanto de volver a verte —le dijo a Monet cuando se acercó a él para ayudarle a levantarse.

—Me sentía mal por dejarte tirado de aquella manera después de que me rescataras —le respondió limpiando la ballesta con la mano—. Vaya, te veo bien, un poco más… pálido.

—Es una larga historia. —Marcus recogió a Luca—. Te la cuento después de que pongamos a este a salvo.

25 Sin salida

El príncipe entró con discreción en el despacho principal.

—¿Qué deseas hermano?

—Aresha ha desaparecido —le dijo sin bajar la vista del cielo que veía desde la ventana del lugar—. Ella sabe que Heliatón engañó a Marcus y cree que está muerto.

—¿Lo está? —Tristán tragó saliva. Le gustaba ver como su hermano triunfaba, pero él creía fervientemente en el amor de la pareja.

—Ese novato es un hueso difícil de roer —gruñó—, aún sigue atando a mi Aresha.

Sin que su hermano lo viese, el príncipe suspiró aliviado. Una parte de él se alegraba de esa noticia. Recordó la vez que se habían cruzado, las ganas que tenía de eliminarle. Sin embargo le ocurría lo mismo que a Aresha, a pesar de ser un humano y luego un vampiro joven, le acababas cogiendo cariño, como a las mascotas. Sabía cómo hacer su trabajo antes de encandilar a su dueña. Se puso a reflexionar sobre lo que acababa de decir su hermano. Aresha no tenía esa información y nadie sabía dónde estaba. También conocía los efectos del rito del sello eterno. No podía ser una buena señal.

—Deberíamos buscarla —le dijo a Gael—, estoy seguro de que hará una locura.

—No hace falta —contestó el rey—, sé que aparecerá por Heliatón, fue el estúpido de Logan el que la engañó para hacer volar el hospicio. Lo vi mientras huía como la rata cobarde que es.

—¿Entonces qué haces aquí? —se extrañó—. ¿Por qué no vas hasta Logan?

—Marcus me vio. Vendrá a por mí ahora que ella no está a su lado pensando por él.

—La manada está aquí para protegerte, además de que no es rival para ti.

Gael se dio la vuelta y se acercó al príncipe, esbozando una sonrisa.

—Nunca dudaría de ti ni del grupo, hermano. Pero esto es solo asunto mío.

—¿Qué me quieres decir? —Tristán se esperaba lo peor.

—Reúne a la manada y llévatelos. Es hora de que nos desplacemos, no somos de echar raíces, aunque esta tierra sea muy bella.

—Tú no vienes, ¿verdad?

—Me quedan cuentas pendientes. —Volvió a reír—. Pronto me reuniré con vosotros. Yo y mi reina.

—Te esperaremos, Majestad. —hizo una reverencia y se dio la

vuelta. Antes de cruzar, Gael le llamó otra vez.

—Si por casualidad pasa algo, no quiero venganza alguna, ni la tuya ni la de nadie, ya sabes a que me refiero. —Tristán lo miró asustado —. Es casi imposible que pase, de todos modos quiero que estéis preparados para cualquier adversidad. No les molestéis más.

Tristán asintió con la cabeza y se fue, dejando a su hermano solo. Necesitaba pensar en todo lo que estaba haciendo, pero le era imposible si quería continuar. Respetaba que la decisión de Aresha no fuese su hermano, ella tenía elección sobre su vida. El problema consistía en que Gael no compartía su opinión. Sabía que esa pelea tendría lugar desde que Marcus se la llevó de la mansión y, aunque le tenía simpatía, prefería no ver morir a su hermano. Ahora solo restaba esperar que el destino no estuviera planeando un cruel giro.

Ya no podía andar más sin que sus pies empezaran a sangrar, qué más le daba, se lo merecía. El sol le quemaba la piel y no protestaba, seguro que eso fue solo una milésima de lo que hizo sufrir a Marcus, por idiota. Creía que lo salvaba al correr a por él y pulsar el botón, en vez de eso, ella misma acabó siendo el verdugo. Ese Logan le tomó el pelo y ahora su marido estaba muerto. De lo único que se preocupaba ahora era de que nadie viese las dos líneas rojas que atravesaban sus mejillas. Nunca se imaginó llegar a querer tanto a alguien como a él, encima, el rito la había enloquecido aún más de amor. Todo se mantenía menos el receptor. Su teléfono la asustó, ni se acordaba de que lo tenía. Desde la explosión había vagado sin rumbo por la ciudad, no se sentía con ánimo para ver a nadie. En la primera papelera que tuvo cerca, lo lanzó mientras sonaba. Seguramente, no la dejarían hacer lo que pensaba, por arriesgado. Pero ese maldito jefe de Heliatón tenía que pagar, aunque fuera probable que le costase la vida. Mientras esperaba a la noche, sentía la necesidad de una oreja amiga. Deseaba y a la vez no, que la abrazasen, le diesen palabras de ánimo y la arroparan para evitar su locura. Sin embargo, solo podía ofrecerse un día lluvioso y muchos mortales, a los cuales su estado de ánimo les importaba más bien poco. Necesitaba llorar a gusto, así que decidió poner un fin a su ruta, una de las viejas casas de Klaus que tenía para alquilar, otro de sus negocios. Sabía que tenía una de ellas para uso propio, un lugar donde meter las cosas que no coinciden con un mánager de artistas.

En cuanto entró, le pareció volver a la época de la Primera Guerra Mundial, no tenía muchos muebles, pero sí un montón de sus

recuerdos humanos. Aunque no lo parecía, era un sentimental. Recordó la vez en que Marcus, en un despiste, y eso que presumía de su matrícula en Historia, le cambió de guerra, haciendo enfurecer a Klaus, que le juró que no tenía nada en contra de los judíos, es más, su querida enfermera tenía sangre judía y que ni se le ocurriese volver a equivocarse, o la mayor paliza que daría nunca sería para él.

Evocar a Marcus en sus recuerdos hizo que se derrumbara, al darse cuenta de que no lo volvería a ver. Las lágrimas volvieron a su rostro, maldito Logan, lo maldecía a él y a toda su familia. En sus manos portaba un antiguo cuchillo con el nombre de Klaus Allstadt en el mango, mientras pensaba en el asesino de Marcus. Lo clavó en una mesa, traspasándola por la rabia, mientras preparaba el plan para su siguiente víctima. Su última víctima.

Era un sueño, pero parecía muy real. Ella ni se daba cuenta de su presencia, solo tenía a Aresha en mente. Aparte, tampoco podría verla pues sus ojos estaban cerrados. Aresha se echó en el suelo y no se movió, no le importaba que a su alrededor el fuego la rodease y se acercase a ella cada vez más. En el momento que una llama tocó su piel, Marcus despertó. Su brinco al volver de la pesadilla había sido tan fuerte que hasta Monet compartió el miedo unos instantes.

—Joder, tío, qué susto me has dado. —Bajó su ballesta aún con el corazón latiendo acelerado—. Me vas a matar de un infarto como hagas siempre eso. ¿Qué tal te encuentras?

Después de su encuentro con Gael, Monet le había llevado a una chabola en medio del bosque, propiedad de su organización. Antes, no se olvidaron de llevar a Luca a un lugar seguro donde poder curar su maltrecho cuerpo. Marcus lo sentía mucho, intentaba autoconvencerse de que no tuvo otra alternativa. Al fin y al cabo lo estaba esperando para matarle. Después, el cuerpo que intentó descansar fue el suyo, hasta que llegó ese sueño.

—Estoy bien. —Guardó sus colmillos, pues con el sobresalto habían salido—. No te voy a morder, aunque sí que es verdad que tengo hambre. Aresha me iba a llevar hoy a comer.

—¿Eres su pareja o su bebé? —Se mofó Monet mientras se dirigía hasta la nevera para traerle una botella de plástico llena de sangre—. Tienes suerte de que en mi empresa no vayamos a saco a por vosotros, a veces incluso os salvamos.

—Qué majo, y que sepas que soy su marido. —Le enseñó su tatuaje.

—¿Has hecho el rito del sello eterno? Serás pringado.

—¿Por qué todos decís eso? —Bebió de la botella—. Puaj, esta sangre esta asquerosa. Creo que se os ha caducado.

—Entre nuestras misiones no está cazar humanos para alimentaros, una cosa es respetaros y otra ser vuestros criados. Es de ciervo.

—Me quedo con los drogadictos. —Bebió igualmente, necesitaba repararse.

—Sabes que con ese rito no hay marcha atrás ¿verdad?

—No me arrepiento. Hazlo tú y veras que bonito.

—Ya que soy de los pocos hombres que puede disfrutar de una noche con una damisela especial, no pienso atarme solo a una. Por cierto, ¿no tendrá Aresha alguna amiguita soltera?

—Lamento decirte que tiene un hermano muy protector, aunque creo que pronto conseguiremos algo entre ella y el mánager de Aresha. Espera, nos queda Isibal, pero me caes bien, así que no te la recomiendo.

—Una Mayor, que interesante. Deja, no quiero líos.

—¿Tienes por algún lado de la casa de los secretos, un teléfono? Debo hablar con Aresha, que sepa que estoy bien.

—Se nos acabó el presupuesto con el truco de la sangre embotellada y preparada para ti. —Le lanzó un móvil—. Usa el mío, no me apetece volver y tener que rellenar papeles. Eso si, nada de llamar al extranjero.

—Conozco la asquerosa burocracia —dijo al ponerse el móvil en la oreja. Solo unos pitidos y una voz le contestó.

—¿Quién es?

—Alanis, ¿estás bien? ¿Dónde está Aresha?

—Marcus, pensábamos que te había pasado algo malo. Vimos la explosión.

—Escapé a tiempo, estoy en la ciudad, aunque no sé bien dónde. ¿Aresha está allí?

—¿No está contigo? —le preguntó.

—No la he visto desde que salí de la casa. ¿Ha desaparecido?

—Nosotros le perdimos el rastro cuando se dirigía a por ti, ¿seguro que no la viste?

—Mierda.

—¿Qué ocurre? —Había asustado a Alanis con su cambio de humor. Marcus carraspeó, quería tranquilizarla, pero no iba a mentirle.

—Vi a otra persona. Me imagino dónde estará. Tú cuídate y dile a Klaus que te mime. Yo me ocuparé de traerla.

—Marcus. —Alanis llamó la atención del vampiro cuando iba a colgar—. Ten cuidado, ¿vale? No queremos perderte. Aresha no puede perderte.

—Tranquila, estaré bien.

Nada más colgar se levantó de la cama y recogió las armas que

Monet había colocado en la mesita de noche.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó al verle preparándose para irse.

—Estoy seguro de que Gael tiene a Aresha. Nadie sabe dónde está y que el lobo estuviese allí, no creo que sea casualidad.

—¿Quieres que vaya contigo? —Se levantó—. Total, ya le he disparado al rey.

—Gracias, pero llevo queriendo hacer esto desde hace mucho.

—Está bien, no te aguaré la diversión. —Sin esperarlo, Monet le dio un fuerte abrazo de despedida—. Si sobrevives, espero verte alguna vez, y por algo bueno.

—Yo también lo espero. Si no te importa, hay algo que puedes hacer por mí.

—Si no es matar a algún inocente, lo que sea.

—Espero que no te arrepientas de lo que has dicho —suspiró—. ¿Recuerdas al chico de pelo rizado que dejamos en el hospital? Pues de él quiero hablarte.

Cuando por fin pudo localizar a Logan su ira había aumentado un millar de veces comparada a su brote. Alguien anónimo lo dejó en la puerta del Luz de Luna después de la detonación de la bomba y todo el tiempo que estuvo allí su jefe lo ignoró. Estaba seguro de que no se atrevía a ponerse frente a él y explicarle la situación. Ahora no tenía escapatoria.

—¿Se puede saber en qué estaba pensando? —No le importaba montar un escándalo en la oficina, ni tenía pensado dejarle escapar.

—Luca, no sabía que le habían dado el alta —fingió sorprenderse.

—No me cambie de tema. —Comenzó a perder los nervios—. Usted sabía perfectamente que yo seguía ahí dentro. Podía haberme matado.

—Qué bueno que no haya pasado, ¿no? —Volvió a sus papeles. Luca dio un fuerte manotazo a su mesa para volver a captar su atención.

—¿Y ya está, suerte que ha vivido y nada más? —Estaba furioso—. Pensaba que me llevó porque confiaba en mí, que le importaban sus hombres. ¿Acaso me llevó para ser el cebo perfecto?

Logan al fin le hizo caso. Tras un suspiro, dejó los papeles en la mesa y levantó los ojos hacia el iracundo Luca.

—Le llevé por confianza, eso es verdad —contestó con voz calmada —, usted sabe bien lo importante que es acabar con todos los engendros que podamos. Debería estar orgulloso de morir a cambio de un vampiro menos.

—¿Cómo? Y me lo dice así, como si nada. Nuestro deber es proteger a las personas, no matarlas, y eso también va por todos nosotros. Debes proteger a tus hombres Logan, no exterminarlos.

Ese comentario provocó una risa siniestra a Logan. La siguiente mirada fue la de un loco.

—Que debo protegeros, me dices. ¿Pude proteger acaso a mi hijo? No, y la culpa es de Aresha. Me arrebató lo que yo más quería y he hecho que pague con la misma moneda, aunque sigo dudando de que sientan algo de verdad.

—Eso ya es algo personal, te estás equivocando de camino. No creo que sea mentira que tengan emociones, tú sin embargo las has perdido en tu locura.

Antes de darse cuenta, Luca tenía estampada la mano de Logan en la cara. Pasó su mano por la nariz, estaba sangrando.

—Omitiré lo que has dicho y pensaré que ha sido fruto del estrés —dijo Logan—, vete y recóbrate antes de que me arrepienta y te arreste.

Viendo que no se podía razonar con él, Luca salió del despacho hacia el ascensor, necesitaba aire fresco. Junto a él bajaron muchos compañeros por lo que mejor no mostrar ningún signo de lo que tenía en la cabeza. Una gran montaña de pensamientos contradictorios se agrupaban dentro de esta, sentimientos que chocaban con sus ideales. Su mente lo quería negar, sin embargo no podía ocultar lo visto.

Fuera de las miradas curiosas, en un lateral del exterior de Gold Sun, un Luca derrumbado, ocultó su cabeza entre sus brazos mientras la pared le sujetaba. ¿Y si Marcus tenía razón? ¿Y si los seres sobrenaturales no eran tan malos como Heliatón decía? No podía olvidar que su amigo le perdonó la vida, aún cuando había renegado de él. Marcus nunca olvidó su amistad, dejándose el pellejo para ponerle a salvo, sabiendo que una bomba estallaría en cualquier momento. Eso no lo hace un ser sin alma.

—Lo siento —susurró al viento, esperando que su viejo amigo, aquel al que le importaba de verdad, le oyese. Como se imaginaba, el silencio le contestó. Notó su cuello helado, más de lo normal. Una mano tiró detrás de él con fuerza hasta dejarlo entre Aresha y la espada.

—Grita o haz algo raro y te mato —le susurró. Era curioso que esa voz tan dulce profiriese amenazas veraces—. Vas a llevarme hasta Logan sin rechistar, ¿entendido?

—¿No pensarás llegar hasta arriba desde la puerta principal? Eres demasiado famosa para pasar desapercibida.

—Me da igual.

—Espera. Hay una puerta trasera. —Visto lo visto, no dudaba de que le disparasen hasta la muerte para llegar a la vampiresa. La lealtad hacía Heliaton empezaba a valer menos que su vida—. Hay

unas escaleras que te llevaran hasta arriba. Nadie las usa a no ser que haya una emergencia.

—Llévame —le dijo después de pensarlo varios segundos. Luca la llevó hasta la zona trasera, situada al final de un oscuro callejón. Ella guardó la espada, llamaba demasiado la atención. No por eso dejó de apuntar a Luca, esta vez con el cuchillo de Klaus. Luca no se atrevía a decir nada mientras subía, una cosa era Marcus, a esta vampiresa no la conocía y no hacía falta ser un genio para ver que estaba de mal humor. Menos mal que no era uno de los edificios más altos, llegó igualmente hasta arriba exhausto.

—¿Dónde está Logan? —le preguntó Aresha.

—Estará en su despacho. Al fondo desde aquí.

—Bien. —Entreabrió la puerta para echar un ojo. Luca vio como de una bolsa que portaba sacaba algo pequeño, una granada—. Vete.

—¿Por qué? —Debería irse, pero quería saber qué pasaba.

—Marcus siempre te tuvo aprecio, no hacía más que hablarme de vuestras aventuras. —la chica se sintió feliz durante unos instantes mientras recordaba—. Eres lo que más me recuerda a él. Vete.

Sabía que no era lo común, empezó a bajar las escaleras todo lo deprisa que pudo antes de que se arrepintiera. A medio camino oyó la alarma de incendios, justo después un gran estallido. Paró unos instantes, quería ayudarla, la había visto desolada y necesitaba calmar su angustia. Quería remendar todos sus pecados aunque algo le decía que los asuntos que se iban a tratar arriba eran solo entre Aresha y Logan. Finalmente siguió bajando, acompañado de todos los atemorizados empleados. Lo único que no sacó de su mente fue la idea de que había hecho lo correcto. Por fin, había abierto los ojos.

Marcus llegó antes del anochecer a la mansión de Gael, hoy iba a entrar por la puerta grande, sin miedo. Ahora sabía que no debía preocuparse por Aresha, ella no era el blanco de sus iras. Todo el daño que Gael podía hacer, tenía por destino a él, le odiaba con toda su alma. La puerta estaba abierta y dentro Marcus no olía ningún licántropo cerca, se los había tragado la tierra.

Avanzó por la deshabitada casa, esperando no haber sido demasiado lento. Quizás se habían ido nada mas atraparla, no iba a cejar en su empeño de buscar a ese maldito chucho, hasta el mismo infierno lo tendría detrás de su cola. En una amplia sala trasera, encontró su respuesta.

—Sabía que vendrías.

Gael le estaba esperando. Marcus sacó su pistola y le apuntó. El lobo ni se inmutó, solo le dedicaba una sonrisa de triunfo.

—¿Dónde está Aresha? Si le has hecho algo, te mato.

—Nunca le haría nada, lo sabes. Pero a ti es otra cosa. —Le miró con odio. Marcus sabía que nunca le perdonaría que fuera el marido de Aresha en vez de él—. No está aquí.

—Dímelo ya, chucho.

—¿Acaso no lo sabes? —Volvió a lanzarle esa sonrisa—. Va a vengar tu muerte. Probablemente irá a por Logan, o conociendo los efectos del rito se ocupará a lo grande, cayendo con su obra. Tú la vas a matar.

—¡No! ¿Cómo puedes estar aquí tan tranquilo? —Se dio la vuelta para marcharse pero antes de poder moverse, Gael estaba en frente suyo, a solo unos metros de distancia.

—Tranquilo, sanguijuela novata. Ella tiene más cabeza que tú y no irá a por nadie cuando aún se mantiene el sol. Doy gracias a los cielos de que tú seas más idiota, pedazo de inmundicia.

Gael empezó a acercarse a él. Marcus empezó a recular. Tenía razón, había corrido demasiado. No había dejado que oscureciese del todo y si tenía pocas posibilidades contra el rey de los licántropos de noche, ahora aún menos.

—Déjanos en paz.

Gael no pudo evitar reírse.

—Estas pidiendo clemencia. Eres aún más patético de lo que creía. ¿Quieres que os deje en paz? Eso nunca. No la mereces, ni por asomo. No sabes cuidarte tú solo y quieres proteger a ambos. No sé como la engatusaste ni como conseguiste ser su compañero, pero pienso enmendar esos errores. Te aseguro que no pienso dejar que salgas de aquí vivo.

—Yo no hice nada. Fue ella quien me eligió, acéptalo de una vez. Lo siento jefe, pero ella me quiere a mí y yo la amo mucho más de lo que te imaginas.

Había dejado de apuntarle y eso fue una mala idea. Gael le dio un golpe que lo lanzó contra una mesa que estaba en la otra esquina del salón.

—Dejémonos de palabrería y resolvamos esto de una vez por todas. Demuestra que puedes protegerla, lucha contra mí. Quien gane demostrará que se merece a Aresha. ¿Qué me dices, estás dispuesto a morir por ella?

—¿Piensas acaso que no tengo oportunidades? El que va a morir eres tú.

Recogió su arma y empezó a disparar. Gael esquivó las balas con facilidad. Era un desperdicio transformarse completamente, solo sus ojos se volvieron amarillos y sus dientes se convirtieron en los de un

perro furioso. Los usó para morder a Marcus en el hombro. Este lanzó un grito de dolor. No se imaginaba que los dientes de un licántropo podían apretar tan fuerte y doler tanto.

Intentó que lo soltase pero lo había cogido con fuerza. Pensó en dispararle, pero la bala podría traspasarle y hacerle daño a él también. Si no hacia algo, iba a matarle. Decidió disparar y le acertó en la espalda. Consiguió que lo soltase y se retirara por el dolor, pero no se había equivocado en los cálculos y la bala había llegado a su estómago. Aunque la plata no le era tan mortal como para Gael, dolía una barbaridad. Había hecho que se transformara, pero aún dolía más, al ser de día.

—Eso, mátate tú solito —le dijo Gael—. Te agradecería que no me hicieses perder el tiempo. Mira. —Los últimos rayos de sol se estaban escondiendo y era ahora cuando la luna dominaba sobre los cielos—. Ahora sí empieza la cuenta atrás.

Logan estaba muy ocupado falsificando los papeles sobre las razones de hacer explotar el antiguo hospicio por lo que no podía imaginarse lo que iba a acontecer en su planta. Si las cosas seguían así, iba a perder a Luca. No entendía que ese riesgo había merecido la pena, Marcus ya no existía. Gael tenía razón, se sentía mucho mejor al saber que ella seguía viva, pero su alma estaba rota. Ojo por ojo, Logan perdió a su hijo, ahora Aresha perdía a su marido. Pronto Gael mostraría su deseo de recuperarla y, entonces Heliatón se vengaría de los dos. Ningún licántropo se atrevería a pedir venganza por la muerte de su rey a una empresa de tal calibre.

Mientras disfrutaba pensando en la muerte de todos sus enemigos, el sonido de la alarma de incendios le sobresaltó. Qué extraño, él no había programado un simulacro ese día, ni olía a humo. Se levantó de su silla y se aproximó a la puerta de su despacho para saber qué ocurría. Estar allí dentro le salvó la vida en el momento que la granada explotó. La onda le hizo retroceder hasta caer cerca de su mesa, con su mano protegió su cara de los cristales. Tardó muy poco en volver a reaccionar, se levantó y esta vez antes de salir cogió el hacha que decoraba su pared. A última hora, se acordó de su arma de fuego y la escondió en su espalda. Nunca te podías fiar de lo que te esperaba al otro lado del portal.

Allí estaba, la razón de su locura. Varios cuerpos yacían en el suelo, a los que no habían muerto por la explosión, Aresha les cercenó la cabeza, no eran éstos a los que quería hacer sufrir. El fuego seguía

vivo, rodeándolos y evitando que pudiese escapar.

—¿Has sido tú la que ha hecho eso? —Solo preguntó para cerciorarse de que estaba sola.

—Que no me gusten las armas modernas, no significa que nunca las use, sobre todo con un cerdo como tú. Vas a sufrir, Logan, mucho más de lo que hiciste sufrir a Marcus. No te lo perdonaré. —No pensaba decirle que no llegaría a su punto de dolor. Eso era imposible de traspasar.

—Si llamas moderno a una granada, no te lo discutiré. —Levantó el hacha—. En este instante las palabras sobran.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo —respondió desenvainando la espada.

Ambos atacaron a la vez, furiosos por las muertes dolorosas creadas, deseando fervientemente destrozar al otro. Logan lanzó su hacha contra Aresha. A pesar de ser un instrumento pesado, Logan sabía manejarla como nadie y llegó a rozar la piel de la vampiresa. Varias gotas de su sangre tintaron el suelo mientras esquivaba el ataque.

—Sabes pelear —le dijo Aresha—, no creas que te servirá para salvarte.

—Dime Aresha, ¿cuánto le has hecho sufrir a tus seres queridos por tus errores? Tu amiga y su hermano lobo, tu mánager y ahora Marcus. Eres un pájaro de mal agüero.

Aresha fue hacia él para callarlo, pero Logan logró su objetivo. La había desconcentrado y el hacha se clavó en su costado. Chilló sin quererlo, no le gustaba mostrar su dolor al enemigo. Se alejó levemente de él y se la quitó. Sus rasgos vampiros aparecieron junto con una sonrisa.

—Buen golpe, Logan —dijo tras lanzar el hacha lejos de las manos de Logan—, pero te has olvidado de un punto crucial. Ahora estás desarmado.

—Pues ven a por mí —la desafió.

—Voy a pasármelo muy bien mientras te arranco el cuello como a tu hijo. —Ella aceptó la afrenta. Se acercó a Logan con paso firme y lento, que viera sin prisa como la muerte se acercaba a él. Justo lo que esperaba el Heliatón. Esperó que se acercase lo suficiente para no fallar y le enseñó la sorpresa. Disparó su pistola contra su pecho, tuvo tal fuerza que la lanzó hacia atrás, quedando tirada peligrosamente cerca de las llamas. Al verla inmóvil, las ilusiones de Logan comenzaron a inundar sus pensamientos con fuerza. ¿La había matado? Se acercó a ella con cautela, no se movía. Parecía que había acertado con su tiro, justo en el corazón. Bajó las defensas colocándose a su lado. Descubrió lo malo que era eso justo cuando Aresha reaccionó, quitándole el arma de las manos.

Usó sus piernas para alejarlo de ella y al levantarse apretó el gatillo.

Aresha tuvo más puntería, la bala quedó muy cerca del corazón de Logan que comenzó a tambalearse. Todo había acabado para él, no podía sobrevivir a eso. Logan levantó la mirada de su mortal herida a la cara de la vampiresa, donde esperaba ver su sonrisa de triunfo.

Antes, vio su disparo en el hombro de Aresha. No sabría nunca que había sido en el mismo lugar donde su hijo lanzó su última bala. Al llegar al rostro le sorprendió la ausencia de sonrisa. Aresha seguía furiosa y juraría que sus colmillos estaban más crecidos y afilados que antes. Ella lo miró y alzó un leve vuelo. Lo último que recordó Logan de ese instante fue a Aresha abalanzándose sobre él.

No tenía pensado correr más sin destino fijo. Luca sabía que con la explosión, la policía no tardaría en llegar. No quería saber nada de ella, así que se esfumó en cuanto pudo. Vio la mirada de Morgana centrada en él, intuía que le pasaba algo, pero aunque le sirviese para tomar un café con ella, era muy probable que no le agradase su visión del tema. Verdaderamente, ahora él se había transformado en otro Marcus, un traidor de Heliatón. El problema era que Luca no tenía ninguna amada inmortal que le acunase haciéndole olvidar todo.

Luca comenzó a pensar en su futuro, Heliatón o algo relacionado con ellos estaba descartado, no solo por lo hecho, ya que nadie lo sabía, sino que era decisión propia, no quería saber nada más de ellos. Su casa tampoco, cualquiera podría encontrarle allí e incordiarle. ¿Qué le quedaba entonces?

—Buen día para pasear ¿no crees? —Un hombre le asustó, ni le había oído acercarse. Debía tener unos cuantos años más que él y su pelo revuelto acompañando a su sucia vestimenta no le daba seguridad.

—¿Quién eres? —preguntó desconfiado.

—Qué malas maneras, se me olvidó presentarme. —Le extendió la mano que el pelirrojo miró con recelo—. Cole Anthony Monet, de profesión cazador. Tú eres Luca, si no me equivoco.

—¿Me conoces?

—Más bien conozco a un colega tuyo.

—Marcus. —El cazador asintió—. Ya me acuerdo de ti, eras el del calabozo.

—Buena memoria. —Sonrío—. Marcus me ha pedido una cosa y debo cumplirla.

—¿Qué? ¿Vienes a por Aresha? Está en Gold Sun.

—No, de eso se ocupa él. ¿Está en Gold Sun? Pensaba que la tenía

Gael.

—La he visto, creo que piensa que a Marcus le ha pasado algo.

—Vaya. —Monet se quedó atónito—. Bueno, eso es cosa suya. Delacroix sabe cuidarse.

—¿Quién?

—Ah, Heliatón no sabe eso. Bueno, mejor. A lo que iba, me pidió que me ocupase de ti. ¿No te gustaría trabajar conmigo?

—¿Los cazadores queréis compañía? Siempre habéis sido almas errantes.

—Mi equipo me domó hace mucho. —Se rió—. ¿Quieres conocerlos?

La muerte. Esa dulce dama que nunca debía visitarle le estaba esperando en este momento. Todo por la herida de su contrincante, una herida mortal para alguien como él. Sus manos se habían lanzado a proteger su señal de la muerte, la sangre corría por ellas como si de un macabro río se tratase. Sus rodillas se clavaron en el suelo, alzó la cabeza para mirar a su rival, el que le había quitado a Aresha para siempre. Ya nadie se interpondría entre ellos, no en cuanto su último latir llegase a su fin.

Por lo menos sabía que él la quería de verdad y que no iba a morir para entregársela a un desalmado, alguien que le hiciese daño. Su enemigo de amor la quería tanto e incluso más que él. Una lágrima se soltó de sus ojos al comprender cuán ciego había estado. Ella no estaría sola, Aresha sería amada después de que él muriese. Nada le ataba ya a este mundo.

—Cuídala —pronunciaron sus labios antes de derrumbarse, muerto, pero sin rencor en su corazón.

No podía ser, debería estar muerto. En vez de eso, solo sentía un dolor imposible de aguantar. Logan intentó moverse en vano, algo le mantenía sujeto al suelo. Miró sus manos, no pudo reprimir un grito de agonía al ver su situación. Aresha le había extendido los brazos en cruz y clavado con dos afilados puñales en las palmas. En su vida las heridas iban y venían de su piel, pero ninguna tan dolorosa. Incluso en las partes pegadas al arma de plata comenzaban a salir humo. Espera,

pronto comprendió lo que le pasaba. Esa maldita lo había transformado en uno de ellos, en otro monstruo. Su herida ya no existía, notó su nuevo latir, más lento. Junto a él vio a la vampiresa, esperándole.

—¿Esa es tu venganza, maldecirme? —le preguntó Logan desde el suelo—. No me imaginaba que también te atrajese. Ya entiendo la insistencia del perro, las cosas deben funcionar así para vosotros.

Aresha calló a Logan con un zapatazo en la boca.

—No he acabado contigo, rata inmunda. Y antes que estar con alguien como tú me quitaría yo misma la vida. Te dije que ibas a sufrir, que mejor primer paso que transformándote en lo que más desprecias. ¿Quieres saber cómo continua?

Era la hora, su momento de placer. Logan no se podía mover, solo ver y sentir lo que le iba a hacer. Cogió su última arma, una botella de alcohol, esa tontería que se podía comprar en cualquier sitio sería su toque mortal. Lo roció con ella de arriba a abajo hasta vaciarla.

—Dime Logan, ¿cuántos desgraciados has eliminado o has mandado ejecutar? Estoy de acuerdo con ciertas víctimas, eran crueles y nos traían problemas, pero, ¿cuántas familias inocentes han perdido la vida por el simple hecho de no ser humanos? —Cogió uno de los cientos de papeles que se dispersaban por las oficinas y lo acercó a las llamas—. No te puedes imaginar lo que es para un vampiro el contacto con el fuego. Nos quema por completo en breves instantes y duele mucho más que a un mortal. Ahora sabrás que has hecho, Logan, a todos los que mataste y a mí.

Dejó caer el folio en llamas sobre el cuerpo de su víctima. Le pareció que el papel se aliaba con ella, deslizándose con suavidad por el aire, sin desviarse ni un milímetro de su destino. Su lugar de aterrizaje fue el centro del pecho de Logan, la suerte de Aresha en su venganza asesina era perfecta. El fuego se extendió rápidamente gracias a todo el alcohol que tenía Logan encima, sin embargo esa premura no quitó sufrimiento al Heliatón.

El cuerpo vampiro estaba hecho para sufrir por el calor de las llamas. Aresha disfrutó con los gritos de agonía de Logan, para otra vez sabía que no era buena idea hacerla sufrir y dejarla con vida. Aunque ya no tendría otra oportunidad, la misma que le había dejado a Marcus. No se separó de Logan hasta que estuvo segura de que había logrado morir y escapar del tormento que le ofrecía. Tras ver sus cenizas se dio la vuelta, pero después de dar dos pasos, sus fuerzas le fallaron. Aresha se sentó en el suelo y volvió a llorar. Todo el espectáculo formado le agradaba, pero quitarle la vida a Logan no se la iba a devolver a Marcus. Una tímida ventana permanecía abierta frente a ella, podría escapar del fuego sin problemas. Sin embargo, ¿para qué?

No quería vivir en un mundo donde el dolor la acompañaría hasta el fin de los tiempos. Se recostó en el suelo y cerró los ojos, sin energía ya, esperando que las llamas hiciesen su trabajo con ella también. El viento de la calle sopló con fuerza dentro de la estancia, intentando convencerla de que cambiara de opinión. Siempre amó su vida inmortal, pero ahora estaba vacía.

Cuando notaba el fuego muy cerca de ella, unos brazos la recogieron del suelo y la alzaron, alejándola de las llamas. No tenía dudas, Gael persistía hasta el final, no se daba cuenta de que ella no quería vivir. Tampoco olvidaba su papel en la muerte de Marcus, el lobo lo guió hasta la ratonera solo por su malsana obsesión con ella. Furiosa, levantó la mano para golpearle por hacerla sentir culpable pero él la paró mucho antes de que pudiera rozar su cara. Estaba perdiendo fuerzas demasiado rápido, ya se vengaría más tarde por no dejarla caer. Gael no soltó su mano, hizo que descendiera por su pecho hasta llegar a su corazón. No podía ser verdad lo que estaba oyendo, pero tampoco podía abrir sus ojos para llevarse el desengaño, prefería la dulce mentira. Ya sin la otra mano sujetándola, palpó más la piel que vibraba con ese lento tambor de vida. Estaba fría.

—Mi amor. —Abrió los ojos y alzó la mirada para ver sus dulces pupilas—. No puedo creer que me hayas hecho sufrir tanto.

Marcus le sonrió.

—¿Qué esperabas? Te dije que no podrías deshacerte de mí tan fácilmente.

Epílogo. Paz interior

Tantas luchas, tantas batallas y demasiado tiempo separados. Ese día por fin volvían a estar juntos. Marcus fue directo a su hogar después de recoger a su amada de entre los frutos de su venganza. No la dejaría morir, ni ahora ni nunca. Retiró la bala de su cuerpo y la obligó a beber toda la sangre que les quedaba antes de echarla, ya durmiente, en el sofá. Junto a él.

—¿Se puede saber dónde estuviste todo este tiempo? —le preguntó nada más despertar—. Me hiciste morir en vida.

—Lo siento mucho, me equivoqué de lugar. Sabes que jamás querría verte sufrir.

Aresha volvió a cerrar los ojos. No creía que esos momentos tan bellos junto a él volvieran a repetirse. Hubo un momento en el que Marcus también lo dudó.

—No te entiendo ¿qué significa lo de que te equivocaste de lugar? —volvió a hablar Aresha.

—Creí que Gael te raptó, así que fui hasta la mansión.

—Querías luchar contra él desde el principio y no cejaste hasta conseguirlo. Si estás aquí a mi lado, significa que Gael…

—Gael ya no nos molestará más. —Terminó la frase de Aresha. Ninguno dijo nada, contentándose con la cercana presencia del otro. No era del agrado de Aresha saber que Gael estaba muerto, pero lo aceptaría si significaba la supervivencia de su amor. Marcus arropó más a Aresha mientras recordaba lo sucedido en la mansión.

En esos momentos comprendió toda la preocupación de Aresha cada vez que mencionaba su intención de luchar contra él. Gael no hacía otra cosa que lanzarlo por los aires una y otra vez. Pocas veces consiguió llegar a rasguñar la piel del lobo y a cambio le devolvía otros cinco moratones. El rey era sin lugar a dudas más viejo y mucho más fuerte que él. Antes de que quisiera, Marcus ya estaba destrozado por la pelea con miles de heridas sangrantes. Había sido un gran error acercarse hasta allí, iba a morir sin poder volver a peinar con sus manos el oscuro pelo de Aresha ni a acariciar su piel todos los días.

Marcus se apoyó en una de las paredes, exhausto y sin casi fuerzas para mantenerse en pie, pensando como Gael le iba a arrebatar los besos de Aresha. El rey notó su debilidad y decidió dejar de jugar con él. En su forma medio humana se encorvó preparando el golpe final. Dio un salto lanzándose contra él con la boca abierta, los colmillos estaban dispuestos a darle el golpe de gracia rompiendo su cuello gracias a su majestuosa fuerza. Fue entonces cuando Marcus utilizó

sus últimas energías, con ayuda también de una idea de supervivencia. Los dientes de Gael estaban a escasos centímetros de su presa cuando pararon. Marcus vio la cara descompuesta de Gael al percatarse de que ese joven bebedor de sangre había vencido. Sus miradas chocaron y Marcus intuyó que Gael le dedicaba su último registro de mentes. El licántropo se separó, alejándose con la estaca enfundada con la que Marcus le acababa de atravesar el corazón y cayó de rodillas. Oyó su voz, sus últimas palabras. No fueron de venganza o de odio, le pidió que la protegiera antes de que su cuerpo muerto cayese completamente. Gael Montalbo, al ser mayor de edad y rey de los licántropos no desapareció en un montón de cenizas. Marcus, antes de irse en busca de Aresha tapó su cadáver con una manta morada que descubrió por la zona. Había sido su más acérrimo rival, pero eso no quitaba el profundo respeto que sintió en esos instantes por su adversario. Esa pelea no desaparecería de su mente nunca.

—Estás muy magullado —le miró Aresha. Se levantó un poco de su piel para tocar su hombro. Ahí estaba el mordisco de Gael.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. —Apartó la mano de Aresha del doloroso mordisco—. Duelen, eso es todo. ¿Recuerdas?

La contestación le recordó a Aresha el estado de la noche de la conversión de Marcus, la noche donde su amor dejó de ser prohibido. La primera noche en la que se entregaron el uno al otro. Ninguno de los dos la olvidaría. Aresha se dio cuenta de lo mucho que había madurado Marcus desde ese instante, llegando hasta superar a su maestra. Se lo pidió para dejar de ser una carga, poder protegerla de las amenazas que la acechaban. Por fin, había cumplido sus objetivos, sacándola de las llamas y devolviéndole las ganas de vivir. Ella no necesitaba protección, pero no cambiaría a su caballero de brillante armadura por nada del mundo.

—La noche nos devolverá nuestra vitalidad —le dijo Marcus después de volver a apoyarla sobre su pecho—. Solo podemos esperarla.

—Tú necesitaras más que una noche. Descansa igualmente, no quiero tenerte lejos.

Las horas de luz restante, Marcus y Aresha durmieron para mitigar el dolor de sus heridas. Despertaron en el momento justo para ver la puesta de sol. Aresha estaba recuperada en su totalidad, en cambio Marcus aún con gran energía, seguía llevando los signos de la lucha. Solo el mordisco tenía mejor aspecto, las demás heridas tardarían unas pocas semanas en desaparecer.

Al levantarse Aresha, se percató de la cantidad de sangre que los ensuciaba por completo. Se ducharon a la vez pues ninguno de los dos confiaba en que el otro hubiese recuperado las fuerzas tan rápido. La que más sufrió fue Aresha al ver el estado de Marcus. Miles de

arañazos cubrían su cuerpo y cada vez que le enjabonaba notaba como se mordía la lengua para no gritar de dolor. Después de la ducha le desinfectó los rasguños más severos, por suerte parecía que respondían bien a los cuidados, incluso el mordisco del hombro.

Les dio tiempo a vestirse antes de que un ruido los volviera a poner en alerta. Se quedaron frente a la puerta, Aresha unos pasos más adelantados. Por ella entró un viejo amigo.

—Blues, qué alegría verte. —Marcus quiso acercarse, pero Aresha no se lo permitió. La miró, extrañado por su forma de actuar. Aresha comenzó a gruñir al lobo negro, lo que lo dejo aún más estupefacto. Blues, sin embargo entendía lo que pasaba.

—Aresha, detente. —Alanis corrió para ponerse entre su hermano y la cantante—. No viene a eso.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Marcus—. Cariño, ¿qué pasa con Blues?

—El asesino del rey es perseguido por la raza dañada hasta la muerte —le contó Blues, sin dejar de mirar a Aresha.

—No lo tocarás, perro. —Era la primera vez que Marcus oía a Aresha llamar así al tatuador—. Te mataré si hace falta.

—Esta vez es diferente —anunció el lobo negro—. Gael no quería represalias.

—Es verdad. —Alanis intentó convencerla—. Me lo dijo antes de venir, y que Tristán quiere hablar con vosotros.

—¿Tristán? Ahora sí que me fío menos.

—No hagas esto Aresha. —Marcus le habló dulcemente al oído para hacerla entrar en razón—. Son nuestros amigos y yo confío en Blues.

—No importa que me engañen, pero no a costa de tu vida —le respondió Aresha acariciando su pelo—, lo siento Alanis, pero eres un testigo muy poco fiable. Es tu hermano y sé qué harías cualquier cosa por él.

—Yo no haría nada por ese saco de pulgas y también lo avalo. —Isibal apareció de la nada. Ella y Klaus habían quedado muy rezagados —. Además, sabes lo que me molesta que destrocen a un bomboncito como el tuyo.

Isibal ya era mucho más convincente, finalmente se apartó de delante de Marcus. Viendo que ahora había vuelto en sí, Isibal se acercó hasta Aresha, quedando frente a ella. Intentó controlar sus emociones, no pudo evitar derrumbarse y lanzarse a por su querida niña. Marcus no se la imaginó nunca como la veía ahora, abrazada a Aresha con gruesas lágrimas rojas resbalando por su cara.

—Tonta, pensaba que ibas a hacer una locura. Creía que no te volvería a ver más.

Incluso se dio cuenta de que su mujer estaba muy confusa, no era nada típica la reacción de la Mayor. A fin de cuentas, parecía que

Isibal no solo se había comportado como una madre con ella, sino que ahora ya lo era.

—No quiero ser el más insensible de todos, pero recordad el motivo de nuestra visita, aparte del de cerciorarnos de que Aresha y Marcus estaban bien, claro.

Klaus alertó a los hermanos y a Isibal, que se tensaron hasta las puntas de los pelos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó Aresha—, quiero saberlo ya.

—Como no sabíamos donde estabais decidimos patrullar las calles en vuestra búsqueda —le dijo Isibal—, hasta que este perro sucio empezó con sus jaquecas.

—No estoy sucio, soy de pelaje oscuro, jolín —protestó el lobo, infantil hasta que su hermana le dio un toque en la nariz—. Como veo por la mirada de Marcus que no tiene ni idea de lo que hablo, me explicaré. Los licántropos somos seres muy gregarios, incluso yo que vivo alejado de cualquier manada tengo una relación muy estrecha con todos los de mi especie, sobre todo con mi rey. Cuando lo mataste, su defunción llegó a la cabeza de todos nosotros, y puedo jurarte que duele. En ese momento te vi, vivo. Lo malo es que lo hicieron todos y ya sabes lo que dije antes. De repente nos llegaron sus últimas palabras antes de indicarnos su sucesor. Nos ordenó que nadie te hiciese daño, ni a ti, ni a Aresha ni a nadie que te conociese.

—¿Por qué lo hizo? —Se oyó a Alanis—. Si odiaba a Marcus.

—Registró mi mente y descubrió la verdad —contestó el afectado—, además me gané mi derecho a poder ser feliz, fue lo que pactamos.

—¿Alguien me preguntó? —habló Aresha, un poco molesta porque la trataran como un objeto. Marcus decidió que lo mejor era no echar más leña al fuego y la ayudó a dejar de pensar con un dulce beso.

—¿Quién es el rey ahora? —preguntó Marcus después de conseguir que Aresha le abrazase con cuidado por sus heridas. A Blues le entró la risa.

—¿A ti qué te parece? Por una vez que está claro…

—Llamadme tonto, pero no caigo.

—Soy yo, tonto.

Con tanta emoción por volver a verlos, sus amigos dejaron la puerta abierta y allí estaba Tristán, con una larga gabardina de cuero y gafas de sol, sin importar que fuese de noche. Se dieron cuenta del cambio del antiguo príncipe, convertido en soberano sin pretenderlo. Instintivamente, Aresha echó hacia atrás a Marcus para defenderle. Sin embargo, esta vez Marcus se alejó del halo protector de su sire para ponerse frente a un hombre lobo al cual le había arrebatado a su hermano.

—Hola, Tristán.

—¿Cómo lo hiciste? —Fue directo—. Era casi imposible que

ganases.

—Fue suerte. Gael era un temible rival.

—Cuando volví me lo encontré tapado con una manta. ¿Fuiste tú?

—No me creerás, pero acabé por respetar a tu hermano. No podría dejarlo tirado allí como si nada.

Esa respuesta sorprendió a Tristán, esos dos siempre habían sido rivales y ahora, tanto las últimas palabras que le llegaron de su hermano antes de nombrarlo rey como las de Marcus, eran elogios y respeto hacia el otro. No lo entendía, pero le alegró en cierto modo saber que Gael murió en paz.

—Sabrás ya que mi hermano pidió indulgencia para ti. Y la voy a cumplir. —Le tendió la mano—. Me marcho, pero te aseguro que ninguno de los míos te molestará, por la memoria de Gael.

—Tu hermano era un hombre honorable. —Marcus aceptó su mano —. Luchó y murió como tal.

Se imaginaba que eso le agradaría al joven Montalbo. Una leve sonrisa se escapó de sus labios antes de dejarlos solos y abandonar una ciudad llena de recuerdos. Aresha se acercó por detrás a Marcus y le rodeó la cintura.

—No sabía que eras tan diplomático —dijo mientras apoyaba su cabeza en la espalda de su marido.

—No es mi intención molestaros, pero me gustaría que supieseis que mi mesa era muy antigua —le dijo Klaus.

—Lo siento—contestó Aresha devolviéndole su arma—, esto es tuyo.

Klaus lo recuperó y pronto esbozó una sonrisa, como si nunca hubiese pasado. La cuadrilla protectora de la pareja se preparó para irse, Isibal incluida.

—Os merecéis un poco de tiempo a solas —les explicó antes de irse —, tu mánager sabrá cuidarme durante unos días. Tranquila Alanis, no me refiero a eso.

—Gracias y no vuelvas —se despidió Marcus de ella. Cuando cerró la puerta se dirigieron al salón.

—Creo que echaré de menos esas huidas interminables por culpa de los licántropos —comentó Marcus.

—¿De verdad?

—Claro que no, me encanta la paz. —Se alejó de ella para sentarse en el sofá. Sus heridas seguían doliendo, aún le quedaban varios días de reposo—. Me imagino que ahora podremos conocerla de una vez por todas.

—Me parece que por los lobos, sí, pero Heliatón pronto volverá a la ciudad. Nos queda esperar que el descendiente de Logan no planee vengarse. Aunque, si lo hace, puede llegar a ser divertido.

—Siempre tan positiva. —La recibió entre sus brazos, el dolor merecía la pena—. Habrá que aprovechar este momento. Y después, a

divertirnos.

Aresha le sonrió, ya empezaba a ser un vampiro de verdad

Una semana después del incidente…

El hombre caminaba sin preocuparse de los trozos de cristal que se resquebrajan a su paso. Sus botas eran buenas, capaces de resistir los ambientes más inhóspitos, aguantarían un poco más de desastre. La planta más alta había sufrido los daños más graves, un gran error de parte de su viejo amigo dejar que ella llegara. La edad hacía descuidados a algunos hombres. Raymond Logan era uno de ellos.

—Descansa en paz, viejo amigo —dijo con su voz grave por naturaleza mientras el personal de limpieza sacaba los restos calcinados del antiguo jefe de sector a su lado. La bolsa de cadáveres no estaba cerrada del todo, con su agudeza visual distinguió parte de su brazo antes de tener que apartar la mirada. No era lo mismo cuando el que se llevaban era un compañero de armas, pero lo superaría. No le quedaba otra.

—¡Eh, tú!

El analista al que llamaba le reconoció en cuanto se giró para conocer al maleducado que le requería de esa manera. Su cuerpo tembló como una hoja, mas aguantó sin huir, fijando su vista en la libreta digital dónde apuntaba todo.

—Señor —dijo al sentirlo a su lado—. Estoy a punto de terminar el informe, deme unos minutos.

—Déjame que te lo resuma —le cortó de forma brusca—. Un día normal hasta que una infestación con colmillos entró en un lugar que no debería conocer y ¡Pum!, todo a la mierda.

—Eso es un análisis muy subjetivo —refunfuñó por lo bajo el joven analista. El hombre le oyó, dedicándole una breve mirada, suficiente para conseguir que el chico se arrepintiera de abrir su boca ni para respirar—. Tenemos sospechas de que comenzó con una granada, pero buscamos nuevas pruebas, saber cómo llegó a ser tan letal…

—No lo necesito. Volvió a cortarle, aburrido por las teorías de los técnicos—. Sé quién ha sido, quién la ha ayudado y cómo matarlos.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

Esta vez perdono el atrevimiento del joven, al fin y al cabo, no era tan mala pregunta. ¿Qué diablos hacía él allí? Tanto tiempo fuera del radar humano, le resultaba algo agobiante ver la gente, el mundo a su alrededor. Su nombre era reconocido, más que eso, era un puto héroe

superviviente de Heliatón, luchando en estepas siberianas, enfrentándose a seres que se creían extintos, misiones imposibles lejos de ojos mundanos. Sin embargo, algo lo había impulsado a dejar todo y volver a la bella ciudad.

No podía juzgarlos por preguntarse la razón.

—He permitido que esto pasara, por mi culpa ha muerto un buen hombre. Y un amigo. No puedo dejar que esto quede impune, mucho menos que otro lo resuelva por mí.

El joven técnico se quedó mudo antes de volver a su labor. El hombre se quedó solo, rumiando sus pensamientos y analizando con ojo crítico el ambiente. Poco le duro su aislamiento cuando, a su espalda, escuchó el tintineo de tres bolas de plata tan conocidas para él.

—Raven. —Sonrió por primera vez ese día, girándose para saludar a otro camarada de la vieja escuela. Poco había cambiado desde su último encuentro, sin pelo en la cabeza, una mirada más fría y cruel cada año que pasaba, él también le sonrió mientras le extendía la mano. Vio una nueva cicatriz, cerca de su ojo izquierdo—. Te daba por muerto tras aquella misión en Moscú.

—Me he traído un regalo de allí. Señaló su cicatriz mientras hablaba —. Sabes que los tipos como nosotros necesitan algo más para caer. Cómo una vampiresa antigua –dijo, recordando al caído Logan.

—No ha sido Aresha quién le ha vencido, sino un traidor.

—Ey, Freud. –Raven tornó a alerta al ver escupir esas palabras a su mentor—. No pierdas la objetividad. Nuestra misión principal es acabar con Aresha, por Logan.

—Lo que debemos hacer es vengar a nuestro amigo. Eso incluye a la vampiresa, a su séquito y a Marcus Mertincale. Logan confió en él, aunque le dije que no lo hiciera. Mira lo que ha pasado. No voy a dejar que acabé con más amigos, así que Phil, ¿estás conmigo…o contra mí?

Raven suspiró, resignado. Nadie podría cambiar la forma de ser de Garret Freud, menos cuando su sangre estaba en el campo de batalla.

—Siempre contigo, amigo. Además, ¿quién mejor para decidir el destino de Marcus que su propio padre?

Sobre la autora

Beatriz Naveira es una asturiana de 24 años licenciada en psicología y amante de los libros, los animales y los peluches. Con solo veintiún años publicó su primer libro, después de compartir varios escritos en la red con buena aceptación. Psicóloga, escritora y voluntaria social, dedica todo el tiempo que puede a sus pasiones, sin olvidar sus estudios complementarios.